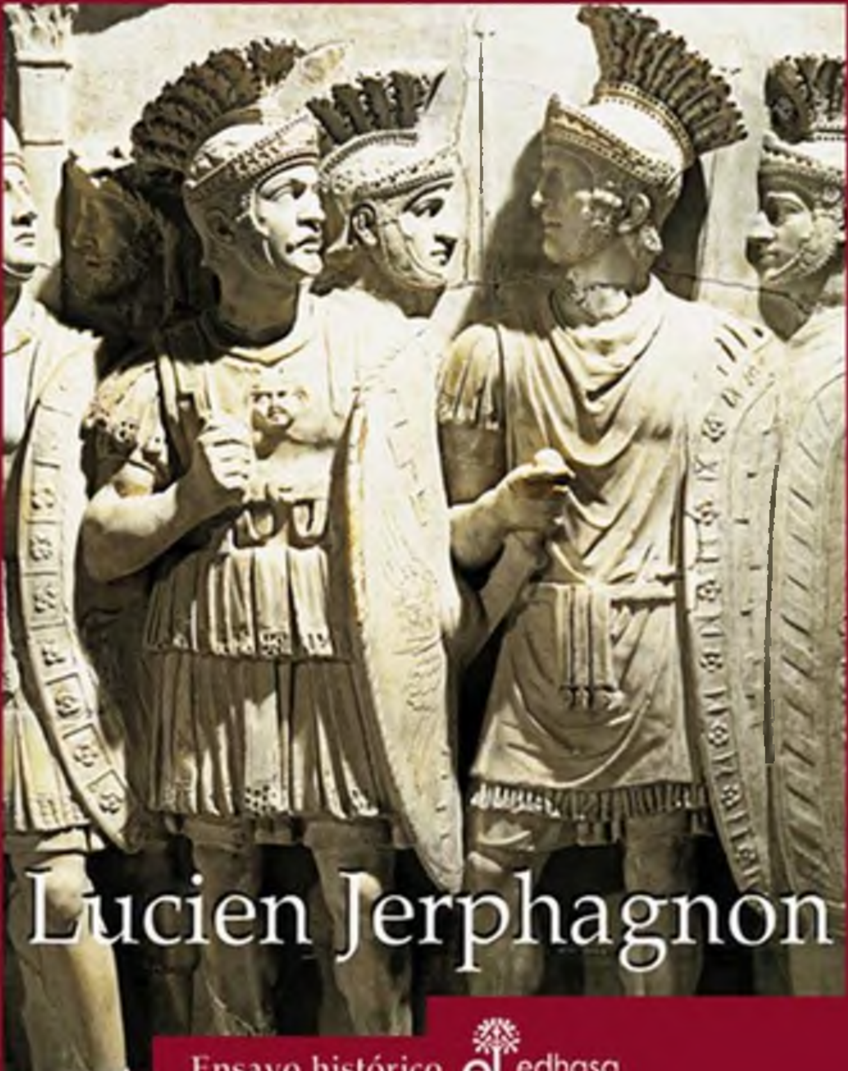
Historia de la Roma antigua



Lucien Jerphagnon

Ensayo histórico

edhasa

Creíamos saberlo todo sobre la Roma antigua, y sin embargo tenemos una visión muy deformada de su historia, en buena medida debido a la imagen que de ella nos han ofrecido las artes de nuestro tiempo, y especialmente el cine, que la han trufado de anacronismos, clichés injustificables y manipulaciones sin cuento.

Con el propósito de rebatir esas imprecisiones y ofrecer el resultado de las más rigurosas y recientes investigaciones, el prestigioso profesor Lucien Jerphagnon ha escrito un libro imprescindible en el que combina con extraordinario talento el conocimiento y el humor. Con un estilo fresco, ameno y directo, Jerphagnon nos invita a un amplio viaje por doce siglos de historia romana, con interesantes paradas en la vida política, militar, intelectual y social y lúcidas exploraciones que nos llevan a conocer a personajes tan fascinantes como Julio César, Calígula, Nerón, Constantino el Grande o Juliano el Apóstata, así como a redescubrir el legado de Plauto, Séneca, Petronio o Apuleyo.

Lucien Jerphagnon no sólo consigue hacer divertido el ascenso y decadencia de Roma, sino que los convierte en una de las aventuras más interesantes, cautivadoras y emocionantes que pueden emprenderse. No hay que perdérselo.

Lucien Jerphagnon (n. 1921), doctor en Letras y en Psicología y diplomado en la École des Hautes Études, fue consejero del Institut International de Philosophie (CNRS-Unesco) y actualmente es profesor emérito de universidad. Es una de las máximas autoridades en pensamiento griego y romano y autor de una nutrida bibliografía en la que destacan *Vivre et philospher sous les Césars* (1980, premiado por la Academia Francesa), *Histoire de la pensée* (1989, premio de la Academia de Ciencias Morales y Políticas), *Agustin, le pédagogue de Dieu* (2002), *Agustin et la sagesse* (2006) y la edición de los tres volúmenes de las *Obras* de Sant Agustín, que le han valido el Premio de la Academia Francesa.

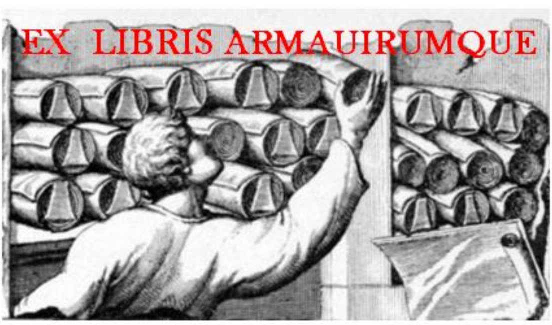
Ensayo histórico

edhasa

LUCIEN JERPHAGNON

HISTORIA DE LA ROMA ANTIGUA

Traducción de Ana Herrera



edhasa

Título original: *Histoire de la Rome antique*

Diseño de la cubierta: Edhasa basado en un diseño de Jordi Sábat

Primera edición: septiembre de 2007

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad 6
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-84-350-2663-9

Impreso en Hurope, S.L.

Depósito legal: B-31.859-2007

Impreso en España

A Julien, Roxane, Victor y Adriana, mis nietos

Setenta mil cuatrocientas repeticiones hacen una verdad...
ALDOUS HUXLEY, *Un mundo feliz*

–Te dirán lo que les dé la gana... Muchas personas mienten,
ya lo sabes, es la naturaleza humana.
–Quizá, pero no todos mentirán
sobre las mismas cosas. Podré cotejarlo.
PIERRE SCHOENDOERFFER, *Là-haut*

Índice

Capítulo 3
El imperialismo republicano: Roma, Cartago y Oriente

Capítulo 4
Después de la conquista: la nueva sociedad

Capítulo 5
La guerra civil de cien años

CAPÍTULO 6
LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LA REPÚBLICA

CAPÍTULO 7
LA REPÚBLICA BAJO OTRA FORMA: EL PRINCIPADO CON AUGUSTO

CAPÍTULO 8
DESPUÉS DE AUGUSTO O LOS JULIO-CLAUDIOS

CAPÍTULO 9
EL IMPERIO NORMALIZADO: ROMA BAJO LOS FLAVIOS

CAPÍTULO 10
PAX ROMANA: LA ROMA DE LOS ANTONINOS

CAPÍTULO 11
ROMA A LA HORA DE ORIENTE: LA DINASTÍA DE LOS SEVEROS

CAPÍTULO 12
EL GOLPE DE ESTADO PERMANENTE

CAPÍTULO 13
LOS HIJOS DEL DANUBIO

CAPÍTULO 14
OTRA ROMA: LA DINASTÍA CONSTANTINIANA

CAPÍTULO 15
LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LA ROMA ANTIGUA

Introducción a una introducción

«Érase una vez Roma...» Desde la infancia he sentido un enorme placer, así como, ya en la edad madura, algunos ataques de indignación, cada vez que he debido constatar la insignificancia o estupidez de aquello que por lo común se entiende como «los romanos». Considerados en conjunto, desde luego, y confundidas todas las épocas, orígenes y categorías sociales. Roma, sin embargo, tenía también sus propietarios y sus proletarios, sus directores de sociedades y sus obreros especializados. No todos ellos bebían el mismo vino, ni comían la misma cocina, y no puede decirse que sus hijos estudiasen precisamente lo mismo. ¡Cuántos tópicos tan manidos!

Imaginen, por ejemplo, lo que se contará de «los franceses» dentro de veinte siglos, si es que todavía se les menciona. Se mezclará a los trovadores, los transportistas, los señores feudales, los soldados de la guerra del 14, y el conjunto de esa gente evolucionará en un tiempo formado en la suma de todas las épocas superpuestas: la de Juana de Arco, la de Charles de Gaulle, la del buen rey Dagoberto... Eso es sin más lo que hacemos con la Roma antigua. Reducimos doce siglos de historia tan complejos y delicados de delimitar a cuatro banalidades, a unos cuantos clichés absurdos e inútiles sobre orgías, gentes coronadas de rosas y que se provocan el vómito, los primeros cristianos metidos en sus catacumbas y unos anfiteatros repletos de leones. Aparte de

algunos nombres, como Julio César (¿gracias a las calzadas?, ¿gracias a Astérix?), Nerón, claro, con su lira y su incendio, y, para los más ancianos, Vespasiano,[1] no veo que, al azar de las conversaciones, emerjan muchas personas entre las ruinas de aquella civilización cuya mismísima lengua está a punto de morir por segunda vez, pues se ha dejado de enseñar de forma general. Imaginen que un último ser pensante acabe por olvidarse de Roma. En ese instante, no solamente Roma habrá dejado de existir, sino que tampoco habrá existido nunca. Se acercan los tiempos en que el arco de Séptimo Severo, la columna de Trajano o el Coliseo dirán a las generaciones venideras poco más que los alineamientos de Carnac o las estatuas de la isla de Pascua.

¿De quién es la culpa? Es muy arriesgado asignar causas del declive de las grandes civilizaciones. Paul Valéry se limitó a constatar que eran mortales, como Rutilio Namaciano había dicho ya quince siglos antes que él. Mucho más difícil aún, y casi seguro en vano, es aventurar los motivos de su posible segunda muerte en el recuerdo. Se trata de una muerte a fuego lento: no dejamos de hablar de ella, de hablar para no decir nada o para decir naderías. Quienes así lo saben, desanimados al ver que predican en el desierto, acaban por aislarse en pequeñas reservas de especialistas, muy vivas por otra parte.

En esta propagación de ideas falsas, ciertas novelas que algunos llaman históricas tienen también su parte de responsabilidad. Una documentación incierta sirve a menudo de marco a unas intrigas que podrían desarrollarse sin problemas en el presente de estos autores. Constato, sin embargo, que se inicia una reacción hacia un rigor más acusado, y me alegro de ello. Bien distinto es cuando se lleva a la pantalla la Antigüedad romana,

1. Por «vespasienne», urinario público. (*N. de la T.*)

donde nos llevamos las mayores sorpresas. Libertades con la historia, apaños en la cronología, perspectivas alteradas, anacronismos que llegan al absurdo. Sin embargo, me da cierta pena meterme con los realizadores de péplums, quizá porque les debo unos cuantos ataques de hilaridad vividos al amparo de la oscuridad. Por lo demás, la gente del cine no es la única que ha inducido al error en el imaginario acerca de «los romanos». En este sentido, los pintores de todos los tiempos tampoco se las han arreglado mal. No obstante, en este terreno todo el mundo sabe distinguir, como decía Binet, entre el tema y la pieza. O sea, que se puede hacer buena o mala pintura a partir de cualquier cosa. No dejaré de señalar de paso que ha habido algunas buenas «piezas». Si bien no nos han instruido demasiado sobre cómo fue en realidad Roma, al menos nos han informado de la imagen que un determinado pintor tenía sobre ella en una determinada época, y eso puede resultar útil.

La enseñanza de la historia también tiene su parte de responsabilidad en la pérdida de vigor de la cultura antigua. Mis largos años en la enseñanza superior me han llevado a menudo a deplorarla: raros eran los estudiantes a los cuales la historia romana había dejado recuerdos utilizables. Al principio, es decir, al día siguiente de terminar el bachillerato, todo les parecía unificado, a veces incluso en el caso de los buenos estudiantes, en un espacio-tiempo sin límites donde cualquier cosa podía suceder, una especie de nebulosa en la que los hechos, las fechas y los textos se inscribían a la buena de Dios. En las pruebas culturales a las cuales se sometían con amabilidad mis alumnos, llegó a pasar que situaban a Lucrecia en la Edad Media... «o quizás antes», como añadió un escrupuloso al cual felicité. Existían dudas con respecto a Séneca: ¿antes o después de Jesucristo? ¿Quizás en el Bajo Imperio, en cuyo caso podría haber cono-

cido a san Agustín? No me invento nada. De todo esto resultaba que cualquiera pudo decir cualquier cosa en cualquier momento, circunstancia que no impedía a nadie hablar del determinismo histórico o del sentido de la historia, asuntos sobre los cuales mi escepticismo me impide tomar partido. En este punto también sería bueno tomar conciencia. En lugar de dejar que alumnos y estudiantes se muevan en un desenfoque cinematográfico, tanto mejor sería crear en ellos la necesidad de la cronología, fuera de la cual no surgen más que ideas generales, es decir, viento. Por tanto, aquí procederé por capas cronológicas, sencillamente porque no hay treinta y seis maneras distintas de contar una historia.

Aún vivimos una especie de veranillo de San Martín, ya que asistimos, desde hace más de dos decenios, a una verdadera renovación de los estudios romanos. En los últimos veinte años, han aparecido varias biografías notables, así como monografías que constituyen un verdadero regalo. Me reservo el derecho a aconsejarlas a los lectores en el curso de mi explicación. Deseemos que todo este esfuerzo sea capaz de saltar por encima de este muro de silencio y alcanzar al gran público. A pesar de ello, hay que reconocer que los libros que, desde hace tiempo, tratan de historia romana son bastante decepcionantes. Los eruditos pocas veces se toman la molestia de explicarse bien y ser claros. Imaginan que el lector ya sabe, puesto que, al menos en la mejor de las hipótesis, demanda saber más. De ahí resulta el hecho de que al hojear tal o cual libro al azar durante una incursión en cualquier librería, uno ya prevé que, como decía Huxley, se aburrirá a muerte, de modo que vuelve a dejar tal objeto en su lugar... y retornamos al problema precedente. Nos falta una divulgación de calidad. Demasiados de nuestros sabios colegas creen que tal misión se encuentra por debajo

de su valía. Sin embargo, uno escribe para que se le comprenda, y no solamente los académicos.

En fin, me ha parecido que existía un vacío en el ámbito de los estudios generales sobre la Roma antigua. O bien son monumentales y no interesan más que a los profesionales, o bien son demasiado sucintos y apenas sirven para algo más que para refrescar la memoria. La obra presente se inscribe entre estos dos extremos. No lo cuento todo, pero sí intento hablar de cuanto convendría saber, ya que precisamente todo lo que habría que saber sobre la Roma antigua está disperso en centenares, miles de volúmenes y artículos, de los cuales no podríamos sacar provecho más que yendo del conjunto al detalle, y del detalle al conjunto, y así hasta el infinito. Una vida entera apenas bastaría para tal propósito, no hace falta ni decirlo. Todo ese material, pues, a falta de una iniciación adecucada, sigue siendo privilegio de los estudiosos, que parten jóvenes a la conquista de ese continente de la historia, y que han convertido esa búsqueda en oficio, al mismo tiempo que en fuente de deleites. Pero, ¿y los demás? ¿Y los que no han tenido esa oportunidad? Para ellos en concreto he querido reunir en un volumen de dimensiones razonables no solamente los hechos, fechas y nombres que se deben conocer, sino también algunos datos más que nos permitan saber del interior de la epopeya romana, así como el hecho de que ella ha engendrado esta civilización y no otra. He reservado un gran espacio a la literatura y también al arte, cuya evolución es muy significativa del espíritu de una época. ¿Qué tienen en común la encantadora ligereza del arte pompeyano, en unos tiempos amablemente escépticos, y la acuciante majestad de los sarcófagos ornamentados del siglo III? También he tenido en cuenta lo que a veces se llama, sin demasiadas precauciones, ideología: las cadenas de razona-

mientos, de conceptos y, por último, de imágenes que las generaciones de entonces se transmitían con el único fin de justificar, de la manera más eficaz posible, un orden dado, fundándolo sobre una trascendencia. Era necesario que aquello que había alcanzado el éxito político, triunfase durante el máximo de tiempo, si no durante toda la eternidad: *Roma aeterna*... En este punto, lo que se debe tener en cuenta es la filosofía, o mejor dicho, a los filósofos, ya que Roma, con su formidable capacidad de adaptación, supo ponerlos, junto con todo lo demás, al servicio de su hegemonía. He observado con agrado que los historiadores de hoy en día realizan un esfuerzo notable en ese sentido, ya que los historiadores del pensamiento antiguo, insuperables en el arte de exponer la generación, vida y muerte de los grandes sistemas, se detienen demasiado a menudo, con raras excepciones, en los puntos que retuvieron de la historia romana durante sus años de instituto.

* * *

Éste es, por tanto, mi propósito. Y una vez dicho esto, me consternaría que se me culpase de ser un pretencioso que cree presentar aquí el libro ideal, que basta para todo: «tomen y lean...». ¡No, por todos los dioses! Habría que ser un paranoico, o un inculto. Mis intenciones son infinitamente más modestas: ofrecer algo parecido a una aproximación a la Roma antigua. Tampoco destino esta obra a mis colegas especialistas, que no tienen ninguna necesidad de ella, sino a quienes deseen tener una perspectiva sobre esos doce siglos que preludian nuestra propia civilización. También he pensado en cuantos busquen refrescar sus conocimientos, difuminados por el tiempo, y que constatan con ocasión de una novela, una película o una emisión televisiva que

no saben ya quién era quién, y quién pudo hacer cada cosa y en qué contexto. Eso es todo. Y por lo mismo, he intentado ser lo más completo que he podido, y también lo menos fatigoso.

La amplitud del tema, la forma en que he decidido tratarlo, el tono que he decidido adoptar, son cuestiones que me condenan a realizar un examen rápido y superficial. No podía ofrecer al lector otra cosa que una especie de paseo aéreo que le permitiese, simplemente, fijarse en espacios y tiempos romanos. Quizá se estime que he dedicado a la filosofía la parte más importante o más larga, en cualquier caso, de lo que corresponde a un libro de historia. Si se examina con más detenimiento, se descubrirá quizá que esta forma de actuar da al lector mayor espacio para desplegar sus propios pensamientos. De todos modos, debo confesar que ello conviene a mi itinerario personal. Mis largos años dedicados a la enseñanza de las grandes filosofías que, en su contexto histórico, se daban en el mundo romano, me han conducido a interesarme cada vez más por lo que sucedía en Roma y en este mundo al cual pretendía, justamente, restituir el pensamiento. En resumen: después de partir para «hacer filosofía», como es mi oficio, he debido «hacer historia», que es el oficio de otros. Mis tres obras precedentes también han intentado iluminar la presencia, más o menos visible, de la *philosophia* a lo largo de los siglos de la época llamada imperial. Acaso ocurra que, arriesgándome a semejante aventura, haya corrido la doble desgracia de parecer demasiado filósofo a los ojos de los historiadores y demasiado historiador a los ojos de los filósofos. A veces sentía algún escrúpulo: ¿no me estaría colocando yo en la situación de aquel señor que se vanagloriaba de haber vencido, en su juventud, a un campeón de boxeo y a otro de billar..., pero que no decía que al campeón de boxeo le había ganado al billar, y al de billar al boxeo? Los universitarios en raras ocasiones se

hacen regalos. Feroces guardianes de sus territorios respectivos, sufren de lo que con facilidad podríamos llamar complejo de las Hespérides: «no toquéis mi jardín...». No obstante, lo que unos y otros han dicho y escrito de mis tres ensayos anteriores, «interdisciplinarios», me ha tranquilizado bastante. Como la edad me permite, ahora mismo, relegar como última de mis preocupaciones la acrimonia de las escuelas (cosa que, a decir verdad, nunca me ha conmovido demasiado), me he dejado seducir una vez más por el proyecto que se me presentaba: escribir una aproximación a la Roma antigua en su conjunto. En suma, de Rómulo, a secas, a Rómulo Augústulo; del amanecer a la negra noche. Debía estar redactada de la forma más sencilla posible, como si se tratara de una historia que alguien nos cuenta, a fin de que todo ser racional pudiera tener acceso, y quizás incluso hasta encontrar placer en ello. Una introducción a la Roma antigua, sólo eso, que el lector pudiera seguir a su gusto, por poco deseo que manifestase, en el curso de estas páginas.

La iniciativa correspondió a Jacques Jourquin, que supo convencerme cuando yo refunfuñaba, como el viejo Parménides pintado por Platón, ante la idea de «atravesar a nado el océano inmenso del discurso». Compartiremos, pues, amigablemente los riesgos. Después de todo, valía la pena intentarlo. Porque sí, en efecto, «érase una vez Roma...».

Para su comodidad y su seguridad, el lector dispone al final del volumen de una bibliografía orientativa, unos mapas y un índice de personajes antiguos, en todos los casos provistos de los datos indispensables. También evitaremos los paréntesis, las notas a pie de página, las acotaciones y otros impedimenta que cargarían sin provecho para nadie un volumen de este tipo.

Marzo de 1987

Al contrario de lo que se podría pensar, nada se mueve tan rápido como nuestros conocimientos sobre el mundo antiguo, en parte porque reposan sobre conjeturas que cualquier descubrimiento es capaz de llenar de matices o hacer caducar de la noche a la mañana. Con el deseo de beneficiar al lector con los últimos descubrimientos de la erudición en el curso de estos años, he revisado por completo y retocado la presente edición, y he renovado también su bibliografía.

Rueil-Malmaison, abril de 2002

Capítulo 1

Los orígenes. Mitos y realidades

La galería de los antepasados

Puesto que todo necesita un comienzo, lo mejor es que sea glorioso. El éxito inclina a proveerse de un pasado que lo explique, y de una galería de antepasados que lo justifiquen por su antigüedad y su valor excepcional. Sin arriesgarse, pues, a remontarse a los datos de la prehistoria o de la paleontología (ciencias llegadas de forma tardía, pero sobre todo tristemente igualitarias en sus aproximaciones), las grandes dinastías, las grandes familias, etc., suelen proveerse de modo habitual de un noble iniciador, a veces pintado al óleo, cuya presencia en la pared de un salón constituye de por sí una especie de sacramento. Pensemos que Roma no dejó de descubrirse antepasados, una vez se confirmó decididamente, en torno al primer siglo antes de nuestra era, su éxito casi cósmico, éxito del cual tomó conciencia a medida que se iban ampliando sus posesiones. Hacía falta que una expansión así de potente viniese de lo alto. ¡Nada de mezquindades! Hay que buscar las raíces en el Olimpo propio. Se tomaron, por tanto, viejas leyendas que se remontaban al siglo IV, idealizándolas dentro de un espíritu helenístico, pero también, como demostró Georges Dumézil, mitos indoeuropeos que se perdían en la noche de los tiempos. Y así fue

como la tradición, recogida de forma más o menos épica por Nevio y Ennio, con más sobriedad por los historiadores (Fabio Pictor, Cornelio Nepos, Tito Livio), y después «precisada» en su cronología por Marco Varro, fijó la fundación de Roma en el año 753 por Rómulo y Remo, y en unas circunstancias indudablemente sobrenaturales.

Estos respetables jóvenes no eran unos don nadie, ya que habían nacido de los amores de Rhea Silvia, hija del rey albano Numitor, con el dios Marte en persona. Ambos habían corrido muchas aventuras. En efecto, el hermano de aquel rey Numitor, un tal Amulio, en tanto que usurpador del trono, no podía ver con buenos ojos ese doble nacimiento, por muy divino que éste fuese. Así pues, ordenó depositar a los infortunados semidioses de sus sobrinos en una cesta, que confió a los cuidados del Tíber. Sin embargo, del mismo modo que Moisés, Rómulo y Remo fueron salvados de las aguas, ya que la cesta, a la deriva en la corriente, acabó por encallar, junto con sus ocupantes, al pie del Palatino. Una loba caritativa los encontró, los retiró del agua y los amamantó, sustituida luego por un pájaro carpintero... dos animales consagrados al dios Marte. Y aunque el término loba o *lupa* designaba también a una dama que comerciaba con sus encantos (de ahí el conocido término *lupanar*), los romanos no se molestaron, como precisa Tito Livio, en dar a esta aventura un cariz más verosímil. La loba y sus dos niños de pecho, reproducidos hasta el infinito, constituirían a lo largo de los siglos una imagen estilizada de Roma, un símbolo tan expresivo para los pueblos del mundo antiguo como lo son para la Unión Europea el rombo de Renault o las dos V de Citroën.

La leyenda no acaba ahí, ya que nos remontamos en el tiempo, y mucho. El rey Numitor, en efecto, reinaba sobre una ciudad tan prestigiosa como mítica, ya que el fundador de Alba no

era otro que Julio, el mismísimo hijo de Eneas. En ese rincón perdido de Italia había acabado sus días el ilustre troyano, tras huir del desastre de su patria y después de innumerables escalas, y allí tuvo descendencia. Eneas era a su vez un semidiós, algo que no escondía. Había nacido de Anquises, príncipe de la casa de Troya, y de la diosa Venus, con lo cual, y sin contar con el prestigio de la ascendencia troyana, tenemos que dos divinidades, y no de las menores precisamente, se inclinan sobre la cuna de Roma. Virgilio, un poco más tarde, extraería de aquí, a cuenta de Octavio Augusto, unos suntuosos efectos de propaganda imperial. Tendremos ocasión de volver sobre este tema. Es bien sabido lo que viene a continuación: los gemelos, que crecieron entre los pastores del Lacio, se disputaron el honor de fundar su propia ciudad. Rómulo, que sin duda conocía a fondo los rituales etruscos, trazó con el arado el *pomoerium*, el surco sagrado que delimitaba el recinto. Remo, celoso, saltó por encima, desafiando así de forma imperdonable la prohibición que condena a las divinidades infernales a aquellos que osan franquear el foso divino. Rómulo no podía hacer otra cosa que castigar el sacrilegio: asesinó a su hermano en aquel mismo lugar, acción que al mismo tiempo le desembarazaba de un rival molesto. Tácito formularía más tarde esa misma historia de forma más elegante y concisa: *insociabile regnum*, el poder no se comparte. Roma había sido fundada, al menos de forma ideal. Con el deseo de proporcionar a sus súbditos las esposas que les faltaban, Rómulo estimó oportuno el rapto de las mujeres de sus vecinos, los sabinos, con lo que inició una guerra y nos brindó el tema para una docena de cuadros célebres, entre ellos el heroico de David. Por legendario que fuese, el episodio no pasó inadvertido. Ya viejo, Rómulo desapareció tras una nube, mientras inspeccionaba a sus tropas un día de tormenta. Nadie

lo dudó un solo instante: Rómulo se había convertido del todo en dios, y Julio César no dudaría en aprovechar, en tiempos futuros, ese linaje excepcional. Para la galería de los antepasados.

El tiempo de los reyes legendarios

Los tres reyes siguientes prolongan todavía un poco más los tiempos legendarios. El sucesor inmediato de Rómulo, el buen rey Numa Pompilio, era sabino de origen, circunstancia que nos hace pensar que el rapto de las sabinas y el conflicto que siguió a continuación no tuvieron tan buen resultado como pretendían los romanos. Según parece, ese santo varón, legislador prudente, inventor genial del calendario y fundador de los grandes cultos, encontraba su mejor inspiración en la ninfa Egeria (de ahí la famosa expresión), con la que se reunía, siempre que podía, en un rincón discreto, no lejos de una fuente sagrada. Tullo Hostilio, el siguiente rey, era un latino tan belicoso como pacífico había sido Numa. Fue él quien sometió virtualmente a Roma a la villa de Alba, después de un combate singular que enfrentó a los Horacios romanos con los Curiacios albanos, disputa que dio como resultado una pieza de Corneille y otro cuadro de David. Cuenta la tradición que Anco Marcio, el cuarto monarca, llevó a cabo, entre otros logros, la fundación del puerto romano de Ostia, la construcción de un acueducto muy útil y también la primera prisión de Roma, que, según parece, ya empezaba a ser necesaria.

Habríamos halagado mucho, pero sin duda sorprendido también sobremanera, a los pocos pastores que vivían en la región al principio de la Edad del Hierro si les hubiésemos con-

tado en esos términos el pasado glorioso de una villa que, por entonces, no existía todavía, ya que las siete colinas vecinas apenas estaban pobladas por algunas aldeas formadas por unos grupos de modestísimas cabañas. Sólo hacia el 600-550 emerge de la tierra, y no sobre el Palatino mismo sino en el emplazamiento de lo que será luego el foro romano, la Roma arcaica, construida según dos ejes que se cortan en cruz y cuyas cuatro puertas primitivas han sido reconocidas por Pierre Grimal.

Es evidente, pues, que no sería razonable tomar al pie de la letra todas estas leyendas, que encontramos hasta bien entrado el siglo XVIII, al igual que tampoco nos resultarían satisfactorios los relatos del Génesis a la hora de redactar una historia científica del pueblo hebreo. No obstante, tampoco sería adecuado rechazarlas en bloque, y eso por dos motivos. En primer lugar, porque algunos de sus elementos encuentran confirmación en la arqueología moderna, pero sobre todo, al menos según mi opinión, porque nos enseñan algo mucho más importante de lo que pensamos habitualmente. La obra de Alexandre Grandazzi *La fundación de Roma* (1991) nos lo confirma: entre el «todo es cierto» y el «todo es falso» existe la conquista de las certidumbres parciales. De todo esto debemos retener que nos encontramos, y así seguiremos hasta el final de esta larga historia, en un contexto sagrado que compromete todos los planos de la vida romana, individual y colectiva. Quizá sea esto lo más difícil de admitir para el hombre de hoy en día. Vivimos, al menos en nuestras latitudes, en unos estados laicos, con una vida cotidiana en la cual la religión, si existe, no constituye a menudo más que un accesorio, un punto de vista personal. Divina al principio, fundada por un semidiós bajo el patronazgo de los dioses, la Roma antigua, por el contrario, está por completo sumergida en lo sagrado. Sagradas son las

instituciones, sagradas las magistraturas, sagrados los magistrados que las ejercen. Lo sacro romano es formal, y en principio, colectivo. Ignora, en cualquier caso, la dimensión mística, que sólo aparecerá mucho más tarde, procedente de Oriente. En fin, habremos observado que los romanos, como el resto de los habitantes de las ciudades antiguas, son pródigos en el uso de la palabra «dios». Hasta resulta increíble, como ha mostrado Robert Turcan, el número de pequeñas divinidades embarulladas que, además de los dioses de primera magnitud, se suponía que intervenían, a cada instante, en los acontecimientos de Roma y en la vida de todos los romanos... y con los que convenía, en consecuencia, reconciliarse mediante los cultos apropiados. Cuando hablan de los dioses, decimos que los romanos se refieren a una creencia auténtica y que comporta todos los grados de seriedad. No obstante, en ningún caso esa palabra vehicula la enorme carga metafísica que ha acabado por adquirir después de veinte siglos de judeo-cristianismo y veinticuatro de reflexión filosófica, ni, por otra parte, su carga moral y afectiva. Es necesario, por tanto, ejercer esta corrección mental que se impone en todo, pues de lo contrario podemos caer sin darnos cuenta en el anacronismo y los juicios que se expresen sobre la civilización romana y lo que en ella acontezca se resentirán fatalmente. Hay que recordarlo siempre.

El reino de los reyes etruscos

Después de la era de los reyes legendarios, fértil en hechos maravillosos, en 616 se abre el período llamado de los reyes etruscos, que son, en realidad, los verdaderos fundadores de Roma.

Roma no nació por generación espontánea: su nacimiento y su desarrollo se inscriben, según todas las pruebas, en el conjunto del mundo itálico, del cual comparte el destino.

Sin duda, las aldeas diseminadas por las siete colinas del enclave romano se llegaron a federar con el tiempo para garantizar al conjunto una cierta seguridad, ya que la fiesta «de la federación», el *Septimontium*, despertaba todavía en la Roma de los tiempos clásicos piadosos recuerdos. Aun así, el paso de ese vago hermanamiento de aldeas rurales al estado de auténtica ciudad, construida «de obra» y provista de las primeras y verdaderas comodidades urbanas, sólo se operó bajo el empuje de una civilización de alto nivel: la de los etruscos. Son un poco más conocidos (o menos desconocidos) por los arqueólogos desde hace una cincuentena de años, sin que por ello sus orígenes estén más claros a nuestros ojos. ¿Venían de la lejana Lidia, como afirma la mayoría de los historiadores antiguos después de Herodoto, es decir, de Asia Menor? ¿Habían abandonado los países nórdicos en busca de un paisaje más agradable para vivir? A menos que, como sostiene Dionisio de Halicarnaso, no se encontrasen ya en aquel mismo lugar desde los tiempos más antiguos... La cuestión sigue dividiendo a los historiadores actuales. Sea como sea, en los siglos VII-V todavía estaban en expansión, porque se los encuentra sólidamente asentados en la costa itálica, desde el emplazamiento de Ostia hasta el Arno; después se extienden hacia el norte, hasta la actual Milán, y se implantan también en Campania, en torno a Capua. Su flota surcaba todo el Mediterráneo occidental. Ocupar el sitio de Roma podía parecerles útil, por tanto, desde varios puntos de vista, ya que de ese modo establecerían una cabeza de puente sobre el Tíber. Grandes constructores de ciudades, que eran otros tantos centros comerciales, instalaron una guarnición en

el Capitolio y abrieron un mercado en el Foro, en torno al cual se organizó la nueva ciudad.

Los reyes etruscos, de quienes los autores antiguos relatan sus reinados, parecen tener una consistencia histórica mucho más creíble que sus antepasados. Sus rudas figuras, surgidas de un pasado difícil de reconstruir en detalle, hacen pensar, según la expresión de Marcel Bordet, en los *condottieri,* como aventureros que se enfrentaban por el dominio de las ciudades. Se dice que Lucio Tarquinio, llamado Tarquinio el Viejo, sometió a Roma las villas vecinas del Lacio y que saneó la ciudad mediante la excavación de un sistema de alcantarillas a cielo abierto, más tarde cubierto, conocido con el nombre de *cloaca maxima.* Sin olvidar tampoco lo sagrado, concibió el templo de Júpiter Capitolino, cuyos trabajos se iniciaron en su reino. Asesinado, cedió su lugar a Servio Tulio, a quien la tradición atribuye la creación de un plan de organización administrativo y militar (sistema centuriato, distritos) que no se realizó hasta más tarde. Es posible, sin embargo, que Roma ya hubiese empezado a organizar su ejército, e incluso a través de un sistema censitario. Algo que se comprende si se sabe que a los soldados de caballería e infantería se les requería la aportación y mantenimiento de sus monturas y su equipo. Preocupado por la seguridad, Servio hizo edificar un muro de protección estratégico que bien pronto desbordó la expansión urbana, y del cual todavía quedan hoy en día algunos vestigios.

El séptimo rey de Roma, que debía ser el último, no dejó un buen recuerdo. Ese Tarquinio, llamado el Soberbio, es decir, el Orgulloso, era considerado un tirano, que además usurpó el trono mediante la eliminación psíquica del infortunado Servio. Y

el colmo de la desgracia: tenía un hijo, un tal Sexto Tarquinio, que pasaría a la posteridad de una manera particularmente lamentable. Albergando una pasión culpable por Lucrecia, su prima por alianza, llegó al extremo de violarla. Episodio indigno en todos los sentidos del término, ya que, de creer a los autores antiguos, este último abuso decidió a los romanos a terminar con la monarquía y cambiar de régimen. Lo cierto es que ese extravío nos valió al menos seis cuadros célebres, entre ellos uno de Tiziano, otro de Tintoretto y otro de Rubens. No obstante, esa revolución que, en 509, llevó a la expulsión de los etruscos y hasta el nombre de rey (como veremos a continuación) a que se convirtiera en odioso para siempre jamás en el espíritu de los romanos, tuvo, sin duda, causas más complejas. Y en primer lugar, ¿es segura la fecha de 509? Raymond Bloch lo duda. Sugiere que los romanos con probabilidad fecharon mucho antes la caída de los Tarquinios para dar mayor crédito a la República, de reciente inauguración, y la situaron precisamente en 509, con el templo de Júpiter Capitolino por fin concluido... Sin embargo, el siglo V marcó sobre todo el comienzo del fin para los etruscos, que, guerra tras guerra, fueron cediendo ante los griegos, entonces muy presentes en la península y su entorno. En esas condiciones difíciles, es posible que la evacuación espontánea de Roma respondiese sin más a un plan de repliegue, sin que el famoso Bruto (Lucio Junio, ¡no nos faltarán los Brutos!) hiciera gran cosa. Al menos, los etruscos dejaron aquel lugar más arreglado tras su marcha de lo que lo habían encontrado al llegar hacía un siglo, y mucho más imponente. Los ocupantes encontraron unos pueblecitos rurales y dejaban en cambio un centro urbano mucho más consistente. Poco a poco, el resto de villas defendidas por los etruscos irían cayendo, una tras otra. Y hacia 350, la Etruria como imperio habría dejado de existir.

Se ha reforzado más este episodio con el relato de que los dos hijos de Junio Bruto conspiraron para restaurar a los Tarquinios, pero que estas maniobras contrarrevolucionarias fueron denunciadas a tiempo y sus autores condenados a la pena capital. Bruto, el padre, convertido entre tanto en magistrado de la república, presidió él mismo la ejecución de la sentencia. La escena confirió al personaje una etiqueta de republicano implacable que sería de mucha utilidad en el inmediato futuro, y esa vestidura a lo «romano viejo» dio gran ímpetu a los inicios del nuevo régimen, más si se contempla desde el transcurso posterior del tiempo. También se encargaba de transmitir, gratuitamente, una advertencia a todos los que imaginaban poder sustraerse a las nuevas instituciones. Voltaire aprovechó estos hechos para redactar una pieza discutible al menos en cuanto al fondo, y David para pintar a un Bruto tan siniestro como se pueda desear.

La edad de los padres fundadores

Aparte de las leyendas, ¿qué idea podemos hacernos del estado real de Roma a finales del período monárquico? El asunto no es nada fácil, dado que esas imágenes de Épinal «avant la lettre» fueron embellecidas para la posteridad siguiendo el capricho de sus nostalgias y, sobre todo, de sus necesidades ideológicas, y que los romanos nunca se molestaron en atribuir la paternidad de lo que debían a los etruscos, dispuestos como estuvieron después a «romanizar» a los reyes ocupantes.

De hecho, podemos pensar que los romanos de la época real disponían por entonces de una sólida presencia rural. La agricultura, ya desde esos tiempos lejanos, constituiría la base

de la economía romana, mientras que la posesión familiar de la tierra será el fundamento de toda fortuna y, en su origen, de toda verdadera influencia política. Es probable que los reyes etruscos hubiesen comenzado a moldear a su manera aquel mundo en lo esencial campesino, imponiéndole algunas estructuras cívicas. En primer lugar encontramos a las *gentes*, es decir, agrupaciones de grandes familias patriarcales. Proceden de un antepasado común y se fundan por tanto, a la manera de los griegos, en la comunidad de la sangre y de los cultos domésticos. Las familias que componen la *gens* dependen de la autoridad del *pater familias*, si bien haremos mejor en no imaginar en absoluto al buen papá que hace saltar sobre sus rodillas a una descendencia traviesa. Ese caballero no practicaba lo que se dice el arte de ser abuelo, y nos hace pensar más bien en un jefe de clan mediterráneo. Dispone de una autoridad absoluta, en tanto ésta procede de los antepasados, de los cuales celebra el culto, y de los dioses. Sin duda, no era bueno contrariar a un poder tan evidentemente enraizado en lo sagrado, una convicción elemental que se ilustrará a continuación mediante buenos ejemplos, poco tranquilizadores y adecuados en la disuasión de posibles tentativas de protesta. Aparte de la familia en el sentido que nosotros conocemos, el *pater familias* tenía bajo su dominio a una vasta «clientela» (en el sentido en que se emplea en los medios políticos) de la cual era, tal como diríamos hoy en día, el padrino. La cantidad variaba según la importancia del personaje, pero el principio era el mismo: él los protegía a cambio de una obediencia devota a la que era impensable resistirse.

Es probable también que en esa época los *happy few*, feliz minoría perteneciente a las *gentes* en verdad influyentes, empezasen poco a poco a constituirse en una clase superior, el patriciado, que se distinguía (en eso ya pondrían ellos buen cuida-

do) de una segunda clase comodín: antiguos clientes de alguna *gens* desaparecida, extranjeros venidos a implantar algún comercio y otros personajes de menor importancia. Esos ciudadanos de segunda formaban una *plebe* sin demasiados derechos, en efecto, pero también sin demasiados deberes.

A falta de textos jurídicos que se remonten de forma cierta a esa época, se puede afirmar que toda transacción revestía, como la totalidad de las cosas, un carácter sagrado. La buena fe, en suma, se compromete ante los dioses y sobre los espíritus de los antepasados, y ese acto los responsabilizaba a cada uno de ellos bajo pena de desgracias en el más allá que nadie osaba imaginar. El régimen de propiedad era bastante complejo: la posesión de los terrenos y dominios familiares, transmitible por herencia pero aún indivisible, coexistía con una propiedad colectiva, una especie de co-propiedad en el seno de la *gens*, vestigio probable de la explotación pastoril primitiva.

En fin, estos rudos labradores, de los cuales los romanos más evolucionados hablarían más tarde con una falsa nostalgia, recordando sus virtudes, su sana rusticidad, etc., ¿disponían acaso de una vida intelectual y artística? En este plano los romanos de aquellos tiempos también se lo deben todo a los etruscos: la arquitectura de la villa arcaica, murallas, el templo del Capitolio que albergaba la tríada llamada capitolina, Júpiter, Juno y Minerva. La estatuaria estaba en sus inicios y se conservan numerosas terracotas, de las cuales la célebre loba de bronce que se muestra todavía hoy en día, con sus gemelos añadidos por un artista del Renacimiento, sería, según B. Andreae, de factura posterior, hacia 474. A falta de literatura, que no apareció hasta más tarde, los etruscos dejaron al menos a los romanos el medio de crearla, es decir, la escritura. De momento, no abusaron mucho de ella. La retirada de los ocupantes traería

consigo un eclipse en todos los ámbitos, y el chauvinismo de los primeros romanos no les dispuso demasiado a imitarlos de forma inmediata, y mucho menos dado que la «liberación» de Roma tuvo lugar en un contexto de lucha contra esa civilización llena de inventiva que les había aportado tantas cosas. Se puede deplorar este hecho, pero es difícil extrañarse: el genio de unos y de otros no era demasiado conciliable, y no podía dar lugar a una impregnación profunda, como sería el caso mucho más tarde de Grecia y Egipto. Y además, los tiempos no se prestaban demasiado a estas alianzas. La conciencia de su autonomía iba a replegar fatalmente a la naciente república sobre sí misma, y sus interminables luchas, primero por sobrevivir, y luego por hacer avanzar sus fronteras hasta los confines del mundo conocido, iban a ocuparles en tareas mucho más rudas.

Capítulo 2

La aurora de la República o el tiempo de las convicciones

Mística y política de la libertad

El último de los Tarquinios dejó el recuerdo que ya sabemos, hasta el punto de convertirse con el tiempo en el héroe de una leyenda negra, y, por tanto, la misma palabra rey, que en tiempos inspiraba respeto, se hizo en Roma definitivamente impronunciable. Esta afirmación de Tito Livio que a continuación tendremos ocasión de verificar está bien fundada. Los romanos tuvieron enseguida una visceral reacción de rechazo a la idea misma de monarquía, e incluso a sus apariencias: «Cada vez que se evoca al rey –escribía Cicerón–, se piensa de inmediato en un malvado». Se trata, pues, de una especie de reacción alérgica que procede de lo más profundo de la afectividad de los romanos, una fobia en la cual no insistiremos nunca bastante si queremos comprender verdaderamente su historia. La república, una vez fundada, no cesará de existir, aunque sea sobre el papel, cuando se instaure, quinientos años más tarde, el régimen que llamamos por pura comodidad el imperio. De modo correlativo, se dibuja una mística de la libertad (término por definir), subyacente al dis-

curso y las actitudes políticas, que llevará consigo la misma carga afectiva.

Así pues, en primer lugar debemos definir la república. ¡Mal haya nuestra imaginación, que procede en línea recta de los recuerdos entusiastas de 1789! Hay que restituir a la palabra, o más bien a las palabras, la generalidad (y la vaguedad) de su sentido primigenio. La *res publica* o cosa pública es, sencillamente, la gestión de los asuntos que nos preocupan a todos; o dicho de otro modo, la gestión del Estado. Hasta 509, la *res publica* estaba dirigida por un monarca absoluto; ahora, pasaría a las manos (en apariencia) del pueblo, en realidad, a las de las *gentes*, es decir, las grandes familias, que se repartirán las cargas y, desde luego, los beneficios. En eso consiste exactamente el cambio. Por otra parte, no vemos por qué una bella noche del 4 de agosto tenía que empezar a soplar un viento de igualdad sobre la sociedad romana que borrase la distancia ya bastante acusada, entre el patriciado y la plebe, hasta el punto de incitar a los Tarquinios a intentar reducirla mediante una cierta mezcla. De todas formas, las *gentes* poseían la mayor parte de las tierras explotables y, por tanto, de la agricultura y la educación, y estaban decididas a conservarlas entre ellos, ya que pretendían incluso prohibir a sus hijos todo matrimonio mixto. En consecuencia, será natural que revierta en esa oligarquía el monopolio de las magistraturas y de los sacerdocios en el nuevo régimen. Como es lógico, esta especie de senado de reyes debía proveerse, si no de una constitución, al menos de unas instituciones que evitaran las tentaciones que siempre se podían temer que surgieran en su seno. En el corazón de todos los hombres existe, entre otras cosas, un tirano dormido. La ambición de ser algún día el único en decidirlo todo puede albergarla siempre cualquiera. Para recortar por anticipado las alas de los ambiciosos, se pre-

paró un sistema en el cual los poderes, repartidos sobre varias cabezas y atribuidos por tiempos, se equilibrasen entre ellos. A la cabeza de la república se colocarían, pues, a dos magistrados designados por un año y encargados del ejecutivo, los *cónsules*. A continuación, como veremos, y bajo la presión de las circunstancias, el sistema se iría complicando con magistraturas anexas.

En primer lugar había que contar con los oscuros, los desclasados, que aceptaban con dificultades verse desposeídos de los asuntos en un estado en el cual representaban una fuerza nada desdeñable. La tradición sitúa en 494 una primera degradación del clima sociopolítico. Alejados de las responsabilidades que se veían con derechos de pretender, los plebeyos optaron por el cisma, es decir, se retiraron hacia el Aventino, en el extrarradio. Por su parte, ¿querían los patricios la separación? El caso es que la plebe les imponía la secesión pura y dura, circunstancia que de producirse tendría unas consecuencias tan graves que hubieron de ceder y reconocer a la plebe algunos derechos. Quizá fue a raíz de esa crisis (en efecto, hubo más de una) que surgieron primero dos, después cuatro y al final diez magistrados de un nuevo tipo: los *tribunos de la plebe*. Protegidos por un estatuto excepcional de naturaleza religiosa que los hacía intocables (medida que era, según veremos, una buena precaución), tenían como misión defender los intereses de la plebe. La *austeridad tribunicia* delegaba en estos plebeyos para que protegiesen y defendiesen a cualquier otro plebeyo contra las exacciones eventuales de las instancias superiores. Dicha carga comportaba el derecho de veto, que se les reconocía sobre las deliberaciones y las decisiones de los magistrados y de las asambleas. Esta potestad les confería una eficacia tan temible que justificaba con amplitud el carácter sacrosanto, inviolable, del que se les había revestido... Al tiempo, también se encon-

traban garantizados, al menos en principio, los derechos, y por tanto las famosas libertades tan caras al corazón de todo romano, de los ciudadanos menos favorecidos frente a la arbitrariedad senatorial o consular. Las propias atribuciones de estos defensores estatutarios del pueblo harían de ellos, en ocasiones, los líderes designados de los grandes movimientos reivindicativos.

Sin embargo, volvamos al ejecutivo. Los cónsules, tal como hemos dicho, siempre son dos: su autoridad, por tanto, es colegial. Al menos así era en tiempos normales, ya que se había previsto una unidad de dirección provisional en el caso de que una urgencia lo exigiese. En dichas circunstancias, es el *dictador* quien ejerce, pero a título excepcional y sólo por seis meses, la plenitud de los poderes. Visceralmente desconfiados, como ya he apuntado, con respecto a un poder personal, los romanos nunca permitieron que una función tan peligrosa se viera deshonrada. De hecho, al dictador lo acompañaba también un *señor de la caballería*, con un título, digamos, auxiliar, ya que dos precauciones siempre son mejor que una.

Con el tiempo, en 447, se añadieron a los cónsules dos secretarios que ejercían las funciones de administradores de finanzas, los *cuestores*. Se sumaron también los *pretores*, magistrados encargados sobre todo de hacer respetar y aplicar el derecho. Primero circunscrita a Roma, su jurisdicción pronto se extendió a los territorios ocupados, adonde se les enviaría con misiones. Dos *censores* completaban de forma útil el organigrama. Elegidos entre los antiguos cónsules, eran los responsables de la elaboración del censo quinquenal y de la clasificación de la población, fundada sobre la evaluación de las fortunas, capacidad que les convertía en reclutadores del Senado. Admirablemente situados para saberlo todo, debían, al mismo tiem-

po, vigilar las costumbres de unos y de otros. En una sociedad tan bien jerarquizada, donde además todo el mundo se conocía, no debía resultar agradable ser «condenado por infamia», es decir, por mala conducta habitual, por esos magistrados cuyo nombre se ha convertido en sinónimo de inquisidor. Se comprende, pues, que se vieran cubiertos por el mismo estatuto inviolable que los tribunos de la plebe... El orden moral siempre complementaba de forma astuta al orden cívico.

Tales eran, en resumen, las principales estructuras de decisión que tomaban el lugar del absolutismo monárquico y que concretaban, al menos en su intención, la aspiración del conjunto de los romanos a no depender jamás de la arbitrariedad de uno solo. No obstante, esas diversas magistraturas o funciones se ejercían de modo necesario en simbiosis con las grandes asambleas, que designaban a los titulares. La primera de todas constituía la flor más fina de la sociedad: el *Senado*, depositario sagrado y fuente permanente de toda autoridad. Su tutela se ejercía *urbi* y, más tarde, *urbi et orbi*: sobre la villa (por excelencia) y sobre el mundo romano. Esta asamblea no era otra cosa que la reunión de los patricios, jefes de las grandes *gentes*, encargados de dirigir «como buenos padres de familia» los destinos de Roma. Se les llamaba a menudo *patres conscripti*, es decir, padres «conscriptos» o inscritos juntos en la lista. En origen estrictamente aristocrático, el Senado acogerá de manera prudente, a principios del siglo IV, a los primeros plebeyos, que imaginamos con unas rentas acordes a su puesto. El reclutamiento de sus miembros, cuyo número oscilará en el curso de las edades entre trescientos y mil, queda a la discreción de los censores, que redactan el *album* jerárquico según el rigor, contable y moral,

que implica su función. Nada se hace sin aval del Senado, que funciona como Consejo de Estado: religión, tesorería, política interior, diplomacia, defensa del territorio y, más adelante, gobierno de las provincias. No es que el Senado se disponga a hablar propiamente de los poderes de decisión. No gobierna, no legisla, pero sanciona las leyes. No promulga sino *senatus consultaes*, es decir, recomendaciones. Es más, no puede reunirse sino a instancias de la convocatoria de un cónsul o, en su defecto, del pretor. Ahora bien, su influencia es proporcional al tonelaje económico y político desplazado por sus miembros. En el Senado es donde se hacen y se deshacen las carreras. No hace falta ni decir que no se gobierna contra él.

Los *Comicios* son asambleas «del pueblo» (en verdad, de gente que tiene una situación acomodada) que funcionan también como colegios electorales. Hay que distinguir tres. Primero están los *comices curiates*, donde la aristocracia tiene preponderancia y cuyo papel es, en esencia, religioso. Nos sentimos tentados de decir que «consagran» u «ordenan» a los magistrados elegidos por las otras asambleas, así como dan validez a las leyes. Los *comices centuriates*, que representan de alguna manera al pueblo romano en armas, encarnan a los miembros del cuerpo social según cinco clases que, siempre bajo el principio censitario, simulan a los miembros del cuerpo social. Una subclase reagrupa a los ciudadanos de menos notoriedad económica: obreros, proletarios y cuerpos de oficios desprovistos tradicionalmente de todo lustre como, carniceros, gladiadores, etc. Cada uno se «moviliza» en función del arma que le asigna su clase: caballería, infantería y una última categoría de todas que, salvo situaciones excepcionales, escapa a las obligaciones militares. Por fin, encontramos a los *comices tributes* o plebeyos, que en un principio parecían representar a la verdadera plebe y que se con-

vertirán, a medida que sus tribunos adquieran mayor importancia, en el gran centro de la soberanía popular. Es ahí precisamente donde se elige a los tribunos de la plebe, cuyo papel motor en la evolución política hemos evocado con anterioridad, y algunos otros diputados menores. Con el paso del tiempo y a medida que esta asamblea va adquiriendo peso, se votarán allí, a partir de 287, la mayor parte de las leyes.

En estos diferentes concilios se supone que todo se desarrolla de forma democrática, pero hay que examinar las cosas un poco más de cerca. De hecho, a fin de precaverse en contra de riesgos inútiles, el sistema puesto a punto para las votaciones en los comicios centuriatos confiere la preponderancia a los grupos constituidos, y entre ellos, a las clases superiores. No se vota por cabeza, como en nuestro sufragio universal, sino por unidades de voto (tribus) que tienen un carácter territorial. Por descontado, el recuento se empieza siempre por el sufragio de la primera clase, de modo que a medida que se bajan los peldaños de la escala social, cada vez hay menos oportunidades de emitir la opinión. En los comicios plebeyos, un arreglo un poco distinto, donde entra en gran medida al clientelismo, conduce a un resultado análogo. Finalmente, pues, es la oligarquía quien hace prevalecer su elección. Haremos bien, por tanto, en ahuyentar a nuestros fantasmas modernos y no considerar con demasiada facilidad la república romana como una democracia pura y dura. Eso nos evitará, entre otros errores de apreciación, la distinción sumaria de la presente «república» del futuro «imperio», cuando lleguemos a él. Nunca es demasiado temprano para avisar de estos hechos.

Lo visto hasta aquí, pensémoslo bien, no se hizo en un día, y mucho menos aún al día siguiente de 509, admitiendo que es necesario retener esa fecha simbólica como punto de parti-

da del nuevo régimen. En la nebulosa republicana, las instituciones se van colocando en su lugar poco a poco, y las diversas crisis entre el patriciado y la plebe, ciertamente, tienen mucho que ver en ello. Después de la primera escaramuza de 494, seguida, como sabemos, del chantaje de la secesión, hubo, en efecto, otra operación reivindicativa de la plebe para que fuesen hechos públicos los principios del derecho. Así, fuese uno patricio o plebeyo, estaría informado de las disposiciones que regían la vida social: familia, propiedad, intercambios, etc. Una exigencia semejante nos parece hoy en día innecesaria, porque todo el mundo puede si lo desea examinar libremente el código civil o el código penal, aunque sea prudente pedir el consejo de un asesor jurídico. En aquella época, gozar de una facultad semejante representaba un progreso extraordinario, más si pensamos que los códigos, las fórmulas de procedimiento y los protocolos sagrados indispensables para el ejercicio de la justicia se mantenían hasta entonces en secreto, como verdadero monopolio de los pontífices, necesariamente patricios. Como siempre, observamos la primacía de lo religioso, hecho sobre el cual ya he atraído la atención. Luchar para que se diera la publicidad al derecho era también reivindicar la igualdad de todos ante la ley. Así pues, una comisión de diez miembros elaboró, y publicó, hacia 451-449, la llamada ley «de las XII tablas». Lo menos que puede decirse de ella es que no es igualitaria, en el sentido en que entendemos el término hoy en día. Esta ley pone en evidencia la marca del patriciado: poder reafirmado del *pater familias*, énfasis en la propiedad de bienes raíces e incluso prohibición de los matrimonios mixtos, disposición que sólo se derogaría en 445... Sea como sea, el pueblo romano en su conjunto sería, en principio, juzgado por los mismos textos que iban a constituir la referencia principal a lo largo de los tiem-

pos republicanos. Cuatro siglos más tarde, en los tiempos de Cicerón, todavía se aprendían de memoria las disposiciones en las escuelas, y bajo el Imperio, el texto era exhibido públicamente en las provincias.

Se plantearon también otras reivindicaciones sobre las magistraturas. Es fácil adivinar que los plebeyos no se consolaban de su segregación. A favor de los problemas sociales que surgieron por el acaparamiento de tierras y acumulación de deudas, el tribuno de la plebe Licinio Stolo obtuvo en 367 que uno de los dos cónsules pudiera ser elegido entre los plebeyos. Otras disposiciones favorables a la plebe se sucedieron poco a poco. En 342, se admitió que los dos cónsules, y no uno solo, pudiesen ser plebeyos, y a partir de 326, uno de ellos lo sería por derecho. La mayor parte de las otras magistraturas seguirían poco después, y a principios del siglo III ya se podía decir que más o menos la igualdad civil entre patricios y plebeyos se había adquirido. El estallido de otra amenaza de secesión en 287 les valió a los comicios plebeyos, gracias al dictador Hortensio, una cierta emancipación con respecto al Senado, además de un verdadero poder legislativo.

Imaginamos que esta evolución no fue un simple efecto de la bondad de las clases aristocráticas. Había que contar con la relación de las fuerzas presentes y con la movilidad, aunque fuese discreta, del tejido social. Una gran familia, aunque estuviese protegida por los dioses, podía dejar de ser rica indefinidamente; mientras que un plebeyo podía beneficiarse también de la bendición del cielo y enriquecerse en proporción. El patriciado de los orígenes no podía hacer frente a todas las tareas, sobre todo en las guerras, que nunca son gratuitas, donde era necesaria la apelación a los plebeyos que habían hecho fortuna, se les inscribiese o no por relaciones en la lista de los senado-

res. Cada vez se avanzaba más hacia la nueva distribución de la sociedad romana que se avecinaba. Se formó una nueva clase dirigente, la *nobilitas*, a la cual uno se elevaba por el ejercicio de una magistratura importante, llamada *curul* por referencia a la sede honorífica, de estilo etrusco, reservada a sus titulares, algo que implicaba de por sí un cierto nivel de ingresos. Esta «nobleza» reagrupaba de otro modo las grandes fortunas, patricias de origen o plebeyas, un proceso que, no sin resistencias ni problemas, se llevó a cabo de forma progresiva. Desde luego, existía la oposición de los medios ultra conservadores, poco dispuestos a mezclar, me atrevería a decir, churras con merinas. No obstante, también estaba la insatisfacción más o menos agresiva de los pequeños propietarios, menos afortunados o menos espabilados, con modestas explotaciones, llenos de deudas, y sin esperanza alguna de acceder jamás a esa *nomenklatura*. Si por derecho las cabezas cambiaban, el principio plutocrático seguía siendo el mismo: los latifundistas conservaban el monopolio del gobierno, porque era necesario haberse hecho rico para pretenderlo. Resulta muy bonito afirmar que nada, sobre el papel, impedía a cualquiera convertirse en cónsul o algo semejante; pero me pregunto si es igual de reconfortante, cuando uno está endeudado hasta el cuello, considerar que esos cónsules en ejercicio (que son además tus principales acreedores) pertenecen a tu misma clase, y que además serán ennoblecidos a partir del próximo año.

Esta larga, pero a mi juicio indispensable, inmersión en la «instrucción cívica» romana permite, en primer lugar, comprender mejor cómo funciona el sistema, aunque apenas si nos quedemos en la superficie de la historia. No obstante, eso también nos abre a su espíritu. Cuando se piensa en las asambleas y las magistraturas que rigen la república, se ve muy bien que

los principios están a salvo, que salvaguardan la *libertas*, la libertad en el sentido en que los romanos la entienden en los textos que conservamos de ellos. Esa libertad consiste exactamente en los derechos personales y políticos del ciudadano, aquellos que le garantizan la naturaleza democrática del estado por oposición al absolutismo monárquico. Surgidas del Senado y de los comicios, leyes y decisiones de toda índole son asumidas por el Senado y el pueblo romano. SENATVS POPULVSQUE ROMANVS: la fórmula figura en todas partes. Lo que en ella se afirma, de hecho, sólo es una parte de la verdad, y concreta la mística romana de la libertad, si bien se observa que, de hecho, hay muchas moradas en la mansión del Pueblo, con un nivel de comodidades sensiblemente diferente. Por muchas sacudidas que le impriman los *humiles* o gentes modestas, se puede decir que el sistema oligárquico, tan diferente de la democracia «a la griega», funcionaba de un extremo a otro de la república. Nuestras mentalidades sindicalizadas, y por tanto igualitarias, pueden extrañarse, ofuscarse incluso, pero el hecho es ése. Quizá sea necesario vivir en nuestro tiempo y, digámoslo claro, con nuestros climas, para irritarse por esa permanencia. Que las sociedades sean injustas no les impide a la fuerza ser estables, y puede ocurrir incluso que «los desfavorecidos pongan de su parte», según la sabrosa fórmula de Paul Veyne, aunque no sea más que para escapar a la angustia de no verse sometido a autoridad alguna. Así, en la mentalidad romana, se concibe que los magnates tengan el derecho moral de gobernar y que sean los únicos que en realidad puedan ejercerlo. La igualdad a la manera de las democracias griegas evocaría más bien en Roma una nivelación anárquica, puesto que borraría las diferencias de dignidad entre los ciudadanos. Por encima de todo, en el mundo romano el orden es un valor que se sobreentiende, que extrae

su fuerza de lo sagrado y que implica una disciplina que se rechaza mucho más raramente que, por ejemplo, en nuestras democracias occidentales. Incluso en la suposición de que al espíritu de los más modestos acudiese la idea de derrocar las instituciones que hacían de ellos también reemplazo de los reyes, la superación de esos obstáculos hubiese sido de una enorme dificultad. En resumen, si se me pregunta (una cuestión muy moderna, una vez más) cómo es posible que haya podido durar tanto esa república de notables, responderé que a falta de contentar por igual a todos, parece que todo el mundo se daba por satisfecho con poca cosa.

Fortunas e infortunios de las primeras guerras

Una vez establecida Roma mal que bien sobre sus colinas, le era necesario (y costó mucho: ¡dos siglos y medio!) expandirse para durar más. Hacer retroceder sus propias fronteras es una solución tentadora para un pueblo, que soluciona el problema de su seguridad al tiempo que encuentra un medio de mejorar su vida cotidiana. Los romanos se atrevieron, pues, a conquistar poco a poco todo el país vecino, y acabaron por encontrarse amos de la península italiana por entero. Los historiadores romanos, como es natural, mostraban una cierta tendencia a magnificar el relato de estas operaciones, cuyos principios difieren sin duda de la historia oficial. Hoy en día, nos inclinamos a pensar que esta expansión fue al principio obra de una coalición de países latinos, más que de Roma solamente, a quien no debía resultar factible actuar aislada. Parece que en el origen se trató de la respuesta a las intrusiones de los pueblos sabelios, habitantes de los Apeninos centrales que con demasiada frecuencia descendían de

sus montañas. Además, siempre se podía temer un retorno ofensivo de los etruscos. Una vez rechazados los sabelios, resultado que no era ninguna bagatela, fue Fidena la que cayó, en 425, en manos de Roma. En 395 le tocó el turno a Veyes, después de un asedio de diez años durante el cual se hizo célebre, según Tito Livio, un personaje de leyenda, el dictador Camilo Furio. Sus grandes hazañas, al menos tal y como se nos han contado, merecen una explicación, ya que son representativas de un determinado espíritu. Camilo se había asegurado mediante una embajada el apoyo de Apolo de Delfos, a quien había prometido, en caso de éxito, un porcentaje del botín. Debemos hacer notar también que la divinidad protectora de la Veyes etrusca, o si se quiere, su santa patrona, era Juno, la esposa de Júpiter. Mediante el rito adecuado, Camilo invitó cálidamente a la diosa a que abandonase de buen grado esos lugares, que el asedio volvía bastante incómodos, y se instalara más bien en Roma, donde sería acogida con un recibimiento digno de su rango. Por lo visto, la diosa encontró seductora aquella proposición, ya que la villa cayó y ella ganó un santuario en el monte Palatino, donde se la honró bajo la invocación de Juno Reina. Esto, creo yo, nos dice bastante de la dimensión religiosa que tanto las guerras como todo lo demás alcanzaban en Roma. En Roma y en cualquier otra parte en aquellos tiempos, ya que, ¿acaso difiere mucho el ambiente de estas epopeyas de los relatos bíblicos, donde las ciudades caen ante los hebreos y Dios les da ventaja sobre sus adversarios? No hace demasiado tiempo que las hebillas de los cinturones alemanes llevaban la leyenda: «Dios con nosotros», y ciertos medios franceses tenían una visión muy propia de lo que era el «milagro» del Marne: sólo hay que ver las vidrieras o los cuadros de época. En ellos estamos en el siglo IV, visto por un historiador del I.

No obstante, en el momento en que Roma ya se podía permitir respirar un poco, de cinco a diez años después de las guerras itálicas y etruscas, sobrevino un desastre, el primero, pero importante. ¿Qué les habrían hecho a los buenos dioses? Lo que ocurrió fue que en el año 390, nuestros antepasados los galos (algo casi increíble), que ya vivían en la llanura del Po, avanzaron sus defensas y desafiaron al ejército romano, entorpecido por una disciplina excelente en sí misma, pero en aquel caso mal adaptada para el tipo de combate que les inponían los bárbaros. En su marcha sobre Roma, éstos tomaron la ciudad, que incendiaron entera a excepción del Capitolio. Se cuenta que la ciudadela se salvó gracias a las ocas que se criaban allí en honor a Juno: ni los centinelas ni siquiera los perros habían notado nada de anormal en el curso de aquella funesta noche, y fueron sus graznidos los que dieron la alerta. Los romanos tuvieron que felicitarse, pues, de no haberse comido, por escrúpulos religiosos, esas aves consagradas. Los galos, sin embargo, tuvieron el buen sentido de no entretenerse demasiado, y desaparecieron tal y como habían venido. Aun así los daños fueron considerables, y los archivos que tan bien nos vendrían ahora se habían convertido en humo. La lección, sin embargo, quedó bien aprendida. Roma se acordaría siempre de la humillación, y pondría el mayor de los empeños en hacer retroceder más si cabe sus fronteras. La ciudad, en efecto, no conocería durante más de mil años, hasta los tiempos de Alarico, los horrores del asedio y la invasión.

No obstante, no hay mal que por bien no venga: la incursión gala había desembarazado a Roma del hipotético enemigo etrusco, ya que los antiguos amos habían recibido durante aquella escaramuza unos golpes de los que difícilmente conseguirían reponerse. Roma tomaba conciencia también de que

la confederación latina había dejado que se las entendieran solos con el invasor. De eso también se acordarían más tarde los romanos: el Lacio no tardaría mucho en caer bajo su control, así como el resto de Etruria, en torno al año 357.

Los años que van de 343 a 290 son de una complejidad que desafía cualquier intento de simplificación, si bien no podemos pasar en silencio sobre esta fase decisiva de la expansión romana en Italia. Se cae entonces en una maraña de alianzas y guerras con el poderoso pueblo samnita, que en los alrededores de la Campania ocupaba y defendía estupendamente los Apeninos, una posición clave desde el punto de vista estratégico. Una alianza entre romanos y samnitas, al menos durante el tiempo que pudiese durar, presentaba la ventaja de modificar a favor de los socios la relación de fuerzas frente a unos vecinos siempre inestables, y a veces muy dados a la pelea. Esta alianza, cuyo principio se decidió en 354, no duraría demasiado. Con el pretexto de una oscura historia, que hoy llamaríamos de irredentismo, con Capua, los romanos rompieron el tratado e iniciaron la guerra, que duró de 343 a 340. Roma ganó la primera batalla, adjudicándose con la operación la envidiable región de Falerno, donde se cultivan unos caldos que hoy en día todavía son famosos. En el año 341, se estableció una alianza, y los beligerantes se encontraron unidos a la vez contra Capua y contra los latinos. Desde 326, la costa hasta Nápoles era romana. Entonces se inició una nueva guerra contra el aliado samnita, que duró un cuarto de siglo, hasta 304. La contienda se vio ensombrecida por un revés, un negro episodio conocido como las Horcas Caudinas. Bloqueados en el lugar de este nombre, cuyos desfiladeros constituían una trampa, el ejército roma-

no tuvo que capitular y (¡mucho peor aún!) desfilar, con los cónsules a la cabeza, agachándose bajo una especie de pórtico bajo que figuraba el yugo del vencedor. Resulta fácil imaginar la cara de unos y otros. La expresión pasar por las horcas caudinas ha sobrevivido, y hace alusión a una humillación en particular difícil de digerir. El nacionalismo incipiente de los romanos conservaría aquel recuerdo largo tiempo, mucho más dado que aquella derrota marcaba un freno a la expansión de Roma en la región.

Sin embargo, aquél no fue el fin de la guerra, que se complicaría con un retorno ofensivo de Etruria. Aun así, los romanos se rehicieron y aprovecharon incluso ese relativo estancamiento para construir, en 312, la gran Vía Apia (que tomaba el nombre del censor Apio Claudio), que uniría a partir de entonces Roma con la Campania. En el año 314 se firmó un nuevo armisticio que permitiría organizarse tanto a los romanos como a los samnitas, que no permanecían inactivos. Los samnitas constituyeron una vasta coalición contra Roma, una vecina decididamente molesta por sus pretensiones hegemónicas. En sus filas se encontraban los umbros, etruscos e incluso algunos galos, aunque esta vez nadie dio la talla. Se desencadenó una tercera y última guerra, que duró de 298 a 290. Esta guerra proporcionó a Roma el control de toda la Italia central, hasta el Adriático. Y ya pensaban en dirigirse hacia el sur.

Sin embargo, allí Roma entraba en colisión con el mundo griego, o más exactamente, lo que se había dado en llamar la Magna Grecia. En los lejanos tiempos en que Roma apenas sobresalía del suelo, en forma de cabañas de pastores, allá abajo se encontraban algunos refugiados griegos, políticos o de otro tipo, y también un gran número de aventureros que tentaban a la suerte en los mares vecinos. Se instalaron con armas, equi-

pajes, cultura e instituciones políticas (por otra parte, bastante divergentes entre sí) en Sicilia y sobre las costas itálicas. De tal modo que a lo largo de todo el litoral, tanto del mar Tirreno como del mar Jónico, varias ciudades helénicas muy evolucionadas se encontraban implantadas desde hacía largo tiempo. El clima era delicioso, abundantes las tierras fértiles en las llanuras y la gran longitud de las costas las hacía propicias para el comercio marítimo, discretamente azotado por la piratería. La civilización de aquellos lugares era refinada, muy superior a la que se podía encontrar en dirección hacia el norte o hacia el interior de las tierras. El único punto negro: la incapacidad de todas esas ciudades para unirse, incompetencia importada de la madre patria. Era, pues, otro mundo, y que excitaba la codicia, por supuesto. La gente del interior no se había molestado jamás en organizar incursiones hacia aquellos lugares civilizados. Y por eso, los habitantes de esas ciudades vieron con desagrado el avance con paso decidido de aquellos ejércitos rurales tan bien organizados procedentes de Roma.

De todas aquellas villas griegas, Tarento era la más considerable y podía enorgullecerse de las mejores relaciones con los poderosos monarcas helénicos. Los tarentinos, que antiguamente habían firmado con Roma un tratado estipulando que la flota romana (entonces modesta) no franquearía en ningún caso el cabo Lacinio, observaron con inquietud la instalación de una guarnición romana a dos pasos de su casa, en Turios, por lo que las naves romanas penetraban sin problema alguno en sus aguas territoriales. Había que reaccionar. Se produjo una contraofensiva, pero sobre todo, desde 281, los tarentinos decidieron apelar a Pirro, rey de Épiro. El monarca, también inquieto por esos peligros crecientes, no se hizo de rogar demasiado y, contra la opinión de su consejero Cineas, desembarcó pron-

to en la península, a la cabeza de un cuerpo expedicionario. Esta vez los romanos ya no debían enfrentarse a un puñado de destripaterrones, sino a Pirro, a quien se consideraba el mejor discípulo del rey Demetrio de Macedonia, de sobrenombre Poliorcetes, es decir, el sitiador de ciudades. ¡Toda una referencia! Y eso no era todo. Ese estratega llegaba a la cabeza de sus falanges, ¡apoyadas por elefantes de combate! Su volumen (aunque no su potencia de fuego) nos hace pensar en los modernos carros de combate. Para los romanos, en todo caso, fue una gran sorpresa, que los griegos aprovecharon al máximo, si nos atenemos al fracaso que conocieron al principio de aquella guerra: una derrota en Heraclea en 280; otra derrota en Ausculum en 279. ¿Renunciarían al final, acaso?

Sin embargo, los hijos de la Loba se sentían ya muy romanos, si se me permite decirlo, para soltar su presa. A pesar de su notoria inferioridad ante el monarca de Épiro y su gran despliegue de fuerzas, se agarraron al terreno tan bien y con tanto afán que infligieron al vencedor graves pérdidas. Tan graves que, por lo visto, Pirro dijo, según cuentan: «¡una victoria más como ésta y estoy perdido!». De ahí viene precisamente la expresión «victoria pírrica», que ha perdurado para designar un éxito que se ha pagado demasiado caro. Se esbozaron unas negociaciones incluso entre un embajador del rey y el Senado de Roma, pero ya había entrado en juego un dato nuevo: la capacidad de adaptación poco común que demostraban los romanos al servicio de su voluntad de poder. Autodidactos de la guerra durante largo tiempo, aprovechaban estilos diferentes de cada combate para adquirir nuevos conocimientos. La curiosidad que sentían hacia todas las cosas les abría a cuanto de interés se hiciera en el campo contrario: equipo, armamento, movimientos sobre el terreno... Una vez superado el primer momento

de sorpresa, enriquecían si cabe su experiencia. Ya podremos constatar estos hechos con más detalle.

Además, en el caso presente, Cartago, la gran ciudad marítima, ávida también de ver disminuida la influencia de los griegos en una región que aspiraba a controlar (Roma no tardaría tampoco en saberlo), Cartago, pues, ofreció de manera espontánea a los romanos apoyo para su flota. Una vez bien sopesados estos elementos, el Senado resolvió resistir. Pirro, ante la constatación de que los romanos se habían rehecho, aprovechó que los griegos de Sicilia le llamaban para luchar contra los cartagineses para pasar a la isla. Llevó a cabo una campaña brillante, pero también con enormes pérdidas. Y por fin el rey de Épiro, de regreso a Italia, fue derrotado en Benevento en 275, tras lo que decidió embarcar de nuevo hacia Grecia. El suyo sería un triste final para un gran soldado. Después de conquistar Macedonia, pasó hacia el Peloponeso y halló la muerte en un combate callejero. Y de la manera más tonta: se cuenta que recibió en la cabeza una teja que una anciana le lanzó desde un tejado. Tarento, que se había defendido honorablemente, cayó en 272 en manos de Roma, que tomó también Volsinia en 265 y se encontró dueña de toda Italia, desde la punta extrema de la península hasta el Arno. La antigua aldea se había convertido en una potencia mediterránea. Le esperaba ya otra aventura, ardua y gloriosa, y que daría un vuelco tremendo a la pequeña república, que se había hecho demasiado grande para sus instituciones. Una guerra a la escala de varias generaciones iba a convertir Roma, con el tiempo, en lo que llamaríamos hoy en día una gran potencia mundial: para eso tendría que vencer primero a Cartago, la africana.

Las servidumbres del éxito

Los romanos, pues, habían alcanzado por fin el éxito en lo que querían realizar de forma prioritaria: lograr el retroceso de sus fronteras, la interposición entre sus territorios amorosamente conquistados, amados con pasión, y el vasto mundo hostil de la, *a priori*, mayor distancia posible. El apego visceral a la tierra de sus antepasados les había dado poco a poco mucho más suelo todavía que custodiar. En resumen: el punto central se había convertido en superficie, y la superficie fue aumentando hasta adquirir las dimensiones de Italia; en consecuencia, les sería necesario hacer retroceder cada vez más y más lejos las fronteras de lo que ya empezaba a tomar la forma de un pequeño imperio. Todo aquello, en el fondo, era muy rural, muy campesino, a la imagen de los ciudadanos originarios de la primerísima Roma. Fue, de eso no tenemos la menor duda, esa pasión por la tierra que hay que conservar, por el dominio que se debe acrecentar y transmitir, lo que edificó la grandeza de Roma.

Ese dinamismo de conquista se concretaba en el ejército romano, que era, en verdad, su propio pueblo en armas. Durante los primeros siglos republicanos, el soldado romano era en esencia un hombre ligado a la tierra, que la defiende y extiende su superficie. No es ni soldado de oficio ni aventurero mercenario. Defiende el suelo de la patria romana con sus propias armas, mientras esa división, que ya conocemos, en centurias hace que los ciudadanos más acomodados soporten los mayores gastos de la defensa «nacional» (aunque cada uno de ellos, en principio, reciba un sueldo) y se reserven los puestos de combate más prestigiosos. La más elevada entre las dieciocho centurias, en la jerarquía censitaria, la constituye la caballería: hay que disponer de un caballo en buen estado de marcha y tener,

además, con qué mantenerlo. De ahí vendría el apelativo de *caballero*, pronto sinónimo de ciudadano noble. El armamento del soldado de infantería se aligera de forma notable a medida que se desciende en la escala, y también su prestigio. Las cuatro *legiones* de las que se compone el ejército romano en el siglo III antes de nuestra era (4.500 hombres cada una) se reparten en dos ejércitos consulares, mientras que los dos cónsules en ejercicio eran, por derecho propio, los comandantes en jefe, al menos durante el tiempo de su mandato.

El sistema, como es evidente, no carecía de inconvenientes. Por una parte, en un mundo que ignoraba las escuelas militares y los «cadetes», la competencia estratégica de los cónsules se hallaba un poco al azar del destino. Tal magistrado elegido podía ser un estratega nato; en cambio, tal otro podía resultar un perfecto inútil y coleccionar los fracasos más rotundos. De ahí nacía, por otra parte, un peligro político que, me atrevo a decir, constituía la contrapartida de la eficacia. Ciertamente, los cónsules no son reelegibles de inmediato, pero siempre se tenderá a la reelección, en lo posible, de aquellas personalidades que hubiesen demostrado sus capacidades militares... En cuanto a la elección del alto personal de apoyo que servía bajo las órdenes de los cónsules, también se hallaba sometida a los azares del sistema: si bien procedían todos de «buenos medios», los jóvenes llamados a las funciones de oficiales superiores se revelaban, sobre el terreno, de una eficacia desigual. La nobleza de su extracción no confiere de modo automático la competencia, ni siquiera la inteligencia, y lo mejor, necesariamente, se unirá a lo peor. Tampoco olvidemos que el cambio anual de los cónsules arrastraba de manera automática, salvo raras excepciones, el cambio del mando militar supremo, hecho que constituía una desventaja. Como cada uno tenía su manera de ver

las cosas, o de no verlas, imaginamos que la unidad del plan operativo se resentía bastante. A veces nos preguntamos cómo es posible que no fracasaran ciertas guerras. Señalemos, por último, que Roma, muy poderosa en tierra, pecaba de debilidad marítima, tanto en el tonelaje como en la calidad de sus naves: algunos barcuchos poco maniobrables y dirigidos por un personal cuyas capacidades técnicas no eran demasiado evidentes. Se comprende que los romanos se mostraran tan dispuestos ante la proposición de Cartago, que ponía a su disposición en la guerra contra Pirro una flota infinitamente superior.

Queda por decir algo sobre la suerte política de los territorios recién ocupados. Todos aquellos campos habían dado a Roma un espacio vital considerable, pero lo cierto era que no la habían enriquecido demasiado. La Italia del siglo III era un tapiz de pequeñas explotaciones rurales, esencialmente dedicadas al cultivo de los cereales. La producción no sobrepasaba en mucho las necesidades alimentarias de la población, aunque al menos bastaba para cubrir las necesidades alimentarias de la población. La industria (si se le puede llamar así) era y continuaría siendo modesta. Se limitaba a la pequeña metalurgia de tipo utilitario, como armas y aperos agrícolas, y también la cerámica, que resultaba tan necesaria. Al apoderarse de la Magna Grecia, zona comercial desde hacía largo tiempo, los romanos, aunque con gran retraso con respecto a los griegos, pudieron integrarse en el circuito de intercambios ya existente entre los reinos helenísticos. En este sentido, pronto se hizo sentir la necesidad de una moneda y, por tanto, en la última parte del siglo apareció la primera moneda verdaderamente romana: el denario de plata.

La expansión territorial llevaba consigo, como es natural, sus cargas correspondientes. Había que administrar aquella romanidad que iba en aumento, controlarla, preservarla tanto de codicias ajenas, como al mismo tiempo de las veleidades del regreso a la independencia en aquellos pueblos que pudiesen haber conservado ese gusto. De hecho, el estatuto asignado por los romanos a sus conquistas variaba según la región. Su complicación a nuestros ojos se debe a su flexibilidad, ya que se establecía en función de las circunstancias y de forma gradual. Nos libraremos mucho de adjudicar a la administración romana de aquellos tiempos el centralismo, o incluso el jacobinismo, que un francés alberga de forma natural en su espíritu, sobre todo si ha conocido el tiempo de las colonias, lo que antes se llamaba «la Francia de ultramar». Se puede afirmar que cada rincón de la tierra romana o romanizada es un caso particular. Sin entrar en detalles que sólo interesan a los eruditos, hay que distinguir, a muy grandes rasgos, la Villa con V mayúscula, la mismísima Roma, con el «campo» romano o *ager romanus*, en torno a ella propiamente dicho y los territorios llamados aliados.

En este conjunto tan diversificado, sólo Roma, la Villa por excelencia, gozaba de una existencia política plena. Era la única ciudad, ya que todas las demás no habían conservado más que una autonomía municipal, y aún gracias, ya que algunas hasta eran administradas por una especie de *Gauleiter* cuyos poderes emanaban del pretor de Roma. Por todos lados se encontraba el *ager romanus*, el territorio metropolitano central que se extendía por una quinta parte de la península, y cuyos habitantes eran, en principio, *civis romanus*, ciudadano romano. Este título, muy codiciado, valía más o menos lo mismo que la posesión de un pasaporte británico en los tiempos del imperio victoriano. El romano completo disponía de derechos civiles

(propiedad, matrimonio legal) y políticos, como el acceso a los colegios electorales y, al menos sobre el papel, a las grandes magistraturas, sin hablar de las deferencias particulares que se le prodigaban en cualquier lugar. Observemos el caso, un poco aparte, de aquellos ciudadanos desprovistos de derechos políticos: ciertas ciudades se encontraban, en efecto, sometidas a Roma en unas condiciones resultado de la desconfianza o incluso el firme rencor por parte de la casa madre... El territorio romano tenía también, aquí y allá, algunas «colonias», formadas por auténticos ciudadanos romanos implantados en territorio conquistado; de hecho, eran el ojo de Roma en el país sometido. Y por fin, extendiéndose con amplitud al norte y al sur del territorio metropolitano, se hallaban los territorios asociados, los *aliados*, cuyos ciudadanos seguían siendo *peregrini*, es decir, extranjeros. Vivían, de algún modo, bajo un régimen de protectorado. Roma permitía la subsistencia de las estructuras civiles y administrativas anteriores a la conquista, a cambio de que los aliados respetasen, desde luego, la supremacía romana. Esto mismo excluía de por sí cualquier política extranjera independiente, y obligaba a responder a todos aquellos requerimientos de hombres y materiales a los que quisiera proceder Roma. Estas gentes, por descontado, no eran ciudadanos romanos. Sin embargo, en estos territorios extranjeros pero asociados se observaba la presencia activa de algunos colonos romanos, venidos no de la Villa, sino del territorio metropolitano. Instalados en determinados enclaves, llevaban a cabo por lo general algunas misiones de seguridad. Se constata incluso que esas pequeñas colonias contribuyeron muy eficazmente a la influencia de la romanidad original.

Este vasto conjunto se cubriría de una excelente red de rutas que partían desde Roma a cualquier parte. El manteni-

miento lo aseguraban los diferentes municipios situados en su trayecto. Se adivinan las ventajas militares y comerciales de tal hecho. Parece bastante claro que las comodidades ofrecidas a los pueblos conquistados por la civilización romana finalmente les incitaron a acomodarse a su nueva situación, aunque con algunos esfuerzos. Si a partir de entonces las grandes decisiones se tomaban lejos, en las asambleas ilustres «del Senado y del pueblo romano», la vida cotidiana de las poblaciones sometidas no se había degradado, sino que a menudo incluso había mejorado de manera sensible. Y eso lo explica todo.

La infancia del arte y de la cultura

Como contrapartida, de filosofía, de literatura, o de arte, apenas si encontramos nada o muy poca cosa. Dudamos incluso de abrir un epígrafe dedicado a la cuestión. Roma no había surgido todavía cuando en Asia Menor ya se habían dado las epopeyas homéricas y en Grecia los poemas mitológicos y cosmológicos de Hesíodo. Cuatrocientos años más tarde, el siglo de Pericles cubría el Peloponeso de monumentos admirables, y Grecia ofrecía al mundo futuro el legado filosófico que éste tendría durante largo tiempo: los pensadores presocráticos, Sócrates, Platón y Aristóteles. Los primeros siglos de Roma fueron rústicos, por no decir salvajes. La partida de los etruscos había creado, desde el punto de vista cultural, un vacío que no causaba ningún horror y en el que ninguna cosa, absolutamente ninguna, repugnaba a esos valientes soldados y labriegos. Hasta el siglo III, nada. En el siglo III un solo poeta, uno sin más, Livio Andrónico. Por si fuera poco, era griego, llegado a Roma como esclavo tras la caída de Tarento. Tuvo que hacerse pro-

pagandista de las letras griegas, ya que tradujo *La Odisea* al latín de la época y produjo unas cuantas piezas de teatro al gusto de su país. La arquitectura, sin duda, estaba más avanzada. Del siglo IV al III, Roma se enriqueció con templos en honor de los dioses, así como monumentos funerarios, que ahora son difíciles de juzgar a partir de los rarísimos vestigios que subsisten o de las representaciones (aunque, ¿en qué medida serán fieles?) de artistas muy posteriores. La decoración, en realidad, la proporcionaron los griegos. También hay que tener en cuenta un vehículo cultural muy romano: las legiones. En efecto, a medida que caían las ciudades a su paso, los soldados se llevaban estatuas, orfebrería e ideas, todas ellas cosas fáciles de coger, y que darían paso en una feliz minoría al inicio de cierto gusto artístico. Hay que esperar a mediados del siglo II para poder hablar de arte romano propiamente dicho. Y aun así será una reedición (aunque original e inteligente, como han mostrado Ranuccio Bianchi-Bandinelli y Robert Turcan) del arte griego. El mundo entero se aprovecharía de esta circunstancia, ya que las formas griegas iban a verse difundidas y multiplicadas hasta el infinito, tanto en la misma Roma como en los futuros territorios romanizados.

Capítulo 3

El imperialismo republicano: Roma, Cartago y Oriente

Los dos bloques

Una vez Pirro, rey de Épiro, partió hacia su destino, Roma y Cartago, aliadas contra él, quedaron frente a frente. Dos bloques, diríamos hoy en día, que habían simulado ignorarse mientras la expansión romana se circunscribía a los territorios italianos del norte y del centro. Las dos potencias habían firmado incluso algunos tratados circunstanciales, como aquel contra Pirro, y negociado sin calor algunos acuerdos que delimitaban sus respectivas zonas de influencia económica y política. No obstante, para los romanos, llegados ya hasta el extremo sur de Italia, el mundo púnico se estaba convirtiendo de manera fatal en un rival molesto.

Fundada un poco antes de Roma por unos navegantes tirios, Cartago se había aprovechado de su situación geográfica excepcional para afirmar su hegemonía, sobre todos los establecimientos comerciales fenicios de Occidente, oponiéndose, mientras le fue posible y no sin fatigas, a la colonización griega. Su economía era pujante, aunque el monopolio comercial que casi se había asegurado no había permanecido sin contestación. Des-

de el punto de vista político, las poblaciones bajo control púnico no aceptaron con demasiado entusiasmo un sometimiento que juzgaban demasiado duro. Incluso es probable que algunas ciudades aspirasen a una «protección» más flexible y, sobre todo, más próxima a la civilización y la cultura helenísticas. La «federación» púnica no tenía la misma coherencia que la Liga itálica.

Por otra parte, el ejército cartaginés no constituía para Roma una amenaza verdaderamente seria. Si la flota púnica sobrepasaba sin problema alguno a la triste marina romana («sin nuestro permiso, los romanos no pueden ni siquiera lavarse las manos en el mar», aseguraban los cartagineses), su ejército de tierra, por contra, estaba muy lejos de la fiabilidad de las formidables legiones de soldados-ciudadanos que podía convocar Roma, sobre todo cuando tenían a la cabeza a un cónsul capaz de hacerlas maniobrar. Formado por mercenarios griegos, íberos y baleares, el ejército cartaginés conocía las ventajas y las desventajas de este sistema: una técnica excelente, pero una fidelidad problemática del personal.

El descenso de Roma hasta el sur convertía súbitamente en rivales a estos dos grandes, cuyo choque iba a ser muy rudo y, sobre todo, interminable. Una primera guerra de veintitrés años (265-241), durante la cual Roma conocería una alternancia fatigosa de fracasos y victorias, acabaría en un vago tratado de paz con una Cartago humillada, sí, pero mal vencida y vengativa. Veintitrés años de entreguerra permitieron a ambos adversarios rehacer su salud mediante la expansión territorial. Por fin, las hostilidades se reemprendieron, implacables, durante otros diecisiete años (218-201). Después de una serie de desastres por los que no se dejó hundir, Roma saldría victoriosa definitivamente. Una victoria costosa, carísima, si se consideran las con-

vulsiones económicas, sociales y morales engendradas por más de sesenta años de guerra, fuese ésta fría o caliente. Observemos estos hechos en detalle.

La anticipación de la victoria: la primera guerra púnica

Entre la costa italiana y a Sicilia se extiende el ancho estrecho de Mesina, cuya importancia estratégica no escapa a nadie. La pretensión de cerrarlo por parte de uno u otro bando era una clara *casus belli*. Algo así debió de ocurrir en el año 264 a iniciativa de los cartagineses, quienes no poseían más que la parte occidental de Sicilia y deseaban establecer su monopolio sobre la isla entera, en razón de su importante producción de cereales. Esta acción no convenía ni a los griegos establecidos en el sur, en Siracusa, ni, desde luego, a los romanos, recién llegados a aquellos parajes. Los cartagineses quisieron apoderarse de Mesina, defendida por los mamertinos, antiguos mercenarios itálicos, y los siracusanos intentaron impedírselo, así que Mesina se encontró amenazada por dos frentes y sus habitantes consideraron oportuno llamar a los romanos. Las legiones desembarcaron, pues, en Mesina y ocuparon la ciudad. Era la guerra.

La invasión romana fue facilitada, primero, por la actitud de Siracusa, a cuyo rey, Hieron II, no le molestaba desembarazarse de la presencia cartaginesa. Hieron, por tanto, replegó sus tropas y firmó con los romanos una alianza que le proporcionó grandes ventajas. Agrigento cayó también, pero el ejército romano fracasó ante las villas fortificadas del oeste, más cercanas al litoral africano y beneficiadas, por este hecho, de un mejor apoyo logístico por parte de Cartago. Los cartagineses, por otra parte, amenazaban las costas italianas desde sus bases

de las islas Lipari. Poco a poco, Roma se vio obligada a revisar su política marítima y a consentir un esfuerzo considerable en armamento naval. Los romanos, por consiguiente, hicieron construir, a partir del modelo de una nave enemiga capturada, ciento veinte navíos, indispensables para proseguir las operaciones. Sin embargo (y en esto se ha de reconocer el sentido romano de la eficacia), como se sentían poco seguros de la maniobrabilidad de las naves y menos aún de la técnica de los marinos, los romanos inventaron una máquina de guerra: el cuervo, una especie de pasarela provista de unos ganchos que se abatía sobre la nave adversaria para emprender con menos riesgos el abordaje. Transformaron también, de forma muy astuta, el combate naval, donde con toda probabilidad no habrían conseguido ninguna maravilla, en una serie de batallas de infantería, terreno en el que, por el contrario, se habían convertido en maestros. El inventor del sistema, un cónsul llamado Duilio, logró también en Miles, en 260, la primera victoria de Roma en el mar: cuarenta y cinco navíos púnicos puestos fuera de combate... y un efecto moral nada desdeñable. La columna rostral que se ve todavía hoy en día en el museo del Capitolio, adornada con proas de navíos cartagineses, testifica esta victoria de la cual los romanos no estaban poco orgullosos. El éxito se repitió en 256 en Ecnomo, en el sur de la isla, triunfo que incitó a los romanos a tentar la aventura de un desembarco en África. En este mismo año 256, el cónsul Atilio Régulo puso los pies en el cabo Bon, ayudado, por otra parte, por el oportuno regreso de las poblaciones libias (los numidas), nada contrariadas ante la posibilidad de desembarazarse del imperio púnico. No obstante, al año siguiente la expedición volvió a fracasar. Vencido por el general griego mercenario Jantipo, Régulo fue hecho prisionero. El destino le reservaba una suerte tan moral-

mente gloriosa como físicamente dolorosa. En efecto, los cartagineses lo devolvieron a Roma, bajo la promesa de que regresaría en caso de fracasar, para negociar con el Senado una paz que no tenía nada de ventajosa. Pero como buen romano responsable, Régulo disuadió a sus colegas de que aceptasen semejante tratado y encontró el coraje sublime para volver a Cartago, donde le aguardaba una muerte espantosa. Su ejemplo serviría al menos para probar al mundo el valor de la palabra romana, y a los romanos mismos, la primacía del interés cívico sobre las consideraciones privadas. Cuadro grandioso y lacrimógeno de Sigismondo Nappi, al estilo de principios del siglo XX. Lo menos que se puede decir es que la actitud de los cartagineses en este asunto no era de naturaleza tal que se prestase a crear afectos. Después de semejante desastre, el ejército romano fue capaz de reembarcar a dos mil combatientes y obtener una nueva victoria en el mar, pero por desgracia la flota desapareció en una tempestad a lo largo de Camarina. Del lado cartaginés, habían sufrido una invasión tanto más humillante por cuanto los numidas habían hecho causa común con el invasor.

Ambos bandos se enzarzaron en una guerra interminable. Los romanos, por mucha que fuese su tenacidad, no consiguieron reducir los fortines púnicos, defendidos con solidez en el oeste de la isla. Su derrota en Drepanum se consideró memorable porque era significativa del estado de espíritu religioso que animaba las empresas romanas. En 249, el cónsul Claudio Pulcher se disponía a emprender ante aquella villa un combate naval cuando los augures, encargados de los presagios, vinieron a comunicarle que los pollos sagrados, cuyo comportamiento se suponía que debía orientarles, se negaban con obstinación a alimentarse. Hombre de poca fe, el cónsul hizo arrojar las jaulas

al mar, sugiriendo que si aquellas piadosas aves no comían, sería sin duda porque tenían sed... La moral de las tropas se resintió ante aquel horrible sacrilegio, y sin convicción alguna se dispusieron al combate, del que resultó una derrota. El episodio sirvió durante mucho tiempo como prueba de que no se debe jugar con los dioses. Después de aquella derrota, Roma no disponía apenas de marina alguna y, además, se encontraba a merced del adversario. Contra toda esperanza, los cartagineses no supieron explotar la inferioridad de los romanos. Dejando las cosas tal como estaban en Sicilia, dirigieron sus esfuerzos hacia las conquistas en territorio africano. Los romanos, entre tanto, aprovecharon esa liberación parcial del enemigo para reforzar su posición en la isla, algo que se realizó a costa de un enorme esfuerzo bélico en tierra, ya que había que reconstruir la flota perdida. Durante seis años, de 247 a 241, los romanos hostigaron al general púnico Amílcar Barca, que resistía con eficacia en el monte Heircté y en el monte Erix, dominando la costa. Gracias al apoyo de los siracusanos, el cónsul Cátulo obtuvo una victoria decisiva en las islas Egatas. Las condiciones de paz impuestas a Cartago fueron duras: había que pagar la enorme suma de 3.200 talentos en plazos repartidos a lo largo de diez años, ceder Sicilia y las islas Lipari, y renunciar al reclutamiento de mercenarios en Italia. Además, tendrían que reducir en su propio suelo la revuelta de sus ciudadanos, que habían hecho causa común con el invasor romano. Roma había enriquecido su patrimonio: ganaba Sicilia entera, a excepción de Siracusa, territorio aliado donde dejaba un administrador. No obstante, en los dos bandos quedaron si no agotados, al menos sí fuertemente afectados en su economía. Por otra parte, entre los beligerantes se había acumulado el rencor. Roma no olvidaría así como así el asunto de Régulo, y Cartago no

digeriría ya nunca más el verdadero *diktat* que le había sido impuesto. Todo ello pesaba en aquel instante sobre el porvenir.

La prórroga

Los veintitrés años de paz que siguieron no fueron de hecho más que una tregua. Cada uno la aprovechó para restablecer sus fuerzas y consolidar sus posiciones. Para Cartago, la situación se reveló catastrófica. Sus finanzas, abrumadas por las deudas, no les permitían siquiera pagar los atrasos del sueldo de sus mercenarios, ahora repatriados de Sicilia y desmovilizados. Concentrados de forma imprudente en la única región libia donde justamente se acababan de doblar los impuestos, no tardaron en rebelarse, apoyados por una población en absoluto contenta ante aquella nueva vuelta de tuerca fiscal. Por otra parte, las guarniciones púnicas de Cerdeña también acababan de levantarse; Bizerta y Útica se secesionaban a su vez, y Cartago, bloqueada por los insurgentes, famélica, pasó por unos momentos de verdadera angustia. La situación obligó a Amílcar a emprender una represión contra sus mercenarios, represión que pronto se convirtió en guerra sin cuartel. Flaubert hizo de este episodio el tema de la suntuosa *Salambó*. Roma pudo presumir de ayudar a una vencida Cartago avituallándola con la ayuda del rey Hieron de Siracusa, mientras se negaba todo apoyo a los rebeldes. Esta medida se adoptó menos por virtud que por prudencia, ya que el ejemplo de la revolución podía resultar contagioso, si bien el Senado no perdió en modo alguno su moral. Aprovechando la revolución de las guarniciones sardas, los romanos ocuparon con celeridad Cerdeña, y después Córcega, vio-

lando así, sin sombra del menor escrúpulo, los términos del tratado de paz de 241. Roma se encontró dueña y señora de las tres grandes islas.

Ya podemos imaginar el rencor de los cartagineses, dolidos de por sí por las condiciones de paz que les habían sido impuestas. Este último golpe acabó de humillarlos. Se comprende que los hijos de Amílcar, el joven Aníbal en concreto, creciera odiando todo aquello que, de cerca o de lejos, pudiese evocar a Roma y con la perspectiva en mente de la venganza. Mas por el momento había que salir con urgencia de aquella situación, económica y militarmente insostenible. Amílcar dirigió sus ojos entonces hacia Hispania, donde podía encontrar los metales preciosos que tanto necesitaba, tropas excelentes y mercado para el comercio cartaginés. A partir de los antiguos establecimientos fenicios situados en la costa ibérica, avanzó hacia el interior de las tierras ayudado por su yerno Asdrúbal, y allí Cartago consiguió forjarse un verdadero imperio cuya capital sería Cartago Nova, conocida hoy en día con el nombre de Cartagena. Al morir Amílcar, fue Asdrúbal quien continuó asegurando la empresa púnica en Hispania, mientras Aníbal preparaba la venganza contra Roma.

A los romanos, claro está, no les faltaba sed de imperialismo. Enriquecidos con las islas del Mediterráneo occidental, se volvieron hacia las llanuras del Po. La región era muy vulnerable a las incursiones de los galos, ocupantes todavía del norte de Italia. Una última invasión celta se abatió sobre Italia, pero la contraofensiva romana fue decisiva. Roma se instaló de modo definitivo en la Galia Cisalpina entre 224 y 222, y fundó allí las tres importantes colonias latinas de Módena, Parma y Plasencia. No se perdía tampoco de vista el Adriático, donde los piratas ilirios, bien organizados, aprovechaban la estructura de las

costas dálmatas y hacían su ley en detrimento de los mercaderes italianos, desposeídos y masacrados, como de las colonias corintias establecidas en el litoral. Los romanos enviaron en 229 y 219 una escuadra poderosa a aquellos lugares, erigidos así, no sin ciertas reservas mentales, en protectores de los griegos. Era natural que después de aquella exitosa operación de seguridad llevada a cabo en los mares, se estableciera el protectorado romano en las villas costeras. Se iniciaba un primer y muy prometedor contacto con el mundo griego de Oriente.

Tal y como se comprueba, durante un cuarto de siglo, ninguno de los dos bloques había perdido el tiempo. Romanos y cartagineses, con sus finanzas ya repuestas y los apetitos aguzados por las últimas conquistas, estaban de nuevo al pie del cañón, dispuestos para el enfrentamiento. No faltaba más que el pretexto. Y no tardarían en encontrarlo.

De los abismos al triunfo: la segunda guerra púnica

El caso de Sagunto fue el que proporcionó la ocasión. Esta villa hispana, aunque aliada de Roma, excitaba la codicia de los cartagineses, en plena expansión en la península Ibérica. Aníbal, el hijo de Amílcar, ocupaba ya la jefatura del ejército púnico. Estratega inspirado, gran admirador, como todos los capitanes de la Antigüedad, de Alejandro Magno y de Pirro, buen conocedor de la cultura griega, Aníbal era un hombre notable en todos los sentidos, a quien su odio visceral hacia Roma siempre le empujaba a ir cada vez más y más lejos. En 219, Sagunto fue sitiada y cayó en sus manos. Los romanos no podían dejar de reaccionar, aunque sin preocuparse demasiado. Exigieron a Cartago que les entregase al violador de los acuerdos firma-

dos en 226, definiendo una nueva partición de las zonas de influencia. A fin de cuentas, los cartagineses apenas si habían pellizcado un poco el tratado... Sin embargo, todo fue en vano. Los cartagineses estaban contentos de devolver a las gentes de Roma, tan poco respetuosas de su firma, la misma moneda. No se habían olvidado de las anexiones abusivas de Cerdeña y Córcega. No quedaba más salida que el inicio de las hostilidades, perspectiva que ambos bandos contemplaban con el ardor que produce la fe en la victoria final.

¡Ah, sí! Roma no tardaría en decidirse. En la primavera del año 218, el ejército de Aníbal se dirigió hacia Italia. No era un ejército pequeño: 80.000 hombres bien entrenados provenientes de Hispania... si bien los romanos podían contar con 200.000. Sin embargo, la marcha del jefe púnico a través de los Pirineos, Languedoc, Provenza y, finalmente, los Alpes mismos, fue una asombrosa serie de victorias. Su habilidad de maniobra, la potencia de su armamento (incluidos los famosos elefantes), la resistencia de sus tropas, sembraron en los romanos, que también eran aguerridos, el desconcierto... ¡sí, por qué no decirlo, el pánico incluso! El cónsul Cornelio Escipión sufrió los primeros reveses en otoño de 218 en la localidad de Tesino. Un mes más tarde, le tocó el turno a su colega Sempronio en Trebia. Lo que complicaba de manera singular las cosas era el apoyo que los cartagineses recibían, muy oportunamente, de los galos, mientras los romanos tuvieron que evacuar de forma catastrófica la Galia Cisalpina. Aún no habían visto nada. Al año siguiente, en 217, el cónsul Flaminio se dejó sorprender en medio de una espesa niebla en el peor lugar posible: arrinconados entre el lago Trasimeno y las colinas vecinas, los romanos perdieron 15.000 hombres y a su jefe. No obstante, fue en el año 216 cuando los romanos conocieron lo peor, hasta el

punto de que acaso vislumbraran esa fecha como el comienzo del fin. Después de la derrota de Trasimeno, se podía considerar que el camino de Roma se abría ante Aníbal. Sin embargo, el cartaginés no se aprovechó de las circunstancias, puesto que le vemos entonces dirigirse oblicuamente hacia el sur de Italia. Sin duda esperaba levantar toda la región antes de acabar de una vez por todas con Roma. El cónsul Fabio, nombrado dictador en razón del estado de urgencia, había tomado la medida del peligro y de la inferioridad del ejército. Intentó dilatar la situación, evitar el contacto demasiado arriesgado, mientras entrenaba a sus tropas, y se ganó el sobrenombre de *Cunctator*, el contemporizador. Era sabio. Sin embargo (un punto flaco del sistema, ya lo he dicho antes), en 216 se nombraron dos nuevos cónsules que rompieron la política de espera de Fabio y decidieron presentar batalla cerca de Cannas, en la región de Apulia. No era lo más adecuado que se podía hacer, ya que el ejército, dirigido por gente animosa, pero sin genio, sufrió la derrota más terrible de la historia romana. De los 80.000 hombres que intervinieron, más de la mitad encontraron la muerte, entre ellos Paulo Emilio, uno de los cónsules; 20.000 fueron capturados y solamente 15.000 fueron conducidos a Roma por Varro, el segundo cónsul. El espectáculo de aquella carnicería pudo con los nervios incluso de los propios vencedores. Ése es el desastre que se evoca en «Después de Cannas», el poema de José María Heredia. La villa estaba de nuevo a merced del «jefe tuerto montado en el elefante de Getulia», para decirlo en expresión del poeta. A pesar de ello, Aníbal no se aprovechó de sus ventajas. ¿Perdió su segunda oportunidad, como se dice a veces? ¿O quizá, más probablemente, juzgó que su ejército, fuerte sobre todo en la caballería pero en cualquier caso desprovisto del material indispensable, no era apropiado

para el asedio de una villa tan importante? En su espíritu, pesaba más, sin duda, separar a Roma de sus aliados meridionales (que ya se estaban alzando contra ella, además) y esta convicción final le decidió a instalarse un cierto tiempo en el sur de la península. Una política provechosa en un principio, porque tras la muerte del fiel rey Hieron II, Siracusa pasó a los cartagineses, lo mismo que Tarento, sin contar las promesas que Aníbal recibió del rey Filipo V de Macedonia, interesado por la región del Adriático. La estancia de Aníbal en Capua, que se rindió ante él, tuvo sus réditos, pero la desgracia quiso, al menos para él, que se eternizase (la expresión francesa «dormirse en las delicias de Capua» procede de ahí); mientras los romanos aprovechaban ese tiempo muerto para recuperar la salud. Sabiamente, retornaron a la postura de Fabio Cunctator, la única que se podía adaptar a su situación calamitosa: contemporizar, rechazar el combate, reclutar y entrenar nuevas legiones. Tanto es así, que después de un esfuerzo sobrehumano se encontraron a partir del año 212 de nuevo prestos a reemprender las hostilidades. No olvidarían jamás la sangrienta lección de Trasimena y de Cannas, cuyo recuerdo perseguiría con obstinación a la futura literatura romana.

Roma había extraído de la inminencia de aquel choque, que hubo de decidir el porvenir de nuestra civilización, la fuerza de un increíble brote de energía. En verdad, debía vencer o morir, y su apego visceral a sus dioses fue esencial en la pasión que se propuso reconstruir. Desde 212, la república pasó a la ofensiva en todos los frentes. Comenzaron por contrariar a Aníbal en los proyectos que acariciaba con su cercanía al Adriático. Una escuadra enviada al lugar les puso fin de manera doblemente eficaz, ya que una alianza entre algunas villas de Asia Menor incitó al rey de Macedonia a mantenerse tranquilo. Des-

pués, las cosas siguieron a buen ritmo. Volvieron a tomar Siracusa en 211, tras un asedio donde, por cierto, pereció el desgraciado Arquímedes. Ocupado, según se cuenta, en la resolución de algún problema de geometría, simplemente le dijo al soldado que se abalanzaba sobre él: «no desordenes mis números...». A continuación conquistaron también Capua y Tarento. Imaginamos que el reencuentro con aquellas poblaciones que se habían pasado de forma tan imprudente a los cartagineses no fue demasiado idílico. Durante mucho tiempo, esas villas reflexionarían sobre la inconstancia del destino y las incertidumbres de los asuntos de la guerra. En el frente de Hispania, donde las cosas en principio no mostraban un buen cariz, la ilustre familia de los Escipiones supo reconducir la situación en provecho de Roma. Cornelio Escipión, el joven hijo de aquel cónsul antes vencido en Tesino, era asimismo un admirador ferviente de Alejandro Magno y supo observar la táctica de Aníbal y devolvérsela a su inventor con gran genio. Una vez más, se reconoce en ello la capacidad de adaptación de los romanos. A pesar de su juventud, Cornelio Escipión había sido nombrado procónsul para Hispania y condujo con gran brío una serie de operaciones felices. Cierto es que no pudo impedir que un ejército púnico, al mando del hermano de Aníbal, Asdrúbal Barca (no lo confundamos con su cuñado, del que hemos hablado antes), escapase a su cerco, pero la huida no tuvo consecuencias porque Asdrúbal no consiguió reunirse con el ejército de Aníbal y encontró la muerte en 207, a orillas del Metauro. Escipión introdujo sus avanzadillas en la Hispania meridional, se apoderó de Gades (la actual Cádiz) y, estimulado por su triunfo, aquel general de veinticinco años imaginó un desembarco en África que decidió en 204. Esta vez la operación sí tuvo éxito: los romanos pusieron el pie en Útica y pro-

gresaron con rapidez por territorio púnico. Escipión aprovechó la ocasión incluso para aliarse con el príncipe numida Massinissa, que desde hacía poco tiempo mantenía una fría relación con Cartago, y la ayuda de su excelente caballería mejoró aún más la actuación del ejército romano.

Ante el aspecto que tomaban las cosas y temerosos por la capital, que estaba próxima, los cartagineses pensaron en la paz: ya era hora, se dijeron, de concluirla de una forma honorable. Sin embargo, Escipión exigió como requisito previo a toda negociación que Aníbal regresara a África y evacuara a todas sus tropas de Italia. Cuando el general púnico volvió al país, se pudo constatar que se había apagado su estrella. En 202 fue vencido de tal modo por Escipión en la batalla de Zama que Cartago, temiéndose lo peor, se resignó a capitular. Las condiciones de paz fueron leoninas. Cartago tenía que entregar su flota (dejándole una testimonial decena de unidades), sus famosos elefantes, pesadilla de los romanos, y sus posesiones en Hispania. Los prisioneros debían ser restituidos y los desertores entregados. Por último, Cartago se comprometía a pagar durante cincuenta años un tributo colosal de 10.000 talentos, es decir, una cantidad tres veces superior a la del último tratado de paz, ya de por sí ruinoso. Por descontado, debía renunciar también a la iniciativa de cualquier operación militar que no contase con aval del vencedor. No hace falta decir que Cartago, fracasada en sus opciones de victoria, se encontraba ahora vasalla de Roma. Toda esperanza de recuperación quedaba excluida a partir de entonces. ¡Ya se iban a encargar los romanos de vigilar a aquel enemigo que tanto les había costado! Los dos grandes protagonistas de este conflicto, Aníbal y Escipión, conocerían destinos muy diferentes. Aníbal, enviado por los suyos al exilio, prosiguió desde Oriente, en el reino de Siria, la lucha

contra Roma, su razón de vivir. En cuanto a Escipión, que había alcanzado un éxito más allá de toda esperanza y que el llorado Régulo, a pesar de toda su valía, no había podido llevar a buen término, saboreaba su triunfo. Tenía alma de rey y no lo escondía, e incluso se decía que había hecho correr el rumor de su ascendencia divina, detalle que hoy en día nos cuesta imaginar. Sin embargo, no carecía de clase. Respetó a su desgraciado rival y no consintió jamás en los excesos habituales a los que se entregaban los vencedores, pues estimaba que no eran dignos del pueblo romano. Un destino si cabe más ambicioso esperaba a aquel joven que ya era conocido como Escipión el Africano: realizar una fusión mucho más estrecha entre las tradiciones de la Roma antigua, de la cual era el ornato más bello, y las del Oriente griego, hacia el cual los romanos no tardarían en dirigir su mirada.

La posguerra

Al día siguiente de sus victorias, que se podían comparar, al menos en cuanto a su rapidez, con las de Alejandro Magno, Roma se encontró con que era la mayor potencia mediterránea. Orgullosa de su nueva situación, se mostró decidida a aprovecharla y a mantenerla, o incluso mejorarla por medio de nuevas conquistas. No obstante, los tiempos habían cambiado. Esos tres cuartos de siglo habían aportado modificaciones profundas e irreversibles en la economía de la Roma antigua y en su tejido social, algo que se constataba en diferentes planos.

El país había sufrido una notable sangría demográfica, que aparecía reflejada en los dos censos de 233 y de 204: el número de ciudadanos movilizables había pasado, en treinta años, de

270.000 a 214.000, cifra que suponía un freno a la colonización romana de Italia. El campo, además, se había visto muy afectado por los combates y por la larga ocupación cartaginesa en el sur. Muchos pequeños propietarios, en quiebra total, ya no encontraban el valor suficiente para partir de nuevo desde cero. La pequeña explotación desapareció en provecho de los grandes *latifundia*, donde vegetaban algunos colonos a la cabeza de ejércitos de esclavos. La agricultura carecía de brazos, y vastas extensiones conquistadas y reconquistadas permanecerían largo tiempo yermas, con las consecuencias evidentes que podemos suponer. Sobre todo, había que proceder a importaciones masivas de cereales para subsanar las necesidades inmediatas de las poblaciones. En Roma, el flujo de refugiados que habían huido ante Aníbal suponía un grave problema de superpoblación, tanto más delicado cuanto que estas gentes, una vez las hostilidades habían terminado, tendían a enquistarse en la ciudad. La masa de los desocupados iba en aumento de una manera preocupante, sin hablar del submundo de los esclavos. En resumen, después de una serie de conflictos agotadores, una sacudida económica y social sin precedentes afectó a las estructuras ancestrales que habían constituido la fuerza de la Roma de antaño. El abismo entre ricos y pobres se ensanchó aún más, pues la clase media había desaparecido en la tormenta.

Por el contrario, estas nuevas condiciones de vida eran la providencia de los advenedizos que aparecerían entonces. Para digerir todas esas conquistas y reparar los daños causados por las destrucciones era necesaria aquella nube de intermediarios. Estos adjudicatarios, a los que se confiaba la recogida de impuestos (los *publicanos*), el avituallamiento, los equipos o las obras públicas, no eran forzosamente escrupulosos en el manejo de los denarios de la república. De la mano de estas sociedades que se

organizaron con rapidez como grupos de presión, se dio la aparición de las maniobras fraudulentas, las malversaciones de fondos y la caza de las subvenciones. Aunque por ley los senadores estaban, en principio, descartados de los grandes negocios, la clase de los caballeros será la que se aproveche más de ese estado de cosas. Se crearán así grandes fortunas y los caballeros emprenderán un acelerado ascenso social.

Ninguna de estas circunstancias careció de consecuencias políticas. En primer lugar, se constata un gran reforzamiento de la oligarquía senatorial. La *nobilitas* se hallaba en las mejores condiciones para subrayar la incompetencia de ciertos jefes de extracción menos elevada, como aquel Flaminio vencido en Trasimena en condiciones humillantes, y denunciar su responsabilidad en los desastres del período negro. Este argumento era útil para eliminar el movimiento hacia una mayor democracia que ya se había iniciado antes de la guerra. Y mejor aún. Los tribunos de la plebe, defensores designados del pueblo frente a la nobleza, se dejaron absorber de manera gradual por el sistema oligárquico. En aquellos momentos, se prestaban a una colaboración abierta con el Senado y asumían de buen grado su papel de correa de transmisión, función que constituía, como es obvio, un desvío de su función primera. Sobre todo, había que contar con lo que Alain Hus llama la clase militar. Los jefes de ejército responsables de la victoria final habían encontrado en las servidumbres y grandezas militares el fundamento de una autoridad política nueva, que tendía si no a la oposición permanente a la de los antiguos «jefes naturales», al menos a una peligrosa competencia con ella. Un ejemplo lo proporcionaba la tensión que se estableció entre la gloriosa familia de los Escipiones (clave en la mayoría de esos combates y, como tal, beneficiaria de los sufragios populares) y la aristocrática dinastía de

los Fabios, origen del famoso Fabio Cunctator: al cambiar las tornas, algunos vieron en su prudencia política una de las razones de la victoria... De hecho, pareciera que la *nobilitas* hubiese presentido ya el peligro que para las instituciones republicanas suponía el jefe carismático, el hombre providencial a quien los laureles acaso confirieran el gusto hacia el poder personal. Pierre Grimal, en su *Siglo de los Escipiones*, muestra esa ascensión del héroe al final de aquellos años terribles.

Otro factor que hay que tener en cuenta es el trastorno moral que venía unido a tales cambios. Las gentes acomodadas acogieron con agrado un lujo que se incrementaba sin cesar, extraño hasta entonces incluso a las costumbres de la edad más antigua. El flujo de esclavos traídos de todas partes brindaba a muchos la posibilidad de otra vida, perfectamente ociosa, librada, en todo caso, de las tareas materiales que sus antepasados asumían sin rechistar. Pronto, Catón, llamado el Censor, alarmado por aquella evolución de las costumbres en la que Roma se arriesgaba a perder las virtudes que le habían dado su fuerza en otros tiempos, preconizó una política reaccionaria de vuelta a la austeridad primitiva y a las tradiciones.

Ya he insistido muchas veces en que la dimensión religiosa es muy importante en el mundo antiguo. En este aspecto, las últimas guerras también habían introducido un cambio. Ante la inmensidad del peligro, después de Cannas y Trasimena, la gente se precipitó hacia la religión y revivieron tanto las prácticas arcaicas como los viejos ritos itálicos, es decir, etruscos, que incluían en ocasiones incluso sacrificios humanos. Nunca eran demasiados los dioses con los que conciliarse para evitar el desastre. A continuación, Roma empezó una apertura hacia los cultos extranjeros con los que sus soldados se habían puesto en contacto: divinidades agrarias o de la fecundidad

venidas de África, de Grecia e incluso de Oriente cuyo estilo era muy diferente. Esos cultos, de gran colorido y a veces incluso orgiásticos, seducían notablemente a las clases populares, atraídas por una religión más calurosa, por unas divinidades que hablaban de modo más directo al corazón y a los sentidos que el frío ritualismo de los tiempos pasados. La extraordinaria plasticidad romana «naturalizó» a esos dioses y diosas, los integró en su panteón nacional, se los atrajo mediante templos, sacerdotes y ceremonias de ambiente no siempre era edificante. Así fue, por ejemplo, como se instaló en Roma en el año 205 el culto frigio de la Gran Madre, con sus cortejos de fanáticos emasculados. La diosa se encarnaba en una piedra negra que se adoraba bajo la advocación de Rhea Silvia, la madre del divino Rómulo. Eso no era más que el principio. Roma iba a verse poco a poco invadida por una infinidad de cultos venidos de todos los horizontes que, durante los siglos siguientes, nos darán más de una ocasión para apreciar sus efectos en la mentalidad de los romanos.

Tal era, en suma, el espíritu de los tiempos en el instante en que Roma, hambrienta por unos éxitos que habían abierto su apetito, iba a volverse hacia Grecia y hacia Oriente.

La tentación del imperialismo: de Occidente a Oriente

En efecto, se abría una nueva era para aquel pueblo romano seguro de sí mismo y dominador de aquellos momentos. Es cierto que le hacía falta todavía reafirmar su seguridad y asentar bien sus posiciones, pero lo que le apetecía en realidad era extenderlas. No es que Roma fuese a la búsqueda de territorios donde colocar a su población, a la manera de un Hitler a

la caza de un *Lebensraum*, de un «espacio vital» para sus germanos de los años treinta. Ya hemos dicho que Italia estaba, por el contrario, cruelmente despoblada. El problema jamás se plantearía para Roma de ese modo, ni tampoco en términos de propaganda ideológica o de cruzada.

Lejos de imponer sus dioses, acogía con los brazos abiertos, ya lo hemos visto, a los de los demás. Por supuesto que existían algunos objetivos ideológicos; también que Roma se sentirá muy satisfecha, cuando llegue el momento, de acumular las inmensas riquezas saqueadas a los territorios bajo su tutela; y no dejamos de encontrar al fin esa manía, como yo la llamo, de hacer retroceder de forma indefinida sus fronteras para ampliar proporcionalmente la distancia que separa la Villa y su territorio de sus posibles enemigos... A pesar de todo ello, ¿a qué viene esa obsesión, cuando ya no se teme gran cosa? De hecho, ninguna de esas circunstancias bastaría para explicar por completo la motivación de los romanos a la hora de lanzarse a su colosal empresa de dominación universal. Si un pueblo es, a ojos de los modernos, una suerte de entidad económico-política, sería estúpido negar su capacidad de hacer aflorar individualidades particularmente dinámicas, capaces, en todo caso, de influir sobre el conjunto y, al final, de arrastrar al resto de sus miembros. Lo veremos cumplidamente.

Recordemos que en los peores momentos de la segunda guerra púnica, los desconcertados romanos tuvieron que abandonar de modo desordenado la Galia Cisalpina recién reducida y dejarla en manos de los galos. Al mismo tiempo, Filipo V de Macedonia, engañado por Aníbal para que se sometiera a sus alianzas y una vez vencidos los romanos, acariciaba el proyecto de extender su hegemonía a las costas del Adriático, un hecho sobre cuya certeza ni él mismo ni sobre todo Aníbal albergaban duda alguna.

Roma había resultado victoriosa, y se guardó mucho de olvidar los azares que había corrido en estos dos frentes. La seguridad en el norte primaba sobre lo demás. Por tanto, la prioridad era reconquistar a los galos la Cisalpina, a fin de poner definitivamente Italia al abrigo de la amenaza celta y de paso someter a los peligrosos montañeses de Liguria. Esta vasta operación defensiva, emprendida al final de las hostilidades con Cartago, costó algunos años, pero fue llevada con mucho entusiasmo. Desde el año 192 los romanos habían recuperado sus antiguas colonias del norte y añadieron Bolonia en 189. Siguiendo el impulso adquirido, fundaron la colonia de Aquilea en el Adriático. A partir de entonces tuvieron las manos libres para llevar a cabo otras conquistas. Al mismo tiempo, Roma se había asegurado territorios españoles cedidos por Cartago a raíz del tratado de paz, y gracias a las minas de plata cercanas a la costa, obtendría un aporte monetario precioso en aquellos tiempos difíciles. En tierras ibéricas, los romanos habían impulsado de buen grado sus posiciones mucho más lejos, pero no habían contado con la resistencia imprevista y encarnizada de los celtíberos. A la espera de días más propicios, hubo que tratar amistosamente con ellos, negociación que consiguió un tal Tiberio Sempronio Graco (retengamos este nombre familiar). Las posesiones en Hispania, al menos, permitirían a los romanos establecerse sólidamente y prosperar allí, de modo que el pueblo no perdería nada y los especuladores (sin hablar de los administradores) amasarían cuantiosas fortunas.

Sin embargo, en Roma existía todo un clan al que estas operaciones puramente defensivas o de explotación dejaban con hambre. Se trataba sin ir más lejos de esa nueva clase militar a la que aludíamos antes, esos jefes eficaces, que sabían muy bien lo que les debía Roma y que no pedían más que aumentar la

deuda de la patria hacia su valor y su espíritu emprendedor. A la gloria se le coge gusto con mucha rapidez, antes de pensar siquiera en las rentas que se pueden extraer de ella. Los comicios centuriados habían resistido bien una primera vez a ese espíritu de aventura que, en el Senado, estaba lejos de carecer de defensores. Apenas recién salidos de una guerra extenuante (¡y cuántas ya!), el pueblo no estaba dispuesto a asumir las incertidumbres de una campaña de conquista contra el pujante reino helenístico de Macedonia en la que algunos ya pensaban. Sin embargo, desde el año 200, triunfó el que podríamos denominar en lenguaje de hoy en día partido de los halcones. Debemos apuntar que Roma albergaba un gran resentimiento hacia Filipo V después de los acontecimientos de la segunda guerra púnica. También existía la posibilidad, siempre temible, de una coalición entre Macedonia y Egipto, unión que habría arrastrado a su vez a los aliados tradicionales de los lágidas: Pérgamo, Rodas y Etolia. Ahora bien, lo que más influía, repetimos, era el aumento de las ambiciones individuales. En la Roma de aquellos tiempos, los laureles de Alejandro Magno impedían dormir a más de uno, y Oriente aparecía como el territorio soñado donde forjarse una reputación de conquistador más o menos bendito por los dioses y, como tal, con un destino fuera de lo común.

La elección del encargado de la guerra contra Filipo V de Macedonia no fue un hecho indiferente. En efecto, no se designó a Escipión el Africano, sino a un joven patricio de nombre Quincio Flaminio, cónsul en 198 y después procónsul en 197, presentaba la doble ventaja de ser políticamente más seguro, puesto que todavía era un desconocido, y diplomáticamente mejor adaptado a la operación, ya que sus simpatías declaradas por el helenismo, sinceras además, podrían apartar de modo

muy oportuno a los griegos de su vecino macedonio. Y eso fue lo que ocurrió. Ni Rodas ni Pérgamo, ni los etolios se hicieron de rogar, y la Liga Aquea no tardó en unírseles en una coalición, de modo que Flaminio pudo derrotar, en 197, al rey en Cinoscéfalos. El monarca se libró mediante el pago de 1.000 talentos (poca cosa, cuando se piensa en los 10.000 arrebatados a Cartago), la rendición completa de su flota y el abandono de las bases que mantenía fuera de sus propias costas. Con mucha seriedad, el propio Flaminio proclamó en Corinto «la libertad de los griegos», desembarazados al menos del yugo macedonio.

Roma, sin embargo, no se detuvo ahí, pues no perdía de vista al reino helenístico seléucida, sobre el cual reinaba entonces el rey Antíoco III, un personaje prestigioso por sus victorias en la India y en Egipto. Vigilancia que mantenía por dos razones al menos. En primer lugar, porque este monarca había tenido la idea, generosa pero no del todo desinteresada, de acoger en su corte nada menos que... a Aníbal, el exiliado, decisión que ya le señalaba para los romanos. En segundo, porque parecía muy próximo a absorber el reino de Pérgamo. Además, los etolios, que se creían tratados de forma injusta por Roma después de la anterior guerra macedonia, habían trabado una alianza con él. Valiéndose de este apoyo y temeroso de correr la suerte de su colega Filipo de Macedonia, Antíoco quiso tomar la delantera, y estimó que había llegado el momento de desembarcar en Grecia, recién «liberada», como ya sabemos. Roma, como es lógico, no podía dejar que las cosas siguieran ese camino. En 192-191, las legiones pasaron hacia Tesalia y, atravesando las Termópilas, lugar memorable, cayeron sobre los ejércitos de Antíoco, que tuvo que reembarcar. Desde allí, los romanos penetraron en Asia Menor, nominalmente bajo el mando de Lucio Cornelio Escipión, pero en realidad bajo la

dirección de su glorioso hermano, el Africano, que se encontaba allí como legado. Antíoco fue derrotado de manera definitiva en 189 en Magnesia del Sipilo. Los etolios no tardaron en rendir sus armas, y el rey Antíoco no pudo hacer otra cosa que pedir la paz, firmada en Apamea en 188. Esta vez resultó más cara: serían 15.000 talentos más que irían a unirse con el resto en las arcas de Roma. Además, el rey tuvo que entregar sus elefantes, obsesión de los romanos, y casi la totalidad de sus barcos. Se le rogó también que enviara al Senado al infortunado Aníbal, quien, sin embargo, consiguió huir a Bitinia, a orillas del mar Negro. Allí acabó por suicidarse en el año 183, llevándose al más allá la rabia de una imposible, y ahora más que improbable, venganza sobre su enemigo hereditario. Una vez más, Roma había ganado, pero la historia no concluía ahí.

Unos años más tarde tuvo que intervenir de nuevo en la región para hacer frente a la agitación que estalló en Macedonia. Recordemos a Filipo V, vencido en Cinoscéfalos. Ese monarca, consciente de la relación de fuerzas, se había alineado, en sabia decisión, del lado de los romanos a partir de la guerra que les opuso a Antíoco III, pero no por ello dejó de preparar su venganza. A su muerte legó a su hijo Perseo un tesoro reflotado de nuevo y un ejército reconstituido. El joven príncipe no había permanecido inactivo tampoco, pues había desplegado en el terreno diplomático una astucia y una tenacidad muy notables. Macedonios y griegos se mostraban cada vez más impacientes por desembarazarse de la tutela romana, y de nuevo había que enfrentarse a la guerra. No fue una partida de placer: durante tres años, los romanos permanecieron estancados, hasta que en 168, en Pidna, el cónsul Lucio Paulo Emilio aplastó a la falange macedonia. El propio rey fue hecho prisionero y el hijo del vencido de Cannas había vengado el honor

de su padre, al tiempo que Roma recogió aquella vez un inmenso botín. Se trataba, de hecho, del reino de Macedonia, repartido en cuatro distritos sometidos a tributo. La Liga Aquea y Rodas, cuya actitud hacia Roma se había juzgado como poco limpia, fue tratada sin contemplaciones. Entre los mil importantes personajes aqueos hechos prisioneros se encontraba un tal Polibio, que se haría famoso en la alta sociedad romana y se convertiría después en uno de los grandes historiadores de Roma. En verdad, había estado admirablemente situado para seguir de cerca los acontecimientos.

La bota del vencedor: la tercera guerra púnica

Roma se encontraba en aquellos momentos en posición de árbitro tanto en Oriente como en Occidente, y pronto podría desarrollar su política sin la menor restricción en toda la cuenca mediterránea. Por el momento, la preocupación subsistía. Desde la batalla de Zama, al Senado le parecía que Cartago se recuperaba. Su economía arruinada había recobrado una cierta prosperidad, hasta el punto de preocupar a todo un partido romano, que preconizaba una solución radical. Catón, según dice el Censor, no se cansaba de repetir: «Delenda est Carthago», hay que destruir Cartago. Sin embargo, ocurría que allí mismo el rey aliado Masinisa construía su estado númida en detrimento de los cartagineses, presionados además por las exigencias de Roma. Masinisa tenía sueños de grandeza, y aspiraba a convertir Numidia en uno de esos reinos helenísticos de cortes brillantes. Valiéndose del apoyo de los romanos, no se privaba de ir apoderándose de grandes extensiones de los magros territorios púnicos. Y pasó lo que tenía que pasar: exasperados por las incursiones de Masinisa,

en las cuales veían demasiado clara la mano de Roma, los cartagineses le declararon la guerra. Con ello ya se había encontrado el pretexto para la intervención. Esta vez había que destruir Cartago... aunque es posible también que algunos viesen en esa gratificante operación un golpe que detuviera las empresas de Numidia, que había acabado por adquirir demasiada importancia. Una lección principesca, de alguna manera. Había comenzado la tercera guerra púnica.

Los romanos desembarcaron en Útica en 149 y amenazaron sin más a la metrópolis africana, pues estaban decididos a acabar con ella. Reducidos a su merced, los habitantes de Cartago tuvieron que entregar sus armas y trescientos rehenes, pero no bastó con aquello. Los cónsules no exigían menos que la la evacuación completa de la ciudad, que debía ser arrasada y reconstruida en otro lugar. Roma forzó así a Cartago a una resistencia heroica, que se prolongó durante tres largos años. El sitio tuvo altibajos para los romanos, hasta la llegada del hijo de Paulo Emilio, el vencedor de Pidna, nieto adoptivo de Escipión el Africano. Se le conoce en la historia con el nombre de Escipión Emiliano. El nuevo comandante hizo reforzar el bloqueo marítimo y terrestre en torno a Cartago, matando de hambre a la gran ciudad, que conoció escenas horripilantes. Al final de una semana entera de combates en las calles, tanto de día como de noche, la ciudad cayó al fin en 146. No quedó piedra sobre piedra. Una vez los habitantes fueron evacuados para ser vendidos como esclavos, el conjunto urbano fue destruido por entero y (detalle significativo) incluso su emplazamiento fue consagrado por los sacerdotes a los dioses infernales: maldito sería aquel que osase volver allí. El territorio cartaginés se convirtió en provincia romana de África, separada a fines útiles del reino númida por una fosa.

La destrucción de la villa púnica podía disipar los fantasmas que se albergaban en la mente de los romanos por aquella guerra mantenida durante cien años, pero seguía siendo un absurdo, engendrado por una estrechez de miras muy propia de la república. Roma no habría tenido más que reconstruir en provecho propio, veinticinco años más tarde, lo que de aquella forma ritual (y estúpida) había destruido. En las antiguas posesiones cartaginesas de Iberia los romanos no actuaron con mayor diplomacia. Su rapacidad brutal les hizo odiosos a los lusitanos, que se sublevaron a la llamada de un pastor llamado Viriato causante de muchísimos problemas a las legiones romanas. Los celtíberos tampoco se dejaron reducir con tanta facilidad. Numancia, situada en lo más alto de una meseta inexpugnable, supo resistir a un interminable asedio en el que los romanos tuvieron que desplegar todos los recursos de su habilidad. La villa sólo cedió ante el vencedor de Cartago, Escipión Emiliano. Cayó en 133, y el comportamiento heroico de sus defensores inspiró a Cervantes *La destrucción de Numancia,* una de las piezas más bellas del teatro español.

Los romanos, hacia la mitad de este segundo siglo, habían conseguido al fin imponer su hegemonía en el Mediterráneo, tanto en Oriente como en Occidente. Desde luego, se produjeron algunos levantamientos, pero la suerte estaba echada. Por ejemplo, Macedonia conoció en 148 un comienzo de revuelta, que Cecilio Metelo sofocó con rapidez: el antiguo reino se vio reducido al estado de provincia romana. Los griegos también se agitaban. Fueron vencidos en Escarfea en 146 por el mismo Metelo. Corinto fue arrasada sin piedad (¡el mismo año que Cartago!), y sus habitantes vendidos como esclavos. Tal era la suerte que reservaba Roma a los insurgentes. Estos ejemplos siniestros constituían otros tantos avisos para aquellos

que en el porvenir concibieran siquiera la simple idea de ofrecer resistencia. En fin, por una suerte que no era del todo fruto del azar, Atalo III, rey de Pérgamo, legó al morir en 133 el conjunto de sus estados a su antiguo enemigo. La provincia romana de Asia venía a añadirse así a las restantes.

De todas esas exitosas guerras, los grandes capitanes volvían nimbados por un aura de inquietante prestigio y la cabeza llena de proyectos para el porvenir que no cuadraban por fuerza con los ideales republicanos. Sin duda, se despertarían vocaciones. Y en cuanto a los hombres de negocios, ante los cuales se abrían inmensos mercados por explotar, también ellos oían aquel canto del día de mañana. Roma había cambiado de forma decisiva. Otras condiciones de vida plantearían pronto a la república diversos problemas, que no tardarían en sobrepasarla.

Capítulo 4

Después de la conquista: la nueva sociedad

La modesta prefectura latina, con unas instituciones adaptadas con exactitud a su naturaleza rural, se había convertido en capital. A fuerza de tenacidad, de inteligencia adaptativa y de valor militar, Roma había acabado por absorber el África cartaginesa, una gran parte de Hispania, Grecia y Asia Menor. En resumen, ese pueblo rústico se había ganado a pulso un verdadero imperio, y con el rudo orgullo del campesino que ha prosperado, se sabía con poder para hacer la ley en inmensos territorios más allá de los mares.

Claro está que no se «asciende» de esa manera sin cambiar de naturaleza. Un pueblo no aumenta de modo indefinido su poder sin que se modifiquen su manera de vivir, sus estructuras sociales, su forma de percibirse a sí mismo y de aprehender el mundo, y, finalmente, su genio original. El cambio de sociedad que vimos esbozado al día siguiente de la segunda guerra púnica se había ido acelerando a medida que se extendía a lo lejos la hegemonía romana. Desde lo más alto a lo más bajo de la escala social, se asistía a una verdadera remodelación de la romanidad. Los territorios conquistados ejercían sobre el vencedor una influencia considerable, para lo mejor y para lo peor.

Sus riquezas materiales (minas, agricultura) abrían el apetito de más riquezas todavía y de mayores facilidades para la vida; su cultura, los enormes avances del mundo helenístico provocaban el anhelo de más cultura. Todo aquello debía desembocar de forma fatal en una renovación tal del espíritu romano original que se desencadenaría una crisis. A pesar de las resistencias de un clan que veía el anuncio de una escalada del peligro, esa situación sacudiría un día a la república hasta los cimientos. La expresión de Marcel Bordet me parece notable por su justeza: se trataba del «choque que causaba la conquista a su vez sobre los conquistadores».

Economía y sociedad

Las condiciones económicas habían cambiado de modo sustancial desde los tiempos heroicos del sistema republicano. El flujo de metales nobles provenientes tanto de los yacimientos en territorios conquistados, como de las enormes contribuciones exigidas (botines, reparaciones de guerra, impuestos, derechos de aduana, etc.) ayudaban de forma poderosa, de eso no hay duda, al tesoro, aunque no sin algunas intermitencias. Los ingresos no eran regulares y a veces se daban desórdenes monetarios. Los cereales requisados en abundancia (almacenados con astucia por los intermediarios) permitían una visión más a largo plazo en materia de avituallamiento. Por último, la llegada masiva de esclavos de toda procedencia proporcionaba una mano de obra casi gratuita, dedicada a las tareas subalternas. La suerte de esta subcategoría de población fue desde el principio bastante desigual, y no siempre y forzosamente sinónimo de desgracia. Un esclavo «familiar» vivía incomparablemente mejor

que el hombre o la mujer ahogados sin remedio en la masa servil de una lejana explotación provinciana. Como contrapartida, esta acumulación de personas sin derechos (sin «ningún» derecho) no tardaría en provocar problemas de disciplina, como veremos bien pronto.

Si las riquezas de la conquista habían mejorado de forma sensible la vida cotidiana de todo el mundo, ahora menos agobiante, no cabe duda de que la riqueza o el simple bienestar no estaban repartidos por igual. Ya hemos hablado antes de la miseria de los nuevos pobres del campo. El estado de la pequeña propiedad rural, evidentemente, no había mejorado después de las últimas guerras coloniales. Los soldados-trabajadores podían enorgullecerse de un número impresionante de campañas al servicio de la patria (cualquiera de entre ellos no contaba con menos de veintidós en su haber), algo que representaba una satisfacción, sobre todo moral. Durante esos períodos interminables en que el agricultor servía «a la bandera», su granja no se cultivaba. Había que partir de nuevo de cero, en ocasiones hasta reconvertir, como decimos en nuestra época, un tipo de cultivo en otro..., pero faltaban los capitales. Los pequeños agricultores se endeudaban cuando intentaban volver al cultivo de sus pequeños terrenos, que se habían convertido en yermos. Esa circunstancia ya expuso a más de uno a la ruina y, por tanto, a la cesión pura y llanamente de su dominio. A continuación venía el descenso de un grado en la escala social: convertirse en aparcero o simple obrero agrícola en los terrenos de otra persona no es lo que se dice una promoción. Muchos pensaban entonces en expatriarse a las nuevas provincias o incluso cedían al espejismo de una vida más fácil en la misma Roma. Al menos allí no se pagaban más impuestos, ya que desde el año 168, al día siguiente de Pidna, los ciudadanos romanos esta-

ban exentos de esta carga. Por lo demás, la vida no les resultaba mucho más sencilla en la capital: la plebe urbana aumentaba en una familia más, mientras que la ausencia de empleo abocaba a un paro eterno. Esta plebe estaba formada por todo tipo de personas: descendientes de la antigua plebe ciudadana, campesinos arruinados que habían acudido a tentar a la suerte, provincianos que «subían a Roma», antiguos esclavos libertos... ¡Qué mejor vivero para los aventureros políticos en busca de clientela que ese conglomerado de resentimientos acumulados, de rencores mal digeridos, de ociosidades inestables, en resumen: de descontentos, siempre dispuestos a explotar con la excusa de cualquier problema o de unas simples elecciones! Un buen conocimiento de los medios plebeyos y una sólida formación oratoria bastaban para movilizar a esos ciudadanos de pleno derecho que no se resignaban a formar parte de una segunda división, y además, según todas las apariencias, para siempre.

Dominando desde su altura a toda la infantería plebeya, siempre estaban, como ya hemos visto, las dieciocho centurias ecuestres, los caballeros, clasificados así porque disponían de la suficiente fuerza económica para mantener al caballo sobre el cual tenían que servir en caso de movilización, cosa que ocurría con mucha frecuencia. Los bienes raíces constituían siempre la principal fuente de prosperidad y prestigio, y los caballeros seguían siendo, en su mayor parte, grandes propietarios de tierras. La desgracia de unos hacía la felicidad de otros, y así empezó la especulación y recompra de tierras de los pequeños propietarios en dificultades, luego revaloradas gracias a los consejos de los manuales de agronomía. Catón el Censor, por cierto, escribió uno, lleno de sugerencias útiles sobre los cultivos, la plantación de árboles, etc., así como acerca de los bienes semovientes y material agrícola que había que saber reem-

plazar a tiempo: la vaca vieja, el esclavo viejo, etc. Con el desarrollo del imperialismo, que trajo consigo también el de los negocios, el orden ecuestre se abrió a los grandes comerciantes, traficantes de cereales, de productos raros o de esclavos, o a los prestamistas a elevado interés. También ingresaron en sus filas aquellos publicanos que ya habíamos encontrado al final de la segunda guerra púnica. Desde entonces no hicieron más que prosperar, extrayendo el máximo partido de las grandes adjudicaciones: obras públicas, mercados estatales, recaudación de impuestos, tasas, derechos de aduana, peajes... Se constituyeron, de modo muy astuto, en grupos e incluso en sociedades por acciones aunque limitadas a la proporción de un veinte por ciento por orden, irían forjando poco a poco posiciones muy desahogadas.

Dentro de la orden ecuestre, por supuesto, se inscribe también la *nobilitas*, es decir, las familias donde uno de sus miembros ha ejercido una alta magistratura (cónsul o también censor, pretor o edil). Habría sido necesario que todos los caballeros trepasen hasta la misma altura, y se adivina que entre el caballero medio y la *nobilitas* la distancia social generaba envidias. La nobleza culminaba de forma natural en el Senado, pues ser inscrito en el *album* senatorial constituía la promoción por excelencia. Hay que precisar también que no todos los senadores estaban igualmente bien provistos. Con la ascensión de las grandes fortunas, de manera inevitable, el peso político se hizo proporcional al tonelaje económico desplazado. De hecho (y éste es el signo de los tiempos), una veintena de familias acaparaba las altas magistraturas y los fructíferos gobiernos lejanos, donde todos, con la excusa de servir a la patria, se consideraron con permiso para trabajar por su cuenta. Esta oligarquía dentro de la oligarquía dirigía importantes mandos militares, la gestión

de las finanzas públicas e incluso la justicia. Cuando uno se ve conducido ante un tribunal para responder de apropiaciones de fondos en provincias, abuso de bienes sociales u otros pecadillos cualesquiera, siempre es preferible que el tribunal lo constituyan tus iguales. Por tanto, asistimos en la segunda mitad del siglo II a la puesta en práctica del sistema de cooptación, eficaz, pero a la larga peligroso para la república. En verdad, el poder personal no era posible todavía, pero no tardaría en serlo.

Debemos ser conscientes de que entre la base de la pirámide, la plebe más baja, aunque sea titular de los derechos y privilegios del ciudadano romano (de los cuales los provincianos, dicho sea de paso, no veían ni la sombra), y su cumbre, la aristocracia senatorial, la distancia era infinita, por decirlo como Pascal. Distancia marcada de forma mucho más clara dado que el comportamiento, la morada, los trajes, la forma de expresarse, todo en su conjunto, hacía visible de forma clara los rangos y subrayaba los prestigios respectivos. Cada uno conocía con exactitud el lugar que le correspondía, así como el de los demás, más alto o más bajo. Cada uno sabía también que las oportunidades de mejorar algún día eran escasas, ya que la economía se hallaba estancada, si aplicamos las normas modernas. Los trabajos decisivos de Jean Gagé, Ramsay MacMullen y Catherine Salles han demostrado este dato a la perfección. Sin embargo, la percepción casi visceral de las desigualdades no provocaba esa llamada revolucionaria a la nivelación por arriba propia de las democracias modernas. El romano que estaba en la base de la escala era del todo consciente de que si los ricos mandaban se debía a que eran los únicos que podían proporcionar y mantener con sus denarios el equipo militar indispensable para aquel combatiente de élite que la patria, con sus distintas clases sociales, necesitaba. La percepción de las diferencias, por humi-

llante que fuese, no engendraba en la sociedad romana, por así decirlo, ninguna tentación subversiva; como mucho, el deseo de salvar esa distancia por su cuenta, de forma individual y lejos de toda solidaridad de clase. No olvidemos nunca que el orden social en aquellos tiempos se consideraba divino en su esencia, aunque la teoría de su sacralidad, a falta de una filosofía indispensable para ello, no estuviera todavía formada. Así pues, cada cual veía las cosas a su manera, de forma individual. Como dice MacMullen, se puede experimentar todo el rencor que se quiera, pero careciendo de los medios (e incluso de la idea) para expresar de forma útil ese resentimiento, uno acepta su propia suerte sin pensar demasiado en ello. Y todos y cada uno pueden procurar, sin duda, su ascenso, mejorar su situación, pero siempre con la ayuda más o menos interesada de alguien más poderoso que ellos. Se pide, se suplica si es necesario, se pone uno a las órdenes de alguien, pero no existen sublevaciones de forma concertada, de clase contra clase, que tengan como fin la apropiación de todas las riquezas o trastocar una pirámide cuya abrupta clasificación se considera un orden natural, es decir, divino a fin de cuentas, en el sentido amplio del término, y como tal, respetable *a priori*. Por muy curioso que pueda parecernos hoy en día, constatamos que los desfavorecidos del mundo romano contribuían a su propia situación, sin perjuicio de sacudir de vez en cuando el yugo mediante una revuelta puntual.

La gloria de hacer el bien: el evergetismo

En este punto hemos de tener en cuenta asimismo una dimensión de la mentalidad romana cuya existencia, aunque bien

conocida, ha sido mal apreciada durante mucho tiempo por los historiadores: el *evergetismo*, es decir, las conductas de dádiva o donativo. Su práctica prodiga en la sociedad romana no sólo los pequeños regalos individuales que puedan mejorar la vida cotidiana de los más pobres (hoy en día, el aguinaldo del cartero o la propina al mozo de hotel), sino también las dádivas de un extraordinario coste que aprovechan a todo el mundo. Esta munificencia de los poderosos les cubre de prestigio y, por tanto, aumenta su influencia, al mismo tiempo que hace soportable para los más desfavorecidos la diferencia de condiciones sociales. Contribuye también a banalizarla, es decir, a hacerla deseable. En *Pan y circo*, libro genial y curioso, Paul Veyne mostró el espíritu y los efectos de esta institución de la cual hoy en día apenas si tenemos equivalentes.

¿De qué se trata, pues? «Imaginemos que en Francia», escribe Paul Veyne, «la mayor parte de los ayuntamientos, escuelas o centrales hidroeléctricas, se debiesen a la munificencia del capitalismo regional, que, por otra parte, ofreciera a los trabajadores un aperitivo o la entrada al cine». El evergeta (en griego *euergès*, el que hace el bien) es un caballero que se atrae la gloria, el reconocimiento y el poder, sin contar con la buena conciencia, procurando a sus conciudadanos menos favorecidos una infinidad de artículos de importancia diversa: avituallamiento gratuito, establecimientos de baños, juegos fastuosos o pequeños placeres.

Estas larguezas son de naturaleza bien diferente. A veces revisten un carácter ocasional. Para festejar un acontecimiento singular o por puro capricho, un alto personaje podía proceder a lo que se llamaba los *congiarios,* una distribución de vino, aceite, sal, cualquier cosa. El primer ejemplo citado de este tipo es el de Escipión el Africano en el año 213. Si se presenta a algu-

na magistratura, nuestro notable se verá en la obligación de regalar a sus electores con un banquete público. Los magnates a veces organizan de modo voluntario fiestas que cautivan de forma útil el interés de las multitudes, al mismo tiempo que dejan en su memoria bonitos recuerdos asociados al nombre del donante: triunfos militares cuyos festejos se alargan varios días, representaciones teatrales (ya volveremos a este punto), juegos de todo tipo, apasionantes combates de gladiadores que se matan entre sí, contemplados con placer en Roma desde el año 264. En principio, se trata de unos actos aún muy modestos, ya que se carece de momento de edificios especiales cuya aparición queda para un poco más tarde, pero a medida que se extiendan las conquistas, los juegos serán cada vez más bellos. Junto a estas prodigalidades, por fuerza excepcionales, existe una institución menos espectacular, pero muy apreciable y convertida en una costumbre: es la *clientela*. La gente que en verdad cuenta en la sociedad romana se impone la obligación de acoger cada mañana temprano a la fila de personas que esperan ante su puerta el momento de presentarle sus saludos..., a cambio de lo cual se les entrega la *sportula*, es decir, un cesto con provisiones para el día, que más tarde se reemplazará, por comodidad, por una propina equivalente. Estos beneficiados perpetuos encontraban una ganancia, evidentemente, pero el patrón también. Y es que a estas buenas gentes, a las cuales no subleva ninguna humillación, por la sencilla razón de que no la sufren, mostrarán el mayor de los intereses en que dure la buena situación de su patrón. ¡Que los dioses hagan que mejore y que se vuelva más poderoso todavía! Se le apoyará, pues, de muy distintas maneras: votando por él, desde luego, pero también poniendo a su disposición las astucias que cada uno pueda desarrollar en materia de propaganda o, si es necesario, de simple

fuerza muscular, estamos muy lejos del simple campesinado de los primeros tiempos de la república. El caso es que, a pesar de las pesarosas apelaciones de Catón y otros a la magra frugalidad de los primeros tiempos, las nuevas costumbres ya se habían instalado y no era fácil cambiarlas. Todos, ricos o pobres, encontraban su lugar en ese sistema. El que estaba situado en lo más alto de la escala se hacía así cada vez más importante, algo de lo que era muy consciente porque tenía los pies en la tierra, sin contar que, si obraba de otro modo, quedaba mal. En cuanto al hombre vulgar, si se envilecía (y de esto él mismo no tenía conciencia o al menos no quería tenerla), en todo caso era de una manera rentable.

Estaríamos errados, pues, si aplicásemos al evergetismo las categorías que nos vienen hoy a la mente y hablásemos de él en términos de caridad, de redistribución o de despolitización de las masas trabajadoras. Faltaba todavía un siglo y medio para que Jesucristo apareciese sobre la tierra, y casi veintidós para Karl Marx. Pienso, con Paul Veyne, que el estado natural de la mayoría de los hombres es de una cierta apatía política, algo que me parece del todo cierto en lo que concierne a los plebeyos romanos. Si el gobierno resulta al final el único que se ocupa de la política, lo hace, en primer lugar, «porque los gobernados están, no digo condicionados, sino más bien espontáneamente dispuestos a dejarles actuar así». Y en cuanto al supuesto poder desmovilizador de los juegos y otras distracciones ofrecidas con tanta gentileza al pueblo, se puede afirmar sin temor: «El gobierno no proporcionaba circo al pueblo para despolitizarlo, pero, en verdad, se habría politizado en su contra si les hubiese negado el circo».

Por descontado, hoy en día resulta difícil entender la razón por la cual los nobles decidían gastar de esa forma un dinero

que se hubiesen podido quedar con total tranquilidad. El simple término de vanagloria se queda demasiado corto. Para el hombre romano, la riqueza es una excelencia y el don de la prodigalidad su signo visible, su manifestación casi sacramental. Mediante generosos donativos, se demuestra, ante sí mismo y ante los demás hombres, que uno, en efecto, se halla honrado por esa excelencia. Si a esa satisfacción simbólica se unen además algunos efectos afortunados, tanto mejor para él.

El contagio de lo bello: Roma y el helenismo

Unas riquezas más preciosas que el oro afluirían pronto a Roma, procedentes del mundo helenístico que ahora dominaba. Grecia y Asia Menor tenían una gran ventaja sobre ella en el dominio de las letras y de las artes. Algo de cultura griega ya había penetrado en el universo mental romano desde la conquista del sur de Italia. Sin embargo, las guerras púnicas, además de los estragos de todo tipo resultantes, habían suscitado en los vencedores de Aníbal y sus aliados (que Roma veía como otros tantos cómplices) una reacción nacional más bien hostil a los griegos, a su modo de vida y su cultura. Escándalos como los de las fiestas de Dionisio-Baco, que habían desencadenado en el año 186 verdaderas orgías, agravaban aún más las aprensiones de los conservadores, fieles al tipo de «romano viejo». Catón el Censor era, como hemos visto, el ejemplo perfecto: jamás perdía la ocasión para vituperar a los romanos que probaban el lujo y las costumbres que se juzgaban sospechosas del Oriente helenístico. ¡No iban a dejarse corromper por aquellas gentes a las que acababan de reducir a su merced! Observemos, sin embargo, que este virtuoso personaje, que reprobaba el estu-

dio de los autores griegos, se había tomado la molestia de aprender su lengua.

No obstante, la verdad es que esa reacción epidérmica no tenía futuro. Aunque los romanos continuaron, por pura costumbre, afectando un cierto menosprecio por los «pequeños griegos» (*graeculus* nunca fue un cumplido, precisamente), apareció pronto otra tendencia muy distinta en la buena sociedad, favorable a los descubrimientos debidos a algún viaje a Oriente una simple y agradable lectura. A partir de 160 y a iniciativa de Escipión Emiliano se formó un pequeño círculo cultivado. Vale la pena destacar que éste tuvo buenas lecturas en sus manos, ya que Paulo Emilio, su padre, el vencedor de Pidna, tuvo el buen gusto de apoderarse de la biblioteca completa del rey Perseo. Este aristócrata letrado y rodeado de amigos selectos supo descubrir la inteligencia histórica de Polibio, el brillante rehén aqueo; también mantenía las mejores relaciones con Panaitio (o Panecio, si romanizamos su nombre) de Rodas, el filósofo estoico que había creado escuela en Roma y alcanzado mucho éxito. Volveremos a hablar de él. El círculo de los Escipiones favorecía asimismo al joven Terencio, un africano liberto pero apasionado por el espíritu griego. Todo un mundo de belleza y de encanto se abría ante la aristocracia romana, que se desbastaría y pondría de moda las maravillas recién descubiertas.

Sin embargo, hecho notable y conforme al temperamento nacional de su gran facultad de asimilación, los romanos no se contentaron con estudiar a los griegos y recopiarlos, sino que se inspiraron en ellos para dotarse de una literatura auténticamente latina. Su primera aparición se observa en el teatro, entre 212 y 186, con las piezas de Plauto, donde los temas se toman de los griegos, las escenas transcurren en Grecia, los persona-

jes se disfrazan con nombres griegos, pero ya no se trata de griego, sino de latín. Son historias populares protagonizadas por héroes, siempre idénticos y siempre parecidos a sí mismos: el vejete preocupado por su dinero; su hijo enamorado, que cuesta caro a su padre; el alcahuete; el soldado que nos remite a la materia de su supuesto heroísmo; el buen esclavo; el mal esclavo, etc.

¡Inestimables para conocer los entresijos de una sociedad! Estos personajes tan estereotipados pueden, sin perjuicios para la intriga, vestir de una pieza a otra la misma máscara portavoz de su papel, cuya expresión oral se reconoce al instante. Estamos lejos, desde luego, de la tragedia antigua, donde las pasiones humanas se miden con los destinos, donde los dioses arreglan sus cuentas a base de héroes muertos..., e incluso de la comedia griega, de trazos tan delicadamente crueles. Cuando pasamos del teatro griego al teatro de Plauto, tenemos la impresión de abandonar Anouilh por Coluche... Ahora bien, sigue tratándose de teatro. Plauto inspiró a Rotrou, Regnard y Molière, quien tomó de él su *Avaro*.

Una generación más tarde, otro joven autor cercano al club de los Escipiones adopta de nuevo el mismo modelo, pero con un espíritu muy distinto. Las ideas han seguido su camino, el gusto ha evolucionado. Se puede uno permitir, sin debates de conciencia ni escrúpulos patrioteros, ser menos latino, más abiertamente griego. Menos callejero que Plauto, Terencio da preferencia a los diálogos, en los cuales se manifiestan conflictos psicológicos, tanto externos como íntimos. Cada personaje reacciona menos según su estereotipo que en función de su carácter, de su sensibilidad y sus escrúpulos morales y, en resumen, de su individualidad. Osa ser alguien antes que cualquier otra cosa. Por otra parte, en Terencio encontramos la fórmula tan-

tas veces citada: «yo soy un hombre, y nada de lo humano me es ajeno». Los soldados-campesinos, no cabe duda, habían mejorado.

Por el contrario, la poesía de la época encuentra su inspiración en la guerra más que en el amor. Entre 210 y 207, sin que estemos en verdad seguros de la fecha, aparece bajo el nombre del campanio Nevio una epopeya titulada *Bellum poenicum*, la guerra púnica (de hecho, la primera de las tres), pero el autor experimenta la significativa necesidad de remontarse en el tiempo hasta los orígenes legendarios de Roma: el periplo de Eneas desembarcando en Italia vía Cartago, etc. Con ello empezaban a proveerse de una memoria histórico-poética que cantaría para las generaciones venideras aquello de lo que se estaba tan orgulloso: la gesta de los grandes antepasados que conducía a los triunfos de hoy en día y los justificaba en la eternidad de los dioses. No cuesta nada, cuando se aprende a leer, la evocación de «nuestros antepasados los troyanos», e incluso de nuestros padres celestiales.

Otro italiano del sur, Enio, nacido en los alrededores de Tarento, bebería en las mismas fuentes. Este antiguo combatiente de la segunda guerra púnica había pagado con su persona antes de consagrarse a las letras. Con el mismo fervoroso y militante patriotismo, puso al servicio de Roma, de la cual había conseguido ser ciudadano, los valores intelectuales que había aprendido de Grecia. Sus conocimientos eran grandes, ya que dominaba tres lenguas: el osco, el griego y el latín, y se vanagloriaba también de poseer «tres corazones». Por lo demás, no ocultaba el hecho de ser la reencarnación de Homero. Menos entusiasta, Horacio pretendería más tarde que Ennio sólo escribía borracho, cuestión difícil de verificar. En cualquier caso, nos dejó los *Annales*, una gran epopeya histórica en la que mez-

cla sin complejos los datos abiertamente mitológicos y los relatos sobre la historia contemporánea que conoce gracias a testimonios oculares. No debemos extrañarnos, pues, comprobar que él también se remonta a las peregrinaciones de Eneas. Enio no se detuvo ahí, pues escribió asimismo piezas de teatro, sátiras, e incluso ensayos filosóficos. Seguiría siendo el gran poeta y, por así decirlo, el padrino de las Letras durante todo el período republicano: *Pater Ennius*, nuestro padre Enio. Detalle muy interesante: nos damos cuenta de que la fe de Enio en las venerables leyendas de Grecia dista mucho de ser una fe ciega. Para él son como el reflejo magnificado de acontecimientos que se pierden en la noche de los tiempos. Es posible que Enio haya tomado esas ideas al traducir del griego la *Historia sagrada* de Evemero, relato utópico donde el escritor griego del siglo III explicaba que los dioses no eran más que reyes que habían vivido hacía mucho, mucho tiempo, y a los que se había honrado por su generosidad dotándoles de un estatuto celestial. La idea arraigaría.

De esta sorprendente floración literaria no se hallaba ausente la prosa. Fabio Pictor había escrito, en griego, una historia que iba desde los orígenes hasta la segunda guerra púnica. Se sabe que el viejo Catón había redactado un tratado de agronomía, instando a sus compatriotas a no abandonar la agricultura, única actividad en la que, según él creía se basaba la economía de la ciudad. También escribió un tratado, muy en su estilo, *De los orígenes*, en el que alababa las antiguas virtudes que habían permitido a los romanos ocupar un lugar bajo el sol y conservarlo. Del mismo modo, era considerado un orador convincente, aunque no era el único: Cicerón aportaba en una de sus obras una lista impresionante de grandes oradores que habían ilustrado la elocuencia latina. De hecho, acababa de des-

cubrir la importancia del discurso político bien escrito, cuyo equilibrio armonioso predisponía ya a la adhesión y, sin duda, al voto favorable y que llegará a convertirse en una especialidad romana. Las gentes de buena familia comprenderán pronto el interés de dotar a sus hijos de una sólida formación retórica, útil a todos los efectos.

La arquitectura, la escultura y la pintura de ese tiempo dependían sin disimulo del arte helenístico. La mayor parte de los artistas eran griegos de origen, si bien empieza a afirmarse un arte específicamente romano. La basílica más antigua fue construida en el año 184 por Catón, edificio funcional cuyo ábside estaba destinado a alojar el tribunal del pretor, y no tardaron en elevarse otros edificios al norte y al sur del foro. El primer acueducto auténtico se construiría en 144, y a lo largo de un centenar de kilómetros, once de ellos sobre arcos, aportaría a los romanos el agua fresca de los montes sabinos. Las viviendas privadas mejoran, se adornan con peristilos, con agradables patios interiores. A menudo, las esculturas que ahora decoran en profusión las plazas públicas y las moradas de los particulares no han costado demasiado caras, ya que se trata de recuerdos traídos de expediciones lejanas... No obstante, se continúan produciendo también allí, utilizando la antigua factura del bronce etrusco. Se puede ver un ejemplo en el *Bruto* del Capitolio.

Resulta en verdad impresionante esa explosión literaria y artística de la Roma de aquellos tiempos... Gracias a ella, comprendemos la apertura de espíritu de un pueblo hasta entonces entumecido en todos esos aspectos, su vitalidad, su genio para la asimilación y al mismo tiempo también, la convicción de que el romano conserva su individualidad. Si el porvenir le atrae, el pasado le domina. El romano cultivado del maña-

na leerá y escribirá con normalidad en griego, incluso se convertirá en bilingüe de buen grado. Aunque podrá llegar a deplorar una cierta indigencia conceptual del latín, no abandonará jamás la lengua bienamada de sus padres y se las ingeniará, con suma paciencia, para irla mejorando. A su vez, la plástica griega será para todos los artistas romanos una fuente inagotable de inspiración, si bien sabrán ponerla siempre al servicio de un impulso propiamente nacional, que afirma la romanidad triunfante. En resumen, si el pueblo romano se dejó inspirar por los modelos venidos de tan lejos y ofrecidos a sus sentidos por el éxito de sus ejércitos, no se dejó abrumar por ellos, y supo dotarse de un arte y una literatura auténticamente propios.

El despertar del pensamiento: la *philosophia*

Cuando Sócrates llevaba muerto ya casi dos siglos y medio, los romanos no tenían todavía la menor idea acerca de la filosofía. En este caso, de Atenas a Roma, ¡qué avance se dio también! La idea de que un saber racional era más válido para explicar el mundo físico y la vida de los hombres que el recurso a los viejos mitos se había iniciado, durante el siglo VII, en Asia Menor, cuando los romanos aún estaban viviendo en chozas. Después, esta idea fue prosperando en todos los sentidos. Los griegos del siglo de Pericles habían organizado en un conjunto coherente las anticipaciones, geniales pero arriesgadas, de los primeros filósofos, los llamados presocráticos, a fin de fundar sobre la razón lo que más contaba para ellos: la vida social y el gobierno de las ciudades. En efecto, sólo un conocimiento exacto y profundo de «la» realidad, en singular, podía, según ellos, permitir una gestión adecuada de «las» realidades cotidianas.

Sobre estas bases, los filósofos fueron divergiendo a lo largo de los siglos acerca del fondo de las cosas, cada uno con la propuesta de una visión original. El discurso filosófico se concretaba, desde los tiempos antiguos, en diferentes sistemas que englobaban toda la sabiduría o lo que se creía saber, de tal modo que la filosofía engendró las filosofías. Evidentemente, no es cuestión de exponerlas aquí todas con detalle. Digamos, en resumen, que de la reflexión de Sócrates, muerto en el año 399, nacieron dos grandes síntesis que alcanzaron un destino universal: el pensamiento de Platón, discípulo de Sócrates, para quien el mundo visible procede de una realidad ideal a la cual el alma humana tiene acceso, porque es de su misma naturaleza, y el sistema de Aristóteles, discípulo de Platón, para el cual el mundo, en el fondo, es espíritu encarnado en la materia. Se ha de hacer en este punto una precisión importante. Durante el tiempo que dure la civilización griega de las ciudades autónomas, la *philosophia* será en esencia política. El hombre, concluía Aristóteles, es un «animal político»: no se basta a sí mismo y no puede realizarse de forma plena más que dentro de una ciudad bien gobernada y que le ayude a interiorizar los requerimientos sociales. El filósofo, en aquellos tiempos lejanos, es, pues (con mayor o menor éxito), el pensador político, el realizador de constituciones por excelencia, el consejero de los reyes. Platón asistió a Dionisio de Siracusa, mientras que Aristóteles fue elegido por Filipo de Macedonia para ser el preceptor del joven Alejandro, que luego sería Magno.

Precisamente con las conquistas de Alejandro, en el último cuarto del siglo IV, un cambio radical sacudiría la civilización antigua. Las ciudades, tras someterse al control macedonio, perdieron su autonomía. Los ciudadanos vieron cambiar de golpe las condiciones de ejercicio de su ciudadanía y su uni-

verso mental. Otro tipo de vida comenzó entonces para el hombre antiguo, quien nunca más sería amo de lo que antes era su ciudad, aquella que agrupaba a los padres de familia en torno al hogar común. Su ciudad bienamada quedaba incluida en un imperio inmenso, centralizado... y luego dentro de otro cuando la hora de Roma llegase. Las grandes decisiones se tomaban lejos, sin tenerlo en cuenta. En su entorno sólo rige ya lo cotidiano, como en cualquier consejo municipal de hoy en día. ¿Quién se podría realizar con plenitud con aquellas historias de vías públicas o de canalizaciones de agua? ¿Quién podría encontrar ese famoso equilibrio que deseaba Aristóteles en aquellas discusiones que giraban en torno a la instalación, aquí o allá, de unos lavabos públicos? Se había formado un vacío, algo que produce horror a la naturaleza humana. Cuanto se invertía en la vía política, que era todo lo humano, se iba a colocar en otro lugar, allí donde habían surgido nuevas angustias. Hay que conjurar el aislamiento, convertir aquel hombre hecho pedazos en una individualidad capaz de asumirse como tal. En este mundo redibujado sin su presencia, los hombres van a buscar la felicidad de otro modo. Por encima de esas ciudades muertas existía una vasta sociedad de seres humanos en que cada alma se volvía un ciudadano. Se convertía uno en ciudadano del vasto mundo, sí, pero en el alma de cada cual se organizaba un enclave íntimo donde brotaba el deseo de reinar como amo supremo, al igual que antaño hicieron los antepasados sobre la ciudad perdida. Cada uno se forjaría un imperio en el cual el sol del pensamiento no se pondría jamás. Ciudadano de su alma al mismo tiempo que del universo, oponiendo su pequeña patria a la gran patria del vasto mundo de los hombres, el sabio de los tiempos helenísticos ahogará sus penas en la filosofía.

Eso sí, a tiempos nuevos, filosofías nuevas. Mientras un cierto platonismo, pasablemente desnaturalizado, evoluciona hacia el escepticismo (al que con abuso se le llama *Academia*), nacen dos corrientes nuevas a caballo entre el siglo IV y el III: el epicureísmo y el estoicismo. La filosofía de Epicuro, muerto en 270, se funda sobre una visión materialista del mundo. Nada de espíritu, sea encarnado o no, independiente de la materia. No existen más que las partículas materiales, los átomos, que caen de forma indefinida en el vacío y que se agregan de modo temporal para formar los cuerpos, las almas e incluso a los dioses. Nada hay, pues, que temer, ni de los cielos ni de los infiernos, ni siquiera a la muerte, que en el sentido estricto del término no es nada, ya que mientras yo estoy aquí, ella no está, y en el momento en que esté ella, seré yo el que no estaré ya. El bien supremo reside en el placer, pero reducido a su expresión más simple: la satisfacción, sin florituras ni refinamientos, de las necesidades más elementales. Las voluptuosidades complicadas cuestan más de lo que dan. Nada de compromisos, sobre todo políticos. Son demasiado absorbentes. La felicidad es la *ataraxia*, la ausencia de preocupaciones.

El estoicismo descansa sobre otro tipo de análisis. El mundo es un gran Todo animado, una suerte de inmenso animal con el que la divinidad coexiste, circunstancia que garantiza la buena marcha del universo. Todo transcurre bien. La providencia vela por ello: un lugar para cada cosa, cada cosa en su lugar... Idéntico axioma, desde luego, será válido en el dominio sociopolítico, como en todo lo demás. El bien, en este sistema, consiste en vivir conforme a esa naturaleza divinizada; a eso se le llama virtud. Si uno llega a ese grado de sabiduría (que sigue siendo un ideal), ya nada le molestará, porque nada le sor-

prenderá. Previéndolo todo, uno se acostumbra todo. Tal es la *apateia* del estoico, no una apatía en el sentido psiquiátrico del término, sino una indiferencia largamente conquistada con relación a cuanto apasiona a los otros y los atormenta aun a su pesar. El sabio, desde esta perspectiva, es en verdad rey, puesto que es el mejor conocedor del orden universal. En ausencia de ese privilegio, sabe contentarse con su lugar designado como consejero de los príncipes, eminencia más o menos gris que aconseja a los dirigentes. Zenón de Citio, el padre fundador del movimiento, que murió hacia 264, fue íntimo de Antígono Gonatas, rey de Macedonia.

Por resumidas que sean, estas pocas indicaciones permiten apreciar la importancia que tuvo para la nueva Roma del siglo II, su primer contacto con la *philosophia.* Digámoslo en griego, porque se trata, para tomar de nuevo la expresión de Cicerón, de una «cultura de importación» que nutrirá siempre, de un extremo a otro de la historia, las aprensiones del medio tradicionalista, del «romano viejo», poco inclinado a las discusiones ociosas sobre el sexo de los ángeles. Un poco, decía Ennio, está bien, en sustancia, pero demasiado es demasiado. Sin embargo, los espíritus inician su apertura a esta forma superior de reflexión que permite ver más lejos que la punta de la lanza. La Italia del sur albergaba desde temprana edad los conventículos pitagóricos, establecidos desde el siglo VI. Sus revelaciones acerca del alma y su vida en el más allá pudieron seducir a la aristocracia romana, pues les aportaba un suplemento de alma. Se teme menos la muerte cuando se sabe que uno se reencarnará y que la aventura volverá a empezar como si no hubiese pasado nada. Sin embargo, el Senado velaba. En el año 186, se destruyeron con sumo cuidado todos los libros de los pitagóricos, culpables, sin duda, de la introducción de innovaciones

culturales peligrosas para la pureza del verdadero romano. Los epicúreos se dispersaron también por Italia, donde constituyeron comunidades de amigos ligados por el culto del maestro inolvidable que les había librado de tantas preocupaciones. Debieron de subir hasta la misma Roma y recabar adeptos incluso entre la buena sociedad, logro que no impidió de todos modos su expulsión en 173, una medida renovada por un Senado consulto de 161. Lo dicho hasta ahora nos permite comprender que ese hedonismo pasivo, por más austero que fuese de hecho, y, sobre todo, ese abstencionismo político, no podían esperar ser vistos con buenos ojos. En Roma, el epicúreo sería considerado siempre como una especie de niño malcriado de la filosofía, más si cabe si conservaba cierto poder de seducción. Ya volveremos sobre ello más tarde.

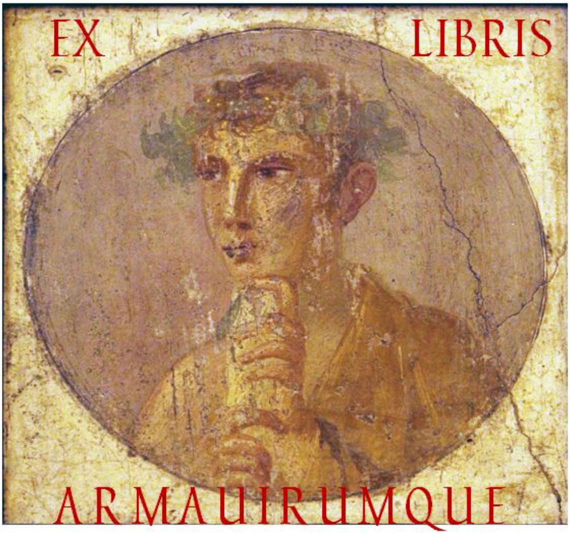
Otro incidente arroja mucha luz sobre al estado de ánimo de los romanos con respecto al pensamiento filosófico y las consecuencias que le otorgaban. En el año 155, tres griegos desembarcaron en Roma como embajadores. Venían a defender los intereses de Atenas acerca de una disputa con la ciudad de Oropos. Es decir, que los atenienses habían confiado su causa diplomática a los tres filósofos. El grupo lo componían el estoico Diógenes de Babilonia, el aristotélico Critrolao y el académico Carnéades. Los tres profesores diplomados aprovecharon su estancia para impartir conferencias que atrajeron mucho público. Sobre todo Carnéades, el escéptico, sentía un gran placer intelectual al sostener, con infinito talento, de un día para otro, tanto una postura como su contraria acerca del pro y el contra de valores tradicionales como la justicia, por ejemplo, muy apreciados por los romanos. Se trataba de una técnica que debía conducir al final a una conclusión interesante, pero imaginamos la cara que

pondría Catón el Censor tras la escucha de esos juegos de palabras, tenidos *a priori* como irresponsables... El resultado era previsible: Catón hizo votar sin tardanza a un Senado consulto la orden para que los tres griegos «volviesen a sus escuelas con los hijos de los griegos». Una decisión que dice bastante sobre el espíritu de un descubrimiento.

El estoicismo, por el contrario, gozó desde el principio de un prejuicio a su favor. Este sistema exponía el orden excelente del mundo y sus prolongaciones concretas hasta en el detalle más ínfimo de la jerarquía social, garantizada por la propia divinidad (la naturaleza y Dios no eran sino una sola y misma cosa), sistema que seducía de entrada al romano. Hombre de orden, veía justificada su acción en profundidad (además de su situación si por fortuna era bien nacido) gracias a ese pensamiento grandioso y de atractivo envoltorio. Para Roma, se trataba de la filosofía del porvenir. La acogida que se le dio a Panecio de Rodas, llegado a Roma hacia 145, lo muestra bien. Debió de ser, en todo caso, mucho más calurosa que la reservada a los tres parlamentarios evocados antes. El círculo de los Escipiones le recibió con los brazos abiertos, pues los grupos de dirigentes romanos habían comprendido el partido que se podía sacar al sistema. La universalidad del espíritu humano predicada por Panecio convenía de maravillas a unas gentes que se consideraban revestidas por los dioses con una misión respecto a los demás «ciudadanos del mundo», ¡ya imaginamos cuál!

Por otra parte, el estoicismo proporcionaba argumentos a los conservadores, poco inclinados a las reformas que deseaban las clases plebeyas. Cuando un orden se percibe como divino, hay que guardarse de ponerlo en cuestión. Panecio pudo ejercer sin obstáculos en la Roma de su tiempo una influencia que sus discípulos, inmediatos y lejanos, ejercieron luego al rele-

varle: Poseidonio de Apamea, primero, luego los alumnos de este último, Cicerón, Pompeyo y Atenodoro de Tarso, a quien veremos más adelante en el entorno de Octavio Augusto. Después proseguirá la tradición, siempre parecida, si bien el estoicismo se irá tiñendo de un leve tono de platonismo. Con el estoicismo, Roma había encontrado su propia doctrina.



Capítulo 5

La guerra civil de cien años

El problema agrario y los Gracos

La anexión progresiva por parte de la clase más elevada de vastas porciones de suelo público, el *ager publicus*, sin otra servidumbre que un vago impuesto que había caído en desuso, constituía, en verdad, una caudalosa fuente de provechos y de prestigio para quienes se aprovechaban de esta situación, pero para el resto era un verdadero bloqueo económico que provocaba la hambruna, en el sentido literal de la palabra, en una capa muy grande de la población romana. Cierto es que existía una limitación de derecho a unas ciento veinticinco de nuestras hectáreas en cuanto a ocupación o explotación de territorios estatales, pero dicha medida sólo existía, como diríamos hoy en día, sobre el papel. Esta situación inicua no podía prolongarse de modo indefinido, ni mucho menos agravarse, sin suscitar protestas entre los sectores económicamente más débiles. El abismo entre los pequeños campesinos y los ciudadanos en dificultades se iba ensanchando, incluso entre los miembros de la plebe urbana, que acudían a la nostalgia de un trozo de tierra ya perdido, y una clase poseedora que, con los años, se había ido quedando la parte del león, y pretendía conservarla. Un mínimo de inteligencia, por no hablar de generosidad, habría permitido sin duda la preven-

ción tanto de los movimientos sociales que aquella miseria demasiado escandalosa provocaba, como, sobre todo, la profunda degradación de la sociedad romana y de las instituciones que la gobernaban. No obstante, la aspiración, justa y vital, de los *populares* a una redistribución razonable de las tierras así usurpadas no encontraba ningún eco favorable entre los *optimates*, como se llamaba a los ciudadanos privilegiados, poco inclinados, cabe suponer, al reparto del pastel. Algunos vieron aproximarse el peligro, como el cónsul Laelio, miembro distinguido del club de los Escipiones. En el año 140, presentó al Senado una proposición en ese sentido, pero ante la obstrucción que propiciaron sus ilustres colegas tuvo que retirarla. A propósito de los problemas agrarios, pues, la República encontraría sus mayores dificultades, circunstancia que unida a otras que ya se adivinaban desencadenarían una crisis sangrante e interminable (un siglo entero) tras la cual las instituciones romanas acabarían por perder su identidad y zozobrar.

Todo empezó con las iniciativas de un joven miembro de la *nobilitas* plebeya llamado Tiberio Graco. Su padre había sido cónsul y se había distinguido en Hispania. Por parte de su madre, Cornelia, era nieto de Escipión el Africano y, por lo tanto, cuñado de Escipión Emiliano. ¿Por qué este joven de buena familia decidió un buen día volverse contra su propia clase social? ¿Se pueden invocar motivos personales que le uniesen a los medios más liberales del Senado? ¿Tuvo la intuición del aprieto económico tan perjudicial que suponía para Roma aquel campo italiano tan poco explotado? ¿Concibió el proyecto de restaurar, para provecho de la patria, un campesinado sano y fuerte, que proporcionara un reclutamiento militar convertido, después de tantas guerras, en un tema preocupante? Se ha sugerido también, ya que Tiberio Graco estaba abierto a

las ideas griegas, una cierta lectura igualitaria del estoicismo, interpretado en sentido contrario de aquellos que veían en él una justificación de sus posiciones aristocráticas. Más que por la sacralización del orden social con sus diferencias, el joven se veía seducido por la similitud de las almas y de todas las clases sociales predicada por el estoicismo. La influencia de los grandes debates de ideas abiertos por la aparición de la *philosophia* empezaba a hacerse sentir.

El caso es que Tiberio Graco, elegido tribuno de la plebe en el año 133, decidió presentar una *rogatio*, digamos una proposición de ley. Con ella se proponía reactivar aquellas disposiciones antiguas de las que antes hablábamos, que limitaban a ciento veinticinco hectáreas la porción de suelo público atribuible a un particular. Los excedentes resultantes de tal operación serían, por derecho, distribuidos entre los ciudadanos más desfavorecidos mediante lotes inalienables de siete a ocho hectáreas y mediante el pago de un impuesto. En compensación, los antiguos detentadores de dominios tomados al *ager publicus* se convertirían en propietarios, en el límite de las ciento veinticinco hectáreas autorizadas, y se verían exonerados de toda contribución. Además, se nombraría una comisión que arbitraría los contenciosos. El proyecto era, por tanto, razonable, y estas medidas podrían tener un efecto psicológico provechoso en unas relaciones sociales cada vez más tensas. Si la plebe campesina y urbana acogió el proyecto con la satisfacción que se puede imaginar, no ocurrió lo mismo con los senadores. Agraviados, interpretaban aquello no solamente como una expoliación, sino como un atentado moral a sus derechos hereditarios sobre el dominio público. Además, los aliados italianos se inquietaron: ¿perderían acaso el disfrute de las tierras estatales que la conquista había puesto a su disposición?

El Senado, como era presumible, no tardó en contraatacar. Ya hemos comentado que se había establecido la costumbre de seducir al inquietante tribunato de la plebe. Así que se las arreglaron para convencer al otro tribuno de la plebe, un tal Octavio, para que usase su derecho de veto contra la generosa proposición de su colega. La argucia era hábil, ya que ponía al servicio del Senado el poder estatutariamente reconocido a los representantes del pueblo de oponerse a toda ley estimada contraria a los intereses de sus mandantes... Al Senado no le costaría nada decir que se hallaba comprometido en esta operación por la oposición de un tribuno. Tiberio Graco quiso parar el golpe e intentó que el mismo pueblo que lo había elegido destituyera a su colega, algo que crearía un precedente, pues en Roma un magistrado electo, una vez confirmado por la ley, no dependía ya de sus electores. Tiberio jugaba fuerte. Y ganó la primera partida. Octavio, intimidado, retiró su objeción y se votó la ley sobre la redistribución de las tierras recuperadas. Es muy dudoso que los medios más conservadores perdieran de vista a Tiberio Graco, personalidad demasiado turbulenta. El tribuno, además, iba a proporcionarles una magnífica ocasión para intervenir. En efecto, Tiberio Graco pretendió ganar un segundo mandato consecutivo de tribuno de la plebe, elección contraria a la tradición. Ante esta abierta violación, los senadores sintieron miedo y a iniciativa de sus miembros más conservadores estalló un motín conducido por el gran pontífice en persona, Escipión Nasica. Tiberio Graco pereció asesinado y acto seguido una represión sangrienta se abatió sobre sus partidarios.

Desde la lejana Numancia, donde todavía se encontraba retenido, Escipión Emiliano hizo saber que aprobaba por completo la reacción senatorial. De vuelta a Roma, apareció como

el hombre providencial, tanto a los ojos del Senado, cuyas leyes defendía (hay que creer que no leía los estoicos de la misma manera que Tiberio...), como ante el sentimiento de los aliados italianos, de quienes en este peligroso asunto se pretendía defensor. Quizás hubiese sido promovido a la dictadura si una muerte súbita no hubiese puesto fin en 129, en unas condiciones poco esclarecidas, a su brillante carrera. *Exit* Escipión Emiliano. Su desaparición creaba un vacío que el hermano pequeño de Tiberio, Cayo Graco, se apresuraría a colmar. Elegido tribuno de la plebe en el año 124, recogió la antorcha con un coraje que no podemos dejar de admirar, ya que su decisión le conducía, como es evidente, a un porvenir muy breve.

Cayo Graco tenía una visión grande y generosa. Su ley agraria ponía en vigor de nuevo la de su hermano, e incluso ampliaba la zona de reparto: no sólo Italia del sur, sino también los territorios de ultramar. No contento con ello, promulgó la votación de una ley llamada frumentaria para distribuir el trigo a bajo precio. Así buscaba romper el poder discrecional de los patronos sobre una clientela demasiado dependiente. Preocupado por la disparidad que desde el punto de vista de la ciudadanía romana existía entre la Capital, los latinos y los simples aliados (desprovistos de todo privilegio), estimó más hábil conferir a los latinos el título de ciudadanos y a los aliados el derecho latino, más ventajoso. Cada cual subía un peldaño y mejoraba otro tanto su posición. Quienes no tenían la suerte de ser ciudadanos completos, veían al menos el porvenir con un aspecto algo mejor.

Entre tanto, Cayo pensó en el provecho que para su causa supondría una alianza con los caballeros. La orden ecuestre era en aquel momento, y de manera oficial, una instancia distinta de la orden senatorial, y desde 129 constituía, sin duda,

una especie de entidad. Cayo juzgó útil conciliarse con los caballeros mediante un doble regalo. En primer lugar, se decidió que los impuestos de la nueva provincia de Asia fueran a parar a la orden ecuestre, aunque como serían adjudicados a Roma, podemos pensar que los publicanos encargados de las transferencias ya encontrarían la forma de hacer sus cuentas... Por otra parte, los tribunales encargados de la investigación de las posibles malversaciones de los gobiernos de provincias pasarían también a la competencia de la orden ecuestre, con la resultante inmunidad habitual para los caballeros jueces. Más de uno se sabría aprovechar del carácter inviolable que le conferiría esta nueva jurisdicción. Por el contrario, esta transferencia de competencias no convenía a los gobernadores senatoriales. A estas ventajas sustanciales se añadían otras pequeñas atenciones recibidas con agrado por la orden ecuestre, como la atribución de plazas reservadas en los espectáculos junto a la tribuna de los senadores. Los caballeros, pues, no habían perdido nada con aquellas reformas plebeyas en su espíritu impulsadas por Cayo Graco. Bajo su inteligente determinación, la sociedad romana se iba moviendo y contra la voluntad de una oligarquía bastante fosilizada, aferrada a sus antiguos privilegios, se abrían unas perspectivas mucho más amplias, de las cuales la República acaso saliera rejuvenecida y como revitalizada. No obstante, la *nobilitas* velaba y los adversarios de Cayo maniobraban. Encontraron un procedimiento muy astuto para impedir que se realizaran dichas reformas: desplazaron, como si dijéramos, a Cayo hacia la izquierda, mediante la práctica de una escalada demagógica que las hiciera inaplicables. Además, el personaje de aquel tribuno resultaba inquietante. Se le atribuía una ambición personal encaminada a la consecución de un poder que podría ejercer un día sin compartir con nadie. Su tren de vida, su corte de

confidentes, su palabra, que subyugaba a las asambleas, todo ello suscitaba la desconfianza del partido senatorial. Candidato a un tercer tribunato, fue derrotado. Se ausentó un tiempo a África, y sus adversarios iniciaron entonces una campaña de denigración que desembocó en una acusación de sacrilegio. A su vuelta de Cartago, vio amenazada por el Senado la gran construcción legislativa a la cual había consagrado su vida. Incapaz de resignarse a ver la desaparición de su obra, reunió a sus partidarios en el Capitolio para una manifestación. Una provocación hizo que, para su desgracia, desenfundase la espada: así proporcionó al Senado, que no esperaba otra cosa, el pretexto para decretar la ley marcial y acabar con aquellos que ya se contemplaban como facciosos. Cayo Graco, igual que su hermano Tiberio, murió en el año 121 entre sus partidarios. La tentativa de los Gracos acababa en un baño de sangre. Roma acababa de perder la oportunidad que se había presentado ante ella de una evolución más justa de su sociedad. El programa de los Gracos, si se hubiese llevado a cabo, a buen seguro hubiese evitado que las aspiraciones populares, legítimas, hubiesen sido monopolizadas por unos aventureros de la peor especie: los demagogos. Roma, en cualquier caso, no evitaría el endurecimiento de las facciones, la subida de la presión de las ambiciones rivales. Los ingredientes de una guerra civil estaban ya presentes. Sólo quedaba que los hombres providenciales dijeran una palabra.

El pueblo y los conquistadores - Mario

Una vez desaparecido Cayo Graco, se abolieron a toda prisa las leyes que él había inspirado; en primer lugar, por supuesto, la

ley agraria y las entregas de trigo a bajo precio. Por el contrario, los caballeros conservaron las ventajas que habían adquirido. Sin embargo, la obra de los Gracos no había desaparecido del todo ahogada en la primera revuelta. Quedaba al menos el espíritu, encarnado en un partido popular muy decidido a hacer valer los derechos que otrora se les habían reconocido. Quizá conservaban en la memoria el famoso discurso de Tiberio Graco, con posterioridad repetido por Plutarco: «Las bestias salvajes tienen su madriguera, mientras que aquellos que mueren por la defensa de Italia no tienen otro patrimonio que el aire que respiran; van errantes con sus mujeres y sus hijos, sin un techo que los cobije. Sólo mueren para alimentar el lujo y la opulencia de algunos; decimos que son los amos del mundo, y no tienen ni siquiera un rincón de tierra». Aunque el estilo, sin duda, es impostado, el fondo corresponde a la realidad. Esto nos permite comprender al menos que los *populares* contaban con la conquista de tierras nuevas, perseguida de modo indefinido, por parte de los ejércitos de la patria. Si la plebe romana es patriota e imperialista, tanto o más que los patricios y caballeros, lo es por la sencilla razón de que sólo mediante el imperialismo puede asimismo ella enriquecerse o cuando menos procurarse un nivel de vida un tanto más decente. Añadamos que el propio ejército romano sufrió las consecuencias de esta evolución social. Si durante siglos el soldado romano defendió su rincón de tierra con una tenacidad y un valor notables, lo hizo porque tenía algo que defender. Despojado de su tierra, el antiguo soldado-campesino sigue muy interesado por el botín y se convierte en predador. Volveremos más adelante sobre las modificaciones de estructuras, sobre todo de reclutamiento, que pronto sufrirían las legiones. Digamos por ahora que el ejército romano de los nuevos tiempos constituiría un

poder temible en manos de quien supiera utilizarlo... y no solamente para el enemigo.

Por el momento, iba a tener en qué ocuparse. En efecto, sabemos que Marsella, la vieja aliada tan preciosa para asegurar la unión entre la Galia Cisalpina y Hispania, se encontraba a merced de un golpe de mano de los celtas-ligures. No era concebible perder un puerto de esa importancia estratégica y comercial. Había que liberar a Marsella cuanto antes. Reflexionando sobre ello, se podía prever que con dicha acción se reforzaría la unión Cisalpina-Hispania por una vía terrestre. El proyecto era si cabe más seductor dado que la conquista de aquella región no carecía de interés. Primero, por su valor comercial, ya que los negociantes de vinos griegos e italianos del sur extendían con gran provecho su tráfico de mercancías por aquella zona. Pero también, en aquellos tiempos difíciles, estaba el aspecto agrario de la cuestión. Si se llegaban a anexionar los territorios galos, se podrían poner a la disposición de aquella gente en busca de tierras cultivables, ofrecimiento que disuadiría a los *populares* sin tierras propias de codiciar terrenos en Italia... Aquella operación, por tanto, merecía un interés y un primer cuerpo expedicionario franqueó los Alpes en 125. Desde el año 126, el campo fortificado desde donde los salios amenazaban Marsella había sido neutralizado, aunque la villa siguió siendo, de forma previsoria independiente. Faltaba por medirse con los alóbroges y los arvernos, que imponían su ley en las Galias. Fue un miembro de la *nobilitas* surgido de la plebe, un tal Cneo Domicio Ahenobarbo (llamado también Barba de Bronce: retengamos este detalle), el encargado de enfrentarse a esos pueblos bárbaros, a los que derrotó en 122 y 121. Se encargó a continuación de organizar, sin perder de vista los intereses de su familia, la nueva provincia romana de Tran-

salpina, la misma que hoy en día conocemos todavía con el nombre de *Provincia,* es decir, Provenza. Con provecho del mismo impulso fundaría Narbona, convertida en colonia romana, la primera fuera del territorio nacional.

El Senado no había observado sino ventajas en esta operación, puesto que Occidente parecía ofrecer, además, menos mercados que Oriente a las grandes ambiciones. Por otra parte, el nuevo conflicto que amenazaba con surgir en África también era preocupante. Recordemos a Masinisa, el rey númida, aliado fiel de Roma en las guerras púnicas. Su nieto, llamado Yugurta, estaba lejos de albergar las mismas disposiciones que su abuelo. Personaje peligroso de verdad, no contento con haber enviado al más allá a sus dos primos, herederos legítimos del trono de Numidia, acababa de apoderarse de Cirta (Constantina) en 112, y había masacrado a todos los romanos e italianos que encontró instalados allí por razones comerciales. Roma declaró la guerra a Numidia, pero fue más bien por principios, ya que, a petición del propio Yugurta, empezaron unas negociaciones para intentar alcanzar un arreglo. Los diplomáticos consulares de la misión romana se dejaron corromper de una forma tan evidente que fueron conducidos ante un tribunal de caballeros, según las disposiciones que había ordenado Cayo Graco. Se convocó con suma cortesía al númida a Roma para recibir su testimonio. Sorprendentemente, allí mismo, Yugurta supo comprar bastantes complicidades (sobre todo la de un tribuno de la plebe) y la investigación se detuvo antes de que hubiera empezado en serio. La tensión subió un grado más entre los senadores y caballeros. Por si fuera poco, Yugurta aprovechó este pequeño viaje a Roma bajo cobertura diplomática para mandar asesinar a uno de sus oponentes, residente en la capital imperial, actuación, claro está, que no resultaba demasiado

correcta y ante la que el Senado se sintió muy molesto. ¿Podía tolerar Roma, como dice François Hinard, que se llevase el terrorismo hasta su mismo seno? No obstante, habrían tenido que revocar la inmunidad que protegía a Yugurta, así que se contentaron con expulsarlo. Este episodio dice bastante de la evolución de las costumbres desde los lejanos tiempos del llorado Régulo. Se cuenta que el rey númida, a punto de regresar a su hogar, lanzó este apóstrofe célebre: «¡Roma, ciudad en venta, y que perecerá pronto si encuentra comprador!» En verdad, él estaba muy bien situado para saber a cuánto ascendía el montante de los sobornos que se habían entregado...

Furiosos por la blandura mostrada por el Senado en este asunto, los caballeros rompieron su acuerdo con los senadores y se aproximaron más aún al partido popular, interesado en las conquistas y, por tanto, en la guerra. Cuando, por fin, el cónsul Metelo, muy moderado, inició las hostilidades contra Yugurta, los caballeros dirigieron contra el númida a su teniente y protegido Mario. De origen modesto y muy ambicioso, no más inteligente que lo necesario (se vanagloriaba, en cualquier caso, de su incultura), pero al menos buen soldado, Cayo Mario se había elevado hasta la orden ecuestre, que le apoyaba en todo. Era el típico arribista corroído por la ambición. El consulado le atraía, así que abandonó sin autorización su puesto junto a Metelo y se dirigió a Roma para montar una campaña bastante demagógica, al término de la cual fue elegido de modo triunfal con el apoyo de los caballeros y del partido popular. Contra el consejo del Senado se hizo otorgar el gobierno de Numidia. El infortunado Metelo se convirtió así en subordinado de su subordinado. No obstante, Mario supo concluir bien la guerra y en 106 fue tomada Cirta. Un año después Yugurta, traicionado, cayó entre las manos de Sila, el cuestor de Mario.

Al comprobar cómo se le atribuía el mérito de esas victorias, Mario se mostró eufórico. No dejaba nunca de hacer alusión al triste asunto de las negociaciones con el rey númida ahora vencido, en las cuales el partido senatorial había quedado desacreditado. Él se presentaba como el hombre nuevo y, ahora que los romanos se habían desembarazado «de la avaricia, la ignorancia y la arrogancia» (es decir, de la *nobilitas* patricia), iba a conducirles por el camino del honor y de la victoria. De manera mucho más concreta, sacó partido de su consulado para emprender una reforma completa del ejército romano, adaptando su reclutamiento a las nuevas condiciones económicas y sociales. Ya sabemos que hasta entonces, servir en el ejército implicaba que todo combatiente había de proporcionar y mantener su propio equipo, más o menos importante y, por lo tanto, más o menos oneroso según el nivel de fortuna de cada cual. El censor era quien decidía, pues el reclutamiento se efectuaba en cada campaña según el sistema censitario, por lo que los ciudadanos más pobres se encontraban, de hecho, descartados de los ejércitos. Con el cambio en las condiciones de vida, la movilización de los ciudadanos era cada vez más difícil, hasta el punto de que, según iba avanzando el siglo, habían tenido que bajar cada vez más el nivel del censo. Mario decidió suprimirlo de forma radical y admitir a los proletarios en las legiones. Los voluntarios afluyeron, ya que además se había revisado la paga. Los problemas de reclutamiento concluyeron. En efecto, lejos de desear volver a sus casas lo antes posible, donde no les esperaba ningún medio de subsistencia, estos nuevos legionarios pedían que su servicio en los ejércitos se prolongase de manera indefinida. Tenían todo el interés del mundo en que las numerosas campañas fueran enriqueciéndoles mediante el botín que extraían de ellas. Aparte de esa innovación, que cambió de raíz el espíritu de la institución, Mario ope-

ró una transformación completa de las estructuras. El armamento, antes diverso, fue uniformizado. El número de cascos fabricados en serie y de mala calidad, si debemos creer a los arqueólogos, nos informa de esta evolución de la legión. Cada soldado debía equiparse de pies a cabeza con el mínimo gasto. De golpe, la distinción entre unidades ligeras y unidades pesadas dejó de imponerse. Mario reforzó también los efectivos, que para cada legión pasó de 4.000 a 6.000 hombres, armados de manera uniforme. Atento al hecho de que el tren de los equipajes constituía una tentación para el enemigo, interesado en apoderarse de él, Mario decidió suprimirlo; a partir de entonces, cada legionario debía transportar a la espalda su propia impedimenta. Desde otro punto de vista, aunque muy importante en la época, decidió que cada legión se dotaría de una enseña, un objeto de un culto religioso. Bajo estas enseñas se comprometían los hombres mediante el *sacramentum* o juramento, lazo jurídico-religioso que sólo un permiso oficial, la desmovilización o la muerte podía anular, con la consecuente liberación del legionario. De ese modo, la moral de las tropas se mantendría en un grado elevado y se reforzaría la solidaridad militar, es decir, el espíritu corporativo. Un cambio considerable, en verdad, este conjunto de reformas. Podemos decir, con Raymond Bloch, que a un ejército de ricos sucede un ejército de pobres, cuyo espíritu ya no era en absoluto el mismo, pero hay que insistir sobre todo en el hecho de que el soldado romano se convierte en un profesional de la guerra y el ejército romano en un ejército profesional. Técnicamente muy preparado, dedicado en cuerpo y alma a quien lo conducirá al éxito, y por tanto a la fortuna, el ejército se encuentra ahora en condiciones de abrir la ruta del poder personal a cualquier ambicioso y, en la misma medida, se hace políticamente temible.

Así sucedió, sin ir más lejos, con Mario. Gracias al apoyo de su ejército, pero también del partido de los *populares*, como venganza después de la caída de los Graco, podía permitirse con tranquilidad burlarse de la tradición republicana y hacerse reelegir para el consulado cinco años seguidos. Es cierto que después de sus éxitos en África, allí donde se había desacreditado el partido de los *optimates*, acababa de añadir nuevas victorias que pesaban mucho en las razones de su popularidad, puesto que el peligro bárbaro había vuelto. Unos pueblos nórdicos, los cimbrios, procedentes de Jutlandia, y los teutones, originarios de Mecklemburgo, se habían desplegado a partir del año 120 por las Galias. Varios ejércitos romanos habían sido derrotados, primero en la región del Ródano, y después en Orange, en 106. ¿Dónde se detendrían? ¡El recuerdo de la invasión gala todavía estaba vivo! Fue en ese punto donde Mario y su ejército hicieron maravillas. Los teutones serían aplastados en 102 en Aix-en-Provence, y después les tocó el turno a los cimbrios, en Vercelli, Cisalpina, en 101.

El apogeo de Mario llegó entonces, así como el triunfo de sus partidarios: el partido popular saboreó su triunfo sin modestia y, sobre todo, sin prudencia alguna, y el Senado dio la impresión de inclinarse ante él. Se votaron leyes agrarias a favor de los veteranos, a los que había que recompensar; se realizaron de nuevo distribuciones de trigo a precio reducido, etc. En resumen, se restauró la política de los Graco. Sin embargo, los *populares* exageraron un poco. Promulgar una *lex maiestate* (de la majestad del pueblo romano) era un error peligroso. Buena en sí misma, porque se proponía prohibir toda oposición a la voluntad popular, tuvo como efecto generar la inquietud en los caballeros, que temían o parecían temer la subversión igualitaria del orden social. Así pues, se aproximaron al partido senatorial, muy alarmado por su parte ante los sucesivos consulados de Mario.

El propio Mario, hombre de orden, al fin y al cabo, como soldado que era, comprobaba con disgusto cómo se multiplicaban los problemas. Descubría, sin duda, que había desencadenado con imprudencia unas fuerzas que, algún día, acaso no dominaría ya. Al final del año 101, la reacción del Senado fue proporcional a la tentativa de insurrección, y Mario se dejó arrastrar, no sin escrúpulos, a la represión de sus antiguos aliados. Represión sangrante tras la que el partido popular conoció una nueva derrota.

Es fácil suponer que, aunque Mario conservase partidarios en Roma y aunque dejase el recuerdo de un jefe militar muy capaz, su prestigio político no saldría demasiado bien parado de los acontecimientos de 101. En cambio, una nube negra amenazaba el cielo de Roma en la persona de Lucio Cornelio Sila. Nos habíamos encontrado ya con él junto a Mario, en la guerra de África contra Yugurta, donde había desplegado una actividad diplomática retorcida y eficaz. Durante las guerras recientes contra los cimbrios y los teutones, donde cumplió las funciones de legado y de tribuno militar, continuó su formación. Era un aristócrata de pura cepa, aunque sin dinero. Amante declarado de las letras griegas, también se trataba de un diplomático sin par, y como a todo romano bien nacido, le tentaba la carrera política, a condición de que fuese del nivel más alto. Los acontecimientos jugarían en su favor.

El desorden y la dictadura - Sila

El clima político seguiría durante mucho tiempo envenenado por el repetitivo fracaso del movimiento popular. Otro conflicto iba a hacer más pesada aún lo que podríamos llamar «la

cuestión italiana», más conocida en la historia con el nombre de guerra social. ¿De qué se trataba? Sabemos que los romanos eran los únicos que gozaban del título de *civis romanus* o ciudadano romano, al que iban unidos derechos y privilegios. Los pueblos «aliados» (entendamos conquistados por Roma en su primera expansión) no se beneficiaban de esta condición en modo alguno, a pesar de la parte esencial que habían tomado en tantas y tantas guerras victoriosas y provechosas. No solamente los italianos se encontraban excluidos del fruto de esos numerosos combates al lado de Roma, ya que la repartición del botín tenía en cuenta la calidad de ciudadano, sino que también ocurría que la distribución de tierras entre los ciudadanos se realizaba a su costa. Los negociantes italianos habían sido excluidos asimismo de las jugosas adjudicaciones por parte de los caballeros romanos, que las codiciaban para sí. Se trata del tipo de herida que no cura, y que incluso se agrava con vejaciones ocasionales. Los viejos rencores nacionales, jamás superados, rebrotaban en la memoria y envenenaban las relaciones con la metrópoli. Se sabe que los Gracos habían pensado en dotar a los latinos del título de ciudadanos y en extender a los aliados el derecho latino. En los primeros años del siglo, un joven aristócrata de nombre Livio Druso, elegido como tribuno, se alzó como defensor de la igualdad de derechos entre italianos y romanos. Incluso llegó muy lejos en esta dirección, porque recogió de los italianos el juramento de unir su suerte a la de ellos hasta la victoria de su causa. Cuando Druso murió asesinado en el año 91, el conflicto se convirtió en inevitable. Se multiplicaron los incidentes donde italianos y romanos perdían la vida en condiciones a menudo odiosas. Después se declaró la guerra. No se extermina uno nunca tan bien como entre gentes procedentes de la misma familia. En

esa guerra civil que duró tres años, de 91 a 88, romanos e italianos rivalizaron en atrocidades. Con el juramento de la destrucción de aquella Roma que les había rechazado, los italianos se confederaron y opusieron a la Villa su metrópoli, Corfinium (rebautizada Itálica), su Senado, incluso su propia moneda... y, sobre todo, sus ejércitos insurgentes. Los combates fueron muy feroces, pues ambos bandos contaban con el beneficio de una formación excelente. Si los romanos acabaron por triunfar sobre los federados no fue sin dolor ni pérdidas, y tampoco se consiguió de la noche a la mañana. Al final, estimaron mucho más razonable ceder en la famosa cuestión del derecho de ciudadanía. Una ley acordó el título de ciudadano romano a todo aliado que hubiese permanecido fiel, así como a todos aquellos que, individuos o colectividades, hubieran contribuido a la victoria final. Allí vio la luz, por tanto, un estado italiano, un modelo que no carecería de dificultades políticas. En efecto, la integración de esos nuevos ciudadanos en los colegios electorales iba a causar problemas espinosos, ya que en razón del sistema romano en vigor, su influencia sería o bien nula, o bien decisiva en las votaciones... Dichos conflictos políticos no tardarían en solucionarse de una manera brutal.

El caso es que durante esta guerra fratricida, Mario no había hecho milagros. Sila, por el contrario, se había distinguido sobremanera, volando de victoria en victoria y confirmando con ello su imagen personal de jefe militar feliz, de negociador e incluso de hombre providencial enviado por los cielos para la ocasión. En el año 88, promovido al cargo de cónsul, se convirtió en el gran hombre de la República, aunque su perfil personal no correspondiera con exactitud, a ojos de algunos, a la idea que uno se hace de un republicano. Sobre el itinerario accidentado

y la acción de esta personalidad tan contestada, la obra *Sila*, de François Hinard, constituye, por su objetividad, la mejor guía.

No se puede decir que Sila accediera al poder consular en unas condiciones fáciles. La situación económica era preocupante, pues Italia se había ahogado en una marea de fuego y sangre durante su reciente lucha fratricida. El avituallamiento, tan importante para una ciudad que se había hecho enorme y cuyo entorno estaba arrasado, estaba del todo desorganizado tras la guerra social. El endeudamiento considerable de los particulares desequilibraba los circuitos comerciales y desembocaba en acciones violentas en la Villa. ¿No habíamos asistido el año anterior a unos sangrientos motines? Uno de los magistrados encargado de instruir el contencioso entre acreedores y deudores había sido lapidado mientras celebraba un culto en el templo de los Dióscuros, en el Foro. El desgraciado había buscado refugio a dos pasos de allí, en el templo de Vesta, pero sus perseguidores le habían alcanzado y degollado. El suceso dice mucho acerca de la evolución de las mentalidades: ya no se respetaba ni siquiera a los dioses. En el plano político las cosas no se presentaban mejor. La famosa cuestión de la repartición de los «nuevos ciudadanos» entre los diferentes colegios electorales tradicionales levantaba tantas pasiones y problemas que era de temer una nueva oleada de violencia que desembocase en una guerra civil. Y por fin (aunque no menos inquietante), una amenaza exterior se perfilaba sobre ese fondo ya de por sí desastroso: la guerra con Oriente, de nuevo conquistado, que había provocado Mitrídates, el rey del Ponto (es decir, el mar Negro), con un éxito creciente. Este personaje, que también deseaba emular a Alejandro Magno, había ocupado Capadocia, derrotado a los aliados de Roma, humillado y, finalmente, matado en condiciones horribles al procónsul romano en Cilicia,

y masacrado, por último, a cuanto romano e italiano iban encontrando sus tropas en Asia. El movimiento se extendía y llegaba ya a Grecia: Atenas se unió a Mitrídates, quien de este modo conseguía contactos con los italianos insurgentes, que soñaban con la venganza. Aquél fue un año terrible.

Como resulta lógico, no se podía dejar que Oriente, hastiado de la presencia romana, se inflamase y se pasase al enemigo. Roma tenía demasiada necesidad de las riquezas que afluían de esos territorios. Se imponía, pues, una guerra. Sin embargo, el estado de Roma (¡siempre tan inestable!) no dejaba las manos demasiado libres a los cónsules, y mucho menos su espíritu, ya que el partido popular se agitaba. ¿Quién se encargaría de aquella expedición a Oriente? En condiciones normales, la dirección de las operaciones en Asia correspondía a Sila, que estaba convencido de asumirla con sus ejércitos y sacar de ello el mejor partido posible. No obstante, había que contar con los *populares*, que continuaban apoyando a Mario, expulsado, como sabemos, del consulado. Un tribuno de la plebe llamado Sulpicio Rufo se convirtió en portavoz de este movimiento y preparó el regreso político de Mario. Después de todo, el vencedor de los cimbrios y de los teutones era ideal para oponerse a Mitrídates, y su nueva victoria, con la que se contaba por anticipado, volvería a dar lustre, por así decirlo, al blasón político del antiguo jefe popular, caído en desgracia por sus fallos. El tribuno Sulpicio consiguió mediante un plebiscito desposeer a Sila del mando de la guerra de Oriente, encargado a Mario. En la espontaneidad de esta consulta electoral tuvo mucho que ver la brutal acción de hombres entregados a la causa de los *populares* y decididos a amordazar cualquier veleidad opositora. Así, Roma era escenario cotidiano de trifulcas violentas entre *populares* partidarios de Mario y «conservadores» partidarios de

Sila. El partido popular estuvo a punto de triunfar. El tribuno Sulpicio no había dudado en destituir al colega de Sila en el consulado, medida inédita, a la par que ilegal. Las instituciones de la República ya no contaban a los ojos de nadie... Sila, que en un momento dado había tenido que ceder a la fuerza, reflexionó y sopesó bien los peligros de aquella situación. Reunido con su fiel ejército en Campania, no le costó mucho convencer a sus legiones del agravio que se les causaba al frustrar su participación en aquella fructífera y gloriosa expedición a Oriente, así como de los peligros que corría Roma a raíz de los desórdenes suscitados a diario por los adversarios de su jefe. Así lo comprendieron enseguida las seis legiones de las que disponía Sila (35.000 hombres). Los propios soldados de tropa propusieron a los dos cónsules marchar sobre Roma para restablecer allí un poco de orden, y sobre todo, anular las disposiciones ilegales que les apartaban de la gloria y del provecho de la expedición contra Mitrídates. Sólo los mandos superiores, todos de buena familia y prisioneros de sus escrúpulos, desertaron. Adivinamos que Sila no quedó descontento de la disposición de sus hombres: Roma iba a ser liberada de sus tiranos. Con ese estado de ánimo se inició la marcha sobre la ciudad. Se trataba de una gran novedad: hasta aquel momento, ningún romano se había atrevido a franquear con las armas el recinto sagrado, ya que desde Rómulo aquello habría significado atraer sobre sí la venganza de los dioses infernales. Ahora bien, Sila tampoco era hombre que se entretuviese en ese tipo de consideraciones, y ha de reconocerse que, desde hacía algún tiempo, los símbolos religiosos se habían devaluado bastante. Por otro lado, Sila se creía protegido por la diosa oriental Ma, especialista en cuestiones militares. Ma estaba en deuda con su persona, puesto que fue él quien la entronizó en Roma, donde su culto se

asimiló al de Belona, diosa latina de la guerra. La divinidad hizo maravillas, porque tras algunas peripecias, Sila y su colega (a cuyo hijo habían matado entre tanto los *populares*) sitiaron Roma. No tardaron en batirse por las calles, pero la relación de fuerzas jugaba a favor de Sila: el partido popular fue reducido con rapidez a su voluntad. Se puede pensar que las legiones de Sila no consideraron ese desplazamiento precisamente como un picnic, y, de hecho, habrían saqueado la Villa de buen grado si el ascendiente de su jefe, su mano de hierro sobre todo, no les hubiera disuadido de cualquier forma de abuso. Ahora había que lograr una condena legal de los Sulpicio, Mario y los demás, cuestión nada fácil ya que en el Senado algunos tradicionalistas consideraban que Sila había respondido a un golpe de fuerza con otro, violando el tabú sagrado. ¡Qué desasosiego el de aquellas buenas gentes, sobrepasadas por esa cantidad de ilegalidades e intentando mantener los antiguos valores republicanos! Sin embargo, se votó un Senado consulto, que puso fuera de la ley a los adversarios de Sila y los declaró enemigos públicos, y como tales, excluidos de toda protección. Los más comprometidos, al ver cómo soplaba ahora el viento, ya habían huido. Sulpicio, que se refugió en su villa de las afueras, fue decapitado. Mario consiguió salvarse y vivió, fugitivo, unas aventuras rocambolescas, antes de embarrancar con algunos partidarios en la isla de Ischia. Sila cesó la represión, medida que, a la postre, resultó algo imprudente. En realidad, lo único que tenía en mente era acabar los preparativos de su campaña contra Mitrídates en Oriente. En 87, Sila embarcó, dejando durante cuatro años a Roma entregada a sus disensiones entre *populares* y oligarquía. Pronto volveremos a ello.

En Oriente, Sila debía enfrentarse a un enemigo implacable, cuyos rasgos idealizó un poco el *Mitrídates* de Racine, pres-

tándole la gracia de unos amores tardíos y una conversión a la generosidad, la verdad, poco verosímil... Por el momento reinaba en casi todo Oriente, que había sabido ganarse mediante una propaganda inteligente. Se atribuía a sí mismo, con laboriosidad y gran esfuerzo, los rasgos de Alejandro y se presentaba como el campeón del mundo helenístico contra el poderío brutal y venal de Roma. La guerra fue dura, porque, aparte de Rodas, pocas ciudades seguían siendo fieles a los romanos. Sila desembarcó en Grecia y tomó en su mano de nuevo la situación, aunque sólo de modo parcial y en unas condiciones increíbles. Su partida de Roma había conseguido reforzar a sus adversarios, quienes se habían entregado, en el curso del verano de 87, a repugnantes masacres. Sila ya ajustaría cuentas más adelante. Por el momento, el cambio de dirección de los asuntos de Roma le privaba de un apoyo que necesitaba para llevar a término la reconquista. Conocía las dificultades de la tesorería y no sabía cómo pagar a sus tropas. El avituallamiento también le fallaba. Y peor todavía: le habían destituido (¡en plena guerra!) de su mando para confiárselo de manera nominal al viejo Mario, quien decididamente tenía mucho apego al cargo. En resumen: Sila no podía contar más que consigo mismo y con la combatividad de sus legiones. Viviría sobre la marcha.

De hecho, Sila tomaba el dinero allí donde se encontraba. Los tesoros de los grandes santuarios (Epidauro, Olimpia, Delfos) desbordaban de ofrendas. Sin preocuparse por los signos contrarios que provenían de los dioses, Sila los hizo requisar. Escandaloso, juzgaría Plutarco a continuación..., ¿pero qué otra posibilidad tenía? De ese modo aseguraba la subsistencia de sus tropas, a las que nunca se puede dejar mucho tiempo sin paga. Tras la reconquista de Tesalia y Beocia, Sila atacó el Pireo, que resistió, y después Atenas. Como jefe sabio que era, Sila

hacía gran uso de sus servicios de información, que le proporcionaban indicaciones preciosas sobre las instalaciones enemigas, los puntos débiles, los movimientos de tropas, etc. A ellos les debía más de un golpe de mano afortunado. Poco a poco, a costa de esfuerzos considerables, los romanos sitiaron Atenas y tomaron la ciudad, y esta vez se les autorizó el saqueo. Nuestros corazones se encogen, pero hay que comprenderlo... Más que una crueldad gratuita, dictada por el resentimiento contra la villa infiel, se ha de ver en ese acto una concesión prudente al deseo de enriquecimiento de los soldados, después de tantos meses de fatigas sin provecho alguno. El propio Sila, que tenía buen gusto, aprovechó la ocasión para hacerse con algunos recuerdos. Se llevó lectura. La biblioteca de Atenas contenía una preciosa colección de obras de Aristóteles, antaño legadas a su discípulo Teofrasto. Ese *corpus* aristotélico beneficiaría a Roma con una edición cuidada: los eruditos de todos los tiempos no lo lamentarían. Después de Atenas, el Pireo acabó por caer. La ciudad fue arrasada, en represalia por su resistencia, larga en exceso. Tuvieron lugar otros combates en condiciones difíciles, donde la desproporción de las fuerzas presentes jugaba en contra de los romanos. Por otra parte, las tropas enemigas se hallaban apoyadas por ingenios astutos que aparecen mencionados por el poeta Lucrecio: carros con cuatro caballos provistos de cuchillas que, lanzados sobre las filas de la infantería, causaban los previsibles estragos. Por fin, Sila encontraba frente a él los italianos insurgentes. Huidos de la guerra social, su deseo de victoria era mucho más encarnizado, puesto que sabían que en caso de derrota estaban condenados a una suerte nada envidiable. No obstante, en aquella guerra, que por momentos se iba convirtiendo en una historia de locos, Sila vio llegar unos refuerzos inesperados: Roma, que había pasado a

manos de sus adversarios, enviaba al frente oriental unos ejércitos destinados a «reemplazarle». Sin embargo, por una curiosa disposición de la providencia, varias legiones se unieron a Sila, un apoyo nada despreciable... Después de varios combates, en el año 86 los romanos alcanzaron dos victorias importantes ante Mitrídates: una en Queronea y otra en Orcómeno. Los soldados demostraron al vencedor su reconocimiento y su admiración aclamándole como *imperator*. Esta consagración militar, en la que no debemos ver en absoluto un título de emperador, debió de calentar el corazón de Sila. Allá, en Roma, la situación se había radicalizado. Declarado enemigo público, su casa fue destruida y sus amigos perseguidos. Despojado, pues, de toda legitimidad tanto ante su ejército como en los territorios que atravesaba, no podía contar ya más que con su prestigio personal. Sin embargo, la situación evolucionaba a su favor. En paralelo a la reconquista que perseguía Sila, otro ejército, despachado por Roma y cuyos jefes además estaban en discordia, consiguió poner en dificultades a Mitrídates, mientras llegaban los refuerzos, leales a Sila. Los dos adversarios descubrieron que estaban interesados en la paz: Mitrídates porque temía que la situación se degradase más si cabe; Sila porque lo que sucedía en Italia y en Roma era de un interés creciente para él. En el año 85 se iniciaron unas negociaciones complicadas en Dárdano, pero la astuta diplomacia de Sila, asociada a su decisión, hizo maravillas. Al final, el rey suscribió una paz con condiciones, que anulaba sus conquistas (se volvía, simple y llanamente, al *statu quo ante*) y le obligaba a entregar a Sila 2.000 talentos en título de daños de guerra, así como setenta navíos por completo equipados. Después de esta negociación, Mitrídates embarcó para su reino del Ponto, mientras Sila permanecía allí para arreglar la delicada cuestión de aquel ejército para-

lelo cuya intervención, desde luego, tanto le había servido. No fue tarea nada fácil. Sin embargo, todo acabó con el suicidio del general en el templo de Esculapio, en Pérgamo (general que antes había matado al cónsul comandante), y la unión de sus tropas a Sila. Tras ello, prosiguió, sin darse prisa, la pacificación, castigando con dureza a las ciudades que se habían unido a Mitrídates. Instaló su cuartel general en Éfeso, y después en Atenas. Las peripecias de esta guerra en Oriente, que he simplificado mucho, son muy indicativas del estado de degradación de la República. En Roma la situación era todavía más lamentable si cabe. De hecho, empezaba una nueva guerra civil.

Mientras en Oriente se desarrollaban estos memorables acontecimientos, en Roma ocurrían otros infinitamente menos brillantes. Desde la partida de Sila, la agitación había vuelto por sus fueros. En marzo de 87, el partido popular se había vuelto a instalar en el poder, y a su cabeza el viejo Mario y un tal Cinna (nada que ver con aquel, muy posterior, que puso en escena Corneille), promovidos a cónsules. La batalla política que se había organizado sobre el tema de los derechos cívicos de los «nuevos ciudadanos» venidos de Italia no tardó en degenerar en batalla, a secas. El verano de 87 conoció unos enfrentamientos que causaron diez mil víctimas. Cinna, en dificultades momentáneas, tuvo que abandonar Roma con precipitación, pero aprovechó su salida para reagrupar a los partidarios de una Italia mal pacificada y todavía caliente por la guerra civil, además de reorganizar también unas guarniciones que estaban a punto de deshacerse. Así fue como se batieron dos bloques armados a lo largo del año 87, causando cada vez centenares de muertos. Mario y Cinna, que habían regresado con muchos efectivos a Roma, procedieron allí a un ajuste de cuentas implacable, utilizando incluso para los trabajos más ruines una especie de cuerpos de

esclavos libertos que no tardaron en extender sus atrocidades. Al final hubo que desembarazarse de esos asesinos profesionales en el curso de una «noche de los cuchillos largos»: un comando de galos se ocupó de ello. Este detalle da una idea precisa del ambiente que debía de reinar en el partido de los *populares*, felices de su victoria. En virtud del viejo principio según el cual uno no está nunca mejor servido que por sí mismo, Mario y Cinna se autodesignaron cónsules en 86. El viejo Mario no llegaría al final de su mandato, ya que murió en enero de ese año. Su desaparición provocó una cierta calma, pero el porvenir era preocupante para la facción en el poder. En efecto, empezaban a llegar noticias de Oriente, y los éxitos de Sila en Grecia y en Asia Menor se veían como otras tantas amenazas. Cinna, que se había nombrado de nuevo cónsul en el 85, auguraba muchos males. Más dado aún que Sila, sin tener en cuenta su situación de enemigo público, mantenía al Senado informado de cuanto hacía en Oriente, escribiendo como si tal cosa. El final de la segunda carta que envió era incluso amenazadora: advertía de su pronto regreso y de su intención de vengar como convenía las extorsiones cometidas contra él y sus amigos por Mario y Cinna. Este último, alarmado, había hecho los preparativos que exigía la situación. Dos bloques bien armados se encontraban, pues, dispuestos al enfrentamiento cuando, de forma muy oportuna, Cinna fue asesinado por un militar en el año 84, en el curso de una pequeña sedición. No era una pérdida demasiado grande y, sobre todo, esa muerte calmaba el juego de poder. Una vez Mario y Cinna desaparecidos, el Senado se encontraba más a sus anchas para una eventual negociación con el vencedor de Mitrídates. Contra lo que se suele repetir vulgarmente, Sila no tenía prisa alguna por volver a Italia ni tenía ningún interés inmediato, ya que los ánimos todavía no

estaban dispuestos para contemplar el regreso de un enemigo público al que se consideraba capaz de revivir la guerra civil. De todo estaba al tanto por sus informadores. Así, fiel a la concepción griega del momento propicio, esperaba su hora y ocupaba su tiempo en Grecia, donde se había instalado para darse el placer de profundizar en su cultura. Recibió también la iniciación en los venerables misterios de Eleusis, que le confirieron una dimensión religiosa particularmente apreciada en la Antigüedad. No olvidaba, sin embargo, la acción diplomática, ni mucho menos la propaganda. Su deseo era aparecer como el libertador que, con toda legalidad, salvase la República, puesta en peligro por la tiranía indecente de Mario y Cinna. Como respuesta a una delegación del Senado encargada de hacerle proposiciones, no dejó de reclamar, primero, la restitución plena y completa de sus derechos cívicos y sus bienes. Esta moderación, cuando se esperaban declaraciones incendiarias, tuvo por efecto aislar en el Senado a sus adversarios, aunque no los desarmó. Las negociaciones se rompieron de forma torpe y unilateral. Al darse cuenta de este hecho, Sila juzgó que había llegado el momento de preparar su regreso al país. Además, los oráculos no hacían más que animarle a ello. Desembarcó, pues, sin dificultad alguna en Brindisi en la primavera de 83, a la cabeza de sus cinco legiones disciplinadas, bien armadas y bien provistas. En el curso de su marcha, recibió el testimonio de fidelidad de unos cuantos y preciosos aliados, entre otros, Licinio Craso y un joven que ya estaba adquiriendo una cierta reputación: Pompeyo. Poco a poco, la Italia del sur fue derivando hacia su bando. Quedaba por alcanzar Roma, cuyo acceso estaba defendido por dos ejércitos consulares. Sila batió al primero, que perdió 13.000 hombres antes de encerrarse en Capua, mientras que el segundo se unió a sus tropas. En el frente nor-

te, Pompeyo hacía milagros. A medida que progresaba, Sila obligaba a los pueblos de Italia a sumarse a su bando, pero la mayor parte optó por la fidelidad al gobierno establecido, de modo que la correlación de fuerzas estaba lejos de evolucionar en su favor. En la misma Roma, los que ostentaban el poder estaban más decididos que nunca a llevar a cabo una guerra sin cuartel contra el peligroso vencedor de Oriente. Demasiados cadáveres, demasiadas atrocidades les separaban de Sila como para que pudieran esperar razonablemente su clemencia. Sin embargo, el partido en el gobierno se reveló bastante menos fuerte de lo que se creía. Debido a deserciones en batallas fracasadas, el campo de los *populares* perdía terreno con rapidez. Un año después de su desembarco en Brindisi, Sila se instalaba con su ejército en el Campo de Marte. Esta vez había tenido mucho cuidado de no violar el recinto sagrado, una forma de afirmar que acudía con todo respeto a la legalidad. Su primera preocupación, en aquella primavera del año 83, fue recuperar el tesoro mediante el saqueo y la venta inmediata de los bienes de todos aquellos (y eran numerosos) que habían huido de la Villa por temor a las represalias. Sila no hizo en Roma más que una aparición, ya que la guerra no se había acabado todavía, ni mucho menos. Había que reconquistar con toda rapidez el norte de Italia y la Cisalpina, donde el partido popular conservaba sólidos apoyos. Esto no se conseguiría sin combates largos y mortíferos, en los que el propio Sila estuvo a punto de perder la vida. En fin, mientras Craso y Pompeyo guerreaban en otros frentes, Sila, vencedor en la puerta Collina, volvía a Roma. Había vencido. El Senado ratificó enseguida la totalidad de sus actos en calidad de procónsul, desde el día de su partida para la guerra de Oriente... disposición que no solamente anulaba las medidas infamantes tomadas contra él por Mario y sus secua-

ces, sino que confería validez al tratado firmado con Mitrídates y a las diversas disposiciones adoptadas en Asia y en Grecia. Con el temor de que Roma se transformase en un campo de batalla en el cual cada uno saborease sus venganzas personales, Sila pretendía obtener el aval del Senado para proceder a una depuración calculada con justeza, pero la alta asamblea no quiso saber nada de aquello. Tuvo que inventar, pues, otro medio, ya que, según podemos adivinar, no renunció a ello.

No tardó en encontrarlo. Al día siguiente de la sesión en el Senado, Sila convocó una asamblea del pueblo y pronunció un discurso preciso, e incluso conciliador, para aquellos que no tenían la conciencia tranquila. De éste resultaba que el procónsul deploraba vivamente una guerra a la cual le habían empujado. Esta guerra era imputable por entero a los enemigos de Roma que, ¡ay!, habían encontrado en la Villa imperdonables complicidades en determinados hombres políticos. Contra ellos, y sólo contra ellos (insistió) se proponía ejercer el castigo. Iba a establecer también él mismo la lista de quienes, sin consideración de grado y después de haber roto de forma unilateral las negociaciones, habían tomado las armas contra él. Dejarían en paz a los ciudadanos que se hubiesen dejado engañar por los agitadores antes mencionados. Se prometió a los ciudadanos una pronta normalización de la vida política, y se les invitó a apoyar el tren de reformas que estaba preparando y que sometería a votación en el futuro. El edicto apareció de inmediato en forma solemne, para subrayar bien su carácter sagrado. Se precisaba que, como consideración a los ciudadanos, el procónsul evitaba proceder a la eliminación de los criminales, a fin de que la represión no se convirtiese en un ajuste de cuentas individuales, y evitar así el riesgo de que se extendiera de forma injusta. ¡Una alusión muy transparente a los excesos del régi-

men popular! Por otra parte, el edicto prohibía, bajo pena de muerte, dar asistencia alguna a aquellos cuyos nombres se refeían a continuación. Además, se prometía una fuerte recompensa (y la libertad a los esclavos) a quien entregase la cabeza de un proscrito. Seguían ochenta nombres, entre los cuales se encontraban, cosa poco sorprendente, todos los dignatarios que se habían opuesto a Sila por las armas. Durante los días siguientes se añadieron dos listas más que contenían cuatrocientos cuarenta nombres, o sea, en total, quinientos veinte proscritos.

La historia contemporánea nos permite reconstruir sin esfuerzo la atmósfera de depuración que reinó en la ciudad durante los días siguientes. Tomar parte activa en aquella batida constituyó para algunos, evidentemente, el medio soñado para enderezar las complicidades mantenidas con el gobierno precedente. Así, se vio a muchas gentes deambular con cabezas cortadas en la mano, que se exponían como ejemplo en la tribuna de los Rostros. También se profanaron algunos cadáveres, demostración de que la dimensión religiosa no se hallaba ausente: el buen estado de un cuerpo garantizaba al difunto un estatus honorable en el más allá y, de ese modo, la venganza proseguía hasta el infierno. De una manera más concreta, los bienes de los proscritos eran confiscados y vendidos a precios interesantes a amigos y conocidos; por tanto, ya podemos imaginar que no se perdieron para todo el mundo. No obstante, hay que decir, en desagravio de Sila, que gracias a él las purgas se limitaron sólo a los proscritos. Con esta medida, se evitaron las *vendettas* individuales y las violencias ciegas que habían deshonrado Roma bajo el régimen de los *populares*. Aún se recordaban escenas horribles. Se había visto a Mario levantar la cabeza recién cortada de un antiguo cónsul que acababan de traerle e insultarla de una manera espantosa. Que yo sepa,

este episodio no ha atraído la atención de ningún pintor. En resumen, por siniestras que fueran, las proscripciones al menos concedían a Sila el mérito de haber circunscrito de forma exacta las purgas y haberlas envuelto de legalidad. Esto mismo, en aquellos tiempos, ya constituía un progreso nada despreciable, y como tal fue percibido. Nadie hubiese comprendido que Sila dejase con vida a los artífices de aquella guerra civil, ni se deseaba tampoco que dejase el campo libre a los desbordamientos de las iniciativas privadas. El terror instaurado por el régimen popular no se había borrado con tanta facilidad de la memoria de la gente.

Luego, tuvo que proceder a las reformas que había anunciado. Preocupado por la estricta legalidad, Sila demostró la habilidad de esperar a que los dos cónsules del gobierno precedente se hubiesen reunido con sus antepasados, uno después del otro, para hacer constatar en el Senado aquel vacío de poder y sugerir entonces la designación de un dictador. Se sabe que en el pasado esa antigua magistratura había sido muy rara y limitada siempre a seis meses de ejercicio. En su carta al presidente del Senado, Sila sugería que, debido a la situación excepcional que se estaba viviendo, se designase un dictador que tuviese todo el poder para reformar aquellos puntos de la república que habían sido fuente de problemas y sediciones. En efecto, era impensable que Roma continuase regida según unos principios dispuestos en otros tiempos y que se revelaban trágicamente inadaptados a la nueva situación creada tanto por las conquistas como por el acceso de toda Italia a la ciudadanía romana. En resumen, había que volver a pensarlo todo, y eso exigía poderes, y también tiempo. La personalidad nombrada debía estar revestida de un poder dictatorial constituyente, sin limitación temporal.

Por unanimidad, el pueblo designó a Sila para ocupar esa magistratura de exorbitantes derechos. Así, se le confería de manera legal todo el poder para tomar sin apelaciones las disposiciones reglamentarias que imponía el ordenamiento del Estado, y también para proponer, fuera de toda ratificación popular, los ajustes constitucionales necesarios para los cambios introducidos. Sila tenía las manos libres para llevar a cabo una enorme reforma del Estado. Por lo demás, la importancia de sus victorias le proporcionaba la certidumbre de ser designado y sostenido por los dioses en una empresa tan delicada como ésa.

Entre otras medidas importantes, Sila completó de inmediato el Senado, reducido en buena parte después de tantas eliminaciones sucesivas. Elevó el número de senadores a seiscientos, mediante la unión de la élite de los caballeros, cuya orden (que no gustaba demasiado a Sila) quedó de ese modo debilitada, y además se le retiró el impuesto de la provincia de Asia, antiguamente acordado por los Gracos. En parecida dirección, el monopolio de los tribunales retornaba a la alta asamblea. Como respuesta a las condiciones demográficas, pero también debido al aumento de las cargas, el número de los diferentes magistrados (cuestores, pretores) también se aumentó. A partir de entonces, unas normas de reclutamiento estrictas, que hacían referencia sobre todo a la edad mínima requerida, rigieron el conjunto de las carreras. Nadie sería cónsul antes de la edad de 42 años, pretor antes de los 39, cuestor antes de los 29. La administración provincial quedaba a la discreción del Senado. Lo más sobresaliente es que Sila consiguió reducir de forma sensible los poderes de los tribunos de la plebe: perdían su derecho de veto, su facultad de presentar plebiscitos a los comicios estaba sometida al permiso del Senado, y los tribunos (disposición que hacía su función infinitamente menos atracti-

va) debían renunciar a la carrera de los honores. Más de uno reflexionaría antes de lanzarse a aquella aventura... Sila completó sus reformas estructurales mediante algunas medidas de acompañamiento de orden económico contra el lujo excesivo y el acaparamiento de alimentos, así como otras morales contra el adulterio, la relajación de las costumbres, etc. Todo este plan ligaba con la antigua tradición de austeridad de los «romanos viejos». Sila no perdió tampoco la ocasión de hacer felices a algunos sectores en detrimento de sus antiguos adversarios. Recompensó a sus veteranos mediante la atribución de tierras requisadas, en lo posible, a las comunidades italianas que se habían mostrado demasiado celosas a la hora de resistirse, y supo crearse una vasta clientela liberando a diez mil esclavos que habían pertenecido a los proscritos. El mundo le sonreía. El año 81, triunfante, se paseó a lo largo del itinerario ritual hasta el Capitolio, entre las aclamaciones cien veces repetidas de un pueblo que le saludaba con el nombre de salvador, de padre, de *Felix*, es decir, elegido de los dioses... De esto se había asegurado él mismo, ya que expresó el deseo de que se le atribuyese ese sobrenombre, el mismo que figuraba en sus monedas. Una estatua dorada le representaba glorioso en el Foro, coronado de laurel, saludando con la mano. Más de un romano, después de tantos problemas, encontraba su dictadura, en lo global, positiva, diciéndose que a partir de ahora vivirían al abrigo de cualquier azar. Las cosas habían recuperado su curso normal y se regresaba al régimen consular. Aunque Sila no hubiese sido candidato, fue literalmente plebiscitado, pero declinó el cargo y, una vez cumplida su obra, decidió retroceder un poco. Si se mantenía de modo indefinido a la cabeza del Estado, habría entrado en contradicción con el espíritu y la letra de su propia ley constitucional, que tenía como único fin y sola limita-

ción temporal la restauración de una vida política normal. Si sólo se observa el período de esa dictadura, se puede decir que aquello tenía más bien el color de una monarquía... pero en verdad, no lo era. La prueba es que Sila, que hubiera podido quedarse, se retiró antes del fin del año 81, fecha de entrada en el cargo de nuevos cónsules. A partir de entonces, repartiría su tiempo entre Roma y su villa de Campania, donde reemprendería la redacción de sus *Memorias*. Por desgracia, no queda gran cosa de ellas. Murió de enfermedad a principios del año 78. Roma le dedicó unas exequias al lado de las cuales nuestros funerales nacionales parecen casi un entierro precipitado.

En estas condiciones, y a pesar de cuanto se dijo a continuación, ¿podríamos hablar, como Carcopino, de «monarquía fallida»? Me parece que tampoco es acertado interpretar la dictadura de Sila como el imperio antes del Imperio. Pronto veremos que el espíritu del período imperial será muy distinto. Vale más decir, como François Hinard, que Sila «es, por el contrario, el último representante de una aristocracia muy unida a los valores tradicionales que habían fundado su superioridad», si bien el alcance de los poderes que detentó en un momento dado al poco ofrecerá a otros la idea de que era factible usarlos de una forma muy distinta. Aunque Sila fuese, según dice también Hinard, «el último jefe verdaderamente republicano, era el jefe de una república que, según él mismo demostró, se había hecho por completo imposible».

Hacia la conquista del «mundo entero» - Pompeyo

Llegada al grado de poder que había sabido alcanzar, Roma estaba condenada, a partir de entonces, a extender de modo

indefinido su imperio. No se trataba ya, como en los primeros tiempos de su historia, de la construcción de una muralla protectora tan lejana como fuese posible. Esa preocupación persistió siempre, pero nació otra preocupación cuando Roma descubrió el provecho material ofrecido por los inmensos territorios anexos. La plebe urbana no tardó en evaluar el beneficio que podía extraer de los bienes de consumo obtenidos en todo el vasto mundo, para hacer más placentera su vida cotidiana. ¡Qué gran ayuda para la cesta de la compra! Los caballeros publicanos, por su parte, encontraban todas las ventajas en aquel desarrollo en todas direcciones de las redes comerciales con las que amasaban unas hermosas fortunas, mostrando un interés particular en la seguridad de las vías marítimas de comunicación por las que transitaban mercancías y fondos. Las legiones, ahora proletarizadas, no deseaban nada mejor que el acrecentamiento de un botín provechoso para el soldado profesional y, por tanto, la multiplicación de las guerras de conquista. En cuanto a los jefes militares, no podían sino disfrutar de esa excelente disposición de sus tropas, pues con ello contaban para forjarse un destino atrayente. En resumen, muchas personas tenían interés en ver a las águilas romanas extender su dominio hasta los confines del mundo conocido. Aún faltaba que la colonización no se limitase a una serie de afortunados golpes de mano, seguidos de rapiñas más o menos hábiles. La inestabilidad de las provincias conquistadas ya se había podido constatar, siempre dispuestas a pasar bajo otro control (la guerra contra Mitrídates proporcionó un buen ejemplo) y a volverse contra el colonizador. La fidelidad de los «aliados» es tanto más problemática cuanto que la República se contenta con ponerlos bajo tutela. Los territorios invadidos son evacuados para ir más lejos aún, a otro lugar, dejando solamente en cada territorio, en el mejor

de los casos, unas débiles guarniciones. A efectos administrativos, se contentan con la presión fiscal a las poblaciones, mientras que los gobernadores, que trabajan por su cuenta, se embolsan a menudo la mejor parte de las contribuciones. Nada de estructuras administrativas, ni políticas coherentes que sirvan en la revalorización de las nuevas posesiones. En resumen: hasta el momento, y durante largo tiempo todavía, la República supo crearse unos feudos, pero no supo dotarse de un verdadero imperio. Y esta inestabilidad incluso engendró otra: la de las instituciones. Esa doble fatalidad, el aumento de las conquistas con fines económicos en una especie de huida hacia delante, y una intervención de forma incesante que abortase los conflictos interiores y exteriores, arrastraría consigo de modo necesario un aumento de la actividad militar y, por lo tanto, un aumento del poder de los grandes jefes del ejército, atraídos por un destino nacional. El Senado pronto dejaría de ser el amo de una expansión imperialista provechosa, sin duda, pero cada vez menos controlable.

De hecho, poco después de la desaparición de Sila, surgieron dificultades a iniciativa de un patricio llamado Emilio Lépido, un demagogo que, incluso en vida del dictador, había jurado fidelidad al partido popular. Cónsul en el 78, se vio con inquietud la agitación que despertó en un doble tema: las distribuciones gratuitas de grano a la plebe y su promesa de restitución a las comunidades italianas de unas tierras atribuidas por Sila a sus veteranos como recompensa. Siguió una insurrección en Etruria que obligó al Senado a recurrir al único general que se consideraba capaz de acabar con aquello, es decir, Pompeyo, el brillante aliado de Sila en su marcha hacia Roma. De hecho, Lépido fue vencido en el año 77 en el Campo de Marte, donde se llevaron a cabo los combates. Pompeyo adqui-

ría así un nuevo título de reconocimiento por parte de los *patres*. Otro tema preocupante eran las empresas de un antiguo lugarteniente de Mario, el mejor a decir verdad, un tal Sertorio. Después de la derrota de los *populares*, pasó a Hispania, donde estableció un pequeño estado romano personal con el apoyo de las poblaciones locales. El hecho más grave es que, según parece, ese tal Sartorio estaba muy bien subvencionado... por el rey del Ponto, Mitrídates, que ya sabemos los sentimientos que albergaba hacia los romanos. ¿A quién confiar la limpieza de ese foco inadmisible de insurrección? El Senado no veía a otro que a Pompeyo, que había alcanzado tanto éxito en el caso de Lépido. Al cabo de cuatro duros años de combate, Pompeyo eliminó a Sertorio. Nueva gloria para él, nueva fidelidad también a ese jefe tan notable, que suscitaba el deseo de alinearse a su lado. La estrella de Pompeyo ascendía, y el porvenir lo demostraría muy pronto.

Entre tanto, Roma debía hacer frente a un asunto bastante desagradable, e inesperado, aunque previsible. En el año 73, un antiguo pastor tracio, desertor de una unidad romana de auxiliares, ejercía las funciones nada envidiables de gladiador. Se llamaba Espartaco. Cansado de aquel oficio que no había elegido y el último de todos en la escala social, Espartaco decidió sublevarse. Arrastró a una sesentena de sus camaradas al exterior de un centro de entrenamiento en Capua y consiguió poner en pie, en un tiempo récord, una peligrosa partida que tomaría enseguida las dimensiones de un verdadero ejército. Provistos de armas robadas, los insurgentes se refugiaron en las laderas del Vesubio, de donde pronto resultó imposible desalojarlos. Miles de esclavos acudían de todas partes a unirse a ellos, también obreros agrícolas particularmente miserables. En aquellos *latifundia* lejanos, perdidos en las campiñas, trabajaban

en condiciones lamentables ejércitos innumerables de cautivos procedentes del conjunto de países invadidos en el curso de todas las guerras. La revuelta iba a propagarse con la velocidad de un fuego en la maleza. No era la primera, desde luego, pero esta vez el genio de Espartaco iba a convertirla en una verdadera guerra. Roma tuvo que enviar a toda prisa un destacamento de 3.000 hombres, que se encontraron en una proporción de uno contra veinte frente a los insurgentes y fueron derrotados. Toda Italia del sur se inflamó y se entregó al pillaje sistemático. En el año 72, dos cónsules padecieron una aplastante derrota y el ejército romano sufrió una vergonzosa humillación: cuatrocientos prisioneros romanos fueron invitados a probar ellos mismos la lucha de gladiadores en el curso de un gigantesco combate montado por un Espartaco que no carecía de sentido del humor. De derrota en derrota, la situación se iba volviendo trágica. Espantado, el Senado decidió destituir a los cónsules en ejercicio, juzgados incapaces, y confió la represión a Licinio Craso, a quien ya habíamos visto alinearse, de forma provechosa desde el punto de vista financiero, al lado de Sila. Al término de una guerra inmisericorde, que duró desde el otoño de 72 hasta la primavera de 71, Espartaco murió en combate. El movimiento fue aplastado de forma implacable. Pompeyo, que volvía justamente de Hispania después de solucionar el asunto de Sartorio, se prestó también a ello, masacrando a 5.000 insurgentes que huían en desbandada. Craso liquidó al resto, haciendo crucificar a unos 6.000 esclavos a lo largo de la vía Apia. La revuelta estaba sofocada. Roma no lo olvidaría nunca. El caso es que «la guerra de Espartaco», como ha mostrado muy bien Catherine Salles, «no es más que uno de los epifenómenos de la lenta degradación de la democracia romana».

Con provecho de este éxito, Craso y Pompeyo aspiraron al consulado. Les fue concedido en el año 70, aunque ninguno de los dos cumplía los requisitos legales. En resumen, dos *imperatores* o dicho de otro modo, dos comandantes militares triunfantes, se valían de sus laureles respectivos para alzarse a la cabeza del Estado. Además, estaban ampliamente apoyados por la orden ecuestre y por la plebe. El consulado de Craso y Pompeyo fue muy provechoso a los caballeros, un poco maltratados por Sila. Ambos cónsules se apresuraron a restituir a la orden la prebenda de Asia, cuya percepción les había sido retirada por el dictador. Después de una brillante acción de propaganda llevada a cabo por un caballero de nombre Cicerón, se devolvió también a la orden ecuestre su competencia jurídica en materia de prevaricación en las provincias. El abogado había hecho valer un historial particularmente edificante: el pro-pretor de Sicilia, el noble Verres (que en el plano político había oscilado de Mario a Sila), había aprovechado sus funciones para despojar de manera literal a la provincia que estaba a su cargo, sin hablar del pillaje de los templos. Este ardiente abogado había defendido también la causa de las villas expoliadas, en una serie de alegatos que se hicieron célebres, las *Verrinas* (*In Verrem*), cuyo alto valor literario ha merecido tantas versiones latinas de los alumnos de instituto.

El éxito fue tremendo y el pretor deshonesto tuvo que exiliarse, acción que no le dispensó de tener que restituir algunos millones de sextercios a las gentes a las que tanto había esquilmado. ¡Qué humillación para la nobleza senatorial! Si la orden ecuestre volvía a rehacerse, el pueblo tampoco quedaba olvidado, pues bajo el mismo consulado de Craso y Pompeyo, los tribunos de la plebe, ya readmitidos en la carrera de los honores de la que Sila les había excluido, recuperaban su derecho de *veto*. Tampoco ellos dejaron de ganarse los favores

del pueblo mediante la distribución de grano. Vemos, pues, que no quedaba gran cosa de las reformas de Sila.

Pompeyo no tardaría en partir de nuevo hacia otras misiones, la primera de las cuales fue de seguridad marítima. Sabemos que transitaba entre Oriente y Roma un volumen considerable de mercancías y de fondos. El Mediterráneo era surcado por infinidad de naves (más bien lentas: contemos unos 10 km por hora con buen viento), armadas por ricos negociantes o por publicanos encargados de la recaudación de impuestos en Asia o en otros lugares. Se comprende con facilidad que esa gente estuviese muy apegada a la seguridad de la navegación. Desde luego, existían intereses privados considerables que se debían proteger, pero además, toda interrupción prolongada de las transferencias de fondos podía desencadenar auténticos pánicos financieros, como se había comprobado al final de la guerra contra Mitrídates. Ahora bien, el Mediterráneo estaba literalmente infestado de piratas, con base en Creta y en la costa sur de Asia Menor. Muy bien organizados, estos piratas interceptaban los convoyes de avituallamiento o de fondos, capturaban a las tripulaciones, pedían rescate por los pasajeros de alguna importancia o desembarcaban sin más en cualquier puerto bien escogido y desde allí intentaban un golpe de mano, a menudo con éxito, contra una villa costera, todo dentro de un buen ambiente profesional. Era urgente sanear el conjunto de aquellas regiones, y para ello había que dotarse de los medios necesarios. En ese ambiente, un tribuno de la plebe llamado Gabinio propuso en el año 67 el envío de un antiguo cónsul, bien elegido, a quien se dotaría para esa misión de poderes excepcionales que postulasen un amplio campo de acción. El elegido dispondría por tres años de una jurisdicción extensa, que cubriría no sólo el propio Mediterráneo, sino también una fran-

ja costera de cincuenta millas de profundidad (es decir, alrededor de 75 kilómetros). Se le darían todas las facilidades para rodearse de quince ayudantes de su elección, con poder militar de intervención, y dispondría de un presupuesto calculado con largueza. El tribuno Gabinio, como vemos, no escatimaba esfuerzos. La oposición del Senado fue unánime. Imaginaban demasiado bien el partido que podía sacar un aventurero de esa acumulación de poderes, y más de un senador debió de darse cuenta en el transcurso de sus reflexiones de que la famosa banda costera de 75 kilómetros incluía a la propia Roma... El caso es que el proyecto fue rechazado. Sin embargo, un joven senador lo defendió con vigor: se llamaba Cayo Julio César. Gabinio decidió transformar su ley en plebiscito, que pensaba hacer votar por los comicios. Entre tanto, había precisado el nombre del personaje consulador que veía en aquel papel. Y éste era... Pompeyo. ¿Cómo negar la confianza a un hombre de guerra tan eficaz y que había rendido ya tales servicios sin riesgo a un conflicto abierto entre el Senado y los comicios? Se era ya demasiado consciente de lo que podía ocurrir. Pompeyo se fue, pues, a limpiar el Mediterráneo de piratas revestido de todos aquellos poderes. Cosa que hizo con pleno éxito, ya que en el transcurso de una sola estación, los piratas fueron liquidados e incluso instaló a los arrepentidos en unas tierras de la región de Tarento. Una vez más, Pompeyo había ganado.

Poco después recaería en Pompeyo otro mando, más importante si cabe, y de la misma forma excepcional. En efecto, la guerra en Oriente había dejado secuelas. Calmado de momento por sus derrotas, Mitrídates había tenido que firmar la paz de Dárdano, impuesta por Sila, pero desde el año 74 el rey del Ponto había reemprendido la ofensiva contra Roma. Se envió un cuerpo expedicionario al lugar, bajo el mando de un cón-

sul cuyo nombre evoca en los recuerdos de hoy en día la gastronomía, más que la estrategia: Licinio Lúculo. De hecho, Lúculo era un aristócrata refinado, amigo de la buena comida, pero sobre todo un excelente general. Alcanzó tal éxito que Mitrídates tuvo que refugiarse de forma precipitada en casa de su yerno Tigranes, rey de Armenia. Durante su estancia, y mientras reorganizaba de forma juiciosa la provincia oriental, Lúculo contrarió a unos intereses muy poderosos. Su política, favorable a las demasiado a menudo despojadas provincias, chocaba no solamente con el apetito de sus tropas, ávidas de botín, sino también con las prácticas financieras de los publicanos. De tal modo que los caballeros y *populares* desencadenaron contra él campañas malévolas y motines en su ejército. Lúculo había trabajado para nada. Había que empezar de nuevo. ¿A quién enviar allá abajo, sino a Pompeyo, tan exitoso en todas partes? Se votó una nueva ley de excepción, a pesar de la oposición del Senado, que confería a Pompeyo plenos poderes sobre las provincias de Asia, Cilicia y Bitinia, tanto en el terreno militar como en cualquiera de las negociaciones diplomáticas, y todo ello sin limitaciones de ningún tipo. Podemos constatar, pues, la rápida evolución de las instituciones republicanas. El Senado se veía desprovisto de toda iniciativa en política exterior, y se comprende por qué los senadores se mostraban reticentes a entregar sus poderes en manos de un solo hombre, por muy afortunado que fuese. Sin embargo, la ley pasó por los comicios, con el apoyo de César y esta vez de Cicerón, convertido entre tanto en pretor y muy atraído por la perspectiva de acceder al consulado. Cicerón consideró adecuado aupar a Pompeyo y para ello pronunció un magnífico discurso a su estilo. Quería provocar contra Mitrídates un gran movimiento del tipo «unión sagrada»: sería Roma entera quien marcharía detrás de

Pompeyo hacia el enemigo. Pompeyo supo usar sus exorbitantes poderes con una eficacia tal que debió de llegar al corazón de los romanos. Tras partir hacia Oriente en 66, había acabado al año siguiente con Mitrídates, expulsado de su reino en el Ponto, y con Tigranes de Armenia, sometido a Roma. Pompeyo hizo algo aún mejor. Marchó hasta las orillas del mar Caspio y plantó las águilas romanas en la frontera misma del imperio parto. Con esta aventura militar tan arriesgada, en la cual Pompeyo adoptaba el aire de todo un Alejandro Magno, Roma ganaba la nueva provincia de Bitinia y el Ponto. El Senado no servía entonces para nada, la presión popular valía para mucho... y el genio de Pompeyo para lo esencial.

Durante sus campañas, Pompeyo descubrió un nuevo campo de acción diplomático-militar. En efecto, su victoria sobre los seléucidas, que dominaron en la Antigüedad a los judíos, iba a interferir de modo fatal con la historia de Israel. Aquí, en aras de la claridad de la exposición, debemos recordar que en el siglo III el judaísmo había estado expuesto a la represión sectaria de Antíoco IV Epífanes. A ese rey seléucida se le había metido en la cabeza la idea de abolir la religión judía, un nido de agitaciones políticas, para conseguir una helenización acelerada de la región. Soñaba incluso con transformar Jerusalén en una ciudad griega como las demás, que se llamaría Antioquía de Palestina, y ha de decirse que en esa empresa le ayudaron determinados judíos a los que atraía con fuerza la civilización helenística. Así, por ejemplo, un gran sacerdote de Jerusalén transformó con total frialdad su nombre hebreo, Jesús, en Jasón, porque sonaba mejor... La reacción religiosa y nacionalista de los Macabeos, en 167-166, fue el punto de partida de un movimiento muy potente que desembocó en la constitución de un reino judío independiente, en buenos términos con el Senado roma-

no, por otra parte. A continuación, el reino de Israel fue regido por la dinastía Asmonea, dividida por una guerra abierta entre dos hermanos, Aristóbulo e Hircano. Ambos judíos, cuya rivalidad personal recubría de hecho la oposición de grupos sociales muy distintos, llevaron ante Pompeyo sus desacuerdos, apoyando cada uno su causa justa mediante los regalos apropiados. No obstante, Pompeyo tenía su propia idea sobre la cuestión, ya que no podía ignorar que Aristóbulo, como su padre Alejandro Janeo, había mostrado muchas complacencias con Mitrídates... y con los famosos piratas de los que hemos hablado antes, mientras que Hircano era más favorable a Roma. Pompeyo supo explotar la situación en su provecho. Hizo encarcelar a Aristóbulo y marchó hacia Jerusalén, donde los partidarios de Hircano le abrieron las puertas. Refugiados en el recinto del templo, los fieles de Aristóbulo resistieron aún tres meses, hasta que en 63 se tomó toda Jerusalén. Flavio Josefo cuenta que Pompeyo, impresionado sin duda por aquel dios desconocido, penetró con la espada en la mano en el templo hasta detrás de la cortina que escondía el santuario, el Sancta Sanctorum (Santo de los Santos). Se dice que quedó muy decepcionado al no encontrar allí nada en absoluto, ya que el culto judío carecía de representación o de estatua alguna, pues aspiraba a ser enteramente espiritual. El caso es que Judea no era más que una parte de la provincia romana de Siria, pero una parte muy molesta. Causaría en el futuro muchas preocupaciones a los romanos y, en particular, a los distintos gobernadores de la región. Ya tendremos ocasión de volver más de una vez a este tema.

Pompeyo hubiese seguido con sus conquistas de buen grado. Se disponía a marchar hacia el mar Rojo, a fin de asegurar a Roma el dominio de los grandes tránsitos comerciales con Egipto y quizá de las regiones más alejadas de Oriente, cuando

la noticia de la muerte de Mitrídates le llevó hacia el mar Negro. En 62, aureolado con todos sus éxitos, desembarcó en Brindisi y allí (¿civismo ostensible?, ¿exceso de confianza en sí mismo?) licenció de inmediato a sus legiones. Después regresó a Roma en enero de 61. El pueblo le aclamó sin reservas, saludando el regreso de un jefe militar de increíble prestigio, pero el Senado, por el contrario, contempló con suspicacia a aquel general del que se empezaba a decir que sabía terminar demasiado bien las guerras empezadas por otros. Resulta significativo que se le hiciera esperar ociosamente durante ocho meses antes de concederle, en otoño, las glorias oficiales de un triunfo magnífico *de orbi universo*, es decir, «sobre el mundo entero». Al mismo tiempo tuvo que repudiar a su mujer, ya que el vencedor de Oriente y de los piratas, ¡quién lo diría!, era un cornudo.

La toga y las armas - Cicerón

Los senadores no carecían de motivos cuando albergaban una cierta aprensión al ver de regreso de Oriente a un hombre tan prestigioso por sus victorias. Durante la larga ausencia de Pompeyo habían pasado muchas cosas, y no sólo en su casa. Poco a poco se instalaba una situación política malsana, propicia a un golpe de estado. En aquel momento preciso había, a grandes rasgos, tres clanes jerarquizados, de los cuales el mediano, por una especie de movimiento oscilatorio, tan pronto se acercaba hacia el más elevado como hacía causa común con el más bajo. En la cumbre estaban los *optimates*, los del «mejor» partido, la aristocracia senatorial más conservadora, aferrada a la tradición oligárquica recién restaurada, aunque de forma efímera,

por Sila. En el centro, los medios de los negocios, ligados de forma natural a esa red de notables que constituían la orden ecuestre, los caballeros. Esos financieros se mostraban siempre dispuestos a sostener a las personalidades políticas en la exacta medida en que éstas sirviesen a sus intereses. En la base, por fin, se encontraban los *populares*, el partido popular, del cual hemos podido ya medir la fuerza gracias al episodio de los Gracos o de Mario y Cinna. Un hombre de guerra ayudado por su prestigio o simplemente un aventurero decidido podían en cualquier momento usarlos de trampolín para su poder personal. El juego de las instituciones republicanas estaba falseado de manera definitiva por las maniobras cotidianas de los grupos de presión. Aquí podemos observar con claridad los peligros de toda abstracción apresurada en historia. Hablar de «los romanos» como hablaríamos por ejemplo de «los caracoles», es, por supuesto, un absurdo. Sin embargo, hablar de «la República» lo es también. ¿De qué República? ¿De la República pura y dura que expulsó a los reyes etruscos? ¿De la que se implicó en la lucha después de los desastres de Trasimeno y de Cannas? ¿De aquella, por fin, de los años 60, mientras la potente estatura de Pompeyo se perfila sobre un fondo de intrigas y de combinaciones mediocres? Hay que observar la vida de las civilizaciones año tras año. Y en aquellos momentos, la República se estaba descomponiendo. Algunos, ya desde el verano de 64, se disponían a relanzar la agitación popular. Dos tribunos de la plebe particularmente alterados, Rullo y Labieno, querían aprovechar sus recuperados poderes para provocar revueltas y hostigar con sus presiones a la alta asamblea. Y fue en 63 cuando Cicerón, por fin, alcanzó ese consulado que ansiaba desde hacía tanto tiempo. No para enriquecerse (aunque jamás desaprovechó una ocasión para hacerlo), sino para ejercer desde él las responsabili-

dades más elevadas. Se sentía llamado a ello y no podía contemplar más que un destino grandioso. Creía en la vieja República. Figura atractiva la de aquel caballero de provincias, cultivado, instruido en todas las filosofías, que había reelaborado y que utilizaba de forma ecléctica en función del genio romano y de una adaptación pragmática. Pierre Grimal escribió el libro mejor informado que existe sobre su formación intelectual, su obra y su influencia en todos los terrenos. La gran idea de Cicerón era que en materia política, la violencia de las armas (y la violencia, a secas) debe ceder ante la convicción interior que consigue evitarla: la que se forma en las almas por la acción de la palabra. *Cedant arma togae*, según sus propias palabras, pues la palabra es lo suyo. Que cedan las armas ante la toga del orador, del intelectual, del hombre de acción que ha estudiado y reflexionado, y que arrastra a toda la ciudad al fin unánime, lejos de la guerra civil, el peor de los males. Desde luego, se trata de una visión generosa, pero adivinamos que arraiga con mucha dificultad en aquellos grupos humanos trabajados por las voracidades elementales y los apetitos más refinados de poder ilimitado. Cicerón dispondría de todo el tiempo del mundo para darse cuenta de ello. Desde su entrada en funciones, se vio enfrentado a un proyecto de ley agraria demagógico (siempre el mismo problema), preparado con espíritu de provocación por el tribuno Rullo. Ese personaje exhibía su populismo mediante una indumentaria descuidada y un lenguaje voluntariamente obsceno, circunstancia que nos muestra que esa afectación no data precisamente de hoy en día. La ley en cuestión implicaba, sobre todo, que se diera a los diez comisarios encargados de su aplicación unos poderes tan amplios que los ponían en competencia con los magistrados ordinarios. Cicerón salió bien parado, porque persuadió al pueblo de que con esa ley el

Estado se arriesgaba a sufrir más trastornos que los beneficios que se pretendían obtener. La elocuencia había triunfado y, de forma provisional, el proyecto fue olvidado.

Otra historia desagradable y que dice mucho del deterioro del clima político estalló poco después. La guerra de Oriente y su perturbación en los circuitos económicos había colocado a numerosos propietarios en una situación difícil. Aquellos que habían invertido allí capitales importantes constataban con espanto que no obtendrían nada. El dinero obtenido era escaso y caro, pues todas las deudas recuperables con facilidad eran exigidas sin piedad alguna por unos acreedores que también estaban abocados a la quiebra. Muchos *nobiles* se vieron obligados de la noche a la mañana a liquidar sus haberes en las peores condiciones posibles, con su consecuente desclasamiento social. Podemos imaginar el estado de ánimo de esos amargados, tentados de convocar a los restos de su clientela y unirse por poco que un jefe les sedujese con el reclamo de una aventura política que pusiera, me atrevo a decir, el contador a cero. El modelo es Lucio Sergio Catilina, desafortunado candidato al consulado, batido por Cicerón y pasado al partido popular, donde, como diríamos hoy en día, se distinguió por una escalada de izquierdismo. Se apoyaba en una pequeña facción de nobles tan arruinados como él mismo, un pequeño mundo que no carecía de influencia en Italia, y convertido en un verdadero ejército insurrecto dispuesto a lanzarse a la conquista del poder cuando llegase el momento. Nos equivocaríamos si viésemos en ese movimiento una esperanza cualquiera para la gente sencilla, cuyos intereses fingían defender aquellos aristócratas. Si nos fijamos bien, como dice Grimal, «se observa en las filas de los conjurados la misma jerarquía social que en el Estado». Sencillamente, esa gente soñaba con apropiarse por la fuer-

za de las magistraturas legales, a fin de continuar los abusos de los cuales se consideraban víctimas, pero entonces para su provecho. El golpe estuvo a un paso de alcanzar el éxito, y si la conspiración fue descubierta, se debió al azar de una indiscreción. Uno de los conjurados se vanaglorió ante su amante de lo que se tramaba, y la valiente dama, alarmada, fue a contárselo todo a Cicerón. El Senado, informado de inmediato, en principio no creyó nada de aquello, estimando que el cónsul se hacía el interesante con aquella historia sin pies ni cabeza. Poco después, Licinio Craso acudió de noche en compañía de dos senadores a reunirse con Cicerón. Habían entregado un paquete de cartas en casa de Craso, una de ellas a su nombre y que había leído, y las demás dirigidas a miembros del Senado. La nota, anónima, le aconsejaba con vehemencia que se alejara de Roma si no quería verse envuelto en inminentes masacres. El asunto se iba perfilando. Cicerón convocó con urgencia al Senado para la mañana siguiente e hizo distribuir a sus destinatarios las notas en cuestión, con el ruego de que cada uno leyese de forma pública el mensaje que se les entregaba. Esta vez se decidió a llevar a cabo una investigación, pero las gestiones se alargaban en demasía. Fue necesario que transcurriera un tiempo inverosímil para que el Senado consintiera en admitir la realidad del peligro. Cicerón encontró la ocasión de pronunciar los discursos más bellos de su vida, las famosas *Catilinarias*, durante sesiones como la que refleja el grandilocuente cuadro de Cesare Maccari, magnífico ejemplo de arte burgués. Puesto en la picota por Cicerón en plena sesión, Catilina abandonó Roma y trató de proseguir su empresa en Italia. No obstante, una vez más los conspiradores fueron denunciados y, después de algunas peripecias, la conspiración acabó en desbandada. Catilina halló la muerte en Etruria, en medio de un último grupito de

partidarios, y sus cómplices aprisionados fueron condenados a la pena capital. El pueblo romano comprendía por fin el alcance del peligro del que les había salvado el cónsul. Se elevó hasta las nubes a un Cicerón manifiestamente encantado. Aun así, resulta muy chocante la lentitud de ese Senado tan mal informado a la hora de reaccionar, su absoluta indolencia, sobre todo, que no acertó a sopesar la medida de los peligros que lo amenazaban. Esa República amorfa no tardaría en recibir otras sacudidas, y mucho más duras aún que la presente conjura calamitosa.

Otro asunto más sórdido, pero también representativo, de los aires que corrían, contribuyó a enturbiar la atmósfera. Cierto día de diciembre de 63, consagrado a los misterios de la *Bona Dea*, es decir, de la Buena Diosa, las damas de las mejores familias se habían reunido en casa de César, que ejercía entonces de gran pontífice, para celebrar allí los ritos secretos rigurosamente prohibidos a los hombres. Se sorprendió entonces a un individuo que había acudido allí de forma fraudulenta, travestido de mujer. Pudo escapar a la justicia, pero se supo enseguida que se trataba de Clodio, que pasaba por ser amante de Pompeya, la segunda mujer de César, quien había recurrido a aquel arriesgado medio para reunirse con su amante, por lo general demasiado vigilada. Ese joven tan interesante era un aristócrata que había cambiado por Clodio su ilustre patronímico de Claudio para acercarse más al pueblo, ya que se inclinaba en esa dirección. El escándalo fue enorme. Siguió un proceso. César aprovechó la ocasión para repudiar a Pompeya, ya que «la mujer de César debe estar por encima de la sospecha» (fueron ésas las palabras que utilizó), mientras que Clodio solicitó el testimonio de Cicerón para confirmar la coartada que había tramado. Cicerón se negó y convirtió así a Clodio en un enemigo mor-

tal. Con posterioridad, el joven fue absuelto gracias a César, en unas condiciones en verdad sospechosas. Sin embargo, a César no le importaba pasar por cornudo si de por medio se cruzaban intereses que le pudieran servir a sus designios políticos, y ése era el caso.

El pueblo, las armas y el dinero - César, Pompeyo y Craso

En este sano ambiente desembarcó Pompeyo, sobre quien se concentró de inmediato la desconfianza del Senado, aún no repuesto del asunto de Catilina. Era un proceder injusto, ya que volvía de Oriente con un regalo para la República, una expansión del imperio. Tal como hemos comentado antes, la celebración de su trinfo se retardó, se aplazó la ratificación de sus actos en Oriente y se difirió la distribución de las tierras que reclamaba para sus veteranos. Cicerón se mostró frío, pero César supo ganárselo como aliado. César apuntaba muy alto. Surgido de la nobleza más elevada (decía ser descendiente de Eneas, y por tanto de Venus), no temía encanallarse. A diferencia del buen Cicerón, quien con algo de ingenuidad (y quizá porque no salía de su asombro al verse encumbrado tan alto) confiaba poder llevar a ese medio inestable y corrompido la República ideal cuya imagen encontraba en sus bellos libros, César, era una persona realista. Desdeñaba restaurar según bellos principios una República que él sabía, porque estaba muy bien situado para ello, moribunda. Su única pasión era dar con el medio para tomar el control de una forma tan eficaz como factible. La clásica carrera de los honores en el seno de la oligarquía le parecía algo obsoleto, poco adaptado a sus fines. Por tanto, tentó la

suerte y se volvió del lado de los *populares*, aunque no hemos de excluir incluso que experimentase una cierta simpatía por la clase de los desheredados. Simplemente, pensaba que el pueblo es incapaz de gobernarse por sí mismo y que para una tarea semejante hace falta un hombre excepcional: él, por ejemplo. Desde su juventud había intuido esa situación y había comprendido todo el beneficio que podía extraer si aparecía como el heredero espiritual de los Gracos y de Mario. Sus lazos familiares le ayudaban, porque era sobrino de Mario y se había casado con la hija de Cinna. Durante la dictadura de Sila, viendo muy claro su juego, encontró malsano el aire de Roma y se fue en el año 81 a dar una vuelta por Oriente. Allí obtuvo sus primeros éxitos militares. En 78, después de la abdicación de Sila, César reapareció en escena y, como todo el mundo, se embarcó en la carrera de los honores. Tribuno militar, cuestor en 68 en Hispania, volvió para sentarse en el Senado en 67. Edil curul en 65, gran pontífice, pretor y después, otra vez en Hispania, pro-pretor, fue saludado como *imperator* por sus tropas entusiastas. En 60 regresó a Roma antes de las elecciones. Conocedor admirable del medio político, vio también el provecho de una alianza discreta, pero eficaz, con Craso, inmensamente rico, y con Pompeyo, inmensamente prestigioso. Esa alianza entre tres personajes que no se apreciaban mucho entre sí es conocida en la historia con el nombre de «primer triunvirato». Temible alianza secreta a la cual César aportaba el apoyo casi incondicional de las masas populares, Pompeyo sus veteranos y Craso su dinero y sus relaciones en el mundo de los negocios y la orden ecuestre. Entre los tres eran dueños de Roma. En 59, y con la ayuda de sus dos compañeros, César ya era cónsul. Habría deseado, por puro oportunismo, ampliar ese club de los tres grandes a un cuarto, Cicerón, pero el viejo inte-

lectual, debido a sus honorables escrúpulos, no quiso renegar de sus convicciones y pasarse al partido contrario. Para César fue apenas un juego apartarle de la vida política valiéndose del poco recomendable Clodio, deseoso, como ya sabemos, de causarle daño tras la negativa de Cicerón a testificar a su favor después del asunto escandaloso de la *Bona Dea*. No tardaremos en ver cómo lo consiguió.

El apoyo de Pompeyo y de Craso a César no fue del todo gratuito, como se desprende muy bien de las medidas que tomó el nuevo cónsul. Así, se votó una ley agraria para satisfacer a los veteranos de Pompeyo y los propietarios urbanos que codiciaban tierras, ley en gran medida desfavorable a los propietarios de tierras de la *nobilitas*. Se promulgó también otra ley a favor de los publicanos, que rebajaba en un tercio el gravamen del Estado sobre las operaciones fiscales, algo que de paso contentaba también a las relaciones de Craso. Y por fin, una ley abordó los abusos en las provincias: todo gobernador convicto de prevaricación debería devolver al Estado a partir de entonces cuatro veces la suma de las cantidades estafadas. La medida un duro golpe a la *nobilitas*, que veía en el saqueo de las provincias una fuente normal de ingresos, pero fue interesante en lo político, ya que anunciaba otra concepción de la administración provincial. Hasta el momento, dicha administración sólo dependía de la buena voluntad del gobernador, honrado o no, pero desde aquel instante era susceptible de control por parte del Estado. Ni que decir tiene que César aprovechó su paso al consulado para avalar los actos de Pompeyo en Oriente, decisión que, en resumidas cuentas, era de justicia. Además de estas medidas, César hizo otorgar al rey de Egipto, Ptolomeo Auletes, el título de amigo y aliado del pueblo romano, servicio que el monarca pagó mediante la suma colosal de 6.000 talentos.

Pompeyo y César se lo embolsaron de muy buen grado, pues el segundo, además, estaba cargado de deudas, que por fin pudo reembolsar a su colega Craso. No obstante, un año de consulado pasa con rapidez. A pesar de la previsión de un proconsulado interesante en Iliria y en las Galias, región siempre amenazadora para la seguridad de Roma, César, sin embargo, no contemplaba con alegría la perspectiva de alejarse de la Villa, donde las cosas iban tan bien para su partido. Cuando menos tenía que dejar a un agente eficaz y con el que pudiera contar para el desarrollo de su política. Se acordó de Clodio, el interesante aristócrata que, además de disfrazarse de mujer para unirse a la esposa de César, hacía causa común con el partido popular. Era el hombre que buscaba. César hizo entonces que el mencionado Clodio fuese integrado en la plebe, pues para eso bastaba con ser adoptado por un plebeyo complaciente, cosa que fue dispuesta enseguida. Clodio ya podía aspirar a ser tribuno de la plebe, algo que no tardó en suceder. Bonita combinación que hacía honor al genio político de César, aunque no a su moralidad. Podía partir tranquilo hacia las Galias: dejaba tras de sí a un agitador sin escrúpulos que sabría mantener el fuego encendido y, si era necesario, atizarlo a la espera del regreso del gran líder.

De hecho, antes incluso de la partida de César, el nuevo «plebeyo» Clodio, tribuno desde fecha reciente, se apresuró a presentar algunas medidas demagógicas que se votaron al instante pues eran esperadas por la plebe urbana: distribuciones gratuitas, autorización de las asociaciones populares recién prohibidas porque constituían nidos de facciosos, etc. Sobre todo, Clodio hizo votar una ley que condenase a la muerte civil a todo romano que hubiese hecho ejecutar una sentencia capital contra un ciudadano sin apelación previa a un tribunal popu-

lar. Cicerón pensó de inmediato en los cómplices de Catilina que él había hecho ejecutar en 63... Expuesto a las mezquindades humillantes de las cuadrillas de Clodio, antes incluso de que fuese votada la ley, Cicerón estimó prudente exiliarse a Macedonia. Hizo bien, ya que poco después se le prohibió «el agua y el fuego», es decir, se declaraba su exclusión de la comunidad humana y, como tal, podía ser eliminado por cualquiera. Clodio ya había consumado su venganza. En la estela de la tradición de Mario y de Cinna, Clodio movilizó muy pronto a sus bandas armadas e hizo reinar en Roma el clima de terror tan caro a los *populares*. Una contraofensiva de un vigor semejante se emprendió por parte de los hombres de otro tribuno, Milón, favorable a los *optimates*. Una vez más, el caos se instaló en Roma, y esta vez de forma indefinida. Desbordado por completo, el Senado había perdido el control de la vida política. La vieja República acabó de descomponerse entre esas luchas sórdidas.

Durante todo ese tiempo, César emprendió una campaña en las Galias que duraría desde 58 a 51, con sus momentos buenos y malos, pero que acabaría con una victoria que confortaría al vencedor. En la memoria de los romanos, la Galia llamada «peluda» seguía siendo el país de donde les había llegado, tres siglos y medio antes, la peor de las humillaciones: la invasión de Roma; o aquella que en 218 había apoyado a Aníbal en el peor momento de la segunda guerra púnica. *In petto*, más de un senador debía esperar que los galos metieran en cintura a aquel líder popular demasiado emprendedor... César, sin embargo, veía las cosas de otro modo. Aquellas regiones eran ricas en hombres (más de tres veces la población cívica de Italia), ganado, cereales, una metalurgia superior, actividades comerciales regulares y que se remontaban a la noche de los tiempos,

lo que convertía a las Galias en una potencia económica que intentaba poner al servicio de Roma. Además, también adivinaba que sus compatriotas sobrestimaban un poco a los galos, quienes no disponían de nada parecido a un estado coherente. Repartidos en una sesentena de poblados independientes, incapaces de unirse de forma duradera bajo un mando unificado, recurrían con facilidad al aliado extranjero para solucionar sus perpetuos conflictos. Existían rivalidades célebres, como por ejemplo la de los arvernos con los eduos, pero aparte de esas guerras que podríamos calificar de tribales, una guerra civil endémica reinaba entre la aristocracia propietaria de las tierras y el pueblo era movilizado con facilidad por cualquier jefe con algo de prestigio. Añadamos a esta situación el temperamento anárquico de los galos, que les hacía incapaces de toda acción colectiva orgánica. César pronto tomó las medidas a sus adversarios, de los que constataba el valor, pero despreciaba su incapacidad política. En resumen: nada nuevo bajo el sol.

No relataremos aquí de forma detallada esa larga guerra, que valió a «nuestros antepasados los galos» el beneficio, se diga lo que se diga, de la civilización romana. Es mejor leer los *Comentarios*, donde el propio César consigna, en tercera persona y con un lenguaje muy bello, el relato de sus hazañas. Retoca un poquito las cosas, desde luego. «Si César no fue así –escribía Jacques Madaule–, al menos fue así como quiso ser visto» por la opinión romana, de la cual se preocupaba en la medida en que deseaba ganársela. Este texto lo muestra como el jefe por excelencia, a quien nada sorprende ni confunde porque piensa, porque encarna la sabiduría militar. Conduce un ejército duradero, valiente, disciplinado (¡aviso a los aficionados!) y ese ejército es la propia Roma, a quien nadie debe resistirse porque aporta a los bárbaros la civilización. Tal es el sentido de

los *Comentarios* o, si se prefiere, su mensaje. En cuanto a la sucesión de los hechos, contentémonos aquí con algunas indicaciones cronológicas lo más precisas posible.

Las cosas, al principio, seguían bien su curso. Desde 58 César hizo uso de seis legiones, pues consideró su deber responder de manera favorable a la llamada de los eduos, aliados de Roma, amenazados por una migración de los helvetios hacia el oeste. Una vez los helvetios aplastados, después de un combate difícil en los alrededores de Bibracte, César recibió otra llamada de socorro de los galos, amenazados ahora por una invasión de los germanos. Los suevos de Ariovisto, se decía, habían intentado pasar el Rin. Nueva respuesta favorable de César: las legiones romanas, estacionadas en Besançon, iniciaron su movimiento hacia el sur de Alsacia, Mulhouse o Selestat, donde tuvo lugar el enfrentamiento. Fragmentadas, las tropas de Ariovisto refluyeron hacia más allá del Rin, cuyo curso, en el espíritu de César, debía de constituir la frontera entre Galia y Germania. En el año 57, los romanos tuvieron que librar en terreno boscoso unas peligrosas batallas de caballería contra las tribus que habitaban las orillas de Sambre y Escaut. César había podido reforzar sus efectivos y recibía, además, el apoyo nada menospreciable de los remos y los caballeros treviros. Una vez batidos los nervianos, Bélgica quedó sometida. De 56 a 54, César se dirigió hacia la Mancha y el océano Atlántico, y combatió con éxito a los vénetos, que se encontraban en el actual departamento de Morbihan, mientras que Craso el Joven sometía Aquitania y aseguraba así la unión con la Transalpina, ya romana. César pudo incluso darse el lujo de penetrar más allá del Rin y en Bretaña, una operación exploratoria y de prestigio, bien cierto, más que de conquista propiamente dicha. En Roma, en todo caso, se interpretaba así, y algunos se alarma-

ban ante tanto éxito. César había llevado a cabo una guerra relámpago, que abría a los hombres de negocios y a los emprendedores un campo de acción muy provechoso en Occidente, al mismo tiempo que nutría a Roma con su propaganda personal. César se convertía, de algún modo, en el Pompeyo de Occidente. Quedaba, eso sí, el macizo central inviolado, origen para los romanos de un sinfín de problemas.

En el invierno de 54-53, César conoció en este lugar graves dificultades. Incomodado por cuestiones de avituallamiento, había tenido que dispersar sus tropas por todo el noroeste de la Galia, y su aislamiento las exponía a los ataques por parte de los pueblos mal sometidos de la región. Ataques asesinos en los que cohortes enteras fueron eliminadas, sobre todo por parte de los eburones, entre el Rin y Meuse. César tuvo que pedir refuerzos, e incluso solicitó a Pompeyo una legión, que le fue concedida. Con habilidad, había planteado de antemano un argumento de prestigio: ¡qué lección para los bárbaros si tenían que aceptar que, a pesar de sus reveses, el ejército romano seguía siendo todavía así de fuerte! Tres nuevas legiones fueron bienvenidas, y César pudo recuperar la situación e infligir a los rebeldes sangrientas (y beneficiosas) represalias. La tropa aprovechó para enriquecerse mediante los botines y su moral subió. Como escribió él mismo: «mediante un incremento tan rápido y considerable de sus fuerzas, César dejó bien clara la capacidad de los recursos y la organización del pueblo romano». Con prudencia, sin embargo, replegó su cuartel general de Amiens a Sens, en un país más seguro, si bien lo más duro estaba todavía por venir.

El macizo central, que César hasta entonces simplemente había rodeado, seguía, tal como hemos advertido ya, intacto. Ahora bien, en la primavera de 52, los habitantes de esta región

pasaron a la ofensiva. Los carnutos, tribu de la región de Chartres, abrieron las hostilidades con la masacre de los romanos establecidos en Orleans. Los arvernos, al saberlo, se agruparon ante la llamada del joven jefe Vercingétorix y arrastraron a la resistencia a una buena decena de pueblos vecinos. En resumen, a la voz del jefe arverno, la Galia entera se sublevó en contra del invasor. César se halló entonces en gran peligro, a pesar de la ayuda eficaz de su legado Labieno, quien, mediante una campaña en el valle del Sena, cortó de modo muy oportuno las comunicaciones entre el centro y Bélgica. Vercingétorix adoptó la táctica de la tierra quemada, incendiando granjas y aldeas, lo que mataba de hambre a las tropas romanas, y organizando emboscadas asesinas contra los destacamentos que iban en busca de avituallamientos. César, al frente de seis legiones, se apostó bajo los muros de Gergovia, la capital de los arvernos, y allí conoció un fracaso doloroso, el más grave, a decir verdad, de toda su carrera. Tanto fue así que llegó al punto de plantearse la renuncia. Se disponía a regresar a la Provenza romana cuando, contra todo pronóstico, la suerte dio un vuelco. Una sola jornada cambió toda la situación y permitió al genio militar de César explotar en su beneficio una torpeza de los galos. Según parece, Vercingétorix quiso hacerlo demasiado bien. Estimando incompleta la victoria de la que ya disponía procedió a una carga de caballería, pero la maniobra fracasó y obligó a los galos a encerrarse en la villa de Alesia para esperar a los refuerzos que Vercingétorix envió a buscar con urgencia. Bajo los muros de esta ciudad, cuyo emplazamiento los eruditos discuten todavía (¿era acaso Alise-Sainte-Reine, en Borgoña? ¿Chaux-des-Crotenay, en el Jura?), se decidió la suerte de la Galia para varios siglos. Por culpa de su imprudencia, Vercingétorix había malbaratado la victoria que tenía ya en sus

manos. En efecto, César levantó en torno a la llanura de Alesia un sitio a la romana: línea de fortificaciones, provista de veintitrés fuertes, circunvalación de veintiún kilómetros, fosos profundos de seis metros, con derivaciones de cursos de agua, murallas, estacas afiladas disimuladas bajo ramajes... Podemos comparar esos trabajos a una especie de muro de Berlín, que aprisionaba a los ochenta mil hombres de Vercingétorix (y a toda la población civil) en aquella trampa mortal. El jefe galo expulsó a los civiles incapaces de combatir, que murieron de forma miserable entre las líneas enemigas. Algunas salidas valerosas, apoyadas por los refuerzos que llegaban de todas partes, se convirtieron en auténticas masacres durante el cuerpo a cuerpo, forzando a los galos a la capitulación. Los galos tuvieron que entregar a sus jefes y Vercingétorix, derrotado, permanecería seis años como prisionero en Roma, antes de ser ejecutado al final en 46. En septiembre de 52, la Galia estaba virtualmente conquistada. Sólo resistían algunos focos esporádicos e irreductibles, que César trató con una dureza inusual. El famoso sitio de Uxellodunum, en el Quercy, sería en particular atroz, y el miedo retrospectivo haría odioso a César en sus represalias. Quizá quería estar seguro, ante la perspectiva de una previsible guerra civil, de que ningún foco de guerra en el extranjero amenazase con perturbarle. Más adelante, tuvo que mostrarse generoso con la Galia, y permitió la subsistencia de las estructuras sociales, religiosas e incluso políticas del país, contentándose con un tributo razonable. A su parecer, esas provincias nuevas, correctamente administradas, debían entrar en un vasto conjunto romano que ya prefiguraba el Imperio.

De esa campaña larga y dura, César retornaba con un poder jamás igualado. Disponía de un botín considerable y de once legiones que se consideraban invencibles, dedicadas en cuer-

po y alma a su jefe. Los propios vencidos se enrolaban de forma voluntaria como auxiliares, precedidos por todas partes donde les emplease César de su reputación de feroces guerreros. Su prestigio había aumentado enormemente. Contra todo lo esperable, había reducido a su voluntad a un pueblo que se consideraba indomable. Esa fuerza y esa gloria iban a ejercer todo su peso en la crisis que, por desgracia, acababa de madurar en Roma.

La dicha de hablar, pensar y escribir

Ese tiempo de conquistas y de disputas asesinas en la Villa fue también el tiempo del buen estilo. Esa época, en la que Roma extendió su poderío tanto sobre los pueblos de mayor civilización como sobre los más salvajes, mientras en sus calles uno se protegía como podía de las bandas de Clodio y de Milón, esa época, decíamos, encontró el modo de escribir. Curiosamente, la lengua latina no sería jamás tan segura, tan elegante, tan portadora de sentido y de armonía como en ese preciso momento. Lejos de replegarse, como un grupo folklórico, en su especificidad nacional y lingüística, el romano supo asimilar lo que encontró de bueno y bello en otros lugares, entre los griegos, en Oriente, y con todo ello compuso su genio. «La verdadera originalidad -dice Paul Veyne-, se mide en la naturalidad de un gesto de apropiación». No se trata de recopiar, ni de repetir, sino que se traspone, se imita y así, de repente, se crea una lengua precisa para decir aquello que se quiere decir, pero capaz a un tiempo de recrearse en sí misma por el placer de las rimas, de los sonidos y del virtuosismo. Saben ya exponer y definir, atraerse la adhesión, pero les hace falta algo más:

sobreentender, sugerir, acariciar... En realidad, este siglo es de un vigor poco común, en todos los dominios.

César y Cicerón son, sin duda alguna, los dos grandes maestros de la lengua clásica, cada uno en su género. El estilo de César se adapta con exactitud al mensaje que pretende transmitir: enérgico, conciso, sin embellecimientos. Su elegancia es funcional, estrictamente de uso. Las palabras son elegidas y colocadas de forma justa, igual que los hombres en la batalla. Escribe a lo soldado, y no lo oculta. Quintiliano diría más tarde que «hablaba desde el mismo corazón con el que combatía», y en ese rigor sin floritura alguna, los romanos se reconocen. Cicerón es algo bien distinto, y su lengua lo muestra a la perfección. Es el hombre de acción, pero también de letras. Nutrido de todas las filosofías, las pliega sin excesivos escrúpulos a las exigencias de su conciencia de romano comprometido en política, pero también, hay que decirlo, a la exigencia íntima de su comodidad intelectual. Encuentra en la filosofía una guía para la acción política, para la organización de la vida cívica, pero también algunas recetas para conservar la buena conciencia y, al final, ser feliz. La filosofía, en la Antigüedad, no tiene otra finalidad. En cuanto a la elocuencia, que cultiva con delectación, debe ser el instrumento de la paz cívica. Debe permitir economizar los golpes traicioneros y las algaradas callejeras, y por eso nunca deja de usarla, como buen abogado. El equilibrio armonioso de los períodos, de los cuales el oyente seducido espera el final, los atajos que dejan con la boca abierta, las palabras chuscas que dan en el blanco, en resumen, los efectos oratorios, todo cuanto no tiene otra finalidad que el advenimiento de la razón, el *logos* de los griegos, en el punto donde la pasión, abandonada a sí misma, desencadenaría el altercado y haría aflorar los cuchillos. «Cada uno de sus discursos -dice

Pierre Grimal- es un acontecimiento histórico.» En suma, que para Cicerón, retórica y filosofía son inseparables. Sin filosofía, es decir, sin sabiduría, la elocuencia es un arma tan peligrosa como cualquier otra entre las manos de un aventurero sin escrúpulos. Sin embargo, sin retórica, y por tanto sin elocuencia, el discurso filosófico cae en saco roto, y a nadie se convence de nada.

Este siglo agitado supo cultivar también la poesía. El propio Cicerón no se olvidó jamás de ella. Había adaptado al latín los *Fenómenos* de Arato, el astrónomo-poeta del siglo III, y él mismo ponía a prueba a las musas desde la adolescencia. Un hombre moderno se asombraría sin duda de que escribiera, entre otros, un poema en tres cantos, en forma de epopeya, sobre su propio consulado: con mucha dificultad podemos imaginar a un presidente cantando así su mandato electoral. No obstante, ese detalle permite al menos hacerse una idea de la cultura de toda una época. Son los años en que Catulo aclimata en Roma la poesía lírica tan cara a los alejandrinos, mezclando con audacia la imaginería mitológica y la truculencia de la poesía popular. Catulo cantó, bajo el nombre de Lesbia, a una tal Clodia (que detestaba a Cicerón), quien muy bien podía ser la hermana del lamentable Clodio. En la Roma de aquellos tiempos, por tanto, sabían del juego del enamoramiento y de la escritura de versos encantadores, a veces inolvidables: «La detesto y la amo. Quizá te gustaría saber por qué. Yo no sé nada, sólo sé que es así, y que me torturo...» ¡Qué placer para Catulo cincelar sobre este tema versos que rimaban como una canción! No obstante, el poeta que domina el siglo es, sin duda alguna, Lucrecio, que es también filósofo. Este joven (del cual no se sabe gran cosa) se vio seducido por la física de Epicuro, expuesta en las cartas que sus discípulos explicaban con un fervor de

conversos. Esa visión del mundo, como todas las filosofías helenísticas, pretendía, en efecto, librar a los hombres el secreto de la verdadera felicidad: sufrir lo menos posible, no tener miedo de nada, encontrarse bien dentro de la propia piel. ¡Famosa empresa, a decir verdad, poner en verso todo un tratado completo de filosofía! Prueben, sino, para comprobarlo, a poner en alejandrinos la *Crítica de la razón pura* o, por ejemplo, *El capital.* Ése es el esfuerzo que realiza Lucrecio. El libro está dedicado a un amigo, un tal Memio, político al que vemos oscilar, según sus intereses de cada momento, entre los *optimates* y César. En unos tiempos marcados por las guerras, las proscripciones, las dictaduras, las conspiraciones, Lucrecio descubrió, con Epicuro, que los peores enemigos del hombre se encuentran en el interior de él mismo: el deseo inmoderado y el miedo. Ahora bien, como ya dije al final del capítulo precedente, la esencia del epicureísmo es precisamente la demostración, a partir del atomismo, que es una física materialista, de que no debemos temer nada y debemos desear pocas cosas, puesto que todo está formado por átomos que caen de forma eterna en el vacío: el mundo, los hombres, los fenómenos, los dioses, todo se hace y se deshace continuamente. El alma misma, a la que algunos filósofos y también la religión atribuyen una inquietante inmortalidad en los infiernos, se deshace con el cuerpo, en el mismo instante. Por tanto y en rigor, no hay en absoluto nada que temer, ni de unos dioses que no se preocupan por nosotros ni de una muerte que en sí no tiene consistencia alguna, y a la cual no nos enfrentamos, por consiguiente, de manera verdadera. Para el epicúreo de estricta observancia, no existe, pues, ningún motivo de angustia en este mundo, y en tiempos semejantes, se concibe que tal mensaje resultara seductor. En cuanto a la conducta en la vida, responde a unos principios muy

sencillos y que derivan de la física. El placer fundamental es, como ya hemos dicho, la ausencia de preocupaciones, la *ataraxia*, conquistada mediante una ascesis de todos los instantes. ¿Nos asaltan los deseos? Hay que satisfacerlos, pero sólo en la medida en que serían una molestia para nuestra comodidad íntima y sin refinamientos. Es decir, hay que escoger los placeres. Lucrecio distingue, con Epicuro, los placeres naturales y necesarios (beber, comer, dormir...); los placeres naturales, pero no necesarios (beber un buen vino, comer manjares, dormir en un lecho lujoso, fornicar) y, por último, los placeres que no son ni naturales ni necesarios. Lucrecio ignoraba, es evidente, el uso del tabaco, pero veía todos los días los estragos que causa, por ejemplo, la ambición, el deseo de glorias vanas de la política o de la guerra. En cada una de estas circunstancias, hay que atenerse a la satisfacción mínima. Un poco de pan mojado con agua constituye una cena deliciosa, si uno en verdad tiene mucha hambre, y sobrepasa de modo infinito en cuanto a placer a los refinamientos más laboriosos del sibarita fatigado. ¿El amor? Más vale, según Lucrecio, ir al burdel durante una hora que suspirar días y meses por los bellos ojos de un único amor, del cual vendrán al final más sufrimientos que paz. Y así sucesivamente. Un programa austero el de esa filosofía que convertía al placer en el bien soberano. No vayamos a creer que el poema de Lucrecio sea filosofía de trazo burdo. Todo está ahí: los átomos, el vacío, la génesis del mundo, la explicación de los fenómenos naturales, la textura de cuerpos y almas, y la serie de pruebas acerca de la no inmortalidad del alma... Lucrecio desciende incluso hasta los mínimos detalles técnicos, como el *clinamen*, esa misteriosa deriva que empuja hacia la izquierda la trayectoria vertical de los átomos y les permite agregarse para formar cuerpos en lugar de caer paralelos sin encontrarse

jamás; o bien esa distinción sutil entre el *animus*, que es una especie de voluntad reflexiva, y el *anima*, que es el alma toda entera, comprendido el *animus*. Eso muestra que en Roma, si bien sabían hacer la guerra, incluida la guerra civil, en la cual se destripaban mutuamente, dada la ocasión, también habían aprendido a filosofar.

«Es muy agradable, cuando en el vasto mar los vientos levantan las olas, asistir desde tierra a las rudas pruebas del prójimo: no es que el sufrimiento de alguien nos produzca un placer tan grande, pero ver a qué males escapa uno mismo es algo muy dulce.» Así cantaba Lucrecio en el segundo libro de *De rerum natura*. Como es lógico, no es cierto que ese mensaje desmotivador gustase a todo el mundo, más en una civilización en la cual ausentarse del juego político y guerrero era equivalente a excluirse de la condición humana vivida en plenitud. El romano viejo medio nunca acogió bien a los epicúreos, y sobre el poema de Lucrecio se abatiría una conjura del silencio. Incluso un hombre tan abierto como Cicerón, que pasó también su período epicúreo, pareció sufrir de manera súbita una pérdida de memoria. No habla de Lucrecio más que una sola vez, en una carta a su hermano Quinto, y se atiene de modo estricto al plano del valor literario. Por el contrario, en el entorno de César, el epicureísmo gozaba de gran favor, y se sabe ahora que Italia, y sobre todo la Campania, albergaba numerosos conventículos epicúreos. No obstante, cuando al perfecto romano le apetecía filosofar, se sentía demasiado unido a la religión ancestral como para admitir ese desapego de los dioses con respecto a los hombres y de los hombres con respecto a los dioses..., y ese desapego político, sobre todo, que no cuadraba con las formas tradicionales. El romano de buen linaje se sentía más a gusto dentro de los ropajes estoicos, con la providencia de los dioses ordenando el mundo y Roma

llamada, precisamente, a contribuir a la causa. La misión del romano, ¿no estaba acaso integrada en el orden eterno de las cosas? De buen grado se añadía a esta circuntancia cuanto se sabía de filosofía platónica, o de lo que se creía tal: un cierto escepticismo que procedía de la Academia, algunas visiones políticas procedentes de *La República* y *Las leyes* de Platón.

Estamos en el momento en que se hunden las antiguas instituciones republicanas, puestas en pie cuatro siglos y medio antes, cuando Roma todavía no era más que una ciudad, instituciones que ya no bastaban para gobernar un imperio, pero acaso lo más interesante que observamos es el hecho de que Roma se había convertido en parte importante del gran movimiento internacional «avant la lettre» que era ya, desde hacía cinco siglos, la *philosophia*. Durante largo tiempo, Roma había estado ausente de los intercambios de pensamientos que desde Elea a Atenas, de Abdera a Megara, de Agrigento a Éfeso, a Citio y a todas partes, reunían a hombres preocupados por comprender las cosas lo más posible y así intentar dar un sentido, en primer lugar, a la vida de las ciudades después, a la de los imperios, y, por último, al vasto mundo, del cual todo hombre se descubría ciudadano. Ahora Roma ya entraba en ese circuito de las filosofías, en ese comercio de los pensamientos, tan movible como el comercio de las mercancías y que seguía las mismas vías marítimas y terrestres. Mal recibida en un principio en la Roma del viejo Catón, la *philosophia* supo forzar la desconfianza de los romanos. Nacía un interés por todo lo que se había pensado y dicho antes de ellos, así como en otros lugares, en tierras que, a partir de entonces, les pertenecían o se encontraban en su esfera de influencia. Su genio de adaptación les había hecho intuir que allí había también algo de bueno para la Roma del presente, y no descubrían ningún motivo para que

se filosofase sin ellos. De ahí porqué Roma se propuso contar, también, entre las grandes capitales intelectuales donde se elaboraba el espíritu de los tiempos. A partir de este instante, quien deseaba filosofar ya no se veía obligado a una expatriación provisional, a irse a Atenas o al aprendizaje del griego si se quería reflexionar sobre la naturaleza del *cosmos* y sobre el sentido de lo que hemos venido a hacer al mundo. Se podía filosofar en Roma, en Italia (y en latín), admitiendo la posibilidad de perfeccionar este conocimiento mediante un pequeño viaje de estudios o la lectura de buenas obras en griego, cada vez comprendido mejor. Los grandes nombres de la filosofía pasaban por Roma, se instalaban una temporada y allí tenían discípulos o simplemente amigos. Se discutía, se reflexionaba, se comparaban los méritos respectivos de los sistemas. Sobre todo, se apreciaba, entre los romanos informados, la conveniencia o no conveniencia de tal o cual sistema con ese fondo vivido, esa memoria histórica incrustada en el corazón de cada uno, que hacía que fueran romanos, y no cualquier otra cosa. Entonces se mezclaban, se elegían, se elaboraba con tal o cual filosofía un objetivo del camino, y después se evolucionaba con el tiempo. En resumen: la filosofía se convirtió en una dimensión de la conciencia romana y cuando la filosofía se introduce en el curso de los pensamientos, ya nadie la puede olvidar. La filosofía, ya lo he dicho, nació griega. El milagro de ese siglo tan duro es que sin dejar de ser ella misma, la Gran Grecia se había vuelto romana... y la Gran Roma, sin dejar de ser ella misma tampoco, se había vuelto griega.

Este mismo tipo de pensamiento cosmopolita puesto al servicio de una nación convertida en imperio es muy propio de

Cicerón, de quien Grimal ha trazado, con gran finura y competencia, el itinerario filosófico. Aquí tenemos la figura de un joven que, en tiempos de Mario, de Sila, de Pompeyo, de César, tomó contacto con todas las grandes ideas de su tiempo y las integró en lo romano. Conoció el aristotelismo por Estratón, antes de conocer a Fedro, que le convirtió durante un tiempo al epicureísmo. ¿No era aquélla la edad en la que uno adoptaba una filosofía como quien tiene una amante, y durante el mismo tiempo? Cicerón no tardó en caer bajo la influencia del académico Filón de Larisa, llegado a Roma en el año 88, perseguido por la guerra de Mitrídates. Algo de su escepticismo arraigaría en él para siempre, quizá porque aquel académico sabía hablar mejor que los demás y para Cicerón ese detalle contaba mucho. Después conoció a los estoicos, Diodoro, Aelio Stilo y, sobre todo, el gran Poseidonio de Apamea, alumno de aquel Panecio de Rodas a quien ya conocemos. Cicerón se instruyó, pues, en la doctrina del Pórtico, aunque sin someterse a ella. De paso por Atenas, pudo estudiar junto a Antíoco de Ascalón, que en un esfuerzo de renovación original, realizaba una especie de sincretismo entre platonismo y estoicismo. Cicerón, en un momento privilegiado de su juventud, se mezcló, por lo tanto, en las grandes controversias que agitaban Atenas, en los grandes debates puramente especulativos del medio escolar. En efecto, se comenzaba a descubrir que había muchos tipos de platonismo, según las tradiciones, y de espíritus muy distintos. De golpe, Cicerón cogió gusto a la historia de la filosofía, gusto que no le abandonaría jamás. Había visto y oído tantas cosas que, según su parecer, retuvo la idea de que la filosofía es menos un contenido dogmático que haya de asimilarse en bloque, que un lenguaje conceptual. Y ese lenguaje, en el cual él sobresaldría y al cual supo dar mediante el latín una forma adaptada a

las necesidades de sus compatriotas, permite atrapar, dominar y expresar la infinita complejidad de lo real. Los grandes sistemas rinden cuenta, cada uno, de esa realidad, pero tal como la plantea su problemática, circunstancia que de modo fatal los opone unos a otros. Por tanto, habría que tener siempre presentes en el espíritu esos análisis parciales, fragmentarios; utilizar con plena conciencia lo que cada uno de ellos ha expresado mejor de la realidad. La Academia había enseñado a Cicerón el planteamiento de los problemas, la dialéctica estoica le ayudaba a definir las hipótesis y el aristotelismo un razonamiento ajustado en función de las exigencias de la humanidad tomada en concreto, en su contexto cívico. En fin, lo que él sabía de Platón (había traducido algunos diálogos) daba a su alma un cierto «añadido», una luz metafísica que se unía a sus intuiciones religiosas, pero también al gusto de conciliar en política aquello que de bueno poseían los tres regímenes estudiados por Platón: la monarquía, la aristocracia y la democracia. El régimen ideal, aquel con el cual Cicerón jamás dejaría de soñar, hubiera sido algo así como una síntesis de los tres. Estas ideas debían de parecer bien ingenuas a algunos, mientras en las calles de Roma se encarnizaban los enfrentamientos entre *populares* y *optimates*, y que todavía empeorarían más. Podríamos decir, sin exageración, que Cicerón murió por culpa de ese sueño filosófico. Sin embargo, aún no había llegado el momento. César regresaba cubierto de gloria, Pompeyo esperaba su oportunidad y el Senado no sabía con exactitud por quién decantarse.

Capítulo 6

Los últimos días de la República

El peso de las armas - De Pompeyo a César

Mientras Julio César «quebrantaba a los galos» con el éxito que ya sabemos, en Roma los acontecimientos se precipitaban, sin que nadie supiera con exactitud en qué dirección. Acababan de escapar a la conjura de Catilina, y sin embargo, se había permitido a Clodio y sus secuaces del partido cesáreo que desterrasen a Cicerón, salvador del Senado, con ayuda de los cónsules en ejercicio, recompensados de inmediato por su complacencia mediante la concesión del gobierno provincial que eligiesen. A pesar de que las bandas armadas de Clodio dominaban Roma e impedían incluso las elecciones, el tribuno daba la impresión de actuar con exceso. La inquietud aumentó aún más el día en que, detenido por azar uno de sus esclavos, éste confesó que se le había ordenado asesinar al mismísimo Pompeyo. Todos se preguntaron si Clodio, al parecer hombre incondicional de César, no habría empezado a trabajar por su cuenta sin más ni más. Pompeyo, muy afectado por el incidente, se retiró con prudente actitud a su casa para reflexionar. Acabó por plantearse si no sería una solución llamar a Cicerón, al menos de modo provisional. Los senadores, por su parte, no estaban muy dispuestos a ello, y además hacía falta encontrar una autén-

tica fuerza capaz de enfrentarse a los esbirros del tribuno. Es verdad que ya existía una banda rival, conducida por el tribuno Milón, pero eso no bastaba. Por tanto, Pompeyo resolvió reunir en Italia, donde tenía buenos apoyos, a un cierto número de partidarios, decididos a que ese desorden cesara. Por fin, con el apoyo de algunos partidarios de Cicerón, creó un movimiento de opinión pública a favor del proscrito. En un vibrante elogio de Cicerón ante el Senado, declaró al exiliado Salvador de la Patria, calificativo nada exagerado. De tal modo que en 57, una multitud considerable y muy motivada aclamó a lo largo del camino al mismo hombre al que había expulsado un año y medio antes. Un incidente que dice mucho sobre el ambiente que se respiraba en Roma en aquellos momentos.

Encantado al comprobar que por fin se le hacía justicia, Cicerón no perdió un segundo. Su idea, que seguía siendo la misma, era la creación de un gran movimiento unitario, «la reunión de la gente honrada», que reagruparía entorno al mismo propósito de salvar las instituciones a los *nobiles* de buena voluntad, los caballeros, desde luego, los ciudadanos de los municipios italianos que le habían ayudado tanto a su vez y hasta los libertos. De ese movimiento de unidad nacional, convocado ante la gravedad del momento, Cicerón sería el *princeps* o «presidente», título que se daría más tarde a los césares, una vez llegado el Imperio. Ya vemos de qué manera se dibuja ante nuestros ojos la evolución de los años por venir. Se trataba de un programa muy interesante al cual le faltaba una sola cosa: la fuerza. Cicerón no podía ejercer ninguna, mientras que el desorden se instalaba a sus anchas en las calles. ¿Podría asumir Pompeyo ese papel? A buen seguro, mejor que Cicerón, si se consideran las fuerzas armadas, pues al menos podía contar con sus veteranos. Sin embargo, donde se le planteaban verdade-

ras dificultades a Pompeyo era en el Senado. Por otra parte, acababa de producirse un levantamiento en Egipto. Quizá recordemos al rey Ptolomeo Auletes, consagrado como «amigo de Roma» mediante una suntuosa propina que se habían embolsado Pompeyo y César. Ahora, el infortunado monarca acababa de ser depuesto por sus propios súbditos en favor de su hija Berenice, a quien deseaban como reina, por lo que se había creado un desorden muy preocupante en la región. Pompeyo, interesado por el asunto, estaba dispuesto a emprender una expedición a fin de restaurar al rey, pero el Senado conocía demasiado bien al vencedor de Oriente y sus perpetuos triunfos. Si conquistaba el Egipto lágida, su fuerza sería tal que nada ni nadie podría apartarle de la conquista del poder supremo... El Senado, pues, rechazó la idea de esa campaña. Contrariado y furioso, Pompeyo decidió acercarse de nuevo a Craso y César, sus compañeros de «triunvirato». Una vez más, el Senado había perdido la iniciativa. Los tres personajes se reunieron, pues, en la primavera de 56 en Lucca, en la Cisalpina (por tanto, en casa de César) para celebrar una conferencia en la cumbre, a la cual asistió todo aquel que contaba en la vida política. Cicerón no estaba allí. Grimal considera que, fiel a su línea de conducta, no deseó tomar parte en unas negociaciones que corrían el riesgo de fomentar el surgimiento de una tiranía, una amenaza que pensaba haber eliminado. La conferencia se desarrolló a la perfección sin su presencia. Los asistentes decidieron reservar un segundo consulado a Craso y Pompeyo en 55. A continuación, Craso se vería provisto de Siria, desde donde quería partir para realizar una expedición contra los partos, mientras que Pompeyo asumiría el gobierno de Hispania. Decidieron también prorrogar los poderes de César el tiempo que fuese necesario.

En suma, en la conferencia de Lucca, el Senado comprobó cómo se le arrebataba una vez más la libre discusión de los asuntos importantes, y aparte se daba un toque de atención a Cicerón. Tras la constatación amarga de que todo el mundo parecía estar contento, se resignó: «Como aquellos que no tienen poder no me quieren -escribe a un amigo-, debo procurar que aquellos que tienen poder me amen...». Lo que él deseaba, antes que nada, era la desarticulación de la violencia, que jamás se resignaría a admitir como medio de gobierno. Con ese objetivo, imposible por otro lado de conseguir, proseguiría su acción día tras día, dando a veces la impresión de no saber lo que deseaba. Craso y Pompeyo siguieron como cónsules en 55, y Pompeyo se dispuso a restablecer mediante un ejército romano al infortunado Ptolomeo Auletes en su trono, ayuda que le costaría al monarca una pequeña fortuna y permitiría a Pompeyo disponer de una opción sobre Egipto. También hizo construir un teatro de piedra, el primero, en el Campo de Marte, iniciativa que le valió los mejores sentimientos del pueblo, muy aficionado a los espectáculos.

Por lo demás, el tiempo trabajaba a favor de Pompeyo. En Roma, el desorden no hacía más que crecer y extenderse, y muchos deseaban un puño que fuera capaz de contenerlo. ¿Qué otro sino Pompeyo disponía de forma inmediata de lo necesario? En cuanto a su colega Craso, su expedición en tierras de los partos iba de mal en peor. En efecto, cayó en una trampa en la primavera de 53 en el desierto mesopotámico, que quería atravesar para llegar a Ctesifonte. Craso fue derrotado en Carres (la actual Harran, en Turquía), perdió siete legiones y encontró él mismo la muerte. Por su parte, César luchaba con-

tra el levantamiento general de las Galias a la llamada de Vercingétorix, y ya sabemos lo preocupante que había sido el año 52 para el cuerpo expedicionario. En cuanto a Clodio, el hombre para todo de César, acababa de ocurrirle un accidente, pues tras haber provocado demasiado a su inseparable antagonista Milón, había salido del envite con heridas de pronóstico reservado. Al día siguiente, los hombres de Milón invadían el albergue donde se refugiaba y aliviaban sus padecimientos. *Exit* Clodio. Pompeyo tenía ya las manos libres.

De hecho, Pompeyo no se arriesgaba a verse frenado en sus proyectos por los cónsules, ya que el año 52 no se había designado ninguno. En cuanto al venerable Senado, tenía miedo de todo y de todo el mundo: de Pompeyo, que estaba al pie del cañón; de César, que estaba lejos, pero que podía volver, y, más que de nadie, del pueblo. Hay que considerar que la eliminación de Clodio, amado por la plebe, había desencadenado el más negro furor. Los *populares* veían en ese vulgar ajuste de cuentas la mano oculta del Senado, opinión un tanto exagerada. Las exequias fueron movidas, además de ricas en gestos simbólicos, y poco tranquilizadoras. Piadosas manos populares llevaron los despojos mortales del demagogo a la sede misma del Senado, los depositaron allí... y lo incendiaron todo. Los senadores, reunidos de urgencia, designaron a Pompeyo como interino, medida que le daba licencia para reunir las tropas en Italia. Se produjeron conversaciones con el partido de César. Los senadores proponían que Pompeyo asumiese en solitario el consulado, pero los tribunos de la plebe querían que se le asociase César, proposición muy poco realista si pensamos que, en ese momento preciso, la Galia entera se sublevaba. Se convino un arreglo donde César insistió mucho en que Milón, el asesino de Clodio, fuese castigado. Su insistencia no se debía sólo

a su preocupación por la moral pública. Ocupado como estaba en las Galias, César no deseaba ver a Pompeyo secundado en Roma por un socio tan expeditivo. Al final, Pompeyo fue revestido en solitario del consulado, hecho que no dejaba de parecerse bastante a la dictadura de Sila. El Senado temía a Pompeyo, desde luego, pero ¿no era acaso el último bastión de orden en aquellos momentos trágicos? Además, el arreglo cara a cara entre Pompeyo y el Senado no tardó en tomar un cierto aspecto de alianza. Por su parte, Pompeyo no manifestaba ningún interés en empañar su imagen de salvador, y supo manejar bien a la alta asamblea. Puso un poco de orden, complació a los *populares* y a César promulgando la condena de Milón (quien se apresuró a huir), y después amañó con astucia los textos legislativos y reglamentarios a fin de retrasar en lo posible el regreso de César a la política. En cuanto a su propia persona, se hizo otorgar cinco años suplementarios de proconsulado en Hispania, antes incluso de trasladarse allí... Todo ello creó, a partir de 52, las condiciones de una cálida amistad a contrapelo entre los dos *imperatores*.

Entre los años 51 y 50, las cosas no hicieron más que estropearse de modo paulatino entre ambos hombres. Durante este período son tan complicados los golpes amagados y las batallas de procedimiento que debemos contentarnos con la explicación de lo esencial. A partir del año 51 los nuevos cónsules se nombraron con regularidad, y Pompeyo, lejos de ponerse en primer plano, fingió esfumarse tras las decisiones de un Senado al que inspiraba. Cicerón fue enviado a gobernar Cilicia, donde actuó del mejor modo. Reprimió una sedición y sitió, según todos los cánones del arte militar, una villa que no espe-

raba más que a los partos para pasarse al enemigo. Allí se ganó a su vez el título de *imperator*, y consiguió que le otorgaran el mando de la región militar de Capua.

César, por su parte, disponía de un nuevo portavoz en Roma en la persona del tribuno de la plebe Escribonio Curio. No obstante, a pesar de sus esfuerzos, éste no consiguió impedir al Senado que votase, en octubre de 50, el reemplazo de César a la cabeza de la expedición de las Galias. Veamos cuál era la intención de los senadores: si César regresaba a Roma, por fuerza dejaría a sus soldados en la Galia, y era preferible saber que estaban allá lejos que detrás de su inquietante general... Comprendiendo la maniobra, Curio dejó al tribuno de la plebe del año 49, Marco Antonio, al frente del partido cesáreo en la Villa, y corrió a reunirse con César, quien, sin osar entrar en Italia, se había aproximado bastante. Se hallaba situado en Rávena, en la Galia Cisalpina, a la cabeza de una legión de élite, la XIIIª. El *imperator* despachó a Curio portador de un mensaje conciliador para los senadores el 1 de enero de 49. A pesar de ese gesto, y a pesar también de Antonio, que agitó la amenaza del *veto* tribunicio, el Senado respondió mediante el terrible senado-consulto llamado *ultimum*, que requería una movilización general.

Informado de esta reacción, César reflexionó. Por una parte, podía argumentar con toda facilidad que con su negación a tener en cuenta el *veto* de Antonio, los senadores se habían colocado en una situación ilegal. Si habían manifestado una audacia que no les correspondía, era porque se habían situado, de forma pusilánime, bajo la cobertura de Pompeyo. Por otra parte, si obedecía y regresaba a Roma como un simple civil, lo perdía todo. Su pasado y su presente habrían renunciado a todo el poder sobre el porvenir que acariciaba. En fin,

César consideró que la relación de fuerzas sólo podía serle favorable. Sus hombres le eran por completo fieles, mientras los ejércitos de la República, bajo el mando de un jefe envejecido, estaban a la defensiva. Además, César sabía demasiado bien que ni Pompeyo ni él mismo tenían deseo alguno de gobernar en compañía. Era o uno o el otro. Y prefería ser él.

Finalmente, en el curso de la memorable noche del 11 al 12 de enero del año 49, César decidió transgredir las órdenes. Entró en Italia a la cabeza de sus tropas. Un pequeño río, el Rubicón, marcaba la frontera entre la Cisalpina y el territorio metropolitano. «Hasta este momento -anunció a sus hombres-, todavía podemos echarnos atrás. Pero una vez pasado ese puente, todo deberá regirse por las armas...» A continuación, se dice, se vio favorecido por una visión desde lo alto... de las muchas que se dan en la historia, sobre todo para legitimar los golpes de fuerza. Reconfortado, se limitó a decir: «Vamos allí donde nos indican los signos de los dioses y la injusticia de nuestros enemigos. La suerte está echada. *Alea jacta est...*». Y César franqueó el Rubicón. Una nueva guerra civil había comenzado. A la vieja República le quedaba muy poco tiempo de vida.

El recorrido del conquistador, o Roma contra Roma

Los dioses se habían alineado del lado de César, pero no es cierto que todos los humanos hubiesen hecho lo mismo. Al franquear la frontera, César entraba en rebeldía contra la legalidad republicana, y podía esperar una larga resistencia. Los cuatro años posteriores serían para César una sucesión de campañas a diestro y siniestro, entrecortadas con breves estancias en la villa. En Roma, Pompeyo se aburría un poco en una engañosa segu-

ridad y hacía alarde de esa tranquilidad: «Sólo con golpear con un pie en la tierra en Italia -decía con un enérgico movimiento de la barbilla-, saldrán las legiones». Se sabía del avance progresivo de César y de su afianzamiento en diversas villas del norte. A su fiel legión XIII[a] se habían unido otras dos procedentes de las Galias, al tiempo que dejaba otras más allá de los Alpes para que vigilasen Hispania. En Roma empezaron a inquietarse. Una columna, dirigida por Antonio, tomó Arezzo, aunque hasta el momento César controlaba los dos accesos a la Villa. Poco después, se supo que el rebelde, en aparente renuncia al enfrentamiento directo, enfiló a lo largo del Adriático sin que nada detuviese la marcha de sus hombres, seguros de su fuerza, apoyados por caballería auxiliar gala y germana de aspecto nada tranquilizador. No se sabe si Pompeyo se decidió a golpear con el pie, pero debió resultarle bastante inútil, porque tomó la determinación de renunciar a la defensa de Roma e Italia. Bajó hacia Brindes (Brindisi) con los cesáreos pisándole los talones y consiguió embarcar tanto a sus tropas como a la mayoría de los senadores que le habían seguido. El viejo jefe a buen seguro tenía su plan. Si aprovechaba su flota, y ya que César no tenía un solo barco, podía proceder a un bloqueo estricto de Italia, matando de hambre al ejército disidente para rodearlo, llegado el momento oportuno, con la ayuda de las inmensas reservas que acudirían de todas partes, sobre todo de Oriente. Además, disponía de las legiones de Hispania, que darían mucha leña que cortar a César.

Sin embargo, las cosas no iban tan mal para César como preveía Pompeyo. Le había bastado con plantarse ante las murallas de Corfinio para obtener en una semana la rendición de la plaza, defendida por Lucio Domicio Ahenobarbo, el descendiente de aquel cónsul que en el año 122 había organizado la

Galia Transalpina. César demostró entonces una notable clemencia no exenta de interés, pues si deseaba gobernar en solitario algún día, le interesaba ganarse el afecto más que el odio. A su entrada en Roma, a la que regresaba después de tantos años de guerra, reunió lo que quedaba del Senado y realizó una arenga puramente formalista. Con la previsión de que Pompeyo tardaría un tiempo en reagrupar sus refuerzos, decidió liquidar con la máxima rapidez todas las legiones pompeyanas de Hispania, pues no las quería saber a su espalda si el combate final debía llevarse a cabo en Italia.

En abril de 49 estaba junto a las murallas de Marsella, ciudad libre pero que había tomado partido por Pompeyo e incluso había acogido al famoso Ahenobarbo, el vencido de Corfinio, que había sido liberado. Deseoso de llegar cuanto antes a Hispania, dejó el sitio de la villa a los cuidados de su legado Trebonio y fue a enfrentarse a las legiones de Pompeyo. No tardó en reducirlas, primero en Lérida, después en Córdoba. La misma política de generosidad hacia los vencidos. En aquellas operaciones ganó una flota en la que regresaría con total tranquilidad. Al pasar, recibió también la sumisión de Marsella, que perdía así su independencia de ciudad helenística. A cambio, César ganaba un suplemento marítimo, aunque pocos bienes materiales. El último bastión del helenismo en Occidente había caído a manos del latinismo triunfante. Los cesáreos, sin embargo, también habían sufrido sus reveses. El fiel Curio, que con tanta efectividad le había defendido cuando era tribuno de la plebe, se había apoderado de Sicilia (de máxima importancia para el reavituallamiento de los ejércitos), pero había sido derrotado durante su incursión en África por el rey Juba de Numidia, cliente de Pompeyo. Encontró allí una muerte gloriosa y César perdió tropas preciosas. Poco después hubo

que reprimir un motín. Los soldados de César, con escaso entusiasmo ante la idea de emprender, sin haber reposado lo más mínimo, la nueva campaña contra Pompeyo, se sublevaron en Plaisance. El ascendente de César obró de nuevo maravillas, así como algunas ejecuciones.

A finales de 49, César retornó a Roma como conquistador. No dudó en llenar sus arcas mediante el saqueo de los tesoros de los templos, ya que tenía gran necesidad de liquidez para emprender el combate decisivo contra su adversario. Por otra parte, no volvía de forma irregular, ya que mientras guerreaba en Hispania, Lépido y algunos senadores bien dispuestos le habían conferido la dictadura. En enero de 48, tras un restablecimiento total del orden, fue elegido cónsul al mismo tiempo que otro magistrado. Así pues, César regresaba a la legalidad durante un tiempo. A partir de entonces, Pompeyo no era más que un usurpador, y el Senado, instalado en Tesalónica, una asamblea sin representatividad alguna. César se dispuso a acabar con el antiguo gran hombre de una forma por completo legal.

No convenía dormirse y darle la oportunidad a Pompeyo para que se revolviese. El tiempo apremiaba. En enero de 48, y sin dejarse impresionar por la desproporción de fuerzas que jugaba a todas luces a favor de los pompeyanos, apoyados por su inmenso imperio, César consiguió burlar el dispositivo marítimo colocado por sus adversarios y desembarcar a la cabeza de siete legiones en los confines de Épiro y de Macedonia. Otras cinco legiones estacionadas en Brindisi aguardaban el momento favorable para embarcarse a su vez..., circunstancia que se retrasó mucho, tanto en razón de la superpoblación del mar como de la estación del año.

Duro período para los cesáreos, vencidos en Dyrrachium (Durres), actualmente en la costa albanesa, y después atrapados entre el ejército de Pompeyo y el comandado por Metelo Escipión. En julio de 48, el Senado de Tesalónica, de obediencia pompeyana, creyó que César estaba acabado. Regocijados, ya imaginaban su ruina. Sin embargo, al arrastrar a su adversario a Tesalia, César había forzado al destino, obligando a Pompeyo a batirse al descubierto en la llanura de Farsala.

Así, dos ejércitos romanos se encontraban ahora frente a frente dispuestos a una lucha que, en sí misma, era absurda. ¡Qué lejos se encontraba el tiempo del pueblo en armas, que como un solo hombre marchaba a la victoria o a la muerte, por la mayor seguridad y gloria de la patria! Al amanecer de un día de verano de 48, Roma se encontraba frente a frente para un combate del cual dependería el porvenir de sus instituciones. Las ideas de Cicerón, sin duda, no habían prevalecido, y tampoco él se había manifestado con claridad en aquellas circunstancias, siempre dudoso y seguro de una sola cosa: fuera quien fuera el ganador, habría una tiranía, el poder de uno solo. Sí, ¡qué largo camino para un desenlace tan absurdo! El alcance simbólico de Farsala, día de duelo para unos, día de gloria para los otros, marcaría durante largo tiempo la memoria de los siglos.

Sobre el terreno, en todo caso, los dos jefes tenían sus propias ideas. Seguro de su caballería, integrada tal y como lo requerían las normas por la más fina flor de la nobleza, Pompeyo contaba mucho con su sabia agilidad para envolver al ejército que tenían ante sí en sus puntos más expuestos. El terreno, por otra parte, se prestaba a ello. César también conocía sus propias debilidades y, previendo el golpe, había dispuesto detrás de su tercera línea una cuarta, formada por cohortes de élite, que per-

manecería en reserva. César atacó el primero, de forma decidida pero lenta, mientras sus oponentes esperaban a pie firme. A una señal, la caballería de Pompeyo se lanzó al ataque, seguida de los arqueros. La caballería de César, tal como estaba previsto, cedió, incitando a los pompeyanos a la persecución de los escuadrones que rompían el contacto. César, que esperaba el momento propicio tan caro a los griegos, dio orden a su famosa cuarta línea de entrar en combate en columna de ataque. Todos aquellos hermosos hijos de buenas familias, más o menos bien formados, no duraron demasiado ante los viejos legionarios, curtidos en tantas y tantas guerras, conocedores a fondo de todas las maniobras y las astucias... y hasta quizá contentos de tener la ocasión de poder aplastar a la aristocracia. La tercera línea de César, que no había entrado en combate hasta aquel momento, se integró también en la lucha. César dirigía la batalla como un músico que construye una fuga, con sus entradas y su contrapunto. A mediodía, todo estaba decidido. Viendo la partida perdida, los jefes de la *nobilitas* huían hacia África, con el fin de reagruparse allí. César, que tenía horror a las victorias a medias, llevó el combate hasta el campo de Pompeyo. En ambas partes, el valor había sido el mismo, y parecido el menosprecio a la muerte. El viejo jefe, derrotado y estimando que el destino había jugado en su contra, se había retirado unos momentos a su tienda. Cuando comprendió que todo estaba perdido, huyó hacia Asia Menor y después hacia Egipto, donde desde hacía mucho tiempo contaba con apoyos. Hasta allí arrastró en su persecución a los cesáreos, y una suerte desgarradora le aguardaba. Tras desembarcar en Pelusia, fue asesinado por los agentes del rey Ptolomeo XIV, esposo y hermano de Cleopatra VII («nuestra» Cleopatra...). Funesto final para un gran hombre que inspiró al gran Corneille la más fría de todas sus obras. La cabeza de Pom-

peyo se guardó de forma cuidadosa para presentársela a César, quien iba a desembarcar en Alejandría cuatro días después de ese vulgar asesinato. El vencedor se indignó sinceramente al conocer ese fin; César no era Mario, quien llegó incluso a insultar a la cabeza de un muerto.

Aunque se había desembarazado de su rival, César todavía tenía mucho que hacer en todas parates hasta reducir al partido pompeyano, que intentaba reagruparse. Le hacía falta, ante todo, asegurar Oriente, y para empezar ya que estaba allí por Egipto. Había comprendido desde hacía años la importancia de ese gran país, y no era el primero. Si el reino lágida era el único de los grandes estados helenísticos que seguía siendo independiente de Roma, no era por falta de codicia. Se sabía que el *imperator* que consiguiese tener Egipto bajo su control dispondría de una cantidad tal de riquezas que sería al mismo tiempo amo de Roma. Pompeyo había soñado con ello antes, ya lo vimos, y el Senado se dio cuenta. Y quién sabe si con su desembarco en Pelusia al día siguiente de Farsala, no imaginase encontrar allí los medios para volver a su favor la suerte de las armas... El caso es que era César quien se encontraba ahora en Egipto. Se había dado el lujo de presentarse como cónsul, precedido de sus lictores. ¡Incluso se había instalado en palacio! Sin embargo, aquella corte era un verdadero nido de víboras. No menos de cuatro pretendientes se disputaban el poder, cada uno con sus camarillas y sus sicarios, y las traiciones menudeaban. La hermana de Ptolomeo XIV, Cleopatra, estaba en el exilio. César la hizo volver en secreto (se cuenta que fue introducida de noche en el palacio, envuelta en una alfombra) y la reconcilió, al menos en apariencia, con su hermano. Restauraba así la monarquía y al mismo tiempo se aseguraba el control. No obstante, los alejandrinos, gente poco cómoda y que dejaría funestos recuerdos

a más de un alto funcionario romano, no tardarían en comprender que aquello era un protectorado mal disfrazado. Intentaron envenenar a César en el banquete de reconciliación de hermano y hermana: el complot fracasó, aunque sólo en parte. Unos conjurados organizaron un levantamiento y durante todo el invierno de 48-47 César tuvo que sufrir un sitio en el barrio de palacio, hasta que Mitrídates de Pérgamo, príncipe amigo, vino a sacarle de su molesta posición. Rocambolescas aventuras en el curso de las cuales César se enamoró de aquella joven soberana, cultivada y encantadora a más no poder. Se apresuró entonces a concretar sus sentimientos haciéndole un niño, el pequeño Cesarión, de breve y triste destino. Después realizó aquel extraordinario crucero de dos meses a lo largo del Nilo en compañía de la joven, en un ambiente muy refinado. Para el epicúreo César, aquél era el momento de aprovechar el presente (*carpe diem*, diría más tarde Horacio) y saborear las delicias de una vida inimitable, que le desligaba de todas las fatigas y azares. Claro que al mismo tiempo pudo realizar una investigación profunda del estado del país.

César no podía languidecer de modo indefinido en los sofás de Cleopatra, aunque durmiese siempre con un ojo abierto. En el mes de junio de 47 le advirtieron de que en Asia Menor un tal Farnacio, hijo del gran Mitrídates (en tiempos implacable enemigo de Sila, de Lúculo y de Pompeyo), había reemprendido la revuelta contra Roma y hasta derrotado al lugarteniente de César en Nicópolis. A César se le subió la sangre a la cabeza. Abandonó a Cleopatra y fue, vio y venció al reyezuelo en cuestión en Zela. A propósito de esa batalla, en efecto, César pronunció las famosas palabras: *veni, vidi, vici*, que todos repiten hoy en día sin saber de dónde proceden. De hecho, no las pronunció jamás: se las escribió a un amigo.

Tranquilo por ese lado, César decidió su regreso a Occidente, donde diversos asuntos le reclamaban. A su paso por Atenas, quiso perdonar a la prestigiosa villa haber hecho causa común con Pompeyo: «¿Será necesario siempre, pues, que, mereciendo la muerte, debáis vuestra salud a la memoria de vuestros antepasados?» En Brindisi, César acogió con amabilidad a Cicerón, pompeyano arrepentido (y además bastante tibio) y que había acudido por voluntad propia a reunirse con el vencedor. En octubre, César se instaló en Roma durante algunas semanas, ya que la agitación demagógica de varios de sus partidarios le obligaba a tomar las riendas. A finales de diciembre de 47, César desembarcó en África, donde se habían parapetado los últimos pompeyanos, el antiguo Senado y diez legiones. Las dos cabezas del movimiento eran Metelo Escipión y Marco Porcio Catón, el bisnieto del Antiguo, tan intransigente en sus principios como lo fue su bisabuelo. Su rectitud, su rigor moral, que debía mucho a la filosofía, le habían conducido en el curso de los años anteriores a resistirse de manera sucesiva a Sila, a Catilina, a Craso, a Pompeyo, a César, en resumen, a todo el mundo. Con un valor admirable, esos últimos partidarios del viejo orden romano se encontraban allí donde podían contar con la alianza del rey Juba de Numidia, el fiel cliente de Pompeyo. César había sido nombrado una vez más cónsul para el año 46 con Lépido y, por tanto, de forma absolutamente regular emprendió la tarea de limpiar ese último foco de resistencia. El episodio abunda en nobles rasgos que encantaron de forma visible a Montherlant, que los narra en *El décimo tercer césar.* En Tapso, César batió primero al ejército de Metelo Escipión, quien se traspasó el cuerpo con una espada, respondiendo a sus soldados, que le buscaban: «*Imperator se bene habet...*», expresión que Montherlant tradujo como «No os

molestéis por el general...». Catón, llegado hasta Útica, en la costa norte de Cartago, se las arregló primero para que sus partidarios estuviesen seguros y hasta supervisó su embarque. Después, decidido a acabar con su vida, se retiró a su habitación a leer el *Fedón*, donde Platón habla de la inmortalidad. Llegado el momento, hizo que le llevaran su espada. Como juzgó que sus esclavos tardaban demasiado en llevársela, gratificó al primero que se presentó con un puñetazo tal en la cara que se lesionó la mano..., acción que no impide a Montherlant presentarlo como un humanista distinguido. Este accidente haría que Catón fallase su golpe, le cosieran y tuviera que desventrarse por segunda vez. A partir de entonces, en la historia se le conoce como Catón de Útica. Los otros resistentes de África, incluido el rey Juba, murieron en combate o se suicidaron para no caer en manos de César. La verdad es que, desde su punto de vista, tenían razón. Su honor permanecía a salvo.

Tras liquidar de este modo las últimas resistencias en África, César pudo volver a Roma, donde permaneció siete meses seguidos y recibió un nuevo consulado para el 45. Sin embargo, no habían concluido todas sus penas, pues la guerra civil rebrotó bruscamente en Hispania, donde los dos hijos de Pompeyo, Cneo y Sexto, así como Labieno, el antiguo legado de César en la Galia, habían encontrado refugio. Por lo tanto, se vio obligado a partir de nuevo a toda prisa hacia el sur de Hispania, adonde llegó en la primavera de 45. La campaña fue breve, pero de una violencia inusitada. César estuvo una vez más en peligro de ser vencido junto a Munda, al sur de Córdoba, pero dio pruebas de un valor físico tan impresionante ante sus soldados en desbandada que restableció la situación. Cneo Pompeyo y Labieno murieron allí. Sólo Sexto Pompeyo consiguió escapar. La última batalla de esa interminable guerra civil

acabó con las sangrientas represalias perpetradas por las tropas galas. Un triunfante César pudo por fin retornar a Roma. A partir de entonces fue el único detentador del poder, y para él, eso no era una vana satisfacción de su amor propio o una revancha: si había ambicionado tanto aquel poder era para disponer de la capacidad de hacer algunas cosas. César tenía ideas.

Todo un mundo para organizar - César dictador

Volvamos a la Roma de finales de agosto del año 45, César celebró entre el entusiasmo popular el reencuentro con el que a partir de entonces era su pueblo y el primero sus cinco triunfos oficiales. ¡Cuántos festejos! ¡Qué esplendor! ¡Y cuánta propaganda! Se complació en invitar a Roma a Cleopatra y a su hermano-esposo, acompañados del pequeño Cesarión, y los alojó con la mejor hospitalidad en una magnífica residencia florida a la orilla derecha del Tíber. Se trataba de una medida muy prestigiosa y cómoda en lo político: desde luego, había tenido buen cuidado de dejar en Egipto a cuatro legiones y un miembro de la caballería, en teoría encargado de dirigirlas, pero en realidad con el mandato de gobernar bajo mano aquel reino «independiente» que, con lenta suavidad, volvía a ser provincia romana. Ya se había visto a César desfilar triunfante en las Galias, arrastrando a Vercingétorix encadenado. Se le había aclamado como vencedor del Ponto, de África y de Hispania. A las diez provincias del tiempo de Sila, se habían añadido otras ocho. Reinaba sobre un imperio y daba la impresión de haber ganado en todos los frentes. En la conciencia popular, César tomaba poco a poco la figura de un superhombre, en verdad querido por los dioses todopoderosos. Tal era, en efecto, aquella

«teología de la victoria», para recoger la expresión de Pierre Grimal, inherente al espíritu romano desde sus orígenes y que reconocemos bajo formas diversas hasta su fin: la victoria designa al jefe romano (a ése, y no otro) porque los dioses han tomado partido, de una vez por todas, por la causa de Roma. *Victrix causa diis placuit...*

Esta vez los dioses habían manifestado sus preferencias de una forma que no podía ser más clara, e incluso exagerada en todos los planos. César regresaba a Roma a la cabeza del Gran Ejército. Su volumen, su calidad, el estado de sus servicios y hasta su aspecto llamaban a la reflexión: treinta y nueve legiones, es decir, 200.000 hombres, sin contar las tropas auxiliares, literalmente en manos de un jefe que sabía recompensar los servicios prestados. Por si fuera poco, César traía de todas partes, de Oriente y Occidente, una cantidad de riquezas del todo fabulosas. Nada mejor para fascinar al pueblo que la exhibición oportuna de esas maravillas en desfiles triunfales. Quien tiene el dinero (y sabe distribuirlo a conveniencia) tiene también el favor popular. Sabemos de la importancia del evergetismo en las sociedades antiguas y César llevaba en el corazón el deseo de plegarse a las costumbres. Con la plebe tuvo un gesto: organizó un espectáculo magnífico y que dejó hermosos recuerdos, un festín memorable que constituía, como ya hemos dicho, tanto el signo sensible del éxito como una inversión segura. El apoyo del pueblo, por tanto, estaba implícito y completaba la riqueza y la fuerza de las armas. Los votos sucesivos que multiplicaron hasta el infinito los poderes de César lo demostraron con creces. Como cónsul, acumulaba con este alto cargo la dictadura, conferida con una duración de diez años (muy lejana de los seis meses de antaño) antes de concedérsela a perpetuidad. Eso no era todo. En efecto, si lo observamos de cerca, nos damos

cuenta de que el César dictador había recibido ya en 46, y por tres años, una *praefectura morum*, una especie de comisariado de las costumbres que le convertía en algo así como un censor y, por lo tanto, le daba todo tipo de poderes sobre el famoso *album* o lista de los senadores. Ser tribuno de la plebe no, desde luego, eso ni hablar, porque era patricio. Sin embargo, ese aristócrata amado por el pueblo había obtenido en el año 47... el derecho de ocupar el banco de los tribunos, con la añadidura de la inviolabilidad sin limitación territorial de los tribunos. Estos votos sucesivos confirieron a César, pues, además de la fuerza militar y la riqueza, la precaución de la legalidad. Dado que en la «constitución» romana se hallaba ausente cualquier principio que no resultase del consentimiento del pueblo, sus poderes, por irregulares que fuesen, no podían ser tenidos por ilegales. Y por fin, para coronar estos atributos con un aura religiosa, desde el año 63 César se convirtió en gran pontífice y augur, pues en el plano personal no escondía su descendencia de la diosa Venus por parte del supuesto fundador de su familia. A este cuadro poco común se unía un culto apabullante de la personalidad. Tres veces *imperator* por sus victorias, se le concedió la autorización para llevar todos los días los ornamentos triunfales, y su calvicie se adornaba perpetuamente con la corona de laurel reservada a la liturgia del triunfo. Disponía de una estatua en el Capitolio, sus efigies se multiplicaban en todas las plazas de la villa... Algunas solemnidades conmemoraban las grandes fechas de su biografía y el mes de su nacimiento se llamó, a partir de entonces, *Julius*, que con posterioridad daría nuestro «julio». También se le nombró, claro está, Padre de la Patria, medida que no debió de complacer demasiado a Cicerón. No le faltó ni siquiera ser llamado *divus*, divino, por decreto del Senado, que por el momento no

se privaba de otorgarle todos los halagos. En resumen, César disponía de la base material, del apoyo popular, de las fuerzas armadas y, me atrevería a decir incluso que del pedestal divino. ¿Quién da más?

Y eso en cuanto al hombre. Queda por evocar su obra. Provisto de una profusión tal de poderes, César podía hacer en la práctica lo que le diese la gana, pero lo que consiguió (y en bien poco tiempo) no se parecía en nada a una serie de caprichos, sino que era fruto de la meditación y venía a cuento. Procedió enseguida a la reforma de las estructuras de las viejas instituciones republicanas, que juzgaba mal adaptadas a los cambios sobrevenidos. Dudamos de que albergara excesiva simpatía, ni respeto siquiera, por el Senado, que había puesto trabas en todo momento a su ascensión. De ahí que las reformas que aportó no se ocuparon jamás de las susceptibilidades de esos caballeros. Aprovechó, pues, las facultades que le daba la equivalencia de la censura para reformar la alta asamblea, que cambió de 600 (cifra de Sila) a 900 miembros. Como es lógico, hizo entrar a personas de su partido, sobre todo caballeros, que constituían la élite municipal italiana e incluso provincial, todas aquellas gentes que la vieja *nobilitas* romana hasta el momento había mantenido a distancia. A partir de entonces, el Senado se hizo representativo no sólo de la capital, sino de los territorios romanos. Ya era el Imperio. El reclutamiento se rebajó hasta los suboficiales, incluso libertos. Además, el Senado se vio desprovisto de su competencia financiera (medida que molestó a más de uno) en provecho de encargados designados a su gusto y sólo responsables ante él. Desde luego, se reservó el nombramiento de los gobernadores provinciales, hasta entonces a la discreción de un senado interesado en el reparto del «pastel». De manera accesoria, él decidía, en nombre del pueblo, sobre la

paz y la guerra. No dudamos de que Cicerón, un aliado de última hora (puesto que no podía hacer otra cosa), asistiese con un furor renovado a la degradación de un cuerpo tanto más ilustre ante sus ojos cuanto que había deseado con ardor acceder a él. Cicerón detestaba y trataba con precaución a César: César despreciaba con educación a Cicerón. Además, los senadores veían caer las magistraturas tradicionales, multiplicadas por si fuera poco en sedes entre las únicas manos del dictador.

Se puede imaginar que ese líder de los *populares* iba a aumentar los poderes de las asambleas del pueblo, de los comicios. De hecho, César se limitó a alojarlas con suntuosidad en un nuevo local y a honrarlas con su presencia atenta. Parece que esas satisfacciones al amor propio compensaron la subordinación de sus poderes a la buena voluntad del dictador. En cuanto a su actitud hacia la plebe como tal, se ha de procurar no caer en los tópicos tradicionales que convierten a César en un simple demagogo. Es verdad que colmaba de atenciones al pueblo llano según la ocasión, pero sabía lo que hacía. La Villa debía de contar entonces con unos 500.000 habitantes, apelotonados en las 500 hectáreas encerradas en el antiguo recinto del rey Servio Tulio. No se podía animar a la plebe ociosa en la proliferación de una aglomeración ya sobrecargada de gente sin medios de subsistencia. Si César recondujo las famosas distribuciones gratuitas de cereales, tuvo mucho cuidado de reducir el número de beneficiarios de 320.000 a 150.000. Así contenía el gasto de fondos públicos y ponía freno a una demografía galopante. Además, con la intención principal de «purgar» Roma de esas masas parasitarias, César recolocó a 20.000 familias numerosas en los dominios públicos de la Campania, antiguo coto de caza de la oligarquía, compró tierras en Italia para repartirlas en lotes, favoreció la instalación de colonias lejanas, etc. Los veteranos del

ejército serían provistos con generosidad de tierras en países conquistados (sobre todo en la Galia: Narbona, Béziers, Arles, Fréjus, Valence, Vienne), medida que contribuyó, ciertamente, a una asimilación mucho más rápida de la latinidad por parte de los galos. En Hispania, César fundó o refundó Híspalis (Sevilla) y Urso (Osuna); en África, Hipo Diarritus (Bizerte) y Neápolis (Nabeul); en Grecia, Corinto (destruida, recordemos, en 146); en Oriente, Sinope, Heraclea del Poto, etc. Añadamos a todas estas medidas de evacuación de la población urbana y romanización de los territorios conquistados la creación de empleos producidos por una grandiosa política de urbanismo: ampliación del recinto que encorsetaba demasiado estrechamente a la Villa; establecimiento de un nuevo foro, llamado *juliano*, de concepción helenística, con un verdadero centro comercial; construcción de la basílica juliana; reconstrucción de la curia incendiada en las exequias de Clodio, etc. En Roma las cosas se movían, aunque no todo fuese del gusto de la vieja oligarquía.

Ésta mostraba otras preocupaciones al comprobar con desesperación que se le escapaban muchas fuentes de ingresos. En efecto, César se había propuesto volver a plantear el estatuto de la ciudadanía romana y la administración de las provincias. Italia, a quien la República, como hemos visto, había otorgado a regañadientes la ciudadanía romana (recordemos los horrores de la guerra social), sería objeto de nuevas medidas favorables a su desarrollo. El derecho llamado latino se extendía a ciertas provincias. Los habitantes de la Galia Cisalpina accederían a la ciudadanía romana, así como otras ciudades provinciales hacia las cuales César estimaba tener una deuda de reconocimiento. Por encima de todo destaca el que las provincias serían gobernadas según otros principios que los de la pomba aspirante pre-

valentes en el espíritu al viejo modo de la República. César fue el primero en comprender que el derecho del vencedor tenía unos límites, más allá de los cuales la victoria no era rentable siquiera porque servía a la fortuna de unos pocos privilegiados. Entendió que el inmenso espacio romano, que se extendía desde el oeste hasta el este, estuviera a partir de entonces administrado con más equidad por unos gobiernos vigilados bastante más de cerca. Las extorsiones se harían harto más difíciles, ya que serían reprimidas con la mayor severidad. El alto comercio, las explotaciones agrícolas, etc., con las cuales los publicanos amasaban, en poco tiempo, unas fortunas escandalosas, serían controlados de forma mucho más estrecha. Roma estaría más presente en todas partes. En resumen, a ese cuerpo que aumentaba de forma indefinida le otorgó un suplemento en la administración. Así se diseñaba una estatalización de las provincias que constituía un progreso real, y que se confirmaría mucho más tarde cuando por fin la vieja República depredadora hubiera cedido su lugar a lo que convenimos en llamar «el Imperio».

Es de suponer que todo esto alteraría de forma muy desagradable la costumbre del pillaje puro y duro que la oligarquía republicana incluía entre la lista de sus queridas, de sus preciosas (¡y cuánto!) «libertades». César, con su imposición de unos límites precisos, debía aparecer de forma fatal como un «tirano». Así, a más de uno se le ocurrió la idea de que si los dioses acortaban sensiblemente la carrera de un personaje tan peligroso, rendirían a Roma un servicio señalado. Se podía soñar que después la vida tomaría de nuevo su curso y todo volvería a ser como antaño. A Cicerón se le ocurrió ese pensamiento con una cierta complacencia. A decir verdad, no era el único en acariciar semejante ilusión.

La sombra mortal de los reyes

No cabe ninguna duda, para quien se moleste en ir más allá de los clichés y remontar los prejuicios, de que la política de César era positiva y que hubiese dado frutos si le hubieran dado tiempo para madurar. Porque las horas de su vida estaban medidas. Para Cicerón, 44-45 fue «el año más largo» (a fin de hacer concordar el calendario con la marcha del sol, César ordenó que, para compensar el retraso, el año 45 tuviese 445 días, circunstancia que le permitió iniciar su reforma sobre una buena base), pero como dice con acierto Pierre Grimal, de hecho fue demasiado corto para llevar a cabo una revolución semejante (la palabra no es demasiado fuerte) en las instituciones y la mentalidad de los romanos. Incluso el calendario salió de la reforma debida a sus cuidados, enviando al museo el cómputo extraño que llevaban a cabo los pontífices. A César, en efecto, se remonta nuestro año de 365,25 días, que sólo se retocaría, y de modo muy ligero, en 1582, con Gregorio XIII. En resumen: a partir de entonces, el espacio y el tiempo llevaron la marca de aquel hombre genial y malicioso, magnífico y desenvuelto, realista hasta el último grado de cinismo, pero cuya pasión por el porvenir desembocaba en una visión nueva de Roma y de aquello que se convirtió con él en un imperio. Se abría así una nueva era. César sabía bien que los tiempos habían cambiado, que las estructuras políticas, concebidas en la Antigüedad para una ciudad de talla modesta rodeada de algunas poblaciones anexas, no se habían adaptado del todo ni a la ciudad misma como ente sociológico ni a los territorios que ésta había adquirido a lo largo de los siglos. Roma se había convertido, debía convertirse, en capital del mundo. César proyectaba su convicción sobre el modelo de los reinos helenísticos, pero a escala universal. Ocu-

paba su cabeza la visión de un jefe único de esencia divina y reconocido como tal, apoyado en una burocracia omnipresente. Ese mundo hecho romano acabaría por escapar a sus vencedores si no se tomaban la molestia de estructurarlo de una forma nueva.

En suma: en el pensamiento de César, el estado de la sociedad romana y de su nuevo imperio requería una actitud radical, original y que diera respuesta a la urgencia del caso. No era ya cuestión de dejarse ir, en virtud de la velocidad adquirida, como los senadores hubiesen preferido, ni de aplicar remedios brutales y de consecuencias incalculables, como habían pretendido hacer los Gracos o Mario. Tampoco era cuestión de seguir el impulso de los *populares*, al estilo de Clodio, sino más bien de reestructurar una sociedad en vías de descomposición. Eso no podía hacerse sino al precio de una puesta al día de la oligarquía, un uno por ciento acaso del cuerpo social pero que aplastaba el pueblo con todo el peso de su dinero y su influencia. De golpe, dicha oligarquía se veía despojada tanto de su exceso de riquezas, como de su exceso de poderes, y de haber tenido el valor, hubiera apelado a la tiranía. Sin embargo, no se atrevía aún, y entre tanto apretaba los dientes. En nuestra jerga actual, diríamos que César se enemistó con la derecha sin satisfacer tampoco plenamente a la izquierda. Esta refundición de las instituciones implicaba, en el espíritu de César, el ejercicio sin limitación de poder personal, y los espíritus no estaban todavía preparados para ello o lo estaban de manera insuficiente. No obstante, César llegaba a aquel mundo, que ya era viejo, demasiado temprano: el cesarismo de observancia estricta no alcanzaría su plenitud, como veremos, hasta tres siglos después. A pesar de ello, en ese año tan corto César había cambiado el curso de la historia. Sus oponentes soñaban con su desa-

parición porque se figuraban que después de él todo iba a ser como antes: César el tirano no habría sido, en resumen, más que un lamentable paréntesis, y ya tendrían buen cuidado de que aquello no volviera a empezar otra vez. Sin embargo, César había introducido un proceso irreversible. Un poco más tarde, se darían cuenta de que todo, absolutamente todo, seguiría en su lugar en cuanto a magistraturas, instituciones, etc..., pero a la cabeza de la «República», según la nueva forma, habría siempre un César.

La idea de eliminar a César se abría camino de forma gradual en el espíritu de aquellas gentes optimistas que se figuraban que retornarían a los viejos tiempos una vez desaparecido el dictador. Entre ellos se encontraba uno de los auxiliares más fieles de César en la Galia y en otros lugares, un tal Trebonio. También estaba el joven Bruto, cuyo nombre era en sí todo un programa, pues su supuesto antepasado había expulsado a los reyes etruscos... Republicano, discípulo de la Academia y psicológicamente frágil, de él se ha dicho que era, sin duda, hijo de César. De hecho, parece lo más verosímil. También se hallaba un pompeyano mal integrado y en buena medida amargado, llamado Casio, y algunos otros. Cicerón, prudente, se contentaba con aprobarlos desde el fondo de su corazón. Entre aquellos republicanos fanáticos, para los cuales el tiranicidio constituía una obra piadosa, la tradicional fobia romana hacia la monarquía se exacerbaba hasta llegar a ser una obsesión, y hay que decir que César, partidario del poder personal dado que lo ejercía, nada hacía por tranquilizarlos. Tampoco sus amigos, sobre todo el cónsul Marco Antonio, que no escondía su deseo de que esa victoria suprema se produjese, aunque no hubiese añadido nada a un dictador cuyos poderes eran ya absolutos. César no buscaba ni siquiera salvar las

apariencias. No se privaba de decir, si debemos creer a Suetonio, que «la *res publica* no era más que una palabra vana, sin consistencia ni realidad», cosa bien cierta, desde luego, pero que no se debía decir, o repetía también que Sila se había comportado de una forma estúpida al dimitir de la dictadura, etc. Ahora bien, ¿deseaba César convertirse en rey, a la manera de los lágidas? Estaba bien colocado para menospreciarlos y no se privaba de actuar así. ¿Se sentía bastante fuerte para violar aquella especie de tabú que se remontaba a los primeros días de la República? Lo dudo: César era demasiado romano para ello. Lo que parece bien seguro es que las apariencias jugaban en su contra, y que sus partidarios más celosos enturbiaban su imagen. El 15 de febrero de 44, la venerable fiesta de las Lupercales había dado lugar a una escena ambigua. Mientras César presidía, Marco Antonio le había coronado con laureles trenzados atados con una cinta blanca que en Oriente, ni más ni menos, era la diadema de los reyes... Si César hubiese realizado un sondeo de opinión, se habría dado cuenta de inmediato de que hubo pocos aplausos y muchos refunfuños entre el público. Casio le quitó a continuación aquel tocado tan polémico y Marco Antonio tuvo el mal gusto de volvérselo a colocar. César ordenó entonces que se llevase la corona al Capitolio... ¡donde al día siguiente coronaba la cabeza de su estatua! Al verlo, dos tribunos de la plebe arrancaron el emblema sedicioso y se atrajeron por ello las iras del dictador, que les tildó de idiotas. La situación se volvía malsana, mientras que para los conjurados ese coqueteo de César con la realeza ya duraba demasiado. Paul-Marius Martin ha mostrado cómo entre aquellas gentes el odio de la realeza se había convertido en una idea fija, es decir, una ideología.

Otra circunstancia pesaba también en la decisión de los conspiradores: el enorme proyecto que acariciaba César de

aumentar aún más el mundo romano. Planeaba, en efecto, una expedición contra los partos que sirviera de venganza a aquel desastre en el cual Craso había encontrado la muerte. Se trataba de un bocado apetitoso y difícil, pero César había imaginado rodear el mar Negro, someter Hircania, al sur y al este del Caspio, pasar el Cáucaso y rizar el rizo mediante la conquista de Germania hasta el océano. Un proyecto demente, desde luego, y que demuestra de paso lo útiles que le habrían sido también unos buenos mapas de estado mayor. No obstante, la reputación lo es todo: los conjurados estimaban a César muy capaz de obtener el éxito... y entonces se hubiese convertido en *cosmocrator*, literalmente, amo del universo, es decir, rey. Impensable. Había que detenerle. El resto es bien conocido, cómo un mes después de las famosas Lupercales, en los idus de marzo (15 de marzo de 44), César cayó abatido por veintitrés puñaladas. Los conjurados pusieron tanta convicción durante el asesinato, que consiguieron incluso agredirse entre ellos. Se dice que las últimas palabras de César fueron para Bruto, a quien había reconocido entre los asesinos: «Tú también, hijo mío...». El mencionado Bruto hizo aclamar a Cicerón, en quien se reconocía la vieja guardia senatorial.

La sombra de los viejos reyes etruscos se extendió sobre César y lo envolvió con su frío mortal. Aún no había llegado el momento de la monarquía. Cicerón podía respirar tranquilo, y la *nobilitas* con él, aunque la vieja maquinaria no reemprendería ya su venerable ronroneo. La guerra civil iba a inflamarse de nuevo durante quince años, y esta vez acabaría para siempre con la República. O más bien, ésta sobreviviría, sí, pero sólo como mito.

La última guerra civil

Al enterarse de la noticia del atentado, los romanos se encerraron en sus casas: ¿a qué extremos no se entregarían los cesáreos y, sobre todo, las tropas fieles? En el Foro, los conjurados intentaron calmar los ánimos: Cicerón, el Padre de la Patria, iba a venir... Pero Cicerón no acudió. Y lo más enojoso de todo: Antonio, el cónsul, el partidario más ferviente de César, estaba ilocalizable. Excelente soldado, muy bien considerado por las tropas, con mando a las órdenes de César en las Galias, sería muy capaz de ponerse a la cabeza de un levantamiento y vengar al difunto... Los conjurados pensaron entonces, como tenían planeado al principio, que habrían hecho mejor en acabar con él al mismo tiempo. Ante el cariz que tomaban las cosas, los asesinos tomaron como rehén a un hijo de Antonio, un niño, y se parapetaron en el Capitolio. Sólo entonces Cicerón fue a reunirse con ellos para discutir. Durante la noche, Lépido, un antiguo cónsul partidario de César y comandante del ejército estacionado en las proximidades, hizo ocupar el Foro, de tal modo que los conjurados quedaron asediados. Tranquilizado por este hecho, Antonio reapareció y convocó al Senado para el 17. Cicerón pronunció uno de sus equilibrados discursos sobre la concordia, la paz civil y todo aquel tipo de cosas. Antonio daba la impresión de transigir con los conjurados: les prometió la amnistía a condición de que los actos de César fueran validados. Aquella tarde todo pareció ir como la seda. Casio, la cabeza visible del complot, comió en casa de Antonio, y Bruto, en casa de Lépido. El Senado, aliviado, felicitó con cálido afecto a los asesinos, denominados «liberadores», y se confiaron gobiernos provinciales a los diferentes conjurados. En resumen, la vida seguía su curso. Un único punto negro: las exequias del

dictador. Las de Clodio habían dejado un mal recuerdo. Antonio, que tenía sus ideas al respecto, tan sólo exigió que se rindiesen a César los honores que le correspondían y que se leyese en público el testamento del difunto, exigencias consideradas al fin razonables.

El 20 de marzo, durante el transcurso del funeral, las cosas dieron un vuelco. Con un discurso muy sentido, Antonio cambió la situación de tal manera que en el corazón del pueblo el dolor y la cólera hicieron explosión. Shakespeare inmortalizó esa hora memorable en su *Julio César* (acto III, escena 2) y Joseph-Désiré Court pintó un cuadro grandioso, una obra maestra del academicismo. El caso es que la muchedumbre se apoderó de los restos mortales y fue a incinerarlos en una pira improvisada en pleno Foro. Como es natural, se desató la violencia, y un tal Cinna, homónimo de uno de los conjurados, fue tomado por el asesino y linchado de una forma vil allí mismo. El Senado, preso de sus viejos terrores, decidió dejar a Antonio las manos libres. Los conjurados tuvieron que huir a la mayor velocidad posible y Cicerón, juzgando malsano el aire de la capital, se fue a Pouzzoles, en la Campania, donde tenía una casa de campo. Desde allí podría seguir los acontecimientos y acabar dos obras que tenía en curso.

Necesitaríamos muchas páginas para narrar lo que sucedió a continuación y yo no puedo ofrecer aquí más que un resumen. Sin embargo, hay que señalar la entrada en escena de un joven de apariencia bastante insignificante, desprovisto de todo prestigio militar y de toda notoriedad, y que se había llamado hasta entonces Cayo Octavio. Procedía de una familia sin gran lustre: el padre ni siquiera había llegado al consulado antes de morir y el abuelo, banquero, era como mucho caballero. No obstante, era sobrino nieto de Cesar, y entes-

tamento del difunto, que acababa de hacerse público, lo consideraba hijo adoptivo póstumo del dictador. Por lo tanto, pasó a llamarse Cayo César Octaviano, pero, para mayor comodidad, continuaremos llamándole, como todo el mundo, Octavio. Este chaval de dieciocho años, por muy hijo adoptivo que fuese, es evidente que no daba la talla frente al poderoso y colosal Antonio. Dicha situación, en un principio, hacía que el Senado y Cicerón lo contemplaran con tranquilidad y fundasen en él grandes esperanzas para la restauración del antiguo orden. En fin, que a aquellos caballeros ni se les ocurrió pensar que el joven Octavio pudiese tener ideas propias, ni que fuese a revelarse, en el curso de los años, como el manipulador más hábil que hubiese existido.

Es cierto que Antonio constituía para el Senado una grave preocupación, pues se mostraba cada vez más decidido a ser el nuevo César. En el mes de junio de 44, entró en la Villa como jefe militar e hizo votar por los comicios, sin la menor preocupación por el Senado, unas leyes a su conveniencia. Sin embargo, el joven Octavio no permanecía inactivo. En julio promovió la fastuosa celebración de los Juegos de la Victoria de César, institución perpetua a partir de aquel momento, y el paso de un cometa en el curso de la celebración persuadió al pueblo de que César se había convertido en dios, porque era precisamente su alma la que volvía al cielo de Roma. Se adivina que todo aquello no agradaría demasiado a Antonio. Si no le hacía ninguna falta que el antiguo dictador le molestase desde el cielo, aún encontraba menos tolerable que en la tierra el joven Octavio le hiciese sombra..., y mucho menos dado que el hijo adoptivo reclamaba con insistencia la enorme herencia de César, la misma que Antonio hubiese querido apropiarse de buen grado. El Senado veía con satisfacción cómo crecía la ene-

mistad entre ambos hombres y se contaba con que, llegado el momento, Octavio jugaría a campeón de los «buenos» contra Antonio, líder de los «malos». En el Senado gustaban las ideas sencillas.

Poco después, el antagonismo de los dos hombres se fue concretando. Octavio había reclutado, mediante finanzas, a algunos veteranos de Campania, quienes habían respondido con facilidad a su llamada, dado la buena paga y que también se llamaba César... Al Senado le pareció que estaba decidido a enfrentarse a Antonio, justo lo que se esperaba. Cicerón estaba cada vez más persuadido de que Octavio estaba ganado para la causa de la República. Entre tanto, Antonio había partido hacia la Cisalpina, de donde quería expulsar a uno de los conjurados, gobernador en la zona. Parecía llegado el momento en que el Senado con el apoyo de los dos cónsules Hirtio y Pansa, lanzase a Octavio contra Antonio. Imaginamos que Cicerón no se sentía deudor de nadie y, en efecto, obtuvo un gran placer en sumarse a esta campaña mediante catorce discursos que llamó sus *Filípicas*, en recuerdo de los ataques incendiarios de Demóstenes contra Filipo II de Macedonia. En ellos desgarraba de manera literal a Antonio, mencionando sus excesos (se decía que Antonio siempre estaba borracho) y exponiendo con una complacencia lamentable los episodios más escabrosos de su vida privada. Fulvia, viuda de Clodio y ahora esposa de Marco Antonio, asistía a aquel cataclismo con el furor que podemos imaginar. Cicerón sabía hacerse amigos... Mientras tanto, la campaña contra Antonio en Cisalpina tuvo éxito y era derrotado en Módena en 43. Hircio y Pansa cayeron allí, y fue Octavio, cuya persona apenas se había implicado en esta lucha, quien extrajo toda la gloria deseable para un hombre joven ansioso por hacer carrera. El Senado se alegró muchísimo. Cicerón con-

tinuó con encarnizado afán sus proclamas contra Antonio, en quien veía a un nuevo Catilina de quien la patria debía deshacerse. Sin embargo, durante todo este tiempo el joven Octavio estuvo reflexionando sobre su porvenir. ¿Qué iba a hacer? ¿Reintegrarse en el seno de una república que él mismo habría contribuido a restaurar? Una República que le ofrecería, como máximo, un año de poder, cuando llegase su turno de ser cónsul... y ¡algo que no sería precisamente mañana! Una perspectiva muy poco motivadora. Por otro lado, había tomado la medida de Antonio y sabía que por su parte no era precisamente la República lo que se iba a restaurar, sino el cesarismo puro y simple. Dicho de otro modo: para el feliz ganador, el máximo de poderes durante el máximo de tiempo posible. Resultaba cuando menos tentador, aunque la fuerte personalidad de Antonio (que no era inmortal) no podía hacerle esperar más que un reparto del poder supremo..., hasta que llegaran tiempos mejores. A partir de aquel momento, Octavio viró por completo de rumbo y se aproximó con mucha suavidad a Antonio. Peor para quienes se hubieran comprometido tan a la ligera, como Cicerón, por ejemplo, que no se imaginaba en lo más mínimo todo aquello y continuaba hablando del «niño César» con una ternura condescendiente. Cicerón estaba perdido, y no sabía nada aún.

Una vez los cónsules Hircio y Pansa piadosamente muertos por la patria, el poder consular quedó vacante y Cicerón se acogió a la perspectiva de instalarse de nuevo a la cabeza del Estado, en apariencia restaurado. La ocasión iba a presentarse, aunque tomó un aspecto sorprendente. El joven Octavio, que ya sentía apetito de poder, había hecho valer su candidatura al consulado, a pesar de no contar aún con la edad requerida. Incluso propuso a Cicerón tomarlo como consejero, dicién-

dole que sus recomendaciones le serían preciosas, etc., etc. Desde luego, Cicerón se cuidó mucho de negarse e hizo campaña por Octavio en el Senado. A fin de cuentas, esto podía ser una solución: se desarmaba la ambición del joven y, de paso, el antiguo cónsul podía arreglar muchas cosas. Sin embargo, una vez más, el Senado manifestó su estrechez de miras habitual, negó el requerimiento de las personas en cuestión e incluso aplazó las elecciones. En este asunto, Cicerón quedó ridiculizado y Octavio haría pagar al Senado aquella afrenta que le atormentó con un furor helado. Puesto de acuerdo con Antonio, Lépido y otros cesarianos, iba tomando cuerpo un proyecto común bajo una consigna: vengar la muerte de César. En julio de 43, Octavio presentó al Senado un ultimátum en forma de destacamento armado. Como era previsible, no consiguió nada. Cuando la delegación regresó junto a Octavio, éste decidió repetir los pasos dados por su padre adoptivo. Marchó también sobre Roma y franqueó el inevitable Rubicón. El 19 de agosto era nombrado cónsul con una oscura comparsa, y a finales de octubre se celebró en Bolonia una reunión de la cual surgió lo que la historia conoce con el nombre de segundo triunvirato. Esta magistratura, oficial aunque excepcional, no fue un simple arreglo como el primer triunvirato. Otorgaba durante cinco años todos los poderes a Antonio, Octavio y Lépido y era, según la expresión de Jean-Rémy Palanque, «el cesarismo tripartito».

Los primeros resultados no se hicieron esperar. A finales de 43, se emitieron edictos de proscripción, se pusieron precio a algunas cabezas, se confiscaron bienes, etc., si bien con un espíritu muy distinto a las medidas tomadas en otros tiempos por Sila. François Hinard tiene mucho cuidado en recordar que los triunviros garantizaron el anonimato de los denunciantes, así

recompensados a fin de evitarles después cualquier inconveniente. Disposiciones ideales para quien tiene algunas cuentas que ajustar con un enemigo algo afortunado... En cabeza de la primera lista figuraba, desde luego, el pobre Cicerón. Octavio hizo cuanto pudo por salvarle, pero tuvo que ceder a instancias de Antonio y de Lépido, decididos a acabar con él. El infortunado filósofo, que se había creído con un gran destino político, iba a pagar por sus errores y también por una idea de la república del todo obsoleta. Rodeado por los soldados en su propiedad de Gaeta, fue degollado de inmediato. Los ejecutores volvieron a Roma con la cabeza y las manos del abogado y Antonio hizo exponer estas penosas reliquias en la tribuna rostral. Cicerón fue el primero de una larga lista, ya que, según Apiano, a continuación fueron eliminados 300 senadores y 2.000 caballeros.

Los ejércitos republicanos se reagruparon en Oriente bajo el mando de Bruto y de Casio, y llevaron a cabo algunos excesos, por lo que Antonio y Octavio decidieron pasar al Adriático a fin de llegar a ellos y aplastarlos. En octubre de 42, Filipos, Macedonia, era ya cosa hecha. Vencidos, los dos conjurados se dieron muerte. Bruto se arrojó sobre su espada gritando, al parecer: «¡Virtud, no eres más que una palabra!», palabras que justificaban *in extremis* el escepticismo que aseguraba profesar.

En el seno de aquella dictadura colectiva, ensamblada bajo la presión de las circunstancias y que unía personalidades con ambiciones tan divergentes, los antagonismos estaban inhibidos, pero los problemas difíciles que se plantearon de inmediato no podían dejar de hacerlos resurgir. Los triunviros se habían repartido el gobierno de las provincias occidentales: Antonio tenía a su cargo la Galia Narbonense, Lépido África y Octavio Italia, las provincias insulares e Hispania. Incluso se ha-

bían repartido las responsabilidades del momento. A Antonio correspondió la preparación de la guerra proyectada por César contra los partos, cuestión urgente ya que habían invadido Siria en la primavera de 40. Antonio, pues, se dirigió allí y, de paso, tomó contacto con Cleopatra. ¡Ay! No tardó en prendarse de la joven con una pasión más ferviente que la del propio César (más frío de temperamento), y por ello mismo funesta. Octavio se había reservado otro problema, un asunto que no le proporcionaba como suplemento las mismas distracciones: la desmovilización de una gran parte del ejército. ¿Qué hacer, en efecto, con esas 62 legiones, 300.000 hombres, sin empleo? Sí, se destinaban diecinueve a la guerra de Oriente y trece a la de Occidente, pero, ¿y las demás? Se despidió a treinta, si bien la medida implicaba el abonamiento a los desmovilizados de un peculio o la atribución de unas tierras para cultivar. ¿Dónde encontrar todo eso? Por tanto, se restableció el tributo en Italia y Octavio se dedicó a la confiscación de propiedades rurales en Etruria, en Emilia y en Cisalpina. ¡Se puede imaginar la reacción de los propietarios así expoliados...! Octavio encontró la resistencia encarnizada del propio hermano de Antonio, el cónsul Lucio Antonio, y de Fulvia, la esposa del triunviro, que habían adoptado la defensa de los expropiados toscanos. Tras estos incidentes, siguieron unos problemas graves, conocidos bajo el nombre de guerra de Perusa, que Octavio, con la ayuda de su fiel lugarteniente Agripa, reprimió sin ninguna compasión entre 41 y 40. Con el mismo impulso aprovechó para poner las manos sobre la Narbona, feudo de Antonio, y sobre las provincias galas que se habían unido a él quizás en razón del prestigio asociado a su nombre.

Dichas acciones, como es lógico, no eran del gusto de Antonio, que volvió de forma precipitada de Oriente a finales del

verano de 40. ¿Se enfrentarían los dos triunviros en una nueva guerra? Gracias a la mediación de un caballero toscano llamado Mecenas, ligado a Antonio, y del cónsul Polión, las cosas acabaron por arreglarse en el curso de una «cumbre» celebrada en Brindisi en octubre. Fue una especie de reparto del mundo, porque el universo romano se encontraba dividido en dos zonas de influencia. El Oriente helénico sería para Antonio (algo que se correspondía a la perfección con su genio innovador) y Occidente para Octavio. Lépido, cada vez más arrinconado, se quedaría África. Tras la muerte de Fulvia, Antonio se casó con Octavia, la hermana de su colega, matrimonio que consolidaba el tratado. Era fácil suponer que aquella pareja sería precaria, así como el entendimiento entre ambos cuñados.

Para Octavio, en Occidente el punto negro era el avituallamiento. Si faltaban alimentos, por poco que fuese, se ponía en peligro la paz civil, ya bastante frágil en un mundo que se había vuelto muy nervioso debido a los últimos acontecimientos. En este instante, hemos de recordar que tras la batalla de Munda, que casi había terminado con los pompeyanos, uno de los hijos de Pompeyo, Sexto, no sólo había conseguido sacar partido de su juego, sino que incluso se había forjado un pequeño imperio personal en el mar, con base en Sicilia. Desde allí bloqueaba el tráfico y hacía pesar sobre los envíos de provisiones hacia Roma e Italia una amenaza cada vez más preocupante. Como por el momento era imposible eliminarlo, era necesario negociar con el último de los pompeyanos. Durante una conferencia celebrada en 39 en Misena, se le concedieron Sicilia, Cerdeña, Córcega e incluso Aquea, todo ello acompañado de unas promesas que poco costaban: amnistía para sus partidarios, consulado un día para él, etc. Por otro lado, Antonio volvió a Oriente, aliviado, sin duda, al poder dejar a

su rival arreglándoselas con Sexto Pompeyo. Como las acciones hostiles del rebelde Sexto continuaron, Octavio tuvo que resignarse a la guerra. Vencido en el mar en un primer momento, a falta de un número suficiente de unidades marítimas, Octavio tuvo que recurrir a Antonio. En el curso del verano de 37 celebraron una entrevista en Tarento.

Antonio le dotó con 120 unidades navales y los dos colegas aprovecharon para prolongar cinco años más sus poderes como triunviros. Un año más tarde, en agosto de 36, Agripa derrotaba a Sexto Pompeyo en Nauloco, se hacía con Sicilia por cuenta de Octavio y tomaba Mesina. Sexto Pompeyo huyó hacia Oriente, pero un oficial de Antonio le eliminó en Mileto. En el curso de este conflicto, y como la actitud de Lépido había resultado dudosa, Octavio se las arregló para provocar de antemano la deserción de sus legiones y le destituyó de sus funciones de triunviro. Le dejó como consolación el cargo de gran pontificado y le envió, bajo vigilancia, a residir a Circeo. Ya no quedaban en juego más que Antonio y Octavio, cada uno de ellos soñando en secreto con eliminar al otro. Mientras, en Occidente se había vuelto a imponer la paz. El 13 de noviembre de 36, Octavio recibía los honores del triunfo. A partir de ese instante se hizo llamar *Imperator Caesar divi Iulii filius*, César comandante en jefe, hijo del divino Julio. Además logró que le atribuyeran la muy preciosa *sacrosanctitas*, la inmunidad que hacía inviolables a los tribunos de la plebe. Nunca son demasiadas las precauciones.

En Oriente también imperaba la paz. Los ayudantes de Antonio ya habían vencido a los partos en 40 y luego en 38, pero sin conseguir conjurar del todo la amenaza. Hubiese hecho falta otra guerra, la que proyectaba César y que sólo tendría lugar más tarde, aunque, de todos modos, el problema parto

hipotecaría siempre la presencia romana en Oriente, como veremos a lo largo de esta historia. Antonio no perdía el tiempo. Junto a Cleopatra (con la que no dejaba de tener hijos, dada la ocasión) reorganizaba Oriente según su criterio. Recuperaba de esta manera la gran ambición de Pompeyo: el establecimiento de reinos aliados mantenidos por príncipes clientes de Roma. Instaló así a Amintas en Galacia, a Polemón en el Ponto oriental y en Judea, al famoso Herodes el Grande, quien supo imponerse a los judíos, poco predispuestos a tenerle como monarca. Como ha demostrado François Chamoux, Antonio sabía hacer las cosas a lo grande.

Hay que cuidarse de la desinformación (que no es fenómeno sólo de hoy en día) y de los estereotipos ilustrados con imágenes. No demos crédito con demasiada facilidad a la escena banal de un suspirante Antonio confiado en las rodillas de una Cleopatra que lo manejaba a su antojo. Se ha dicho a menudo que por los bellos ojos (o la hermosa nariz) de la reina, Antonio había puesto la política romana al servicio de la monarquía lágida. Desde luego, hay que reconocer que Antonio había concedido a Cleopatra y a los hijos que había tenido con ella una importancia excesiva, como demuestran las famosas donaciones de los años 36 y de 34: Chipre, Fenicia, Creta, Armenia, Media, Cirenaica, Siria, Cilicia... Subyugado por Oriente, por Egipto sobre todo, que se convertiría en favorito de los romanos, Antonio soñaba al parecer con un vasto imperio oriental, pero romano en esencia, cuya sede habría estado en Alejandría. Este sueño (más coherente de lo que se cree a veces y, en cualquier caso, menos novelesco) del cual Paul-Marius ha desarrollado todas las fases en su *Antonio y Cleopatra*, se trataba, en esencia, de un «nuevo orden mundial». El caso es que su actitud (y sus costumbres a la oriental) no podían más que herir de for-

ma necesaria la sensibilidad de los romanos occidentales. Octavio lo sabía bien, él que llevaba a cabo sin pena ni gloria unas campañas patéticas en lugares infinitamente menos encantadores... En todo ello descubrió un tema de propaganda contra su rival, al que atacaría por todos los frentes. No se privó de denunciar ante el Senado, en su discurso del 1 de enero de 33, las pretensiones de Antonio de convertirse en potentado oriental, traidor a la patria romana. Cierto es que el propio Antonio le proporcionaba las armas: acababa de repudiar a la infortunada Octavia, decisión que tuvo sobre la opinión pública un efecto deplorable. Octavio respondió con la orden de abrir, contra toda costumbre, el testamento de Antonio (pero, ¿sería auténtico?), y dándole la mayor publicidad. No sabremos nunca cuál fue la realidad de toda esta historia, que sólo conocemos a través de la propaganda. El caso es que la traición de Antonio parecía bien demostrada, y en Occidente la indignación fue general. Octavio la aprovechó en el año 32 para que en unas condiciones poco esclarecidas hacer que le prestaran juramento Italia, la Galia, Hispania, África y las islas. Mediante esta *conjuratio* en el primer sentido del término, mediante ese juramento colectivo de fidelidad, Octavio se proveía de un ligamen religioso, indisoluble por su carácter sagrado, con todo ese vasto mundo. Reinaba, pues, hasta en las conciencias, expresión que, en aquellos tiempos, tenía un significado muy distinto del que tiene ahora.

Considerándose bastante sostenido por la opinión pública y a pesar de las resistencias que su comportamiento había suscitado por parte de los senadores poco antes, Octavio decidió ir a la guerra. Era la lucha final. Sin embargo, tuvo buen cuidado de respetar las formas. No era cuestión, en efecto, de declarar la guerra a un enemigo personal, a un adversario puramen-

te privado. Cleopatra sí aparecía como enemiga del Estado, una amenaza para Italia. Por tanto, se la declaró a ella, siguiendo los ritos arcaicos más impresionantes. Y entonces sucedió que Antonio, como era previsible, cometió el error de apoyarla mediante las armas, y se convirtió por ello mismo, a su vez, en enemigo de Roma. La famosa *conjuratio*, el juramento prestado a Octavio, adoptó forma obligatoria, imparable desde una perspectiva jurídica.

Al emprender estas acciones, Octavio asumía un riesgo importante, pues Antonio era mucho más fuerte que él. A lo largo del año 32, había reunido unas fuerzas considerables en Éfeso: a sus 19 legiones se añadían 800 unidades navales egipcias y numerosos contingentes proporcionados con amabilidad por los reyes satélites, entre ellos Herodes el Grande. En resumen: era la leva en masa de Oriente. También se podía estimar que Antonio ostentaba apariencias de la legalidad, porque 300 senadores y dos cónsules de 32 se habían unido a él. Por su parte, Octavio sólo disponía de sus legiones de Occidente, aunque bajo el mando de sus generales de más valor, como Agripa. Se trataba de un completo desafío, ya que Octavio no brilló nunca en el dominio de las armas. Las tropas, eso sí, estaban muy motivadas, porque era a la madre patria, el suelo sagrado, lo que se iba a defender contra los «bárbaros» de Oriente. Después de algunas dudas, el conflicto se inició en la región balcánica, en la unión entre dos mundos. Adelantándose a las concentraciones de Antonio, Agripa estimó que había que pasar a la acción en el golfo de Ambracia, en el sur de Épiro, donde dispuso a sus unidades. No hubo más que una sola batalla: cuando el 2 de septiembre de 31 la flota de Antonio intentó salir del golfo, se encontró vencida (aunque de forma indecisa, por lo demás) en el cabo de Accio, que domina el templo de Apolo.

De forma inexplicable, en el bando de Antonio se produjo la desbandada. Cleopatra abandonó la batalla con su flota y Antonio fue tras ella. Abandonadas por sus jefes, las escuadras y las fuerzas terrestres de Antonio capitularon sin demasiada resistencia. Poco después, Octavio recibió la sumisión de Grecia y Asia, y el rey Herodes, sobre todo, reparaba su imprudencia momentánea uniéndose al vencedor. Egipto cayó al verano siguiente. Sitiado en Alejandría, Antonio puso fin a sus días, Cleopatra hizo otro tanto y Octavio ordenó acabar con Cesarión. La aventura novelesca de los dos amantes, su «vida inimitable», sus suicidios llenos de colorido, todo aquello inspiraría a Shakespeare, Jodelle e incluso a algunos otros autores menores de las letras y del celuloide. Lo que es seguro es que con la muerte de Antonio, Oriente perdió mucho.

En Roma, Octavio regresó como vencedor. En agosto de 29, celebró con la alegría de la paz recuperada un nuevo triunfo. Se cerró el templo de Jano, que sólo permanecía abierto en tiempos de guerra, con la esperanza de no volver a verlo abierto de inmediato. La vieja República, desde luego, seguía intacta hasta en sus menores estructuras. Instruido mediante el ejemplo de César, Octavio se guardaría mucho de tocarla. ¡Nada de diademas ni coronas! Le bastaba con saberse amo del mundo romano. Su habilidad extrema se aplicaría de manera exclusiva en su mantenimiento, dando a todos y a cada uno la sensación de que aquélla era la mejor de las soluciones. La República proseguiría su carrera bajo otra forma durante cinco siglos, y esa forma es lo que acostumbramos a llamar Imperio.

Capítulo 7

La República bajo otra forma: el principado con Augusto

«República» e «Imperio» - Algunas ideas preconcebidas

Si prevalece el uso de dividir en tres tramos la historia de Roma: la realeza, desde sus orígenes hasta 509; la República, de 509 a 31; el Imperio, de 31 a. C. a 476 d. C., así como la división en tres partes del contenido de los libros que tratan de ella, no hay que dejarse engañar por las palabras. Sobre todo, no hay que ceder al anacronismo espontáneo que nos hace conferir un valor en sí, y un alcance eterno, a los términos que usamos hoy en día. Lo mismo que, filosóficamente hablando, se produce *antropomorfismo* cuando yo atribuyo a mi perro (o peor, al Buen Dios) sentimientos que no son experimentables más que por el ser humano, también se produce *cronomorfismo* cada vez que traspongo a tiempos pasados o por venir unos conceptos que sólo valen en sentido estricto para el mío. Tanto en un caso como en otro, doy un salto hacia lo desconocido, y mi discurso pierde cualquier validez, ya que no hay un «hombre eterno», sino solamente hombres con fechas.

Este fenómeno se verifica de forma concreta en nuestra forma de hablar de las instituciones políticas romanas o, si lo de-

seamos, en los diferentes «regímenes» bajo los cuales vemos vivir a los romanos. Esa trasposición viciada se opera en dos planos: en lo que atañe a la definición y, además, en la valoración de esa definición. Me explico. Cuando un francés de hoy en día habla del imperio y de emperadores, le vienen a la mente unas imágenes. Ve el cuadro de David: Napoleón coronado en Nôtre-Dame. También puede pensar en Guillermo II, en la reina Victoria, ¡qué sé yo! Desde esta perspectiva, el imperio es una realeza que se extiende sobre varios países y que se exhibe como tal. De modo inverso, si el francés en cuestión dice «república» piensa de inmediato en 1789, en el sufragio universal, en la Asamblea Nacional, etc. En su espíritu, los dos sistemas son, evidentemente, antagonistas. Sin embargo, en los años de Roma de los que nos ocupamos, esta oposición república-imperio no opera exactamente del mismo modo. Lo que nos confunde son los términos: *Respublica* por una parte, e *Imperator* por otra parte. *Respublica* (o en dos palabras: *res publica*) no es nuestra república. Para el romano medio es *la cosa de todos.* Dicho de otro modo, es el Estado y sus asuntos, que gobiernan de hecho y de derecho unos colegios de magistrados electos (aunque no por sufragio universal). En tiempos de Julio César y, sobre todo, a partir de Octavio, encontramos que es un solo hombre, un monarca (en el sentido etimológico del término) quien, en verdad, preside los asuntos del Estado, ya que centraliza en sus manos las diversas magistraturas que la república repartía entre varios. En cuanto al *Imperator,* del cual nosotros hemos obtenido «emperador», era al principio un título militar. Se otorgaba a un general que hubiese obtenido o mereciese obtener los honores del triunfo en razón de sus proezas. Ya vemos el desplazamiento y por qué se convierte tan a menudo a César en un emperador. Entendemos también por qué

se ha tomado la costumbre de llamar emperadores a la larga lista de titulares del poder en la *Respublica*, llamada también Estado, desde la batalla de Accio hasta la caída de Roma en el siglo V: con frecuencia se trataba de jefes militares. No obstante, ya veremos que eso a lo que nosotros llamamos Imperio, en realidad, no será otra cosa, en el espíritu de los romanos, que la República, que permanecía *in aeternum* bajo otra forma. Antes de ello debemos examinar otro aspecto del problema y deshacernos de otra serie de tópicos.

El uso de un concepto no es jamás inocente desde el punto de vista axiológico. Quiero decir que todos son portadores de valores o de contravalores, de los cuales los revestimos de forma tradicional, y, por tanto, de una importante carga afectiva. Si un francés habla de la República, piensa en la historia de Francia. Opone, pues, «república» a «realeza», y salvo que sea realista, piensa en el «progreso» de un régimen a otro. Su pensamiento se prolonga mediante correlatos positivos: libertad, igualdad, fraternidad, etc..., o negativos: tiranía, arbitrariedad, derecho divino, etc., y su imaginación se llena de fantasmas. Ve la toma de la Bastilla, cien veces pintada; oye *La Marsellesa* («Contra nous, de la tyrannie / l'étendard sanglant, etc.»). Es decir: para el francés medio, la República, como es el gobierno del pueblo por el pueblo (aunque algunos lo matizarían), es necesariamente más democrática que el Imperio.... y ahí piensa en Napoleón I o Napoleón III. Lo que pasa es que si el mencionado francés desea trasponer esas certidumbres a la historia romana, eso no le funciona del todo. En primer lugar, por lo que hemos visto de la república romana, ésta no tiene nada de democrática, en el sentido que nosotros lo entendemos. Se puede escribir por todas partes con gruesas letras «S.P.Q.R.», y tener en cuenta «al Senado y el pueblo romano»,

pero ya sabemos que el pueblo, de hecho, se reduce a una oligarquía riquísima que maneja las cosas a su antojo; que este puñado de notables saquea con alegría y sin control alguno las provincias que le confía la *respublica*, como un pastel cualquiera; que considera que los esclavos no están sujetos a la misma enseña. En resumen, nada de todo esto corresponde, como ya hemos podido advertir, a la idea que uno tiene de una democracia, aunque sea burguesa. Entonces, podemos estar tentados de pensar con la mayor de las inocencias: si la República era así, ¿cómo sería el Imperio?

Pues precisamente ahí está el error. Y en primer lugar porque en Roma nada sería jamás democrático en el sentido igualitario que nosotros entendemos, ni la República ni el Imperio. Además, en un régimen u otro, se observa que hay progresos, desde luego, pero que no van en el sentido que nosotros esperamos. Aunque para ello debamos renunciar a un dogma, constatamos que un imperio se puede mostrar más «progresista», para decirlo con palabras bonitas, que una república. Ya que bajo el Imperio, bajo esa «república-con-otra-forma», que rige Roma y sus provincias a partir de Octavio, el poder discrecional detentado de manera absoluta por un puñado de familias muy elevadas, ese poder será al menos un poco mejor, un poco más controlado. Cualquiera, por más poder del que disponga, no podrá ya hacer cualquier cosa que se le antoje, sobre todo explotar a los provincianos cuyo gobierno tiene a su cargo. Deberá rendir cuentas a «alguien», y ese «alguien» con sede en Roma no estará por fuerza desatento ni será proclive a apaños. La legislación cuidará cada vez más de la dignidad de los seres humanos. Y la filosofía tendrá mucho que ver en ello. El pueblo llano será mejor tratado, en general, y llegará un día (aún lejano) en que todo el mundo será ciudadano roma-

no. ¡Ah, si Catón el Viejo lo hubiera sabido...! Incluso se llegará a la conclusión de que los esclavos tienen alma, como todo el mundo (¡Ay, Catón una vez más!) y que ya no se les puede ni se les debe matar si a uno le apetece o porque crea que vale la pena hacerlo. El orden reinará con mucha más seriedad en la tierra y en el mar, de forma más duradera, sobre todo, que en el tiempo en que Roma y sus provincias eran el botín de ambiciones rivales, y en que las cuentas se saldaban con procedimientos «mafiosos». De todo eso veremos pruebas a medida que avancemos en este relato. Encontramos ya una en los penetrantes gritos que no tardarían en lanzar (en vano, por otra parte) los aristócratas desposeídos de su realeza republicana, que confundirían con la «libertad». La palabra se les funde en la boca como una golosina y su noble resonancia se arriesga a evocar, para nosotros, las reivindicaciones de 1789 o los gemidos de los oprimidos bajo alguna dictadura. ¡Error! Ya que la «libertad» cuya pérdida con tanta elocuencia lloraban esos nobles corazones era la de realizar sin control alguno lo que les apetecía a ellos y sólo a ellos. Volveremos con amplitud sobre este tema.

Dicho esto, tampoco podemos concluir que, tras su paso al gobierno de uno solo, los romanos accedieran a una edad de oro, aunque la propaganda imperial quisiera hacerlo creer así. La estructura de la sociedad seguiría siendo sensiblemente la misma: siempre será mejor ser rico que ser pobre. Ahora bien, la riqueza no dará ya de modo automático todos los derechos. Me dirán que Roma cae entre las manos de una sola persona y que eso mismo ya es insostenible. Es posible, y depende de las convicciones políticas de cada cual. No obstante, lo que yo quiero decir, en contra de ese otro tópico, es que los emperadores de Roma no fueron todos monstruos o idiotas, ni siquiera aquellos que quedaron como tales y sobre los cuales corren

espantosas anécdotas, a menudo falsas o mal comprendidas. En cada caso, habrá que tener en cuenta la desinformación metódica, sabia y elegante tras la cual existen unos códigos comprensibles para los contemporáneos y que a nosotros nos resultan por completo impenetrables. Los historiadores antiguos fueron también a menudo hombres que tomaron un partido determinado. Con todo ello quiero apuntar que las cosas no son tan sencillas en la historia romana como uno se figura tras recorrer al testimonio de personas que se van repitiendo unas a otras y reproduciendo de manera infinita los mismos tópicos. Por suerte, los últimos sesenta años de erudición han renovado el cuadro de conjunto que hasta entonces teníamos de esa época compleja. Nos toca a nosotros saberlo aprovechar.

Octavio Augusto o el cesarismo sin César

Octavio no era ningún tonto y no se le conocía ninguna pulsión suicida. Instruido por la experiencia reciente de su padre adoptivo, no iba a proclamar de modo abierto un cambio radical por su parte que ya estaba bien de República, desde luego... «En Roma», escribía el llorado Cicerón, «todas las veces que se evoca a un rey se piensa, de manera idefectible, en un malvado». Se trataba incluso de una especialidad romana: «el nombre de rey, siempre imponente –escribe Tito Livio–, en Roma resulta insoportable». Cuatrocientos años más tarde seguirá pasando lo mismo, tal como comprobamos en el discurso de Sinesio de Cirene al emperador Arcadio: «¡Qué prueba más asombrosa de la sabiduría de los romanos encontramos en las instituciones políticas! Por abiertamente que se establezca entre ellos la monarquía, tienen aversión a la tiranía y sus desgracias, y sienten gran-

des escrúpulos de recurrir al apelativo de rey». ¡Fidelidad a la memoria ideológica! La República, pues, continuaría. Indefinidamente. Lo vemos bien al leer la célebre inscripción de Ancira, donde mucho más tarde el propio Octavio recordaría al detalle sus *Res Gestae*, es decir, de cuanto había hecho, para rendir cuentas al pueblo romano. El texto bilingüe latín-griego, verdadera relación de gestión de una docena de nuestras páginas en formato de bolsillo, es de un estilo muy sobrio, aunque no siempre tranquilizador. «A la edad de diecinueve años recluté, por decisión personal y sufragada por mi bolsillo, un ejército que me permitió devolver la libertad a la República oprimida por una facción. En recompensa, el Senado, mediante decretos honoríficos, me admitió en su seno [...] dándome el derecho de hablar con el rango de los consulares: además, me confió el *imperium*. Me encargó el cuidado de velar por la salud pública en calidad de propretor, de manera conjunta con los cónsules. El mismo año, los dos cónsules [Hircio y Pansa] perecieron en la guerra, y el pueblo me nombró cónsul y triunviro encargado de organizar la República. Desterré a los asesinos de mi padre [César] y me vengué de su crimen mediante un tribunal regular, y más tarde, como alzaron las armas contra la República, les vencí por dos veces en batalla legal.» Sigue una lista interminable de hazañas de todo tipo y prosigue: «La dictadura me fue conferida, en mi ausencia y en mi presencia, por el Senado y el pueblo [...], pero yo no la acepté». Y más adelnate, un dato particularmente significativo: «Durante mi sexto consulado [es decir: en 27 a.C.], *después de haber acabado con la guerra civil, en virtud de los poderes absolutos que me había conferido el consentimiento universal, hice pasar la Repúblca de mi poder al del senado y el pueblo romano*. Para honrar este acto meritorio, mediante un senado-consulto, *fui nombrado Augusto* [...]. *Des-*

de entonces, yo sobresalí por encima de todos en autoridad, pero no tuve más poder que ninguno de mis colegas en mis diversas magistraturas».

El anciano de setenta y cinco años que redactó este texto interminable para que ninguno lo ignorara testificaba, pues, con solemnidad que, lejos de haber transformado las instituciones, por el contrario, lo que hizo fue restaurar simple y llanamente la República. Si había asumido al menos una parte de la carga era tan sólo porque se lo habían pedido, y siempre compartiendo esa carga con el Senado. Las magistraturas subsistieron, aunque sin más se le confirieron todas a él por ser quien era y porque se juzgó que era mejor así. De hecho, fue cónsul reelegido a perpetuidad, siempre con un colega bien escogido. Ejercía las funciones de censor y, por tanto, disponía de amplios poderes sobre la composición del Senado y cada año se veía revestido del poder tribunicio, con la inmunidad personal que ello confería. Cuando murió Lépido, en 12 a.C., encontró que era también pontífice soberano. Desde entonces fue declarado *divus* o divino y recibió el nombre de Augusto (a partir de ahora le llamaremos así), nombre que en el espíritu romano evoca a un guía venerado, capaz mediante su solo prestigio y su mano afortunada de dar a todos los asuntos de los que se ocupe la mejor conclusión posible.

En suma, todo se resume en esa idea: lleno de abnegación por el bien público, Augusto se sacrifica. Quiere asumir todos esos cargos «de modo provisional», puesto que no se le confieren más que de forma temporal. Ahora bien, como ese encargo perdura, sin más, se encuentra dueño de Roma, de Italia, de las provincias. Augusto se nos presenta, pues, según una expresión del difunto Cicerón, como «tutor y apoderado del poder de la República». Es el primer presidente, el *princeps*, el

primero de los romanos y, a decir verdad, patrón universal, del cual Roma y su Imperio se convierten en clientes, como ha observado con acierto Jean Gagé. Una acumulación tal de poderes no tiene equivalente hoy en día si no imaginamos a un señor que fuese a la vez presidente de la República, jefe del Gobierno, jefe del Estado mayor y general de los ejércitos, secretario general de los distintos sindicatos y arzobispo de París... y es posible que aún nos olvidemos algo. Ante tanta modestia por lo que respecta a las formas, ¡habría que tener muy malas pulgas para ver en todo aquello una pretensión de realeza! En resumen, y ahí está lo bueno del asunto, el genio de la cosa, la monarquía se había instalado sin abolir la República. Gilbert Charles-Picard lo expresa con justeza: «Esa revolución sólo tuvo éxito porque parecía una restauración». Daba principio el principado. Y así se cumplía lo que, en la genial obra de Ronald Syme, se llama «la revolución romana».

El gobierno de los espíritus

Un golpe de estado puede tener éxito sobre todo si el genio del artífice sabe sacar buen partido de las circunstancias. Y éste es el caso: acabar con cien años de guerras civiles daba a Octavio Augusto, de entrada, un prejuicio favorable. Se requería también que el resultado fuese duradero y que el hecho consumado fuese percibido con el tiempo como un bien, necesitado tan sólo de la posibilidad de sus beneficiosos efectos. En su juicio global, un siglo más tarde, de todos esos años y los cambios que se produjeron en ellos, Floro estima que no había otro medio de salvación para el pueblo romano «más que refugiarse en la servidumbre» (¡ah, siempre esa ideología de la «liber-

tad»!), pero, al menos, escribe, «hay que felicitarse de que, dado semejante desorden, el poder supremo recayese precisamente en Augusto, ya que con su sabiduría y su sagacidad supo formar un cuerpo con todos esos miembros dispersos, circunstancia que, sin duda alguna, no se habría podido realizar si la voluntad de un jefe único no hubiese asumido la dirección, como una sola alma y un solo espíritu». Miembros dispersos con los cuales era necesario hacer, o más bien rehacer, un cuerpo organizado, una alma organizadora de la materia, un espíritu que uniese en un todo los elementos dispersos. Aquí tenemos las analogías que tanto se han usado en la filosofía platónica, aristotélica y estoica, que afecta cada vez más a los medios cultivados romanos. Ya he mostrado antes la influencia determinante sobre la ideología del régimen imperial (y desde un extremo a otro de su historia) de los tratados atribuidos a Ecfantos, Diotógenes y Esténidas, filósofos helenísticos cuyos textos son ahora mucho mejor conocidos. Su gran idea era que, dado que la realeza se trataba de una institución de origen divino y el rey por esencia de una naturaleza superior al común de los mortales, el monarca había recibido la orden de la divinidad de que rigiese a los hombres. De golpe, se impuso una analogía en el espíritu:

$$\frac{\text{Divinidad}}{\text{universo}} = \frac{\text{rey}}{\text{ciudad}}$$

Ya que el poder supremo era una suma infinitamente compleja y pesada de obligaciones de todo tipo, tanto técnicas (estrategia, administración, economía, etc.) como morales (desinterés, generosidad, clemencia, etc.), el mejor soberano sería el que

asumiese lo mejor posible esas cargas tan elevadas que desaniman al resto de los hombres. Desde ese punto de vista (y el cambio es bien notorio) la legitimidad del gobernante reposará, al final, no en instituciones o constituciones, tampoco en elecciones, sino en el valor moral del soberano, en su virtud, en su *auctoritas* y, en último caso, en su vocación (divina, desde luego) de ejercer el mando. Cicerón, que conocía a la perfección la literatura filosófica, había esbozado ya el retrato del jefe ideal: «bueno, sabio, capaz de velar por los intereses y la dignidad de los ciudadanos, tutor y defensor del Estado». Cuando escribía todo esto en *La república*, Cicerón pensaba, claro está, en otra persona... No obstante, la habilidad de Augusto, su sentido de la adaptación (muy romano por otra aprte), su cultura filosófica, su consejo personal de filósofos, su habilidad, también, de sacar partido de todas las situaciones, esa serie de virtudes le incitó a hacerse contemplar, precisamente, como aquel jefe enviado de los dioses a quien uno se puede (o más bien se debe) encomendar si desea ser respetado tanto en la tierra como en el cielo, en el *cosmos* igual que en Roma, el orden deseado por los dioses. Ese *princeps* intemporal, soñado por Cicerón, ese arquetipo de jefe, Octavio Augusto cree encarnarlo a la perfección a los ojos de todos, como se observa con claridad a poco que se lean las *Res Gestae*, acta de su gestión y manifiesto de su divina vocación. Se sabe que desciende de los dioses por su tío y padre adoptivo César, a su vez descendiente de Eneas y, por tanto, de Venus. Él mismo fue reconocido como *divus* por las más altas instancias y aun así, no abusó de ello. La sencillez de su vida, su casa, donde parecía más bien que uno entraba en un molino, los ejemplos que circulaban sobre su bondad, su clemencia, etc., cada detalle demostraba que Augusto había conseguido apropiarse del arquetipo de buen rey hele-

nístico..., pero a la romana, sin pretensión alguna de corona. Es dueño de sí mismo, de los espíritus, de las almas y del universo. Sin sobrepasar en absoluto, en derechos, a sus colegas del Senado y las diferentes magistraturas, las trasciende, porque es el jefe designado por la providencia. Muy astuto.

Aquí me gustaría aportar una precisión concerniente a la «divinidad» de Augusto y sus sucesores. Una vez más, debemos procurar no transportar de una época a otra el contenido de nuestras ideas. Cuando hablamos de «dios», dotamos más o menos de manera consciente a este término de una carga enorme de metafísica y de afectividad que procede de veinte siglos de judeo-cristianismo y de reflexión filosófica. Sin embargo, aparte de algunos desequilibrados como Calígula (y aun así hay que observar con atención el contexto), ninguno de los emperadores de Roma se tomaba a sí mismo como el «Buen Dios», en el sentido en que nosotros lo entendemos hoy. Esas personas no estaban locas, y además, el concepto de «Buen Dios» era algo ajeno a su espíritu. Decir del emperador que era *divus*, es decir, divino, era dotarle de una cierta trascendencia, que le colocaba por encima del común de los mortales. Sin duda, no iba más lejos que cuando hoy en día aludimos a «su santidad» al papa o cuando tratamos de «excelencia» a un diplomático. Augusto se vio mucho menos tentado por este lado que los demás emperadores y nunca retuvo, de la promoción y el culto público que implicaba su cargo, más que su alcance político. Incluso veló para que las devociones se dirigiesen a la diosa Roma, más que a su persona. Sobre este asunto del culto a Roma y a los emperadores volveremos cuando se trate de los primeros cristianos, quienes de entrada vieron en esos apelativos una cosa distinta de lo que interpretaban sus contemporáneos. Por el momento, Jesucristo no había llegado todavía a este mundo.

Dicho esto, ¿cómo percibieron y acogieron el «fenómeno Augusto» las «mentes pensantes», es decir, los romanos y los residentes de aquel imperio ya tan vasto? Después del interludio de César y la reacción alérgica que había provocado en la *nobilitas*, se podía esperar lo peor. No por parte del pueblo llano, más bien cesarista, aunque, como todos los romanos, contrario a los reyes por naturaleza. Ahora bien, ¿qué ocurría con la pequeña nobleza, tan apegada, como ya acabo de señalar, a su particular concepto de «libertad»? A pesar de que, según las apariencias, dicha nobleza se había salvado (eso sí, a duras penas), la nueva situación le suponía un cambio tremendo. Resulta pues muy interesante observar el consenso que se manifiesta, desde un extremo del mundo al otro, a favor del «restaurador de la república». El poeta Crinágora de Mitilene no se anda con zarandajas y da a la coronación de Augusto un alcance rotundamente cósmico. «Aunque el océano –escribe– alce todas sus aguas, aunque Germania se abalance sobre el Rin, la pujanza de Roma no se tambaleará demasiado mientras confíe en los auspicios de César. Así, los robles sagrados de Zeus siguen en pie con firmeza sobre sus raíces mientras los vientos no hacen caer más que sus hojas secas...». Crinágora no repara en gastos. Una inscripción hallada en Halicarnaso y que data de esa época dice exactamente lo mismo, aunque de una forma mucho más sobria: «Ya que la eternidad y la naturaleza inmortal concede a los hombres el mayor de los favores, dándoles, fuente de inmensos bienes, a César Augusto, padre de su patria, la diosa Roma, Zeus paternal y salvador de todo el género humano, cuya providencia no sólo ha colmado, sino también desbordado todos nuestros votos, hoy en día, la paz reina sobre la tierra y sobre el mar: las ciudades florecen en el colmo de la abundancia de todos los bienes, de las mejores esperanzas para el porvenir, de alegría

para el presente, de juegos, de estatuas, de sacrificios y de himnos...».

Escuchen también lo que dice Filón el Judío, un poco más tarde, de «aquel que sobrepasa la condición humana con todas sus virtudes»: «Él –escribe–, él, Augusto, que supo dominar una situación turbada y confusa, desde el momento en que accedió a las responsabilidades del poder supremo», restableció la paz mundial. En efecto, «fue él, César, quien aplacó las tempestades que se enardecían por todas partes: curó las enfermedades comunes a griegos y a bárbaros...». Ya no hubo más piratas, pues, ni más corsarios. «Fue él quien elevó todas las ciudades a la libertad, quien llevó el desorden al orden, quien civilizó todas las comunidades bárbaras y salvajes, quien engrandeció la Hélade con una multitud de Hélades más, y helenizó el mundo bárbaro...» ¡El no va más! Gran unanimidad, por tanto, que bastaría de por sí para explicar el alivio de la paz recuperada: «Una vez el mundo pacificado, después de la restauración de la República, tuvimos la oportunidad de vivir una época de paz y de felicidad...». Escrito con toda sencillez por un viudo sobre la tumba de su esposa bienamada, con la cual compartió los años agitados de su juventud en el tiempo del destierro, ese texto habla bien claro de la tímida alegría de la paz recuperada, del alivio de no tener que vivir a la espera de lo peor. Habían perdido el gusto a la vida y ahora lo recuperaban. No cabe duda de que la llegada de Augusto al poder, el hecho de que se hiciese cargo de un mundo que iba a la deriva, el conjunto de esas circunstancias se percibió como positivo, y muchos se negaron a ir más allá. Se suma la orquestación religiosa del hecho, que nos sorprende hoy en día, pero que en su época era del todo natural y espontánea.

Aclarada esta situación, ¿hubo acaso oposición? ¿Gente más reticente que los demás a integrarse en esa curiosa combinación en la cual la filosofía y lo sagrado van a apoyar en el momento oportuno la maniobra política? Sin duda, pero si hubo oposición, se mantuvo discreta. Después de cien años de guerras civiles, Roma seguía en estado de choque, aunque la alta sociedad carecía de empuje, como se diría hoy en día, para emprender una nueva guerra que no estaba segura de ganar, algo que sabía muy bien. El recuerdo de Cicerón todavía vivía en esos nobles recuerdos, y nadie tenía ningún deseo de seguir sus pasos hasta un desenlace como aquél. La *auctoritas* del divino Augusto dejaba pocas esperanzas a una posible restauración de una República ya restaurada, al menos sobre el papel. Sin embargo, sí existieron complots. En el curso de una ausencia bastante larga de Augusto, corrió el rumor de su muerte y se formó una conjura en el entorno del *princeps*, a iniciativa de su propio colega de «consulado» para el año 23, un tal Terencio Varro Murena, que perdió la vida en aquella aventura estúpida que estaba por encima de sus posibilidades. Existió otra conspiració, pero sólo formada por Séneca y Dión Casio, y fomentada por un tal Cina, un bisnieto de Pompeyo e hijo de uno de los conjurados de los idus de marzo. Augusto fue advertido a tiempo y se permitió el lujo de absolver al «cerebro» de aquel asunto mediocre, historia de la que Corneille extrajo la tragedia que conocemos. Si el fondo de esta obra resulta de una historicidad dudosa, la forma vale la pena por sí misma. La pieza tuvo el mérito, al menos, según se dice, de hacer llorar al gran Condé... fenómeno que hubiese intrigado bastante a Augusto. Para él, en efecto, los actos de clemencia no debieron de ser jamás otra cosa que una inversión rentable. En resumen, si en algunos sectores todavía existía el ánimo, fallaban los medios para

realizar esos impulsos... y no quedó apenas nada más que el rencor. Un rencor latente que veremos subsistir, durante otro siglo, con algunos resurgimientos reprimidos de inmediato por los sucesores de Augusto. El rencor y también la nostalgia, sentimiento menos peligroso, e incluso benéfico, al menos literariamente. Ante el rebrote que sufría esa «República» puesta en el buen camino con aquellas medidas, se podría apelar a la espantosa frase de Lucano en el primer canto de la *Farsalia:* «Roma debe mucho a las guerras civiles...».

El gobierno de las realidades

Las viejas estructuras de la República se habían vuelto inadecuadas para la extensión del su nuevo imperio y Augusto, por tanto, emprendió su remodelación total, si bien condujo la operación de tal modo que no asustase a nadie. Todo debía cambiar, pero nada debía moverse. Del consulado (o de lo que quedaba de él) Augusto hizo un título suficientemente halagador para atraer a las candidaturas. Los cónsules conservaban ciertas competencias jurídicas y sólo los antiguos cónsules tenían acceso a los grandes gobiernos provinciales, así como a las responsabilidades militares en verdad importantes, autoridad que entonces iba a la par con las legiones acuarteladas en ellas. El Senado vio realzado su prestigio en la misma medida en que se agotaban sus poderes reales. Augusto redujo a 600 el número de titulares, rebaja que le permitió una discreta depuración, y los candidatos al título debían justificar un patrimonio de un millón de sestercios. Se suponía que el Senado debía otorgar al emperador su investidura, así como sus poderes, y sobre el papel todo obedecía al espíritu de una *diarquía.* En realidad, claro está,

era el emperador quien nombraba, convocaba y presidía. Incluso se suponía que el Senado compartía con el emperador el gobierno de las provincias. En este sentido, la provincia de Egipto, fuente de avituallamiento de grano de Roma, era y seguiría siendo un caso aparte. Se contemplaba como herencia personal de Augusto, recogida de su última soberana reinante, Cleopatra VII, transmisión que hizo que Augusto, y todos los emperadores romanos desde aquel instante, se convirtieran en dioses de Egipto. Se comprende que en esas condiciones Egipto siguiera siendo un terreno imperial privado: ningún senador tenía derecho a ir allí y el personal de mayor responsabilidad en la zona era del rango ecuestre. Augusto se evitaba así las tentaciones de algún senador malintencionado, y a los romanos la eventualidad de quedar hambrientos por culpa de algún senador que trabajase en provecho propio.

A partir de entonces, el sistema en vigor para el gobierno de las provincias, verificado muy de cerca, es una innovación. Poniendo fin a la antigua confusión de lo político y lo administrativo, Augusto introdujo un cambio radical. Los administradores principales ya no serían políticos deseosos de que sus administrados enjugasen las deudas pasadas y futuras de sus campañas electorales. Si se daban todavía, como en todas partes y en todos los tiempos, abusos y malversaciones, en el reconocimiento manifestado por los provincianos se puede medir la auténtica mejora aportada por la reforma augusta. Los provincianos serían ardientes partidarios de un régimen que les libró de un número increíble de tiburones muy aferrados a las «libertades».

En materia financiera, por otra parte, no quedaba casi nada de la antigua omnipotencia del Senado. Dos pretores del Tesoro tomaron a su cargo el ministerio de Hacienda, y aunque ele-

gidos por el Senado, de hecho se hallaban bajo la dirección efectiva del *princeps*, que vigilaba las cuentas muy de cerca. Lo mismo ocurría, por fin, en el dominio militar y diplomático. Si bien Augusto, con una cortesía exquisita, se tomó como una obligación consultar a los senadores, la verdad es que hacía sin más lo que le daba la gana.

Si del Senado pasamos a la orden ecuestre, que constituía una red de notables surgidos de las grandes propiedades rurales tradicionales, pero también, como ya hemos visto, del gran comercio, constataremos que Augusto procuró enseguida ganarse a esta clase tan influyente de la sociedad romana, que convirtió en la segunda orden, con un *album*, como en el Senado. Para acceder a ella había que justificar un patrimonio de 400.000 sestercios. En adelante, aquellos nobles tendrían la vocación de ocupar puestos importantes: gobiernos de provincias de clase inferior, ciertas prefecturas, etc., y también los altos cargos administrativos en Egipto, donde no querían ver senadores. Esta confianza del príncipe, y también los mil placeres que siempre y en todo lugar hacen las delicias de las gentes del gran mundo (adornos indumentarios, plazas reservadas, etc.), infundió a la orden ecuestre un lustre apreciado por sus titulares... y envidiado por los postulantes. Augusto no tardó, de ese modo, en congraciarse con aquella *nomenklatura* de segundo grado, en la que debemos cuidarnos mucho de ver a una anacrónica «clase media», como han hecho ciertos historiadores de manera harto imprudente. Por encima de todo, el hecho de que los caballeros tuviesen, a partir de entonces, esta vocación de convertirse en grandes representantes del Estado, hacía nacer en el espíritu de aquellas gentes un gusto por el servicio público del que la administración romana extraería en el porvenir un cierto beneficio. De ese modo, veremos disminuir la influencia de las grandes com-

pañías de publicanos, que confiscaban para su provecho las enormes ganancias de las transacciones, las cosechas y de los grandes mercados.

Una vez que el Senado y la orden ecuestre se reformaron y situaron de este modo en el organigrama augusto para mayor bien del Estado, casi no era necesario tocar el sistema de los comicios o asambleas del pueblo, ya que convenía, igual que siempre, respetar las apariencias. Esas asambleas perdieron sus competencias judiciales, aunque en verdad ya habían caído en desuso desde hacía mucho tiempo. Sus poderes electorales sufrieron, al menos, algunas atenuaciones, al hilo de varias disposiciones. En primer lugar, estaba el derecho de presentación imperativa, del cual disponía el príncipe y que Augusto sólo usó con mucha prudencia. También estaba el derecho de exclusión, a discreción del presidente, de un cónsul o del propio *princeps*, que permitía descartar las candidaturas no deseables o, si se prefiere, con riesgos. Una ley del año 5 completó esas reformas mediante otra disposición llamada *destinatio*. Diez unidades especiales de voto, compuestas de senadores y caballeros de élite, designaban según sufragio una lista preparada de candidatos al consulado y el pretorio. Sin embargo, hay un hecho que se escapa a los historiadores: nos preguntamos, en efecto, si la mencionada lista correspondía con exactitud o no al número de puestos que cubrir. Si correspondía, las elecciones a los comicios descartaban todo riesgo inútil y se parecían ya a lo que, según se dice, se practica en ciertas democracias modernas. Si era así, Augusto se habría adelantado de manera enorme a su tiempo.

Ya vemos qué difícil resulta deslindar, en las reformas de Augusto, lo político de lo administrativo, antaño unidos de forma inextricable y sin cuestionar en absoluto la competencia,

circunstancia que el *princeps*, con una prudencia infinita se proponía por fin distinguir. Con Augusto, lo administrativo adquirió un principio de existencia autónoma, aunque bajo su control. Esto se aprecia mejor en los puntos en que Augusto, debido a las carencias del antiguo sistema, tuvo que crear situaciones nuevas.

Éste es el caso, por ejemplo, de la Villa. Antes, incumbía de modo automático a los cónsules y a los ediles. A pesar de las apariencias, pues, se trató de una verdadera creación *ex nihilo*, ya que aquellas buenas gentes, a falta de una doctrina y un aparato adecuado, no habían administrado jamás de modo racional cosa alguna, sino que improvisaban a diario. Augusto, por tanto, creó las grandes prefecturas, que constituyeron otras tantas delegaciones de poderes. A partir de entonces la *prefectura de la Villa* estaría a cargo de un senador de alto rango. Existirán también diversas prefecturas especializadas: la de las cohortes pretorianas, que se convertiría poco después en la *prefectura del pretorio*, que dirigía la guardia imperial; la *prefectura de los vigiles*, vigilantes que aseguraba las guardias nocturnas y el servicio de incendios; la *prefectura de víveres*, o servicio de avituallamiento. Estos puestos, nombrados por el príncipe, serán ostentados por personalidades del rango ecuestre. La administración, constituida por fin y provista del personal indispensable, toma el lugar entonces de las antiguas magistraturas, cuyo servicio era vago y cuyas prestaciones eran poco efectivas.

Sin perderse en los detalles, sin embargo, hay que señalar, en razón de su importancia práctica, las diferentes *cura*, es decir, los servicios técnicos de la ciudad. Estas oficinas, que correspondían por derecho a comisiones de senadores, velaban por el mantenimiento de la limpieza, los acueductos y los edificios públicos. La Villa, el 7 a. de C., fue dividida en catorce dis-

tritos para hacer más presente la administración y responsabilizar mejor a los funcionarios a cargo de ella.

Otra remodelación notoria de estructuras y prácticas fue la administración de las finanzas. Augusto provocó que rechinaran mucho los viejos dientes senatoriales y de otros, pues ya sabemos que la alta asamblea había perdido su omnipotencia en ese dominio esencial. El Tesoro público (*aerarium populi*), alimentado por los ingresos de Italia y las provincias senatoriales, estaba regido por dos prefectos que ejercían la función de ministros, bajo el control del príncipe. Junto al Tesoro público, vemos multiplicarse los *fisci*, las cajas imperiales. El príncipe, por tanto, percibe los ingresos fiscales de las provincias que le están reservadas, pero también controla el *Tesoro militar*, alimentado por dos impuestos recaudados en el conjunto del Imperio y establecidos sobre las herencias (5 por ciento) y las ventas con puja (1 por ciento). Al propio príncipe, a título personal, revierte el enorme *patrimonium Caesaris*, que comprende sobre todo los ingresos de Egipto, en todo sentido fabulosos. Ocurre, por otra parte, que el príncipe se ve obligado a veces a llenar las arcas del Tesoro público con su peculio personal. En cuanto a la acuñación de moneda, el Senado conserva sólo la de las piezas de bronce, desde que Augusto, el 15 a. de C., abriera en Lyon un taller especializado en acuñar las monedas de plata y las piezas de oro de 7,8 gramos, los *aurei*, que valía veinticinco denarios. Si la percepción de impuestos, tasas y derechos diversos pasaba todavía en muchos casos lo privado, las operaciones de los publicanos eran supervisadas con gran esmero. En las provincias, los altos funcionarios eran los responsables del tributo, del cual los gobiernos senatoriales distraían antaño

una gran parte. Recordemos al tristemente famoso Varro, en Sicilia, contra quien Cicerón gastó tanta elocuencia. Observemos también, sin embargo, que aunque el impuesto se recogiera de forma mucho más regular, no por ello se aligeraba, y se puede afirmar, con Ramsay MacMullen, que «los romanos arrancaron a fin de cuentas al campesinado de provincias recursos que pudieron».

En materia de justicia, la innovación más notable (exclusiva a los ciudadanos romanos, desde luego) era el derecho de interponer recurso de apelación ante el propio emperador. Los Hechos de los Apóstoles, en el capítulo XXV, proporcionan un ejemplo en la persona de san Pablo, que mantenía diferencias con la justicia local de Cesarea a propósito de sus altercados con los judíos. El gobernador Festo tuvo que registrar la petición de aquel ciudadano romano: «Tú apelas al César, e irás ante César».

También se ha de tener presente que el ejército romano no escapó al espíritu renovador de Augusto, quien quiso remodelarlo en función de las necesidades del Imperio. El ideal para él hubiese sido un retorno puro y simple a la tradición de aquel ciudadano romano dispuesto a tomar las armas en caso de movilización. Pero ya sabemos que después de la reforma de Cayo Mario, Roma se había dotado de un ejército profesional para sus guerras, reclutado entre las clases más despojadas de la población y más interesado en el botín que en la defensa del suelo de la patria, del cual no poseían ni la menor parcela. Cien años de guerras civiles hicieron el resto. Augusto, pues, tuvo que resig-

narse a reconducir aquel ejército profesional, permanente y reclutado sobre la base del voluntariado. Allí donde el civismo tenía todos los números para fracasar, estaba presente la disciplina para suplirlo: servicio alargado a veinte años, reclutamiento limitado en lo posible a ciudadanos romanos, contribución del soldado (al que se pagaban 225 denarios anuales) a sus gastos de equipo. Cuando obtenía la licencia absoluta, el veterano recibía un lote de tierra y una prima. A finales de su reinado, Roma dispondría de veinticinco legiones, es decir, 140.000 hombres, apoyados a partir de entonces por escuadrones de caballería. Cada legión tenía su número de orden, su apelativo, su espíritu particular y estaba dirigida por un legado que tenía rango de senador, y que obtenía sus poderes de forma directa del *princeps*. Con una excepción, desde luego: Egipto, donde mandaba un prefecto ecuestre. Los mandos intermedios eran asumidos por tribunos militares y centuriones.

Observaremos que en Italia, tierra en principio desmilitarizada, no se encuentran legiones, sino cohortes de élite, con 500 hombres seleccionados con sumo cuidado, y tres escuadrones. En ellos sólo había que servir dieciséis años, y estaba tres veces mejor pagado. Estas secciones, encargadas de la guardia imperial, se hallaban regidas por el prefecto del pretorio. Las cohortes urbanas, a la disposición del prefecto de la Villa, no se beneficiaban de este elevado estatus, y menos aún las cohortes de vigiles, llenas de libertos que maniobraban bajo las órdenes del prefecto de los vigiles, de la orden ecuestre. La marina siempre fue el pariente pobre, y servir en ella no era una promoción, al menos en lo más bajo de la escala. Se conocen dos bases establecidas por Augusto, la de Misena, que el caballero naturalista Plinio dirigirá en el momento de la trágica erupción del Vesubio, y la de Rávena.

Este dispositivo, núcleo en realidad del ejército romano propiamente dicho, se complementa mediante auxiliares reclutados entre los provincianos. En este caso, había que realizar veinticinco años de servicios... y se cobraba bastante menos. El mando se reservaba para los caballeros. Unos efectivos modestos, en suma, si se considera la inmensidad de los territorios bajo dominación romana, y que hacen evidente la fragilidad de un territorio que uno imagina siempre armado hasta los dientes, según la gran tradición de las películas «históricas». Debo añadir que el servicio de información, tan importante más adelante, no recibe ninguna mención especial en los textos de la época augusta. Parece que se contentaban, en este aspecto, con un servicio artesanal, sin auténtica estructura, dependiente del olfato y de la habilidad de cada responsable sobre el terreno. En el mismo orden de preocupaciones, cuesta asimismo imaginarse a un Augusto paseándose rodeado de guardias personales a cada instante, como nuestros gobernantes actuales. Las entradas y salidas de su casa, en particular, estaban lejos de ser filtradas de modo apropiado, como se comprueba leyendo a Dión Casio. Gran amante de las mujeres, el emperador ideó introducirlas en su casa en literas cerradas. Así fue como un buen día, esperando los favores de una jovencita, vio descender trabajosamente de la litera en su propio dormitorio al viejo filósofo Atenodoro, un estoico que le servía de consejero personal. En el último momento, el pensador (que quería así demostrar al príncipe la imprudencia de su conducta) había sustituido a la invitada y llegado hasta allí sin que nadie le preguntara nada. Prueben ustedes a hacer algo semejante hoy en día... y cuando vuelvan al cine, dejen, de una vez por todas, de representarse el Imperio romano con la imagen de un estado policial. Volveremos sobre este tema.

La gente del entorno

Nos imaginamos que el conjunto de estas reformas, su puesta a punto, su puesta en práctica, la apreciación de sus consecuencias en la opinión pública, todo, en fin, había sido preparado por un *brain-trust*, un consejo de sabios, informal, por descontado, pero muy activo, del cual Augusto había sabido rodearse desde el principio y que ahora ya estaba dedicado a sus reformas conservaba a su lado. Se trataba, ante todo, de un grupo de amigos muy queridos. Y en primer lugar se encontraba el excelente Agripa, su antiguo camarada, que había casado el 21 a. de C. con su propia hija, la explosiva Julia. Estratega notable, incluso en el agua, había ganado cada una de las batallas de su patrón, poco dotado para las artes militares. Era también un urbanista de gran amplitud de miras, al cual Roma debía dos teatros, pórticos, termas lujosas y varios templos, entre ellos un Panteón, incendiado y restaurado varias veces, y que apenas tiene nada que ver con el monumento actual. En la gran tradición del evergetismo, Agripa hacía gala de gestos generosos y así logró también que los corazones se congraciaran con el nuevo régimen. De este modo contribuyó, cuestión de enorme utilidad, a que una plebe fascinada por tales esplendores amase a su príncipe. De igual manera, encontramos a Mecenas, un caballero toscano del cual Jean-Marie André escribió una biografía muy interesante. Epicúreo delicado y con clase, hombre de mucho gusto y sabio, poco dado, por naturaleza y por convicción, a las disputas de la arena política, sobre todo sobresalía en la diplomacia. Por dos veces maniobró hasta conseguir aproximar, siempre de manera provisional, a Octavio y Antonio. Retirado en su mansión del Esquilino, le gustaba rodearse de las glorias literarias del momento: Virgilio, Horacio, Pro-

percio y otros, a quienes protegió y subvencionó, y que se convirtieron, de forma natural, en los heraldos del nuevo orden. Ya sabemos que el nombre de Mecenas se ha convertido en sinónimo de protector de las letras y las artes, título nada malo para pasar a la posteridad. Además, estaban varios parientes, como los dos hijos que tenía su esposa Livia de un matrimonio anterior: Tiberio, que se convertiría en sucesor, y el pequeño, Druso Nerón, del que es lícito preguntarse si no sería, en realidad, hijo del mismísimo Augusto. La propia Livia no carecía de influencias, aunque su ascendiente se ejerciera entre bastidores. Ninguno de estos personajes poseía título oficial, pero su consejo tenía un gran peso en las decisiones del príncipe.

Y por fin, en torno a Augusto, como he mostrado con amplitud en otros lugares, se encontraban sus filósofos personales, un punto que resulta del todo esencial. Augusto, como buen hombre de su tiempo, había comprendido la importancia que, en el arte de gobernar, tenía la dimensión filosófica. En efecto, puestos a ejercer el poder en solitario y ya que le cae a uno entre las manos por la fuerza del destino (ayudado un poco por nuestra parte, desde luego), ¿no es mejor que la gente se someta a él con gusto, incluso con un cierto orgullo por colaborar a una obra tan magna? Para ello, conviene moldear sus mentes: gobernante y gobernados deben ser complementarios, y ahí vemos la pertinencia, por parte de Augusto, de una especie de estudio ideológico del mercado. Augusto no era un hombre corriente. Esa fiera, ese animal político de recorrido casi sin tacha, era un ser cultivado que había aprendido a reflexionar. Conocedor de las letras, poeta en ocasiones, no se había contentado, sin embargo, con realizar versos y escribir sus *Memorias*, dedicadas a Agripa y a Mecenas, en las cuales no escondía que había sido elegido por los dioses para regir el mundo roma-

no. Sabía demasiado bien que las palabras son ideas. Alumno de dos filósofos, Atenodoro de Tarso y Ancio Dídimo, los había convertido, llegado el momento, en consejeros personales suyos. Del primero, al cual Pierre Grimal ha consagrado un estudio exhaustivo, se sabe que era estoico y alumno en su juventud, como Cicerón y Pompeyo, de Poseidonio de Apamea, él mismo a su vez discípulo de Panecio de Rodas, el amigo de los Escipiones, gente toda ella de la cual ya hemos hablado. El estoicismo de Atenodoro estaba abierto a las influencias del platonismo y del aristotelismo, pero en él, cada elemento giraba en torno al espíritu emprendedor y el valor. Augusto, por tanto, había aprendido de Atenodoro que la acción política era fundamental, al contrario de lo que profesaban epicúreos como Mecenas, y que la política era incluso el primer campo de aplicación, en suma, de la *philosophia*. Ella es la que obliga a poner en práctica la justicia, reguladora de las relaciones con la sociedad, y la fuerza moral, que impone la autodisciplina. «Maestro de mí mismo, como del universo»: esta frase de Corneille, en *Cinna*, es muy justa y corresponde bien a la imagen de sí mismo que Augusto extraía de las sólidas lecciones de los estoicos. Asimismo, había descubierto las grandes visiones del sistema sobre la unidad del mundo, a la cual tiende cada parte: uno para todos, todos para uno. También la idea de una *Cosmópolis*, de una ciudad del mundo, donde cada ser es ciudadano y donde él ocupaba un lugar esencial. Este conjunto de ideas, sin duda, tuvo mucha parte en esa especie de gobierno mundial que inauguró Augusto. Partiendo del centro (Roma) y volviendo a él, una incesante radiación compuesta de relaciones, intercambios e influencias, propagará la *romanitas* hasta los confines más extremos del universo. El foco de esta radiación física y mística es su *auctoritas*, todos debían saberlo y regocijarse.

Sin embargo, él no obtuvo jamás vanagloria de ello: demasiado serio para ser vanidoso, demasiado frío, demasiado aguafiestas, dice François Chamoux incluso, para ilusionarse con otra cosa que no fuese el funcionamiento armonioso de esa construcción llamada a desafiar a los siglos. Augusto tenía un fondo incontestable de estoicismo.

¿Quién era, sin embargo, ese otro filósofo, ese Arrio Dídimo cuyo nombre vemos en los textos y a quien, sin embargo, se conoce tan poco? Por lo que se sabe, era un erudito, un hombre que sabía de todo y de nada, pero autor de una obra que resultaba muy práctica. En efecto, había gestado dos *doxografías*, es decir, selecciones de dichos u opiniones célebres recogidas de aquí y de allá entre los libros, una especie de miscelánea de fragmentos escogidos de la que se sacaba mucho provecho en una época en que, a falta de imprenta, los libros eran raros y caros. Arrio constituía para su amo, en suma, una enciclopedia andante, un diccionario ambulante que podía consultar en todo momento. Informado de todos los sistemas de pensamiento, Augusto tenía incluso su rinconcito trascendente con los pitagóricos, esos grandes conocedores de la vida secreta de las almas. Gilbert Charles-Picard, con mucho ingenio, ha reconocido ese rasgo en los frescos de la casa de Augusto en el Palatino. Así se explicaría su elección de Apolo como santo patrón. Esta influencia permitiría también comprender que figuren en los monumentos y las monedas de la época efigies del dios tal y como lo representaban, precisamente, las sectas pitagóricas.

Todas estas influencias filosóficas se encuentran por otra parte en Virgilio, cuyas relaciones con el príncipe son bien conocidas. En el libro VI de la *Eneida* vemos cómo Anquises, el viejo amante de la diosa Venus, da a su hijo Eneas, que ha llegado a visitar los Infiernos, todo un curso de filosofía. El cielo, la

tierra, el mar, la luna, el sol, todo, en fin, está provisto de un alma común que, distribuida en cada uno de los miembros de ese vasto cuerpo, otorga al universo su movimiento y su vida. Una reflexión muy estoica, pero vemos también brillar la chispa de un fuego divino incorruptible, presente en el alma que ilumina, y eso es pitagórico.

Comprendemos, pues, a partir de todas esas influencias entrecruzadas, que Augusto supiera animar su vasta construcción imperial con un espíritu que aseguraba a su vez la cohesión y la expansión. Suetonio apunta en algún sitio: «Recorriendo los autores griegos y latinos, lo que él buscaba, sobre todo, eran los preceptos y ejemplos útiles para la política o para la conducta privada». De hecho, con sagacidad y con genio, de forma teórica y práctica, Augusto supo extraer de esa maraña de influencias, lo que necesitaba con exactitud para llevar a buen término su empresa. ¡Qué arte de la síntesis! En tal tradición filosófica recoge con qué dar forma racional a tal exigencia política precisa, y toma en tal otra aquello que conviene mejor para aquel o este aspecto complementario... Mientras que en otro lugar más, encuentra lo que se requería de misticismo, tanto para su equilibrio personal como para su papel público de jefe carismático. El resultado no deja de ser impresionante y nos permite intuir lo mucho que debió de costar a un hombre enclenque, ligeramente contrahecho, afligido por un sistema digestivo deficiente y carcomido por ansiedades diversas. Envuelto en su gloria discreta y su fatiga, quiso realizar al hombre y el jefe tal y como los definían la sabiduría griega y la moral romana. A partir de estas influencias entrecruzadas de filosofía, de mitos y de leyendas patrióticas, el joven Octavio se convirtió, de hecho, en el «nuevo Rómulo», procurando a su patria el bienestar de una nueva fundación. Fue también el «nuevo Eneas»,

resumiendo en su persona el origen, la historia y la esencia de Roma. Como nos mostró Claude Nicolet, la topografía misma de la Roma augusta simbolizaba mediante la disposición de sus nuevos monumentos el nexo directo entre el príncipe, la paz y el orden del mundo: el Altar de la Paz (*Ara pacis Augustae*), el Mausoleo y el Obelisco traído de Egipto, manecilla de un reloj solar gigantesco. Augusto había creado un arquetipo: se había convertido en *Divus Caesar Augustus*, y después de él, sus sucesores se atribuyeron esos nombres como único título para ejercer sus funciones... pero siempre bajo la égida del Senado y del pueblo romano: S.P.Q.R. Y no es ésta la menor de las paradojas.

El siglo de las estrellas

Pocos siglos, si lo pensamos bien, habrían podido reunir tantos genios, tantas glorias en las letras, las artes, la historia o lo que podríamos llamar, ya que por otra parte es lo mismo, la ciencia. Es, en verdad, un Siglo de Oro.

Lucrecio había muerto el año 55, y de todos modos su filosofía ya no estaba de moda en un momento en que prevalecían otros valores. Sin embargo, un poco de epicureísmo sobrevive en la musa elegante y acrobática, a lo Mallarmé, de Horacio. El poeta, que en tiempos estuvo ligado a Bruto, el asesino de César, y que había combatido a su lado en Filipos, lo tenía todo a su favor para ser considerado sospechoso en la nueva Roma, pero la amistad de Virgilio le condujo a Mecenas, y Mecenas le presentó al príncipe. Con dignidad, no obstante, rechazó el cargo de secretario particular que Augusto le ofrecía, prueba de la largueza de espíritu del príncipe, ya que Horacio valoraba su

independencia más que nada. Además de las *Épodas, Sátiras, Odas* y *Epístolas*, en gran parte compuestas antes del reinado, escribió a petición del príncipe un *Carmen saeculare* para los Juegos seculares de 17 a. de C., noble meditación sobre el destino de Roma y la gloria de sus héroes.

Virgilio también había empezado a escribir cuando llegó el reinado de Augusto y su inspiración queda marcada por las desgracias de la época. Así, en la primera *Bucólica*, asistimos al diálogo desgarrador de dos pastores: uno ha estado a punto de ser expulsado de su tierra para el provecho de un veterano cualquiera, problema que ya conocemos bien, pero la bendita intervención de Octavio le ha valido poder quedarse al final en su casa. El otro no ha tenido esa oportunidad y, desarraigado y con el sol poniente, lleva ante él a su rebaño. Ahora bien; esto fue, justamente, lo que le ocurrió al propio Virgilio, amenazado de expropiación y salvado in extremis gracias a una gestión de Asinio Pollion ante Octavio. Uno nunca se cansa de Virgilio, sensible, delicado y a pesar de todo animado por un soplo épico que nos arrastra. En las *Geórgicas*, se jacta de la felicidad tranquila del campo (nos damos cuenta de que no trabaja como obrero agrícola), ya que cree descubrir en ese retorno a los orígenes de Roma la promesa de un renacimiento después de tantas desgracias. No obstante, también sabe desencadenar un entusiasmo épico en su canto de las aventuras de un Eneas que huye de Troya incendiada, recorre el mundo como Ulises, se prenda de Dido, la conmovedora reina de Cartago, y desciende a los Infiernos, donde su viejo padre Anquises le desvela la que será un día su gloriosa descendencia en la tierra de Italia. Mediante una astucia genial, el presente romano, desarrollándose en los Infiernos como un futuro predicho, adquiere una dimensión heroica que lo hace venerable, y que revela

la predestinación de la familia de César, unida al orden eterno del mundo. Con esta nueva *Ilíada*, la nueva Roma tenía ya el libro sagrado de su leyenda. De siglo en siglo, la *Eneida*, explicada por generaciones de maestros, recitada por generaciones de alumnos, frecuenta el imaginario romano. Mucho más tarde, a finales del Imperio, san Agustín, evocando su juventud, se acordará de haber llorado por los amores de Dido... En todas aquellas obras subsiste parte del itinerario filosófico seguido por el poeta. Epicúreo también en su juventud, Virgilio encontró en otro lugar, en los círculos neopitagóricos de Sicilia, el gusto de las aventuras del alma en contacto directo con aquel «más allá» de los sentidos que Epicuro negaba con tanta tranquilidad. La IV *Égloga* lo testimonia, con el anuncio del nacimiento de un niño bendito bajo el signo de la virgen y que traerá la edad de oro a nuestra tierra. ¿Y qué niño es ése? Paul Veyne demostró que Virgilio imitaba con ello el estilo de los oráculos, pero la coincidencia es perturbadora. Los cristianos de la Edad Media creyeron tanto en la Anunciación hecha a Virgilio que incluyeron entre sus liturgias ese fragmento admirable donde se ve al niño imitando la sonrisa de los labios de su madre. Nadie cree ya hoy en día en ningún «misterio de la IV *Égloga*», para recoger un título famoso de Carcopino. Sólo nos quedan unos versos que ni siquiera me atrevo a decir que son inolvidables, ya que los he visto desaparecer de nuestros apagados y utilitarios programas de estudios. En resumen, en Virgilio se encuentra ese componente estoico que cada vez reconforta más el alma y el pensamiento del romano. La ética estoica es la concordancia del interior y del exterior, la armonía del alma íntima con el alma del mundo, del hombre cívico y del hombre privado, y de eso precisamente es de lo que esos tiempos tienen necesidad.

Propercio (¡un expropiado más!) se complace también en cantar en sus *Elegías* el amor de esa Cintia que murió tras compartir con él su vida durante cinco años. El poeta finge seguir con el fantasma de la amada, una especie de juego fúnebre que impresionó mucho a Chateaubriand, como se ve en el libro XXXIX de las *Memorias de ultratumba.* Sin embargo, ¿es necesario implicar tanto la biografía del autor en esas piezas, compuestas con tanta sabiduría y tan fieles al género? Quizá sea autor, más que amante. En Propercio, como en otros elegíacos romanos, Veyne detecta «la sonrisa irónica de Valéry o de Jean Paulhan». Además, Propercio se siente halagado de su pertenencia a la pléyade que rodea a Mecenas, un Mecenas a quien gustaría que se lanzase a la epopeya. En el libro IV de las *Elegías*, Propercio se abandona a la inspiración patriótica y, desde lo alto del Palatino, hoy en día glorioso, medita sobre los humildes orígenes de la Villa eterna.

Ovidio, por su parte, es el preferido de la sociedad romana, que se vuelve loca por sus obras ligeras: *Amores*, que cantan una seudo pasión por una tal Corina que es un poco todas las mujeres; *Arte de amar*, elegante y picante, que parodia los tratados de retórica, y cuyos cuadros se hallan traspuestos a un registro por completo distinto; *Remedios del amor*, etc. Cada uno de estos textos es divertido, sabio, sonriente, no demasiado serio. Ovidio toca, sin embargo, «grandes temas», aunque sea sin «grandeza». *Metamorfosis* pretende narrar en orden las aventuras del cosmos, desde el caos inicial hasta la transformación de César en astro de los cielos, pero no se siente la convicción íntima. En él, el drama y la epopeya, el sitio de Troya, las peregrinaciones de Eneas, cada episodio se vuelve pintoresca anécdota y pierde por el camino el horror sagrado y lo sublime. Son «dioses de opereta», como dice muy bien Jacques Chomarat, los que

hace aparecer Ovidio con un verbo y un ingenio deliciosos, y uno se asombra siempre de que la Edad Media haya encontrado en todo ello una profundidad que justificase la aplicación de la exégesis alegórica en uso para las Escrituras. Diana se convierte así en la figura de la Virgen María, etc., proceder que hubiese sorprendido al poeta, pasablemente agnóstico, según mi opinión. En los *Fastos*, celebración del calendario festivo, hay incluso, como exige la época, un fragmento de mucho aliento que magnifica la figura de Augusto. Sin embargo, ¿cuadra todo esto con el espíritu de renovación nacional que prevalece en el régimen? El caso es que Augusto exilia a Ovidio a Tomis (la actual Constanta), junto al mar Negro, bajo el pretexto oficial de pornografía, pero quizá por ciertas intrigas palaciegas jamás esclarecidas. Ovidio soportará muy mal el alejamiento. Su pena le inspirará *Tristia* y *Póntica*, donde se lamenta con gran elocuencia poética de las miserias de su destino. No le volverán a llamar jamás. Augusto sólo es clemente cuando le resulta oportuno, por mucho que eso disguste a Corneille.

Habría que hablar también de los otros elegíacos, de Galo, de Tibulo sobre todo: ¡la poesía goza de buena salud! No nos es posible referirnos a cada uno, tan mimada está la época por las musas. Augusto, sin duda, se hacía leer todo aquello y se deleitaba con gran gozo al ver expresado con tanta suntuosidad lo que él, precisamente, tenía deseos de oír cantar por todas partes. ¿Se trata entonces de obras propagandísticas, como se suele decir demasiado a menudo? Pues sí y no. Al menos, no en el sentido siniestro que en nuestros tiempos conocemos tan bien. Mecenas no es un ministro de Propaganda (o incluso de Cultura) como imaginamos, que dictaba sus consignas a un ejército de escribientes y definía los lemas que se debían hacer circular. Eso es, en verdad, absurdo. Virgilio y Horacio se for-

maron en los tiempos de las guerras civiles. ¿Quién podía predecir en ese instante su resultado? Era demasiado pronto para ver hacia dónde soplaba el viento. En cualquier caso, entre las ideas de unos y de otros y las del príncipe y su entorno, existían ciertas convergencias, incluso connivencias. Y cuando Augusto oyó declamar el VI Canto de *La Eneida*:

Que otros esculpan un bronce que se ablande y que respire;
¡sea! saquen del mármol rostros vivos,
vuelen a más altura en su elocuencia,
con el puntero el firmamento midan [...]
Mas tu misión recuerda tú, Romano:
regir a las naciones con tu imperio [...]

...sí, cuando Augusto oyera declamar estos versos en el curso de alguna velada de lectura, no podría dejar de pensar que todo aquello le resultaba muy favorable. También le convenía la exaltación de las antiguas virtudes que conformaron a los verdaderos romanos, aquella antigua santidad de la vida campestre que formaba a los buenos soldados y los buenos ciudadanos. ¡Qué suerte para todos los dioses que los poetas supieran expresarlo de modo tan excelso!

Los poetas no estaban solos a la hora de ilustrar el siglo y alegrar al príncipe. Estaban también los historiadores. Cicerón, en *Las leyes*, había deplorado en el pasado que la historia se hallase ausente de la literatura romana. No era un dato del todo exacto, puesto que había analistas, hacedores de crónicas que, desde hacía siglos, consignaban los hechos más sobresalientes en una especie de lista, de relación detallada y perpetua. Lo que quería decir Cicerón era que, hasta el presente, Roma no había dispuesto aún de un historiador de la envergadura de un Hero-

doto, un Tucídides o un Polibio. Sin embargo, Roma ya disponía de ese historiador desde hacía poco tiempo: Salustio. Acababa de morir en el preciso instante que sobrevino Actium, aunque no había conocido a Octavio más que como triunviro. Antiguo tribuno de la plebe, ingresó en el Senado, de donde los Padres lo expulsaran con grandes aspavientos por mala conducta. Se cuenta que la mujer de Milón tenía todo tipo de complacencias con Salustio y que el marido los sorprendió en una situación inequívoca. Aun así, como Salustio era partidario de César, el dictador lo restauró. Como buen partidario de los *populares* que era no detestaba menos a la *plebe* romana, pero dejó que le ofrecieran un cargo. Después de recibir el encargo de diversas misiones, que no consiguió llevar a cabo, fue nombrado gobernador de Numidia, donde se enriqueció de una manera tan desvergonzada que se expuso a la persecución judicial, si bien el asunto fue sofocado por César. En cuanto César murió, Salustio juzgó preferible retirarse de la política y consagrarse a sus queridos estudios. Los dioses le habían favorecido con un auténtico temperamento de historiador y es cierto que ya tenía en su haber la experiencia y las relaciones. Había conocido a todo el mundo: a Cicerón, a Catilina, a Pompeyo, a César, a Antonio, a Bruto... Disponía, pues, de todos los ingredientes para realizar un buen estudio sobre la revolución. De manera imparcial se puso a consignar todos los acontecimientos y, sobre todo, a reflexionar sobre ellos, inspirándose en sus lecturas: Tucídides, Platón, Poseidonio. Nadie escapaba a su filosofía. Publicó de forma sucesiva *La Conjura de Catilina*, *La Guerra de Yugurta* y también unas *Historias* de las cuales no nos ha quedado gran cosa. Salustio era clarividente: sabía muy bien que la República estaba muerta, y su situación era inmejorable para saber de qué. No obstante, cuando se pone

a moralizar sobre la codicia de las clases dirigentes, sobre la pérdida del sentido cívico, y a predicar la virtud de los antiguos tiempos, uno no puede dejar de pensar en lo que conviene llamar una cara muy dura, y nos hace pensar en el diablo que al anochecer se convierte en eremita. Dicho esto, después de Salustio, la historiografía romana conquistó su verdadero estatus, o su carta de nobleza, si se prefiere. Su estilo, la penetración de sus análisis, su búsqueda de las causas, sobre todo psicológicas, le convirtieron en modelo de Séneca y Tácito.

Pasemos rápido por el mediocre Cornelio Nepos, que al menos supo mantenerse bien alejado de la política. Era familiar de Cicerón y miembro de la buena sociedad conservadora. Le debemos una *Crónica*, una *Vida de Cicerón*. También trabajó en temas edificantes: los *Exempla* oponen a las nuevas costumbres, deplorables, las nobles formas de vivir de los tiempos antiguos. Lo más importante de su trabajo como compilador fue, sin duda, su *De viris illustribus*, en dieciséis libros, pero no se ha conservado más que una pequeña parte. Más importante es, a todas luces, Tito Livio, que es además contemporáneo exacto de Augusto. Tenía unos treinta años cuando se instauró el nuevo régimen y colaboró con él más por la razón que por inclinación. Conoció las guerras civiles y la anarquía, y fue espectador de cabo a rabo de la toma de una República degenerada por parte de un hombre enérgico, pero respetuoso, al menos en apariencia, con la tradición y las formas republicanas. Augusto encontraba a aquel escritor un poco «pompeyano» para su gusto, y era escéptico acerca de la fidelidad de aquel republicano, pero apreciaba mucho su obra, porque unía precisamente sus preocupaciones y sus votos. Desprovisto de toda experiencia militar y política, Tito Livio era, por tanto, ajeno a cargos y honores, una rata de biblioteca que acu-

muló y dio forma a la documentación enciclopédica extraída incluso de sus antecesores. A partir de ahí se construyó, según él mismo decía, un alma antigua. Una vez conseguida la paz, emprendió la redacción de una historia de Roma (y sólo Roma) en forma de balance, que va desde los orígenes al año 9 a. C. Si no nos ha llegado todo, la parte de la que disponemos hoy en día nos instruye en los principales hechos militares, políticos y diplomáticos, y desde la perspectiva del autor, vemos cómo construyen la historia los hombres, una historia que pasa por el momento presente y en la cual hay que integrarse. Para Tito Livio se vuelve una página, comienza una nueva era, y quiere dar a aquellos que van a vivirla la convicción de que son unos continuadores. El romano de hoy en día debe ocupar su lugar en la línea de los antepasados, perpetuar por su cuenta una tradición nacional hecha de dedicación a la patria, resistencia, concordia entre ciudadanos y sencillez de costumbres.

En resumen, los espíritus contemporáneos, al día siguiente de aquellos años de anarquía, tenían necesidad de anclarse en el pasado, del cual cada momento debía ser interpretado como una etapa para que Roma realizase su misión divina: civilizar el mundo. Tal es el plan de los dioses, aunque nunca estaremos demasiado seguros de si Tito Livio cree en ellos tanto como él asegura. Cuando Augusto leía el relato de aquella larga marcha, a la cabeza de la cual se lo veía en adelante, encontraba bajo otra forma, sencilla, clara y comprensible para todo el mundo, la misma fe que animaba, como ya hemos visto, el libro VI de la *Eneida*: a Roma corresponde desde toda la eternidad y para toda la eternidad el Imperio universal. El pueblo romano es «el príncipe de las naciones». Dicho esto, la obra de Tito Livio está lejos de responder a nuestros criterios modernos en materia de control de la información básica, crítica de las fuentes o

situación geográfica de los acontecimientos. Al menos le debemos (y no es poca cosa) la transmisión de un volumen considerable de informaciones de las que, de otro modo, careceríamos sin remedio.

Demos fin a esta perspectiva sobre la vitalidad cultural del siglo mediante lo que hoy en día se ha convenido en llamar «las ciencias y las técnicas», cuyo conjunto, como es lógico, se concebía con una mentalidad muy distinta a la nuestra. En nuestros días, un sabio es, en primer lugar, un especialista antes que nada; en aquellos tiempos, un sabio se interesaba por todas las cosas, a veces con cierta tendencia hacia una especialización más intensa en tal o cual sector de la inmensa extensión del saber. Lo que se busca, en aquella época, es la acumulación de la mayor cantidad de conocimientos posible sobre el mayor número posible de cosas... y en una sola cabeza. Así, se amontonan las opiniones recogidas en los libros, en las observaciones de los viajeros y también los rumores no verificados y a menudo imposibles de verificar que se transmiten de generación en generación. Se racionaliza lo perceptible, pero a salto de mata, sin una gran idea directriz, en ausencia de aquel «método» que, desde el Renacimiento y sobre todo desde el siglo XVII, forma parte hasta tal punto de nuestra espontaneidad que cuesta muchísimo volver a recuperar la inocencia de aquellas gentes ante lo que nosotros llamamos los fenómenos, lo que para ellos son, antes que nada, «apariencias» que hay que descifrar. Detrás, y por debajo, para ellos están los *seres*, las esencias. Lo que busca un sabio romano es iluminar y utilizar: ¿cómo son las cosas?, ¿cómo funcionan?, ¿qué se puede obtener de ellas que sea útil y agradable? A diferencia del griego, el romano no es especulativo y, menos aún, desinteresado. Sin embargo, su espíritu pragmático, su facultad de adaptación y su ingenio realizador

le convierten en un buen técnico. Los grandes nombres de aquel período son Varro y Vitruvio.

¿Varro? Impresionante. Un monumento. Viajó, estudió en Roma y Atenas y se convirtió en magistrado. Amigo de Cicerón, guerreó contra los piratas a las órdenes de Pompeyo y, de forma natural, tomó partido durante las guerras civiles. Después de Farsalia se aproximó a César, quien le confió su gran proyecto de bibliotecas públicas. Su nombre figuraba en la lista negra de los desterrados, pero consiguió hacerse olvidar hasta que Augusto lo convirtió en su bibliotecario personal. A partir de entonces dispondría de todo el ocio necesario para dedicarse en cuerpo y alma a los estudios más diversos. Nada escaparía a su curiosidad: gramática, dialéctica, retórica, geometría, aritmética, astrología, música, medicina, arquitectura, cualquiera de las disciplinas que constituyen el ciclo, el programa de estudios. Ni la economía rural ni el derecho se le resistieron, tampoco la filosofía, desde luego, que estudió junto a Antíoco de Ascalón. Incluso la religión llamó su atención, como vamos a ver a continuación. De esta obra colosal (setenta y cuatro volúmenes) no nos queda más que su tratado de agronomía, *Rerum rusticarum libri III*, cinco libros de su *De lingua latina*, algunos fragmentos de las *Sátiras menipeas* (de Menipo, poeta griego), especie de revisión de los problemas políticos y morales de la época mediante un espíritu irónico que evoca a veces el periódico satírico *Le Canard Enchaîné*. También conservamos algunos preciosos fragmentos de sus *Antigüedades divinas* y de sus *Antigüedades romanas*. Para darnos una idea de la grandeza espiritual del autor y de su tiempo, no puedo encontrar mejor ejemplo que sus investigaciones teológicas, que proceden de Panecio de Rodas. Distingue tres tipos de «dioses» según el nivel de mentalidad en el cual se objetivan, y a los que corresponden

a su vez tres niveles de investigación y de teorización. Están los dioses cantados por los poetas y la gente del teatro: Baco, que nace del muslo de Júpiter, y Minerva, que nace de su cabeza previamente hendida por Vulcano, o incluso Saturno, que devora a sus propios hijos, etc. Todas estas leyendas constituyen la «teología mítica», que se esfuerza, mal que bien, en la extracción del alma de verdad contenida en estas ficciones graciosas o escandalosas. Se llega a ello por la alegoría, a menudo a base de juegos de palabras. Ejemplo: Saturno (*Kronos*) se come a sus hijos, es decir, el tiempo (*Chronos*) consume todo lo que engendra, etc.

Un grado por encima se encuentran los dioses célebres por el culto público, es decir, las divinidades patronas de las ciudades, de las cuales versa la «teología civil», en manos de los pontífices, que la defienden contra «todo espíritu crítico». Y por fin están los dioses «de los filósofos y los sabios», que son entidades metafísicas. De ellos trata la *teología natural*, y ésta no conviene a los gobiernos de los estados. Varro piensa que, en verdad, son sólo los filósofos y sabios quienes contemplan la divinidad como un alma del mundo que rige el cosmos mediante la razón universal. Reconocemos ahí en él la teoría de los estoicos. Tal es la famosa «teología tripartita» según Varro, y esta fenomenología de avanzada va más lejos aún, porque admite que uno se puede mostrar ortodoxo en liturgia sin creer ni una sola palabra de aquellas leyendas... A san Agustín le vendrá de maravilla este argumento, pues le resuelve la papeleta en el libro VIII de su *Ciudad de Dios* cuando ataca las creencias paganas. Para él, Varro es «el más instruido de los romanos». Varro será literalmente plagiado a lo largo de toda la Antigüedad y pronto encontraremos ecos suyos en Séneca. También proporcionará a los escritores cristianos, Agustín, Casiodoro y

a los autores de la Edad Media, no ya un yacimiento inagotable de información, sino asimismo un modelo para sus enciclopedias.

A diferencia de sus contemporáneos, Vitruvio se atuvo a una especialidad, pero concebida con tal amplitud que hizo de ella un arte liberal. Ingeniero militar en la guerra de las Galias, hidráulico encargado por Augusto del servicio de las aguas, dedicó precisamente al príncipe su tratado *De la arquitectura*, redactado entre 27 y 23. Forzaba así un poco las puertas de ese círculo tan estrecho en lo literario que rodeaba al emperador. Hay que precisar, en efecto, que en las civilizaciones antiguas los ingenieros tenían mucho menos prestigio que hoy en día. Su obra era una suma: era el arte de concebir y construir en función de los requisitos de la naturaleza, el lugar y el uso social. Vitruvio reunió todos los aspectos de la cuestión: el mito, la teoría y la práctica. Observamos que además conocía la filosofía, con probabilidad la aristotélica, ya que si está apasionado por la arquitectura es porque a sus ojos el arquitecto (habría que traducir: el ingeniero) es el humanista en acción, el agente por excelencia de la civilización. Procurando conciliar de modo racional arte y naturaleza, atento siempre a la relación de la belleza y las proporciones calculadas con exactitud, considera que cada tipo de monumento tiene su forma ideal, cuya realización debe efectuarse siguiendo con la mayor fidelidad posible las coacciones de la realidad natural (el lugar, el material) e histórica, puesto que conviene ser respetuoso con la tradición. Vitruvio no muestra audacia alguna de tipo futurista y desconfía de cualquier forma de abundancia caótica. Sin duda, es el mejor representante del clasicismo augusto. Su curiosidad de ingeniero, además, se aplicaba a la medida del tiempo, de la hora, que los roma-

nos no conocieron nunca más que de una manera muy aproximada. Vitruvio, sin discusión, era más consciente de ese problema que la mayoría de sus contemporáneos, puesto que se dedicó a la creación de diferentes cronómetros: relojes de sol, clepsidras o relojes hidráulicos. El Renacimiento se apasionaría por Vitruvio, cuyos escritos fueron objeto de numerosas ediciones ilustradas.

En la misma época, la Roma de Augusto se cubría de monumentos espléndidos y fríos: el templo de Apolo del Palatino, la tumba monumental de la familia Julia a la orilla del río, la conclusión del Foro romano comenzado por César, el teatro de Marcelo, el templo de Marte Vengador y esa auténtica joya pura que es el *Ara pacis Augustae*. Esta construcción fue realizada para ser vista de cerca, y para impregnar de paz, orden y armonía el alma del visitante, a imagen de los actores grandiosos y sencillos que constituían la «*familia*» del príncipe ofrecido en sacrificio. Si se añaden a esos esplendores los ochenta y dos templos que Augusto dice haber restaurado, el príncipe podía, con todo derecho, felicitarse de haber dejado a su paso una Roma de piedra, cuando había encontrado una de ladrillo.

Las fronteras de la civilización

En el curso de su interminable «reinado», constituido por consulados renovados de forma educada e indefinida, Augusto tuvo que llevar a cabo un cierto número de campañas, más defensivas que de conquista propiamente dicha. Muchos sectores se mantenían insumisos, como la Hispania del noroeste. El propio Augusto, desde 26 a. C., se dedicó a reducir el país

cántabro y Asturias, donde contrajo no sé sabe qué desconocida enfermedad que le llevó a las puertas de la muerte. Su desaparición, si hubiese tenido lugar en ese momento, habría modificado a ciencia cierta el curso de la historia. De Augusto, como de algún otro, se puede decir que, si su muerte se hubiese dado en aquella época, hubiese provocado un lleno, más que un vacío... Aunque fuera por simples razones de seguridad y de comunicaciones interiores en el Imperio, había que ocupar de manera definitiva la región alpina. Tiberio y su hermano Druso sometieron Recia y Nórica, y después los Alpes Marítimos. El prestigioso Trofeo de La Turbie, que todavía se puede ver hoy en día, celebra el triunfo de Roma sobre los pueblos de la región.

Con todo, todavía quedaba por asegurar entre el Imperio y sus vecinos aquella muralla tan alejada como segura en lo posible, que siempre constituyó la obsesión de los romanos. Con Augusto, los ejércitos romanos, mediante la ampliación de la provincia de Iliria, alcanzaron el curso del Danubio, que constituía una buena frontera natural. Así, Venecia quedaría unida por un estrecho lazo a Macedonia. La campaña la realizó entre los años 12 y 9 Tiberio, jefe militar mucho más efectivo que Augusto. Al mismo tiempo, Druso avanzaba en Germania hasta la región del Elba y del Weser. A la muerte de Druso, Tiberio prosiguió la penetración romana más allá del Rin. Sin embargo, el mundo germano seguía constituyendo una amenaza grave para el Imperio. Tiberio estuvo a punto de yugular la región cuando en 6 d. C. estalló en Iliria un súbito levantamiento, tan grave que hubo que recurrir, sin demasiado éxito, por otra parte, a la movilización general de los ciudadanos. Tiberio acababa a duras penas de conjurar el peligro en la región balcánica, cuando un desastre enlutó Roma. En 9 d. C., a iniciativa

del jefe germano Hermann (Arminius), se desencadenó otro levantamiento en la región renana. Tres legiones enteras, comandadas por Varo, se dejaron arrastrar y luego sorprender en terreno desfavorable en el bosque de Teutoburgo, y allí fueron aniquiladas en condiciones penosas. Con la muerte en el alma («¡Varo –repetía Augusto–, Varo, devuélveme mis legiones!»), el emperador tuvo que resignarse a un repliegue hacia el Rin, que iba a convertirse para siempre en la frontera natural del Imperio.

En Oriente si pudo llevarse a cabo la anexión definitiva de la Galacia, en Asia Menor, y de Judea, en Palestina, fue debido más que nada a la incapacidad de sus jefes naturales respectivos. En Judea, sobre todo, donde el gran Herodes había muerto en 4 d. C. El período era turbulento, y Augusto no guardaba demasiada confianza en su sucesor, pronto depuesto y reemplazado por un prefecto o un procurador dependiente del gobierno de Siria. Entre aquellos altos funcionarios al poco sobresaldrá un tal Poncio Pilatos, que tendría entre sus manos un asunto muy feo.

Por desgracia, hubo que renunciar al enorme proyecto acariciado por César de realizar una campaña contra el imperio parto. Augusto tuvo éxito, sin embargo, en una operación de prestigio: el regreso el 20 a. C. de las águilas romanas perdidas en el año 54 por el infortunado Craso, batido en Carrhes por haber avanzado con imprudencia hacia Mesopotamia. El honor romano estaba vengado, pero no habría sido realista esperar más ni, sobre todo, establecer, como hubiese deseado Augusto, el señorío romano sobre Armenia. De común acuerdo entre los dos imperios, se admitió el Éufrates como frontera natural. Al fin, Augusto dio el último toque al control de Roma sobre Egipto, convertido, como se ha dicho

antes, en dominio imperial y no en provincia romana propiamente dicha. A partir de entonces, el Imperio romano tendría unas fronteras estratégicas si no muy seguras, al menos aceptables. En el interior de aquel enorme perímetro, y ésa constituía la diferencia esencial con el régimen precedente, había ahora un Estado, una organización pensada y realizada de manera conveniente sobre el terreno, capaz de ofrecer al mundo romano un mínimo de unidad moral, de orden interior y de seguridad. El Imperio romano, desde ese momento, sólo tenía que ocuparse en su duración.

Eternizar lo provisional

Durabte todo el período que se mantuvo al frente del poder, es decir, durante cuarenta y cinco años, Augusto estuvo atormentado por el problema de su sucesión. Desde luego, era un problema, y sin precedentes en la historia de Roma. La «República» restaurada, como cualquiera sabe, estaba en realidad bajo tutela. Todo el mundo aceptaba, de mejor o peor grado, ver a Augusto en el lugar que ocupaba, como presidente de aquella República fantasma cuyos poderes se concentraban entre sus manos. Pero, ¿y después? Una vez desaparecido Augusto, la República, si es que era tal cosa, ¿iba a volver por sus fueros, es decir, a la anarquía existente antes de Actium? El medio siglo de Augusto, entonces, ¿no habría sido más que un paréntesis? Aparte de algunas capillas senatoriales un tanto desplazadas, aquello se veía cada vez menos posible, algo que Augusto no ignoraba. No obstante, ¿qué personalidad tendría la *auctoritas*, el ascendiente suficiente (y reconocido) para mantener en su sitio al sistema y obrar de tal suerte que lo provisional durase,

y si era posible, de modo indefinido? ¿Quién, pues? Augusto se lo preguntaba a menudo. ¿Qué principio de sucesión invocar en ausencia de todo texto institucional que hubiese podido hacer valer en un medio legalista y puntilloso hasta el extremo en el capítulo de la realeza? Él no era rey, y se había cuidado mucho de no parecerlo, una actuación que le valió la posibilidad de envejecer sin accidentes. Sin embargo, no tenía ningún *Kronprinz* en reserva y, por otra parte, tampoco ningún hijo propio. ¿A quién postular como *princeps*? En esas circunstancias, le pareció que la pertenencia al linaje, a la *gens* Julia, podía constituir un título conveniente. Por eso Augusto, en primer lugar, había pensado en un sobrino, Claudio Marcelo, el hijo de su hermana Octavia, a quien había dado en matrimonio a su propia hija, Julia. Por desgracia, Marcelo murió cuando cumplió los dieciocho años. En el libro VI de la *Eneida*, el viejo Anquises muestra a su hijo Eneas en los infiernos a aquel joven efímero, portador de tantas esperanzas frustradas:

> [...] ¡Ay, triste niño!
> si el cerco rompes de tus negros hados,
> tú Marcelo serás...

Se cuenta que al oír aquellos versos que cantaban a su hijo muerto, la pobre Octavia perdió el conocimiento (un cuadro de Ingres, grandilocuente y glacial, visible en Bruselas).

Augusto volvió sus ojos a continuación hacia su viejo amigo Agripa, hizo que se divorciara, lo volvió a casar con Julia y comprobó con satisfacción que de esa unión política nacían dos pequeños césares, Cayo y Lucio. Como «príncipes de la juventud», se les mimaba y se les saludaba con ese nombre. En los años 2 y 4, tanto el uno como el otro, ¡ay!, se unieron a los dio-

ses. El destino se ensañaba con ellos. Fue entonces cuando Augusto pensó, sin mucho entusiasmo, en su yerno Tiberio, a quien había adoptado y a quien ordenó también que adoptase a su vez a un sobrino nieto, Germánico, a fin de que el poder quedase en la familia. Tiberio, según pensaba, debía asegurar la suplencia. Por si fuera poco, el buen Agripa murió. ¡Pero la cosa no podía quedar ahí! Augusto obligó a Tiberio a anular un matrimonio excelente que le hacía feliz para obligarle a casarse con la inevitable Julia, sacrificada por su padre en el altar de la razón de Estado. «Julia no tuvo más que una desgracia– dice Catherine Salles–, ser la hija del soberano del mundo». Tiberio no tardó en abandonarla a los amores sucesivos que ella mantenía de forma paralela a sus matrimonios de Estado. ¿Complicadas las intrigas de los Julio-Claudios? Aún me he dejado muchas cosas en el tintero. Lo que debemos extaer como conclusión en todo esto es la angustia en aumento de Augusto mientras iban pasando los años. Poco antes de su muerte se resignó, sin embargo, a tomar como coadjutor a Tiberio, de tal modo que el 17 de agosto, cuando Augusto se extinguió, el Senado, el pueblo y el ejército prestaron de forma natural a Tiberio el juramento de fidelidad que creaba entre ellos y él las mismas relaciones suscritas con el difunto Augusto. El «Imperio» existía, puesto que era reconducido por «el segundo César».

Capítulo 8

Después de Augusto, o los Julio-Claudios

El segundo césar: Tiberio

La expresión es de Catherine Salles, que subtitula así uno de los mejores libros que se han escrito sobre Tiberio, un estudio que precisamente pone en evidencia lo espinoso de la situación que a partir de entonces correspondía al sucesor de Augusto. Tiberio encarnó el momento en que lo excepcional se convertía, al menos de hecho, en institución. En su caso, el «Imperio» se iba a afirmar durando, igual que el movimiento se demuestra andando. Ahora bien, que dicho proceso se fuese encarnando en un *princeps* tan poco carismático, y además republicano tanto por convicción personal como por tradición familiar, no es lo menos paradójico del asunto.

Por desgracia Tiberio, es uno de los malquistos de la historia, más conocido a través de leyendas negras que corren sobre él, idéntica desinformación que tenía su curso en los tiempos antiguos. En este terreno, tampoco no hemos inventado nada, ya que gracias a algunos modelos, a algunos procedimientos bien detectados, los historiadores antiguos tenían el arte de «hacer pasar» por malvado príncipe o por tirano a aquellos gobernantes, gentes que, por cualquier motivo, no eran de su agrado. Yo he consagrado a este tema otro estudio que encontra-

rán mencionado después en la lista de los césares. Es verdad que Tiberio tenía tras de sí, y son conocidos, buenos actos de servicio. Sus cualidades militares excepcionales y su sentido de la organización le habían convertido con el tiempo en uno de esos elementos secundarios pero indispensables que forman parte del mobiliario.

Un hecho contingente pesaría con mucha fuerza en las relaciones entre el nuevo *princeps* y el Senado: los dioses habían negado a Tiberio el brillo personal del cual Augusto usó y abusó. Hoy en día diríamos que carecía de carisma, y el haber sido elegido como mal menor no contribuiría lo que se dice a arreglar su carácter o su aspecto exterior. Marañón ve en él «al hombre resentido», tan bien analizado por Max Scheler. Le encontraban altanero, cuando era tímido; se le suponía incubador de sombríos designios, cuando desbordaba de buenas intenciones que no conseguía hacer comprender. Sobre todo, pasaba por hipócrita, cuando, según nos muestra bien Catherine Salles, «es el arte del figimiento lo que parece haberle faltado siempre». El ejemplo ideal de un incomprendido. Inteligente, cultivado, mejor helenista que el propio Augusto, era buen orador, pero algo alambicado y, por eso mismo, inhibido, por miedo a tener que responder a algún imprevisto: más bien era lento de reflejos.

En cualquier caso, había comprendido a la perfección lo delicado de su posición frente al Senado, tanto mejor dado que tenía, tal como ya hemos dicho, una sensibilidad republicana. En semejantes circunstancias, estaba más inclinado que nadie, a la «tácita reconducción» tan cara a los consejeros. Además, era muy consciente de que en el Senado no contaba más que con amigos. Entonces, ¿tenía acaso grandes deseos de asumir la car-

ga del Estado? En cualquier caso, quien sí los tenía por los dos era su madre, Livia, que había caminado toda su vida a la sombra de Augusto para empujar hacia delante a su hijo, y con él a la familia de los Claudios, rivales de la familia de los Julios. ¡Por fin lo había conseguido! Livia había adoptado todas las precauciones. Había hecho retrasar lo máximo posible, mediante la publicación de falsos boletines de salud, el anuncio de la muerte de Augusto. Había procedido a determinadas medidas indispensables, entre otras, la eliminación física de un posible competidor, un hijo póstumo del difunto Agripa y de Julia, hermanito menor (y por otra parte detestable) de los «príncipes de la juventud». No había que dejar nada al azar, ni siquiera los funerales, propicios siempre a desórdenes callejeros.

Una vez Augusto fue por fin incinerado y divinizado (era lo mínimo), y su nombre otorgado al mes de agosto (*Augustus*), hubo que pasar a los asuntos serios. Tiberio, escrupuloso, quería, aunque sobre todo sin exigir nada, regularizar ante el Senado los plenos poderes que había obtenido de Augusto a título vitalicio. No convenía que, bajo las apariencias republicanas, la trama monárquica del régimen se dejase ver demasiado, y además, no lo deseaba. Una vez muerto el príncipe, era necesario un acto del Senado para regularizar su posición. Eso ocurrió el 17 de septiembre del año 14, a raíz de una sesión memorable. Fiel a la cortesía antigua, que exigia que nadie saltase sobre el poder ofrecido como un tragón sobre un plato apetitoso (Jean Béranger ha escrito sobre este tema un libro definitivo), Tiberio empezó por argumentar en contra de la pesadez de semejante fardo. Propuso incluso que se repartiese sobre tres cabezas la enorme carga de gobernar el Imperio. Muy bien. No obstante, lo argumentó «al estilo Tiberio», soltando un rollo complicadísimo, de modo que al final nadie pareció entender

muy bien qué era lo que en realidad quería. Es de suponer que los senadores esperaban ser tratados sin miramientos. Mientras Tiberio, de forma muy sincera, intentaba una apertura y proponía un principio de colaboración con la alta asamblea, ellos creyeron ver en su actitud un ardid. Los reflejos serviles también desempeñaron su papel. No le querían, al mismo tiempo que temían no complacerle. Se instauró así un diálogo estrambótico, que adoptó un aire vagamente surrealista. Un tal Asinio Gallo, antiguo cónsul, exclamó, de modo ambiguo: «¡Entonces escoge, César, la parte de poder que deseas que se te confíe!». Ofendido, Tiberio se expresó de una manera evasiva, diciendo que la asamblea era quien debía decidir. Gallo intuyó haber metido la pata y lo arregló como pudo: habló demasiado, afirmando con altivez que el poder no se compartía y que la República tenía necesidad de un solo jefe. Otros rogaron también, parodiando a Cicerón para más comodidad: «¿Hasta cuándo, César, sufrirás que la República permanezca sin cabeza?». La sesión se estaba convirtiendo en algo esperpéntico y Tiberio, sintiéndose cada vez más incómodo, acabó por consentir en «aceptar el Imperio por el tiempo que parezca bien a los senadores, esperando que se le descargue del cometido cuando la vejez le haya vuelto inepto». Y con eso se dispersaron. Tiberio se había convertido en el nuevo Augusto, y el Senado conservaba sus antiguas prevenciones.

La oferta desinteresada de Tiberio había cogido desprevenidos a esos políticos rancios, poco acostumbrados a las verdaderas responsabilidades tras cuarenta años de tutela. ¿Qué cara poner cuando un superior nos ofrece un plato que no hemos pedido? Pensar que, con el «nuevo», sería necesario ocuparse con un poco de seriedad de los asuntos, les pareció de entrada a los senadores una broma de mal gusto, una pura comedia, en

suma. Los historiadores modernos: Gollub, Pippidi, Salles, etc., ya lo interpretaron bien. En lugar de coger al vuelo la propuesta de Tiberio, la asamblea aprovechó la primera ocasión que se le ofreció de expresarse para herir en profundidad a aquel hombre decididamente incomprensible, que les ofrecía compartir sus preocupaciones... Desde el primer día, Tiberio se había propuesto restituir al trabajo de los senadores su verdadero sentido y su prestigio. Deseaba reinculcar al Senado el sentimiento de su grandeza pasada, y no dejó nunca de hacerle sentir que se desacreditaba en cuanto cuerpo por su preocupación excesiva por los honores, por la pequeñez de sus enfoques. En verdad, Tiberio quería hacer del Senado lo que había sido antaño: el depositario sagaz de los destinos del Imperio.

Sólo que, si Tiberio era conservador, no lo era hasta el punto de querer perpetuar los increíbles abusos que habían llevado a la República al estado que ya conocemos. Si quería favorecer a la aristocracia, no iba a llegar al límite, sin embargo, del sacrificio de las provincias. Entonces, de modo fatal, se instaló la incomprensión entre los privilegiados acostumbrados a las jugosas prácticas de una gestión sin control y aquel príncipe resuelto en la defensa de su sueño de una autoridad justa hacia sus residentes. ¡Cómo! Nos colma de respeto, nos llena de favores, ¿y pretende meter la nariz en nuestras cuentas? ¿Qué especie de hombre es éste, qué tirano, qué enemigo de la «libertad»? Sí, porque volvieron a ponerse a hablar de libertad. En cuanto a la plebe, encontró al nuevo príncipe serio, incluso arisco, mientras que a ellos les gustaba la sonrisa, el carácter desenvuelto. Roma adoraba la juventud y necesitaba ídolos, como Germánico, el sobrino del príncipe e hijo adoptivo suyo. Roma estaba seducida. Que llegue pronto la hora de la sucesión... Si esas buenas gentes hubiesen sabido que cinco años más tarde

Germánico estaría muerto y que seguirían con Tiberio por veintitrés años...

Sin embargo, el suyo fue uno de los reinados más eficaces que conoció Roma. Tiberio había tomado ya las medidas de las taras de la economía: extensión desmesurada de las improductivas propiedades de placer, exceso irrazonable de mano de obra servil, acumulación de objetos preciosos cuya compra requería una exportación masiva, agotadora para el Tesoro, de metales preciosos. Con una lucidez desganada, supo denunciar el fondo de aquella situación malsana, que ponía a Roma en estado de dependencia: «Cada día de la vida del pueblo romano –explicaba–, está a merced de las olas y las tempestades (alusión al avituallamiento, demasiado dependiente de las llegadas marítimas). Si la abundancia de las provincias no viene en socorro de amos y esclavos y los campos ya no producen nada, no serán, es evidente, ni nuestros jardines ni nuestras mansiones de placer quienes satisfarán nuestras necesidades». No obstante, ¿qué otra cosa podía hacer, teniendo en cuenta las costumbres, sino reconducir punto por punto, con escrúpulos, la política de su predecesor? Desanimado ya de entrada, renunció a la renovación de nada. Curioso destino: aunque se hubiese convertido en el primero, se habría dicho que no sería jamás sino el segundo. A pesar de ello, allí donde se vio un propósito de despotismo deliberado, allí donde se creyó constatar una disminución de las famosas libertades, hay que observar más bien la dimisión permanente de una gente incapaz, que delega en el *princeps* las responsabilidades que les pertocan, dispuestos a quejarse con amarguara a continuación. Se le halagaba, un proceder que le irritaba. Como algunos bienintencionados quisieron llamar *Tiberius* al

mes de noviembre, igual que se había hecho con julio y agosto en honor de Julio César y de Augusto, respondió con su tono glacial: «¿Y si hay trece césares, qué haréis?». Era una respuesta muy suya. Sin embargo, a su muerte, el tesoro estaba repleto, y aquel emperador mal querido, porque no prodigaba los juegos y se abstenía de erigir construcciones de prestigio, supo indemnizar a los provincianos tan bien como a los romanos cuando ocurría cualquier catástrofe. Incluso adoptó medidas contra el endeudamiento y la especulación, y ofreció a los deudores acorralados unos préstamos hipotecarios que les salvaban del desastre.

En el plano militar, y a pesar de las cualidades excepcionales de Tiberio también en este aspecto, el reinado fue tan poco brillante como decepcionante. La gloria de Tiberio estaba tras él. Roma digería sus conquistas y no las extendía. Digestión pesada, por otra parte. En el año 14, estalló un motín muy amplio en Panonia, a iniciativa de un agitador ruidoso pero eficaz. Hay que decir que veinte o treinta años de servicio en las peores regiones por una suma que apenas cubría los gastos del equipo, una vida hecha de uniones sucesivas, al azar de los acuartelamientos, de ejercicios y de pesadas tareas cotidianas a las cuales sólo se escapaba untando con generosidad a los suboficiales, y la atribución, en concepto de tierras, al final de la carrera de un escuálido rincón pantanoso o en la ladera de una montaña, nada de todo eso, en suma, era raro en la vida de un legionario. Esta vez el motín fue duro y hasta propició momentos entretenidos. Los soldados hicieron bajar a un prefecto de los campos de su carro, le colocaron el petate que ellos transportaban de modo habitual a la espalda y mientras el oficial hacía la ruta

a pie en el estado que ya nos podemos imaginar, los hombres le preguntaban con ironía si apreciaba aquel tipo de ejercicio, que sabía ordenar tan bien a los demás... No obstante, también hubo que deplorar algunas muertes entre los responsables. Enterado de lo ocurrido, el emperador fue pronto consciente del peligro, ya veía a los insurgentes marchar sobre Italia. Envió al lugar a su propio hijo, Druso, que se llamaba como su tío, a la cabeza de un fuerte destacamento. A su lado, el prefecto del pretorio, llamado Sejano, le prodigaba muchos consejos. Al cabo de un mes, los dos militares habían encauzado sin problemas la situación.

Fue entonces en Germania donde estalló una nueva revuelta, también grave, como vamos a ver. En esta ocasión fue Germánico quien actuó de comandante en jefe. Le acompañaba su mujer, Agripina, la incómoda nieta de Augusto e hija de Agripa. La pareja tenía varios hijos, entre ellos el pequeño Cayo, ojito derecho de los soldados, que le veían pasearse entre ellos revestido de un uniforme de su talla y calzado con unas diminutas sandalias militares. Se le apodaba «Calígula», la pequeña sandalia. La familia de Germánico disfrutaba de una gran popularidad (quizás excesiva y todo) entre los soldados. Cuando estalló la insurrección, Germánico se hallaba ausente. Al enterarse de los disturbios, en los que se produjeron muchos muertos, volvió con urgencia y descubrió, con sentimientos encontrados, que sus tropas le aclamaban como *imperator*. Es bien sabido que las tropas proletarizadas no sueñan más que con seguir a un verdadero jefe, que les conduzca a la prosperidad y, en último caso, a la gloria. Los soldados de Germania acariciaban la atractiva idea de saquear Colonia y de adentrarse a continuación por las Galias. Habrían visto de buen grado que Germánico se colocase en cabeza del nuevo movimiento y, ¿quién

sabe?, acceder quizás al poder supremo. La cuestión era, pues, infinitamente más grave que en Panonia, donde se trataba, en suma, de reivindicaciones profesionales. Esta vez se hacía frente a una sedición con visos políticos y sería necesario todo el prestigio personal de Germánico, y también su energía, para acabar con aquel «pronunciamiento».

Al fin las noticias llegaron a Roma. ¿Qué hizo entonces el emperador? ¿No estaba acaso su lugar allí? Tiberio reflexionó largamente. Era consciente de que, por el momento, no le interesaba nada alejarse de Roma. Valía más dejar que Druso y Germánico le sacaran las castañas del fuego, cosa que, por otra parte, hicieron muy bien. No obstante, Tiberio estaba bien informado. Sabía que se aclamaba a Germánico como *imperator.* Malo, aquello era muy malo. Y mucho más teniendo en cuenta que, a su regreso, el joven jefe recogió muchas ovaciones... La situación preocupaba mucho a Tiberio, ya que Agripina y sus numerosos hijos compartían con Germánico la adulación del pueblo. El emperador descubrió en aquella joven a una ambiciosa particularmente temible. Una campaña en Germania crearía una distracción y alejaría a Germánico de Roma por un tiempo. El joven general decidió reemprender allí, en el año 15, la ofensiva que antes había resultado cercenada por el desastre de Teutoburgo, en el que desaparecieron Varo y sus tres legiones. Germánico quería borrar hasta el recuerdo de aquel fracaso. La expedición, en gran medida, alcanzó el éxito, le valió los honores del triunfo, y, desde luego, las felicitaciones de Tiberio, si bien le pareció que, el emperador iba con segundas intenciones. En Oriente, entre tanto, surgía un nuevo problema: Armenia había entronizado a un príncipe parto, un hecho nada tranquilizador. Germánico sería muy útil allí... Pero Germánico se negó. Su deseo era reemprender su cam-

paña del año anterior y mejorar los resultados. De mala gana, Tiberio consintió, pues conocía la relación de fuerzas y sabía que Roma no podía soñar siquiera en extender de forma inmoderada su presencia más allá del Rin. De ahí que insistiera en llamar a Germánico, que acabó por volver en 17 para recibir los honores de un nuevo y caluroso triunfo. El pueblo de Roma estaba exultante. En la mente de los romanos, con un poquito de exageración, aquellos éxitos de Germánico se convertían en epopeya.

Tiberio se mostraba cada vez más perplejo. ¿Quién sabe lo que se podía ocultar en el espíritu de aquel joven adulado y, sobre todo, en el de su mujer, devorada por la ambición? El amor del pueblo era hacia ambos... Roma les pertenecía. Sin embargo, los asuntos de Oriente cada vez estaban más embarullados y se hacía urgente enviar a alguien allí con una misión. Tiberio había pospuesto durante demasiado tiempo aquel tema. Demostró al Senado que era Germánico, sin duda, el más cualificado en aquellas circunstancias, y que sería una sabia decisión conferir al joven príncipe «heredero» los mayores poderes para desempeñar aquella misión. De hecho, se atribuyó a Germánico un *imperium* sobre las provincias que le colocaba por encima de todos los gobernadores. Al mismo tiempo, Tiberio nombró para la prefectura de Siria a un amigo suyo llamado Calpurnio Pisón, que se instaló allí con Plancina, su mujer, amiga muy querida de Livia y que contaba con la peculiaridad de detestar a Agripina, la mujer de Germánico. De este modo, Tiberio y su augusta madre no se quedarían sin noticias de la expedición. En 18, pues, Germánico y Pisón se fueron cada uno por su lado hacia Oriente. El joven príncipe realizó un lar-

go periplo. Se le vio en peregrinaje en Actium, en Atenas, luego en Asia Menor. Inspeccionó las provincias, verificó las cuentas de gestión, señaló las distintas anomalías, escuchó las quejas, procedió a nombramientos y, en resumen, se comportó como un auténtico viceemperador. Incluso fue él quien, en nombre de Roma, coronó al nuevo rey que los armenios habían acabado por atribuirse, y que presentaba todas las garantías de lealtad.

En el año 19, sin embargo, Germánico, muy seguro de sí mismo, dio un paso en falso: tomó un rodeo hacia Egipto, cuyo estatus de coto privado imperial ya conocemos. Alejandría le acogió como nieto de Antonio. Le abrumaron con señales de respeto, títulos, incluido el de Augusto, y para Agripina..., ¡Augusta! Tiberio y Livia no dejarían de apreciarlo... A partir de allí, Germánico remontó el curso del Nilo hasta Asuán y la isla Elefantina, última etapa del viaje. En ese lugar, de repente, empezó a encontrarse mal. Nadie supo jamás de qué enfermedad se trataba, pero decían que su cuerpo adquirió un aspecto horrible. Poco después murió, no sin haber dejado entrever que era víctima de Pisón y de Plancina.

La noticia consternó a Roma y produjo el peor de los efectos. En los muros de la residencia imperial, las pintadas vengadoras reclamaban: «¡Devuélvenos a Germánico!». En las aglomeraciones nocturnas se gritaban cosas desagradables hacia el emperador y su madre. Y no era de extrañar, desde luego, ya que se les hacía responsables de la caída de su ídolo. Ni Tiberio ni Livia acudieron a la llegada de las cenizas, y las exequias adquirieron un aire por completo sedicioso. Pisón fue llevado ante la justicia y su proceso causó la histeria de las multitudes: ¡él era el ejecutor del crimen, encargado por el emperador y su madre! El gobernador decidió suicidarse al día siguiente y su mujer,

para indignación general, resultó exculpada. Nadie creía ya en la inocencia del emperador. Sin embargo, nos asiste todo el derecho a pensar que aquella acusación era absurda. ¿Qué interés podía haber tenido él en liquidar de una forma tan torpe a su heredero? La muerte de Germánico a buen seguro fue fortuita. Sin embargo, lo que prevaleció fue el rumor. Para Tiberio, significó la ruptura definitiva de los lazos, ya precarios, que tanto le había costado crear entre el pueblo y él. Perdidas ya sus ilusiones, se fue hundiendo poco a poco en una soledad altiva, agravando de este modo aún más su imagen de déspota. Frente a él, enlutada, vengadora, se alzaba Agripina.

Una vez desaparecido Germánico, Tiberio decidió llamar al gobierno a su hijo Druso, un juerguista simpático, al que asoció al consulado, al mismo tiempo que distinguía a uno de los hijos de Germánico, un tal Nerón César (que no es el Nerón famoso). Todo el mundo pareció olvidar entonces al hermano de Germánico, Claudio, que pasaba por retrasado, era tartamudo e iba de borrachera en borrachera. Los dos jóvenes césares fueron bien aceptados y nadie dejó de pensar que Tiberio había preparado su sucesión. Él mismo se retiró a Campania, y no bajaba a Roma más que de vez en cuando. No, desde luego, porque hubiese cedido el poder: seguía gobernando por medio de cartas. El Senado esperaba el correo con una aprensión que iba en aumento encerrado a su vez en una hostilidad larvada bajo las apariencias de un servilismo absoluto. A menudo, al salir de algunas sesiones lamentables, se oía murmurar a Tiberio: «¡Ah, los hombres, siempre dispuestos a la esclavitud!». Asqueado, el emperador permitía de un modo cada vez más abierto que la arbitrariedad y la crueldad se instalasen en los pro-

cedimientos y hacía uso con mayor frecuencia de la famosa ley de majestad, antiguamente majestad del pueblo romano y ahora convertida en majestad del príncipe. La delación, a menudo interesada, no tardó en instalarse también, y por los motivos más banales se enviaba a la gente a la muerte. Tiberio había intentado moderar el uso de esta ley funesta, pero, cada vez más desencantado, al final adoptó la resolución de dejar que las cosas siguieran su curso.

Además, el emperador tenía otros problemas, que iba solucionando en cada caso por medio de sus adjuntos. La provincia de África, capital para el avituallamiento de cereales, conoció una guerra de siete años, a iniciativa de un númida llamado Tacfarinas, antiguo auxiliar de las legiones. Entre los años 17 a 24 hubo que guerrear, pues, contra las tribus semi nómadas, un conflicto al que Roma no conseguiría poner fin hasta un siglo más tarde. Entre tanto, la Galia del Norte se sublevó en 21, bajo el comando del treviro Floro y el eduo Sacrovir. La insurrección, rápida y duramente reprimida, no dejó secuelas. Por último, en 24, se incubó una nueva guerra servil en Italia, preparada en el seno de asociaciones secretas de esclavos, que se reprimió de forma fulgurante: no habrá un nuevo Espartaco. Cada uno de estos sucesos nos permite comprender que un emperador de Roma debía tener el ojo puesto en todas partes y ser secundado con eficacia.

Sin embargo, existe un hombre que permanece activo en el entorno y que ha comprendido todo el partido que se puede sacar de la soledad desencantada del emperador. Es un caballero llamado Sejano, prefecto del pretorio. Goza de mucha autoridad sobre las potentes cohortes pretorianas e intriga sin cesar

junto al Senado para que nombren a sus preferidos para puestos de influencia. Parece que Tiberio se dejó seducir, embrujar incluso, por aquel ayudante «de confianza», que poco a poco consiguió hacer y deshacer a su antojo. Como es imaginable, los «príncipes herederos» no veían con buenos ojos todo aquello. Se sucedieron escenas edificantes que entretenían a la clase elevada: Druso, el propio hijo de Tiberio, llegó a las manos con el prefecto, quien entre tanto le había convertido en cornudo. Sin embargo, el vodevil quizás esconda una tragedia. Poco después murió Druso en circunstancias mal aclaradas. En efecto, si aquella defunción en su momento se consideró natural, mucho más tarde Tiberio sabría, por la ex esposa de Sejano, que el infortunado Druso había sido envenenado por los dos amantes.

Afectado, como se puede suponer, por la muerte de su hijo, el viejo emperador veía hundirse además el edificio dinástico que con tanto cuidado había preparado. Extenuado por la tristeza y la fatiga, llegó a suplicar al Senado que le descargase del peso del Imperio. Sin embargo, se mantuvo en su puesto, sin ignorar con toda probabilidad los cotilleos e incluso las cancioncillas que corrían a su costa. En una ciudad donde la gente se volvía loca por el último juego de palabras, se travistió su ilustre patronímico, Tiberio Claudio Nero (o Nerón), en *Biberio Caldio Mero*, que más o menos quería decir: «Borrachín de vinillo del tiempo». Mientras esperaba su ocasión, Sejano iba alcanzando cada vez más importancia, y Tiberio, durante los años 24 a 30, vivió de forma literal bajo su influencia.

¿Y qué esperaba el buen Sejano? ¿Ocupar el lugar de Tiberio? Eso resultaba difícil de pensar, pues implicaba el olvido de Agripina y sus hijos. En cambio, si era factible disponer en la sombra del poder absoluto por tácita delegación, y colocarse,

llegado el momento, como regente. Buscó incluso el matrimonio con su amante, la viuda más o menos «voluntaria» del pobre Druso. No obstante, Tiberio, asombrado ante la fenomenal caradura de su ayudante (¡y eso que no sabía nada aún, como es lógico, de los entresijos criminales del asunto!) se negó. Se negó con suma amabilidad, pero se negó. Entonces Sejano se procuró otra manera de gobernar a su aire: acostumbró de manera progresiva al emperador, que en realidad no tenía deseo de otra cosa, a la idea de alejarse de Roma. En el año 26 ya era cosa hecha. Tiberio se retiró para siempre al famoso peñón de Capri, un refugio inexpugnable, donde llevaría una vida de recluso en compañía de su astrólogo, el filósofo platónico Trasilo. Sejano disponía de las manos libres para conseguir la segunda parte de su proyecto: la eliminación de Agripina y del joven Nerón César, el sucesor designado. Le bastaría con empujar a ambos a cometer imprudencias fatales para que Tiberio se tragase después el anzuelo de que preparaban una revolución en su provecho. El asunto fue llevado con gran pericia. Conducidos ante la justicia, Agripina y su hijo fueron declarados enemigos públicos y deportados por separado. Cuando repitió la operación con otro hijo de los Germánicos, también llamado Druso, Sejano tuvo entonces todas las partidas ganadas. Por una parte, había conseguido que el propio Tiberio eliminase a la familia imperial, y por otra, había alejado de manera definitiva al emperador de la opinión romana, unida de manera visceral a la familia de Germánico. Un golpe estupendo, sin duda...

Mientras estas intrigas palaciegas seguían su curso, se iban declarando algunos levantamientos esporádicos: el pan de cada día en el Imperio. En 25 fue en Tracia, después en Frisia, donde más de 1.300 legionarios encontraron la muerte y, además, de forma inútil. Veinte años más tarde habría que volver a con-

siderar la cuestión frisona. En Judea, las continuas torpezas de un procurador llamado Poncio Pilatos, indiferente a la susceptibilidad de los judíos, habían llevado a los indígenas más de una vez al borde del motín. Tiberio tuvo que intervenir contra el alto funcionario para arreglar las cosas. Más prudente, Pilatos tuvo que pensárselo dos veces, cuando, en Jerusalén y en la Pascua del año 33, los jefes judíos insistieron vivamente para que se encargase de un tal Jesús, que pretendía ser el Mesías, rey de los judíos, reivindicación juzgada imprudente bajo la ocupación romana, para no hablar de la oposición religiosa. Cuando los judíos le advirtieron que liberar a ese agitador sería comportarse de forma poco amistosa hacia el emperador, Pilatos acabó por ceder sin entusiasmo a sus pretensiones, y envió a Jesús a morir al suplicio de los esclavos. Detalle ínfimo a la escala del Imperio, pero que tendría graves consecuencias. El *Poncio Pilatos* de Caillois es un extraordinario tema de reflexión. En Capri, Tiberio gobernaba desde su guarida, más temible en su ausencia que en su presencia. Livia había muerto en el año 29. En Roma, el «querido Sejano», como le gustaba decir al emperador, estaba entusiasmado. Disponía de todo a su placer y se había beneficiado un ascenso increíble: cónsul de Roma, procónsul de todas las provincias. ¡Lo nunca visto para un simple caballero! Y se le prometía el poder tribunicio para muy pronto... Los príncipes, exiliados o arrojados en algún calabozo, ya no le molestaban. Uno de ellos había acabado por suicidarse; el otro estaba incomunicado y no tardaría en morir de hambre. No obstante, todavía quedaba un hijo de Germánico, aquel pequeño Cayo al que habíamos visto junto a sus padres en Germania y al que llamaban Calígula. En este momento fue cuando Sejano se inquietó, porque Tiberio había mandado llamar al pequeño a su lado, a Capri. Se preguntaba cómo eli-

minar de su camino aquel último obstáculo, pues no dudaba ya de que si no estaba perdido. En realidad, Tiberio había recibido una carta muy interesante de Antonia, la viuda de su querido hermano Druso, hacia la cual el emperador sentía un afecto lleno de confianza. En aquella correspondencia, Antonia se lo contaba todo: los manejos de Sejano y las reacciones de los medios romanos, donde empezaban a preguntarse si un emperador no escondía a otro. De momento, Tiberio, agobiado por la pérdida de sus últimas ilusiones, no dijo nada, para no alarmar al traidor... En secreto, con la ayuda de un antiguo prefecto de los vigiles, Macrón, preparó su venganza, que sería fulminante. Macrón partió hacia Roma y se aseguró allí, mediante sobornos, la fidelidad de los pretorianos, e hizo leer en el Senado una carta de Tiberio. En ella daba orden de aprehender de inmediato a Sejano. En un instante, la situación se volvió del revés. El amo de Roma ya no era nada; aquellos que por si acaso le adulaban le abandonaron y se interpuso la muchedumbre. La noche siguiente, Sejano fue ejecutado y su cuerpo arrastrado con un gancho (la indignidad suprema) hasta las Gemonias, las escaleras siniestras que unen el Capitolio con las prisiones. La multitud desgarró a trozos su cadáver, de modo que Sejano se perdió hasta para los infiernos. Tres días más tarde ya no quedaba nada de su familia ni de sus amigos. Todos fueron linchados o ejecutados en condiciones horribles. Los pretorianos, furiosos, se libraron al pillaje e incendiaron algunas casas como represalia. Parecía que habían regresado los tiempos de la guerra civil. Por fortuna, Macrón velaba. Se convertiría en el personaje más importante de Roma, aunque sólo durante un tiempo.

En su nido de águila, ¿se preocupaba Tiberio por aquellas revueltas? Acababa de enterarse de lo peor: Sejano y su amante,

la mujer infiel del príncipe Druso, asesinaron a su hijo... Durante nueve meses enteros, Tiberio se abandonó a su desesperación, mientras el terror se abatía sobre Roma a lo largo de todo el año 32. Una espantosa purga de la clase política tuvo entonces lugar, dirigida desde Capri y ejecutada en la ciudad por dignatarios muy felices de librarse de toda imputación de «sejanismo».

El emperador había decidido regresar a Roma, pero, psicológicamente bloqueado, no pasaría del lugar llamado «los jardines del César». Le fallan las fuerzas. Vuelve a Capri. En varias ocasiones anunciará su retorno, pero nunca pasará de la periferia. En 34, en 36, se aloja en Tusculum y después regresa a su retiro. El emperador lo había perdido todo y estaba pasando por un momento crítico. A un amigo que empezaba una frase: «Tiberio, ¿te acuerdas...?», respondió tan solo: «Ya no me acuerdo de lo que fui...». En Roma corren rumores enojosos. Se adjudican al anciano picardías degradantes, desenfrenos sobre los que se extenderá Suetonio con una complacencia lamentable. Jean Gagé ha mostrado que acaso se trataran, de hecho, de símbolos astrológicos interpretados de forma maliciosa y a partir de los cuales se construyó una pornografía bochornosa. Sin embargo, Tiberio mantenía la cabeza fría, como veremos, en materia de finanzas y de diplomacia. En su isla, Agripina se dejó morir de hambre. La mayor parte de sus hijos habían fallecido. ¿A quién designar como sucesor del Imperio? Tiberio pensaba que no tenía elección. ¿Claudio, el hermano de Germánico? ¡Pero si se decía que era un cretino inútil! De la familia de Germánico no quedaba otro descendiente varón más que el joven Cayo, llamado Calígula. Tiberio lo encontraba inquietante, pero, ¿a quién proponer si no? ¡Pues que sea Calígula! Tiberio consiguió superar sus incapacidades. Solucionó un problema diplomático en Oriente: Artaban, el rey de los partos,

había colocado en Armenia a su propio hijo Arsacida, sucesión que no convenía a Roma. No obstante, Tiberio, con una habilidad consumada, suscitó una guerra civil entre los partos que acabaría volviéndose en beneficio de Roma, y tras la cual seguiría un buen tratado. El último acto del viejo emperador fue de generosidad. A finales de 36, una inundación del Tíber devastó los barrios populares, un incendio destrozó el Gran Circo y siniestró el barrio de Caelio. Tiberio gastó cien millones de sestercios para alojar de nuevo a los ciudadanos más pobres.

En 37, minado por la enfermedad, agotado, Tiberio quiso regresar a Roma por última vez, pero de nuevo dio media vuelta hacia la Campania. Murió al fin en Misena, conservando hasta el final una extraordinaria dignidad. Mucho más tarde corrió el rumor de su asesinato, pero lo cierto es que se trata de pura leyenda. Tiberio murió solo, a la edad de setenta y ocho años, después de veintitrés de un reinado implacable, doloroso y por completo eficaz. Entre sus contemporáneos, los historiadores Veleyo Patérculo y Valerio Máximo exaltaron al emperador muerto. El primero incluso se las arregló para adular a Sejano, punto donde se detiene su crónica. Valerio Máximo, por el contrario, dio ocasión al siniestro prefecto para expiar sus hazañas en ultratumba. Los historiadores posteriores, hostiles a Tiberio, infligieron a su memoria unos ultrajes estereotipados y habituales en la época. También para la posteridad, Tiberio carecería de carisma.

Los príncipes y los destinos

Si me he entretenido tanto en este reinado casi en forma de novela negra, se debe a su ejemplaridad: nos hace tocar con las

manos los avatares del sistema político inaugurado por Augusto al día siguiente de Actium, reconducido por Tiberio a la muerte de Augusto y, tras ellos, contra todo pronóstico, por más de ochenta soberanos... y no cuento con los usurpadores que se irán sucediendo, como veremos, hasta el siglo V. Al mismo tiempo, todo ello seguirá siendo «la República» y también lo que nosotros llamamos con mayor comodidad el Imperio. En resumen: este régimen, que en sus inicios no cesaba de ser considerado provisional y que a la muerte de Tiberio había durado ya casi sesenta años, se prolongaría más de cuatro siglos, apenas con algunos reajustes que no cambiarían en lo fundamental su esencia. De un extremo a otro, la *res publica*, el Estado, reposaría al final sobre un solo hombre, en rara ocasión sobre dos..., se llegaría incluso hasta cuatro, pero que, en todo caso, no formaría más que una única voluntad.

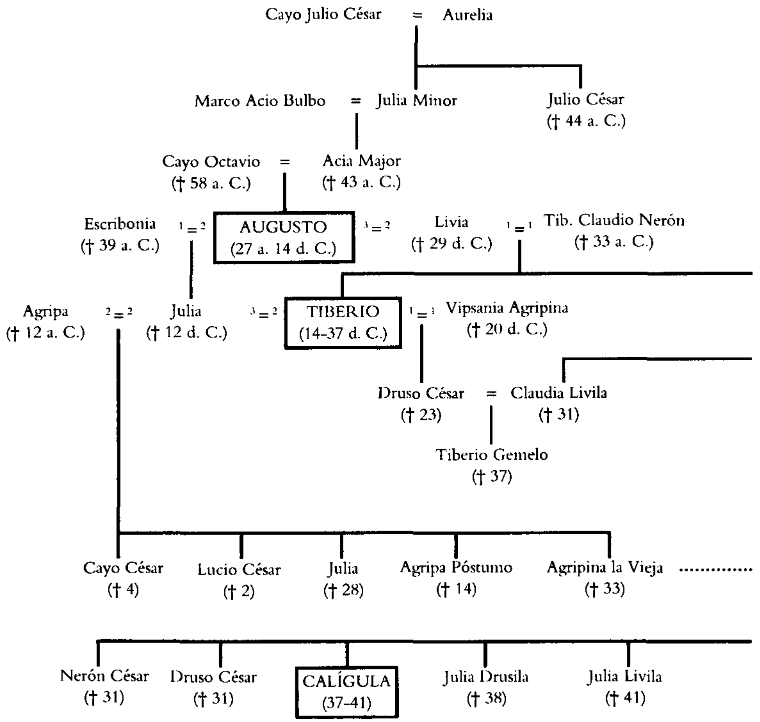
No obstante, aquello que acaba por demostrarnos el reinado de Tiberio es el carácter intrínsecamente precario de este sistema inexpugnable y que durante cinco siglos tuvo la eternidad ante sí. Tantos factores entran en combinación, cada vez de forma diferente, a medida que se suceden los príncipes, que el Imperio da la impresión de mantenerse un poco al tuntún. Parece sobrevivir gracias a una serie de azares, golpes de suerte puestos en cuestión y luego recuperados por poco, y así de manera sucesiva... y, sin embargo, seguía. ¡Sí, cuántos elementos fortuitos veremos entrar en juego en cada uno de esos «reinos sin rey», cuya sucesión ininterrumpida forma, a nuestros ojos, la trama del Imperio!

Está presente, desde luego, la personalidad del príncipe, más o menos afortunada, su herencia (y la de los Julio-Claudios está muy cargada), su naturaleza, su equilibrio, su inteligencia. Augusto y Tiberio eran hombres notables; otros lo serán

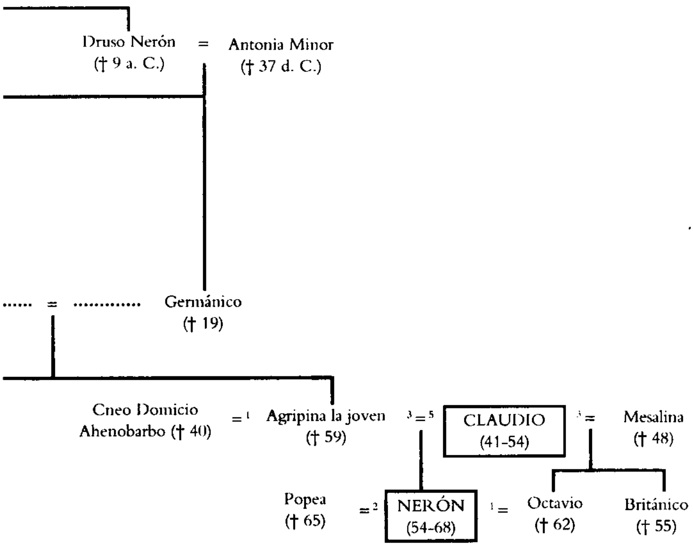
menos, y, de vez en cuando, veremos algunos chiflados y algunos zopencos. Hay que contar también con la combinación de unos y otros. Veleyo Patérculo pudo decir de Tiberio que tuvo la rara oportunidad de declinar el poder durante más tiempo que otros habrían utilizado en conquistarlo. En algunos casos, sufrieron también la locura de la púrpura, sin disponer a su vez, sin embargo, de las capacidades correspondientes.

No obstante, este príncipe único sólo se encuentra en las cronologías: tiene madre, padre, hermanos y hermanas, cuñados y cuñadas, sobrinos y sobrinas. Livia y Agripina (aquella a la que habíamos visto desesperarse por no reinar, ya que se nos aparecerá a otra, su propia hija), por ejemplo; esas dos mujeres en la sombra modificaron los reinados de Augusto y de Tiberio. El príncipe también está acompañado de una esposa, a veces dos, a veces más incluso (sucesivamente, desde luego), y de amantes, e incluso de sus hijos e hijas. Todo ese pequeño mundo se lleva bien o mal, un hecho que no es demasiado importante en sí mismo, pero que puede tener consecuencias, como demuestra muy bien la triste aventura de Druso. Un golpe de pasión y el reino se modifica... o llega a su fin, y la historia cambia de rumbo.

El príncipe también vive rodeado de consejeros, buenos, menos buenos o decididamente peligrosos. Mecenas, Agripa, Sejano y otros a los que asimismo veremos, conciencias o almas condenadas. El emperador dispone a menudo de un filósofo personal, y esos «confesores de la corte» son para él, según tenga o no la habilidad de hacerse con su voluntad, capellanes tranquilos o estimulantes, a veces incluso eminencias grises que traficarán con sus influencias. Conoceremos a más de uno. Trasilo, el astrólogo platónico de Tiberio, desempeñó un papel muy importante debido a la alta conciencia que tenía el emperador



Los Julio-Claudios



(genealogía simplificada)

de su persona. Porque veía su destino marcado por el determinismo de los astros, deducía que la razón de Estado es siempre la mejor, ya que se halla inscrita en la carta del cielo.

Junto a estos datos personales y en conjugación con ellos, se ha de mencionar las relaciones del *princeps* y las fuerzas políticas, y en primer lugar con las del Senado. Ya hemos visto que no era, ni de lejos, la institución que había sido en sus nobles inicios. De repliegue en repliegue sobre el disfrute de su fortuna y la conciencia de sus privilegios, los *patres conscripti* de los tiempos heroicos se convirtieron, con el nuevo régimen, en miembros de un conservatorio de las artes y las tradiciones políticas, un mal instituto donde se discute de forma cicatera, con obstinación y refinamiento retórico (sobre todo, tras el paso de Cicerón), sobre los derechos del senador y del pueblo romano acomodado. El Senado es la propiedad de bienes raíces, el dinero, la cultura y, por tanto, el prestigio, aunque cada vez más se le vea encasillado en el papel de cámara de registro. El Senado ha perdido muchos de sus poderes, cierto, pero conserva su buena o su mala voluntad, su capacidad de aconsejar con utilidad al príncipe o de introducirle con disimulo palos en las ruedas. Siempre tiene la facultad de hacer sentir con más o menos insistencia el peso de su inercia, hacer perder el tiempo, crear corrientes favorables o desfavorables en su clientela y, por extensión, en la opinión pública. Los senadores son los amos del consenso. Hay que saber relacionarse con ellos, cohabitar. Ya lo hemos comprobado en el caso de Tiberio, que consiguió enemistarse de entrada con unas personas que con energía habían decidido en su fuero interno no gobernar. A Tiberio le hubiese hecho falta ese tacto y suavidad que hacen creer a la

gente que uno se lo debe todo, que sin ella no sabría hacer nada... Un príncipe autoritario siempre puede, llegado al límite, gobernar sin el Senado o en su contra, como veremos (basta con aterrorizarles), pero entonces gobierna de una forma menos agradable. En resumen: del estado de las relaciones entre *princeps* y Senado dependerá el carácter tenso o distendido del reino.

También están presentes las relaciones del príncipe y de los ejércitos. Hasta este momento no hemos visto a los pretorianos o a tal o cual ejército de las provincias «crear» un emperador. El de César es un caso aparte, aunque fue en gran medida gracias a la pujanza de sus legiones que se consiguió instalar durante un tiempo a la cabeza del Estado, pero nos hallábamos todavía en plena República, como demuestra su fin. Si Augusto, que murió en la cama, pudo «restaurar la República» de la forma que ya sabemos, es porque llegó a Roma traído y mantenido por la fuerza, tranquila o no, de las legiones, aunque éstas intervinieran en otros lugares que no fuesen precisamente Roma. Estas legiones existían, detalle bien conocido... y eso daba motivos a la reflexión. Augusto representaba un capital de fuerza que entraba en juego con el capital de confianza justo en el mejor momento, cuando se instalaba la lasitud entre los ciudadanos, saturados de desórdenes y de desbarajustes. Tiberio era conocido como un famoso general, mejor aun que Augusto, y si los romanos manifestaban un deseo tan grande de ver a alguien de la familia de Germánico tomar la sucesión de Tiberio era, en primer lugar, por el renombre militar del difunto, provisto de un cierto carisma indefinible que atraía la convicción y desencadenaba los vítores. El emperador, en el sentido en que ahora lo entendemos, es, en primer lugar, un *imperator*, en el sentido en que lo concebían los romanos.

No se han de descuidar (tal como ha insistido con maestría Paul Veyne) las relaciones monetarias entre el príncipe y sus ejércitos. La entronización de un emperador es ocasión, para las gentes de armas, de dejarse «honrar» con más o menos generosidad (o sea, sobornar). Éste es el sentido del famoso *donativum*, esa cómoda propina que puede ascender hasta el equivalente de muchos trimestres de sueldo y con la cual el nuevo príncipe gratifica a sus fuerzas armadas como prenda de feliz advenimiento. Se trata de algo más que una simple propina. En ella pervive, todavía, algo de evergetismo. Él es grande, luego paga; paga, luego es grande. Y altamente simbólico. Según lo que se concede con humildad o se otorga de forma liberal, el *donativum* se percibiría o bien como una gratificación siempre bien recibida, pero que resulta humillante, o bien como el reconocimiento, en el sentido etimológico del término, del ejército como componente esencial de las fuerzas políticas que tienen presencia. En este punto, adivinamos que la relación príncipe-ejército se superpone a la relación príncipe-Senado. El «nuevo», ¿será percibido como hombre del Senado o como hombre de sus guardias o de sus legiones? Sea como sea, el Senado se apresurará, eso no lo dudamos, a reconocerlo con todo el ceremonial de la sacrosanta tradición, ya que para la alta asamblea ésa es la única forma de figurar un poco, de tener algo que decir. Los senadores querrán salvar las apariencias, decirse a sí mismos y demostrar que un emperador no se construye sin ellos, aunque ellos no sirvan en la práctica a veces para nada.

Otra pareja que debemos tener en cuenta: «la plebe y el príncipe», retomando así el título de un libro de Zvi Yavetz. No es una relación tan monolítica como nos la imaginamos. De una forma general, las masas populares aceptan el régimen «imperial» en tanto los protege contra las exacciones de los pro-

pietarios. Hasta se da el caso, y eso lo veremos a continuación, de que la plebe recibe con placer las afrentas que el emperador inflige a los miembros de las castas superiores. En suma, obra hacia los que son demasiado ricos como a uno le gustaría proceder si tuviera licencia... Dicho esto, habría que contemplar en cada caso con detalle las relaciones de hecho entre las grandes individualidades imperiales y esa pareja perpetua, casi intangible, pero siempre presente, que constituye la multitud romana. Ésta aprueba o desaprueba (a menudo de forma discreta, puesto que sabe por instinto lo que son las relaciones de fuerzas) y protesta, gruñe, aclama; adula a los unos y abuchea a los otros, por una infinidad de motivos que, al final, tienen mucho más que ver de lo que se piensa con las formas que los emperadores usan con ellos. Con el tacto, sobre todo, que usa el príncipe en esta relación. ¿Valoración moral o social? ¿Arte de complacer? Sí, pero todo ello reposando sobre una percepción fina de la connivencia o, al contrario, de la incompatibilidad de humores. El emperador es el primero de los romanos y su clientela se amplía hasta las dimensiones de la población de Roma. No obstante, es preciso también que su generosidad no dé la impresión de descender desde demasiado alto, de venir desde demasiado lejos. La generosa liberalidad de Tiberio en el caso de las catástrofes del año 36 complacieron mucho, desde luego, pero llegaban demasiado tarde: su aislamiento trágico había creado ya una distancia que bastaba para desanimar todo acercamiento popular, y el pueblo no podía ya cambiar la imagen que se había hecho de él. El hombre frío, el príncipe sin risa, no vivía a su lado, no compartía sus emociones, respiraba otro aire.

Varios factores tuvieron también su importancia, sobre todo el hecho de que el poder estuviese a partir de entonces perso-

nalizado. En tiempos de la República al modo antiguo, el Estado tenía una entidad en la cual todos los magistrados eran transitorios. Según las reglas, un año era un tiempo en realidad muy breve y, además, había dos cónsules. Ahora, el Estado «era él». Más aún que en nuestros días, y en cada clase social, la gente se interesaba de forma muy cercana por los hechos y los gestos del príncipe, por su manera de ser con la familia más próxima, sus ayudantes, sus amigos. Fuesen senadores, caballeros o nada en absoluto, esperaban de él un mínimo de rectitud, de probidad, de bondad incluso, que les sirviera como referencia; pero más que nada, se odiaba en él la arbitrariedad. Justamente, porque si «el Estado era él», se le negaba con un argumento moral la licencia de obrar diciendo «porque soy yo». La dimensión religiosa del príncipe exigía que se respetasen al menos lo que se llamaría hoy en día, de forma abstracta, «los valores», aquello que en todo caso constituiría la Roma ideal. Sabemos bien que los grandes no ganan nada si permiten que se desvalorice su imagen. *A fortiori*, el más grande, el *princeps*. Y llegados al límite, hay que mostrarse sobrehumano, porque la gente tiene necesidad de que así sea. De este modo, no dejarán ya de sentir no vergüenza alguna al obedecerle, sino que se sentirán elevados, promovidos. Una completa ideología imperial empezaba ya a forjarse, como hemos observado. Con la ayuda de la filosofía, esta ideología se desarrollaría sobre un fondo helenístico, a partir de los viejos textos de *De la realeza*, que proporcionaría el estereotipo del buen *princeps* brindado al pueblo por los dioses. Y los dioses, como todo el mundo sabe, hacen muy bien las cosas. De tal modo que las masas, cuando se sublevan, no se rebelan «contra» el régimen, sino que su deseo es ver a la cabeza del régimen a un soberano superior al que tienen en ese momento, un *princeps* a quien se desee obedecer por los mejores motivos.

Complejo, pues, este sistema de relaciones cuyos factores varían con cada reino y cuyas combinaciones son infinitas, sin hablar de las circunstancias exteriores, que modifican el conjunto, desde luego: un movimiento de poblaciones a dos pasos de las fronteras, una iniciativa belicosa de un vecino que hasta el momento estaba tranquilo y que desequilibra un ya de por sí embrollado juego. Esta situación ofrece la impresión de un vertiginoso azar, de un proceder al buen tuntún, agravado aún más a los ojos del observador moderno ante la falta de conocimientos precisos sobre las «leyes» económicas que regían el mundo antiguo. ¡Salvo que éstas coincidan con nuestros esquemas, claro! No obstante, nadie se inmuta, por lo demás, uno no se molesta, aunque tenga que explicar con seriedad pontifical aquello que no resulta más que historia ficción.

El mantenimiento del Imperio durante tantos y tantos siglos hace pensar en la definición que se da del equilibrio, la de un funámbulo en su hilo, por encima del vacío, con su balancín: una serie de inestabilidades remontadas de forma perpetua y que se reproducen sin cesar, hasta que un día el peso tiene la última palabra. Una vez dicho esto, conviene precisar que, al menos según nuestra experiencia, el Imperio dura y durará mucho más tiempo que ninguna de nuestras modernas combinaciones políticas. El Imperio durará contra viento y marea porque, para los romanos de los tiempos antiguos, «las cosas son lo que son» y cada uno las empuja un poco más lejos. Además, no ha llegado el fin del mundo, al menos no todavía. Es lo que a veces se llama «la fuerza de las cosas». ¿Metáforas? ¿Tópicos? ¡Desde luego! Pero que tienen la ventaja de que percibamos la realidad tal y como la percibían los romanos de aquella época. ¿Qué otra cosa podían esperar? ¿Fantasías? Se hablaba mucho de la edad de oro, que tal o cual emperador se proponía res-

taurar, y después se olvidaba con la misma tranquilidad con que se había dicho aquello; mucho después, otros volvían a hablar de lo mismo al iniciarse un nuevo reinado. Se lee a veces en las monedas: *Novitas temporum*. Novedad de los tiempos. ¿Qué había pasado, pues, tan extraordinario? Nada. Simplemente, se veían los mismos tiempos con otros ojos, y eso bastaba para asegurar un momento de euforia. Un vez más preguntamos: ¿qué se podía esperar? Para los antiguos, el mundo era viejo. No se tenía la idea de que alguna cosa pudiese evolucionar a partir de entonces, y no se esperaba, de manera razonable, nada mejor. Se temía más bien lo peor. Como dice Veyne, «el tiempo de los antiguos es inercia y no evolución creadora». Cuando se tiene la oportunidad de nacer romano, uno se dice que eso ya está muy bien, mucho mejor, en cualquier caso, que nacer bárbaro, y estaba más que conforme con que aquello durase de modo indefinido. *Roma aeterna*, Roma eterna. Eso también se leía en las monedas, un buen soporte ideológico, dicho sea de paso. ¿Roma eterna? ¿Por qué no? Todos eran conscientes de esa eternidad, porque se trataba de su presente idealizado. En mi juventud tuve cerca, demasiado cerca, a gente que creía (¡había que verlo!) en un Reich que duraría mil años (¡había que verlo!), y me pareció notar que incluso entre aquellos de ese grupo que no vivían esa expectativa demasiado a su gusto, de buen grado o por fuerza contribuían a que durasen las cosas. Sólo los que éramos esclavos nutríamos la esperanza de la rebelión, y eso ayudaba a vivir día a día, como a otros les puede ayudar la espera del día del Juicio Final o la semana de los cuatro jueves. Se podría decir otro tanto de otros regímenes que tienen ante ellos si no la eternidad, al menos sí la continuidad de los tiempos, al final de los cuales se iluminarán los farolillos de la victoria definitiva: la «ciencia» se lo garantiza, algo con que nos

machacan a diario. Habría que poder volver dentro de dos mil años: entonces sabríamos si todo eso era o no era verdad.

El espejismo egipcio: Calígula

A Tiberio, muerto de muerte natural, sucedió, pues, sin sobresalto alguno e incluso en el mejor de los ambientes el joven Cayo, apodado Calígula. La desgracia quiso que pasara a la posteridad por razones bastante turbias, que reposan sobre un desconocimiento total de la mentalidad antigua. El público cultivado conoce por Camus a un Calígula existencialista avanzado a su tiempo, que descubrió lo absurdo del mundo y buscó el absoluto de la libertad, como en los años de la posguerra, en el poder absoluto. Muy bien ideado, muy bien escrito..., pero nada que ver con la realidad. Cayo no aparece ahí más que como apoyo de una tesis. Por añadidura, la mala suerte ha querido que Cayo frecuentase nuestras pantallas. A partir de ahí, ha nutrido con sus fantasmas, mal comprendidos, los fantasmas del gran público de hoy en día. En veinte años le habremos visto al menos cuatro veces: en dos birrias americanas, en un *Calígula* de sex-shop aparecido en 1980 y en un folletín televisivo inglés, recibido con devoción entre nosotros, un Cayo que procede de la psiquiatría pura y dura, una especie de Padre Ubú que hubiese leído de carrerilla a Nietzsche, Stirner y Pierre Dac.

Ahora sabemos (y dos libros serios de Roland Auguet y de Daniel Nony lo han subrayado con mucha oportunidad) que todos los horrores que se cuentan sobre el tercer César proceden de los contemporáneos que tenían quejas de él, como Séneca o Filón de Alejandría, y también de historiadores posteriores, como Suetonio, que oscurecieron a su antojo a los

Julio-Claudios para así exaltar mejor a los emperadores «buenos», bajo cuyo gobierno vivían, y ganarse su aprecio. No obstante, nos lo tomamos todo al pie de la letra, y como esos cotilleos nacidos de chanzas de dudoso buen gusto procedentes de un joven a quien le encantaba bromear, palabras imprudentes o provocaciones verbales, están repletos de horribles detalles, han causado furor hasta nuestros días. Y eso no es todo. Yo mismo he llamado muchas veces la atención hacia el hecho de que algunos comportamientos tristemente célebres de Calígula no pueden comprenderse más que dentro de un contexto simbólico que se ha obviado por completo o, si se prefiere, según un código del que sólo de manera reciente se ha obtenido la clave. El personaje de Cayo es de por sí lo suficientemente inquietante como para que tengamos que volver a situarlo. Ya veremos un poco más adelante que Nerón, otro monstruo sagrado, se encuentra en el mismo caso.

Cuando realizó su entrada en Roma el 28 de marzo de 37, Cayo fue acogido con júbilo: Tiberio era viejo, Cayo en cambio era joven (¡veinticinco años!) y los romanos adoraban la juventud. Además, era el hijo bienamado de Germánico, a quien tanto habían llorado. Se le llamaba «mi estrella, mi muñeca, mi niño». Era el delirio. Por si fuera poco, él tenía, me atrevería a decir, todos los papeles en regla: Macrón le había hecho obtener el juramento de los ejércitos, la investidura senatorial, cada requisito. Observemos bien este hecho: en adelante, el advenimiento de un príncipe se convertiría en algo natural, institucional. El régimen monárquico (¡sin rey, desde luego!) había entrado a formar parte de las costumbres. El príncipe se mostró en un principio encantador con todo el mundo, deseoso de colaborar con el Senado, generoso con los soldados y con la plebe, hasta permitió el regreso a numerosos exiliados.

Un corto sueño. De pronto se puso enfermo, y fue así como, de la noche a la mañana, se convirtió en un monstruo. Se trata de un contraste demasiado marcado para ser creíble. De hecho, la herencia de los Julio-Claudios pesaba con fuerza sobre Cayo. Es muy probable que fuese epiléptico, enfermedad que en nada le favorecía. El caso es que fue él quien despachó a los infiernos a su primo y hermano adoptivo, coheredero de Tiberio, Macrón, el prefecto del pretorio, y a Silano, su propio padrastro. Inexcusable, pero comprensible por motivos de competencia. De 38 a 39, su comportamiento con el Senado fue pasmoso. Con una mezcla de locuras y crueldad, al parecer no sólo quiso diezmar aquella venerable institución, sino también ridiculizarla. Obligó a los senadores a correr con su toga junto a su coche. Hizo pelearse en el circo a personajes de alcurnia ya viejos o enfermos con gladiadores octogenarios. Condenó a las bestias a personas irreprochables, ordenando encerrarlas a cuatro patas dentro de las jaulas, etc. Forzó a los padres a presenciar el suplicio de sus hijos y a un desgraciado que se excusó, pretextando su mala salud, le hizo enviar una litera, mientras que a otro lo invitó a tomar algo después de la ejecución, mostrándose encantador y esforzándose con mil gentilezas por distraerle. También mandó destripar a un senador y arrastrar sus entrañas por las calles. Si se equivocaba de condenado, aseguraba que aquello no tenía ninguna importancia, etc. Estas y otras muchas anécdotas las leemos en Suetonio, Dión Casio, Séneca y todos los demás. De golpe, comprendemos el verdadero sentido de la famosa broma del caballo al que quería nombrar cónsul: no sólo quería dar a entender que el animal desempeñaría tan bien aquel cargo como cualquier otro de los imbéciles a los que despreciaba, sino que entre ese caballo, excelente en las carreras, por otra parte, y el senador

medio había menos diferencia que entre el mencionado senador y él mismo, el emperador-dios. Calígula comprendía muy bien que a él se lo reconocía como divino; ya volveremos sobre este tema.

Por el contrario, afirmaba sin cortarse en absoluto que gobernaba para el pueblo y para los caballeros. Autorizó de nuevo los colegios populares, suprimidos desde Augusto, y se rodeó de libertos. Para burlarse del Senado, hizo transferir de Lyon a Roma el taller de acuñación de moneda. De cada uno de estos detalles surge la evidencia de que si Calígula detestaba a la muy elevada sociedad romana, amaba al pueblo, y no sabía qué inventar para complacerle. Veamos sin más lo que dice Filón de Alejandría, quien, sin embargo, tuvo quejas de él como embajador de los judíos: «Entonces, los ricos no pasaban ante los pobres, ni los célebres por delante de las gentes oscuras... Los amos no tenían preferencia sobre los esclavos; las circunstancias aportaban igualdad...». Una especie de revolución cultural. Dión Casio observa que fue «el más democrático de los príncipes». Las dos series de observaciones forman antítesis: por una parte, ese odio visceral, esa execración de una clase dirigente que oía caminar en las sombras y conspirar desde los tiempos de su infancia, ensombrecida por los crímenes; por otra parte, el amor irracional, que se diría antitético *a priori*, por una plebe que apenas conocía, separada de él por un abismo, objeto ideal, de alguna manera, de su gusto por el bien. Se ve, pues, que aparece aquí algo de una radical novedad. Cayo se propone barrer sin matices el compromiso hipócrita que prevalecía bajo los dos reinados precedentes: ya no respeta las formas, no halaga más las susceptibilidades de la alta asamblea. Quiere ser un monarca absoluto y en su espíritu, esa monarquía debe aprovechar al pueblo. Su gobierno aparece, por tanto, si no «demo-

crático», como dejan entender Filón y Dión Casio, al menos demagógico. Se comprende que el Senado, sumergido de golpe en el terror, no tenga a partir de entonces más que un deseo, tan sólo uno: ver desaparecer con la mayor rapidez posible a aquel individuo peligroso, que se comportaba en Roma y en todas las provincias como un potentado oriental y un «dios vivo».

Según parece, la política exterior de Cayo estuvo guiada por la intención de oponerse a sus predecesores, al menos en Oriente. Mientras Augusto y Tiberio habían deseado abolir la política «pompeyana» de los Estados-clientes, a beneficio de un control directo de Roma sobre los pequeños reinos desposeídos de sus tronos, Calígula los restituyó a sus descendientes, circunstancia que tuvo como efecto un aumento mayor si cabe de la confusión. Por el contrario, Calígula tomó decisiones estratégicas importantes en Germania, donde quiso reiniciar los ambiciosos objetivos de su padre, Germánico. Se desplazó él mismo hasta allí y creó dos nuevas legiones, iniciativa que elevó a diez legiones el número de efectivos del ejército del Rin. Por un momento acarició el proyecto, sin continuidad, de invadir Gran Bretaña.

A su regreso el año 40, Calígula reemprendió con más fuerza aún sus ruinosas extravagancias de monarca oriental divinizado. Vació el tesoro imperial que Tiberio había dejado bien repleto y se propuso enjugar el déficit mediante unas exacciones fiscales de tal rigor, que le enemistaron incluso con el pueblo llano. El propio ejército estaba desconcertado por la conducta cada vez más paranoica de su soberano. Parecía ahora a todo el mundo que Calígula quería reducir al conjunto de su pueblo a la servidumbre, algo que era más de lo que podían

soportar los romanos. Tanto es así que se formó una conjura compuesta de senadores, oficiales pretorianos y libertos de buena posición asustados por los excesos del joven César. Calígula había ido demasiado lejos. La conjura no tenía otro proyecto preciso que el de la eliminación del emperador: nadie tenía previsto ningún sucesor. El 24 de enero de 41, los conjurados arrinconaron con astuta oportunidad a Calígula en un criptopórtico de palacio y un tal Casio Querea le asestó el golpe fatal. Así acababa aquel reinado cruel y surrealista que evoca a Alfred Jarry y plantea algunos interrogantes de fondo.

Aquellos cuatro años aparecen en la tradición romana como un error inverosímil, aunque no sea más que por la pretensión de Calígula de ser visto como un dios y por su absolutismo resplandeciente, sin hablar de sus costumbres. Sin embargo, muchas cosas parecen aclararse si contemplamos su historial desde el ángulo de los antecedentes de Calígula, así como su educación a la oriental. Por Antonia, su abuela, descendía de Antonio, del cual ya conocemos sus aventuras erótico-políticas con Cleopatra. La anciana dama, junto a la cual había pasado varios años de su infancia, le había marcado mucho. Además estaba el entorno. Su servicio lo llevaba a cabo un personal egipcio dedicado a prodigarle las atenciones tradicionales de un país donde el faraón es dios. A Cayo le encantaba aquel protocolo ritualizado, que preveía que se salmodiasen verdaderas letanías a su gloria. Uno de esos criados se burlaba literalmente del joven, quien se había puesto a soñar con Oriente. Él, que se sentía tan alejado de sus austeros predecesores, que estaba tan celoso de su gloria, que se sentía tan cerca de los monarcas helenísticos, se puso a concebir proyectos insensatos. Como emperador de Roma, era *ipso facto* rey de Egipto, y por tanto dios. Entonces, ¿por qué no serlo ya de toda la tierra, hasta donde se

extendieran las fronteras del Imperio? En su psique acosada por los fantasmas, esa idea se fue abriendo camino. Oficializó el culto de Isis y restableció los vasallajes de Oriente para encumbrarse como rey de reyes. Introdujo en palacio unas costumbres que no tenían nada de romanas, a base de postraciones. Por ejemplo, daba a besar su pie a los senadores... Otro detalle significativo era el amor sagrado por el oro. Según explica Suetonio, tomaba baños de oro y, durante tres días, lo arrojaba al pueblo a puñados desde lo alto de la basílica Julia. Un comportamiento sacramental. Para los egipcios (ver una inscripción de Sethos I, segundo rey de la XIXª dinastía: «El oro es la carne de los dioses»), el oro era el metal reservado para el faraón y patrimonio suyo. Otro detalle, me atrevería a decir que faraónico: se dice que Calígula se acostaba con sus tres hermanas, con preferencia por la más joven, Drusila, con la que contrajo un matrimonio «filadelfo», es decir, a la manera de los Ptolomeos. Incluso se le vio beber perlas disueltas en vinagre, según decían, a la manera de Cleopatra, o se creía el nuevo Jerjes, el nuevo Alejandro, etc. En suma, quiso resumir en su persona toda la tipología heroica de Oriente. Él, que en Roma se había hecho dios, que había hecho cortar la cabeza de las estatuas del panteón griego y romano para poner en su lugar la suya, y que proyectaba instalarse en el Capitolio en el lugar de Júpiter, quiso imponer su estatua en el templo de Jerusalén, en el Santo de los Santos... Ya podemos imaginar la reacción de los judíos y el envío en embajada del filósofo Filón para «suavizar las cosas». Tampoco mencionaré las fantasías desconcertantes que tendían todas al mismo punto: se vestía de Mercurio, con el caduceo y las sandalias aladas, de Venus, etc. Ahora se entiende mejor, teniendo en cuenta la totalidad del contexto, hacia dónde se encaminaba esa megalomanía, en la cual nos equivocaríamos si

viésemos sin más las bufonadas de un loco. Tendía a la asimilación ostensible, ritual, del emperador de cada una de las formas de lo divino en toda la tierra. Esa polidivinidad era, en su espíritu perturbado pero lógico, el estado supremo de una realeza universal. Si nos parece que a Cayo, desde luego, se le iba la cabeza, no se le iba de cualquier manera. No deliraba porque sí, nunca solo, sino siempre en relación fantasmagórica con un medio. El caso es que era pronto, demasiado pronto, para entronizar en Roma una monarquía a la oriental. Llegaría un día en que todos aquellos fastos y aquellas postraciones no asombrarían ya a nadie, y serían la etiqueta en vigor en la corte. Calígula se adelantó tres siglos a su tiempo y fue por ello por lo que debió morir.

El divino Claudio o el emperador a su pesar

Una vez libres de Calígula, no excluimos que algunos senadores pensaran en «restablecer la República», tema retórico que dio lugar a algunos arrebatos oratorios aquí y allá, sin consecuencia alguna, por otra parte. Siempre les ganaban en rapidez los pretorianos: sin pedir permiso a nadie, ellos habían proclamado ya a un emperador. El procedimiento había resultado bastante deslucido, pero lo que contaba, a fin de cuentas, era el resultado. Desorientados por lo que acababa de pasar con Calígula, los guardias recorrían el palacio cuando vieron sobresalir detrás de una cortina cuidadosamente corrida los pies de un hombre aterrorizado, al que sacaron. Se trataba de Claudio, el hermano de Germánico. Sin duda, fue el primer sorprendido en verse llevado hacia una púrpura con la que no había soñado jamás. Se decía que era retrasado, pero más bien parece que,

poco atraído por la ambición de la corte con Calígula, se escudó en su reputación, actitud que con probabilidad le había salvado la vida. De hecho no era idiota en absoluto, sino simplemente tartamudo y lleno de tics, tragón, borracho y mujeriego, pero al mismo tiempo un auténtico erudito, amante de las antigüedades etruscas y la filología. Nacido en Lyon en 10 a. C., tenía, por tanto, cincuenta y dos años cuando el Senado, al cual ya todo le daba lo mismo y no le venía de ahí, confirmó la elección de los pretorianos y las cohortes urbanas y le confirió con plena solemnidad, el 25 de enero de 41, la investidura suprema. No había deseado el poder, pero iba a ejercerlo, y en el sentido de la más estricta lealtad dinástica. Su primer acto fue condenar y hacer ejecutar a los asesinos de su sobrino Calígula.

Aunque tenía mala facha y suscitaba las finas bromas que es fácil adivinar (y más teniendo en cuenta que fue todo lo cornudo que se podía ser en sus sucesivos matrimonios), se convirtió, sin lugar a dudas, en el mejor administrador que conociera Roma hasta entonces. Ésa es la gran novedad de su reinado. Los servicios administrativos, avituallamiento, redacción de textos, correos, etc., ya no se confiaron a hijos de papá más o menos competentes, sino, ¡oh escándalo!, a libertos reclutados por sus capacidades. Calisto, Polibio, Narciso, Palas, se convirtieron así en responsables todopoderosos de las grandes divisiones. Esos griegos no eran a buen seguro ningunos ángeles, pero habían nacido astutos y sabían organizar muy bien el servicio. Usando sus prerrogativas en interés del régimen, contribuyeron a la extensión de los poderes y los medios del príncipe, en detrimento, desde luego, del Senado. Eso no impidió tampoco al emperador su elección por parte de la alta asamblea de consejeros de confianza. El régimen se organizó como institución.

De esa centralización inteligente y reflexiva surgieron unas reformas de grandes vuelos que nadie, en cualquier caso, esperaba de aquel hombre insulso y farfullante.

Claudio había comprendido la necesidad de asimilar con mayor amplitud a los provincianos, en contra del conservadurismo corto de miras de los senadores y de la alta sociedad, que seguía inquieta. Es triste oír a todo un Séneca burlarse de ese emperador que «había decidido ver con toga a los griegos, los galos, los españoles y los bretones», o dicho de otra manera, convertirlos a todos en ciudadanos romanos de pleno derecho. Aún no se trataba más que de la élite, desde luego. Yo me inclino a ver en ese universalismo cierto espíritu estoico, que considera a los hombres como ciudadanos del universo. Otro rasgo de la misma inspiración parece ser la *filantropia*, el amor a los hombres que Claudio profesa en tal o cual decreto, o que aparece en la pasión que manifiesta de hacer justicia él mismo. Por lo demás, su actividad jurídica se ejerce con una preocupación visible por la humanidad, sobre todo por las categorías tenidas hasta entonces por despreciables, como los libertos o los esclavos. Así fue, por ejemplo, como decidió hacer perseguir en el futuro a los amos que se permitiesen matar a los esclavos ancianos o enfermos. Catón el Viejo, el arquetipo de republicano puro y duro, debió de revolverse en su tumba... ¡Cuántas restricciones a sus queridas «libertades»! En cambio, Claudio no apreciaba las religiones extrañas a la tradición romana, pues veía en ellas fáciles fuentes de discordia. «Expulsó –escribe Suetonio– a los judíos que agitaba un tal Chrestos.» ¿Se trataba de un activista judío que se aprovechaba de la ola de mesianismo y se hacía pasar por el Mesías o por Cristo, vuelto tal como prometió? ¿Se trata, con más probabilidad, del propio Cristo, y Suetonio confunde las épocas al haber pasado el tiem-

po? Ésta sería, entonces, una alusión a la oposición más o menos ruidosa de los judíos a la implantación de los primeros cristianos, a sus ojos unos simples disidentes. En todo caso, ésta sería la primera aparición del cristianismo en la historia general. También expulsó Claudio a los druidas y los astrólogos, medida que se comprende, ya que sus horóscopos, al programar en los astros la muerte del príncipe y la predestinación de un sucesor, podían constituir instrumentos de propaganda sediciosa.

A Claudio también le entrega Dión Casio patente de «democracia». Justo como resultado de esa política atrevida, innovadora y restrictiva de las prerrogativas tradicionales del Senado, molestó a más de uno y Claudio tuvo que reprimir algunos complots, sin reparar en el número de ejecuciones. El contencioso no hizo más que subir de tono. Su política exterior no careció ni de prudencia ni de audacia. Consiguió reparar algunas de las imprudencias de Calígula, pero, sin embargo, dejó en su trono a los reyezuelos que su sobrino había colocado. Redujo, no obstante, a Judea, de nuevo convertida en provincia procuratoria. Licia y Tracia, por el contrario, se convirtieron en provincias romanas, así como Mauritania. En resumen, durante su reino aparecieron seis nuevas provincias. Además, se afirmó la presencia estratégica de Roma en el mar Negro, aunque Claudio no consiguió restablecer una situación satisfactoria en Armenia, manzana de la discordia entre los partos y Roma. Sin duda, el éxito más importante de su reinado fue la conquista de Gran Bretaña, sueño de César y después de Calígula. A Claudio le hacía falta esta gran operación para satisfacer a la vez al ejército y a los hombres de negocios en busca de salidas comerciales. En 43, pues, se llevó a cabo un desembarco que se convirtió en un gran éxito de propaganda. Una nueva provincia se unió a las demás, y el país se romanizó con suma

rapidez en torno al gran puerto de Londinium, la actual Londres. Los frisones, que, según recordaremos, habían causado problemas a los ejércitos de Tiberio, pasaron al fin bajo el protectorado romano. Al final resultó un reinado brillante, en manos de un César que no lo parecía demasiado y que, sin embargo, se hizo aclamar veintisiete veces *imperator*, un récord absoluto. Nunca hay que juzgar a la gente por su apariencia...

Lástima que todo esto se viese empañado finalmente por unas intrigas bastante sórdidas, en las que estuvieron implicadas las esposas del príncipe. Olvidemos a las dos primeras, que no tienen ningún interés. Por el contrario, la tercera, Mesalina, se ha hecho famosa. De vez en cuando, vuelve a nosotros por medio de una película, por lo general mala. Juvenal la mostró fatigándose en los burdeles de Roma y Plinio el Viejo, el naturalista, recuerda con interés sus supuestas hazañas: no menos de veinticinco prestaciones «en el espacio de una noche y un día». Muy bonito, es cierto, pero lo que no se conoce tanto es que la lujuria era más bien el pecado menos importante de aquella joven. Mesalina era tan temible en la corte como en el lecho. Esta descendiente de Antonio era una conspiradora peligrosa. Hubiese querido, a semejanza de Calígula, modificar el reino en el sentido de convertirlo en una monarquía a la oriental, con la complicidad de algunos acólitos. Eso contrariaba, como es lógico, el propósito más sereno de Claudio, fiel al espíritu de Germánico y de Augusto. Mesalina no supo moderarse ni en su ninfomanía ni en sus maquinaciones. Acabó por mofarse de modo abierto del cornudo imperial casándose, en el marco de una especie de bacanal, con uno de sus amantes, quien sin duda buscaba ocupar el lugar de Claudio en todos los sentidos, comprendida la cabeza del Imperio. El emperador se resignó a separarse de ella, y Mesalina fue invitada entonces a

visitar los infiernos, por ver si allí había alguien a quien pudiese seducir.

Claudio tampoco fue muy afortunado al casarse, con la dispensa del Senado, con su propia sobrina, una hija de Germánico que se llamaba Agripina, como su temible mamá. La jovencita había heredado de sus padres el gusto por el poder y una vez unida al viejo emperador, se vio al fin al pie del cañón. Se dejó titular como Augusta, impuso su nombre a la villa de Colonia (*Colonia Agrippina*), pero sobre todo se aprovechó de la acelerada decrepitud de Claudio para manejarlo a su antojo, con el apoyo de una camarilla. Veía crecer sin mucha ilusión a su hijastro Británico, designado como sucesor de su padre. De modo que se las arregló para engatusar a Claudio y hacerle adoptar el hijo que había tenido de un primer matrimonio con un crápula abominable, pero noble, de nombre Domicio Ahenobarbo (literalmente: barba de bronce, es decir, roja). Con anterioridad nos encontramos con uno de sus antepasados. El descendiente ya no se hacía ilusiones sobre sí mismo, su mujer y su progenitura. A los amigos que le felicitaron por aquel nacimiento, les respondió con toda tranquilidad que «de él mismo y de Agripina no podía nacer nada que no fuera odioso». Una vez adoptado, el joven pasó a llamarse Tiberio Claudio Nerón. Agripina, buena madre, lo confió al mejor preceptor que pudo encontrar, en quien veía además, llegado el momento, como el mejor propagandista junto al Senado: el filósofo estoico Séneca. Casó al príncipe con Octavia, hija de Claudio.

Británico, sin embargo, conservaba sus partidarios, y Claudio no acababa de hacerse viejo del todo. Más valía, quizá, no dejar que las cosas degenerasen. El 13 de octubre de 53, Claudio se comió un plato de champiñones que fue el último. Nadie supo nunca más nada.

Nerón, el emperador sol

Esto se dijo de él, y se demostró ser cierto. Es el monstruo preferido de los novelistas y los cineastas. Cada detalle contribuye a esta imagen: el descarriado regordete, la corona de rosas, el fuego de Roma, las orgías, la lira y todo lo demás, un revoltijo novelesco que mezcla sin espíritu crítico alguno los hechos y su amplificación partidista, los rumores, las extravagancias aisladas del contexto, lo único que pueda darles significado... Como en el caso de Calígula, nos será necesario no rehabilitarle, algo que no tiene ningún sentido, pero sí al menos contemplarle más de cerca y, sobre todo, desde otro ángulo. No se trata de un esfuerzo pequeño, ya que debemos restituir todo un clima de símbolos de los que el hombre de hoy no tiene ni la menor idea porque ha adquirido otros, que condicionan su presente y, del mismo modo, su visión del pasado.

La cuestión empieza, sin embargo, de una manera muy sencilla, mediante el nacimiento de un niño en Antium (Anzio) el 15 de diciembre de 37, hijo del citado Ahenobarbo y de Agripina. Solamente que, según precisa Suetonio, el alumbramiento ocurrió «de tal manera que al salir el sol, sus rayos rozaron al niño antes mismo de que tocaran el suelo». Dión Casio concluye que de este hecho, en apariencia banal, se desprende el presagio de que el niño en cuestión será rey. Nadie se fijó en esa circunstancia durante la época moderna, hasta el día en que los egiptólogos nos dieron la clave. Se trataba, ni más ni menos que de un rito de investidura, en el curso del cual el faraón se colocaba en el santuario de tal manera que fuese el primero en iluminarse mediante los rayos del alba. De repente nuestra mente se despierta también. Lo hemos visto a propósito de Calígula: todos los romanos sueñan con Egipto, país de leyenda

donde el sol es dios y donde el César romano, sucesor de los faraones, está asimilado al rey-sol. El episodio quiere significar, pues, que en la familia de Germánico acababa de nacer el infante divino, designado por el sol en persona para que fuese rey de Egipto... y, por tanto, del mundo romano entero, puesto que desde la conquista, sólo un César romano podía reinar sobre aquel país sagrado. Todo eso se comprende mejor aún si se sabe que, por otra parte, Nerón, como su tío Calígula, es de la descendencia de Antonio, y que vivió, como éste, acosado por los fantasmas egipcios. La imaginación de Nerón niño fue condicionada por un tal Cheremón, uno de sus maestros, un escriba sagrado, ex director del Museo de Alejandría. En su círculo se encontraba también Balbilo, astrólogo reputado que había escrito sobre las maravillas de Egipto, del cual sería gobernador y agente de propaganda. Una inscripción de aquel tiempo atribuye a Nerón, «dios benefactor del mundo entero», los efectos felices de una crecida del Nilo. Por último, se hallaba asimismo Séneca, el preceptor colocado por Agripina, además de egiptólogo distinguido. Él mismo había vivido también en aquel país durante el tiempo en que su tío fuera gobernador. Un detalle más de la vida de Nerón que nos pondrá en la pista correcta: su apego por el oro, metal sagrado de los egipcios, es más o menos similar al de Calígula. Nerón se hizo construir en el Palatino la célebre *Domus Aurea*, la Casa de Oro, nombrada así porque se trataba de una residencia solar, chapada de oro puro con el fin de reflejar los rayos. Era, pues, el palacio sagrado desde donde el César-Sol se suponía que irradiaba sobre el mundo la luz divina del astro reflejada en su superficie. Pensemos también en los emblemas solares de las monedas del reino o en la estatua, réplica del coloso de Rodas, en la que se representaba a Nerón como Helios. Y por fin (los tópicos, por una

vez auténticos, nos ayudan), pensemos en los juegos de circo donde Nerón aparecía ataviado como Apolo (dios sol), como tañedor de cítara y conductor del carro solar. Hasta se le denominó «nuevo Apolo», en el curso de una bella fiesta en la cual se encontraba Séneca.

El conjunto de datos nos muestra, pues, que desde el principio hasta el fin, la vida de Nerón se bañó en el mito solar y que su comportamiento no fue, como se imagina de forma vulgar en Hollywood, el colosal delirio de un loco, sino un fantasma religioso surgido de varias tradiciones mezcladas y convertido al fin en tema de propaganda política. Séneca, dicho sea de paso, contribuyó en gran medida a difundirlo mediante distintos escritos de este estilo (se supone que es el mismo Apolo-Febo el que habla): «Que sobrepase la duración de una vida mortal, ese que se me parece de rostro, y se me parece por la belleza, y que no está por encima de mí ni por la voz ni por los cantos [se sabe que Nerón rimaba y cantaba acompañándose de la lira, como Apolo...]. A los hombres agotados [por el reinado de Claudio] devolverá siglos afortunados y pondrá fin al silencio de las leyes... Al igual que la rubicunda aurora, disipando las tinieblas, ha traído el día, el sol radiante contempla el universo... ¡tal aparece César, así contemplará Roma a Nerón!».

Bello fragmento que nos muestra, de paso, que la propaganda no nació ayer precisamente. Dicho esto, volvamos a los hechos.

Agripina no tuvo la menor dificultad en imponer a su hijo: los pretorianos, compensados con gran generosidad con la gratificación de rigor, aclamaron con cálido fervor a Nerón. Algunos se preguntaban dónde podría encontrarse Británico, pero la duda no fue más allá. El Senado siguió por el mismo camino: la sangre de Augusto, la familia de Germánico, etc. Con

una conmovedora dignidad, aquel joven de diecisiete años pronunció el elogio fúnebre de Claudio. Sin embargo, cuando evocó, con una seriedad imperturbable, la prudencia y la sabiduría del desaparecido, todo el mundo se rió: el Senado se vengó como pudo de un emperador que le había recortado sus atribuciones y remitido a sus libertos la dirección de los grandes servicios.

Esa circunstancia no impidió, en absoluto, a la alta asamblea votar la apoteosis, ya que se trataba de una mera cortesía. Más de uno debía de preguntarse, en aquel siglo escéptico, si el viejo emperador continuaría tartamudeando allá arriba, cuando se dirigiera a Júpiter. ¡Al menos podría emborracharse en compañía de Baco! Cuando Nerón pronunció ante el Senado su «discurso del trono» (preparado de cabo a rabo por Séneca), llegó la divina sorpresa: prometía respetar los derechos del Senado, no mezclarse en ninguno de los procesos y distinguir de manera radical su Casa del Estado; en otros términos, los libertos y el gobierno. ¡El anti-Claudio, en suma! De hecho, los primeros años pasaron de esta manera y no tuvieron historia. El príncipe estaba flanqueado por un buen prefecto de pretorio, llamado Burro, y por su antiguo preceptor, Séneca, quien seguía siendo su mejor propagandista y un consejero prudente. Como buen estoico, consideraba que estaba en su lugar: consejero del príncipe. Séneca insistía mucho en el tema ya referido del *princeps* designado por la divina providencia (la mitología solar lo mostraba así), pero también gobernaba según la razón universal predicada por los estoicos. En realidad, Nerón siempre se sintió seducido por la filosofía, por los debates de ideas, hasta el punto incluso de que Agripina había estimado prudente templar sus ardores especulativos. Se adaptó, pues, con facilidad en ese esquema, y apareció en verdad como el

mejor de los príncipes, apegado al principio de aquella diarquía con la cual al parecer había soñado Tiberio en un principio; es decir: una gestión de los grandes asuntos en colaboración con el Senado. Además, la personalidad del príncipe no era desagradable. No carecía de corazón. Cuando tuvo que firmar su primera sentencia de muerte, suspiró y dijo: «¡Ah, ojalá no supiera escribir!». Tampoco era, desde luego, ningún asceta. Aunque casado joven con Octavia, la única mujer de toda la dinastía que jamás había causado ningún escándalo, se encaprichó de una liberta, que por si fuera poco se decía que era cristiana, si bien eso no era lo peor. Con una alegre pandilla solía recorrer las calles disfrazado, realizando incursiones nocturnas y maltratando a los viandantes rezagados. Pero así es la juventud, de modo que se hacía la vista gorda.

Detrás de Nerón, sin embargo, se perfilaba Agripina, que había heredado las disposiciones de su madre y que se proponía adquirir cada vez mayor importancia como asociada al Imperio. Ella quería gobernar por hijo interpuesto y no se molestaba siquiera en ocultarlo. Así fue como un día se le metió en la cabeza presidir con Nerón una audiencia de embajadores armenios... y la pusieron en su lugar. Agripina lo había previsto todo, excepto que Nerón, una vez emperador, quisiera serlo por completo. Su hijo no deseaba verse relegado a una situación honorífica, dedicado a inaugurar crisantemos. Mortificada, Agripina intentó el chantaje. Con la complicidad de Palas, el antiguo liberto de Claudio, dio a entender a Nerón que Británico, después de todo, podría resultar una solución de recambio. No tenía más que hacer un gesto para restituir al hijo de Claudio sus prerrogativas de heredero... Poco después, en el año 55, el infortunado Británico moría de forma súbita en el curso de una cena entre amigos, inspirando a Racine la pieza

que ya conocemos. En el género político, Corneille era bastante mejor. Sus restos fueron incinerados aquella misma noche, a pesar del mal tiempo que castigaba la ciudad. Con su talento implacable, Tácito nos cuenta que la noche de los funerales, mientras la lluvia y el viento se encarnizaban, muchas gentes excusaban aquella desaparición pensando en todas aquellas muertes que habían enlutado en el pasado a las familias reales. El poder, se decían, no se comparte. Filón lo había escrito ya, pero en griego, para excusar a Calígula de haber enviado a su padrastro a los infiernos. Era la costumbre. En aquellos tiempos, Séneca estaba en el secreto de los dioses y aconsejaba a Nerón, quien tenía gran necesidad de ello. Sin duda, había calculado que con esa muerte evitaría otras, y que era preferible esa acción que el regreso a alguna guerra civil. Séneca, en política, era realista. En *De clementia*, fechada en esa época, celebra con convicción la bondad del príncipe, al que hace aparecer a los ojos de todos como un monarca estoico y también, según las normas de los tratados helenísticos sobre la realeza ideal, como un opositor a la tiranía. En resumen, el príncipe actual era una oportunidad para Roma, tenía todas las virtudes requeridas en el pliego de condiciones... En este sentido, hay que reconocer que Nerón, aparte de la desaparición de Británico, fue un emperador beneficioso mientras se mantuvo bajo la influencia del filósofo y del prefecto Burro.

Después del episodio de Británico, Agripina tendría que haber comprendido el anuncio del fin de sus esperanzas. Mucho peor aún: su hijo le había enviado una seria advertencia. Sin embargo, Agripina no renunció y continuó sus maquinaciones en la sombra, hasta el punto de que Nerón empezó a inquietarse seriamente. El emperador había encontrado una amante a su gusto, Popea Sabina, de quien se decía que era medio judía

y que estaba muy interesada también por la política. Popea no tardó en convertirse en enemiga íntima de Agripina, que sabía demasiado bien cómo acabaría aquella aventura: en un matrimonio. Eso implicaba repudiar primero a Octavia, apoyo con el que contaba, pues aquello que había fracasado con el hermano podía tener éxito con la ayuda de la hermana... Puede decirse que Agripina hizo cuanto estuvo en su mano por apartar a Nerón de aquella pasión peligrosa, sin detenerse ante complacencias lamentables. Sin embargo, no consiguió nada. Nerón se separó de la inocente Octavia, a la que implicó en una historia sórdida, pero de evidentes entresijos políticos. Tras poner al descubierto las maquinaciones de su madre, e irritado al tener que verla siempre entre una conspiración y otra, fue dando cada vez más consistencia a la idea que se formaba en su mente: no estaría tranquilo hasta que su madre fuese incapaz de hacer daño. Tácito cuenta la historia, tramada como una novela de Agatha Christie. No era empresa fácil: Agripina desconfiaba mucho, y para que el suceso resultase admisible para la opinión pública era necesario que pasara por un accidente. Unos especialistas urdieron un artificio de cosecha propia, pero un enorme error complicó mucho la situación. En efecto, habían saboteado la barca que debía conducir a la augusta desde Baia, en la bahía de Nápoles, hasta su residencia de Antium, después de una fiesta que Nerón daba en su honor. Una vez terminados los festejos, Agripina se despidió y fue conducida hasta el embarcadero por el propio Nerón con grandes manifestaciones de alegría. El barco llegó a alta mar y allí, la cabina, amañada de antemano, se desplomó y mató a varios servidores, pero la *Augusta* consiguió escapar y regresó a la costa a nado. Agripina no tardó mucho en comprender lo sucedido, ni Nerón tampoco. Esperaba sin impaciencia la noticia de un naufragio, cuando

recibió unas palabras tranquilizadoras de su madre. Gracias a los dioses, estaba sana y salva... Aquello sería un desastre: ella movilizaría a sus partidarios, sublevaría a los soldados, se arrojaría en brazos del Senado y del pueblo romano, ¿qué más? Había que hacer algo. Y entonces Nerón hizo despertar con urgencia a Burro y a Séneca.

Al día siguiente, el Senado, perplejo, se enteraba del suicidio de Agripina, cometido después de un atentado fracasado... contra la persona del príncipe. ¿Conoció Nerón los sombríos remordimientos que le atribuyen los cuadros de Cignani y de Pittoni mientras se encontraba frente al cuerpo de su madre? Séneca, en todo caso, quedó marcado por la noche trágica del cabo Misena. Ciertos historiadores antiguos no dudaron en endosarle la responsabilidad de aquella decisión. Tácito matiza mucho más y Grimal tiene razón cuando advierte que Séneca no podía haber hecho otra cosa sino acceder a esta solución, desde el instante en que aquella torpeza y las complicaciones que sin duda seguirían hacían inevitable la liquidación de Agripina. En el espíritu del filósofo, era eso o de nuevo la guerra civil, con su séquito de desastres. A partir de aquel drama, Nerón escapó a Burro y a Séneca y se abandonó cada vez más a las extravagancias inspiradas, como ya sabemos, por los fantasmas orientales, en particular egipcios. Entonces fue cuando empezó a presentarse en los teatros y los circos, cantando canciones compuestas por él mismo, creando concursos poéticos a la griega, donde se llevaba de forma invariable el primer premio, mientras una claque de caballeros, sus *fans*, le aseguraban el éxito. Lo más molesto era que a veces se exhibía en escena en papeles mitológicos que debían erizar los pocos cabellos de las cabezas senatoriales. Sin embargo, hay que situar estos incidentes en el contexto ya referido, impregnado de mitos, y de mitos par-

lantes. No hay que trasponer esto a nuestros tiempos. Cuando Nerón subía a escena, cuando participaba en una carrera de carros, hacía otra cosa muy distinta que contentar un impulso que nosotros encontramos descabellado en un jefe de Estado. Sería una incongruencia verlo así, pues había en ello mucho más que el simple exhibicionismo, algo que en nuestros días se vería con tan malos ojos. Él cumplía un destino que veía inscrito en su horóscopo y al convertirlo en figura, Nerón celebraba una especie de rito de comunión con su pueblo. Se convertía en un Apolo vivo, presente y como tal, venerable. Además, a Roma le encantaban los histriones, los cocheros, los gladiadores... Un auriga, un combatiente en la arena, adquirían de pronto una dimensión sobrehumana y se mostraban casi como en competencia con el César. Aunque Nerón podía nutrir el deseo de dejarse llevar por aquellos prodigios y lanzarse hacia una demagogia que no podía menos que chocar a los medios más tradicionales, su actuación encantaba al pueblo llano. ¡El príncipe gozaba de todos los dones! Por otro lado, con este comportamiento, ¿no buscaba Nerón acaso infundir a la austera construcción augusta o tiberiana una especie de suplemento de vida, de desbordamiento feliz? Esa personalidad brillante, que horrorizaba a los viejos barbudos del Senado, ese amoralismo del que alardeaba, provocador, que hacía volar en pedazos las antiguas normas de la buena sociedad, todo ello, ¿no era acaso en la intención de Nerón una especie de anuncio del alba de unos tiempos nuevos? El emperador-artista se veía como una especie de salvador que arrastraba al mundo hacia una vida nueva, alegre, liberada, exuberante, báquica incluso, y que reemplaza la antigua fraternidad de las armas por la comunión de todos en una Belleza estallante, renovada sin cesar. Nerón o el triunfo de la estética... Ésta es la interesante hipótesis de Gil-

bert Charles-Picard. Eugen Cizek no llega tan lejos, pero sí tiene en cuenta la dimensión estética en el espíritu del reino. Una cosa es segura: al comportarse de este modo, Nerón estaba convencido de ser comprendido por el pueblo (fenómeno que no sería cierto hoy en día) y de unirlo a su persona, de suscitar en él una cierta connivencia. Una convicción que no es lo menos significativo de una época y de su espíritu.

A esta cuestión se añadía que la actividad del emperador se consideraba afortunada en otros aspectos. El avituallamiento de trigo estaba muy bien asegurado, las construcciones se multiplicaban, los juegos eran frecuentes, suntuosos y caros. Nerón, debido a su pasión por el pueblo, había imaginado incluso la supresión en todo el Imperio de los impuestos directos y las tasas aduaneras. ¿Quién le había podido sugerir tal cosa? Al Senado, en cualquier caso, le costó lo suyo hacerle comprender que aquello supondría la ruina de las finanzas públicas. Por otra parte, las noticias del extranjero confirmaban más bien la buena opinión que se tenía del emperador. Si a veces llegaban malas noticias, como en el año 61 aquella revuelta de la reina Boudica en Gran Bretaña y la masacre en aquel lugar de 70.000 residentes romanos, al menos se sabía que a continuación se produciría una represión, que las legiones seguían teniendo enorme fuerza. En Oriente, la diplomacia y las armas fallaban un poco. El peligro parto seguía siendo preocupante, pero lo seguiría siendo durante todos los reinados. Nerón ordenó reforzar el ejército de Siria e instalar varias legiones en Capadocia y Galacia, refuerzos muy útiles, desde luego, bajo la dirección del excelente Corbulón. El general consiguió desalojar a Tirídates, hermano del rey de los partos que le había colocado en el trono de Armenia, y Nerón decidió crear un reino vasallo dirigido por Tigranes V, personalidad más manejable. No obs-

tante, la guerra no tardó en revivir, y esta vez el ejército romano, mal dirigido por un tal Cesonio Peto, tuvo que capitular en 63 y se decidió un arreglo. Tirídates volvería al trono de Armenia, pero antes, para salvar la cara, Nerón exigió que el monarca viajase a Roma y se hiciese coronar allí por sus desvelos. Esto se llevó a cabo en 66, y lo que no era más que una solución de compromiso fue celebrado como una gran victoria. Incluso se reconocía con placer que la presencia romana en el mar Negro se reforzaba, pues Roma disponía ya una flota allí. No obstante, hoy en día ya no se piensa que Nerón hubiese tenido en mente la grandiosa *Ostpolitik* que se le prestaba con generosidad en tiempos. Tuvo que reprimir un nuevo levantamiento de los judíos en 67 que degeneró en una auténtica guerra. Ésta fue conducida por un general activo, que pronto daría que hablar: Vespasiano. A pesar de todo, las relaciones entre Nerón y el Senado estaban muy deterioradas: el año 62 había marcado una especie de punto de inflexión. Parece ser que al día siguiente de la eliminación de Agripina, la tutela de Séneca y de Burro resultó cada vez más pesada a Nerón. El filósofo, sobre todo, le mantenía dentro de un moralismo que experimentaba como una cortapisa. Se resignó y le soportó durante algún tiempo todavía, el necesario para constituir un nuevo equipo, ya que una buena parte del personal había sido colocado en su lugar por Séneca. Burro murió por entonces de muerte natural, y Nerón decidió autorizar la retirada de Séneca, tal como él solicitaba. El viejo estoico, sin duda, había adivinado que las cosas iban tomando un cariz inquietante. Nerón eligió como consejero a un tal Tigelino, el nuevo prefecto del pretorio, buen administrador pero hombre de moralidad dudosa y, además, muy hostil al Senado, que le pagaba con la misma moneda. A partir de entonces, se consumó la ruptura

entre la aristocracia y el príncipe. Nerón usó en gran medida las facultades que le daba su liberación. Repudió en condiciones escandalosas a la irreprochable Octavia, expulsada de manera oficial por esterilidad (¡a esas alturas!) y condenada poco después a una muerte injusta. Después, se casó con Popea, de la cual tendría una hija. A partir de entonces, el reino evolucionaría con rapidez hacia la monarquía oriental, repitiendo, en resumen, el triste precedente de Calígula.

El 18 de julio de 64, cuando Nerón volvía de una gira triunfal por el sur de Italia, país griego que encontraba particularmente acorde con el estilo de sus prestaciones artísticas, se declaró un brutal fuego en Roma. Sabemos que no se trataba de la primera vez, como era lógico en una aglomeración de casas de pisos muy apiñadas y construidas en gran parte de madera. Además, se paseaban día y noche hornillos con brasas y lámparas de aceite, con riesgos fáciles de suponer. No obstante, aquella vez el incendio no fue dominado hasta al cabo de una semana, y transformó la Villa en un verdadero brasero, como muestra un rutilante cuadro de Hubert Robert en el museo de Le Havre. Cuando por fin se extinguió, comprobaron que Roma estaba abrasada en un veinte por ciento y que numerosas víctimas habían desaparecido entre las llamas. El emperador, que había regresado de Antium a toda prisa, organizó de inmediato la ayuda, poniendo sus inmensos jardines a la disposición de las familias afectadas. Su actitud fue apreciada, desde luego. Sin embargo, corrieron rumores negativos: era el emperador quien había programado el incendio con fines urbanísticos. Hoy en día nadie cree ya en ello, aunque sólo sea porque Nerón perdió en el siniestro unas colecciones que estimaba mucho. Ahora bien, la opinión pública necesitaba culpables y algunos malévolos se dieron cuenta de que el barrio judío, situado a la orilla derecha

del Tíber, no había resultado tocado. De ahí a imputar a los judíos la responsabilidad criminal del hecho, no había más que un paso. Algunos historiadores añaden que para desembarazarse de esa acusación, por completo injusta, los judíos designaron a su vez a los cristianos, esos «desviacionistas», con los cuales, según sabemos y ya vimos con Claudio, estaban en perpetuo conflicto. ¿Qué es lo que ocurrió en realidad? Lo único que se sabe es que algunos centenares de cristianos fueron aprehendidos y condenados a suplicios repugnantes. No en tanto que cristianos, cosa que a Nerón no le preocupaba en absoluto, sino más bien en tanto que presuntos incendiarios. A continuación, Nerón impulsó la reconstrucción de Roma según unos planes notables, procurando así empleo a la gente en paro y beneficios a los constructores.

Dichas iniciativas, junto a los gastos suntuosos del reino, acabaron por costar muy caro, por lo que hubo que dar una vuelta de tuerca más a las provincias, cosa mal apreciada. Se devaluó la pieza de oro de 7,70 a 7,30 gr, y el denario de plata, moneda corriente en las transacciones, pasó de 3,70 a 3,25 gr. La operación resultó ventajosa para los comerciantes, en detrimento de la aristocracia, que atesoraba oro. La alta sociedad acababa de descubrir que Nerón no encarnaba ya en absoluto al «buen monarca», depositario de aquella sabiduría divina que Séneca le había recomendado con tanto fervor en sus discursos y sus tratados. Encerrado en sus sueños orientales, empujado a la desmesura por una camarilla absolutista que sacaba provecho de ello, el emperador acumulaba torpezas y provocaciones a placer. Se fue organizando una oposición, varias oposiciones más bien, ya que hacía una eternidad que el Senado estaba dividido. Se constituyeron algunas camarillas, grupúsculos, capillas, nada demasiado sólido. Los círculos estoicos más acti-

vistas acogían de buen grado las nostalgias de las «libertades republicanas». Eran los tiempos, según cantaba Juvenal, en que Peto Traseas, Helvidio Prisco y otros festejaban, coronados de flores, el aniversario de Bruto y de Casio, los asesinos de César. Se soñaba con abatir al tirano. Se formaron conspiraciones en torno a las personalidades del entorno, desvanecidas con rapidez, reprimidas. En 65 se organizó una conjura heteróclita para deponer a Nerón y reemplazarlo por un tal Pisón, un proyecto muy mal preparado y con un candidato del montón que no tenía ninguna posibilidad de salir adelante. Como era previsible, el secreto trascendió y se desencadenó una salvaje represión, ya que Nerón estaba en verdad muy obsesionado con un posible asesinato. La represión se extendió mucho más allá del círculo de los auténticos cómplices. El poeta Lucano, sobrino de Séneca, se encontraba implicado y tuvo que morir. Algunos filósofos estoicos, Barea Sorano, Peto Traseas, Séneca mismo, se vieron invitados a abrirse las venas, y muchos otros fueron eliminados o condenados al exilio. La parte que conservamos de los *Anales* de Tácito se acaba con la visión trágica de Traseas ofreciendo su sangre a Júpiter Liberador y enfrentándose a la muerte mientras discute acerca del alma con el filósofo Demetrio el Cínico, él mismo desterrado a su vez. Con esta escena grandiosa, sin duda querían hacer pensar en la muerte de Sócrates... Todas esas gentes entraron en la leyenda, mártires de un ideal de libertad muy alejado, hay que recordarlo, de lo que hoy en día nosotros entendemos con ese término. Aquello que defendían hasta la muerte esos romanos de rancio abolengo, esos *optimates*, era la permanencia eterna de los derechos ancestrales en contra de las formas más evolucionadas de sociedad que se veían venir, las mismas que sentían como una insostenible expoliación. Quienes los contemplen como campeones

de la libertad contra la tiranía a la manera de 1789, harían bien en pensárselo dos veces.

El suicidio de Séneca había cortado el último nexo que unía a Nerón con su pasado. Ahora, le invadía el miedo, mientras un terror simultáneo se iba instalando en aquella Roma enlutada por las ejecuciones. El emperador sólo se evadía versificando a su antojo, así que marchó a Grecia y arrambló con todos los premios de los Grandes Juegos. En Corinto proclamó, como había hecho en otro tiempo el cónsul Flaminio, «la libertad de los griegos», disposición que, entre paréntesis, les eximía de pagar tributos. Anticipación genial: hizo emprender la apertura del istmo de Corinto. Mucho más tarde, en el siglo XIX, los ingenieros encontraron, maravillados, los vestigios de lo que habían iniciado sus colegas de antaño.

Apenas de regreso a Roma, a principios de 68, le llegaron malas noticias en el peor de los momentos: Vindex, el legado de la Galia Lugdunense, acababa de sublevarse. Sin mucha habilidad, Nerón acabó de indisponer a los ejércitos empujando al suicidio, según una práctica que le era muy querida, a grandes jefes militares, entre ellos Corbulón. En Roma se organizó una nueva conspiración. Unos senadores entraron en contacto con Galba, el legado de la Tarraconense, quien había tomado el testigo de Vindex, recién vencido. Era el fin. Nerón, pérfidamente aconsejado, fue presa del pánico. Acababan de comunicarle que el Senado le había declarado enemigo público, con las siniestras consecuencias que implicaba aquella sanción. Además, fue traicionado por un prefecto del pretorio llamado Sabino, que incitó a los pretorianos a pasarse al bando de Galba. Viéndose perdido, Nerón pensó en huir a su bienamado Egipto, quizá para emprender allí una nueva vida. Sin embargo, era demasiado tarde. Los dioses habían dispuesto otra cosa.

En una villa de las afueras de la ciudad, en un rincón sórdido, invadido por las zarzas, le esperaba su destino. Fue el 9 de junio de 68. *Qualis artifex pereo!* ¡Qué artista muere conmigo! Acababa de apuñalarse, con la ayuda de Epafrodita, su secretario, cuando llegaron sus perseguidores.

De hecho, el mundo perdía sin duda a un artista, y se puede deplorar (en primer lugar, para él mismo) que fuese también César de Roma. No obstante, hay que repetir que tras de sí tenía al pueblo y también a algunos tránsfugas de la buena sociedad que le habían cogido gusto al tipo de vida que él pretendía instaurar. Su memoria fue vilipendiada por todos los bienpensantes de todas las épocas, y ese juicio al cabo fue el que prevaleció en la historia. Sin embargo, Suetonio cierra la *Vida de Nerón* con una nota que nos aporta la melancolía de un pueblo que ha permanecido fiel a su emperador: «No faltaron gentes que adornaran durante largo tiempo su tumba con flores en primavera y en verano...». Se murmuraba incluso que no había muerto y que volvería un día para juzgar a sus enemigos. La leyenda de Nerón comenzó entre los humildes, para los cuales aquel César lunático había sido acaso una oportunidad. Una oportunidad que no se volvería a reproducir.

La *intelligentsia*

La vida intelectual y artística bajo los Julio-Claudios era brillante y parece ser que la libertad de creación fue amplia bajo los Césares, ya que todos tenían en común el hecho de ser letrados, conocedores de las cosas bellas, amantes de los versos y de los objetos refinados. Leían mucho, sabían juzgar un estilo y estaban también muy abiertos a la filosofía.

El poeta más valioso es, sin duda, Lucano. Había sido compañero de juegos de Nerón, quien le apreciaba desde hacía tanto tiempo que no le importaba que le hiciera sombra en la intimidad. Más adelante, prohibió sus lecturas públicas. En Roma, en efecto, la gente se reunía para escuchar las últimas novedades. La conjura de Pisón, como ya se ha dicho, le empujó al suicidio. Lucano cultivó todos los géneros, pero sólo nos queda de él una parte de la *Farsalia*, una epopeya sabia y visionaria donde el propósito de narrar de forma cronológica la guerra entre César y Pompeyo se ampliaba a las dimensiones de una visión filosófica y estoica de la historia humana. La figura de Catón de Útica, magníficamente idealizada, la sencillez de los grandes hombres de la República, alabada sin cesar y en contraste con la *dolce vita* de la corte bajo Cleopatra, son muestras claras de por dónde iban las preferencias políticas del poeta. Nos regalamos también con las *Sátiras* de Persio, muerto de enfermedad en 62, a los veintiocho años. Aliado a la familia de Traseas, estoico como él, amigo de Séneca y de Lucano, no se mostraba demasiado inclinado hacia el neronismo. Todavía hoy se leen con placer sus textos, en los que fustiga con un verbo sarcástico las ridiculeces de las gentes de letras y la pesadez burlona de los militares, al tiempo que denuncia las plegarias interesadas de sus conciudadanos, del tipo: «¡Ah, ojalá reviente, qué exequias haremos para mi tío paterno!».

El relato del siglo, aunque fue escrito cincuenta años más tarde, como demostró René Martin, es, a buen seguro, el *Satiricón*, atribuido a un tal Petronio del cual Sienkiewicz, en *Quo Vadis*, hizo un personaje mucho más entrañable que auténtico. Por lo que se sabe, era un senador que ocupaba el puesto de gobernador en Bitinia y que hasta llegó a ser cónsul. Su aristocratismo vital le dio como sobrenombre «el Árbitro». El esta-

do en el cual nos ha llegado la novela, por desgracia, no nos permite reconstruir el hilo del relato, repleto de referencias, parodias y parlamentos «a la manera de». Sólo un público muy cultivado podía captar las alusiones y sorprenderse con los guiños. Nos queda la alegría de visitar al azar estos fragmentos: un estilo truculento, plagado de argot, una serie de visiones sobre la sociedad neroniana, entrecortadas de «divertimentos» como relleno. Vendría a ser el antepasado de la picaresca. Todo un mundo revive de forma fragmentaria ante nuestros ojos: estudiantes perpetuos, chicos malos, putas, negociantes. Y encontramos, desde luego, al inefable Trimalción, el antiguo esclavo sirio que empezó desde abajo, haciendo a su ama y su amo los pequeños servicios que adivinamos, y de ahí llegó (y no exageramos) a reinar sobre un imperio que exhibe bajo las narices de la «gente bien», como un desafío. Alegremente ignorante, encantado de ampliar sus fastos complicados y su servidumbre, haciendo desechar el resto de su vajilla preciosa por poco que un esclavo la haya dejado caer sobre sus mosaicos, bromea con sus chistes laboriosos y no demasiado graciosos. Creemos ver por un instante a un Bérurier con toga, y a su mujer haciendo juego. Hay que releer el *Banquete de Trimalción*, en el cual , sobre todo, no debemos basarnos en absoluto para imaginar la vida cotidiana en Roma... Instalado en su comedor donde todo, incluso la comida, es de trampantojo, valiéndose del tonelaje económico que desplaza, Trimalción se regocija. No es idiota, sabe a la perfección que un abismo le separa de la auténtica alta sociedad, de la cual apenas si puede agotar con generosidad los placeres y simular una sabiduría demasiado elegante para él. El astuto ensayo de Florence Dupont vio en el *Satiricón* algo parecido al psicoanálisis de una sociedad, de sus fantasmas, de sus nostalgias culturales y, al final, políti-

cas. «Roma se confiesa»: decididamente, nosotros los romanos, ¡no seremos jamás griegos del siglo de Pericles...! No obstante, el *Satiricón* podría decirnos más cosas. Desde otro punto de vista, en efecto, las conversaciones introducidas en él coinciden con otras pruebas que atestiguan la presencia de una verdadera cultura en los medios populares: inscripciones funerarias que citan a Virgilio y a otros poetas, e incluso grafitis, como en el caso de Pompeya. Estas discusiones sin orden ni concierto nos dejan escuchar también el eco de una cultura muy distinta, en esencia popular, a saber: el repertorio de los narradores públicos. Es esta conclusión la que extraemos de un notable estudio de Catherine Salles, recogido en la bibliografía. Su título en latín es *Assem para et accipe auream fabulam*, y requiere una traducción del estilo: «Trae veinte balas y tendrás una historia del trueno». Esto lo que esperaba el *circulator*, el saltimbanqui público. Mediante el pago de unas monedas, os soltaba en medio de la calle sus cuentos interminables, con unos quiebros que dejaban sin aliento a su público. Podía ser una intriga amorosa, una fábula de Esopo o un fragmento de Homero, cortados y ensamblados a su manera, o un cuento folklórico, una aventura que ponía la carne de gallina y con garantías de autenticidad. «Es posible incluso, en el límite –opina Catherine Salles–, considerar que la 'erudición' de Trimalción, que confunde despreocupado a Casandra con Medea, el caballo de Troya y la vaca de Pasifae, y que posee una manera muy personal de resumir la guerra de Troya, tenga como origen los fragmentos de relatos escuchados en las plazas públicas.» Esta hipótesis cuadraría muy bien con el gusto que tenía la juventud de la época de los tiempos neronianos por el encanallamiento.

En el terreno filosófico, la moda está ahora en su punto culminante y no puedo dejar de mencionar aquí a los más gran-

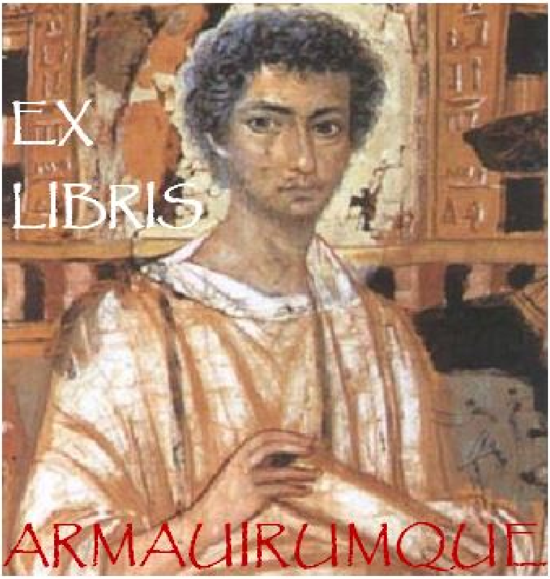
des: el platónico Trasilo, tan cercano a Tiberio en los años de Capri, o el cínico Demetrio, quien tuvo las agallas de bromear el día en que Calígula se le ocurrió la pretensión de comprar su adhesión con dinero. Fue él quien asistió a Traseas en sus últimos momentos. Después, bajo Claudio y Nerón, hubo una pléyade de estoicos: Barea Sorano, Traseas, Helvidio. Todos tuvieron graves problemas. Entre ellos el más célebre fue Séneca, al que hemos visto como consejero de Nerón. Grimal le ha consagrado una biografía exhaustiva que subtitula como *La conciencia del Imperio*, algo que, en efecto fue. Las cosas, sin embargo, no habían empezado demasiado bien para ese nativo de Córdoba que acudió a Roma y se preparaba para iniciar una hermosa carrera. Se encontró implicado con Calígula en una historia de alcoba con Julia Livila, una de las famosas hermanas del príncipe. ¿Verdadero o falso? Se trataba más bien, y en eso estoy con Pierre Grimal, de una de esas combinaciones políticas que le encantaban a Mesalina, un medio como otro cualquiera de excluir a una hija de Germánico que se entrometía en sus proyectos. La cuestión es que el filósofo, en cualquier caso, fue despedido a Córcega, y lo menos que se puede decir es que aquello no le gustó nada. Ante la desesperación de ver arruinada desde el principio una carrera política en la cual tenía gran fe, Séneca se rebajó a todas las trivialidades para que Claudio le volviese a llamar, pero fue en vano. Tuvo que quedarse ocho años en la isla. Después de la caída de Mesalina, Agripina mandó llamar al estoico, a quien quería como preceptor de su hijo y, sobre todo, ya lo hemos visto antes, como rampa de lanzamiento. Séneca no perdonaría jamás a Claudio esa estancia en el exilio. En la *Apocoloquintosis*, juego de palabras con «apoteosis», muestra cómo el difunto emperador sube al cielo convertido en calabaza. ¡Y si sólo hubiese sido

eso! En todo caso, detrás de la escatología y las injurias gratuitas contra la memoria de Claudio, se ve bien el manifiesto neroniano. Había que «vender» al joven Nerón a los senadores por cuenta de Agripina y, desde luego, se le dio de maravilla, pues consiguió, como hemos visto, salirse con la suya. En *Doña Perfecta*, Benito Pérez Galdós tiene una frase que da en el blanco: «Séneca el filósofo, de quien se dijo que el mejor acto de su vida fue su muerte». Malévola frase, en verdad, pero que traduce a la perfección la irritación que puede suscitar el personaje. Es el mismísimo tipo de hombre de corte. Rico como Creso, se siente muy a gusto con la redacción de unos tratados y una extensa correspondencia, por otra parte apasionante, en la cual se regodea en fórmulas acerca de la austeridad y otras cuestiones muy edificantes. ¡Qué milagros no conseguirá hacer la indiferencia interior! Sin embargo, Séneca sigue siendo un gran autor, cuya obra permanece, y debemos leer y releer. No es que aprendamos en ella muchas cosas sobre la doctrina misma, pero en sus páginas se ve, día tras día, año tras año, esa «conducta del alma» que es para los antiguos la *philosophia*, esa «filosofía vivida» que es la característica principal del espíritu romano. Ese «confesor de la corte» se había tomado su papel muy a pecho, y se puso a teorizar con plena seriedad sobre la forma en que se debe crear un régimen, el principado o el mejor gobierno posible. Séneca se cuenta, de modo innegable, entre los ideólogos del imperio.

La inteligencia de una época es también su arte. Nerón soñaba, como ya sabemos, con remodelar Roma a su gusto. Quería levantar una Villa ideal en torno a su Casa de Oro, residencia divina del príncipe solar y que aparecía, pues, como la primera de sus manifestaciones, como la primera de sus bendiciones cósmicas. Era necesario vivir en la belleza. Veía estan-

ques, jardines o más bien espacios verdes, ya que deseaba romper con la rigidez de los reinos precedentes, así como con sus convenciones, y reencontrarse con el frescor olvidado de la naturaleza. Después del gran incendio, todo se rehace a lo grande y las calles se cubren de pórticos, coronados por terrazas. Los ingenieros, en cualquier caso, aleccionados por el desastre, velan por la calidad de los materiales y eligen los incombustibles. Es en la época julio-claudia cuando se impone el mosaico, que no sólo adornará los suelos, sino también las paredes y los techos. Como ha observado Bernard Andreae, la tendencia al barroco se esboza con Claudio, se afirma con Nerón y se instala sin contención con los Flavios, convirtiéndose en «arte burgués», o al menos el equivalente de lo que este término evoca en nosotros. Gustan las cavernas, los nichos adornados con profusión. La pintura también entra en juego. Una pared no es una simple superficie para pintar; es un medio de expresar una vida interior, un lujo de la sensibilidad. Los frescos pompeyanos de los estilos III y IV, muy característicos, arrastran la imaginación más allá de la pared, hacia otro mundo y sus luces. Motivos ornamentales menudos y graciosos, incluso repulidos, sobresalen de los fondos sombríos, como otras tantas sorpresas. ¿Impresiones subjetivas de hombres de nuestro tiempo? Quizá, ya que los escritores de la época, desconcertados sin duda por las influencias extranjeras, helenísticas y egipcias, parecen haber visto en aquello que hoy nos encanta un arte para nuevos ricos. Pareció imponerse de ese modo la idea de una vaga decadencia... Los objetos habituales que nos han llegado (como el tesoro de Boscoreale) nos deslumbran por su elegancia. Sin embargo, ¿a quién servía aquella prestigiosa vajilla? ¿Quién bebía en aquellas copas ornamentadas? Quienes dentro de dos mil años acaso encuentren los servicios y los cubiertos del Elíseo o incluso

de nuestras legaciones, harán bien en no aventurar apresuradas generalizaciones sobre el lujo y el encanto de nuestra bendita época. Se trata siempre de no olvidar que es en semejante decorado y dada tal decoración donde se debía de vivir bien, ya que allí sí se contaba con los medios.



Capítulo 9

El Imperio normalizado: Roma bajo los Flavios

El año de los cuatro emperadores

Con Nerón acababa de extinguirse la dinastía de los Julio-Claudios. En Hispania había sido proclamado ya otro emperador, al cual se había unido la mayor parte del ejército y, por descontado, el Senado. Se había depuesto a un príncipe, por tanto, y no se había restaurado la antigua república. Otro *princeps* venía a instalarse de forma automática en el lugar del precedente, investido con sus mismos poderes, y la ficción «republicana», decididamente, se bastaba a sí misma. Además, iba a demostrar su solidez a toda prueba con ocasión de una crisis que sacudió el mundo romano, que hizo y deshizo en un tiempo récord a tres príncipes, antes de que, por fin, un cuarto se impusiese, restaurase el orden e instaurase con mayor solidez que nunca, y esta vez sin esconderse, una nueva dinastía.

«Guerra civil» no es quizás el término más adecuado para designar la agitación sangrienta que perturbó a Roma desde el verano de 68 hasta el invierno de 69. En realidad, si bien hubo revueltas entre el pueblo, por una vez las luchas más feroces tuvieron lugar entre militares, entre soldados de carrera,

entre legiones igual de motivadas las unas que las otras para elevar a la púrpura a su propio general.

De este modo el sistema se mantenía, pero el desorden se instaló en el corazón mismo del dispositivo. Se había creado un inquietante precedente.

A la llegada, sangrienta, por otra parte, de Sulpicio Galba, la situación en Roma era inestable. El anciano de setenta y tres años que se instaló a la cabeza del Estado no era un don nadie. El público dispone desde hace poco tiempo, gracias al libro de Jacques Sancery, de una primera biografía de este príncipe efímero sobre el que demasiado a menudo se pasa en silencio. Salido de la ilustre *gens* Sulpicia, le gustaba mucho recordar que descendía de Júpiter y de Pasifae. Y sobre todo, era riquísimo. En su juventud, Agripina, viuda de Domitio Ahenobarbo, le había echado el ojo como posible esposo, y después le asedió, de forma literal, sin resultados, antes de verse distinguida por Claudio. Buen general, había demostrado su eficacia en el Rin. Claudio le quería, pero Agripina mucho menos, circunstancia que a la muerte del emperador le hizo juzgar prudente hacerse olvidar. Nerón le envió a gobernar la Tarraconense, con tal de no verle vagabundear por Roma. Galba se comportó entonces como un administrador excelente, pues se tomó muy en serio los intereses de sus provincianos. Al enterarse de la caída de los Pisón, sus amigos de siempre, decidió pasar él también a la oposición. Nerón lo supo y Galba estuvo a punto de ser eliminado. Fue entonces cuando decidió entrar en la disidencia, imitado por Salvio Otón, quien tambien tenía quejas de Nerón, aunque por otros motivos muy distintos, como veremos más adelante.

Para el Senado, aquella rebelión triunfante fue una sorpresa divina. La alta asamblea recuperaba un *princeps* acorde

con sus preferencias. No es que su apariencia fuera muy agradable, ya que estaba aquejado de un reumatismo deformante, tosía, era tozudo como una mula..., pero era un gran cambio con respecto a Nerón, ya que de entrada había adoptado el punto de vista del Senado, cuya política encarnaba con un estilo inspirado en el Cicerón de *La República*. Se afirmaba, en suma, como más augusto que el propio Augusto y, por tanto, apaciguador. No obstante, con su primera medida Galba desoló por completo a las gentes de armas, acostumbradas a un mayor tacto en el mando de las legiones, pues adoptó, nada más empezar, medidas muy drásticas. Incluso hizo probar su bota a los ejércitos de la Galia del Noroeste, de los que temía, con toda justeza, los embates subversivos. Por contra, había destituido al general vencedor de Vindex, de quien, sin embargo, no había porqué temer gran cosa, y había nombrado en su lugar a Vitelio, que debía su carrera a Nerón. Curiosa idea, ir a colocar en la región del Imperio mejor armada y más expuesta a un golpe de estado a ese neroniano declarado, siempre corto de dinero. Galba carecía de visión. Sin embargo, sí tenía bien agarrados los cordones de la bolsa, medida que se imponía después de la partida de Nerón. Sobre todo se negó al *donativum* que esperaban los soldados, y, además, era muy rígido en la observancia del reglamento. Los militares no le perdonarían aquellas actuaciones. De modo especial, se enemistó con los pretorianos, con los cuales no podría ya contar en adelante. También estaba contra el nuevo emperador la totalidad del partido neroniano, inconsolable ante el trágico fin de su sueño de una nueva sociedad. Esa gente soportaba muy mal aquel viraje de ciento ochenta grados mediante el que Galba se apoyaba para gobernar no en Salvio Otón, quien, sin embargo, se había unido a él, sino en Pisón, escapado de las purgas nero-

nianas y proveniente de la casta más retrógrada del Senado. De modo muy visible, le había convertido en su sucesor, ya que al adoptarlo había pronunciado un discursito muy sentimental del que resultaba que, en ausencia de toda dinastía, era la adopción el mecanismo que debía designar el mejor candidato al Imperio. Por último, estaba la plebe, que se dedicó de una forma desatada a detestar a su nuevo amo. En este anti-Nerón no veían nada que se pudiera amar, sino más bien cuanto era propicio de inspirar temor. No ya por el aspecto arisco del personaje, que repelía a las masas, también porque se adivinaba cuál sería su política. Llegaba a Roma precedido de una reputación por completo antipopular. La perspectiva de ver Roma de nuevo en las garras de los aristócratas a los que tanto había temido Nerón, y volver al cabo de unos pocos años al mismo estilo bajo un hombre como Pisón, no encantaba precisamente al pueblo, habituado ahora a otras formas de actuación bien distintas. Nerón había protegido a la gente humilde, la había mimado, respetado incluso. Galba y Pisón los miraban desde sus alturas. En resumen, aparte del Senado, Galba no podía contar con muchos otros apoyos.

Las cosas se deteriorarían con rapidez. En enero de 69 en las altas esferas se recibió la noticia de un levantamiento grave: con el apoyo de los efectivos de Germania, el inseguro Vitelio se había rebelado y encontraba, en su marcha hacia Roma, el seguimiento de varias guarniciones. Así pues, 70.000 hombres avanzaban hacia la Villa, en un formidable dispositivo de invasión. Alarmados, el emperador y su entorno guardaron en secreto la noticia, de tal modo que Roma no comprendería la amplitud de aquel levantamiento hasta más tarde, cuando ya los partidarios de unos y otros estaban batiéndose bajo los mismísimos ojos de los habitantes.

Pronto entró en escena el tercero en discordia: Salvio Otón, quien bajo una indiferencia afectada disimulaba su despecho por haber sido excluido a beneficio de Pisón. La revuelta de Vitelio le pareció el mejor momento para actuar, dado que, además, sus astrólogos personales habían leído su éxito en los astros. En eso no se equivocaban, aunque el éxito sería de una duración muy breve. Por tanto, jugó la baza de su seducción natural, que era irresistible, para cortar la rama ya podrida sobre la cual estaba sentado el infortunado Galba. Lo hizo sin pena, y consiguió en un tiempo récord movilizar a los nostálgicos del neronismo para organizar una conspiración. La realización fue confusa, rocambolesca, degradante si se quiere..., pero el resultado fue indudable: Salvio Otón fue aclamado emperador. Los pretorianos abandonaron a Galba, que, caído en manos de la soldadesca, fue ejecutado, desmembrado más propiamente. Su cabeza clavada en una pica se paseó un tiempo (y no fue la única) y después acabaron por echarla a un lado. No la encontraron hasta el día siguiente, y con gran trabajo consiguieron unir los restos del César a fin de darle una vaga sepultura. En total, había reinado siete meses.

Sostenido por los pretorianos que le habían «hecho», investido en las formas por un Senado resignado a todo, Salvio Otón se convirtió, pues, en emperador. Quienes lloraban a Nerón creyeron haberlo recuperado en la persona de aquel juerguista de suprema elegancia y treinta y siete años, que había retomado de inmediato la política del César-poeta. Los dos hombres habían sido buenos amigos, un poco demasiado incluso, porque habían compartido en un momento dado los favores de Popea, antes de que Nerón se los hubiese reservado. Entonces envió a su complaciente camarada a alguna parte de Lusitania, donde se necesitaba un gobernador. En verdad, era muy necesario que

ambicionase la púrpura con tal intensidad para hacerse cargo de una situación semejante. En Roma no disponía de muchos más apoyos que en las cohortes pretorianas y entre el pueblo, ya que los senadores estaban poco ilusionados de ver instalarse el neronismo sin Nerón. Sobre todo, era en el exterior donde se acumulaban los sujetos más preocupantes. Los ejércitos de Vitelio hacían camino; no era segura la reacción de los ejércitos del Danubio y aún menos las intenciones de las legiones de Oriente, ocupadas allí bajo el mando eficaz de Vespasiano. Ninguno de estos militares se apresuraron demasiado a la hora de jurar lealtad al nuevo soberano. ¿Qué entendimiento era posible con Vitelio? De modo fatal, sobraría un emperador y la guerra entre los dos campos se perfilaba ya en el porvenir próximo. Valía más, sin duda, acabar cuanto antes. Salvio Otón decidió entonces avanzar al encuentro de las legiones de Vitelio, pese a los pocos efectivos con los que contaba. El enfrentamiento tuvo lugar el 14 de abril de 69 en Bedriac, en el norte de Italia. Los otonianos fueron aplastados enseguida, resultado que no representó una sorpresa para nadie. El emperador no quiso sobrevivir a la humillación de aquel fracaso y encontró al cierre de una vida bastante descarriada una honorabilidad muy romana, pues al final se suicidó como Catón de Útica. No había reinado más que tres meses. El gran Corneille hace muchas suposiciones sobre él.

Nada se oponía ya al avance de los vitelianos, que contra toda costumbre saqueaban sin preocupación el norte de Italia y ocupaban militarmente Roma. Proclamado emperador desde la caída de Otón, Vitelio no hizo su entrada en Roma hasta julio de 69, mientras que en Oriente Vespasiano se hacía aclamar por sus tropas de Alejandría. Se reproducía el mismo guión.

Aulo Vitelio llegaba a la cima del poder con cincuenta y cuatro años. ¿Era de buen linaje? ¿Descendía, como se conta-

ba con malicia, de un antiguo zapatero? La familia, en cualquier caso, se había enriquecido en el curso de los siglos, trayectoria que no impedía a Vitelio estar repleto de deudas. Parecía condenado desde el principio a las peores desgracias: su horóscopo, según decían, había asqueado incluso a sus propios padres. Jamás había gozado de favores ni influencia bajo sus predecesores, en especial con Nerón. Sus pares lo encontraban blando y poco refinado en sus maneras, y todos se reían de él. Sobre todo abusaba de los placeres de la mesa. El difunto Galba comentaba, sin exceso de cortesía, que «hacían falta al menos los tesoros de una provincia para llenar el enorme gaznate de Vitelio». Neroniano desde el principio, quería parecerse a aquel emperador tan llorado por el pueblo, y el pueblo le quiso, aunque sin respetarle en realidad. Sus esfuerzos por restablecer el mismo tipo de gobierno le pusieron en contra del Senado de forma definitiva, pero eso no era todo. No hizo más que acumular torpezas bajo la influencia de unos consejeros que le veían indeciso y tomó unas decisiones que tendrían graves consecuencias, sobre todo en lo referente al ejército. Estalló un conflicto entre sus legiones de Germania y las tropas danubianas, y después entre los pretorianos, cuando quiso reemplazar en las cohortes de élite a los italianos por hombres escogidos entre sus propias tropas. Devolvió a su casa a los contingentes batavos, con lo cual desencadenó una nueva revuelta. En resumen, al mando de este hombre, que carecía por completo de madera de emperador, el desorden llegó al máximo con suma rapidez. Las legiones danubianas decidieron unirse a Vespasiano y marcharon sobre Roma, donde las legiones de Vitelio, en fraternal unión con los esclavos de la Villa, imponían el reino del terror. Vespasiano acabó por dibujarse como el lejano salvador del que se espera el advenimiento. Algunos tumultos esta-

llaron en Roma y el Capitolio fue incendiado. En octubre de 69, las tropas fieles a Vitelio se vieron derrotadas cerca de Cremona. Sobrepasado por los acontecimientos, Vitelo pensó en abdicar, pero no pasó de un balanceo dubitativo: ¿Se irá? ¿No se irá? Era demasiado tarde. El 20 de diciembre, en el curso de una batalla en las calles de la ciudad, Vitelio fue asesinado por el populacho en condiciones lamentables. Vespasiano, que estaba en Oriente, no se dio prisa para llegar. Su hijo pequeño, Domiciano, fue proclamado César (es decir, subemperador) y fue el gobernador de Egipto, Muciano, quien aseguró el interregno y solucionó los problemas políticos y militares más graves, a la espera de la llegada al poder del nuevo emperador.

De aquel año terrible los romanos sacarían más de una enseñanza. En primer lugar, Roma pudo ofrecerse el lujo, costoso, en un sentido estricto, de una guerra entre legiones sin que por ello fuese puesto en cuestión en absoluto el principio de la «República con una sola cabeza». Las estructuras no se habían tambaleado ni un centímetro. En el curso de aquellos meses agitados, se había depuesto de hecho a un príncipe de ilustre familia que se había suicidado, se había eliminado de una forma espantosa a dos más y se había obligado a un tercero a darse muerte. El poder, decididamente, era un oficio muy arriesgado. Se sabía que los pretorianos podían contribuir, pero había algo más, y ése era, como diría Tácito, el secreto del Imperio: se sabía ya que la creación de un emperador podía darse en otro lugar que no fuese Roma, porque era en Alejandría donde se había proclamado aquel que iba a venir. De golpe, el individualismo de las legiones parecía temible siempre que a su cabeza se encontrase un jefe decidido. Y por fin, una confirmación amarga para algunos medios: la aristocracia romana ya no dictaba la ley, porque a la cabeza del Estado se instalaría en breve

un hombre de extracción infinitamente menos brillante y que fundaría, llegado el momento, una dinastía de advenedizos. Y esto mismo, aunque no era la menos instructiva de todas las lecciones, abría la puerta a todas las ambiciones del porvenir.

El sentido común bajo la púrpura: Vespasiano

Fue Léon Homo quien le apodó «el emperador del sentido común», título de un libro famoso. Y de hecho, después de los años locos y el año terrible, iba a abrirse otro reino de un estilo por completo distinto. Y digo «iba», porque el emperador del sentido común era también el de la finura política. Proclamado en julio de 69 por sus tropas, mientras plantaba el sitio delante de Jerusalén, tuvo la sabiduría de esperar. La disputa se había arreglado siguiendo la iniciativa, como hemos dicho ya, de Muciano, el gobernador de Siria, y también de Julio Alejandro, el prefecto de Egipto. El pequeño suplemento de trascendencia que era necesario lo aportó el clero del Serapeion de Alejandría, encargado de nombrarlo elegido por el cielo. El propio Vespasiano no creía demasiado en dichas cosas, pero la cuestión no era ésa: la imprescindible era que pudiese servirse de una vocación incontestable. A la muerte de Vitelio, en diciembre de 69, se había convertido en emperador, pero tampoco ganaba nada con precipitar las cosas. Antes de presentarse como *restitutor*, es decir, restaurador del orden y las instituciones maltratadas, era mejor hacerse desear. Y sobre todo dejar que Muciano, su hombre de confianza enviado junto al pequeño Domiciano César, arreglase los problemas en suspenso. No eran pequeños: había que restalecer un mínimo de orden, devolver a sus fronteras a todos esos soldados que no tenían ya nada

que hacer en la Villa y asegurar el avituallamiento ante la amenaza de graves disturbios. Una vez concluidas estas tareas, se podría decidir.

Curioso hombre aquel Tito Flavio Vespasiano. Aquel sexagenario recio y poco sentimental, con cara de estreñido crónico, como le había dicho en su propia cara un humorista sin que él se molestase, no tenía antepasados cuyas efigies pudiese exhibir. Ni siquiera era romano de la misma Roma, sino que su familia (unos publicanos italianos de la Sabina) habían sabido enriquecerse. Él mismo se había forjado una reputación de general competente en Gran Bretaña, que le había valido primero el consulado y después, el proconsulado de África. Cuando en 66 la situación empeoró en Judea, Nerón le envió a él. Allí restableció en gran medida el orden, reconquistó la mayor parte de la provincia, sitió Jerusalén, campaña en la que estaba ocupado cuando estallaron en Roma los acontecimientos que ya conocemos. Por tanto, se dejó violentar de una forma dulce: más valía, se decía evaluando el desastre, que fuese él que otro... Aunque, desde luego, no era cuestión de meterse en una guerra civil. Sus años de corte con Calígula, Claudio y Nerón le habían enseñado el arte de la prudencia, y maniobró con una suavidad extrema. Sin que pareciese que lo tocaba, desestabilizó al valiente y confiado Vitelio, sirviéndose de las legiones del Danubio como si fuera una palanca, y el fruto, una vez maduro, le cayó en la mano. Dejó entonces a su hijo mayor Tito el trabajo de acabar con el sitio de Jerusalén y se embarcó con plena tranquilidad hacia Roma, donde hizo al fin su entrada en octubre de 70. Se había tomado su tiempo.

Como es lógico, la alta sociedad no le encontraba lo bastante distinguido, y él mismo no se precisaba de su cultura: eso lo reservaba a sus dos hijos, de quienes ya veía trazado todo el

porvenir. Ahora bien, si su rusticidad no entusiasmaba a los senadores, su aparente respeto hacia las formas tradicionales les tranquilizaba un poco. Ante la clase de los terratenientes, presentaba el aspecto cómodo del conservador, del emperador-ciudadano. Era el anti-Nerón, prosaico y sin encanto, pero muy al tanto de las cuestiones de negocios, y la verdad es que el tesoro necesitaba a alguien así. Estas cualidades causaban buena impresión. En el Serapeion de Alejandría, esta vez los dioses habían designado a un emperador funcionario. Sin embargo, Roma había caído bajo un puño sin debilidad alguna. Persuadido de que al Estado le era necesaria una dirección incontestable, Vespasiano quiso desde el principio que se precisaran sus poderes mediante un texto que, de hecho, los convertía legalmente en absolutos.

Vespasiano, no obstante, tuvo mucho cuidado de asociar al Senado a sus decisiones. En un primer momento, depuró la alta asamblea de indeseables que se habían colado durante aquellos años problemáticos. Más tarde, llenó los huecos y completó la asamblea mediante una vasta hornada de senadores elegidos entre los caballeros, los generales, los nobles de las ciudades de Italia y de las provincias y, sobre todo, de Occidente. Al regresar él mismo de Oriente, sentía una desconfianza tenaz hacia los orientales. Así, el emperador podía contar con una élite de la misma procedencia que él, gente seria, patriotas, gestores honrados, que se veían de este modo promovidos y harían una cuestión de honor de la demostración de que merecían ese ascenso inesperado en la escala social. En resumen, la alta asamblea recuperaba con Vespasiano si no sus poderes de antaño, al menos su honorabilidad, incluso su prestigio.

El estado de las finanzas públicas le obligó a adoptar medidas drásticas. Hizo proceder a nuevos censos, arreglar los catas-

tros y verificar los títulos de propiedad, una serie de medidas que permitió restituir al Tesoro lo que se le había retenido de forma abusiva, además de establecer de una manera más eficaz las contribuciones. Para procurar llenar las arcas, examinó de nuevo las exenciones e inmunidades acordadas de forma en exceso generosa por sus predecesores, y aumentó con un elevado porcentaje el tributo de las provincias. Su ingenio nunca le fallaba, ya fuera para instituir un canon, una tasa, unos derechos, un peaje... Se dice que gravó incluso la recogida de orina por parte de los fabricantes de lana, que la utilizaban de manera industrial como desengrasante. Mediante un canon, el artesano disponía delante de sus talleres una jarra picada a propósito, en la cual los viandantes, si vivían encima o al lado tenían la facultad de aliviarse o de vaciar cómodamente sus orinales. Como uno de sus consejeros le comunicó sus escrúpulos al respecto, Vespasiano le colocó bajo la nariz el dinero así recuperado, preguntándole si percibía en él algún olor. De ahí viene la leyenda tenaz, aunque ridícula, que ha convertido a Vespasiano en el inventor de los urinarios. La verdad es que en ese dominio no había inventado nada: ya existían antes que él urinarios públicos de pago donde todo el mundo podía, de forma confortable, aunque colectiva, satisfacer toda la gama de sus necesidades fisiológicas. Estos edículos, decorados de forma agradable y provistos de una corriente de agua, ofrecían hasta veinte plazas dispuestas en hemiciclo. El *conductor foricarum* los gestionaba.

Pasando a otro tema del todo distinto, Roma recuperaba la salud al mando de aquel autócrata minucioso. Volvía la paz y la seguridad de los bienes y la economía mejoraban. Vespasiano estaba atento a procurar empleo al pueblo, a veces incluso de una manera que contradice nuestros procedimientos

modernos de rentabilidad. Así fue como rechazó con cortesía el proyecto de un ingeniero que proponía un elevador capaz de transportar columnas con menos gastos: según su forma de ver, el invento habría privado al pueblo de un medio de existencia. Se reconstruyeron los edificios siniestrados por la guerra, sobre todo el Capitolio, que se había incendiado hacía poco. Empezaron los trabajos del anfiteatro llamado Flavio, conocido por los turistas con el nombre de Coliseo (*Colosseum*) debido a sus proporciones gigantescas. Las fortalezas fronterizas sobre el Rin y el Danubio fueron construidas con materiales sólidos y se crearon nuevas rutas estratégicas, pero también de interés comercial, que surcaron África y Asia Menor. Las provincias se aprovecharon de una romanización acelerada que iba a la par con su desarrollo económico. La vida intelectual tampoco se mostraba ajena a aquel hombre que no había tenido la suerte de poder aprovecharse de ella. Se crearon cátedras de gramática y de retórica (pero no de filosofía), con buenas rentas y libres de impuestos (¡el sueño de los profesores de hoy en día!), y también bibliotecas. A sus ojos, se trataba de una inversión para el futuro. En resumen: si las monedas del reino rezan a veces *Roma resurgens*, Roma se recupera, la verdad es que la frase corresponde a la realidad.

Poco después llegaron lo que se consideraron buenas noticias, aunque no lo fuesen para todo el mundo. Apenas Vespasiano había abandonado Oriente para ir a Roma cuando, el 8 de septiembre de 70, Jerusalén caía. No había sido fácil para Tito, que se había quedado allí con cuatro legiones, auxiliares y contingentes aliados. Más allá de las facciones que dividían con ferocidad a su población, la ciudad se había defendido con energía y fe. A pesar, según se dice, de las órdenes de Tito, a quien gustaba su esplendor, el templo de Herodes el Grande

fue incendiado. De este modo desapareció, por desgracia, el monumento más bello y más rico del mundo helenístico. Hoy en día sólo quedan los enormes cimientos, conocidos con el nombre de Muro de las Lamentaciones. Miles de judíos habían hallado la muerte en aquella guerra inmisericorde, y otros tantos tomarían, con la desesperación en el alma, el camino de Roma, donde Tito, encargado de los restos del templo, iba a celebrar un triunfo grandioso. Todavía hoy en día se ven las escenas sobre los relieves del arco que lleva su nombre, en el Foro romano, Algunos focos de resistencia se organizaron como pudieron en los paisajes desolados del mar Muerto. El último grupo de resistentes, encerrados en el nido de águila de Massada, resistió al menos hasta mayo de 73 al sitio de Flavio Silva, y luego se dieron muerte desde el primero hasta el último. Esa página gloriosa impresionó incluso a los mismos romanos. Para que todo estuviera en regla y nada se perdiese, el impuesto que los judíos pagaban para el mantenimiento de su templo se desvió a partir de entonces al *fiscus judaicus*, tesoro creado por Vespasiano. Desde luego, estaba en todo...

El emperador pensaba en el porvenir. Meditaba desde hacía mucho tiempo en la conveniencia de poner en funcionamiento un sistema de sucesión para el Imperio que fuese claro y sencillo, que evitase al Estado las enojosas sacudidas que se habían experimentado en 68-69. Así concluiría su obra. Lo que imaginó, en efecto, era de lo más sencillo, y presentaba además la ventaja de despejar sus preocupaciones familiares. Tenía dos hijos: le sucederían ellos, dijo sin miramiento alguno, o nadie más. Y de hecho pronto asoció a su hijo Tito al imperio, le convirtió en prefecto del pretorio de manera que la familia monopolizó los sucesivos consulados. El principado se volvía cada vez más abiertamente monárquico, y a más de uno esa idea

de una sucesión hereditaria por orden de primogenitura evocaba de forma molesta el impronunciable nombre de la realeza. Vespasiano, escéptico pero prudente, no despreciaba por otro lado la importancia de la dimensión sacra, religiosa, de un buen gobierno, hecho para durar. Su estancia en Oriente, su «consagración» por parte de los sacerdotes del templo de Serapis, mejor, los dones de taumaturgia que se suponía que había ejercido allí, todo aquello incitaba al emperador a no desanimar en absoluto el culto imperial que poco a poco se iba instalando en Roma y en las provincias.

Estos acontecimientos, lo sabemos, acabaron por herir algunas susceptibilidades. Una pequeña oposición tomó cuerpo entre los senadores de obediencia estoica, escapados a la represión neroniana. A la cabeza de esa revuelta, que he contado ya en otro lugar, observamos a Helvidio Prisco, el yerno del llorado Traseas. Exiliado con Nerón, había vuelto a aparecer con Galba, y de él se puede decir que ni había aprendido ni había olvidado nada. Volvía incluso a la intransigencia de su suegro. En resumen, a pesar de unas condiciones políticas muy distintas, se postuló como defensor de las libertades y el discurso republicano se reincorporaba a la jerga política. Con la distancia de más de un siglo, Dión Casio no dejaría de observar que se trataba de una actitud anacrónica y que un filósofo tenía cosas mejores que hacer que soliviantar al pueblo contra aquellos que estaban a cargo del Estado. Pasó lo que tenía que pasar. Exasperado al verse tildado de tirano, Vespasiano acabó por adoptar una medida de alejamiento contra los estoicos y los cínicos. Helvidio, que insistía con imprudente actitud, recibió el ruego del emperador de que, por favor, se suicidase... Después, como era un hombre noble, Vespasiano se arrepintió y mandó llamar al mensajero, pero era demasiado tarde: la causa tenía ya

un mártir más. Demetrio el Cínico también se había puesto de su parte, pero Vespasiano se contentó con exiliarle en compañía de unos cuantos más. El juicio de Suetonio debemos tenerlo en cuenta aquí: «Con mucha dificultad se podría citar a un inocente castigado bajo el reino de Vespasiano, de no ser en su ausencia, a sus espaldas y, en todos los casos, contra su voluntad y porque se le engañaba». Parece, pues, que los filósofos se habían buscado de sobra lo que les ocurría. Si Vespasiano no era, en materia de autoridad, de los que la comparten, la verdad es que tenía poco de tirano y sus cualidades eran reconocidas por todo el mundo. Esa revuelta filosófica proseguiría bajo el reino de Domiciano y acabaría al fin mediante una batalla de honor.

Vespasiano murió de enfermedad el 23 de junio de 79, con una energía muy romana, templada por un curioso humor. Haciendo alusión a la apoteosis con la cual se gratificaba a los soberanos, murmuró: «Creo que estoy a punto de convertirme en dios...». Y luego añadió: «Un emperador debe morir de pie». Podía despedirse en paz. Esos diez años de trabajo duro habían cambiado de verdad tanto el curso de las cosas, como su espíritu. La construcción augusta se había convertido de manera definitiva en una especie de constitución informal, cuyas disposiciones, interiorizadas por el culto imperial, regían ahora la espontaneidad de los romanos de Roma y de Italia, pero también de los habitantes de provincias lejanas. A pesar de la guerra y de la sangre vertida, esas disposiciones, con algunas excepciones, se habían formado en Roma. Por diferentes que fuesen los unos de los otros, los provincianos empezaban a ver al «César», como en tiempos a Alejandro Magno, como un amo y protector impuesto por el destino y por los dioses, un poco como el *hegemon* (tal es la palabra griega) de todo el mundo.

Por encima de esta influencia no estaban más que «los otros», bárbaros del norte, partos de Oriente, nómadas insumisos de los desiertos. Quizá sea en este punto donde hay que valorar el verdadero alcance de este reinado y de los dos que estaban por venir. De hecho, los textos de la época son muy significativos acerca de esa «conciencia colectiva» que se superponía entonces a la conciencia «local», de pertenecer a una patria chica. En los Hechos de los Apóstoles, que pertenecen a esta etapa cronológica, se observa a unos macedonios exasperados por el desorden que introduce en sus asuntos divino-comerciales la prédica de san Pablo en Filipos, motivo por el que se quejan a las autoridades en términos muy instructivos: «Esa gente está trastornando nuestra ciudad. Son judíos que llevan a cabo unas prácticas que no nos está permitido admitir ni seguir *a nosotros, los otros romanos...*». ¡Y esos «romanos» habrían necesitado tres semanas, por lo menos, y muy agitadas, para desembarcar en el Foro! El mismo Pablo, en esos textos, no deja de aludir a su título de *civis romanus*, que constituye para él un salvoconducto respetado. Plinio el Viejo, que dedica su *Historia Natural* a Tito, escribe: «La inmensa majestad de la *pax romana*, esa paz que hace conocer a las tierras y a las naciones más alejadas las unas de las otras, no solamente los hombres, sino también las montañas y sus cimas, que se pierden entre las nubes, sus productos y sus vegetales... que sea eterno ese favor de los dioses, que parecen haber dado los romanos al mundo como una segunda luz para iluminarlos...». A medida que avancemos, encontraremos más declaraciones del mismo tipo, y en autores que no han perdido, sin embargo, el espíritu de su «terruño». El interés que llevó a Vespasiano a las provincias no fue en absoluto vano para esa unanimidad en vías de afirmación. Este cambio de mentalidad debe medirse con relación a la vieja Repú-

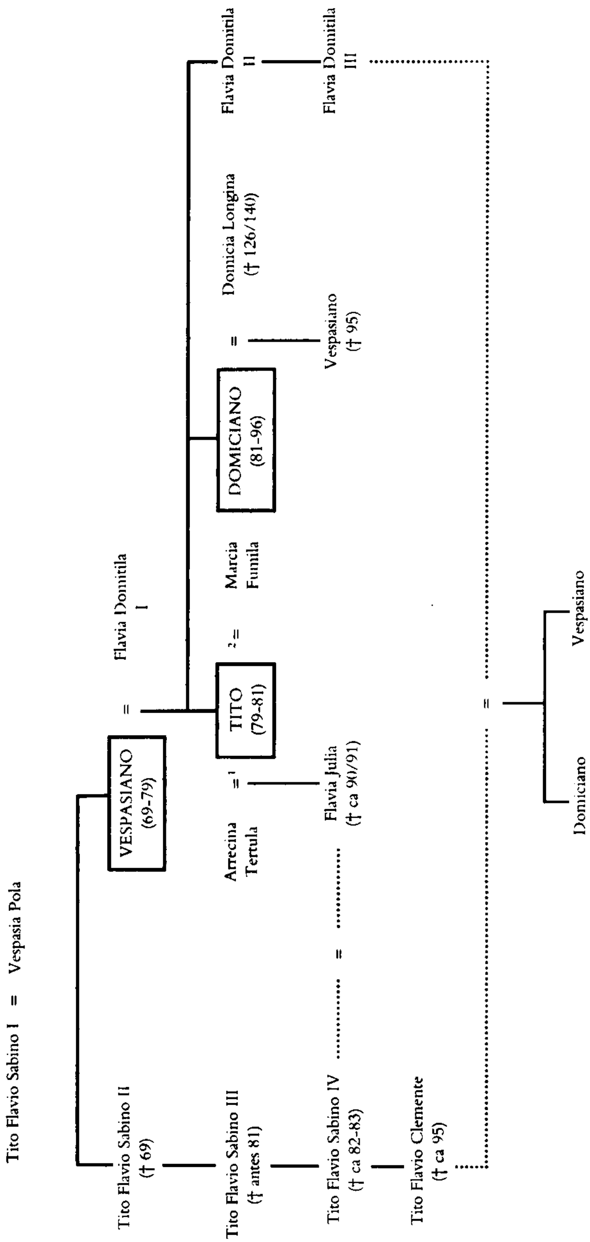
blica senatorial, que no sabía disponer más que de vencidos a su discreción.

Los herederos: Tito y Domiciano

Tito, el hijo mayor de Vespasiano, accedió sin problemas a la dirección del Estado. De hecho, lo ejercía ya desde hacía años con su padre y accedió a él con la mejor edad, cuando tenía justo cuarenta años. «El amor y las delicias del género humano», sobrenombre raro para un jefe de estado, desde luego... Sin duda, no sería el que nosotros habríamos elegido para aquel hombre joven, que llegaba al gobierno con la reputación de haber arrasado Jerusalén y con la conciencia de millares de judíos masacrados o deportados. Claro está que el punto de vista de los romanos era diferente.

Se desconfiaba, pues, de su juventud, se decía que no valía lo mismo que su padre y durante un tiempo había inquietado a los romanos por su devoción excesiva a Isis, al buey Apis, etc... ¡Ya estamos otra vez con la fascinación de Egipto sobre los Césares! Las prevenciones se reforzaron aún más, ya que Tito se llevó de Jerusalén e instaló en su casa a la princesa judía Berenice. Ésta era hija de Herodes Agripa I, hermana de Agripa II, rey de Calais, y lo cierto es que estaba muy romanizada. De ella es de quien se habla en los capítulos XXV y XXVI de los Hechos de los Apóstoles. Ella fue quien vio comparecer a san Pablo y le escuchó con simpatía. Su vida sentimental, a pesar de que ya no estaba en su primera juventud, era muy intensa, pero Tito se había prendado de ella y el afecto fue recíproco. El príncipe, aunque bajo y grueso, se decía que era seductor. Ni las muchachas ni los muchachos le regateaban sus favores.

Los Flavios (genealogía simplificada)



En cualquier caso, sin duda detrás de aquel idilio había un trasfondo político. En efecto, a raíz de los acontecimientos de 69, Berenice usó toda su influencia para adscribir al partido de Vespasiano a cuantos reyezuelos sirios aún dudaban, vacilación que se comprende cuando se piensa en la confusión reinante. Una vez tomada Jerusalén, Berenice hizo causa común con los romanos, de tal modo que se la vio aplaudir sus éxitos y festejar con los vencedores. No obstante, por romanizada que estuviese, la princesa no dejaba de inquietar al pueblo, ya mal dispuesto hacia los judíos después de una guerra difícil y asesina. ¿Qué resultaría de aquel matrimonio que se preveía inevitable? ¿En qué aventura «a lo Cleopatra» se iba a precipitar aquel príncipe, y Roma con él? ¿Se trataría una vez más de una monarquía a la oriental? El príncipe, con los gustos que ya se le conocían, parecía demasiado predipuesto a ello. Fue el propio Vespasiano quien puso término a aquella historia, rogándole a Berenice que regresara a su casa. Tito se resignó, aceptando despedir a la princesa «a pesar de él y a pesar de ella». Berenice volvió a Roma una vez muerto Vespasiano, pero Tito se había distanciado ya de la princesa y la cincuentona tuvo que volverse por donde había venido. En el conjunto de este material se inspiraron Racine y Corneille, que rivalizaron en el mismo tema. Quizás en exceso y todo, me temo...

Tito supuso, al parecer, una rareza: un individuo al cual el ejercicio del poder hubiese mejorado..., si una muerte prematura no le hubiese impedido empeorar con la edad y bajar a toda prisa por la pendiente de su naturaleza. Gobernó siguiendo con precisa exactitud la línea de su padre, a excepción del rigor financiero, ya que, como suele decirse, era un tanto manirroto. Ese don no siempre resultó inútil. Muchas obras importantes, como carreteras, acueductos restaurados, puesta en mar-

cha de termas, etc., sin olvidar la inauguración del Coliseo, embellecieron Roma y acondicinaron las provincias. La mala suerte se encarnizó en aquel reinado tan breve: el 24 de agosto de 79, la erupción del Vesubio eliminó del mapa tres exquisitas ciudades de Campania: Pompeya, Herculano y Stabies. El naturalista Plinio el Viejo, comandando la base de Misena, encontró un fin generoso al servicio de sus amigos y de la ciencia. Más tarde se produjo un nuevo incendio en Roma y una de esas epidemias misteriosas que, por si acaso, se tenía la costumbre de llamar peste. El llorado Paul Moraux no se negaba a imaginar la aparición del bacilo *Yersinia Pestis* en el Imperio, pero poco antes de su desaparición, se inclinaba más bien por una epidemia de viruela.

El 13 de septiembre de 81, un mal no identificado se llevó a Tito, haciendo feliz al menos a una persona: su hermano Domiciano, que no esperaba otra cosa desde siempre. La sucesión no debía suponer problema alguno. Las dificultades llegarían más adelante, con el paso del tiempo.

Hay que decir que la posteridad no ha mimado demasiado a Domiciano. Le ha convertido en una especie de monstruo que reunía todos los trazos estereotipados que se presta a quienes se desea perder en la noche de los siglos. Ese «Nerón calvo», según Juvenal, quien precisa con tono amable que ya no era prudente conversar con él del tiempo ni de la lluvia. Plinio el Joven dice que era «una bestia feroz, particularmente cruel». Suetonio lo suscribe, y también Tácito, cuyo *Agricola* no es más que una larga diatriba contra su persona. Los tiene a todos en su contra y como los historiadores tienen tendencia a copiarse unos a otros, el relato se irá oscureciendo de generación en genera-

ción, hasta llegar al negro absoluto. Puesto que todo lo excesivo no resulta significativo o significa alguna otra cosa, eso mismo nos impulsa a profundizar en este expediente mucho más cargado de lo que resulta oportuno.

En este sentido, nos percatamos de que Domiciano, ascendido a la púrpura a la edad de treinta años y acostumbrado al gobierno desde hacía tiempo, no difería sensiblemente en sus actividades de su padre ni tampoco, aparte de su amabilidad, de su hermano. En todo caso, su diferencia apuntaba en el sentido de un rigor más acusado si cabe, y una cierta tendencia arcaizante. Además, resultaba muy desagradable de trato, algo que no mejoraba las cosas. No obstante, tenía sobre la inmensa extensión de sus responsabilidades esa visión de conjunto que hace a los grandes jefes. Le sabemos atento al sistema entero del Imperio, yendo sin cesar del todo a las partes y de las partes al todo. Poco favorable, como comprobaremos, al Senado, al que se enfrenta de inmediato, aumenta por el contrario la importancia de la orden ecuestre. Hemos visto que los caballeros accedían al consejo imperial y a otros sectores para reemplazar, a la cabeza de las divisiones administrativas, a los libertos que las tenían a su cargo desde la reforma de Claudio. En la antigüedad «Casa del príncipe», la burocracia evolucionaba en el sentido de un gran servicio público centralizado. El emperador y su consejo, atentos al estado de la economía rural, de la cual dependía estrechamente el avituallamiento de Italia, se ejercitaron incluso en el dirigismo. Se habían dado cuenta de que algunas provincias, y sobre todo las Galias, mostraban la tendencia a privilegiar con fines especulativos la producción vitícola, en detrimento de la producción de cereales. Domiciano ordenó una reglamentación, llegando incluso a ordenar arrancar las viñas. Esa medida tan impopular fue seguida con poco

entusiasmo y no resultaría rentable hasta mucho tiempo después de él.

Si bien siente una preferencia visible por Italia, Domiciano no deja por ello de reconducir la política de la dinastía con respecto a las provincias, su seguridad, su equipamiento de carreteras, su revalorización. El alto personal encargado de su administración está vigilado muy de cerca. Suetonio se ve obligado a reconocer que «jamás los gobernadores se mostraron más moderados ni más justos», y ése es un rasgo muy propio de los Flavios. No obstante, ¿hacía falta algo más para granjearse la antipatía de los defensores de las «libertades», sobre todo la que consistía en echar mano a su antojo a las arcas como en los viejos tiempos de la República? Así es como uno adquiere fama de tirano.

En el plano de la actividad militar, Domiciano era consciente de las presiones que se seguían ejerciendo sobre el *limes*, la zona fronteriza fortificada, y veló con sumo cuidado por su ampliación y su impermeabilización. Desde el Rin hasta el Danubio, constituiría a partir de entonces esa muralla sólida que se extendería muy lejos, y con la que sabemos que los romanos soñaban desde siempre. La defensa y la revalorización de enormes regiones se amplió incluso mucho más. Él sabía la importancia que tenía el ejército, y se esforzó por proveerlo de generales capaces, preocupados por la disciplina (recordemos los lamentables motines ocurridos con Tiberio), y se aseguró unos servicios mejores pagando más a las tropas: aumentó más de un cuarto los sueldos. Agrícola, el suegro de Tácito, tomó en sus manos con gran firmeza Gran Bretaña, pero renunciando a concluir la conquista, Domiciano reclamó al general con el fin de reforzar la defensa de la región renana. Agrícola sufrió por ese regreso que impedía su victoria, que atribuía a los celos del emperador. De hecho, la medida era sabia. Domiciano no dudó

en figurar él mismo en persona en algunas campañas, sobre todo en las crestas del Taurus, y sufrió algunos reveses en el Danubio, en Mesia y con los suavos. Fracasó ante el reino de Dacia y fue obligado a firmar un tratado poco ventajoso, que le valió algunos sarcasmos por parte de todos aquellos que encontraban interés en denigrarle. Obtuvo también el placer de algunos triunfos, que la malevolencia convirtió en mascaradas. Se decía que había hecho desfilar a unos esclavos disfrazados de cautivos que llevaban como botín algunas piezas de un mobiliario nacional... ¡Pero se cuentan tantas cosas de Domiciano! En Oriente puso fin a los reinos vasallos de Armenia menor e Iturea, prefiriendo la anexión pura y simple, de tal modo que, bajo su reino, el número de provincias romanas pasó a veintiocho. En resumen, fue un reinado valeroso y útil, al cual sólo faltó ese lustre al que los romanos eran tan sensibles y que hacía amar a los grandes capitanes al estilo César. Domiciano, a quien los laureles de su hermano y su padre impedían dormir, con seguridad sufrió mucho por ello, y eso no contribuyó a arreglar su carácter. Incluso en el aspecto humanitario su acción fue positiva. Fue él quien prohibió la castración de los muchachos, que se convertían así en chicas y a los que se dedicaba de inmediato a la prostitución. Y en fin, en el dominio del espíritu, Domiciano tuvo buen cuidado de reconstituir las bibliotecas que habían ardido, enviando a todas partes comisiones a la busca de textos, incluso a Alejandría. Más griego que su padre, organizaba a veces concursos literarios, musicales o de elocuencia, y le gustaba ocupar su trono vestido a la griega. Se le conoce un filósofo personal, aunque poco brillante, que más tarde se vio implicado en una historia de falsificación.

Por desgracia, encerrado en un perpetuo resentimiento que venía de lejos y que evolucionó hacia la paranoia, Domi-

ciano encontró placentero un estilo de gobierno que no podía más que desagradar a los senadores, en la práctica reducidos al silencio. El régimen no tardó en derivar hacia el despotismo a la oriental, vieja tentación a la cual los miembros de su familia habían tenido la sabiduría de resistir. Le gustaba hacerse llamar «señor y dios» por la gente de su entorno, denominación bastante prematura, y usaba y abusaba de la ley de majestad y de los servicios de delatores interesados en los beneficios de las confiscaciones. Ese terror bufo suscitó una oposición decidida, cuyas maniobras subversivas, cuando eran descubiertas (y lo eran al cabo), reforzaban al príncipe en sus propósitos absolutistas. Él, que al principio de su reino sentía horror por la sangre, ahora se resarcía con creces, persiguiendo sin disimulo a un Senado que, por su lado, se las ingeniaba para hacerle la vida imposible. Recordemos la revuelta que había tenido lugar con Vespasiano por parte de la *intelligentsia* estoica, que con Domiciano se recomprondría con renovado vigor, cristalizando en torno a ella la oposición senatorial. Todo en Domiciano indignaba a los estoicos. En primer lugar, sus pretensiones de auto-divinización, llegando hasta el punto de dejarse identificar mediante la propaganda como una especie de presencia entre los hombres de Júpiter Capitolino. Precisamente, para los estoicos Júpiter era el símbolo del Alma del Mundo, del dios estoico, al mismo tiempo que el Libertador a quien Traseas o Séneca, con Nerón, habían ofrecido su sangre en libación.

Esa apropiación por parte del poder se percibía como una ofensa, como una afrenta. Estaba también el contraste chocante entre las pretensiones del príncipe de depurar las costumbres y su conducta personal. Así, había hecho enterrar viva, porque ésa era la antigua costumbre, a una vestal que había vulnerado

sus votos (¡la carne es débil!), pero no se privaba de acostarse con su sobrina, tener un hijo con ella y obligar a la joven a abortar. Eso era lo que se contaba, al menos... Y sobre todo estaba su insoportable pretensión de gobernar como un autócrata, con un estilo que recordaba a Calígula y Nerón por su orientalismo. A la pequeña guerra de los libelos injuriosos, a las picaduras de una campaña de opinión más o menos larvada, Domiciano reaccionaba mediante el terror. A los delatores no les costó mucho descubrir algunos individuos sospechosos, algunos textos discutibles. Se quemaron libros en la plaza pública; algunos senadores de credo estoico fueron azotados por haber escrito biografías en que alababan a los hombres políticos de antaño.

Después de algunas medidas individuales, que causaron tres muertos y algunos exiliados, Domiciano decidió asestar un gran golpe. En 93 promulgó una medida general de expulsión: todos los filósofos tenían que abandonar de inmediato Roma e Italia. No debía de salir barato infringir el decreto: Plinio el Joven evoca con un estremecimiento retrospectivo aquel tiempo en que corrió graves riesgos por ayudar a uno de sus amigos que estaba en la clandestinidad. En esa misma situación se encontraba un antiguo esclavo de la casa de Epafrodita, ese liberto de Nerón que ayudó a morir a su maestro. Se llamaba Epicteto, uno de los grandes nombres del estoicismo, quien establecería su escuela en la lejana Nicópolis, donde afluirían los visitantes. Más tarde, a pesar de los llamamientos de Adriano, el filósofo siempre se negaría a volver. En cambio Dión de Prusia sí que regresó para ocupar, con Trajano, un puesto de filósofo a domicilio. Que cada palo aguante su vela...

La pequeña guerra de los filósofos anunciaba el fin de Domiciano. Encerrado en un aislamiento trágico, multiplicaba las condenas, las persecuciones de todo tipo y puede que los cris-

tianos, mal vistos desde Nerón, sufrieran mucho por esa causa. El *Apocalipsis* hacía alusión a ello en un lenguaje «cifrado», pero la violencia anti-romana se transparentaba en él, justificando otras vejaciones. Domiciano la tomó también con un primo suyo, Flavio Clemente, acusado de impiedad, de ateísmo y de «proselitismo judío». Lo hizo ejecutar, aunque antes había adoptado a sus dos hijos para convertirlos en sus sucesores. Encerrado en su palacio, presa de una angustia cada vez mayor, Domiciano no supo adivinar que se estaba tramando una conspiración en su propia casa, instigada por algunos senadores y prefectos del pretorio. Los conjurados lo habían previsto todo, incluso el nombre del sucesor. El 18 de septiembre de 96 Domiciano moría apuñalado. La dinastía de los Flavios se había extiguido. Era necesario que hasta el mismo nombre de Domiciano desapareciese de la memoria de los hombres. Se borraron las inscripciones con un martillo y en las estatuas imperiales, otra cabeza sustituyó a la suya: la de un anciano llamado Coceyo Nerva, quien presentaba, a los ojos de los senadores, el perfil ideal de un emperador de transición.

Un siglo de oro

Hermosa época, si lo pensamos, la de los Flavios. Cuando muere Domiciano en 96, Plinio el Viejo habría cumplido setenta y siete años, Quintiliano sesenta y seis, Marcial cincuenta y seis, Plutarco en torno a los cincuenta y Epicteto cuarenta y seis. Eso no es todo, porque se anuncia otra generación de semejante esplendor: Tácito tiene cuarenta y un años, Juvenal treinta y seis, Plinio el Joven treinta y cuatro, y Suetonio, el benjamín, veintisiete. Pocas naciones o imperios podrían alinear en

un lapso de tiempo tan breve tantas glorias presentes o futuras. Se puede observar asimismo que de estas nueve estrellas de las ciencias o las letras, cinco provienen de provincias: tenemos un frigio, un griego, dos originarios de la Tarraconense, uno de la Narbonense... Si Roma es imperial, no es chauvinista, ni hacia los dioses ni hacia los hombres, y tampoco eclipsa a estas luminarias venidas de otros lugares. Los dioses de los demás conspiran con los suyos propios para protegerlas, así como los hombres venidos de todas partes a ilustrarlas.

Si nos atenemos sólo a los nombres de quienes habían publicado ya con los Flavios, es incontestable que el gran Plinio domina la época. Este caballero nacido en Como bajo el reinado de Tiberio había combatido sobre su caballo en Germania con las tropas de Claudio y quizá también con Nerón. Al final del reino, juzgó más sabio vivir en paz hasta que su amigo Vespasiano le llamó al gobierno. Le encontramos en todas partes, en puestos de alto funcionariado: en las Galias, en África, en Hispania, antes de verlo comandar la base naval de Misena al cierre de su carrera, destino que explica su muerte en la ribera de Stabies a raíz de la catástrofe del Vesubio. Su sobrino lo contó con minuciosidad en una carta célebre a su amigo Tácito. Plinio era conocido como científico, pero había escrito sobre la elocuencia (esencial en las civilizaciones antiguas), sobre el bello estilo y también sobre historia romana: Tácito lo utilizaría como fuente. No obstante, el más importante de sus trabajos es *Historia natural.* Ni tan siquiera el propio autor lo duda: «Soy el único entre todos los romanos que ha descrito por completo la naturaleza». Y lo hizo a partir de sus observaciones, pero también sirviéndose de lo que otros habían dicho en el curso

de siglos pasados. Roma se había convertido en el museo del mundo entero y, sin moverse demasiado de allí, se podían observar ya una infinidad de cosas raras traídas, con grandes gastos, de todas partes. Además, leyó muchísimo, estudió todas las doxografías, esos manuales que compilaban cuanto se había dicho sobre cualquier tema. Si leemos la *Historia natural* (cuesta un poco: son treinta y siete volúmenes...), lo sabremos todo sobre la naturaleza, tal como aparece, al menos, ante los ojos de las personas de la época: el cielo, la tierra, los accidentes geográficos, la fauna, la flora, los hombres del conjunto de razas conocidas, las piedras y sus propiedades. Del mismo modo, Plinio también nos enseña lo que han hecho los hombres con la naturaleza, para bien y para mal: la medicina, la escultura, la pintura. Comprobaremos entonces que la modernidad le desagrada, sobre todo los refinamientos del lujo. Todo está en sus páginas: es la suma y el balance de todos los conocimientos pasados y presentes; pero hay que añadir también: y por venir. Porque resulta que asimismo se sabe cómo será la naturaleza. Según Robert Lenoble: «Plinio conoció la fortuna inaudita de dar a la naturaleza un semblante que ésta conservará, por encima de lo que digan el resto, durante más de quince siglos». Todavía con Luis XIII, el médico del rey, Guy Patin, juraba por Plinio. Sobra el decir que no se entiende bien al «físico» de la Edad Media o incluso del Renacimiento si uno no se ha tomado la molestia (y también la satisfacción) de leerlo *in extenso*.

Como es lógico, el lector moderno queda desconcertado ante esta mezcla de observaciones, juiciosas o no, de extrapolaciones que a veces parecen encajar a la perfección, de fábulas inverosímiles. Desorientado también (y eso no es mala cosa) por el encadenamiento de causas y efectos que parten de otras pruebas, de otros presupuestos que los nuestros, y que nos hacen

meter el dedo en la llaga del auténtico problema epistemológico, el problema del conocimiento: un «mundo objetivo» es, en primer lugar, una visión que construye una subjetividad colectiva de la cual sólo el genio permite evadirse. Además, cuestión mucho más irritante aún, pero que no debemos olvidar tampoco, están las habladurías, que Plinio da por ciertas sin comprometerse más. Habría, por tanto, según esta obra, personas sin nariz, otras con cabeza de perro, o bien esos interesantes escípodes que se protegen del sol con un pie único, como si de una sombrilla se tratase. Nos parece que Plinio, profundamente escéptico, tampoco pondría la mano en el fuego ante estos datos, pero él no quiere ignorar nada de lo que se dice, de todo aquello que, en su época, se recibe y se cree sin posterior examen. Inventaría, pues, pero podemos estar seguros de que, en ese fárrago procedente de la noche de los tiempos, realiza una selección, una criba. Plinio, sin duda, constituye una etapa, un progreso. En el plano filosófico, ¿cómo situarlo? Digamos que su propósito es acreditar una idea razonable acerca de una naturaleza, «soberana fabricante y obrera», de un gran conjunto formado por los cuatro elementos de Empédocles: fuego, aire, agua y tierra. De ese todo, el sol es, en cierta medida, el alma, y la divinidad, única, está por todas partes. Reconocemos, pues, un fondo estoico, como no se podía esperar menos de un romano de esos tiempos. El conjunto tiende hacia una mejor situación del hombre en una naturaleza que no se ha de «desnaturalizar» so pena de los peores problemas. El propósito, una vez más, es práctico: nada de estudios que no tiendan a ese cierto equilibrio que es el único que nos puede hacer felices o, al menos, un poco menos infelices. Sin ilusiones, Plinio reconoce, por otra parte, que la muerte sigue siendo aquello que la naturaleza mejor ha hecho en interés de los hombres.

Con Quintiliano, sólo conocido por los especialistas, pero que quiero mencionar cuando menos porque refleja las preocupaciones de toda una época, tratamos la ciencia del bien hablar, destinada a producir grandes efectos; abordamos el arte de la palabra sabia, elegante y, por tanto, eficaz. Procedente de la Tarraconense, donde nació también bajo Tiberio, ese abogado se convirtió en titular de una cátedra de retórica creada en Roma por Vespasiano. Esta especie de Bossuet recibió el encargo de Domiciano de la educación de los delfines, es decir, los dos pequeños herederos del emperador, los hijos de Flavio Clemente a quienes había adoptado falta de descendencia propia. De hecho, los «príncipes herederos» no heredaron nada en absoluto, porque su padre fue, como hemos apuntado antes, condenado a muerte por «proselitismo judío» y ejecutado.

Profesor de retórica y abogado, Quintiliano es, pues, a la vez un teórico de la elocuencia y un práctico. La palabra hoy en día, por desgracia, está anticuada, y evoca una actividad puramente estética o incluso decorativa, en el peor sentido del término. La elocuencia nos parece un aliño del cual se puede prescindir. En las sociedades antiguas, donde el gran público lee poco y, por lo tanto, la elocuencia es el único medio eficaz de persuasión, se usa y abusa de ella en la vía jurídica, política y administrativa. Se parte del principio de que cuanto está bien dicho tiene un alcance mucho mayor que aquello que se farfulla con vaguedad. La gente de tribuna, los religiosos, los abogados, los enseñantes dignos de tal nombre, lo saben todavía hoy en día y se pueden adquirir unas técnicas para lograrlo. Ahora bien, ¿al servicio de qué? ¿Es oportuno convencer de algo si ese algo es una simpleza? Incluso puede tratarse de una operación fraudulenta, cuando se persuade al oyente de una falsedad. La elocuencia, pues, no puede ser un fin en sí mismo,

separada de la información así entregada de forma contundente. La convicción que nace en el oyente no es buena y, por tanto, la elocuencia no es legítima si la cosa bien dicha no es una verdad, y una verdad buena. Esto nos lleva a interrogarnos no ya sobre el saber del orador, su valor intelectual, sino también sobre sus intenciones y, con ellas, sobre su rectitud moral. En la raíz de esta cuestión se halla, en verdad, la formación del orador, sus estudios generales y especializados, su educación. Y tal es precisamente el tema desarrollado por Quintiliano en *La formación del orador.* Toma, pues, al futuro orador en la cuna, se inclina sobre su infancia, se inquieta por el programa de sus estudios: lógica, historia, filosofía, así como su apertura a los valores. Le procura un porvenir, es decir, que alcance a ser un día consejero y guía, y, en todo caso, tutor de sus conciudadanos; todo, claro está, *ad majorem Romae gloriam.* Ya sabemos qué pretenden ahora los filósofos, pero según la tesis de Quintiliano no siempre con éxito, como prueban los desórdenes que engendran el sectarismo o, sin más, la imprudencia de los filósofos, acciones a que obligan a los príncipes a ejercer con dureza los castigos. Quintiliano entiende que no debe dejárseles a ellos ese monopolio: «El hombre que puede jugar de verdad su papel de ciudadano y que es capaz de administrar los asuntos públicos y privados, el hombre apto para dirigir las villas mediante sus consejos, cimentarlas mediante sus leyes, reformarlas mediante sus decisiones de justicia, ese hombre no será otro, a buen seguro, más que el orador». A lo largo de su argumentación, Quintiliano se apoya en cuanto ha leído en los filósofos de todas las corrientes o casi todas: aristotélicos, platónicos, estoicos sobre todo; ideas que juzga útiles para un propósito, muy a la romana, eminentemente práctico.

Con Marcial hallamos otro género del todo distinto, más alegre. Él también procedía de la Tarraconense, donde nació con Calígula. De familia acomodada, se trasladó a Roma para estudiar y se quedó allí. Pronto se forjó unas relaciones interesantes: Séneca o Lucano, por desgracia implicados en la conjura de Pisón. Como tenía el don de gustar, se hizo también con otros intelectuales como Quintiliano, justamente, o Juvenal, y también Plinio el Joven. Hasta cierto punto arribista, tuvo que saltar de alegría cuando Domiciano le elevó al grado de caballero. El poeta le devolvió el favor de molestarse tanto por él: «Jamás Roma amó tanto a un emperador, ni amó de manera semejante, César, y a ti mismo, quiso amarte incluso más de lo que era capaz...». Marcial no duda hasta de comparar a Domiciano con Júpiter, comparación que sólo podía encantarle, y pensando en las nostalgias republicanas que aparecían como ciertas, escribe: «Bajo este príncipe, si eres prudente, oh Roma, guárdate bien de adoptar el lenguaje de antaño...». Se podría tomar esta frase como una advertencia saludable, a juzgar por lo que ocurrió después a algunos al final del reinado, pero no lo era en absoluto. Más bien deben tomarse como un llamamiento a la reflexión. Si eso no es poesía comprometida... En todo caso, es algo que debía suscitar entre los senadores reacciones encontradas. Al final, Marcial dejó Roma para volver a su Bilbilis natal. De él conservamos ciento quince *Epigramas*, que en el pasado fueron considerados no aptos para cualquier mano. Es el mismo caso que en Boileau: «el latín de sus versos afronta la honestidad...». Marcial a menudo es salaz, a veces crudo, cuando no francamente pornográfico... ¡pero siempre es arte con mayúsculas! Nos sabe ofrecer un acceso infinitamente agradable a la vida cotidiana de aquellos años, con todos los cotilleos de la alta sociedad y las escenas de calle. En el

libro XII, el Epigrama 57 nos ofrece un cuadro de los problemas de Roma, con ese ruido de fondo que reina a todas horas del día y de la noche. Parece bastante cierto... Si nos aproximamos al texto de la carta 56 de Séneca a Lucilio, escrita una treintena de años antes, y a la Sátira III de Juvenal, escrita diez años después, tendremos una idea precisa de lo que se veía y se oía desde su ventana y, sobre todo, de lo que un romano medio deploraba con toda su alma oír desde su cama en una ciudad en la que no debía de ser más fácil conciliar el sueño que en el París de hoy en día, por ejemplo.

En cuanto a la filosofía, sabemos de su omnipresencia, excesiva incluso para el gusto de Domiciano. Sin embargo, dejando a un lado a Epicteto (hablaremos de él un poco más adelante), no se pueden citar grandes nombres después de Séneca. Tenemos a Musonio Rufo, cuya vida fue una larga serie de vejaciones políticas. Exiliado con Nerón, vuelto a Roma con Galba, exiliado de nuevo con Vespasiano, reclamado por Tito, que le convirtió en consejero personal suyo... ¡Qué destino! Después perdemos su rastro. De aquel estoico «practicante», nos quedan algunas conversaciones en las cuales, feminista precoz, al menos en este aspecto preconiza que los bienes de la educación filosófica llegarán a extenderse también a las mujeres. Sobre todo desarrolla una idea que, poco a poco, va abriéndose camino. No es nueva, y la secta la tomó de Platón y sus filosofías helenísticas. Según Musonio, el monarca debe ser filósofo, aunque lo ideal, desde luego, sería que el filósofo fuese rey... El rey debe tener todas las virtudes, la templanza, la discreción en el lujo, la moderación en los placeres, etc., y debe ser «una ley dotada de alma», en resumen: la ley personificada. Bonito tema

de reflexión que encontraremos a partir de este momento por todas partes, entre aquellos que irán modelando la teoría del poder. De manera gradual se va imponiendo la idea de que es la virtud personal del príncipe la que constituye su principal título a la hora de gobernar.

Por otro lado, en esos tiempos de estoicismo militante, sufriente y glorioso, están también unos filósofos de los cuales apenas si se habla: los epicúreos. Quizá porque la doctrina del Maestro los desvía un tanto de los asuntos públicos, y siempre de las disputas, y porque, en cualquier caso, les dicta que vivan en lo posible de una forma discreta. La máxima popular: «Para vivir felices, vivamos escondidos» no tiene otro origen. Por lo demás, hemos dicho ya que en Roma los epicúreos no habían tenido nunca buena prensa. Cuestión de temperamento. Su doctrina, más o menos deformada de manera complaciente, convierte a esos ascetas en vulgares gozadores, y todos los vividores de Roma se alegran de encontrar ahí la justificación que les faltaba. Se hacen llamar discípulos de Epicuro para encubrirse, sin creer en ello, desde luego, igual que uno podía hacerse llamar existencialista en los cabarets parisinos de la posguerra. Sin embargo, los epicúreos de estricta observancia integraban unos falansterios muy vivos, sobre todo en Campania, donde el clima era más benévolo. Testimonio indiscutible de su presencia y su actividad filosófica verdaderas es la enorme biblioteca epicúrea de Herculano, enterrada por la erupción de 79, en la que los sabios de hoy en día se esfuerzan todavía por reconstruir los papiros dañados. Señalemos, por último, la *Historia de Alejandro*, muy fantasiosa, obra de Quinto Curcio, y habremos concluido ya con las glorias del siglo.

El discreto encanto de los orígenes

«Roma, tu virtud se esfuma...», eso es, poco más o menos, lo que leemos en todas las páginas de la literatura de la época llamada imperial. Este concepto exige, cuando menos, una reflexión. Jamás Roma fue tan poderosa, ni su poder fue tan incontestable ni tan incontestado. Jamás los romanos, aunque fueran de baja extracción (¡y no digamos los ricos!), habían conocido una forma de vida más fácil. Además, los hombres de letras, historiadores, naturalistas, filósofos, poetas, contemplando desde lo alto de esas cumbres la leyenda de los siglos, nos aseguran que ésa era la gran época, casi el mejor de los tiempos. En todo caso, se trataba de la época de las grandes figuras y de los incesantes buenos ejemplos, del heroísmo permanente. Pensemos en cada uno de ellos: Valerio Máximo, Salustio, Tito Livio, Séneca incluso en sus bellas villas, Lucano, Plinio el Viejo, Juvenal pronto, en fin... En sus personas encontraremos una cantinela más o menos nostálgica acerca de la Roma rural y guerrera de antaño o, sin necesidad de remontarnos tan lejos, sobre aquellos viejos tiempos tan peligrosos de las guerras púnicas. ¡Ah, qué época aquélla, poblada por si fuera poco de tantos hombres rudos! La vida era dura, sí, pero sana, y las almas también. No había oro ni piedras preciosas, pero los corazones de los antepasados rutilaban como verdaderas joyas. Eran los tiempos de los riesgos, de la vigilancia. Se vivía peligrosamente, ya que para sobrevivir había que ganar. ¿Y qué hacía el romano de entonces? ¡Ah, pues claro, morir, o si no una hermosa desesperación venía a socorrerle! Como en los tiempos modernos, en aquella bella Roma que era dueña del mundo, los hijos de los héroes estaban cansados. Anquilosados en los excesos de su lujo, se comían las rentas de la gloria ancestral... y desaparecía

la virtud. Era hora de reaccionar, algo que, en el discurso de los administradores de consejos, significa con exactitud lo siguiente: ¡reaccionad, generaciones presente y futura! Yo ya os he avisado...

Cada época ha dispuesto de sus valientes: Roland, que tocó el cuerno en Roncesvalles, los caballeros que partieron hacia la Cruzada, el Cid Campeador, Juana expulsando al inglés de la dulce Francia... Para los romanos de la época imperial, no cabe duda de este hecho. Se ve brillar en el pasado lejano la gran figura de Cincinato, a quien los lictores buscaban por todas partes para advertirle que le acababan de elevar al consulado en 460, y a quien acabaron por encontrar detrás de su arado. Está en Tito Livio. Atilio también, en 277, estaba ocupado sembrando: «Aquellas manos endurecidas en los trabajos campestres aseguraron la salud del Estado y aniquilaron las grandes fuerzas enemigas».

En Valerio Máximo se cita todo un ramillete de ejemplos del mismo tipo y se precisa que antes «se prefería una vida pobre en un imperio rico que una vida rica en un Imperio pobre». Bella antítesis. Y añadía a continuación: «Realcemos nuestro valor y con el recuerdo de tiempos antiguos demos nuevo temple a nuestras almas, ablandadas por el espectáculo de la riqueza. Doy fe de la choza de Rómulo, del humilde techo del antiguo Capitolio... ¡No hay opulencia alguna preferible a la pobreza de esos grandes hombres!» No hay que olvidar tampoco el sentido de la disciplina... Fijémonos en Manlio Torcuato que, hacia 363, hizo decapitar a su propio hijo porque había tenido la desfachatez de combatir fuera de las filas. Y aquel Póstumo que actuó de igual modo porque su hijo único, aunque estaba bien educado, en 431 se permitió ganar una batalla sin su permiso: ¡vencedor o no, al hacha, como todo el mundo! Se encuentra

también en Valerio Máximo, en un volumen dedicado a Tiberio. Recordemos que la política de este emperador iba precisamente en el sentido de un mayor rigor. Salustio, persona de orden al fin y al cabo, preconiza con intensa vivacidad el regreso de la juventud a la austeridad y el dinamismo de los días antiguos. Medida que, por otra parte, él mismo no había puesto en práctica durante la época en que se enriqueció de forma desvergonzada... En la *Farsalia* de Lucano, encontramos otra larga perorata dedicada a «aquellos viejos jefes de guerra, aquellos héroes de una época de pobreza, aquel Fabricio, aquel austero Curio...», y desde luego, el inevitable Cincinato detrás de su arado. Este personaje aparece una y otra vez, es el ejemplo soñado para los niños de los colegios. Por su parte, Juvenal, que encuentra demasiado mimados a los veteranos de su tiempo, recuerda: «a unos soldados rotos por la edad, a unos hombres que se habían enfrentado a los combates de los guerreros púnicos o la barbarie de Pirro y las espadas de los molosos, se les daban, por tantas y tantas heridas, apenas dos arpendes...». Acerca de las mujeres, a las que se dedica Juvenal a lo largo de toda la *Sátira VI*, podemos leer: «Lo que protegía sus modestas casas de las arremetidas del vicio era el trabajo, la brevedad de su sueño, sus manos endurecidas y cortadas por la lana etrusca; era Aníbal, que se acercaba a Roma, y sus maridos en pie en la torre Colina». Hoy en día, añade desengañado, el pueblo no pide más que pan y circo, gratuitos, desde luego: *panem et circenses*. También Séneca, cuyo nivel de vida inspiraría una página feroz de Dión Casio, Séneca ni más ni menos, alardea de recuperar el antiguo encanto de la simplicidad... En la carta 86 cuenta a Lucilio que ha tenido la buena suerte de descansar en la misma villa que Escipión el Africano. Se asombra y se encanta ante la exigüidad del baño, un recinto donde ni siquiera se ve bien:

«Siento un gran placer considerando la manera de vivir de Escipión con relación a las costumbres de hoy en día. En este gabinete, el terror de Cartago, el héroe a quien debe Roma no haber sido tomada más que una vez [se sobreentiende: antiguamente, por los galos], bañaba su cuerpo fatigado por los rústicos trabajos, ya que sufría en los campos y, como ciudadano de la época antigua, conducía él mismo su arado...». Estoy seguro de que Séneca tenía en mente a Cincinato. «Mas, ¡oh, dioses, qué placer penetrar en estos baños oscuros y groseramente enlucidos, donde se sabe que un edil como Catón, como Fabio Máximo, como uno de los Escipiones, regulaba el calor con sus propias manos!». ¿Antes no se bañaban más que los días de mercado? Así es, responde el filósofo. Pero entonces esa gente no debía de oler demasiado bien, ¿no? «¿Qué olor debían despedir, según tu opinión, esas gentes? Pues olían a guerra, a trabajo, olían a hombre». Hoy en día, en cambio, apestan a perfume.

El canto de Séneca a las alegrías viriles del trabajo nos hace pensar en madame de Sévigné en medio de los campos, encantada con la siega del heno, que consiste, según ella explica tan bien, en «retozar» bajo el sol, como os podrán decir todos los campesinos... Delante de un arado, a buen seguro Séneca se preguntaría por qué extremo había que cogerlo. Y sin duda volvió con gran placer a su baño personal, mucho más cómodo que el de Escipión el Africano. He citado aquí algunos ejemplos, los que me vienen a la mente, pero no tendríamos graves dificultades en añadir muchos más. No obstante, todas estas opiniones requieren algunas observaciones. En primer lugar, está claro que cada uno de estos autores escribe para una casta, la suya. Los campesinos, los artesanos y los soldados no escriben demasiado, después de una jornada transcurrida trabajando como bestias, sembrando, haciendo ejercicio a pleno sol... y por poco

dinero. El libro de Ramsay MacMullen *Las relaciones entre las clases sociales en el Imperio romano* nos informa con amplitud sobre la austeridad auténtica de los ciudadanos de menor nivel: ¡no es necesario exhortarles a una mayor modestia en el uso de los bienes de este mundo! Se trata, pues, de una literatura de casta. También es una literatura de ciudadanos obnubilados por el espectáculo, en verdad deprimente, de una plebe urbana ociosa. Y dicho esto, el mensaje que se transmite al final consiste en lo siguiente: en Roma existen personas que abusan, y eso no resulta tranquilizador. Sin embargo, podemos apostar casi con toda seguridad a que todos los hasta aquí citados no habrían apreciado demasiado que, tomados al pie de la letra, se les hubiera enviado (como en tiempos de Cincinato, sin ir más lejos) a producir. Hablan «en general», es decir, para los demás, si bien su queja resulta significativa de un malestar de la civilización. Se pide virtud, ya hemos visto que incluso se le empieza a reclamar hasta al soberano; se preconiza la virtud, se echan de menos los buenos tiempos de grandes virtudes. No obstante, debemos decir, con Montherlant: «Cuando falta la cosa, es precisamente entonces cuando hay que poner la palabra». Los romanos serios de la época imperial saben muy bien que esos tiempos idílicos ya desaparecieron y que, de todos modos, tampoco fueron tan buenos y tan nobles como se pretende, ni tan ricos de conciencia. Quizá presientan también que la fragilidad indudable de su prosperidad presente (Tiberio había acabado por confesárselo a sí mismo) y que los recursos de las provincias no son inagotables. ¿Se preguntan ya si los pueblos conquistados podrían no serlo para siempre, si los conquistadores se ablandan y engordan como animales de compañía? Sin contar con aquellos que, tras las fronteras del Imperio, más allá del *limes*, miran de reojo ese festín de la civilización que les apetece com-

partir también. Desde luego, todavía no se da ninguna amenaza al Imperio. Éste aumentará aún más en el futuro próximo. Se creen invencibles. Pero... En resumen, a pesar de los lemas que figuran en las monedas que llenan sus arcas, *Roma aeterna*, *Novitas temporum*, los que reflexionan se dicen que todo aquello no se mantendrá de modo indefinido, salvo si cada uno pone de su parte. Haría falta virtud, desde luego, pero la virtud no está de moda. Lo saben muy bien porque se han observado a sí mismos y han tomado las medidas de sus propios recursos morales. Escipión no se extasiaba ante la exigüidad de su aseo, sino que es el riquísimo Séneca quien ofrece ese efecto de contraste porque está muy contento de poseer un bonito cuarto de baño, preciosos muebles y estupendas rentas. No se vuelve atrás con tanta facilidad. Se trata de algo que se «desearía», pero que, en realidad, no se «desea», y entonces se compensa mediante la imaginación. Se crean bellos ejemplos para persuadirse de que todo lo imaginado es posible, porque lo ha sido. Suspiran: ¡oh, Cincinato!, ¡oh, Régulo! Etcétera. Conjuran sus angustias, exorcizan el sentimiento de su propia mediocridad ofreciéndose la imagen de una Roma ideal, virtuosa, que se impuso por sí misma a los pueblos de la tierra. Hasta acaban por verse atrapados en el juego de sus propios fantasmas, ya que se consideran felices por proceder de esa raza de héroes. Y, al final, la cosa queda ahí.

Lo más curioso acaso es que son en concreto esas figuras, esas imágenes ideales del romano puro y duro nacidas de las nostalgias de los propios romanos las que se imponen para la posteridad. Fue una casualidad que Montaigne, Bossuet, Corneille (obsesionado por el tema), Montesquieu o los revolucionarios de 1789 acabaran viéndolos tal como querían los romanos verse a sí mismos, en gran medida porque ya no eran así

desde hacía mucho tiempo y lo deploraban. La pintura también adoptó idéntica mirada. Vean si no el título parlante que David propone para su *Bruto* del Louvre: «J. Bruto, primer cónsul, de vuelta a su casa, después de haber condenado a sus dos hijos, que se unieron a los Tarquinios y conspiraron contra la libertad romana. Los lictores traen sus cadáveres para que les den sepultura». Muy «a la antigua usanza». Vean también, a lo largo de los siglos XVIII y XIX, tantas y tantas composiciones grandilocuentes y a veces incluso lacrimógenas, como la de Sigismundo Nappi, que celebra el heroísmo de Régulo reconquistador de Cartago, y otros esplendores de conciencia. Habrá que aguardar al Romanticismo para obtener otra imagen antitética, y por tanto teñida de melancolía, que influirá en los espíritus, como por ejemplo, los *Romanos de la decadencia* de Thomas Couture, en el Louvre. El tedio mortal que se adivina en los rostros de esos libertinos fatigados testimonia el desastre de la virtud perdida. ¿Y qué decir de los fantasmas cinematográficos de hoy en día? Ya no se lamenta la virtud de los tiempos heroicos; más bien nos recreamos ante el hecho de que otros antes que nosotros se mofasen de ella con alegría, mostrándonos así el camino. Cada época tiene sus fantasmas.

Capítulo 10

Pax romana: la Roma de los Antoninos

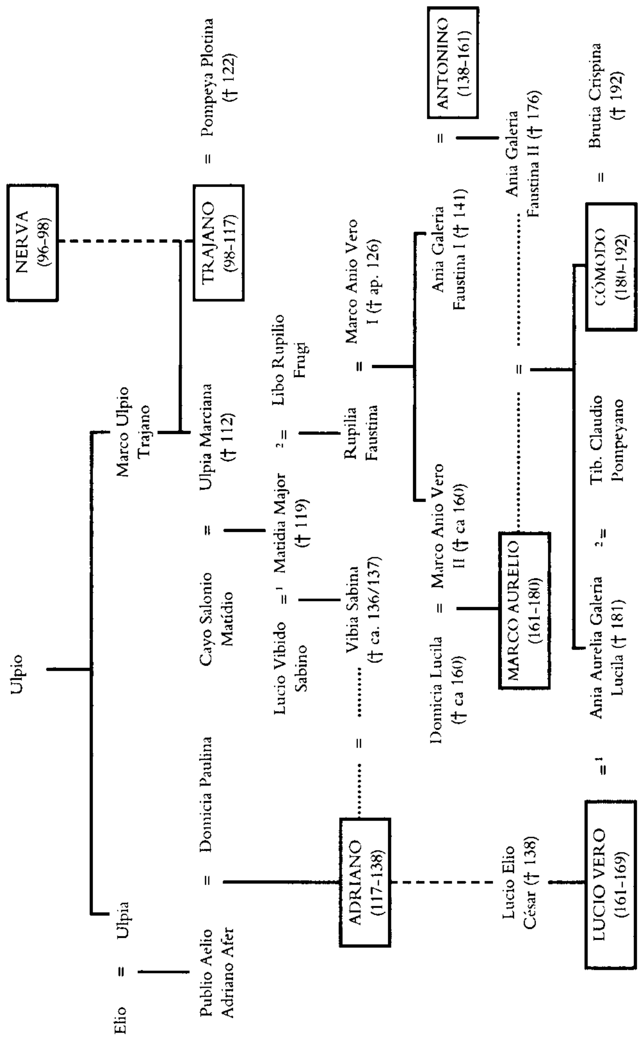
Adoptar al más digno

«El día más bello después de un mal príncipe –señala un senador en Tácito– es siempre el primero». Bajo Domiciano, menos malo de lo que se ha dicho, pero que se llevaba a matar con el Senado, la alta asamblea no lo había pasado bien. Al presentar a Nerva como el mejor sucesor posible en aquel momento, se daba tiempo para respirar. No es que pensara en absoluto en restablecer la vieja República, aquello era ya historia antigua, y los senadores habían digerido de modo definitivo el régimen del principado. Sin embargo, estaban hartos de las vejaciones sufridas bajo los príncipes casuales. Tampoco querían ya a ningún porfirogéneta más, a ningún príncipe nacido en la púrpura, ya que no es cierto que los hijos se parecen a sus padres. A partir de aquel instante, no soportarían más a ningún emperador colocado de manera subrepticia mediante intrigas tenebrosas de palacio, cuando no por una historia cualquiera de mujeres. Tampoco a ningún ambicioso impuesto por las legiones, sobre todo las lejanas, que una vez en su cargo pudiese revelarse como un potentado a la oriental. Por otro lado, había que evitar a toda costa que la sucesión crease cada vez un vacío peligroso para el Estado y que producía sacudidas desas-

trosas para la continuidad de la administración. Hasta entonces se había improvisado demasiado. Los senadores soñaban con el buen entendimiento con un príncipe elegido de la forma adecuada, y que contara con ellos a la hora de nombrar su sucesor. Al menos se podría discutir. La fórmula que había encontrado Galba en otros tiempos pareció imponerse: «la adopción sabrá designar en cada ocasión al más digno», con la condición, no obstante, de que ningún otro se entrometiese, como había ocurrido por desgracia en 69. De hecho, la solución prevaleció durante un siglo. Se sucedieron seis emperadores sin altercados ni golpes de estado ni crisis, demostración de que aquel sistema de designación era astuto. La alta sociedad romana, decididamente, había madurado.

Al designar al viejo Nerva, el Senado no había adoptado riesgo alguno. Aquel anciano que llegaba al cargo sin haber buscado en absoluto los honores tenía setenta años y presentaba la gran ventaja de no tener hijos. Sin embargo, era de salud precaria (tenía problemas estomacales) y adoraba la calma. «El tranquilo Nerva», como lo califica Marcial, era cultivado y componía ripios en alguna ocasión. El mismo Marcial, que le había saludado con versos ditirámbicos, deseando a Roma «tener siempre un maestro tal, y conservarlo durante mucho tiempo», no vacilaba a la hora de considerarlo «el Tibulo de la época». Marcial no dudaba nunca en aplicar un poco de incienso. No obstante, al instalarse en el trono imperial, «el más dulce de los príncipes» no estaba tan tranquilo como hubiese deseado. Heredaba una situación muy comparable al triste «año de los cuatro emperadores»: efervescencia de los pretorianos, agitación en las legiones, sediciones larvadas, crisis sensible de autoridad y la suma de dificultades inherentes al estado de la economía romana. Al principio mostró la misma simplicidad que Vespasiano, y

Los Antoninos (geneología simplificada)



con ello Roma recuperó al emperador ciudadano, que abría en gran medida su palacio y declinaba los honores excesivos, comportamiento que en su caso, además, no le costaba nada. Trabajaba con los senadores, encantados de recuperar a una especie de padre. Se llamó de nuevo a los exiliados, se rehabilitó a las víctimas del «Nerón calvo», se prohibieron los procesos en majestad. Acabaron las exacciones fiscales y fueron condenados a muerte algunos delatores, aunque de baja condición. Ahora bien, con una sabiduría que sólo se tiene a los setenta años, Nerva se mostró de una prudencia extrema en la reacción antidomiciana, y si consintió al final en la entrega a los pretorianos de los asesinos del César, fue porque no tuvo más remedio. Por humillante que fuese la situación, Nerva se tragó la bilis sin rechistar por el bien de la paz, pues ante la noticia del asesinato de Domiciano, las legiones de Panonia ya estaban meditando una revuelta. Fue una suerte que se encontrase por allí el filósofo Dión de Prusia, exiliado por Domiciano, ya que consiguió calmarles, Dios sabe cómo, y de paso asegurar con ello su propia carrera... Los ejércitos del Rin, bien controlados por un general como Trajano, no se movieron. De esa actitud también se acordaría Nerva. Y así se evitó una nueva crisis.

El reinado, por corto que fuese, no careció de importancia. Nerva tuvo la inteligencia de promulgar una ley agraria favorable a las poblaciones más desvalidas y concibió incluso un proyecto para financiar el mantenimiento de los niños de las familias necesitadas. Esta idea no se llevaría a cabo hasta el reinado de su sucesor, como veremos, ya que el tiempo corría. Con la voluntad de evitar a toda costa al Estado los azares de unas conspiraciones casi inevitables, Nerva decidió, después de una madura reflexión, que adoptaría no a un aristócrata vago y

sin envergadura ni experiencia de servicio, sino más bien a un general ya confirmado: el legado de Germania superior, jefe de los ejércitos del Rin, cuya lealtad y autoridad apreciaba. La adopción se llevó a cabo en forma solemne el 28 de octubre de 97. Trajano fue avisado por carta e invitado a quedarse donde estaba, puesto que la situación era inestable. El Senado no había sido consultado, pero el general estaba bien considerado y una victoria sobre los germanos, notificada con oportunidad por Trajano, mejoró todavía más la imagen del coadjutor como futura sucesión. Con gran destreza, Nerva había pillado desprevenidos a los pretorianos, que siempre disponían de un candidato propio que deseaban colocar, y sin causar heridas había vengado la humillación sufrida por su parte. La sucesión estaba asegurada. Sólo era cuestión de tiempo. El 25 de enero de 98 murió el viejo emperador. No hay que juzgar a las personas por su aspecto, ya que Nerva había resultado un interino bastante notable y, por lo demás, afortunado. Con Trajano y sus sucesores, el Imperio iba a conocer sus días más hermosos.

Provincianos en la púrpura: Trajano y Adriano

Al menos se trataba de una novedad: por primera vez un hombre surgido de las provincias, aunque de vieja estirpe italiana, se alzaba hasta la cima de la romanidad. En verdad, bajo Vespasiano y sus hijos el Senado se había abierto mucho a los miembros de las grandes familias italo-españolas, que llegaron a ser muy influyentes, y esa apertura tuvo su importancia en la acogida que recibió el nuevo príncipe en la alta asamblea. ¡Qué largo camino desde los tiempos en que la vieja *romanitas*, crispada sobre sus privilegios, mostraba sus remilgos ante las pre-

tensiones de los italianos de convertirse en ciudadanos de pleno derecho!

Marco Ulpio Trajano había nacido cuarenta y cuatro años antes en Itálica, en Bética, no lejos de la moderna Sevilla (¡una visita que no hay que perderse!). Tras de sí tenía un excelente historial de servicios y una tranquilizadora reputación de lealtad, cosas que no necesariamente iban unidas. ¿Quién habría dicho que aquel enérgico militar, sin sutileza y sin humor, amado y obedecido por sus legiones y bastante atraído, sin embargo, por las viejas ánforas y por los jovencitos, iba a complacer a todo el mundo? Y antes que a nadie, al Senado, con el que siempre demostró su maña para salvar las apariencias, pero sin ceder ni un ápice de sus poderes, prácticamente absolutos y abiertamente «divinos». En primer lugar, se guardó mucho de comportarse como el primero de los altos funcionarios del Imperio y no se aprovechó demasiado de los signos honoríficos. Nada oriental, desde luego. La tentación ni siquiera le rozaba, un buen augurio a los ojos de la alta sociedad, tan ofuscada a veces por las maneras de un Calígula, Nerón o Domiciano. El ambiente era ahora muy distinto. No obstante, Trajano también supo complacer al pueblo, que le reservó además una acogida entusiasta. ¡Hasta los enfermos esperaban de él una curación milagrosa! ¿Qué cosa más natural, puesto que se veía al príncipe como un enviado de los dioses? Heredero de la enorme fortuna personal de las antiguas familias reinantes transmitida por su padre adoptivo Nerva, se sirvió de ella para realizar generosos repartos. Aun así, creyó hacer más y mejor llevando a término el proyecto de asistencia imaginado por su predecesor. En cada ciudad Trajano quiso crear un fondo fijo de préstamos para los propietarios de tierras, una especie de Crédito Agrícola, pero con la obligación por parte de sus habitantes de ingre-

sar de forma anual los intereses de estos capitales en una especie de caja permanente de asistencia. Esta institución se encargaba de servir pensiones alimenticias a los niños de las familias necesitadas. Se ha especulado mucho sobre los motivos de Trajano, pero el caso es que no se le puede negar su visión de futuro. Por una parte, los campesinos dudaban menos en tener hijos si el príncipe garantizaba los medios para educarlos. Por otra parte, el Imperio ganaría a su vez brazos para la agricultura, sector muy importante para el avituallamiento de las poblaciones, pero también para los no menos útiles soldados. En fin, el príncipe se manifestaba así como el primer evergeta, el primer benefactor del Imperio, cosa que le compensaba de forma natural. Tales son los famosos *alimenta* de Trajano, de los cuales ha hablado en numerosas ocasiones Paul Veyne aportando cifras precisas. A veces resulta que las buenas acciones son también una buena inversión, y salvo que se sea kantiano de estricta observancia, no me parece que haya que darle demasiadas vueltas al asunto de la «buena voluntad» del emperador y de sus sucesores, ya que el sistema le sobreviviría.

No deja de ser curioso que un texto del filósofo Dión de Prusia, vuelto del exilio y que ocupaba en la corte un puesto de consejero, nos explica que el contexto ideológico de esta institución de asistencia. Se trata de la *Euboica*, elogio del «buen campesino que vive sanamente y lejos de las ciudades» (adonde, se sobreentiende, no hay que acudir, porque ya hay demasiada gente). Allí, en el campo, se encuentra una felicidad campestre conforme a la naturaleza. Marcel Conche ha convertido a Dión en un cínico, aunque este último rasgo me lo representa más bien estoico. Ese precursor del «buen salvaje», cuya moda, entre paréntesis, no tardaría en extenderse en los medios literarios, ese campesino modelo, representa bastante bien al

ideal estoico. Por lo demás, ¿no aconsejaba ya Musonio Rufo a los jóvenes que aspiraban a filosofar que se hicieran pastores? Dión preconiza el retorno a la tierra y la vida campestre como la única vía capaz de asegurar a todos, ricos y pobres, una vida natural (según el orden) y en la cual cada uno vive en autarquía. En esta obra de propaganda, Paul Mazon ha visto un programa político destinado a reducir la superficie de las tierras baldías, con el objetivo de favorecer un poco a quienes tuviesen el valor de enfrentarse a ellas.

Trajano trasladó a la administración civil el gusto que sentía, cuando era general, por la organización, el orden y la logística. Toda institución tenía para él sus espaldas, que debían protegerse. Lo vemos bien tras el examen de la correspondencia que mantiene con Plinio el Joven, gobernador de Bitinia, un expediente inestimable que muestra la preocupación del emperador por el orden público y la buena gestión financiera, pero también por las franquicias de las ciudades y los derechos de los individuos. En los primeros años de reinado vemos a Trajano enfrentarse como buenamente puede a los efectos perversos de la manipulación monetaria de Nerón, que ya cuestionamos antes. En efecto, las monedas anteriores a la devaluación eran más ricas en metales nobles, más buscadas, hasta eran las únicas aceptadas por los no romanos en las transacciones comerciales, y por eso mismo, se atesoraban. Por si fuera poco, el denario de plata se había depreciado aún más con relación al oro. Según parece, Trajano remedió la situación «desmonetizando» las piezas anteriores a la devaluación y operando una renovación de la relación entre oro y dinero. No obstante, tales acciones no aportaban nada que pudiese aliviar las dificultades de la tesorería del Imperio. Había que encontrar, pues, y con la mayor urgencia, un medio para procurarse metales nobles.

Si descartaba la presión a las provincias, medida a la que se negaba Trajano, sólo quedaba una solución: la conquista y, por tanto, la guerra.

Los motivos se podían encontrar de inmediato. Por una parte, el reino dacio, que correspondía de forma aproximada a lo que hoy es Rumania, mal vencido por Domiciano, amenazaba más que nunca la frontera danubiana. El rey Decébalo se agitaba y pactaba inquietantes alianzas con sus vecinos. Por otra parte, el imperio parto constituía para todo el Oriente romano un peligro permanente. Desde 101, Trajano se dedicó, en primer lugar, a Dacia. La operación resultó difícil y tuvo que llevarse a cabo en dos tiempos. Una primera campaña en 101-102 condujo a la capitulación de Decébalo, y los romanos aprovecharon los tres años siguientes para reforzar las defensas fronterizas. En 105 la guerra se reemprendió con mayor vigor si cabe, a iniciativa de un Decébalo apoyado esta vez por sus aliados. Otra dura campaña, pero en 106 Trajano ya la había concluido. Decébalo, en fuga, se suicidó, y su reino anexionado se convirtió en provincia romana. Además, Trajano regresó a Roma con un botín extraordinario: ¡nada menos que 165 toneladas de oro y 300 de plata! Los problemas financieros estaban resueltos. Para hacerse una idea de esta operación y de sus efectos en la economía romana, habría que imaginar que el Tesoro público francés ingresara, de la noche a la mañana (y pido perdón a nuestros vecinos helvéticos) las insondables reservas bancarias de una Suiza que hubiésemos atacado y conseguido conquistar, mantener y explotar. Es una ocurrencia bastante fea, pero los romanos, sin duda, consideraron la iniciativa de su emperador como positiva, globalmente. La memoria triunfante de esos acontecimientos se inscribe en espiral en la extraordinaria columna Trajana (veinticuatro espiras, 29,50 metros),

donde los turistas, a riesgo de sus vértebras cervicales, pueden recibir instrucción sobre los uniformes militares, los altercados con los bárbaros y, en general, la vida cotidiana del legionario en campaña en los albores de aquel siglo II.

En esas circunstancias, Trajano ya disponía de los fondos con que financiar la segunda expedición que meditaba: vencer a los partos. Se ha de reconocer que era una aventura muy arriesgada. En primer lugar, el frente estaba lejos. De Roma Fiumicino al Éufrates hoy en día nos harían falta al menos cinco horas de avión. En la época representaba semanas de viaje y numerosas dificultades para el transporte de tropas, avituallamiento y materiales ofensivos. Cierto que en 106 la conquista y la anexión de Arabia, que se había convertido en provincia romana, permitía la instalación de una base en la retaguardia, añadida a las de Asia Menor. Aun así, aquel nuevo éxito no cambiaba el hecho de que los partos pasaban por ser enemigos muy incómodos. Su reputación de guerreros no era sobrestimada. Por último, ni aquellos parajes ni su clima tenían nada de hospitalarios. Quizá Trajano quisiera, al plantar tan lejos las águilas romanas, aparecer y verse él mismo como el nuevo Alejandro... ¡Eterno espejismo! César ya había acariciado aquel proyecto. Aparte de la gloria, estaba la perspectiva de las inmensas oportunidades económicas. En caso de victoria (y Trajano no contemplaba ninguna otra hipótesis), Roma se reservaba el provecho del comercio hacia la India y Extremo Oriente. El Imperio del mundo, ¡vaya perspectiva! Se preparó la expedición con mucho tiempo. Trajano concentró importantes efectivos, material y aprovisionamientos en Asia Menor. No faltaba más que el *casus belli*. Y una vez más lo encontró en Armenia. El rey parto Cosroes, violando el acuerdo firmado con Nerón, acababa de colocar como rey a uno de sus sobri-

nos, quien no contaba con la aprobación de Roma. Trajano aprovechó aquella ocasión y abandonó Roma en octubre de 113 hacia Asia Menor. Agrupó sus fuerzas en Siria y Capadocia y se abatió sobre Armenia, que pronto cedió. El detalle de las operaciones en la Alta Mesopotamia no nos es demasiado conocido. Se sabe, sin embargo, que los éxitos rápidos de Trajano le llevaron a apoderarse de Asiria y Babilonia (donde se habían establecido numerosos judíos después de la terrible guerra de Judea) y tomar Seleucia del Tigris y Ctesifonte. Después de estas campañas, los romanos, animados por sus victorias, descendieron hasta el golfo Pérsico.

No obstante, esa epopeya quedó en nada. Los partos, superando las disensiones dinásticas que les habían puesto a merced del invasor, se recuperaron y se aglutinaron en torno a Cosroes. Siguieron entonces una serie de dificultades y reveses para los ejércitos romanos. La situación se complicó todavía más con una brutal revuelta judía que causó miles de muertos en la Cirenaica, Egipto y Chipre. En 117 el contagio se extendió a todo Oriente. El emperador, agotado, tuvo que replegarse en dirección a Occidente, dejando a Adriano, el legado de Siria, el mando de los ejércitos y el cuidado de llevarlos a su punto de partida. La misión no era lo que se dice un regalo. Trajano moriría en Cilicia a principios de agosto de 117, a la edad de sesenta y tres años. Su sueño terminaba en desastre. Sus conquistas se habían perdido y el Éufrates volvía a ser, como antes, la frontera del Imperio. En resumen: su grandioso proyecto no había sido más que una pérdida de tiempo. Más tarde, otros creyeron llegado el momento de realizarlo y marcharon confiados hacia la antigua Babilonia, con la idea de ponerle fin. Avidio Casio, Séptimo Severo, encontraron en Ctesifonte los vestigios del paso de los ejércitos romanos en la aventura de 114-117.

Valeriano perdería allí la libertad, en unas condiciones humillantes. Algún otro, más adelante, creería durante un momento, a su vez, ser Alejandro... ¡Siempre el mismo vértigo! Sin embargo, el Juliano del siglo IV no será más que el nuevo Trajano, y el destino, por ironía de la historia, asignará a sus restos la misma tierra de Cilicia. Roma no llegaría a acabar jamás con el imperio parto.

Optimus princeps, el mejor de los príncipes. Con esta patente de excelencia pasaría Trajano a la posteridad. En todo caso, bajo su reinado Roma había alcanzado el máximo de su extensión territorial, empresa en la que habían sido necesarios más de ocho siglos. Volviendo al difunto Trajano, se observa que una cierta bruma difumina sus últimas voluntades. Subsiste una duda: ¿había adoptado a aquel sobrino-nieto, casado con su sobrina-nieta, salido también de Itálica y que respondía al nombre de Publio Elio Adriano? Al menos esa versión fue la que prevaleció, pero nos podemos permitir pensar que la promoción del legado de Siria debía mucho a Plotina, la mujer de Trajano. En las relaciones entre ambos existía una notable atracción, aunque es imposible afirmar nada más. La emperatriz había seguido con una atención calurosa la carrera de su candidato. Una vez muerto Trajano, ella sostuvo que su marido le había adoptado en su lecho de muerte. Aquello bastaba, aunque las malas lenguas aseguraban que Trajano ya estaba en el Olimpo cuando se llevó a cabo el acuerdo, y que Adriano debía más bien al poderoso partido de Plotina una adopción que, de alguna manera, había sido a título póstumo. Por lo demás, hacía mucho tiempo que se hablaba de él, en los medios mejor informados, como del próximo emperador. No faltaban competidores por otra parte, de quienes hubo que deshacerse con rapidez sin demasiados escrúpulos de conciencia, ya que habían

urdido una conspiración en 117. Adriano no estaba tan bien visto entre los militares como su predecesor, sin duda porque no era «militarista» y no creía en una expansión indefinida del Imperio. Aquella superficie formidable ya le parecía lo bastante difícil de mantener y defender, y ésa fue su principal preocupación.

Curiosa figura principesca la de ese hombre que llegó al poder con cuarenta y dos años, cultivado, loco por el helenismo hasta el punto de que se le apodó *Graeculus*, el pequeño griego, detalle que para los romanos, pensemos lo que pensemos, no era lo que se dice un cumplido. Consciente de la infinita diversidad del mundo a la cabeza del cual se veía, se puede afirmar que todo le interesaba. Buen poeta a ratos, amante de los grandes debates de ideas, en los cuales a la fuerza siempre acababa teniendo razón, ese hombre de encanto inquietante, accesible, a pesar de su matrimonio, a las gracias que encontraba en los adolescentes, no dejaba a nadie indiferente. Supo enfrentarse a los asuntos importantes, vigilar cada uno de los puntos de las fronteras, viajar de forma incesante (visitó absolutamente todas las provincias), vivir amores novelescos... Su vida tiene los rasgos de una gran novela de aventuras, cuyo clima intentan reconstruir las *Memorias* de Marguerite Yourcenar.

El Senado, que se encontró ante el hecho consumado de aquella sucesión, no tardó en lamentar que les hubiesen forzado la mano. Los senadores no se identificaban con aquel hombre fantasioso que, por así decirlo, no estaba nunca presente, y cuya excesiva cortesía les hacía dudar de su autenticidad. Lo encontraban altanero, cortante, con un humor burlón en la mirada. Para él, no había duda de que la alta asamblea debía contentarse con cumplir la función de comparsa. Contrariado, el Senado se refugió en la mala voluntad. Aquel emperador

les resultaba insoportable. La reacción es comprensible, ya que hay que resaltar que con ese «trotamundos» se acabó la obra administrativa emprendida el siglo precedente por el emperador Claudio, una operación con la que el Senado perdía los poderes que le quedaban en ese dominio. Como bien ha observado Stéphane Gsell, fue Adriano quien puso a punto de forma definitiva los engranajes del aparato monárquico. Había comprendido a la perfección que una extensión de territorios semejante, con tantas diferencias de espíritu, religiones, costumbres, etc., exigía para convertirse en un todo la omnipresencia de una organización burocrática. A condición, sin embargo, de que los jefes de servicio no fuesen unos chupatintas vulgares, sino especialistas altamente calificados, para quienes se crearía un escalafón nuevo en la orden ecuestre. Así pues, era necesario que la administración central inspirase un máximo de consideración y no se convirtiera en un reducto de arribistas de baja estofa. Más libertos, pues, en los puestos clave, aunque caballeros. Así fue como empezaron a ingresar juristas de renombre en el consejo imperial. Los textos de las leyes ya no los iban a redactar aficionados sino auténticos especialistas. Entre paréntesis observamos que en este reinado la legislación se hace más humana, más sensible a la equidad. Un efecto, sin duda, de esa *philantropia*, ese amor por el género humano que poco a poco se integra en el pensamiento espontáneo de los hombres de aquellos tiempos. Además, asistimos a la estatalización progresiva de la percepción de los impuestos, en detrimento de las jugosas prebendas de la explotación agrícola privada. Es también la época de la reglamentación de las explotaciones mineras, agrícolas, etc. Adriano introduce más estatalismo en el funcionamiento del Imperio, y se atrae de ese modo la enemistad de aquellos simpáticos chanchulleros aho-

ra desposeídos. Y dicho esto, ¿qué ocurrió con la supuesta organización por parte de Adriano de un cuerpo de informadores, los famosos *frumentarii*, que le habrían hecho las veces de servicio secreto? Se ha creído en su existencia durante largo tiempo a partir de un pasaje de la *Historia augusta*, un texto posterior en trescientos años a los acontecimientos. Yo mismo me sentía inclinado a pensarlo hasta que los descubrimientos recientes de la erudición concernientes a la *Historia augusta* me han hecho cambiar de opinión. Es cierto que Adriano debía disponer de sus informadores. Que utilizase a los *frumentarii* o intendentes militares para encargarles misiones, ya que debían desplazarse mucho, también es muy posible. Sin embargo, como demuestra un estudio decisivo de François Paschoud, aparecido en 1983, sería imprudente atribuir a Adriano la creación de un servicio secreto estructurado, una administración que apareció, y de eso todo el mundo está seguro, en el Bajo Imperio, y sobre todo, como yo mismo he demostrado, con el imperio cristiano.

Los numerosos desplazamientos de Adriano no procedían, como pensaban un poco a la ligera los senadores, de la inquietud de alguien inestable, sino que constituían otras tantas giras de inspección, que permitían al emperador hacerse una idea mucho más ajustada y sobre el terreno de las necesidades estratégicas, económicas y administrativas de las distintas regiones, a las que en general respetaba la identidad cultural, dado que eso no presentaba peligro alguno. Si Grecia se llevó la mejor parte, en la medida en que la consideraba como patria de su alma, si embelleció notablemente Atenas, de la cual quería hacer una capital intelectual, se cuidó mucho, sin embargo, de admitir en el Senado romano a tantos griegos como había hecho su predecesor. Adriano no mezclaba jamás los sentimientos, la

alta cultura y la política, que quería de manera del todo deliberada romana. Además, no era bueno rebelarse contra la influencia de Roma, que él contemplaba como el orden querido por los dioses, o al menos por los destinos. La gran rebelión judía de 117, que tanto molestó a Trajano en su última campaña contra los partos, ya había sido aplastada sin dudas ni piedad alguna. En el lugar de la antigua Jerusalén arrasada, Adriano había hecho construir la colonia de Aelia Capitolina, una ciudad nueva y pagana en la cual los judíos tenían prohibida la estancia. Un templo dedicado a Júpiter reemplazaba a partir de entonces al Templo de Salomón y de Herodes. Los ritos de la circuncisión y del sabbat estaban prohibidos. Estos excesos provocaron una insurrección en 132, capitaneada por un tal Bar Kocheba, y numerosos romanos perecieron masacrados. Fueron necesarios más de tres años para acabar con Judea, cuyos indígenas serían dispersados. El recuerdo de esa represión seguiría vivo en la memoria de los judíos, y Roma tendría que contar todavía durante largo tiempo con unos pocos proscritos decididos a una resistencia eterna. Se llevaron a cabo también operaciones de cierre en los distintos puntos calientes de las fronteras: en el frente danubiano o en Gran Bretaña, donde un muro altamente fortificado en varios planos separaba los territorios romanos de los bárbaros del norte... Hoy en día todavía se pueden ver imponentes vestigios en la región de Carlisle. Toda la política exterior de Adriano está ahí, realista y lúcida. Ya no se conquista, sino que se preserva. Su reino marca un punto de inflexión.

Por último, y para que no falte nada a la imagen que uno se puede formar de ese hombre fuera de lo común, atractivo e irritante por igual, hay que evocar dos detalles. Primero, su vertiente de esteta que le hizo reunir en las ciento veinte hec-

táreas de su propiedad en Tibur, la actual Tívoli, veinticinco realizaciones arquitectónicas inspiradas en lo más bello y original con que contaba el Imperio. Hoy en día, la Villa Adriana es todavía un lugar de ensueño. Por otro lado, está también la aventura de Adriano con Antinoo, bello en exceso, cuyas formas gráciles y rasgos más bien sosos se pueden contemplar en el museo del Capitolio. Le descubrieron ahogado de misteriosa manera en el Nilo y el emperador se puso enfermo. Los honores que hizo rendir a su favorito y la ciudad que dedicó a su memoria evocan su paranoia o, cuando menos, su obsesión. Adriano, por desgracia, envejeció mal. Pasada ya la sesentena y afligido por un mal misterioso cuyos dolores cada vez le dejaban menos respiro, se vio perdido. En 136 adoptó con el nombre de Elio César a un tal Ceionio Cómodo, que había nombrado gobernador de Panonia. ¿Por qué ese libertino arruinado, tísico además, y que no gustaba a nadie? En *Pasión y política en los Césares*, Jérôme Carcopino, intrigado, defiende la hipótesis de un parentesco oculto. De ser cierto, ese aristócrata oscuro pudo ser un bastardo del emperador. Hans-Georg Pflaum se inclina más bien por otra explicación, que yo personalmente prefiero. Seducido por la excepcional seriedad de un muchacho llamado Marco Anio Vero (el futuro Marco Aurelio), Adriano deseaba nombrarlo sucesor. Sin embargo, había que esperar a que el chico creciese, porque sólo tenía doce años. En la mente retorcida de Adriano tomó forma la idea de una rara combinación. Aquel Ceionio, de quien todo el mundo sabía que no llegaría a viejo, le pareció conveniente como emperador de transición. La idea era buena, a condición, no obstante, de que Ceionio durase el tiempo requerido, porque en el año 138, el triste Elio César acabó de echar por la boca sus pulmones destrozados por los pantanos de Panonia. Adriano dirigió enton-

ces su mirada hacia un tal Antonino, una de las mayores fortunas de toda Roma. Era un hombre anciano y distinguido, que a buen seguro desempeñaría un buen papel. Lo adoptó con la condición formal de que él mismo adoptase a dos jóvenes: el gentil Marco y también a Lucio Vero, hijo del difunto Elio César. Sin embargo, los dioses no dispusieron así las cosas. Después de haber liquidado un último complot que había aireado, Adriano, baldado, murió el 18 de julio de 138. El supuesto emperador de transición Antonino se mantendría en su puesto durante veintitrés años.

La paz romana: mitos y realidades

Con la pujanza de Roma en su apogeo, detengámonos el tiempo suficiente para contemplar un hecho que se produjo una vez y no se volvió a repetir. Pronto, al cabo de pocos años, el período de las altas presiones en las fronteras comenzaría de nuevo y la vida sería distinta. El Imperio era grande: 3.300.000 km^2, a mediados del siglo II. El Mediterráneo era un lago interior a cuyo alrededor vivían de sesenta a setenta millones de seres humanos muy distintos. Debemos desechar de entrada una ilusión: aquella gente estaba muy lejos de corresponder a ese tipo de romano comodín, sin espacio ni tiempo, que el cine nos impone como parecido siempre a sí mismo, ya sucedan los hechos en la Roma de la época de Nerón, en Nicomedia con Diocleciano o en cualquier otro lugar y con cualquier otro emperador. Como si se hubiese dado, en ese espacio-tiempo imaginario, un lugar único, una vasta Roma que se extendiese desde el norte de Gran Bretaña hasta los pies de los Aurès y desde Mérida hasta las orillas del mar Negro. Esa unidad sólo

existió en nuestra fantasía y sería equivalente a aquella que, dentro de dos mil años, equiparase a todos los franceses desde los tiempos de Montaigne a los que vivían bajo Napoleón III o Charles de Gaulle. Cierto que nos vemos inducidos a generalizar por la similitud del decorado, aunque también eso no es más que aparente, como nos recordarían los arqueólogos. Siempre las mismas columnas, pórticos, anfiteatros, mosaicos... En parte es verdad, pero cada provincia conservó la mayoría de sus instituciones anteriores, así como sus formas de vivir y su lengua, cuanto hoy en día tomamos por folklore y que era, de hecho, su identidad, su tipo de civilización, desarrollada en el interior de una civilización más vasta, de vocación universalista, que la sumaba a todas las demás. Es verdad que a la larga, y como por contagio, se dibujó un cierto universalismo, pero éste no consiguió borrar las particularidades de unos y otros. Tal o cual villa se disponían a parecerse a una Roma en miniatura, orgullosas de sus monumentos a la romana, de su ilustrísimo Senado local, de sus magistrados, etc., y eso les parecía a todos estupendo en la medida en que disfrutaban de una vida mejor. Las condiciones particulares de cada provincia, desde este punto de vista, son pues, desiguales. Eso, se debe sobre todo, al estado de desarrollo y de civilización en que las sorprendió la conquista. Atenas no era Lutecia y York no se parecía en nada a Alejandría. Los autóctonos no cambiaron de cultura ni de temperamento como por ensalmo. Su inserción también dependía de la permeabilidad mayor o menor de las poblaciones a la romanización. Ya se ha comprobado en el caso de Judea, que no llegaría a adaptarse jamás, mientras que en Grecia se llevó a cabo de manera excelente. Otro factor de universalismo fueron las religiones. Las devociones locales no cambiaron ni un ápice, es cierto, pero los dioses de tal o cual lugar

disponían ya de su sucursal en Roma y de antenas un poco por todas partes. Tendía a instaurarse un culto suplementario animado por la propaganda, el culto de Roma y de los divinos emperadores, pero éste no suplantaba a ningún otro y, más bien al contrario, se asimilaba en mayor o menor medida a las divinidades que ya existían con anterioridad. Trajano actuaba como Heracles, para tomar un ejemplo bastante reciente. Pronto los cultos llamados «misterios», así como el cristianismo, se propagaron a cualquier localidad.

Otro tópico, cinematográfico o más bien iconográfico, falsea asimismo nuestra representación. Un romano es, ante todo, un señor que vemos con un casco, escudo y lanza, y parece como si los civiles de aquellos años debían encontrar una patrulla cada cien metros. En resumen, se intenta dibujar el Imperio un poco con la misma imagen de Francia bajo la ocupación alemana de 1940-1944. Ahora bien, ¿cómo habrían podido pagar a todos esos soldados? Desde Augusto, los efectivos no habían aumentado demasiado y nada indica que se pasara nunca de los 350.000 hombres. Se trata de un número algo escaso para 10.000 kilómetros de fronteras, y es fácil comprender que tenían cosas mejores que hacer que ir paseándose por las calles o los campos. Como es lógico, también en este caso la situación es diferente según las regiones. Existen sectores de alto riesgo que conviene reforzar y rincones tranquilos donde no se ven demasiados soldados, excepto en las villas de guarnición. Además, los emperadores no desean que haya fuertes concentraciones de tropas, pues temen un golpe de estado, un peligro a menudo mayor que la invasión bárbara... Ya hemos visto lo que pasó el famoso año de los cuatro emperadores. En cuanto a la población, tampoco deseaba en realidad encontrarse con tropas cada dos pasos, ya que el prestigio de los soldados no era excesivo.

Contra la idea que hace de todo romano un ser belicoso y un camorrista permanente, René Martin ha atraído la atención hace poco sobre lo que él denomina «la literatura latina subversiva». Si existió el romano de Corneille o de Péguy, también se dio el romano antimilitarista, que odiaba la guerra y se burlaba del ejército. Desde luego, en las ciudades con guarnición el militar ocupaba el rango superior, mientras en el campo, el campesino temía siempre la movilización, no necesariamente correcta en sus formas ni segura en sus consecuencias. Se prefiere, pues, guardar las distancias con esos suboficiales «que apestan a macho cabrío», como precisa con amabilidad Perse, con «sus pantorrillas varicosas» y su ausencia de preocupaciones por lo que respecta a los derechos del hombre y del ciudadano. Si os pisan un pie con sus grandes zapatones dejando un clavo como recuerdo, como le ocurrió a Juvenal, más vale guardarse el hecho y evitar presentar una queja ante el preboste. Juvenal, en todo caso, lo desaconseja vivamente: «Cuando un civil ha sido vapuleado, se lo calla y no se arriesga a enseñar al pretor sus dientes sueltos, su rostro aporreado, negro y con edemas lívidos, y su ojo (el que le queda) sobre el cual los médicos no quieren pronunciarse. Cuando tiene la pretensión de que se haga justicia, se le designa como magistrado a un par de zapatones y unas fuertes pantorrillas encaramadas a un estrado desmesurado... Hay que ser tozudo como una mula, cuando no dispone uno más que de sus dos piernas, para ir a restregarse contra todas esas gruesas sandalias con clavos...». En cuanto a la posibilidad de réplica, más vale descartar la hipótesis. Ese texto, junto a otros del mismo estilo, permite hacerse una idea de la *pax romana* a partir de su rostro oculto. Una vez más, el soldado es una figura mucho más rara de lo que parece, hecho que explica, por otra parte, que el campo, ais-

lado de manera trágica, no sea un espacio muy seguro (como tampoco las ciudades) una vez acabado el día. Como he mostrado en otro lugar, cuando se trata del Imperio romano hay que deshacerse de la imagen por completo falsa de un estado policial. Aventurarse fuera de casa para realizar un viaje que conste de varias etapas es y seguirá siendo siempre una decisión que se duda en tomar, merecedora de reflexión.

En efecto, en las vastas zonas rurales la inseguridad es endémica. El viajero está siempre a merced de uno de esos grupitos de malhechores de los cuales la novela de Apuleyo, que pronto volveremos a encontrar, *Las metamorfosis*, nos permite compartir la vida. Éstos ejercían en el Peloponeso, donde practicaban emboscadas en las gargantas desiertas, asaltos a mano armada, ataques con éxito a residencias o granjas y todo dentro de un buen ambiente profesional. Muchos documentos nos dejan entrever, detrás del noble decorado de la *romanitas* sólida y estructurada, una verdadera contra-sociedad igual de bien organizada, atrincherada en lugares vigilados e inaccesibles, de donde surgen acciones puntuales de comandos técnicamente muy preparados. Los malhechores que retrata Apuleyo no parecen encontrarse con demasiadas fuerzas policiales en el curso de sus peregrinaciones. No tienen otra cosa que temer que la autodefensa, si bien ésta, para ellos, es un peligro real, ya que los campesinos tampoco se andan con remilgos. Atrincherados en sus granjas bien defendidas, lanzan sobre todo lo que se mueve unos perros del todo disuasorios, de modo que ocurre a veces que el viajero inocente es quien recibe sus prestaciones... En tales condiciones, uno se lo piensa dos veces antes de resignarse a realizar un desplazamiento. Ni siquiera un alto funcionario se lanza a ello sin correr riesgos. Una inscripción de Lambesa, en Numidia, recuerda que un general, deseoso de ir a ver

sobre el terreno lo que podía fabricar un ingeniero militar enviado de misión y de quien no tenía noticias, cayó él mismo también en manos de los facinerosos que le habían asaltado y dejado muy malherido. El episodio evangélico del buen samaritano, escogido por Jesús para hacer comprender en qué consistía la caridad, no debía gran cosa a la invención. Todos los días se sabía de desgracias de ese tipo ocurridas a los pocos valientes «que iban desde Jerusalén a Jericó...». Los textos aconsejaban al viajero que no se pusiera en marcha sin haber redactado su testamento. En la ciudad, más vale quedarse tranquilo detrás de la puerta, cerrada a conveniencia y bajo la custodia de los esclavos, si son fieles, y del perro. Si en Roma las patrullas de vigiles hacen rondas, éstas no son tan frecuentes como se podría pensar. Juvenal se queja ya de que la policía siempre esté en otro sitio y nunca donde se la necesita: «Mientras las patrullas en armas hacen reinar la seguridad junto a los pantanos Pontinos y en el bosque de Gallinaria [en las afueras], los malhechores caen sobre la ciudad como si fuera su presa...». Sin contar con las cuadrillas de alegres jovenzuelos, por lo general de buena familia, y por tanto muy condenables, que se divierten vapuleando a los viandantes y dejándolos en triste estado, o sea, KO. Si pensamos que las ciudades son de hecho un laberinto de callejuelas de menos de tres metros de ancho, cruzadas a traición por piedras grandes que permiten vadearlas cuando llueve a cántaros, y que están oscuras como boca de lobo, adivinamos que era problemático hacer maniobrar por allí de forma útil una escuadra... Vale más, desde luego, acostarse temprano o, si hay que salir a cenar a casa de algunos amigos, ser escoltado por esclavos recios, portadores de antorchas y de garrotes. Durante el día los paseos son más seguros, a condición de evitar los barrios de mala fama. Se arriesga uno, sin embargo, a que le

desvalijen en los establecimientos de baños, donde hormiguean los carteristas, o peor, en los numerosos burdeles, donde las damas tienen a sus amiguitos siempre al acecho de los clientes confiados. Nada que difiera demasiado, desde ese punto de vista, a la Roma de hoy en día o el París nocturno.

Los diferentes territorios del Imperio están unidos a Roma y entre sí no sólo por el mar (al menos en la temporada buena), sino también por una red de carreteras muy importante, alrededor de setenta y cinco mil kilómetros, y más de una de nuestras modernas vías de comunicación no han hecho más que seguir su trazado. El mantenimiento estaba asegurado, en gran medida, por las comunidades urbanas situadas en el trayecto, carga nada ligera por otra parte. Esas grandes vías, con una finalidad en primer término estratégica, fueron provechosas, como es evidente, para los intercambios comerciales y para el correo público o *cursus publicus*, cuyo funcionamiento se explica con detalle en un trabajo de Catherine Salles. Los relevos permitían cambiar de caballos cada doce kilómetros más o menos, y en las distancias superiores a una jornada entre centros urbanos, se hallaban unas casas de postas a disposición de los usuarios, oficiales o privados, con restaurante, habitaciones, establos y talleres de reparación para los vehículos. La importancia del servicio postal había incitado a Trajano a crear un cuerpo de funcionarios especializados, que pareció justificar a los ojos de Adriano la erección del servicio en prefectura. Altos funcionarios dirigían desde Roma los diferentes distritos de la red. Si la velocidad media del correo era de 75 kilómetros por día, en caso de urgencia, se podía llegar a doblar incluso esa distancia. Los transportes importantes, como es lógico, eran mucho más lentos. Con posterioridad el cuerpo de carteros, personal que tenía que desplazarse a menudo y conocía a mucha gente, constitu-

yó una reserva de agentes encargados de misiones de vigilancia o de información.

Un último toque a este cuadro del Imperio en su apogeo: la cuestión de las lenguas. Otra idea que tenemos que desechar es la supuesta unidad lingüística de este inmenso conjunto. Según uno viviese en Occidente o en Oriente, era el latín o el griego el idioma que dominaba como lengua administrativa y de intercambio, precisando que en Occidente el griego seguía siendo el vehículo cultural por excelencia. Por otra parte, el griego utilizado es lo que se llama la *koiné*, lengua «común» gracias a la cual uno se hace entender. Los medios cultivados hablan las dos lenguas o cuando menos hablan con normalidad una y se defienden en la otra. Incluso, según afirma Bruno Rochette, existen manuales de conversación con la pronunciación figurada. No obstante, en las provincias prevalecen los idiomas locales. Y ahí debemos distinguir también las ciudades y el campo, como ha subrayado MacMullen: «En las ciudades, el romano o el griego siempre conseguía hacerse entender, pero en cuanto salía de ahí, un acento mucho más cerrado cedía su lugar de forma progresiva, kilómetro a kilómetro, a una total ignorancia de las lenguas dominantes. En lugar de éstas se hablaba arameo, frigio, árabe, púnico, bereber, tracio». La lectura de los Hechos de los Apóstoles, cuando se evoca la reunión en Jerusalén, para Pentecostés, de los judíos procedentes de todas partes, resulta muy instructiva a este respecto, y el autor sagrado se ve obligado a dotar a los apóstoles del don de lenguas sin el cual habrían tenido, al parecer, graves dificultades para dar a entender el mensaje evangélico. Sin necesidad de recurrir a lo sobrenatural, esta diversidad de idiomas ha supuesto a los traductores muchos problemas, porque fue necesario verter los textos sagrados, judíos o cristianos, a otras lenguas, es decir, a

otros sistemas de pensamiento, con el fin de asegurar una difusión más amplia. Esto sólo se consiguió al precio de numerosas contradicciones, de las cuales sólo se apreciarían los efectos a lo largo de los siglos. Muchos exégetas podrían decírnoslo.

Una vez bien comprendida esta circunstancia, podemos apreciar bastante mejor los grandes textos de la época que alaban los beneficios de la *pax romana*. Una literatura de la que sólo podemos citar algunos pasajes, ya que todos apuntan en el mismo sentido. En primer lugar tenemos a Plutarco, griego de Queronea, prelado del templo de Apolo de Delfos y como tal superior jerárquico de la famosa Pitia. A este filósofo, de gusto más bien platónico, le tocó hacer los honores del santuario a Nerón, que estaba de paso. Encargado de diversas misiones en Roma, había dado conferencias incluso con Domiciano, pero tuvo la excelente idea de regresar a su casa en el año 92. Magistrado activo en su patria chica, conocía bien la situación de las ciudades griegas y deseaba que dispusiesen de un máximo de autonomía en el interior de un protectorado romano al fin provechoso. Eso no basta para convertir a Plutarco en un «sucio pequeño griego colaboracionista», como dijo Françoise Xénakis para reírse un poco de él. No, él era realista, había tomado la medida de la situación. ¿Y qué fue lo que dijo? Esto: «Me alegro y me felicito por esta tranquilidad, que es la nuestra, ya que reina en todas partes una gran paz y una gran calma; toda guerra ha llegado a su fin, y no se ve ya ni emigración ni revuelta alguna, ni tiranías, ni esas otras enfermedades y plagas endémicas de Grecia...». En resumen, ahora que los romanos están por todas partes y, sobre todo, aquí, los griegos no se devoran entre ellos, según su costumbre ancestral. Algo similar ocurre con Epicteto, un verdadero estoico, instalado en Nicópolis desde que Domiciano expulsó de Roma a los filó-

sofos. Él al menos no es sospechoso de colaboracionismo con el ocupante y se burla de las ventajas y honores de la subprefectura. No le importa decirlo a todas horas y en público. ¿Y qué cuenta a sus discípulos? «Pensad que César parece procurarnos una gran paz: ya no hay más guerras ni combates, no hay más bandidos ni piratas, se puede viajar en todas las estaciones y navegar de Oriente a Occidente...» Ahí Epicteto se aventuraba mucho, y podemos apostar a que no salía demasiado de su casa. La misma canción entona el sirio Elio Arístides, un retor. En su *Elogio de Roma,* encuentra acentos líricos para cantar a la única ciudad en la historia de los pueblos y los imperios que ha sabido poner la fuerza al servicio de un derecho que ahora se impone de un extremo al otro del mundo civilizado. Vale la pena transcribir el pasaje: «Mientras es grande y poderoso en extensión, vuestro Imperio es más grande aún por la exactitud minuciosa de su administración que por el perímetro de su territorio... No hay invasión violenta ni pérdida irreparable suscitada por las deserciones; el dominio del rey [o sea, el César] no es una palabra vana, su territorio no es de aquellos que pueden apoderarse de él; los sátrapas no se baten entre ellos como si no hubiese rey; las ciudades no se separan tomando partido las unas de un lado, las otras de otro... Como una flauta purificada por una buena limpieza, así todo el mundo habitado, con más justicia que un coro, devuelve un solo sonido... Aquellos que fueron enviados para gobernar las ciudades y los pueblos están cada uno a la cabeza de los que se han colocado bajo su autoridad, pero en lo que concierne a ellos mismos o en lo que concierne a sus relaciones mutuas, todos son igualmente sujetos, e incluso se podría decir que se distinguen de sus administradores en que son los primeros en mostrar cómo conviene obedecer al gobierno. ¡Tan grande es el temor que

ha inspirado a todos el gran jefe que sustenta universalmente el primer rango! Así, ellos piensan que éste sabe mejor que ellos mismos lo que hacen... La democracia común de la tierra se ha establecido bajo la autoridad de uno solo, el mejor, que asegura el orden, y todos vienen como hacia el *ágora* [la plaza pública, el foro; en España, la plaza mayor] para obtener cada uno lo que merece...». Se ha de añadir que todo esto procede de la constitución que los romanos se han otorgado a sí mismos y que se une a las leyes universales del mundo (¡reminiscencia estoica!) de modo que, como él dice: «Vosotros sois los únicos en gobernar, por así decir, según la naturaleza». En resumen: el orden del Imperio une y cumple el orden de las cosas. ¿Se puede pedir más? Años después, san Ireneo de Lyon que, dicho sea de paso, murió mártir, reconocería: «El mundo tiene la paz gracias a los romanos, y nosotros circulamos sin temor por las carreteras y navegamos por donde queremos».

Impresionante convergencia la de esos textos que emanan de personalidades, sin embargo, muy distintas, aunque todas orientales. Con las reservas que ya he mencionado hay que reconocer, por tanto, que la paz reina y que es percibida como un don de Roma. Incluso en la inspiración artística sería vano buscar en tiempos de Adriano, una evocación del oficio de las armas, como ha observado B. Andreae. El Imperio está tranquilo. De un extremo al otro del mundo civilizado, de Gran Bretaña a Egipto, de Cartago a Éfeso, de Gades a Colonia, hay paz. Se circula por buenas carreteras; el Mediterráneo es seguro. En todas partes donde uno se detiene se observa la misma arquitectura seria, elegante, de una tranquilizadora uniformidad dentro de su diversidad. Todo está hecho y pensado para durar. Y a través de cada uno de esos bienes, que sin duda son un don de los dioses, se impone la idea que los estoicos y los

cínicos ya habían acreditado: la humanidad es una sola, el mundo es uno solo, y todas las partes del Imperio, por diferentes que sean por sus costumbres, lenguas o sensibilidad, conspiran para formar una bienaventurada unidad.

Las fuerzas del espíritu

En cuanto a la producción literaria, la época es muy bella en todos los campos. La historia, como es imaginable, queda representada en Tácito. Nacido con Nerón y muerto, por lo que se sabe, al principio del reinado de Adriano, se cree que era nativo de la Narbonesa. Su carrera con los Flavios y después con Nerva, Trajano y Adriano fue deslumbrante. Gobernador de Asia al final de su trayectoria, por desgracia, desaparece de nuestros ojos. Aparte del *Agrícola*, del que ya hemos hablado, publicó la *Germania*, cuyos análisis fundados sobre la etnología tomarían un siglo más tarde valor de advertencia. Si había un peligro para la Roma eterna vendría de esos pueblos rudos y libres. En sus páginas aparece otra vez el tema de la «sana naturaleza», que como he dicho estaba de moda en la época. Sin embargo, lo más potente de su obra son las *Historias* y los *Anales*, de los que se ha de lamentar una buena pérdida. Son obras de historia contemporánea. La primera cuenta los acontecimientos desde la caída de Nerón hasta la muerte de Domiciano y la segunda vuelve a los Julio-Claudios, y se detiene para nosotros en la muerte del filósofo Traseas, condenado con Nerón. Familiarizado con la filosofía, estoico de corazón pero abierto a la Academia, Tácito sobrepasa de un plumazo las complicaciones laboriosas de los analistas. Es el vuelo del águila. Reflexiona sobre lo que ha leído, y ha leído

lo mejor. Relata los hechos y escruta las intenciones con filosofía de la historia, y detalla los retratos con psicología. Su finura inspiró a Corneille y Racine. Su obra es, desde luego, la de un partidista, nombrado senador y orgulloso de serlo, que toma partido por la alta asamblea contra los príncipes que la han humillado, pero siente rabia al verla vulnerada de continuo por su apatía. Persigue una intención política y moral. Desea que se reflexione sobre el régimen, sobre ese principado convertido en inevitable por la inmensidad de los territorios conquistados y por el envilecimiento correlativo de los conquistadores. Inevitable, sí, pero duro de soportar por la propensión de los Césares a la tiranía pura y simple. Sin embargo, ¿qué alternativa le queda a Roma? Tácito es lúcido, y si se propone servir es mediante la producción de algo semejante a un tratado de buen uso de esa enfermedad, como diría Pascal. Jean-Marie André y André Hus tienen razón cuando opinan que se trata de un «tratado de las virtudes para el uso de la aristocracia». Sabiduría y desesperación, en el fondo, que se unen a menudo a la tragedia antigua; esplendor del estilo en su concisión temible. Los retratos son a menudo obra del genio y del odio; los cuadros, de púrpura y de sangre. Hay que leer y releer a Tácito si se quiere saber qué fue la Roma de aquellos tiempos para un aristócrata, para un senador. Sólo existen para él los cientos o miles de personas que componen su medio. La mirada de Tácito no llega hasta la plebe, despreciable *a priori*, o más bien su mirada la atraviesa, porque no es nada y, por lo tanto, no tiene nada que decir al respecto. Sin embargo, ninguna circunstancia se lo habría impedido, porque supo describir muy bien a los pueblos bárbaros en la *Germania* y a los judíos en el libro V de las *Historias*. Ahora bien, no se trataba de romanos, por supuesto...

Suetonio no escribe desde esas alturas. No se lo habría podido permitir porque no era más que un caballero. ¡Un dato importante! Nacido hacia 75, tuvo la suerte de ser nombrado con Adriano secretario particular del príncipe, bibliotecario en jefe y, finalmente, director del servicio de la correspondencia. Puesto agradable para un hombre que no había brillado hasta el momento en ningún dominio en particular. El emperador, que durante un tiempo se interesó por él, le abrió los archivos imperiales y después, de pronto, le puso en la calle por haber mostrado a lo que parece una excesiva familiaridad con la emperatriz. ¡Proviniendo de una persona a la que se había prometido la apoteosis, aquello era cuando menos imprudente!

No obstante, durante esos años Suetonio ya se había documentado con exhaustividad y pudo lanzarse al único género que le fue permitido: la biografía. En su *Vida de los doce Césares*, que va desde Julio César hasta Domiciano, vertió una serie infinita de indicaciones (nos sentimos tentados de decir «fichas») sobre la familia de cada uno de los príncipes, cuanto su herencia puede explicar de su carácter, su infancia, su reino, su perfil y su fin. Tácito era un hombre del Senado; Suetonio lo es de la orden ecuestre. Se tiene la impresión de que juzga a los emperadores en función de su actitud hacia los caballeros. Cada vida abunda en anécdotas, en prodigios en los que da la impresión de creer a pies juntillas, y en detalles escabrosos. Se complace en ello con notoriedad. No juzga, ni siquiera cuando atribuye horrores verdaderos o supuestos a los soberanos. Esa colección de habladurías, que a menudo se reducen a cotilleos, a veces vienen bien, al menos en parte, para completar ciertas lagunas en los textos de Tácito. Sin embargo, tanto en un caso como en el otro vale más no esperar de las historias antiguas esa objetividad que es requisito (¿o ideal?) de la ciencia histórica moderna.

La historia es también el género de Flavio Josefo, cuyo verdadero nombre era Joseph ben-Matathias-ha-Cohen (dato que significa una familia sacerdotal), y que toma parte de forma indolente en la gran guerra de los judíos contra Roma antes de su rendición. Convertido en protegido de Vespasiano y de Tito, de quien toma el nombre de Flavio, escribe la historia de la última guerra y de su pueblo. Nos legó *La guerra de los judíos*, crónica de los acontecimientos de 66-70 vistos desde una óptica romana; las *Antigüedades judaicas*, donde retrata la epopeya del pueblo hebreo desde la Creación hasta la guerra de 66-70; el *Contra Apion*, crítica de los historiadores griegos y orientales y apología del judaísmo, y, por fin, un alegato *pro domo*, la *Autobiografía*, que ocupa desde su infancia hasta el reino de Domiciano. De él se puede decir que es un «colaborador» que deseaba la victoria de Roma (¡pero recordemos a la reina Berenice!), preconizaba la capitulación y se asimiló con generosidad a la *nomenklatura* flavia. Personaje turbio. ¿Traidor o realista deseoso de preservar la herencia religiosa e histórica de los hebreos, a la cual parece ardientemente unido? No se ha dejado de discutir este tema con pasión.

Este siglo es también el de Plinio llamado «el Joven», sobrino del naturalista. Nacido bajo Nerón, murió con probabilidad en la época de Adriano e hizo la carrera modélica de todo romano de buena familia, incluido el Senado. Ocupó diversos puestos en la alta administración, entre ellos la dirección de los servicios del Tíber, que comportaban la prevención de las peligrosas crecidas del río, y una misión extraordinaria en Bitinia, sin duda con el fin de recuperar una provincia mal administrada. Debido a ese motivo, tenemos acceso al correo oficial que mantenía con Trajano, que sigue siendo el mejor testimonio de la administración de su época. Sobre todo encontramos

el famoso intercambio de notas con el emperador acerca del tema de las comunidades cristianas de la región: ya volveremos a ello más adelante. Plinio escribió también un manifiesto político, el *Panegírico de Trajano*, en cuyas páginas se afirma esa ideología imperial de la cual vamos a hablar muy pronto. Por último, disponemos de una voluminosa correspondencia con su mujer y con una multitud de amigos de su medio, entre ellos Tácito y Suetonio. Esas cartas tan agradables de leer, escritas día a día, son para los historiadores un verdadero yacimiento de datos sobre la política, la vida intelectual, artística y filosófica de la época, sobre el ambiente religioso también, y las mil naderías de la vida cotidiana. El relato hora por hora de la muerte trágica de su tío naturalista durante la catástrofe del Vesubio, en 79, es de una sencillez desgarradora. Plinio posee todo el encanto de una época feliz: las pasiones toman con él un aspecto burgués, la filosofía se ve diluida en una amable comodidad intelectual y da lugar a unos retratos hagiográficos muy alejados de las grandes figuras estoicas o cínicas del pasado reciente. Es el discreto encanto de una aristocracia que vive de las rentas de su gloria.

El poeta de la época es Juvenal, poco más o menos contemporáneo de Plinio. Ese campaniano, hijo adoptivo de un liberto, ataca en sus *Sátiras* las ridiculeces y taras de la sociedad de su época. Todo cabe allí: los manejos de los parásitos marrulleros en busca de una ascensión social que les sacase de apuros, las costumbres poco edificantes de algunas damas, la precariedad de las profesiones liberales (¡qué nos va a contar!), el lujo de la mesa, los problemas de la circulación urbana, las supersticiones orientales que afluyen hacia Roma y que él execra... Conserva una cierta prudencia, pero describe cada cuestión con un verbo que en todas las épocas ha desencadenado la hilari-

dad. Boileau casi le copió páginas enteras. ¿Crítica de una sociedad que se descarría con la *dolce vita*? «El pueblo romano, que, en otro tiempo, distribuía magistraturas, pabellones militares y legiones, se ha vuelto más modesto: sus voces ansiosas sólo reclaman dos cosas: pan y circo.» Y a continuación, la consabida cantinela de los tiempos heroicos de la ciudad-estado y las virtudes de los antepasados. ¿Sincero Juvenal? ¡Quién sabe! El caso es que forma parte de ese pueblo en vías de subdesarrollo moral y por eso también se ataca a sí mismo con dureza. «Mira con qué ojos relucientes me detesta la virtud...», exclama el don Juan de Rostand. Se diría que cuando Juvenal fustiga a esa bella y viciada sociedad es porque deplora no haber sabido integrarse en ella de una forma más cómoda: «El infortunio de ser pobre no comporta nada más duro –observa–, que exponer a un hombre al ridículo». ¿De qué está hablando? ¿De qué pobres? Para ser ridículo hay que ser visto de alguna manera, tener un mínimo de existencia a los ojos de un medio que se jacta de ser diez, cien veces más rico. Y en cuanto a la gente del campo, que se contentaría con una décima parte de lo que Juvenal puede aportar al comercio, ésos no se arriesgan al ridículo. Es muy sencillo: ni siquiera se les ve.

Filósofos e ideólogos

Podríamos decir que este siglo es el tiempo de la floración plena para la filosofía, al menos en el sentido de lo que ha hecho, hace o hará todo aquel que cuenta en la sociedad. El estoicismo sigue siendo la teoría favorita. En Nicópolis, a dos pasos de Actium, Epicteto tiene su propia escuela y los que transitan por allí van de buen grado a escucharle. Nacido en Frigia durante

la época de Claudio, en Roma fue esclavo de Epafrodita, el último que vio a Nerón con vida. Aquel liberto del emperador artista cuidó tan bien a su pequeño esclavo que Epicteto conservaba desde aquellos tiempos una cojera incurable. Sin embargo, tenía talento, y una vez liberado se dedicó al estudio. Discípulo de Musonio Rufo, se convirtió en la encarnación de la filosofía estoica de última tendencia. En él ya no era una cuestión de lógica o de física, sino que todo estaba centrado en la vida interior. Para vivir feliz en aquella sociedad, tal y como hemos empezado a conocerla, es necesario que un corazón se rompa o se acorace. Ahora bien, no se trata, acorde con la naturaleza, de romperse en pedazos según los golpes de la suerte. Si esto ocurre es que nos hemos hecho una idea falsa. Aquel que se halla traspasado por las grandes leyes de la necesidad no será pillado desprevenido jamás, no se verá jamás confundido. Puede y debe esperarlo todo, y ni siquiera la muerte le cogerá por sorpresa. Epicteto sabe de lo que habla cuando predica la indiferencia: «abstente y soporta». Conseguirlo exige un duro entrenamiento, jamás concluido, y es esa técnica del heroísmo lo que Epicteto enseñaba con un humor que nos da escalofríos. Argumentaba con una rudeza realista tanto sobre la vida más cotidiana como sobre la más sublime, y se apresuraba a devolver a su casa a los que iban a mendigar buenas palabras o razones para rebajarse. Él en persona no escribió nada, pero todo lo que enseñó se encuentra consignado en las notas tomadas por su alumno, Flavio Arrio. Son las *Disertaciones*, que conservan la vivacidad de una conversación familiar, y el *Manual*, que condensa su sabiduría en forma de máximas hechas para ser retenidas y rumiarlas a lo largo del día y de la vida. Sólo citaré un fragmento que dice bastante sobre lo que escuchaban aquellas buenas gentes que iban a Nicópolis a darse un baño de filosofía: «Si oye-

se a alguien felicitarse de ser estimado por César, yo diría: ¿qué le ha tocado? ¿Un puesto de prefecto? ¿Una plaza de procurador? ¿Le han conferido con ello el juicio que debe tener un prefecto o la manera de usar su cargo de un procurador? Alguien arroja higos y nueces, y los niños se las disputan y se pelean entre sí, pero los hombres maduros no. Consideran infantil ese gesto. Si se arrojasen conchas, ni siquiera los niños las recogerían. Se distribuyen prefecturas: objetos para poner bajo los ojos de los niños. Se reparte dinero: para los niños, también. Mandos militares, consulados: que se las disputen los niños, que se les cierre la puerta, que se peleen, que besen las manos del donante y de sus esclavos. Para mí no son más que higos y nueces... ¡Cómo! ¿Y si arrojan higos al azar y uno cae en el regazo de mi túnica? Pues cógelo y cómetelo; hasta ahí se puede apreciar el higo, pero rebajarse, empujar al vecino o que éste te empuje, halagar a las personas que entran... un higo no vale nada de todo eso, ni tampoco más que los falsos bienes en los que los filósofos me han convencido de que no debo ver bienes auténticos». A pesar de la insistencia calurosa de Adriano, Epicteto no abandonó jamás Nicópolis, donde se encontraba tan a gusto.

Epicteto es una verdadera personalidad filosófica. Plutarco sería más bien lo que llamamos hoy en día un intelectual. Bastante platónico, consideraba que filosofía y política ocupaban, en suma, la misma superficie. Lo que escribió, que es considerable, apunta en ese sentido. Impregnado de los viejos textos helenísticos sobre la realeza ideal, defiende la idea de que el monarca no se hace bueno si no es por la filosofía, en el sentido de que, obligado a ser para sus súbditos un factor de armonía, debe realizarla en su propia vida. Se entiende con claridad que la realeza imita, debe imitar el gobierno de la divinidad

sobre el mundo. A través de las famosas *Vidas paralelas*, en las cuales aproxima grandes figuras del pasado griego y romano, uno se ve obligado a descubrir que se entra en política impulsado por el *Logos*, por el espíritu del universo. Esta noble ocupación requiere disposiciones superiores: una vida irreprochable, elocuencia, competencia técnica, gusto por la democracia (¡ah, sí!), moderación de las ambiciones personales... Un bello programa que tiende a aclimatar los espíritus a la idea que ya conocemos: es la excelencia personal, y no otra cosa, lo que ha de motivar la elección del soberano. De manerta accesoria, se sobreentiende que el príncipe reinante en la actualidad reúne de forma precisa todas las virtudes requeridas. Comprobamos así cómo se concretan los grandes trazos de la ideología imperial que habíamos visto bosquejarse en un Séneca o un Musonio Rufo. No hay que perderse tampoco sus *Conversaciones de sobremesa*.

No obstante, el teórico por excelencia del «buen rey por derecho subjetivo» (la expresión es de Paul Veyne) es aquel Dión de Prusia que ya conocimos en los tiempos en que Nerva subía al trono. Fue él quien desarticuló un golpe de estado en formación entre las legiones de Panonia, él también quien preconizaba con Trajano el regreso a la tierra, presentado bajo un aspecto del idílico ruralismo. Sin embargo, son mucho más interesantes sus *Discursos sobre la realeza*. En resumen, Zeus es ahí el modelo de los reyes y Trajano el mejor de los príncipes. ¡Qué suerte! De entrada, observamos que se establece una analogía entre la realeza universal de Zeus y el gobierno del príncipe sobre el Imperio. Fijémonos bien: es la primera expresión de ese cosmopolitismo teocrático que promete un bello porvenir, y que encontrará plena expansión bajo los emperadores cristianos. La Trinidad reemplazará entonces a Zeus a la

cabeza de los cielos y de la tierra. De momento, ¿por qué es Zeus el mejor de los soberanos? ¿Tan sólo porque se trata de él? No, porque es Sabio y Padre. Por tanto, el verdadero Sabio es el verdadero Rey... una idea que acabamos de ver ya expuesta en Plutarco. Dión enuncia el catálogo completo de virtudes del rey según la naturaleza y según la razón: es piadoso, amigo de los dioses (y los dioses le corresponden a su vez), está penetrado de sus deberes hacia sus súbditos, ya que se experimenta a sí mismo como beneficiario de los dones del cielo. Le gusta el sufrimiento, el esfuerzo y poco los placeres. Es el Buen Pastor... y desde esta óptica, sus soldados son sus perros, que debe llevar bien sujetos para que no se extralimiten en sus misiones de vigilancia. En resumen: los ejércitos no son ni juguetes ni chismes para autosatisfacerse, sino instrumentos dóciles de un poder bienhechor que se ejerce al servicio del común. Es decir, que el buen rey es todo lo contrario del tirano. Entre los dos, precisa Dión, existe toda la distancia que separa al pastor del carnicero: sus puntos de vista no son los mismos. En fin, si el tirano no se preocupa de las leyes, el rey es la personificación de ellas. La ley es «la reina de los reyes». Resulta en particular instructivo observar que esta teología del poder imperial se abrió camino incluso en la iconografía, para que todos, supieran o no leer, se convencieran del mismo modo y se imbuyeran, a todos los efectos, de ella. De este modo, contemplamos en los relieves del arco de triunfo de Benevento, junto a la ciudad, a Trajano recibiendo de manos de Júpiter, Juno y Minerva el rayo, insignia del poder supremo, visible por lo general en manos del amo de todos los dioses. Se trata, pues, de una delegación de poderes, de una devolución oficial de responsabilidades. El arco, a la manera de las catedrales de la Edad Media, suministra una lección. Es la exposición en imágenes de la política de Traja-

no, a quien está dedicado. El viajero que viene de Oriente encuentra allí un monumento cuyas ilustraciones exponen, de forma elocuente, el poder benefactor del Imperio y de su jefe, designado por los dioses. ¿Qué podía interpretar el mencionado viajero salvo que obedecer al César era deferir al orden querido por los dioses y, por lo tanto, dar pruebas de la sabiduría más loable? Tal era el resultado con el que se contaba en las altas esferas. Imágenes semejantes, grabadas en las monedas, transmitieron el mismo mensaje político y lo vulgarizaron hasta el infinito.

Así fue como, poco a poco, se iría construyendo en la mente de los residentes del Imperio una dimensión nueva. Un orden político-religioso, preparado desde el pasado infinitamente lejano de Roma, se había precisado; ahora, el poder de uno solo requería la misma obediencia que el poder de los dioses. ¡Qué camino tan largo desde la caída de los Tarquinios! Sin embargo, los Tarquinios eran unos tiranos... y Trajano gobierna la eterna *res publica*, extendida hasta los confines del mundo. Dividir el poder sería dispersarlo. Más vale que él gobierne solo, ya que los dioses (y resulta una disposición oficial) lo han decidido así... No obstante, lo que hay que llamar, con todas las precauciones deseables, ideología imperial, no es efecto de un propósito concertado de propaganda. Una vez más, no hay ningún doctor Goebbels en Roma, ni un departamento especializado en lavado de cerebros y reconstrucción de conciencias. Dicha ideología se fue imponiendo con el tiempo, de forma pacífica, resultado, en suma, de un cierto consenso de las élites. Las gentes cultivadas tuvieron acceso a los antiguos textos helenísticos que trataban de la realeza ideal y estimaron que convenían a la perfección al régimen en vigor. Mejor aún: lo que proponían esos viejos textos era la imagen ideal. Nosotros

la encontraremos, a partir de ahora, de un extremo a otro de esta historia.

La fuerza tranquila: Antonino y Marco Aurelio

Adriano había muerto y el Senado se iba rehaciendo. Era el fin de una cohabitación laboriosa. Con Antonino llamado el Piadoso esa academia, ese conservatorio de ciencias políticas más bien, tuvo por fin a su cabeza al presidente de sus sueños: un hombre maduro (cincuenta y dos años), riquísimo, pero honrado; sencillo, pero distinguido; alejado, sobre todo, de cualquier forma de arrebato e incluso de iniciativa. Le costó todos los sufrimientos del mundo conseguir que se votara la apoteosis de su padre adoptivo, ya que el Senado no estaba de acuerdo. Si le dieron el sobrenombre de Piadoso no era porque lo fuese más que el resto de asiduos a los ejercicios del culto, sino más bien en razón de la piedad filial que sentía por Adriano, que resultaba sorprendente a más de uno.

Fue un buen emperador, en verdad, y tan filántropo y filohelénico como su predecesor, al menos en carácter. Sus intereses coincidían con los de los grandes latifundistas, circunstancia que parecía de lo más natural. Educado en palacio, ¿cómo iba a concebir la idea de la miseria económica y, sobre todo, rural? No por mala voluntad, desde luego, ya que fue un emperador «humanitario» por excelencia, pero conservador de espíritu, para quien el orden de las cosas era tan poco susceptible de cambio como las constelaciones del cielo. Prudente, económico en las reservas monetarias, enemigo de todo fasto, gobernaba el Imperio con un paternalismo precavido, un poco como si se tratase de una empresa familiar de tamaño medio que cam-

bia a mayor en virtud de la velocidad adquirida. Nada de desplazamientos, que gravan el presupuesto de las provincias, nada de ser un culo de mal asiento, como Adriano. Antonino era un gobernante de salón que, llegado el momento, se apoyó en Marco Aurelio como auxiliar. Esa estabilidad suponía, por otra parte, un buen funcionamiento de los servicios administrativos. En resumen, Antonio gobernó como un buen padre de familia y las páginas que le consagra Marco Aurelio son edificantes, como aquellos cromos del Santo Padre que se ven en los conventos italianos. Allí, se le considera un estoico, juicio que se apoya en el hecho de que era amable y educado con todo el mundo, de un gran igualitarismo de alma, serio y, además, acudía con regularidad al baño (no me invento nada: vean los *Pensamientos*, VI, 30), etc. Decididamente, el gran período del estoicismo militante había pasado ya a la historia.

Sin embargo, sí es cierto que de su legislación emanaba un estoicismo difuso. Atento a la justicia, velaba por el derecho de los pobres, de los esclavos, de los prisioneros. Entre otros, limitaría el recurso a la tortura. En suma: ese reinado tuvo algo de «victoriano» (la denominación es de Paul Petit), y en ese universo de «burgueses» bienpensantes y benévolos, apareció en la jurisprudencia la distinción entre *honestiores* y *humiliores*, entre poderosos y humildes, que tendría un gran porvenir y que no dejaba de indicar en qué sentido iba la evolución de la *romanitas*. En efecto, frente a la antigua distinción entre ciudadano y no ciudadano, que pierde importancia después de la amplitud de las asimilaciones del siglo II, tiende a prevalecer otra distinción, económica en este caso. Ahora se admite *en los textos* que la riqueza tiene preferencia sobre la pobreza, algo que se sabía desde siempre pero que no se escribía. La política exterior no tiene brillantez, pero es seria, y las fronteras continúan refor-

zándose con Antenino. Los bárbaros permanecerán un tiempo calmados todavía. En cuanto a la política cultural del nuevo César, merece cuantos elogios que ha recibido: nombramiento de cátedras, exenciones fiscales (soñad, pedagogos de hoy en día...), facilidades de todo tipo. Ese hombre generoso abandonó este mundo en marzo de 161, no dejando tras de sí más que lamentaciones, incluso entre la plebe, que le quería y recordaba sus cómodas amabilidades. Sin embargo, la verdad es que aquella persona excelente, que amaba tanto la paz, abandonó justo a tiempo una tierra que se había vuelto de súbito peligrosa. Ya que allá en las fronteras de Oriente, pero sobre todo a lo largo del Danubio, se agitaba un mundo paralelo. La presión iba subiendo a lo largo del *limes* y había acabado ya para Roma aquella feliz despreocupación que parecía tan eterna como la tierra y los cielos. Roma empezaba a descender la otra vertiente de su historia, aunque nadie se daba cuenta de ello todavía.

Marco Aurelio era el segundo de Antonino desde hacía largo tiempo cuando cerró los ojos al viejo emperador. Accedió a la púrpura como la cosa más natural del mundo porque los dioses lo habían decidido así. Estoico desde los doce años, estaba dispuesto a esa y a cualquier otra empresa: «Estoy hecho para ponerme a la cabeza, como el carnero y el toro, cada uno de su rebaño...». Ahora bien: ¿habían acertado los dioses al coronar a aquel filósofo vocacional que se acostaba en un lecho duro, comía sin pensar y no se preocupaba de tonterías? Se ha hablado mucho de Marco Aurelio, el filósofo coronado, el santo del paganismo, etc. Es cierto que Marco Aurelio es lo que se ha dado en llamar una hermosa figura. En lo moral, se parece como

dos gotas de agua a Antonino el Piadoso. La misma honradez innata, la misma conciencia del deber, incluso el mismo alejamiento de la vanagloria y los fastos: «Cuida de no jugar nunca a ser el César...». Un hombre infinitamente simpático, de otra parte, ¿pero era el tipo de jefe que necesitaba el Imperio en el momento en que los partos, por un lado, y los pueblos danubianos, por otro, iban a remitir de modo definitivo la *pax romana* al museo de los bellos recuerdos? Sé bien que cumplía a la perfección el sueño de Cicerón: la unión en una misma persona del poder y de la ciencia. Sin embargo, los tiempos exigían otra cosa.

En primer lugar, era de salud frágil y como muchos ansiosos, se fue creando a pulso una úlcera péptica, que le envenenó la existencia y le causó mucho sufrimiento. A más de uno le parecía poco emprendedor, a pesar de que su valor era auténtico. A fuerza de obediencia voluntaria a los destinos, daba la impresión de una apagada resignación. Además, estaba demasiado bien educado. He contado hasta dieciséis maestros a su alrededor a lo largo de su juventud, quienes le mantuvieron en un entorno confinado y envejecido. Hacia los dieciséis años no encontramos menos de diez filósofos en su compañía, de ellos cinco estoicos. Son demasiados. No salió por ello más racionalista, a pesar de lo que imagina Renan, ya que él mismo estaba sumido en los problemas ideológicos de su propio siglo. Por el contrario, en una época en la que se volvía a la piedad e incluso a la devoción, Marco Aurelio veneraba todo lo venerable y rezaba con fervor a todo aquello a lo que se podía rezar, sin ton ni son. Antonino ya se había inclinado hacia las devociones orientales que estaban de moda; Marco Aurelio le sobrepasó en esas santas prácticas. Sólo el cristianismo, que persiguió en Lyon en el año 177, carecía de gracia a sus ojos. Por lo demás, su

estoicismo, tal y como ha demostrado Jean Beaujeu, cuadraba a la perfección con su espíritu devoto. Cualquier cosa en este mundo estaba regida por la providencia de los dioses, y los dioses eran infalibles; el orden romano se inscribía con Marco Aurelio en el orden cósmico, era una parte donde se expresaba el todo. En el interior de ese dispositivo providencial, su propio papel estaba programado, milimetrado. Debía estar a la altura de lo que esperaban los dioses: «Mi ciudad y mi patria, como Antonino, es Roma; como hombre, es el universo». Por lo tanto, estaba obligado a pensar siempre y en todo momento que se ha de hacer lo que se debe y donde se debe. Comportarse en cualquier circunstancia como un hombre, como un romano, como un emperador. No sabríamos expresarlo mejor.

Por suerte, conservamos de Marco Aurelio, aparte de una correspondencia redescubierta en el siglo XIX con uno de sus maestros, el retor Cornelio Fronto, su diario espiritual, conocido con el inadecuado título de *Pensamientos*. No se trata en absoluto de confesiones a lo Rousseau y mucho menos de confidencias, sino más bien de un cuaderno de ejercicios espirituales estoicos, como ha demostrado de manera definitiva Pierre Hadot, práctica habitual que formaba parte del fondo estoico de última hora. Se trata de un conmovedor testimonio que no estaba destinado a su publicación, donde un filósofo convertido en emperador por la fuerza del destino reflexiona sobre su papel y se esfuerza en cumplir a la perfección su deber de estado. Entre las grandes influencias a las cuales le sometieron los dioses menciona con reconocimiento a Epicteto, cuyos escritos le hicieron llegar, y un tal Claudio Severo que, según cuenta, le dio a conocer a Traseas, Helvidio, Catón (de Útica), Bruto (¡el asesino de César!) y todas esas gentes que tienen en común haber sufrido la tiranía y luchado contra ella, hasta la muerte,

si era necesario. Se ha de añadir que da gracias a los dioses «por haber concebido la idea de un estado democrático [*sic*], regido según el principio de la igualdad, del derecho igual a la palabra, de una realeza que pone por encima de todo la libertad de los súbditos...». La cosa tiene narices, porque se refiere, sin duda, a los senadores y los consejeros... Y sin embargo, es un progreso. Había oído hablar (y lo cuenta) a Nerones y Domicianos, y los tenía por caricaturas de lo que debe ser un César. De este modo se realizaban, aunque doscientos años más tarde, los sueños de Cicerón... No obstante, al monarca ideal debe corresponder también una república ideal, en la que no pasa nada porque todo está fijado en la inmovilidad eterna de la perfección. Algo que no era precisamente el caso y de lo que Marco Aurelio mismo se da cuenta: «No debemos esperar –dice– la república de Platón...». Quedaban muy lejos de ello, como vamos a ver.

¿Estaba su salud ya estropeada a los cuarenta años? El hecho es que se atiborraba de medicamentos preparados por el célebre Galeno de Pérgamo. ¿Se debía a la ansiedad? De entrada, experimentó la necesidad de compartir sus responsabilidades con su hermano adoptivo, Lucio Vero, que tenía nueve años menos que él y a quien convirtió en colega suyo, con el título de Augusto. Dos emperadores, ¡qué gran novedad! Mas, aquel Lucio Vero, que se parecía tanto a su padre, Elio César, ¿era el adjunto que se requería? Era tan robusto como enfermizo Marco Aurelio; tan alegre y juerguista como firme y austero era el otro. Sin embargo, no parece en todo caso que fuese jamás otra cosa que la quinta rueda de la carreta.

Dadas estas circunstancias, Marco Aurelio colaboró por iniciativa propia con un Senado que creía estar ante la resurrección de Antonino. Procedió a reformas administrativas y jurídicas

útiles. La alta asamblea se abrió con mayor amplitud a orientales y africanos cultivados, a generales de modesto origen, pero de gran capacidad, una medida que respondía a la idea filosófica de que es el valor, y no el origen, lo que se debe considerar en los hombres. También burocratizó el consejo imperial, en el cual los juristas se convirtieron en mayoría. La legislación confirmó nuevos progresos en el sentido de lo humano respecto al derecho de los esclavos y libertos y protección de los huérfanos y de los niños mineros. En verdad, era en este territorio donde Marco Aurelio podía resultar más útil. No obstante, si cumplía en conciencia el programa ideal de la realeza helenística, reflejo de la voluntad de los dioses, también manifestaba las insuficiencias y demostraba con su propio ser que la virtud no basta para gobernar un imperio.

Resulta que Marco Aurelio, adjunto de Antonino en el curso de un largo período de paz, no había ejercido jamás el menor mando militar, circunstancia sin la mayor importancia mientras no pasó nada, pero que pronto se revelaría molesta. En el año 161 el rey de los partos, Vologeso III, animado por el advenimiento de un nuevo César del que pensaba, sin duda, que no daba la talla, se propuso poner las manos sobre Armenia. Una vez más la guerra procedía de allí. Los romanos no tardaron en sufrir reveses y hubo que enviar una expedición con todas las de la ley. Marco Aurelio confió a Lucio Vero la dirección nominal de las operaciones, aunque el verdadero trabajo recayó en generales experimentados: Prisco, Avidio Casio y Helvio Pertinax. Como el ejército de Oriente no valía demasiado, hubo que desguarnecer las fronteras danubianas y renanas, medida que, como podemos suponer, no carecía de peligros. Se desarrollaron dos campañas sucesivas para arreglar el conflicto. La primera, al cuidado de Prisco, recuperó Arme-

nia en 163, y los romanos colocaron allí como rey a un noble local muy abnegado. Después, a finales de ese año, Avidio Casio tuvo la oportunidad de lanzarse tras las huellas de Trajano, pasar el Éufrates y destruir Seleucia del Tigris y Ctesifonte en 164-165. Sin embargo, no llegó mucho más lejos, y en 166 un tratado de paz con los partos otorgó a los romanos un poco de terreno en Mesopotamia, así como la villa de Dura-Europos. Los sufrimientos de Craso y Trajano estaban vengados. No obstante, el ejército se trajo de aquellas tierras la peste, que durante veinte años causaría innumerables víctimas. Y eso no fue todo. Impresionado por las cualidades estratégicas sin par de aquel Avidio Casio, Marco Aurelio tuvo la idea de recompensarle por sus éxitos mediante la concesión de un vasto mando que englobaba todo Oriente, incluido Egipto. Grave imprudencia, como veremos pronto. Con todo el candor de su alma noble, Marco Aurelio no imaginó ni por un instante el partido que sacaría el agraciado Avidio del exorbitante poder que se le entregaba en bandeja. Para los puros, todo es puro.

A partir de ahí empezaron las guerras danubianas. Esta vez no se trataba de ataques locales, de las ocasionales actividades de comandos a los que había que enfrentarse de vez en cuando y resueltas con rapidez. Era algo mucho más grave... y nadie podía adivinar, con razón, que acababa de iniciarse entonces un proceso gigantesco. Daba comienzo un lento pero inexorable desplazamiento de poblaciones entre los godos y los gépidos, que descendían de las orillas poco hospitalarias del Báltico y del Vístula en busca de «espacio vital». Un pueblo empujaba a otro, y esa migración arrastró la de los semnones, los burgundos y los vándalos, puestos así en contacto con los vecinos más cercanos del *limes* romano, sobre todo los marcomanos y los cuados de Bohemia-Moravia, así como los yazigos de la llanura húnga-

ra. La situación de todos estos pueblos, arrinconados entre las fortificaciones de la frontera romana y los poco agradables recién llegados venidos del norte, se volvió insostenible, de modo que se vieron obligados a penetrar en los territorios romanos para probar suerte allí. Para los bárbaros no era una cuestión de enriquecimiento mediante el pillaje de tierras y villas romanas; era más bien una cuestión de supervivencia. Las grandes invasiones acababan de comenzar.

Alarmado por los informes de los gobernadores de Nórica, Panonia y Dacia, el emperador procedió enseguida al reclutamiento de dos nuevas legiones, que se estacionaron en Italia del Norte. A partir de 167, la tempestad que se incubaba estalló de súbito en la Nórica, y después fue más bien todo el frente del Danubio el que se desmoronó. El río de los bárbaros se extendía por Italia hasta más allá de Aquilea, y en Grecia hasta Elatea. Al mismo tiempo, la peste había irrumpido en Roma, donde se enterraban miles y miles de muertos en un clima de pánico... y de hambruna, ya que el aprovisionamiento y las comunicaciones se habían resentido por esa sucesión de catástrofes. El emperador no dudó en contribuir a la financiación de la guerra vendiendo el precioso mobiliario de palacio... En el curso de la contraofensiva romana contra los marcomanos, Lucio Vero, el coemperador, desapareció en 169. La guerra estaba en su momento álgido y, en el año 171, Marco Aurelio tuvo que ponerse él mismo a la cabeza de las operaciones en Carnuto, en el Danubio. Después de duros combates, los romanos acabaron por hacerse amos de los cuados y de los marcomanos en 174, y a continuación de los yazigos en 174-175.

En esta época precisamente aparece una práctica inquietante que se generalizaría con el tiempo: a lo largo de las fronteras, en las provincias siniestradas y hasta Italia, se instala a bár-

baros sumisos, con un estatuto parecido al de los colonos. Sin duda, la idea era hacerlos inofensivos a través de una separación de la mayoría de sus congéneres que los dispersara. Sin embargo, fue como encerrar al lobo en el corral. En esta medida estuvo el origen de cómo los germanos instalados cerca de Rávena se sublevaron e intentaron apoderarse de la ciudad por su cuenta... Incluso se apeló en gran medida a contingentes bárbaros adscritos, utilizados en el ejército romano como auxiliares en otros frentes. El procedimiento no era nuevo, porque Julio César había utilizado ya los servicios de las tropas galas durante la guerra civil, pero la operación no presentaba los mismos riesgos en el siglo I a. C. que en el siglo II d. C.

En ese momento desastroso para el Imperio, en el año 175 se da una usurpación que complica la situación aún más. Recordemos a Avidio Casio, aquel general tan afortunado en la guerra contra los partos a quien Marco Aurelio había confiado con tanta imprudencia el mando de la totalidad de Oriente. Por lo que se sabe en cuanto a los motivos de ese golpe de estado, parece que Avidio Casio se inquietó por el cariz que tomaban las guerras danubianas, pero también por la previsible ascensión a la púrpura, en caso de deceso del emperador, del joven Cómodo, el hijo de Marco Aurelio. Él le conocía y no le estimaba. Así fue como, en un contexto de intrigas palaciegas y falsas noticias de efectos calculados, se extendió en Oriente el rumor de la muerte del emperador. Avidio Casio creyó llegado el momento de tomar la iniciativa. Con suma dignidad, confirió al llorado Marco Aurelio los honores de la apoteosis... y arrastrado por el mismo impulso, se designó a sí mismo sucesor. No tuvo muchos problemas para unir a su causa a las provincias de Oriente, de las cuales estaba a cargo. Pensaba con ello matar dos pája-

ros de un tiro, es decir, librar a Europa de un probable tirano y servir a sus propias ambiciones.

No obstante, no había contado con la lealtad de los ejércitos imperiales. En tres meses y seis días acabaron con la usurpación y Avidio Casio fue asesinado. Marco Aurelio tuvo que añadir a sus preocupaciones, ya graves, un viaje a Oriente, donde tenía que mostrarse por todas partes y hacer manifiesta su presencia en las regiones desestabilizadas... La gira de inspección duró un año y en 176, después de una ausencia de unos ocho, Marco Aurelio regresaba a Roma y celebraba su triunfo. ¡Se lo había ganado! Algunos años más tarde, entre 180 y 193, una vez muerto el emperador, los romanos verían elevarse en el Campo de Marte el memorial de las guerras danubianas de Marco Aurelio, una columna de 41,95 m, que cuenta, en veinte espiras, los misterios alegres, dolorosos y gloriosos de esas campañas. Hoy en día la contemplamos aún en la piazza Colonna. A primera vista es muy similar a la columna Trajana, ahora no se trata de la historia de una conquista. La expresión de los rostros ya no es la misma: graves, inquietos incluso en su triunfo, los soldados de Roma parecen haber iniciado desde ese instante los trabajos de una defensa sin fin.

El triste episodio de Avidio Casio había servido de lección al emperador, de modo que se apresuró a sustraer su sucesión a los azares de las ambiciones rivales y tomó como colaborador a su hijo Cómodo, promovido al título de Augusto y coemperador, como había hecho el difunto Lucio Vero. Observemos de paso que de trece hijos, Cómodo era el único varón que le quedaba. Si en los medios nobles la mortalidad infantil alcanzaba una tasa semejante, ¡cómo sería en la parte más baja de la escala! Se ha dicho a menudo que Marco Aurelio acaso hubiese estado más inspirado con la elección de uno de sus yernos,

pero dadas las circunstancias y las camarillas que se formaban en su entorno, sin duda habría existido el peligro de una guerra civil, algo que no hacía ninguna falta en aquellos momentos. Después de una paz que apenas tuvo tiempo de saborear, estalló la guerra al Danubio en 177, obligando a Marco Aurelio a montar su caballo de nuevo y volver a la vida campestre. Aquella vez sería su último viaje. De los diecinueve años de su reinado, Marco Aurelio habría pasado diecisiete guerreando. No debemos escandalizarnos, pues, como se ha hecho a veces, de que no consiguiera apenas nada más. Por otro lado, ante el estado del Imperio en ese período y siendo el personaje como era, ¿qué habría aportado más que su predecesor en materia de economía? Confinado al medio senatorial, unido durante años a la oficina de Antonino, quien no se ocupaba en otra tarea más que la expedición de los asuntos cotidianos, encerrado, por tanto, en una ideología que sacralizaba el orden de las cosas y le aseguraba que todo iba bien así, incluidas las desgracias, Marco Aurelio estaba lejos de tener ni la imaginación creadora y el empuje de un Trajano o un Adriano, ni su carácter emprendedor y de mejora. Se contentó con gestionar como pudo un Imperio cuya crisis económica había empezado a extenderse. Las causas eran múltiples. Las guerras de Oriente y de Europa central habían sangrado las finanzas; la peste había diezmado a la población romana y amputado, por tanto, la mano de obra disponible. Provincias enteras, antes en vías de desarrollo, habían retornado a la miseria, mientras que a falta de un mínimo de seguridad, los intercambios comerciales y los transportes periclitaban. Ciudades relativamente prósperas se empobrecían. Las movilizaciones y los impuestos se hacían más pesados, y los nobles locales, esas vacas lecheras del mundo romano, se veían solicitados más allá de lo razonable o incluso de lo posible. La

moneda sufría una fuerte depreciación, al tiempo que el alza de los precios respondía con puntualidad a la penuria. ¡Gran fragilidad en la base de la *pax romana*! ¿Qué milagros podían esperarse del porvenir de una economía destinada al estancamiento por ausencia de inversiones rentables, de fuentes de energía, de comunicaciones más rápidas, y también de ese progreso técnico que resultaba superfluo, visto a corto plazo, dada la abundancia de mano de obra servil? No apliquemos los esquemas de nuestro universo al mundo antiguo.

Comparada con esa degradación casi fatal del tejido económico y social, la suntuosa política cultural de Marco Aurelio tiene algo de irritante. El historiador Dión Casio nos informa de que dotó con fondos imperiales, tan preciosos en aquel período difícil, una cátedra de elocuencia en Atenas y cuatro de filosofía, una por cada gran escuela de pensamiento: platonismo, aristotelismo, estoicismo, epicureísmo. Los titulares, para la filosofía, recibían 60.000 sestercios anuales («seiscientas piezas de oro por año», comenta Taciano, «libres de impuestos, para que no tuvieran ni que dejarse crecer la barba sin cobrar») alusión a la moda filosófica que exigía que uno no se afeitase. Gracias a los admirables trabajos de Hans-Georg Pflaum, se sabe ahora que sólo los funcionarios de alto nivel cobraban un sueldo superior: 100.000, 200.000, incluso 300.000 sestercios. A título de comparación, el funcionario de clase ecuestre percibía 10.000 sestercios al principio de su carrera; el legionario medio, 1.200... y ya nos podemos imaginar lo que cobraba un obrero agrícola.

De regreso al frente del Danubio, tras haber conocido un cierto éxito ante los cuados y los marcomanos, ¿acarició acaso el emperador el proyecto de anexionarse sus territorios y fundar más allá del río alguna nueva provincia? La *Historia augusta* lo pretende así, aunque parece muy poco probable: la con-

quista de esas tierras ingratas habría costado infinitamente más caro de lo que hubiesen aportado, y Marco Aurelio no se hacía ilusiones sobre la capacidad del mundo romano de seguir extendiéndose a partir de entonces. El caso es que el 17 de marzo de 180, en Viena, Marco Aurelio sucumbió a la epidemia de peste que conocía en aquellos días un rebrote. Dejaba entre las manos del divino Cómodo Augusto el cuidado de un Imperio asediado por las olas, batido por los vientos y que, sin embargo, él había sabido mantener a fuerza de coraje pacífico y de fidelidad a los compromisos de su juventud.

El fin de un estilo

Lo primero que hizo Cómodo, quien había evaluado las posibilidades de Roma en la región danubiana, fue suspender los gastos. En el estado mayor las opiniones estaban divididas y el nuevo emperador no tenía gran fe en la victoria final. Una vez bien sopesada la situación, prefirió tratar en una posición en cierto sentido favorable con los cuados y los marcomanos, decisión que el Senado, instalado con toda tranquilidad en Roma, no dejó de reprocharle como una capitulación. Sin embargo, no se trataba más que de un puro y simple ejercicio de realismo: el ejército ya no estaba en situación de llevar a cabo más que algunas operaciones puntuales de pacificación o de represalias. Por otra parte, si los fortines establecidos al norte del río fueron abandonados de manera definitiva, las obras de defensa del *limes* se restauraron en condiciones. Cómodo entonces regresó a Roma y tuvo la sabiduría de recurrir durante un cierto tiempo a los excelentes colaboradores de su padre, aunque es verdad que accedía a la púrpura a la edad de diecinueve años.

La posteridad no ha sido cariñosa con el hijo de Marco Aurelio. Junto con Calígula, Nerón, Domiciano y otros, Cómodo forma parte del club de los príncipes malditos, condenados a las zonas más desoladas de los infiernos. Renan, por ejemplo, le veía como «un descuartizador de animales, un gladiador», y los manuales van repitiendo que fue una sombra violenta, sin molestarse en ir más allá. Es cierto, por otra parte, que los historiadores antiguos, como Dión Casio o Herodiano, que fueron sus contemporáneos, o los textos más tardíos de Aurelio Víctor y de la *Historia augusta* le aplican el esquema de los siete signos particulares por los cuales se reconoce la señal de los «malos emperadores»: era impío y entraba en los lugares sagrados manchado de desenfreno y de sangre; despreciaba a su familia, mató a una de sus hermanas y se acostó con las otras; mostraba una crueldad arbitraria y una sed insaciable de sangre; su lubricidad depravada le proporcionó un harén de nada menos que seiscientos jovencitos y jovencitas, circunstancia que no le impedía acudir a los burdeles; rapaz, despojaba a los vivos y los muertos; borracho, bebía hasta el amanecer y se atiborraba hasta reventar. Y por último, toque final que lo remata todo, era dado a la desmesura, llevando más allá del máximo tolerable su identificación con Hércules. No le faltaba nada..., así que Cómodo era un tirano vomitado por los infiernos y que debía volver a ellos. Así se escribe la historia. No obstante, como ha observado Jean Gagé en los sabios estudios que ha consagrado a Cómodo, ¿podemos pensar que un hombre de la calidad humana de Marco Aurelio tuviese la debilidad de designar a un tarado para que le sucediera en un puesto que sabía tan difícil? Es demasiado suponer, desde luego. Las exageraciones de los historiadores antiguos, siempre estereotipadas, indican que se trata de un fenómeno de rechazo por su parte. Se evacua a Cómo-

do, se condena para siempre su memoria porque no responde a la imagen que se habían hecho desde hacía cuarenta y dos años, es decir, bajo los reinados sumados de Antonino el Piadoso y de Marco Aurelio, del «buen emperador», o lo que es lo mismo, el príncipe según lo entendía el Senado. No hace falta más, el resto sólo hay que decodificarlo.

La personalidad del hijo, en todo caso, no tenía muchos puntos en común con la de su padre. Ni siquiera en el aspecto físico se puede decir que se parecieran en realidad, un vago aire familiar, quizás. El rostro, muy «fin de raza», vagamente iluminado, tiene algo de blandengue y, al mismo tiempo, de inquietante. Ya corrían chistes groseros en tiempos del padre, de quien decían que era un cornudo. Se atribuían a Faustina, la emperatriz, atenciones hacia un gladiador, de ahí la inclinación de Cómodo por esa profesión. ¡Había que encontrar una explicación! Desde luego, no se descuidó nada con respecto a su educación y, al contrario de lo que se ha dicho y repetido, no creo que Cómodo fuese un ignorante. En los textos de leyes se cita que prosiguió con los privilegios concedidos por su padre a los intelectuales, dato que no supone una mala señal al respecto.

Desde los inicios de su reinado, Cómodo sabía que los conspiradores hormigueaban a su alrededor. Su propia hermana Lucila, furiosa al verse suplantada en influencia por la nueva emperatriz, Crispina, se entregó a oscuras intrigas palaciegas en las que arrastró a algunos partidarios. Ocurrió una cosa bien extraña: al parecer, un joven pariente intentó apuñalar al emperador, quien se lo tomó muy mal. Siguieron algunas condenas a muerte en la familia imperial y entre los senadores. Tuvo que deshacerse asimismo de un prefecto del pretorio. Ya se había dado la señal. A partir de entonces, desconfiado con el Senado, Cómodo se volvió hacia la orden ecuestre y cayó bajo la influencia de otro

prefecto del pretorio, Tigidio Perennis, buen general por otra parte, bien visto por los ejércitos danubianos y los pretorianos. De 182 a 185 fue Perennis quien de hecho gobernó, llevando con éxito operaciones en Dacia, Mauritania y Gran Bretaña. No hacía falta más para que se le calumniase ante el emperador, quien acabó viendo en él a un posible usurpador. ¿Cómo iban a soportar con alegría los senadores la preponderancia de un simple caballero? Entre 185 y 189 llegó el turno de otro personaje muy distinto y muy inquietante, que respondía al nombre de Marco Aurelio Cleander. Ese antiguo esclavo, frigio de origen, había sido liberado sin duda por Marco Aurelio, puesto que llevaba su nombre, y consiguió alzarse hasta el grado de caballero. Aquel individuo emprendedor se burlaba literalmente de Cómodo. Traficaba con puestos oficiales, vendía las entradas al Senado y cosas de ese tipo. Lo más curioso es que a veces acertaba, porque Séptimo Severo, que pronto sería emperador, le debía su ascensión... Aun así, en la corte se instalaron unas costumbres inquietantes, y altos personajes fueron víctimas de purgas instigadas por Cleander. La corte recobraba con ello el ambiente de los últimos tiempos de Nerón y Domiciano. Al final, Cleander desapareció también, en el transcurso de un golpe.

Se ha de precisar que dichas intrigas no afectaban más que a la alta sociedad. Las categorías más modestas de la población no sufrieron con Cómodo. La administración de las provincias seguía siendo seria y accedieron a puestos considerables algunas personalidades de primera categoría: Helvio Pertinax y Séptimo Severo, futuros emperadores, y también Pescenio Níger y Clodio Albino, futuros usurpadores... ¡No faltaban personajes de carácter en la época! No podemos decir tampoco que Cómodo echase por la borda la herencia estoica de Marco Aurelio, al menos no del todo. Tenemos la prueba de que estaba atento

(y a decir verdad, más que su augusto padre) a que se hiciera justicia con los colonos que interponían recursos contra los abusos de los recaudadores de impuestos, perpetrados con la complicidad interesada de los procuradores locales. ¿Un *princeps* que desautoriza de manera pública a altos funcionarios y se enemista con notables riquísimos puede ser tan malvado como se nos ha querido hacer creer? Los propios cristianos, a quienes su padre consideraba como unos simples cabezotas, disfrutaron bajo el reinado de Cómodo de un respiro apreciable.

En cambio, sí es seguro que con el tiempo Cómodo iba adoptando poco a poco el porte de un nuevo Domiciano, con algunas toques de Nerón también: vejaciones, confiscaciones, terror... Los senadores soportaban mal el sufrimiento de esos maltratos, sobre todo después de medio siglo de nuevo respeto. Por tanto, el comportamiento del príncipe se hacía cada vez más preocupante. No se trata sólo del hecho de que se identificase con Hércules, pues otros antes que él, sobre todo Trajano, habían caído en ese mimetismo ritual que no tenía en sí mismo nada de insólito a los ojos de un romano. Hércules era una divinidad honrada desde hacía mucho tiempo en Roma. No obstante, Cómodo llevaba las cosas hasta el delirio. Se hizo reconocer como Hércules Romano en persona, instaurando a esos efectos un culto oficial, con un sacerdocio especializado. Se veía como el refundador de una Roma alzada sobre las bases de esa devoción, una Roma que se llamaría, a partir de entonces, *Colonia Commodiana* (como Colonia se llamaba *Colonia Agrippina*). Su siglo abriría una nueva edad de oro, el *saeculum Commodianum*, etc. Llevaba las cosas demasiado lejos, insistimos, incluso se medía con los gladiadores, habituales acompañantes, y llegaba a combatir con fieras salvajes. Se imaginaba que así revivía los doce famosos trabajos de su santo patrón.

Hay que confesar que el busto de mármol blanco que se guarda en el palacio de los Conservadores, donde figura como Hércules, tocado con la piel del león anudada con sus patas cruzadas sobre el pecho y toda la parafernalia, la maza y las manzanas de oro, tiene algo de temible y delirante, al menos a nuestros ojos. Cuadra bien, en cualquier caso, con una célebre página de Dión Casio, quien contaba con espanto una escena de la que había sido testigo. El emperador acababa de matar una avestruz. A continuación, «avanzó hacia la parte del anfiteatro donde nosotros, los senadores, habíamos tomado asiento y blandió en nuestra dirección la cabeza del ave con la mano izquierda, sin decir una sola palabra, afirmando con la cabeza y con una sonrisa maligna. Todos teníamos más deseos de reír que de llorar, pero nos habría masacrado con su espada si nos hubiésemos reído. Entonces se me ocurrió mordisquear las hojas de laurel de mi corona, y sugerí a mis vecinos que hicieran lo mismo...». Los senadores, desde luego, no apreciaban las manías de Cómodo, el aire burlesco que iba tomando, y menos aún las consecuencias que podía tener aquello para su seguridad. Ahora bien, ¿y el resto del pueblo, es decir, la inmensa mayoría? Ahí es donde reside, en efecto, toda la cuestión. Si queremos estar en condiciones de responder, debemos guardarnos mucho de superponer las épocas y confundir las mentalidades de las civilizaciones que se inscriben en ellas. Un presidente de la república que hoy en día apareciese en el Olympia disfrazado de Carlomagno, por ejemplo, con la armadura, la espada y la barba florida, y que pretendiera manifestar mediante ese atavío la idea de rehacer una Francia nueva, con dificultad se libraría del manicomio. En cambio, en la Roma del siglo II, lo que hoy en día nos parece una bufonada de hospital psiquiátrico se percibía, al menos en el fondo, como la reactivación de una tradición ver-

bal que se encarnaba en lo sagrado romano. En la obra de Horacio ya habíamos visto cómo la epopeya de Octavio Augusto se unía a la leyenda heraclea, incluso en su oración fúnebre: Tiberio comparaba a Hércules con el fundador del régimen. Filón cuenta que Calígula se disfrazaba de Hércules en ocasiones. Suetonio y Dión Casio afirman que el pueblo aclamaba a Nerón-Hércules. El propio Trajano había renovado la tradición y se vestía con ese tipo de traje. También ocurrirá lo mismo más tarde con Caracalla y Maximiano. Existe, pues, una constante. Obrando de este modo, Cómodo se daba un gusto, es cierto, pero además estaba seguro de ser comprendido por el pueblo. Aunque algo paranoico, desde luego no estaba loco; al menos no tanto como se ha dicho. En su mente, la identificación con con Hércules, divinidad tutelar del Imperio, se entendía como una operación política rentable, al mismo tiempo que una satisfacción para sus propios fantasmas. En cuanto al hecho de ser gladiador, algo para lo cual se entrenaba muy en serio, lo consideraba un medio de acrecentar su prestigio imperial, realizando a los ojos de su pueblo esa virtud, deportiva y agonística, que se sumaba a las que ya poseía. ¿No se decía acaso de los vencedores de los grandes juegos que eran «del linaje de Hércules»? Aquello formaba parte de un plan general. Aparte de ser gladiador, ocupación que, a pesar del entusiasmo del pueblo por sus ídolos, arrastraba una reputación de infamia para los senadores, éstos hubiesen aceptado el resto de sus manías si todas esas manifestaciones no hubiesen adoptado ese giro desmesurado y ese aspecto de farsa de la que habla Dión Casio en el texto que acabo de citar. Por si fuera poco, cada vez tenían que entrar más en el juego, gritar letanías a su gloria: «Tú eres el amo, el primero, el más feliz de todos», etc. Era la gota que colmaba el vaso, puesto que los senadores se estimaban con

derecho de reprochar al emperador muchas otras afrentas, muy distintas y muy graves. La muerte planeaba de nuevo sobre las familias más elevadas, como en los peores tiempos de los Julio-Claudios y de Domiciano. ¿Qué se inventaría a continuación?

Aquella situación tenía que acabar mal. Los tres últimos años del reino estuvieron bajo la influencia de una tal Marcia, la favorita del emperador que, según se decía, guardaba relaciones con el cristianismo y con otros personajes de la corte. Por entoces se organizó una conspiración que conduciría, el 31 de diciembre de 192, a la eliminación de Cómodo. Se sigue repitiendo que el emperador había preparado una lista de senadores elegidos al azar, a quienes pretendía hacer perecer en la arena transformándolos en gladiadores, sobre todo a los dos cónsules elegidos para el año 193. Las tablillas, según esta versión, cayeron a tiempo en manos de los conjurados, quienes precipitaron los acontecimientos para evitar lo peor. Las sabias investigaciones de Jean Gagé han acabado con esta leyenda, fundada en una confusión de nombres. De hecho, aquella lista no designaba como *morituri* más que a algunos camaradas gladiadores elegidos al azar para los ritos heracleos, con el fin de probar suerte en los juegos del día siguiente; los cónsules sólo estarían obligados (intolerable ultraje) a conducir con solemnidad el mortal cortejo, sin que se pretendiera en ningún momento obligarles a ejercer un papel más comprometido. Sea como sea, la suerte estaba echada: Cómodo fue estrangulado en el baño por un gladiador que se había unido a la conspiración.

Los conjurados no habían hecho más que anticipar una revuelta que, de cualquier modo, habría estallado en los ejércitos provinciales. La caída de la dinastía antonina inauguraba

una época de problemas que no carecía de analogías con el tristemente célebre año de los cuatro emperadores, ocurrido ciento veintiocho años atrás. Los conjurados se habían puesto de acuerdo con los pretorianos para hacer aclamar, mediante una propina de 300 denarios (el famoso *donativum*), a un prestigioso senador de nombre Helvio Pertinax. Éste fue aceptado por el Senado con mucha mayor facilidad dado que empezó por negarse educadamente a ese honor. Ese ligurio no era de noble linaje, sino hijo de un liberto enriquecido en el comercio, y él mismo era profesor de letras, aunque había desempeñado una carrera en el ejército cuyo brillo se debía por completo a sus cualidades. Así fue como llegó a senador, cónsul y después, procónsul de África, antes de ocupar el puesto de prefecto de la Villa. La elección era excelente. Pertinax, a semejanza de Vespasiano, quiso poner un poco de orden tanto en el ejército como en las finanzas, que Cómodo había dejado en una situación bastante precaria. Preocupado por el despoblamiento y empobrecimiento del campo, había decidido, en la línea de la política agraria de Trajano y Adriano, otorgar la propiedad de las tierras abandonadas a quien se molestara en hacerlas rendir. Todos esperaban, según se decía, vivir felices bajo aquel reinado razonable. «¡Oh Júpiter el más grande –rogaban los senadores–, conserva a Pertinax!» Y se añadía, con confianza: «¡Honor a la lealtad de los pretorianos!». A pesar del detalle, suponemos que los pretorianos no eran tan leales, ni quizá Júpiter tan poderoso como se decía, porque el 28 de marzo de 193 el infortunado Pertinax fue asesinado precisamente por la guardia pretoriana debido a su excesiva tardanza a la hora de satisfacer sus exigencias, y su cabeza fue paseada de una forma espantosa clavada en la punta de una pica. Había reinado en total ochenta y siete días.

Como el emperador estaba muerto, necesitaban otro. Los pretorianos hicieron subir la puja entre un tal Sulpiciano, prefecto de la Villa, y el riquísimo senador Didio Juliano, a quien tentaba la púrpura. Su esposa, murmuraban, le había empujado a ello y fue él quien se llevó el gato al agua, mediante un *donativum* de 6.250 denarios por cabeza. Con esta actuación, los pretorianos se desacreditaron para siempre, y también Didio Juliano, quien no tardaría en lamentar su vanidad. Después de diez semanas de un simulacro de reinado que el Senado, humillado también por el asunto, sólo había aceptado a regañadientes, aquel emperador-fantoche pereció bajo el acero de un simple soldado. Entre tanto y desde la noticia del asesinato de Pertinax, las poderosas legiones fronterizas del Danubio habían proclamado a su propio jefe, Séptimo Severo. Otras tropas se unieron también al movimiento, sobre todo en la frontera del Rin. Al mismo tiempo, las legiones de Siria habían proclamado a su propio general, Pescenio Níger, y arrastrado tras él a las tropas de Palestina y de Egipto. De nuevo reinaba la anarquía.

Quedaban muy lejos las nobles teorías filosóficas del orden universal, la armonía del mundo, la *pax romana*, etc. Todo aquel *pathos* intelectual de los tiempos de paz se había disipado de golpe bajo el vendaval de los intereses. De hecho, hacía largo tiempo que se había consumado el divorcio entre lo civil y lo militar, entre la aristocracia senatorial (incluso en fechas recientes, ya que el Senado se acababa de renovar) y el poder imperial. En el mundo romano, amenazado de forma directa en aquel momento por las sucesivas invasiones bárbaras y por las sediciones que estallaban por doquier, los militares se habían puesto a hablar alto y fuerte. Sabían que se les necesitaba mucho, y para un servicio duro. El soldado se había convertido ya sin ningún disimulo en amo del Imperio.

Capítulo 11

Roma a la hora de Oriente: la dinastía de los Severos

Hacia el imperio militar: Séptimo Severo

Los seis primeros meses del año 193 no habían visto menos de tres emperadores asesinados, mientras que dos sectores del ejército acababan de darse cada uno de ellos un Augusto. Séptimo Severo marchaba ya hacia Italia del Norte a la cabeza de sus legiones del Danubio, con destino en Roma. Una ciudad que nadie, por otro lado, estaba en situación de defender en aquellos momentos. Por su parte, Pescenio Níger, el legado de Siria, había movilizado a las legiones de Palestina y de Egipto, contaba con el apoyo de los reinos vasallos de Oriente, sin contar con los partidarios de los que disponía en la propia Roma. Además había otro candidato al Imperio, el legado de los ejércitos de Gran Bretaña, de nombre Clodio Albino, decidido también a probar suerte. Séptimo Severo había intentando ganárselo nombrándole César, pero, ante la popularidad de la que disfrutaba en Roma y el apoyo decidido de la Galia romanizada y de Hispania, Albino había preferido trabajar por su cuenta. Tres candidatos a la púrpura: el asunto amenazaba con convertirse en una batalla campal, con los desplazamientos de tropas

y exacciones en las provincias que ello suponía. ¿Quién se la llevaría? En cualquier hipótesis, era la fuerza de las armas la que acabaría por decidir el resultado.

De hecho, Séptimo Severo era el mejor colocado con creces. Ciertas personalidades importantes del Senado habían sopesado la situación y le habían mandado emisarios. Una importante camarilla de senadores y de caballeros, originarios como él de África, se encargaba de allanar las dificultades en la ciudad. Roma abrió al final sus puertas al nuevo emperador sin lucha. Séptimo Severo no era un hombre al que le gustase dar largas. Desde el principio ya anunció sus intenciones: subió al Capitolio armado y rodeado de soldados, se apresuró a licenciar a los pretorianos, responsables del crimen de Pertinax, y reemplazarlos por ilirios, en quienes sí confiaba. Una de las tres legiones recién formadas se estacionó al pie de los montes Albanos, en las afueras, dispuesta para cualquier eventualidad. Italia era, en suma, una provincia como cualquier otra, y no se molestó siquiera en llevar el título de procónsul. ¡Las viejas tradiciones no se le ponían por delante! El régimen, en resumidas cuentas, se militarizó de modo abierto. El Senado se apresuró a acordar la investidura del nuevo Augusto y Séptimo Severo le devolvió la cortesía solicitando para el llorado Pertinax los honores de la apoteosis, un gesto que no costaba nada y que podía conciliarle con los sectores reticentes, que por el momento no le preocupaban demasiado.

Lo que más prisa corría a Séptimo Severo, como es lógico, era la eliminación de sus dos competidores. Fueron necesarios varios años de luchas fratricidas. En Oriente, la usurpación de Pescenio Níger exigió casi dos años de combates, que condujeron al emperador hasta Bizancio, en el mar Negro. Por fin, el general disidente encontró la muerte al refugiarse entre

los partos, a quienes Séptimo Severo aprovechó para intimidar, sin gran éxito, por otra parte. Quedaba Clodio Albino, y eso le costó mucho más aún. Al norte de Lyon consiguió al cabo derrotar a su ejército. Albino, vencido, se suicidó. Severo eliminó sin problema alguno de conciencia a sus partidarios, entre ellos veintinueve senadores de Roma. También humilló al Senado al exigirle la rehabilitación de Cómodo. ¡A partir de entonces sabrían quién era el jefe! Además, un breve ataque de los partos obligó al emperador a una nueva respuesta que le llevó, como antaño a Trajano y Avidio Casio, hasta Ctesifonte. Siempre la atracción de Oriente... Sin embargo, más afortunado que Trajano, añadió a los territorios romanos una nueva provincia en la alta Mesopotamia. Asimismo, realizó una gira por Oriente, aprovechó para visitar Egipto y regresó a Roma en 202. Decididamente, era un general afortunado.

El propio hombre y su familia por alianza no carecían de interés ni de pintoresquismo, y la dinastía que fundó, dinámica y original, reinaría durante medio siglo. Nació en el año 146 bajo el reinado de Antonino en Leptis Magna, en Tripolitania. Este púnico de familia romanizada no adolecía de falta de inteligencia ni de cultura. Si bien tuvo que aprender el latín como lengua extranjera, circunstancia que le dejó un leve acento, también es verdad que se sentía unido de una manera mucho más sincera a la grandeza romana que muchos italianos de su tiempo. Se casó en segundas nupcias con una princesa oriental que sus astrólogos le recomendaron con fervor, una tal Julia Domna, que no era otra que la hija menor del gran sacerdote del dios solar Heliogábalo, del santuario de Emesa. Inteligente, cultivada, dotada de un enorme sentido político, la emperatriz (y

su familia de Emesa) modificarían el destino del Imperio en una dirección insospechada. Julia Domna había dado a Séptimo Severo dos hijos. Acosado por el prestigio de la dinastía antonina, el emperador se sentía unido por una adopción ficticia a Marco Aurelio, cuyo nombre impuso a su hijo mayor, más conocido para la historia por el sobrenombre de «la esclavina», es decir, Caracalla. El segundo hijo se llamaba Geta. La sucesión estaba asegurada, porque en 196 Caracalla fue nombrado César y después, Augusto en 198, con el fin de disuadir cualquier especulación sobre el porvenir. Geta obtuvo la misma promoción en 198 y 209.

No obstante, al casarse con Julia Domna, Séptimo Severo se había casado con toda una familia, bastante rara además. Aparte de la emperatriz, estaba su querida hermana, Julia Maesa, y las dos hijas de esta última, Julia Soemias y Julia Mamea. Las cuatro Julias eran mujeres notables, algo inquietantes y emprendedoras hasta llegar al activismo político. Las Julias lograrían colocarse de inmediato en primer plano e incluso conseguirían ejercer el poder a modo de regentes, mandato que no gustó precisamente a todo el mundo. Añadamos que su pasión por las especulaciones filosófico-místicas, muy alejadas del espíritu estoico que prevalecía hasta el momento en las esferas dirigentes, marcaría el espíritu de la época de manera potente y duradera. Volveremos a todo esto más adelante.

Bajo Séptimo Severo y sus sucesores, la actividad jurídica, administrativa y hasta burocrática sería en particular importante, marcada por la personalidad de grandes juristas como Papinio, Ulpiano o Paulo (al que veremos desempeñar responsabilidades más elevadas), hasta el punto de que los militares se resentirían en alguna ocasión. Nadie contribuyó más que Séptimo Severo a la mejora jurídica de la vida política. Tanto

es así, que podemos adelantar que bajo su reinado el derecho romano alcanzó su punto más elevado. La prefectura del pretorio recibió muchos más poderes, jurídicos y administrativos, y exigió, para la solución de sus asuntos, una proliferación de servicios y sub-servicios. La administración imperial adoptó así la figura que tendría de manera definitiva. De repente, el Senado se hundía un poco más aún en su papel de cámara de registro. Las legiones (o la herencia) designaban a los emperadores y los tecnócratas realizaban los textos; en resumen, a los senadores correspondía apenas la ratificación y el aval de las decisiones tomadas en familia, en el entorno del príncipe. En esa paradójica «República», que sobre el papel no había dejado de existir jamás, se había pasado del *principat*, donde el emperador era el «primero», a lo que los historiadores llaman el *dominat*, donde éste se afirma sin empacho como el único *dominus*, el único amo y señor, e incluso se hace nombrar así. Esta transformación se ve confirmada por la progresiva sacralización de la figura imperial, que se afirma cada vez más como emanación de una divinidad trascendente y universal cuyo misterio engloba a todas las divinidades tradicionales. El fulminante avance de los cultos orientales, de los que las famosas Julias se convertirían en propagandistas, tiene mucho que ver con esta evolución. El arte mismo otorga un lugar cada vez más importante a la imagen del príncipe, a sus hazañas, celebradas con complacencia, y a sus efectos benéficos, que refuerzan la devoción popular de forma muy oportuna.

El reino, a pesar de una oposición senatorial cierta, pero desde luego prudente, no conoció más que una conspiración, aireada con rapidez y reprimida por parte de un prefecto del pretorio llamado Plautiano. En 208 y flanqueado por sus dos hijos, ahora ya coemperadores, Séptimo Severo fue a guerrear

a Gran Bretaña contra los bárbaros de Caledonia, o si lo preferimos contra los escoceses. Las fatigas de aquella nueva campaña y el mal estado de salud del emperador agotaron unas energías que durante su vida no le habían fallado jamás. Séptimo Severo murió el 4 de febrero de 211 en Eburacum, la actual York. Tenía sesenta y cinco años. No había problema alguno de sucesión: sus hijos Caracalla y Geta Augusto estaban ya en su lugar. Pronto volveremos a encontrarnos con ellos.

Otra manera de ver las cosas

No hay duda: después de treinta años, había cambiado el espíritu en las letras y todavía más en la filosofía. Se imponía un universo mental distinto, que suplantaba poco a poco al antiguo estoicismo a la romana. El mismo año que murió Marco Aurelio desapareció también Apuleyo, un africano de Madaura. Sus viajes le habían llevado por todos los rincones del Imperio, y a los lugares más adecuados. No dudaba en autodenominarse «filósofo platónico», y con ese título se erigía una estatua en su ciudad natal como reconocimiento. Su figura resulta apasionante, inquietante incluso. Como buen número de sus contemporáneos, había coleccionado iniciaciones a todos los cultos «mistéricos», aquellos que garantizaban algo que la religión tradicional y cívica ni siquiera soñaba con ofrecer: la protección privilegiada de un dios durante la vida y una muerte considerada como un cabo de buena esperanza. Los favores de estos dioses se extendían hasta el más allá. Disponemos de una truculenta *Apología* de Apuleyo, que de alguna manera es el texto taquigrafiado del proceso al que se le sometió inculpándole de prácticas mágicas. Una acusación que en aquellos tiempos

podía enviarle a uno muy bien a los infiernos... Sin duda, Apuleyo no se apresuró demasiado a verificar las protecciones divinas de las que disponía, ya que se defendió con un verbo endiablado, atacando a sus acusadores... y entre tanto, nosotros vemos en vivo y en directo cómo transcurría una audiencia de justicia. Todavía hay más, el conjunto de un trasfondo de creencias que llega hasta nosotros. Los objetos más inocentes, los gestos, las palabras, cada detalle reviste una nueva dimensión secreta, maléfica, en la que cree o al menos finge creer todo el mundo. Estamos muy lejos del escepticismo distinguido de un Cicerón o de los autores de la época augusta... El siglo se ha vuelto devoto, supersticioso incluso, aunque de una manera muy distinta. Después de la *Apología*, se ha de leer de cabo a rabo las extraordinarias *Metamorfosis*. Apuleyo cuenta en ellas las aventuras de un joven llamado Lucio, que se enamora de la criada de una maga de gran renombre. La joven querría tener a su amante cerca de ella, pero bajo un aspecto que no llamase la atención. Ni corta ni perezosa, en ausencia de su ama, confecciona por su cuenta y riesgo una pócima para transformar de manera provisional a Lucio en pajarillo. Por desgracia, se equivoca de bote y el pobre Lucio, que ha conservado su alma humana, se ve bruscamente transformado en asno. Ahora se ve obligado a una patética espera del regreso de la especialista, que volverá a ponerlo todo en orden. Sin embargo, ¡ay!, unos ladrones irrumpen en la propiedad, saquean la casa... y cuando encuentran un borrico en una de las estancias, cargan sobre el lomo del desgraciado Lucio el producto de su tropelía. Arrastrado muy a pesar suyo a compartir la vida de los malhechores, el joven ve mundo... y nosotros también: Apuleyo nos proporciona así el medio para entrar en la intimidad del grupo y recorrer los medios más variopintos donde éste se desenvuel-

ve. ¡Una mina de datos para la gente que siente curiosidad por la vida cotidiana!

Esta visita guiada intercalada con episodios mitológicos, como los amores de Eros y Psique, convierte a Apuleyo de Madaura en antepasado directo de la literatura picaresca. Al menos así es si se lee sólo en su aspecto superficial, ya que al final de la obra constatamos que, de hecho, se trata de un cuento filosófico. El pseudoburro recuperará al fin la forma humana y se convertirá en Lucio el día en que consiga (¡y no le será fácil!) devorar la corona de rosas que lleva el celebrante de los misterios sagrados de Isis y Osiris. Se comprende la alegoría: el alma humana, bajo el envoltorio carnal grosero que le es impuesto (el cuerpo), conoce las tribulaciones de una vida degradada y no recupera la plenitud de su forma original más que al precio de la iniciación. Aquí estamos ya muy lejos del ambiente filosófico que prevalecía hasta el momento, un proceso que no ha hecho más que empezar. En otros libros filosóficos más técnicos, como *Sobre el dios de Sócrates* o incluso *Platón y su doctrina*, Apuleyo diserta con brillantez sobre los dioses y los «demonios» (que no son «diablos», sino «buenos espíritus») en sus relaciones con los humanos que somos. Este conjunto de ideas se pretende platónico, aunque esos textos, trufados de citas de Platón y de reminiscencias platónicas, no exceden el nivel de la simple conversación mundana. ¡Apuleyo, hoy en día, se pasaría el día delante de la tele! No obstante, más o menos por la misma época; filósofos más serios, aunque menos divertidos y poco conocidos por el gran público, exponen en sus obras, hoy en día difíciles de comprender, el pensamiento platónico original. En paralelo a la evolución escéptica de la Academia, que encantaba al círculo de los Escipiones o de Cicerón, Platón se enseñaba desde siempre en Grecia y en Oriente, y ahora se vuel-

ve a él. Albino, Numenio, Ático y los famosos *Oráculos Caldeos* atribuidos a un tal Juliano el Teurgo (el hacedor de prodigios) exponen los arcanos de un platonismo místico que ha perdido por completo su dimensión cívica y política, sus orígenes. Entre Platón y sus discípulos lejanos han transcurrido seis siglos y el contexto es del todo diferente. Quiero atraer la atención hacia la renovación que conoce, al final de los Antoninos y a lo largo de todo el reinado de los Severos, la filosofía platónica. Se piden introducciones, consejos de lectura (¿qué leer?, ¿por dónde empezar?); se buscan resúmenes para informarse con rapidez sobre el platonismo, desde luego, pero también acerca de las filosofías del pasado y de cuanto conviene retener en la memoria en general, aunque sólo sea para mencionarlo en el curso de una cena con los amigos. Contemporáneo de Apuleyo, un tal Aulo Gelio, compilador que viajó y leyó mucho, dejó en honor a sus hijos *Las noches áticas*. En esta selección sin pretensiones, el lector encuentra un poco de todo, al azar: fragmentos de autores de la época arcaica que de otra forma se habrían perdido, literatura, ciencias, gramática, derecho, historia y, desde luego, filosofía. Muchas personas se deleitaban con aquella obra y el estudiante de hoy en día todavía la aprovecha.

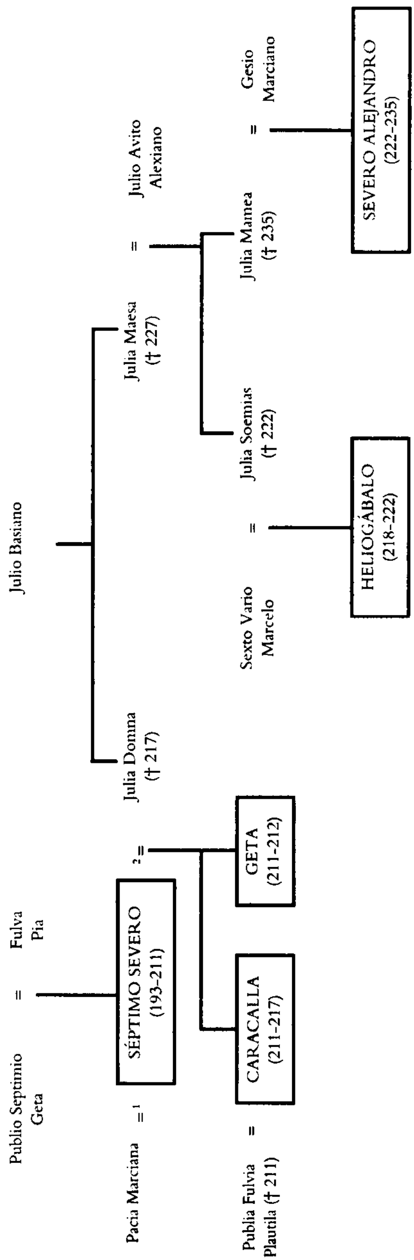
Otro contemporáneo, muerto con probabilidad en el reinado de Cómodo y que a veces muestra genio, es el panfletario Luciano de Samosata. Él también reflejó de forma admirable el espíritu de la época, porque se colocó con decisión en su contra. Era un hombre de la vieja escuela, clásico, al que horripilaba la moda filosofante y supersticiosa de su tiempo. Cultivado y sarcástico, se divierte y nos divierte con falsos magos, falsos filósofos, falsos profetas de todo tipo, que encuentra en cada rincón de las calles y que desmenuza en una lengua llena

de hallazgos. Sus numerosos diálogos, sus *Sátiras menipeas,* alegraron tanto a Rabelais como a Paul-Louis Courier. Le enfurecen las pretensiones especulativas de la gente sobre el derecho y el revés de las cosas y su osadía al decir la última palabra al respecto, una desmesura que se complace en deshinchar con una ironía chirriante. Desenmascarar la charlatanería, arruinar los prejuicios, disipar las ilusiones, proteger a los hombres de buena voluntad contra las alucinaciones y las estafas piadosas, ése es el papel que adopta, para su placer y para el nuestro.

Todas estas obras, ya lo promuevan o se burlen de él, atestiguan en cualquier caso un profundo cambio de mentalidad que no tardaremos en ver más acusada aún. La vena estoica, que Marco Aurelio había explotado hasta el agotamiento, queda si no abandonada, al menos arrumbada a un lado por parte de la sociedad cultivada de la época. Se empiezan a despertar otras necesidades, nacidas de otras inquietudes, que reclaman una especie de suplemento de alma: cualquier cosa que, en esta vida efímera, tenga un regusto de eternidad. Los estoicos sabían contentarse, pero dicha actitud es algo que ahora se quiere superar.

El último rasgo que dice mucho de esos esponsales entre la tierra y el cielo es la divinización *post mortem,* no tan sólo de los emperadores, ceremonial que se había realizado siempre, sino de su mujer, su padre, su hermana o incluso, dado el caso, su favorito. Adriano, que no era celoso, había divinizado por igual a su mujer y a su favorito Antinoo. Esta aspiración hacia lo alto no encuentra ninguna objeción por parte de los filósofos. Y, desde luego, el arte suscribe la moda. En Roma, en la gran escalinata del palacio de los Conservadores, se puede ver un bajorrelieve que representa a Sabina, radiante, que sube al cielo bajo la mirada de Adriano, su marido, radiante también,

Los Severos (genealogía simplificada)



según parece, al comprobar que los dioses se la han quitado de en medio. En la base de la columna aureliana se distingue la apoteosis de Antonino y Faustina, etc. Nos quedamos patidifusos cuando observamos la prolongación detallada de la relación de nombres llamados a figurar en aquel panteón de nuevo cuño, sobre todo cuando recordamos que, un siglo antes, la apoteosis de Claudio había desencadenado los sarcasmos, a veces abyectos, de Séneca en su *Apocoloquintosis*. Sí, los tiempos habían cambiado. A partir de entonces, la sacralización del poder supremo y de cuanto a él tocase se asentó en la mentalidad común. Nadie se reía, porque el emperador y su familia estaban encarnados en Roma y su genio, y, por lo tanto, aquel que en nombre de los dioses había gobernado el mundo civilizado mientras estaba vivo, continuaba haciéndolo con plena normalidad después de muerto. Sencillamente, estaba más arriba. Desde ese instante, disfrutaba en el cielo de una posición divina por fin manifestada, ya que aquél era su auténtico lugar. No había más que esperar a su relevo.

Todo el mundo es ciudadano romano: Caracalla

Una vez muerto Séptimo Severo y propulsado a los cielos por la consabida apoteosis, el poder recaía de forma natural entre las manos de Caracalla y de Geta. De nuevo el Imperio se heredaba. Caracalla estaba tan deseoso de reinar, a pesar de sus veintitrés años, que había acariciado en algún momento la idea de acortar los días de su padre. Lo cierto es que una vez vuelto de York con las cenizas del difunto, no esperó ni un año siquiera para hacer degollar a su hermano menor. Una escena en verdad estremecedora: Geta se había refugiado en los brazos de su

madre, Julia Domna, que resultó herida en una mano y a quien se le dio a entender que sería mal visto manifestar demasiado dolor, puesto que la única pretensión del emperador había sido adelantarse a las intenciones idénticas que tenía su hermano hacia él, circunstancia muy posible. Después de todo, explicó a los senadores algo molestos, existían precedentes: ¿no había tenido que sacrificar Rómulo a Remo y Nerón a Británico? El razonamiento era sólido, dado que, siguiendo a Herodiano, Caracalla lo apoyaba en consideraciones teológicas irrefutables y que nadie, por otra parte, se hubiese atrevido a refutar: «Zeus es el único que ejerce el poder soberano entre los dioses; por tanto, otorga el don de ese poder a un solo hombre».

El busto de Caracalla que vemos en el Louvre y en el bello museo de Lyon (y, a decir verdad, por todas partes, ya que inspiró a numerosos copistas) demuestra que su aspecto debía de disuadir cualquier veleidad de contrariarle: posee las facciones de bruto más bien reflejadas que se nos ha dado contemplar. Sin embargo, había recibido la mejor educación, filosofía incluida, aunque muchos rasgos de su carácter denuncian su fragilidad psíquica. Era piadoso y apasionado de cuanto se adoraba por el mundo. Es digno de observar que hasta el momento el cristianismo se había mantenido más bien en paz bajo los Severos. Hecho altamente significativo del sincretismo de la época es el hallazgo en su capilla mitríaca de una dedicatoria a Zeus, Helios, Serapis y Mitra, federados en una divinidad única, «el invencible amo del mundo». Enfermo, Caracalla recurría a los dioses curadores. Un día incluso se hizo encerrar en el Serapeion de Alejandría preso de una especie de crisis nerviosa, aunque también quizá para sustraerse al furor de los alejandrinos, gente poco amable, después de una masacre odiosa de la que él era responsable. Le acosaban unos ideales que satisfacían a su

ambiguo yo: Alejandro Magno, desde luego, pero también Hércules, siguiendo el ejemplo de Cómodo.

Su administración, sin embargo, su forma de llevar los asuntos (si bien Julia Domna tuvo mucho que ver en ello, sin duda) no tenía nada de insensata, más bien al contrario. Bajo su reinado el jurista Ulpiano declaró la igualdad de todo hombre ante el derecho natural. Es decir, aunque careciera como esclavo de cualquier otro derecho, debía tratársele bien, porque era un ser humano. Un paso de lo más estoico. Más espectacular aún, en el año 212 el emperador promulgó un edicto que supondría un hito: extendía a todo el mundo romano la *civitas romana*, la prestigiosa ciudadanía romana, tan apreciada en el pasado. Así, Caracalla nivelaba por arriba a la inmensa población del Imperio. Esta especie de descolonización, por expresarlo como Paul Petit, ratificaba mediante el derecho escrito una situación de hecho: romanos de Roma, italianos y provincianos acababan confundiéndose en la igualdad de derechos, ya que toda ciudadanía particular la adquiría cada uno en otro lugar. Roma se volvía así trascendente a toda pertenencia. ¡Qué felicidad impensable hubiese sido aquélla en los lejanos tiempos de las guerras sociales! A ese sincretismo político se superponía un sincretismo religioso, los dioses múltiples se reabsorbían por amalgama en una especie de divinidad única de la cual asumían las formas particulares o locales. Así se formó, al final, una especie de alma común donde la propia unidad era políticamente rentable. En esta perspectiva hay que entender la progresiva divinización del personaje imperial. El título de *Rector orbis* ostentado por Caracalla le asimila ya al Sol, amo del mundo.

El reino de Caracalla, sin embargo, fue duro. Consciente del papel preponderante del ejército, se entregó, contra el consejo de Julia Domna, preocupada por el tesoro del Estado, a una

auténtica demagogia militar. No hacía así más que aplicar al pie de la letra el consejo de su padre la víspera de su muerte: «¡Paga a los soldados y ríete de lo demás!». Los sueldos aumentaron de manera apreciable: para un pretoriano, la paga pasa de 1.250 denarios a 2.500; para un legionario corriente, de 300 denarios a 750, una subida que permite absorber la inflación, que es considerable. Lo más importante, sin embargo, es que se acelera la promoción social de los militares de forma insospechada. La orden ecuestre, en la antigüedad reclutada entre los nobles de las ciudades, se abre en gran medida a los oficiales, donde más de uno proviene de la tropa. Eso ofrece todas las esperanzas del mundo a los soldados. El ejército se convierte así de forma notoria en una casta, y su poder político ya no se tiene que demostrar. Imaginamos la sorda resistencia de las clases superiores de la sociedad romana y los odios solapados que se acumularían contra el emperador. Esa política entrañaba, como es evidente, consecuencias financieras previsibles. Para hacer frente a la situación comprometida por esas larguezas, Caracalla tuvo que recurrir a los expedientes clásicos que sufrimos todavía en nuestros días: presión fiscal hasta unos límites absurdos, devaluación monetaria, etc. Ninguna de estas iniciativas le hacía precisamente simpático ante sus víctimas. Los *humiliores*, sin embargo, las clases inferiores, no sufrían con esta política característica de los Severos, más bien todo lo contrario, ya que se tenía en muy alta estima el hecho de atraérselos a fin de que su apoyo compensase, en cierta medida, la hostilidad de las clases más favorecidas. Según la tradición, Caracalla supo mostrarse evergetista. La población romana apreció las termas suntuosas que llevan su nombre. El edificio, de rica ornamentación y distribución admirable, se inscribía en un cuadrado de 350 m de lado. Los turistas hoy en día todavía pueden hacerse una idea.

Deslumbrado por el resplandor eterno de Alejandro y no carente de valor físico, Caracalla quiso convertirse en jefe militar y lo consiguió. En el Danubio obtuvo algunos éxitos, pero creyó conveniente también suscribir algunos acuerdos con los bárbaros y les otorgó subvenciones. Esta manera de obrar, menos gloriosa que política, tenía por objetivo garantizar una seguridad mayor en las fronteras, al menos de forma momentánea. La costumbre se generalizará hasta las invasiones definitivas. No obstante, en su expedición contra los partos (¡una más!) fue donde alcanzó su mayor gloria, la que le confortó el corazón y mejoró su imagen. De hecho, consiguió anexionarse el reino de Osroene, aunque en el curso de su avance hacia el Tigris, el 8 de abril de 217, pereció asesinado a instigación de Marco Opelio Macrino, su prefecto del pretorio, mientras se disponía a visitar uno de esos templos que tanta curiosidad le producían.

Macrino tuvo éxito allí donde Sejano y algunos otros fracasaron: desesperados ante la muerte de Caracalla e ignorándolo todo acerca de la conspiración, los soldados aclamaron al instigador del crimen. Ese moro de Cherchell, cuya carrera hasta el momento había sido en esencia burocrática, no tenía demasiado que ofrecer como emperador, pero se encontraba en el lugar oportuno y se había aprovechado de la situación. Como buen arribista, buscó desde un principio la conciliación con las diferentes fuerzas políticas. El Senado, en primer lugar, a quien volvió a servir a la carta el plato ideológico que siempre gustaba: más libertad y respeto, regreso a los tiempos felices de Marco Aurelio y Pertinax, etc. Para contentar al ejército hizo divinizar a Caracalla, cuyo bello rostro de asesino complacería sin duda a los dioses acaso se tratase de un simple detalle para

desviar las sospechas... Aunque criticó mucho en sus cartas al Senado el principio de la herencia, nombró César a su hijo Diadumeno, llamándolo incluso Antonino. En Antioquía, adonde había transportado su corte durante la campaña contra los partos, Julia Domna lloraba menos la pérdida del hijo mayor, al que jamás había amado, que su propia caída. Prudente, sabedora de la fuerte unión de los soldados a la dinastía, Macrino se había cuidado mucho de ofenderla de ninguna manera. No obstante, en el momento en que se dio cuenta de que la emperatriz madre había conservado muchas influencias en todas partes, incluida Roma, tuvo que rogarle que abandonase Antioquía y fuese a instalarse donde quisiera. Con la condición, desde luego, de que no fuese demasiado cerca de ningún ejército... Separada de aquel poder que era toda su vida, Julia Domna regresó a Emesa, su patria. Minada por un cáncer de pecho, con la moral afectada de modo definitivo, moriría poco después.

Macrino, a quien los laureles de Alejandro no impedían dormir en absoluto, se apresuró a poner fin a la campaña pártica, y como los dacios se habían vuelto amenazadores, prefirió adoptar con ellos un compromiso poco prestigioso. Sin moverse de Oriente, aunque habría tenido que correr a Roma, gobernaba día a día, sea porque quería tomar de verdad las medidas de la situación general, sea porque deseaba sin más contentar a todo el mundo. Proyecto que parecía bastante quimérico a quien conociera un poco a las famosas princesas sirias, la hermana y las dos sobrinas de la llorada Julia Domna. Ya que Julia Maesa tenía dos hijas, Julia Soemias y Julia Mamea, y cada una de ellas tenía un hijo, el joven Avito Basiano, sacerdote hereditario del dios Heliogábalo, y el pequeño Alexiano. Las tres mujeres no se rendían y tenían a Macrino por un vulgar usurpador. Era de esperar que tramasen en la sombra el regreso de la dinastía de los Severos.

Esas damas, retiradas según decían a la tranquilidad de Emesa, se pusieron a conspirar con decisión bajo la dirección de la abuela Maesa. Todo el mundo sabe que la familia pontificia del Baal sirio era riquísima y, por tanto, podía pagar con generosidad a los soldados. Con discreción, se hizo saber tal cosa para que constara. Las princesas adquirieron complicidades por todas partes, incluyendo la III Legión, que estaba estacionada justo allí, porque las tropas seguían con fuerza ligadas a la memoria de los llorados Séptimo Severo y Caracalla. Se conocía a la perfección la existencia de los dos jóvenes príncipes, salidos de la familia por alianza de Séptimo Severo, dinastía sacerdotal cuyo prestigio era grande en aquellos tiempos de fervor religioso. Demasiado jóvenes los príncipes, se dirá. ¡El pequeño Diadumeno, a quien el viejo Macrino acababa de nombrar César, no tenía más que nueve años! Quedaba por encontrar, como era previsible, ese pequeño detalle que decantase la decisión de las tropas en el sentido que ya adivinamos. ¿Cómo conseguir que un muchachito de catorce años, Avito Basiano, hijo de Julia Soemias, gran sacerdote de una piedra negra consagrada, de un aerolito divinizado, fuese un Augusto romano de pies a cabeza? El proyecto parecía delirante. Y sin embargo...

Y sin embargo, funcionó, y muy bien además. Los hombres se sentían unidos a la gloriosa memoria de la dinastía severiana, que se llamaba a sí misma antonina. ¡Pues estupendo! La abuela encontró la solución: harían pasar a Avito Basiano por hijo adulterino... del difunto Caracalla. No existía riesgo de poner en ridículo al padre auténtico, puesto que había muerto el año anterior. Mejor aún, el jovencito tomaría el nombre doblemente sagrado de Marco Aurelio Antonino. Un poco de propaganda, un poco de «intoxicación» informativa, y la credulidad de los soldados haría el resto. De hecho, el 16 de mayo

de 218 por la mañana, con la complicidad del prefecto, estas damas introdujeron en el campo de la III Legión al joven sacerdote solar, pronto aclamado, con el nombre de su pseudopadre, César y Augusto. Así fue como un descendiente de beduinos se convirtió, sin dar un solo mandoble, en el emperador romano Heliogábalo, o incluso Elegabal, según el nombre de su dios exótico. Toda esta historia y el relato de su reinado se hallan accesibles al gran público en la actualidad gracias al libro, sabio e infinitamente divertido, de Robert Turcan, *Heliogábalo y la consagración del sol.*

No quedaba a los autores del «pronunciamiento» más que una formalidad: resolver el problema de Macrino, puesto que el emperador se molestó y envió a sus tropas fieles contra los amotinados. Muy contentos por haber encontrado a un Antonino que consideraban auténtico, y al cual incluso encontraban un cierto parecido con Caracalla, los soldados de la legión rebelde se opusieron con energía a que se les arrebatara. Después de algunos intentos, toda resistencia resultaría vana. Macrino y su hijo Diadumeno, al que había hecho nombrar Augusto de forma precipitada, desaparecerían uno tras el otro. El padre acabaría degollado y el hijo, a quien un fiel de Macrino intentó poner a salvo entre los partos, sería alcanzado y masacrado por el camino. Después de un intervalo de catorce meses, Roma volvía a encontrarse con los Severos. No obstante, la Villa Eterna no había acabado con sus sorpresas.

La mascarada y la sangre: Heliogábalo

Más valía, estaba claro, que Octavio Augusto reposase en paz en el Olimpo, por no decir nada de Cicerón, Bruto y Catón.

La impresión fue tremenda en Roma cuando se vio desembarcar, con aire triunfal y acompañado de un aerolito del que jamás había querido separarse, a aquel muchacho regordete y maquillado, ataviado a la oriental y que, sostenido por sus acólitos, caminaba hacia atrás entre nubes de incienso. No es que aquel tipo de pompa desconcertase a la Roma de aquellos años, ya que desde tiempos inmemoriales estaban acostumbrados a ver desfilar a los sacerdotes de Isis y de Osiris, a los castrados de la Gran Madre y a todos los cortejos de dioses venidos de Oriente. En aquel siglo III Roma era el punto de encuentro de todos los dioses, al igual que de toda la humanidad. Lo asombroso era ver con semejante séquito a un emperador «romano». A pesar del nombre que llevaba oficialmente, aquel individuo que se contorsionaba al son de las flautas y con una mirada extraña no tenía nada, ni de cerca ni de lejos, que recordase a los Antoninos.

El emperador se había tomado todo el tiempo del mundo para llegar, pues hubo que cargar con gran esfuerzo la divina piedra negra (que pesaba lo suyo) desde Siria hasta Roma, pasando por Asia Menor, el Bósforo y toda la Europa central. De modo que Heliogábalo no llegó a Roma hasta un año y tres meses después de los memorables acontecimientos de Emesa. Su primera preocupación fue instalar con gran pompa a la nueva divinidad en el Palatino, e imponerla como culto universal. Tenía la idea de subordinar a ella todos los cultos existentes: la Gran Madre, el fuego de Vesta, incluso el dios judío y el dios cristiano. El clero del dios Elagabal contendría los misterios de todos los cultos a la vez. Esta pretensión era acorde con el sentido del sincretismo religioso de la dinastía, siempre preocupada por una unidad político-mística de la cual el *princeps*, o más bien el *dominus*, el Señor de señores, sería el monarca sacerdotal, y de algún modo, el centro divino.

En un registro mucho más práctico, la vieja Maesa mostraba por fin su gozo, puesto que se vengaba de ese modo de su difunta hermana, Julia Domna. Pensemos que durante todo el tiempo que ocupó aquel traslado, había ido tomando nota de las medidas de depuración que, según su parecer, se imponían en la administración y el ejército. A la abuela ya no le venía de unos cuantos muertos más o menos. Sin embargo, las formas se habían respetado vagamente, aunque sólo las formas. El joven recitó ante el Senado un pequeño discurso preparado por la abuela donde prometía gobernar como el verdadero pequeño Marco Aurelio que era, etc., etc. Disposición que no le había impedido proveerse a sí mismo de cada uno de los títulos imperiales, sin esperar a que se le ofrecieran. A decir verdad, el Senado no merecía otra cosa. Así fue como el nuevo emperador no compareció nunca a las sesiones sin su abuela, nombrada «madre del Senado», y que se repantingaba en el banco de los cónsules. En su entorno se fue instalando una fauna inquietante. Un antiguo actor cómico tomó la dirección de las cohortes pretorianas. Se elevaron a los puestos más altos eunucos, travestidos, peluqueros, cocheros de circo... Heliogábalo pensaba incluso convertir en César a un favorito suyo bastante infame, un esclavo que respondía al nombre de Hierocles.

Por sorprendente que nos resulte este personaje, con sus obsesiones y sus locuras surrealistas que habrían tentado a Antonin Artaud, Freud y otros, no creo que se haya interpretado siempre de modo correcto el comportamiento de Heliogábalo, cuyos desenfrenos fueron descritos con todo detalle y con turbia complacencia. No hay necesidad de añadir nada: las liturgias de su dios solar bastan para explicar lo más importante. De buena fe, de eso podemos estar seguros, el dios-rey-sacerdote, transferido a las orillas del Tíber, se entregó con todas sus fuer-

zas (ésa es la palabra exacta) a los éxtasis de un culto en el cual la vida sexual ocupaba un lugar absorbente. Tanto allí como en otros lugares, él debía presidir los ritos naturales mediante los cuales las muchedumbres celebraban las hierogamias, los matrimonios sagrados del Sol y de sus esposas terrestres (y su madre Julia Soemias no dudaba en prestarse con su persona), ceremonias seductoras llenas de ritmos y perfumes que acababan siempre en furores genésicos. El emperador se entregaba a la improvisación y se le puede ver en un camafeo desnudo (¡y en una disposición íntima muy boyante!) conduciendo un carro tirado por mujeres desnudas a cuatro patas. ¡Y lo más curioso es que esa joya obscena, que se puede ver en el gabinete de las Medallas, confirma una aseveración apenas creíble de la *Historia Augusta*! Se comprenderá así la perplejidad de los medios romanos de pura cepa. Nerón era sobrepasado en gran medida por aquel individuo que entraba en trance al son de las flautas y de los tamboriles, y se contoneaba mientras entonaba cantinelas exóticas. Incluso había contraído esponsales místicos con la gran vestal, con la que estaba dispuesto a tener niños divinos. Y no digo más. Para aquel niño perverso, el poder fue, dice Robert Turcan, como un juguete grande. Gozaba al ver a tantas personas en sus manos con las que podía hacer lo que quería, incluso romperlas, y no se privaba de ello. Su misma mesa, que excedía cualquier lujo concebible, evocaba la pesadilla de un cocinero borracho.

Esas travesuras siniestras sólo son extrañas para nosotros, y con el paso del tiempo mediante. Si la emperatriz madre, Julia Soemias, parece haberse asociado a ellas de buen grado, hasta con un fervor algo molesto, la abuela estaba muy lejos de regodearse de la misma forma. Es cierto que a sus años ya no le correspondían ese tipo de comportamientos, pero además tenía

una visión mucho más fría de la situación. El odio creciente del ejército, el menosprecio de la aristocracia, esas actitudes no presagiaban nada bueno para el porvenir de la dinastía. Con el cuidado que siempre había puesto en no colocar todos los huevos en la misma cesta, la vieja Maesa obligó a Heliogábalo, que no las tenía todas consigo, a adoptar a su primo Alexiano, el hijo de Julia Mamea. El emperador intentó en varias ocasiones deshacerse de aquel César que se le imponía y en el cual había intuido a un competidor, pero Julia Mamea también vigilaba por su lado, pues la idea de gobernar a su vez por medio de Alexiano era de su agrado. Se ha dicho que Heliogábalo llegó al colmo de sus extravagancias el día en que pretendió exiliar al Senado en pleno. El caso es que el 13 de marzo de 222 estalló un motín en un cuartel de pretorianos adonde había acudido el emperador; en realidad, se trató de una encerrona, con mucha probabilidad tramada por Julia Mamea. Fiel a la literatura antigua, que inflige a los malos una muerte indigna, la *Historia augusta* nos presenta al emperador masacrado en las letrinas donde se había refugiado y a su cuerpo flotando en una alcantarilla que lo regurgitó junto con una bocanada de aguas pútridas. Es una manera de decir, en suma, que el cadáver estaba más contaminado que el arroyo de la Villa... Aquél fue el fin de a quien el emperador Juliano, ciento cincuenta años más tarde, llamaría poco más o menos «el *playboy* de Emesa». Aprovecharon entonces también para matar a Julia Soemias. Julia Maesa, la buena abuela, tuvo el consuelo dentro de su dolor de comprobar cómo accedía al imperio su otro nieto, Alexiano, más conocido en la historia por el nombre de Severo Alejandro.

Este intermedio cómico y sangrante, con un trasfondo de decorados exóticos, deja una impresión desoladora. Si tenemos

presente la epopeya romana, el sufrimiento y el heroísmo que había costado, nos espantamos al ver a qué estado llegó el Imperio debido a la omnipotencia y la volubilidad de los soldados, la apatía incurable del Senado y también ese gusto por lo extraordinario, en el sentido etimológico del término, que de manera gradual iba ganando los espíritus. Se buscaba en otros lugares aquello que uno ya no encontraba en sí mismo. En verdad, no se trataba de que el contacto entre Roma y Oriente fuese en sí mismo un mal. Esa otra forma de ver el mundo contenía muchas riquezas, intelectuales, espirituales, artísticas, incluso esa exultación de la vida que Antonio, Calígula o Nerón intuyeron en otros tiempos. Aportaciones que contribuían a ensanchar el marco demasiado exiguo de la mentalidad occidental. Sin embargo, las civilizaciones no se transportan ni se importan en bloque, como acababa de ocurrir. Forman un todo en el cual se ha de saber distinguir lo que es asimilable, es decir, compatible con lo que ya es uno en sí mismo. El episodio de Heliogábalo demostraba que Roma había empezado a perder su identidad. Cien años antes, Juvenal temía que el Oronte contaminase el Tíber romano. En aquellos momentos el mal ya estaba hecho. Una minoría razonable se daba cuenta, e incluso las dos princesas sirias, Maesa y Mamea, esbozarían con Alejandro Severo un intento de volver al orden, de tomar las riendas, voluntad que, sin embargo, no pasaría de cubrir las apariencias. Si uno puede superar en ocasiones el hecho de haberse dejado llevar, no supera jamás el hecho de no haber sabido que las cosas podían ir demasiado lejos. En los años por venir, Roma pagaría caras las fantasías que se había permitido o a las que no había osado negarse. La salvación provisional de Roma vendría un día de gente muy distinta, sólida y ruda, rescate que se daría al precio de la pérdida cultural y que llegaría del Danubio. No obstante, aún no había llegado ese momento.

El fin de una dinastía: Severo Alejandro

A los cuerpos mutilados de Heliogábalo y de Julia Soemias, su madre, decapitados, troceados, ultrajados de mil maneras distintas, no tardaron en añadirse los del prefecto de la Villa y el ministro de Finanzas, que sufrieron idéntico trato. No fue algo gratificante. Las estatuas del emperador, las inscripciones en las que figuraba su nombre, todo fue hecho añicos, para gran perjuicio de los historiadores de hoy en día. En el pensamiento (si se puede llamar así) de la muchedumbre, lo esencial era privar a aquellos tristes personajes de una supervivencia decente en la memoria de los hombres y hasta en el más allá, donde uno no tiene nada que esperar si no entra intacto. Así se apagaron los farolillos de aquella especie de fiesta, de desahogo más bien, que duró cuatro años.

El joven Alexiano, llamado Severo Alejandro en honor de la dinastía, fue aclamado Augusto en la corte misma que acababa de ocupar de tan mala manera su primo y predecesor. Desde luego, el Senado se apresuró a ratificar el hecho al día siguiente, y celebró su feliz advenimiento con el calor habitual y con las letanías que ya se habían puesto de moda y convertido en costumbre: «¡Que los dioses te guarden! ¡Que te protejan a ti, que nos has sido otorgado por ellos!», etc. El elegido tenía, en verdad, gran necesidad de aquella protección celeste que se invocaba sobre su cabeza. Tenía unos diecisiete años como máximo (algunos dicen incluso que catorce) y era tan insignificante como brillante había sido su primo. «Una especie de duque de Borgoña –opina Jean Babelon–, demasiado piadoso y dócil en extremo», y militarmente nulo. ¿Dónde y cuándo podía haber aprendido algo en ese terreno? Por descontado, nunca entre las faldas de las damas. Su madre Julia Mamea y su

abuela Julia Maesa le habían mimado en exceso, y también él, como en tiempos le ocurrió a Marco Aurelio, estaba demasiado educado. Dado a los estudios, se dice que había empollado la *República* de Platón y la de Cicerón, detalle que nos hace pensar que se deleitaba en privado con los grandes ideales de la vida política. En lo que hace referencia a la política concreta, imaginamos que la dejaba entre las manos más expertas de su mamá y su abuelita. Esta última murió en 223, dejando a Julia Mamea las llaves del poder imperial. Esa mujer realizó, en suma, lo que Livia, Mesalina y Agripina habían deseado tanto. El matriarcado continuó y los senadores, contentos de verse mejor tratados que con aquel loco de atar de Heliogábalo, no lo consideraban mal.

Hay que decir que se produjo un gran cambio. El Senado recuperó un simulacro de papel político y se depuró la administración. Los actores y los jovenzuelos desaparecieron de los cargos, dejando lugar a gente más cualificada, sobre todo a juristas como Ulpiano. No por mucho tiempo, en lo que concierne a este último, convertido en prefecto del pretorio: sería asesinado al año siguiente por sus administrados, acción que puso fin a su influencia, benéfica por otra parte. La marcha de la casa imperial se aproximaba a la normalidad y no tardó en afirmarse un principio de orden moral en los detalles cotidianos, incluso en la ciudad. En resumen, las cosas volvían a su cauce. Un detalle interesante y que hace honor al realismo tardío de la familia es que se envió de nuevo la piedra sagrada a Siria, que era su lugar, mientras que los cultos tradicionales de Roma fueron restaurados en toda regla. Este proceder apaciguó las conciencias. El joven emperador, lleno de devoción, se contentaba con la práctica espiritual del sincretismo religioso de moda en la época. En su capilla privada se recogía ante las imágenes

unidas de Apolonio, el mago de Tiana adorador del Sol del que hablaremos un poco más adelante, Orfeo y también Abraham y Jesús. Decididamente, se tiende hacia el monoteísmo ya comentado, que engloba a todas las divinidades sin absorberlas ni confundirlas. La filosofía no tardará en reflexionar sobre estos datos concretos y elaborar sus teorías.

Esta situación se habría mantenido mucho más tiempo si los persas sasánidas, que habían tomado en el año 227 el control del imperio parto, no hubiesen resultado amenazadores. Hubo que viajar a Oriente para una campaña que conoció sus altibajos. Más bien bajos, a decir verdad, ya que Severo Alejandro no era el hombre adecuado para salvar la situación. Acto seguido, la frontera renana se vería amenazada por los germanos y el infortunado Augusto tuvo que ir allí en 235 en compañía de su inseparable madre, presencia que produjo en las tropas el efecto que se puede imaginar. Su indecisión, su incapacidad de tomar iniciativas (¿dónde podría haber aprendido lo contrario?) le empujaron a unas negociaciones poco honorables con el enemigo. Una gran decepción corrió entre las legiones, habituadas a un estilo de mando muy distinto y que veían en una verdadera guerra, con auténticas batallas, la ocasión de enriquecerse un poco. Pasó lo que tenía que pasar: el 18 de marzo de 235 se declaró un golpe de Estado a favor de un hombre enérgico, el prefecto de los reclutas Maximino. Abandonados por su guardia personal, Severo Alejandro y su madre fueron asesinados en su propia tienda. Era el fin de la dinastía de los Severos. Comenzaba otra era, cincuenta años de desórdenes cuando se sucederían veintitrés príncipes (sin contar los usurpadores), uno solo de los cuales murió de muerte natural. Si es que puede decirse tal cosa, ya que se lo llevó la peste. Empezaba la anarquía militar.

El espíritu y la memoria

En el terreno intelectual, el período que acababa tenía el más alto interés. Durante cuarenta años, se puede decir que las cuatro Julias de Emesa ejercieron un verdadero ministerio de cultura. Esas mujeres sabias, de manera muy particular Julia Domna, la esposa de Séptimo Severo, y Julia Mamea, la madre de Severo Alejandro, condujeron con brillantez un cenáculo letrado, más griego que latino, cuyo resplandor se extendió muy lejos. El helenismo que se cultivaba en él se abría en gran medida a las influencias de Siria y de Asia Menor, y respondía (mejor, en cualquier caso, que el estoicismo) a las aspiraciones y las inquietudes, incluso a las angustias que parecían ir naciendo y desarrollándose hasta el final del siglo. E. R. Dodds captó muy bien ese clima, ese espíritu de la época que se respiraba entre Marco Aurelio y Constantino, y que caracteriza en una bella obra suya como «una época de angustia». El ciudadano romano parece menos seguro de lo que estaba en los siglos precedentes, cuando las grandes filosofías tenían respuesta para todo porque se les exigía poco sobre el más allá, sobre los dioses, sobre la condición humana, sobre el mal que nos asedia por todas partes. En cambio, en este siglo III son esas cuestiones las que causan más problemas, plantean más interrogantes y preguntas. Todos se vuelven hacia un cierto más allá de la razón, o incluso de forma decidida hacia un irracionalismo que, en su confusión, parece prometedor. Sólo los iniciados tienen acceso a lo esencial, que sigue escondido para el resto. Han llegado a ello por métodos secretos y se desea con pasión compartir esos secretos. El modelo de iniciado sería el de Apolonio de Tiana, un mago que vivió en el siglo I y sobre el cual todavía bajo los Severos corrían algunas leyendas curiosas. Julia Domna, a

quien interesaba el personaje, quiso saber a qué atenerse y pidió a un retor ateniense llamado Filostrato, autor de una *Vida de los sofistas*, que redactara su biografía. Esa *Vida de Apolonio* es apasionante en más de un sentido y puede leerse en varios niveles. Trufada de anacronismos, es una reanudación hagiográfica de lo que ya corría sobre aquel hombre: una especie de santo, un filósofo itinerante que recorría el mundo, vivía en la abstinencia, la continencia y el silencio, honraba a la divinidad suprema mediante la pureza de su corazón, hacía milagros y comprendía el lenguaje de las aves del cielo. Leía en los corazones y sabía todo cuanto se puede saber. Es decir, que complacía en todo a las almas enfebrecidas de la época, a las que enseñaba la vía de esa trascendencia que buscaban con tanta inquietud. No acaba ahí su influencia. Apolonio es también la figura del sabio por excelencia, profeta divino y consejero de los reyes. Al parecer, conoció al Gran Rey de Babilonia, al rey de la India (país cuyo misterio se expandió sobre la época severina) y a cada uno de los Flavios hasta Nerva. A todos les ofreció muchos consejos de gobierno en la línea de esos famosos tratados *De la realeza,* cuya influencia sobre toda la literatura imperial ya he nombrado. En resumen, Apolonio sería una especie de Padre José, una eminencia gris que tenía, además, el poder de consagrar en Reims a los reyes que aconsejaba en privado. De ese modo, en el Serapeion de Alejandría, el año de los cuatro emperadores, a ruego del futuro César «bendijo» a Vespasiano, en el curso de una extraña escena. «¡Hazme *basileus*!», es decir, emperador, le pedía Vespasiano. Y Apolonio salmodió: «Yo te hice *basileus* en el pasado rogando para obtener a un rey justo, noble y dueño de sí mismo, con el cabello gris y padre de hijos que fuesen como él; ¡eres tú, con toda seguridad, aquel que pedí a los dioses!». Vespasiano, transportado (no es para menos), exclamó

entre otras cosas, y según la moda de las salmodias: «¡Oh, Zeus! ¡Que pueda reinar yo sobre los hombres sabios, y los sabios reinar sobre mí!». Todo un programa. Se observa en esta escena la aplicación con efecto retroactivo de toda la teología o ideología imperial del Buen Rey elegido por los dioses, vicario de los dioses sobre la tierra, tal como predicaba Dión de Prusia en la corte de Trajano y tal como figuraba también en los relieves del arco de Benevento. La monarquía de derecho divino ya se halla en su lugar. Cada detalle está organizado por los siglos de los siglos y desde los tiempos paganos. Los cristianos, al contrario de lo que se piensa, no inventaron nada; sólo les quedó aportar los santos óleos.

El libro tuvo un éxito enorme. Algunos encontraron incluso en esa anacrónica figura santa una especie de contra-Cristo que oponer a los discípulos de Jesús, que empezaban a inquietar ya por su elevado número. En este sentido, se cuenta que conducido ante Domiciano, que lo hizo condenar, Apolonio escapó de la típica forma maravillosa: las cadenas le cayeron de las manos, como ocurrió a los apóstoles en los Hechos, y se disipó en el aire, no sin haber prometido a su bien amado discípulo Damis que aparecería en otro lugar, una vez concluido el proceso. En cuanto a la forma de su muerte («si es que murió», como precisa Filostrato), nadie puede afirmar nada con seguridad. Algunas tradiciones le hacen subir al cielo, donde se le aparecería a varios, frecuentando de buen grado con su presencia a las almas bien dispuestas. Ya volveremos a encontrarle. El caso es que Filostrato, «aunque, según se dice, recorrió la tierra entera o casi», no encontró jamás su tumba. ¡Qué documento sobre el espíritu de una época! Leeremos también con agrado muchas otras leyendas llenas de enseñanzas y de encanto, como la del Fénix, ave maravillosa que se inmola de forma periódica en una

pira aromática y renace de sus cenizas para una nueva vida de quinientos años.

En esa época, y siempre en la esfera de influencia de esas damas y sus amigas, un tal Diógenes Laercio o de Laertes, en Cilicia, compuso una selección de noticias, *Las vidas, doctrinas y sentencias de los filósofos ilustres*. Esta compilación, muy conocida por los eruditos, cubre toda la historia de la filosofía desde el siglo VI a. C. hasta los autores de su tiempo. Texto precioso y desconcertante que abunda en datos espigados por doquier, pequeños poemas intercalados, a menudo de cosecha propia, astucias que nos parecen más o menos finas porque su sentido se nos escapa, pero también fragmentos antiguos que sin este libro no hubieran llegado jamás hasta nosotros. No esperemos de Diógenes Laercio un trabajo crítico, cuestión no contemplada dentro de las preocupaciones de la época. No se muestra muy filósofo y tampoco parece siempre a gusto con las doctrinas que expone, en las que no intenta penetrar a fondo. Dicho esto, para los estudiosos de hoy en día, Diógenes Laercio es ineludible.

De esa época datan también *Los Deipnosofistas*, título que se podría traducir también como «el banquete de los sofistas (o los eruditos)», obra atribuida a un tal Ateneo, un egipcio de Naucratis, si bien es un dato muy poco seguro. El autor compiló, como en otros tiempos Plutarco en sus *Conversaciones de sobremesa*, o Aulo Gelo en sus *Noches áticas*, todas las cosas divertidas que se supone que se dicen en la mesa de un burgués acomodado, acudiendo a los mejores ingenios de su época. Una oportunidad más para los estudiosos, que así tuvieron acceso a diversos fragmentos de varios cientos de libros perdidos de forma definitiva. No son por fuerza los más originales quienes rin-

den mayores servicios a la posteridad... Sin embargo, hay que destacar a un pensador de otra envergadura, Alejandro de Afrodisia, en Asia Menor. Se trata en este caso de un verdadero filósofo, que había dedicado su tratado *Del destino* a Séptimo Severo y a Caracalla. Titular de la cátedra subvencionada de aristotelismo, con probabilidad en Atenas, los emperadores demostraban buen gusto, ya que Alejandro es el mejor exégeta de la obra de Aristóteles. Su inmenso comentario, que engloba la mayor parte de los tratados del Estagirita, constituirá, una vez traducido del griego al siríaco, árabe y latín, el libro de referencia en los siglos que vendrán, incluso hasta nuestros días. Hecho remarcable, Alejandro de Afrodisia muestra un cuidado muy escrupuloso en la crítica textual, subrayando las variantes entre las copias de las que dispone, justificando tal conjetura y restituyendo tal otra corrupción de los manuscritos. Un procedimiento que demuestra el valor excepcional de los pensadores de aquellos tiempos. No abandonaremos la filosofía sin señalar la iniciativa piadosa de un tal Diógenes (¡uno más!) que vivía en Oenoanda, en Licia. Ese hombre rico era epicúreo de corazón, tan convencido que había dedicado una pared entera de su villa a grabar, entre otras cosas, las divinas sentencias de Epicuro. Ese *dazibao* «avant la lettre» debía permitir a los viandantes satisfacer por poco dinero sus necesidades culturales y, sobre todo, aprovecharse de la sabiduría del filósofo desaparecido hacía tantos siglos. Ese monumento, que por desgracia se halla en vías de degradación, todavía es una mina para los investigadores especializados de nuestra época. La traducción reciente de Alexandre Étienne y Dominique O'Meara lo pone al alcance de los curiosos. Una verdadera suerte.

La historia, bajo los Severos, la representan Dión Casio y Herodiano. El primero, nacido en Nicea, en Bitinia, donde su

padre era gobernador. Él mismo había ocupado altos cargos, incluido el consulado, y gozaba de la intimidad de Séptimo Severo y Severo Alejandro. Testigo de muchos acontecimientos, los integró en su gran *Historia romana*, de la que lamentablemente sólo nos han llegado algunos fragmentos y, además resumidos por un compilador bizantino llamado Xifilino. También Dión Casio se manifiesta partidario de una monarquía ilustrada, de la cual los Antoninos (a excepción de Cómodo, a quien detesta) son, según su forma de pensar, el modelo perfecto. Herodiano, por su parte, era un griego de rango ecuestre, un alto funcionario que tuvo la idea de emprender como testigo una *Historia de los emperadores romanos*. Su contenido va desde Marco Aurelio hasta Gordiano III, que veremos aparecer en el siguiente capítulo, es decir, hasta el año 238.

El cristianismo y sus imitaciones

En el tiempo de los Severos, una secta entre todas las demás, en aquel mundo cosmopolita que tanto las valoraba, empezaba a convertirse para muchos en tema de interés, incluso de preocupación. Se les llamaba «cristianos» por el nombre de un tal Crestos o Cristos, crucificado en Jerusalén bajo Tiberio, y a quien adoraban como un dios salvador. De los cristianos no se sabía gran cosa y, sin embargo, no estaban demasiado bien considerados. El número creciente de adeptos, su presencia por doquier, hasta en las altas esferas, la actividad benéfica que realizaban gustosos a favor de los pobres, la terquedad que mostraban al renunciar a toda participación en las ceremonias públicas y los sacrificios en honor de los dioses, cada una de sus conductas les individualizaba y les hacía a la vez mis-

teriosos y sospechosos. En sus inicios la secta se fue infiltrando sin ruido en el Imperio, entre la indiferencia general. Un dios más o menos en un mundo que no se molestaba en contarles, lo más probable era que pasara inadvertido. Aunque muy dados a la superstición, los romanos no tenían nada de sectarios. Desde ese punto de vista, Roma era una ciudad abierta. Mientras uno no se hiciese notar y no alterase el orden público, podía adorar a quien quisiera. Por la poca atención que se les había prestado, esas gentes pasaban por venir del lejano Oriente hebreo y la opinión pública les confundía con los judíos, con quienes compartían un monoteísmo estricto. Sin duda les hubiesen continuado confundiendo con una secta judía si no se hubiese observado que los judíos, que gozaban en el Imperio de un estatus particular, se desmarcaban con inusitada energía de ellos como disidentes a los que no había que acercarse. Se produjeron altercados. Claudio, como vimos, reaccionó mediante algunas expulsiones. Los cristianos, sin embargo, siguieron creciendo en la sombra y, por tanto, en paz, hasta el momento en que su número aumentó y entonces sí pasaron a ser observados. Como no se entendía gran cosa de sus ritos, secretos y doctrinas, en el juicio acerca de ellos se mezclaba lo verdadero y lo falso.

Hay que reconocer que para un residente medio del Imperio aquellas gentes debían de suscitar la sorpresa y la aprensión. Se trataba en su mayoría de personas modestas o esclavos, sospechosos ya *a priori*. Ese dios crucificado, que había sufrido la condena y el suplicio propios de los esclavos, causaba una impresión muy mala. ¡Si al menos le hubiesen decapitado...! Su suplicio, y luego su clientela, hacían pensar en Espartaco. Como poco más se sabía, se especulaba. Corrían rumores malsanos o indignantes. Se decía que los cristianos adoraban a un asno cru-

cificado, como se ve en el grafito célebre del Palatino; que se reunían de noche para celebrar orgías, o peor aún, para cenas sacrificiales antropofágicas, en las cuales un bebé degollado y rebozado en harina constituía el plato fuerte. El apologista Minucio Félix, hacia 200-245, se hizo eco de estos rumores absurdos para desagraviar a sus correligionarios.

Nada de todo aquello atraía grandes simpatías, desde luego, circunstancia que explica que con tanta facilidad se implicase a esa gente, injustamente calumniada, en el gran incendio de Roma bajo Nerón y que se les torturase no como cristianos (en la época se burlaban de algo así) sino como presuntos incendiarios. Dicha información la conocemos por Tácito, puesto que nadie había hablado sobre el tema en su momento. Por la correspondencia oficial de Plinio el Joven, gobernador de Bitinia, con Trajano, sabemos que los cristianos siempre fueron *personae non gratae* en el Imperio. Plinio estaba en un aprieto: había cristianos en su sector y quería instrucciones sobre qué hacer con ellos. Aquellos que se le habían resistido fueron preventivamente ejecutados, salvo quienes eran ciudadanos romanos, desde luego, que envió a Roma. En cuanto a los que abjuraron, los liberó. Precisa que para ser más riguroso les hizo aplicar la tortura, mandato que no aportó ningún resultado interesante. Sólo pudo constatar «una superstición irracional carente de ningún sentido de la medida». Trajano le brindó una respuesta poco comprometida, que demostraba la situación violenta en la que se encontraba. En resumen, Plinio había hecho bien; no había que perseguir de manera sistemática a los cristianos, pero si eran denunciados por cristianismo y hallados culpables, había que castigarles con dureza. Sin embargo, no convenía tener en cuenta las denuncias anónimas. Poco después, el decreto de Adriano diría más o menos lo mismo. Encon-

tramos también una alusión malévola a los cristianos en Epicteto, otra en Luciano de Samosata y una frase desagradable en el buen Marco Aurelio, responsable titular de la persecución de Lyon en el año 177. Reflexionando sobre la muerte durante sus ejercicios espirituales, observa que hay que decidirse, pero no como hacen los cristianos, «por cabezonería». Nada más se puede encontrar en la literatura romana sobre este tema hasta la época de los Severos.

Queda por precisar el motivo por el cual los cristianos fueron tan mal tolerados en un Imperio en que las religiones eran tan numerosas y donde, por lo general, no despertaban ningún tipo de objeción, y menos aún de hostilidad. Según parece, esta reacción procede de un malentendido con consecuencias trágicas. Al mantenerse apartados de manera imprudente de las celebraciones públicas, en las que todos se mostraban orgullosos de ser romanos, esquivando de un modo tan abierto los sacrificios a las divinidades titulares de Roma o el genio de los emperadores, los cristianos se colocaron casi de inmediato al margen de la comunidad de los pueblos. En efecto, sólo se conocía a una categoría de gentes, una sola, que tuviese disculpa para no efectuar sacrificios a los dioses: los judíos. Su dios era contemplado como una divinidad étnica, era el dios «de los judíos», y eso excusaba su monoteísmo, tenido por una rareza que se unía a las demás, como la circuncisión, el sabbat, los tabúes alimentarios... Ahora bien, ¿con qué derecho se podían beneficiar los cristianos del mismo estatuto? No eran judíos, y los judíos se desmarcaban de ellos con vigor. Entonces, ¿qué tenían ellos que les dispensara de hacer lo que realizaba todo el mundo? De golpe, en una civilización en la que lo religioso incluía siempre

una dimensión cívica y política, los cristianos pasaban a ser de modo inevitable insumisos, impíos, incluso ateos... y, por tanto, gentes peligrosas, tanto a los ojos del pueblo llano como de las autoridades. Con su desprecio por las devociones populares, los cristianos inquietaban a las masas. ¿Cómo reaccionarían los dioses a los que así se miraba «por encima del hombro»? Eran capaces de vengarse mediante un castigo colectivo, hundir a Roma y a todo el Imperio en alguna calamidad... De esta manera, se causaba a los cristianos de que echaban mal de ojo y se les atribuía la responsabilidad de los males que se abatían sobre el pobre mundo. En resumen, se convertían en el anhelado chivo expiatorio. Tertuliano, apologista del siglo III, escribió con su pluma vengadora: «Contemplan a los cristianos como la causa de todos los desastres públicos, de todas las catástrofes nacionales. El Tíber se desborda en la ciudad, el Nilo se abstiene de desbordarse en los campos, el cielo se queda inmóvil, la tierra tiembla, se declaran el hambre o la peste, y al momento alguien grita: ¡a los leones los cristianos!».

En cuanto a las autoridades civiles, infinitamente más cultivadas y menos supersticiosas que las masas, estaban atentas sólo al buen orden, y no admitían de buen grado que alguien se obstinase en el rechazo de la obediencia. Al mismo tiempo, también eran sensibles a la presión popular y se mostraban poco deseosas de ver cómo se formaban motines. Si el pueblo llano denunciaba a los cristianos como causantes de calamidades, no había que cerrar los ojos a dicho comportamiento. Aquellos desgraciados ya podían protestar y afirmar su buena voluntad, asegurar que rogaban todos los días por el emperador y por Roma; es igual, nada podía salvarlos. Hay que abrir un expediente, sin gran entusiasmo por parte del funcionario, proceder a unos interrogatorios forzados, ir dando palos de ciego,

condenar y, por último, enviar a esos puñeteros tozudos (¡véase Marco Aurelio!) a la muerte, acompañada en el caso de los *humiliores*, a quienes no protege ninguna notoriedad, de suplicios a menudo horribles. Los altos funcionarios no comprendían la actitud de aquellas gentes: ¿qué otra cosa se les pedía que hacer lo mismo que todo el mundo? No obstante, en ese justo punto era donde radicaba el malentendido.

El fondo del problema es ése, en efecto. Los paganos (llamémosles así) y los cristianos no concedían el mismo significado a la acción de sacrificar a los dioses o a la divinidad de Roma y del emperador. Los paganos veían en ello un acto de simple civismo al alcance de cualquiera y, por lo tanto, aceptable, dado que, según sus ideas, no impedía a nadie que conservara una preferencia por aquella divinidad fruto de su elección. Además, la noción misma de «dios» o de «divino» era entonces, en la mente de los paganos, de lo más vaga, y, en todo caso, no poseía el significado que le damos hoy en día, tras veinte siglos de cristianismo. Ningún emperador, salvo quizás un paranoico como Calígula o un retrasado como Heliogábalo, se tomaría jamás como autor del cielo y de la tierra. Si se trataba al emperador como «dios» o «divino» era, como ya he explicado, para otorgar a su persona y su papel una trascendencia que le colocase por encima del común de los mortales. Los cristianos, por el contrario, atribuían al término «dios» un sentido por completo trascendente y universal que heredaron del judaísmo. Así pues, igual que los judíos, de manera forzosa veían en los dioses de los paganos ídolos despreciables, madera pintada o bronce dorado, nada más. Son «falsos» dioses, y sacrificar a esas representaciones vanas es para ellos, en consecuencia, una negación, una apostasía y, además, un absurdo. Este mismo monoteísmo, con pretensiones universalistas, constituía a los ojos de las auto-

ridades una circunstancia agravante. Si no se molestaba demasiado a los judíos por su monoteísmo se debía a que constituían una etnia particular, bien definida, que la dulzura del derecho romano permitía tolerar mediante una reglamentación. Por el contrario, el proselitismo universal de los cristianos, que apelaba al reclutamiento de adeptos de todas las razas, de todas las lenguas y todas las ciudades, sólo podía aparecer como una amenaza difusa, y peligrosa además, porque era huidiza. Sus rechazos presentaban el aspecto de un desafío (pensemos en los libertarios de hoy en día, que se niegan a levantarse y quitarse el sombrero cuando se toca el himno nacional), por lo que si desafiaban de tal modo al Imperio, es que eran hostiles. Imposible salir de ese círculo vicioso.

Así fue como murió muchísima gente, motivada en lo más profundo por su fe en la salvación que un dios salvador les regalaba y a cuyos adeptos apetecía imitar por su resplandor y su bienestar. La religión nueva aportaba una respuesta original y calurosa a las preguntas que el individuo se planteaba relativas al destino, el dolor y el sufrimiento en cada una de sus formas. No se muere por cualquier tontería: los mártires tenían sus motivos, que a ojos de los paganos desafiaban la razón. Esperaban la corona del vencedor, que les aseguraría la vida eterna. A la fidelidad de Cristo respondían con su fidelidad. El cristianismo es una historia de amor. Murieron, pues, en condiciones degradantes, que no eran ni más ni menos que las de los condenados del derecho común o los sediciosos. Se los condenaba a las minas, a los juegos del Circo, donde proporcionaban el material humano indispensable junto a otros ajusticiados. Algunas jóvenes fueron entregadas a los chulos como material de

baja prostitución, etc. Las persecuciones, felizmente, no fueron tan numerosas como se cree ni tampoco tan mortales. En todo caso, no fueron continuas sino esporádicas, por oleadas, que dependían mucho de las circunstancias y los humores del populacho local. Ya he señalado que los cristianos fueron perseguido con Domiciano, más que probable origen de ese texto vengador, escrito en lenguaje cifrado, que es el Apocalipsis. Se les molestó con Trajano, cuya incomodidad también hemos resaltado, con Adriano y con Marco Aurelio, un hombre excelente, pero que no comprendía nada de todo ese asunto. Algunos gobernadores locales, por pura demagogia, mostraron su celo ante unos príncipes indiferentes a la cuestión, incluso indulgentes. Bajo Séptimo Severo se identificó a los cristianos con el hampa, con los bajos fondos y fueron objeto de una vigilancia si cabe mayor... e ineficaz. Por el contrario, bajo Severo Alejandro, Julia Mamea, la emperatriz madre, estableció buenas relaciones con los intelectuales cristianos de primera fila. Mantuvo conversaciones con Orígenes, y a ella fue a quien Hipólito de Roma dedicó un opúsculo sobre la resurrección de Jesús. Es la gran época del sincretismo religioso. En el momento en que nos habíamos detenido, la iglesia conoció una paz que duraría cuarenta años, aprovechada para consolidar sus posiciones en todos los aspectos, tanto geográficos como sociales. Sin embargo, toda aquella sangre vertida dejó recuerdos dolorosos en las comunidades cristianas, donde no por fuerza todo el mundo era santo y donde militaban un gran número de exaltados que buscaban los incidentes, a veces contra los consejos prudentes de los obispos. Aparece entonces una literatura cristiana proselitista, agresiva en ocasiones, como la *Apologética* del terrible Tertuliano. Tan numerosos son los cristianos en el ejército, sostiene, que si les diese la idea de desertar a todos

a la vez, ¿qué sería del Imperio? Se puede imaginar que tales textos no arreglaban lo que se dice las cosas y que algunos intelectuales paganos del mismo estilo, como Celso, que vivía bajo los Antoninos, no carecían de argumentos contrarios.

Aquí me gustaría poner fin a una leyenda que corre aún y de la cual se han aprovechado los cineastas. A menudo se afirma que durante trescientos años los cristianos vivieron en las catacumbas, es decir, en los cementerios subterráneos que hoy en día todavía se visitan en los alrededores de Roma. La novela del cardenal Wiseman, *Fabiola*, aparecida en 1854 y reeditada hasta en formato de bolsillo, no es ajena a esta visión. Una película de los años cincuenta ha divulgado, además con suntuosidad, todos esos errores. Sin embargo, basta con reflexionar un poco. Aunque hubiesen podido permanecer allí tanto tiempo, no se comprende qué podían hacer esas gentes en aquel dédalo de galerías húmedas, mortalmente oscuras, apestadas por emanaciones mefíticas procedentes de miles de sepulturas, no forzosamente estancas. Sin contar que semejante refugio habría sido como meterse en la boca del lobo. Las autoridades civiles conocían a la perfección el emplazamiento de aquellos hipogeos y aunque el carácter sagrado (y de mal agüero) del lugar impidiera que se aventurasen allí, habría sido fácil esperar con paciencia en las distintas salidas a cuantos hubiesen tenido la desgraciada idea de dejarse atrapar allí. De hecho, la leyenda tenaz de una «iglesia de las catacumbas» procede de la contaminación de tres datos reales, sólo si se los toma de forma separada. En primer lugar, la clandestinidad en la que vivían los fieles a raíz de las persecuciones, si bien existían escondites mucho mejores. A continuación, la costumbre desarrollada por los cristianos de dar sepultura a sus muertos en cementerios propios, administrados por las mutuas funerarias tan caras a todos los

romanos, fueran cristianos o paganos. Unidos en la vida, lo seguían estando en la muerte. Nació de esa circunstancia toda una iconografía que se puede descifrar aún en las paredes: signos, personajes simbólicos o inscripciones conmovedoras llenas de fe y de esperanza en la resurrección. Y por fin estaba la práctica litúrgica, que se iba imponiendo poco a poco, de celebrar el culto cristiano sobre las reliquias de los mártires. Ahí se acaba la verdad sobre las catacumbas. La vida de los primeros cristianos fue ya bastante precaria y bastante heroica de por sí para que tengamos que añadirle una dimensión novelesca que la desnaturaliza. Los cristianos vivían como todo el mundo y una vez concluida su jornada de trabajo, volvían a su casa.

Otro peligro del que apenas se habla amenazaba a la Iglesia cristiana de los siglos II y III, y esta vez desde el interior: la proliferación de sectas disidentes. Siempre con prudencia, se puede asignar dos tipos de causas a este surgimiento. En el plano material, en primer término, está el cosmopolitismo del Imperio, que agrupaba como ya hemos dicho un mosaico de pueblos y, por tanto, de culturas, civilizaciones, lenguas, costumbres y sensibilidades religiosas. Judío en origen y con remisión siempre a la Biblia, de la cual Jesús, en tanto que Mesías, sería la culminación del cristianismo, por la simple fuerza de las cosas, debía encontrar en el curso de su expansión por el Imperio muchas otras formas de pensar. Implantados en todas partes, los cristianos vivían en contacto con gentes que veían el mundo de otra manera que la Biblia y los Evangelios, y proponían otras respuestas a las preguntas que cada cual debe hacerse sobre el destino, la vida, la muerte, el dolor, las relaciones entre lo humano y lo divino, etc. Además, en la vertiente espiritual encon-

tramos ese gusto pronunciado de la época por las especulaciones filosófico religiosas. La corte de los Severos, como sabemos, es el ejemplo perfecto. Muchas personas se hallaban literalmente fascinadas por las corrientes místicas procedentes de Egipto, de Asia Menor, de Babilonia, incluso de la India. La gente se apasionaba por la iniciación a todas esas divinidades exóticas que prometían protección e inmortalidad. El episodio de Heliogábalo lo demuestra muy bien. Ese conjunto de misterios, creencias esotéricas, cultos atrayentes, especulaciones metafísicas a menudo nebulosas, era capaz de seducir en aquella época atormentada a las almas que buscaban algo más, por ejemplo, el acceso a una trascendencia, a una salvación.

A partir de ahí es fácil imaginar que los cristianos llegaran a plantearse que quizá las Santas Escrituras no lo hubiesen dicho todo y que otros poseyesen acaso otras verdades complementarias. En efecto, en esta época es cuando se constata la proliferación de pequeñas comunidades fervientes, fraternales, que se constituyen como otras tantas sectas de iniciados. Cada cual asegura que se hallan favorecidas por un conocimiento hasta entonces inaccesible y secreto, pero que, según afirman, se acaba de descubrir. ¿Dónde? Pues en unos libros en los que Eva, la Virgen o tal o cual de los doce Apóstoles se suponía que revelaban con todo detalle precisamente eso hasta entonces nunca dicho. En resumen, en esta oportunidad se tenía acceso a los secretos íntimos de Dios, que aportaban la clave de lo que hasta ese día no se comprendía. Desde luego que esos libros, llamados *apócrifos*, son falsos, pero incluso ese mismo hecho se atiene al procedimiento, corriente en toda la antigüedad, de la *pseudoepigrafía*. Me explico. En esas épocas pasadas, la originalidad literaria o filosófica, y más aún religiosa, no era, como en la actualidad, una cualidad. Más bien al contrario, hasta el

punto de que una idea nueva, para tener alguna oportunidad de ser difundida, debía presentarse bajo el nombre de un gran antiguo cuyo libro se hubiese hallado o, mejor aún, hubiese estado escondido bajo el codo izquierdo de la Divina Providencia hasta aquel preciso momento. Este planteamiento vale para lo sagrado tanto como para lo profano. Los eruditos conocían muy bien las falsas cartas de Platón, que se tenían por auténticas, o los falsos tratados de Aristóteles. Existen, pues, falsos Apocalipsis, Evangelios fabricados por piezas bajo el nombre de santo Tomás, de san Matías, etc., repletos de seudo-revelaciones cuyo conocimiento (en griego *gnosis*) permitía confiar en la salvación en este mundo y en el otro. Esos individuos dueños así de la última respuesta a los enigmas del mundo, sobre todo del mal que pesa sobre cada uno (la injusticia, el sufrimiento, la muerte), se dan el nombre de *gnósticos*, es decir, «conocedores».

Dichos grupúsculos, sus doctrinas y sus liturgias proporcionarán durante mucho tiempo aún materia para muchas tesis. En primer lugar, su número es tremendo, hasta sesenta, si debemos creer a los antiguos autores. Cada una de esas sectas posee sus escrituras, sus dogmas, sus ritos y su jerarquía enseñante. Además, las elaboraciones alambicadas de Basílides, Valentín, Marción, Marcos o muchos otros resisten todo intento de síntesis clarificadora. He intentado en otros lugares introducir en este campo un mínimo de orden pedagógico. Imaginen una mezcla barroca de Antiguo Testamento, Nuevo Testamento, cosmologías babilónicas y demás. Esferas celestes unas dentro de otras, custodiadas cada una de ellas por un ángel especializado, entidades metafísicas personificadas que se escalonan según una jerarquía sutil. Todo ello integra el decorado, de alguna manera, de acciones gigantescas, de combates sin misericordia

que duran una eternidad, de eyaculaciones cósmicas, de acoplamientos sagrados a una escala astral. Los dioses padres, las diosas madres, Cristo, la Virgen María y quien quieran, rivalizan en habilidad y en golpes traicioneros para asegurarse en una hora de la lucha final que siempre está por venir, la hegemonía sobre los cielos y sobre la tierra. En ese mundo estrafalario intervienen los personajes de las Escrituras, pero siempre de forma sorprendente, incongruente y sin demasiada relación con lo que se cuenta en los Evangelios. Jesús se ve arrastrado a unos viajes a través de las estrellas de los cuales él mismo, sin duda, habría sido el primero en sorprenderse. Algunos ejemplos para mostrar el tono. Según Basílides, al llegar al Calvario Jesús se hizo reemplazar de manera imprevista por Simón de Cirene, ya que un dios no podía sufrir ni morir. Valentín admite que Jesús comió y bebió como todo el mundo, pero su naturaleza espiritual le dispensaba de tener que ir al servicio. Etcétera. Sería fácil caer en la tentación de considerar estas elucubraciones malas bromas o como la obra de espíritus perturbados, del estilo de Heliogábalo, de no ser porque junto a pamplinas de este tipo, se encuentran a veces en la abundante literatura gnóstica algunos fragmentos propios de un pensamiento muy elevado. El conjunto traduce de forma paradójica la voluntad trágica de sobrepasar lo humano mediante un compendio de cuanto se sabía y cuanto creían saber los filósofos y las religiones. Inútil es decir que la totalidad de esos doctrinarios no se ponían de acuerdo en nada: «no hay medio de encontrar dos o tres que digan lo mismo», suspira Ireneo de Lyon, muerto mártir bajo Séptimo Severo. El único denominador común era la obsesión por el problema del mal. El mundo, tal y como lo conocemos, es una pesadilla; todo ocurre contra el buen sentido. No es, pues, como dicen las religiones judía y cristiana, obra del «buen»

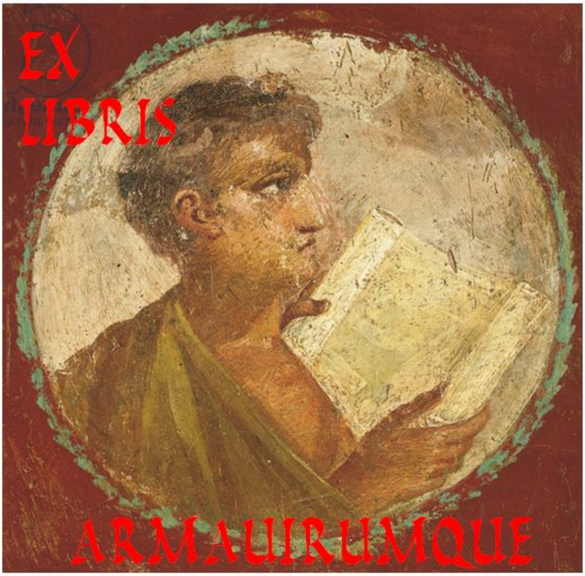
Dios, sino de un dios malo, a menudo asimilado al Dios del Antiguo Testamento. Porque son las potencias maléficas las que han desviado y subvertido los planes del Buen Dios, las que han creado este mundo en su lugar para conservar el dominio absoluto. Por supuesto, han fracasado. Porque, por casualidad, el Buen Dios sembró en el alma de todo hombre el germen de la salvación... que brotará con la condición de que se vuelva gnóstico, desde luego, y de que se coloque al margen de la vida del mundo y siga las normas de la secta. El gnóstico, pues, es una especie de objetor de conciencia metafísico, extranjero en este mundo. En cuanto a las liturgias, mezclan de una forma patética y graciosa la eucaristía cristiana, los ritos sexuales más desenfrenados y las farsas. Una especie de misa en un lugar equivocado. Inenarrable.

Es fácil adivinar que la Iglesia cristiana reaccionó con celeridad contra esos desviacionistas que daban mala fama a una fe tan difícil de practicar en aquellos tiempos, ya que exponía a los riesgos del martirio. Tales fantasías corrían el riesgo de acreditar, en el pensamiento de los paganos (y de las autoridades), la imagen de sobra extendida de un cristianismo que ya pasaba por ser malo y peligroso. Sin embargo, esa crisis que sacudió a la Iglesia hasta sus cimientos significó un bien para ella, puesto que de ese tiempo en concreto data la fijación del catálogo de las Escrituras (el *canon* o regla), aunque también tendría como resultado el asentamiento del dogma y de la moral. Su reacción puso freno a los desórdenes en los que el cristianismo estuvo a punto de perder su identidad, pero del que al final salió consolidado y más unido que antes.

Lo poco que he podido contar aquí del enorme movimiento gnóstico, cuyas influencias se hicieron sentir hasta la Edad Media, es demasiado elemental y superficial. No obs-

tante, no podía dejar de mencionarlo, ya que es un testimonio más, junto con los cultos mistéricos, el cristianismo ortodoxo y una cierta profundización de la filosofía, sobre todo del platonismo, de la angustia y el desconcierto de una época que, por otra parte, fue brillante y rica (quizá hasta demasiado rica) en textos, tradiciones que se murmuraban al oído y cultos que prometían la salvación. Muchos creían ver en ello un rayo de esperanza en medio de una vida difícil, que de este modo debía llegar un día a su fin sin que tuvieran que preocuparse por nada más. Cierto que en la actualidad se interpretan las cosas de otra manera. Nuestras angustias las soluciona la ciencia, teórica o aplicada. Mientras que en esos fenómenos, confundidos en el concepto complaciente de misticismo, no se ven más que ilusiones nacidas del incurable narcisismo de todo individuo, alienado por la economía y sumergido en la neurosis desde los primeros días de la infancia. ¡Sabemos y hacemos tantas cosas, hoy en día! Cansados de interpretar el mundo, los hombres se afanan, dicen, en transformarlo. En nuestro cielo matemático, las estrellas han perdido ya su misterio. No son más que piedras y gases; se sabe por qué brillan y se puede calcular a qué distancia se encuentran según unas medidas de las que los antiguos no tenían ni idea. Ya nada nos muestra signos en el cosmos; el mundo ya es a la medida de los hombres. Nadie parece pedir más que un máximo de bienestar durante el tiempo, estadísticamente calculado, de su «esperanza de vida». Sin embargo, ninguna época se parece a otra, ni siquiera en el interior de eso que llamamos, acaso con demasiada precipitación, «la antigüedad». En la misma Roma hubo tiempos en que dominaba la ausencia de esperanza. Los hombres se resignaban con una sonrisa despreciativa o sutilmente irónica. Catulo lo había escrito en versos admirables, que se aprendían quizá todavía en las escue-

las en tiempos de los Severos: «Los soles se levantan y se acuestan. Para nosotros, una vez haya caído la breve luz, no habrá más que una larga noche que nos hará dormir para siempre». Aun así, contra toda espera, se estaban dando otros tiempos, y la gente ya no se resignaba con facilidad a la no existencia. Se buscaba otra cosa en cuanto a cielos e infiernos. ¿Despreciaríamos acaso a aquellos que, en esos éxtasis a veces inquietantes, creyeron ver iluminada por un instante la larga sucesión de sus días y la interminable noche que les quedaba por dormir? ¿Quién puede decir de qué estarán hechos nuestros mañanas?



Capítulo 12

El golpe de Estado permanente

La púrpura y la sangre

Cuarenta y nueve años, veintitrés Augustos o Césares, es decir, una media de una testa coronada cada dos años. Y en cuanto al número, trece murieron asesinados, siete cayeron en combate (uno de ellos, desaparecido en cautividad entre los persas), dos, por lo que se sabe, se suicidaron, y uno solo murió en la cama, pero de peste. Sin duda la púrpura, en aquel siglo III, se había convertido en una profesión de alto riesgo. Lo que cuenta Herodiano del advenimiento, por llamarlo así, de Maximino, llamado el Tracio, nos pone muy bien en situación: «Viendo los soldados con las armas en la mano amenazarle de muerte [si no aceptaba su promoción], prefirió el peligro para más tarde que la muerte para aquel momento...». Escena que no se corresponde demasiado a la idea que uno se hace de una coronación. El propio Maximino no tenía nada de decorativo. Ese ilirio (el primero de una lista gloriosa) era hijo de un pastor de los Balcanes. Alcanzaba la estatura de un antropoide, según se dice se ponía las pulseras de su mujer como anillos, y bebía como una esponja. Aparte de su imponente físico, se había forjado en el ejército una carrera con futuro, debido a un genio militar poco común. En ciertos aspectos, hace pensar en el famoso

Campesino de la guerra civil española. En cualquier caso, no se trataba de un hombre de cortesías ni de reverencias. Consciente de que su poder procedía sólo del ejército, no se preocupó de solicitar la aprobación del Senado, que tuvo que aceptarle porque carecía de poder para hacer otra cosa. En este asunto, el prestigio de la alta asamblea bajó un escalón más. Peor aún, Maximino no creyó útil tomarse la molestia de acudir siquiera a Roma, contentándose con enviar allí a algunos de sus hombres. Sencillamente, se quedó en la frontera renana cumpliendo con su trabajo, es decir, guerreando contra los germanos. Les infligió una paliza memorable y los persiguió incluso hasta el otro lado del Rin, acaso con la voluntad de realizar lo que en otros tiempos había tentado a Druso y Germánico. No obstante, la situación en los Balcanes le obligó a dirigirse a Sirmio, en Panonia, la actual Sremska Mitrovica (Serbia). Nuevo éxito: batió durante un tiempo a los dacios y a los sármatas que tanto trabajo habían dado a Marco Aurelio. ¿Le estaría cogiendo gusto a la púrpura que con tanta energía se le había impuesto? Meditaba, en todo caso, en la fundación de una nueva dinastía, ya que nombró César a su hijo Máximo.

Pero Maximino lo había sacrificado todo al ejército quizá porque era su rehén. Resultaba de ello una política «a lo militar» que pesaba con gran dureza sobre las poblaciones, en especial sobre las más prósperas, como la Italia del norte, África, etc. Los impuestos al límite de lo soportable, confiscaciones, movilizaciones, todo acabó por generar ideas subversivas en aquellas buenas gentes. Maximino era lógico, hacía la guerra, pero estaba desprovisto de la mínima prudencia y del sentido político que requiere un emperador. Dominaba el arte de crearse enemigos por doquier: en el Senado, desde luego; entre los propietarios de tierras, a los que presionaba; entre las comunidades

cristianas incluso, a las que perseguía. Y pasó lo que no podía dejar de pasar. La África proconsular, cuyos propietarios habían armado a sus esclavos, se decantó por la disidencia. Para otorgarse un aire de legitimidad, los insurgentes coronaron por la fuerza (había que resignarse) al procónsul de la provincia, un dulce ancianito de ochenta años llamado Marco Antonio Gordiano, más conocido como Gordiano I. El anciano buscó de inmediato la colaboración de su hijo (Gordiano II) y encontró que el Senado, encantado de contar con gente más agradable que oponer a aquel bruto sombrío de Maximino, les reconoció como emperadores en la primavera de 238. Según una forma enérgica de *spoil system*, se masacró sin tardanza a los partidarios de Maximino que trabajaban en la administración, se nombró una comisión de senadores encargada de la defensa del Estado, Italia se armó como precaución y, a continuación, esperaron a ver qué pasaba. Los dos Gordianos eran tan cultivados y poco operativos como Maximino grosero y eficaz. No hubo que aguardar mucho. En África la situación se había invertido con rapidez, y parecía evidente que los dos Gordianos no daban la talla. Una legión dirigida por el legado de Numidia, la provincia vecina, que se mantenía leal a Maximino, marchó sin problema alguno contra aquellas tropas heteróclitas de civiles mal equipados e ineptos en las maniobras más elementales. No costó nada llegar al final y el joven Gordiano encontró la muerte en aquella aventura lamentable. Incapaz de soportar aquel golpe, el viejo Gordiano prefirió darse muerte. Su efímero principado no había durado ni siquiera un mes.

Para el Senado fue una gran pérdida. Sin tener en cuenta ya a Maximino, destronado de forma oficial pero todavía bien armado, la asamblea eligió dos nuevos Augustos entre los miembros de la famosa comisión de defensa. Se les atribuyeron con

urgencia todos los títulos habituales, comprendido el pontificado soberano, nombramiento que resultaba una gran novedad. Eran los honorables Calvino Balbino y Clodio Pupieno. Decidieron que el primero tendría el temible honor de acabar con Maximino, mientras que el segundo tomaría a su cargo la seguridad en Roma. Lo más molesto es que ambos co-emperadores no cohabitaban más que con grandes dificultades, esforzándose cada uno en tirar de la alfombra debajo de los pies del otro. Las disputas entre sus respectivos partidarios eran ya preocupantes. La confusión aumentó aún más cuando la población exigió que se les uniese el nieto del viejo Gordiano, quien tenía trece años y, por tanto, era poco experto en el arte de gobernar. Maximino, por otra parte, no perdía el ánimo. Llegó a la vista de Italia con su ejército y, si no se le hubiese resistido Aquilea, que le era hostil por las razones de fiscalidad que ya he comentado, no habría tardado en recuperar el control de la situación. Sin embargo, como había disgustado a sus propias tropas con su habitual falta de tacto, pereció masacrado a principios de verano de 238 al igual que su hijo Maximino César. Un mes más tarde les tocó el turno a Balbino y Pupieno de ir a visitar el otro mundo. De ello se encargaron los pretorianos. Quedaba el joven Gordiano III, sin apenas tiempo de crecer, y a quien la guardia impuso a las legiones provinciales y al Senado. En definitiva, el año 238 vio desfilar nada menos que cinco testas coronadas. Todo un récord.

¿Qué podía hacer un muchacho tan jovencito a la cabeza del Imperio? Pasaron dos años, durante los cuales el poder ejecutivo lo aseguraron algunos senadores parientes o amigos del viejo Gordiano y también la madre del joven. Después, en 241, el emperador cayó bajo el dominio de un hombre notable de rango ecuestre, Timesiteo, con cuya hija se casó. Este perso-

naje, que gozaba de una larga experiencia como gobernador, se convirtió *illico* en prefecto del pretorio y regente de hecho, circunstancia que de manera incontestable fue positiva. Para entonces, ya llegaban de Oriente malas noticias. El rey sasánida de los persas, Sapor I, se había apoderado de Mesopotamia y había empezado a invadir Siria. Convenía reaccionar cuanto antes. Gordiano III y Timesiteo partieron, pues, para llevar a cabo una expedición vengadora, restableciendo de paso un simulacro de orden en la frontera del Danubio. Una vez en Mesopotamia las cosas salieron muy mal. Timesiteo desapareció el primero en condiciones no esclarecidas y a continuación el ejército sufrió un verdadero desastre en Misiche (Fallujah). Poco después, en el curso del año 243, murió Gordiano III, con probabilidad a consecuencia de alguna herida. Los romanos no se jactaron de aquel descalabro, algo bien comprensible, y así fue como se perdió su recuerdo en la noche de los tiempos. Su rastro no se ha recuperado sino de forma reciente, cuando fue descubierta la inscripción en la que se alababan las *Res gestae*, las grandes hazañas de Sapor I. Eso explica que los libros de historia no hagan mención por lo habitual de este hecho, prefiriendo, según las creencias de los autores antiguos, atenerse a la controvertida tesis de una conspiración fomentada por el prefecto del pretorio Filipo contra Gordiano III. Sin la perspicacia de los arqueólogos, se ignoraría todavía ese duro golpe contra el prestigio de las águilas romanas...

El caso es que el mencionado prefecto del pretorio tuvo la virtud de encontrarse allí en el momento de la muerte de Gordiano III. Fue, pues, ese Filipo llamado el Árabe, o incluso el Iturio (era originario de allí) quien resultó aclamado emperador y reconocido como tal sin dificultad por parte del Senado en 244. Su primer cuidado fue pactar con Sapor I una paz bas-

tante poco halagüeña, mucho menos ventajosa y que, además, iba a revelarse precaria.

No se sabe gran cosa de este hombre, sólo que se rodeó de miembros de su familia y que nombró César y Augusto a su hijo Filipo el Joven en 247. Se decía también que era muy favorable a los cristianos, o hasta cristiano él mismo, dato que no se ha probado en absoluto. Como el resto de emperadores a partir de entonces, Filipo tuvo que acudir a las fronteras danubianas, donde obtuvo incuestionables éxitos, aunque también provisionales. Ya no se acabaría nunca con las guerras defensivas. Sin embargo, bajo ese reinado, y en aquel momento tan tumultuoso de la historia, se celebraron en 248, con una pompa extraordinaria, los festejos del milenario de Roma. Los grandes juegos se centraron en la eternidad de Roma, la renovación de los tiempos, la felicidad y la fecundidad. Al menos eso es lo que se lee en las monedas del reino. El príncipe, apasionado de la religión egipcia y de la mitología, no escatimó símbolos. Se identificaba a sí mismo con Aión, hijo de Cronos, o dicho de otro modo, con la Duración eterna. Así, se desprende del mosaico de Filipópolis. Por tanto, aquel árabe, nacido a miles de kilómetros de Roma, quedó tan asimilado al destino de la Villa y de su Imperio que se consideró garante y gestor de su eternidad...

Se produjeron en aquel período dos usurpaciones. Surgieron dos pseudoemperadores de sendos «pronunciamientos»: Jotapiano en Capadocia y Pacatiano en el Danubio, donde se le había encargado restablecer la seguridad. El mismo año del milenario, Filipo confió el cuidado de aquella región al enérgico Decio, el prefecto de la Villa, un panonio de estirpe romana con experiencia militar que consiguió dominar la situación a la perfección. Demasiado bien, incluso, ya que Pacatiano fue

neutralizado y asesinado, y los soldados, encantados con su éxito, aprovecharon... para proclamar emperador a su jefe, a su pesar. Decio protestó, pero no consiguió nada. Por su lado Filipo, inquieto al enterarse de aquella nueva usurpación, juzgó indispensable atacar a Decio, pero fue el prefecto quien venció en la batalla de Verona. A finales del otoño de 249 Filipo fue derrotado y muerto. Dejando a un lado eternidad y divinidad, había durado cinco años.

¡Decididamente, a la cabeza del Imperio se sucedían los dioses! Sorprendente juego de masacres en el cual se abatía a los Augustos a medida que se les divinizaba. Cuanto más sagrado se volvía el emperador, más alto se suponía que subía a los cielos y con mayor facilidad se le suprimía por un quítame allá esas pajas, con una desenvoltura hasta entonces desconocida. A partir de entonces, el símbolo primaba sobre cualquier otra consideración.

Militar más decidido que su predecesor, Decio era en verdad el hombre que exigía la situación. Como muchos ilirios tenía, me atrevo a decir, el complejo de Rómulo. Más romanos que los propios romanos, los ilirios habían convertido en asunto personal la defensa del Imperio. Decio creía en ello a pie juntillas. Se apresuró a agregar a su trono a sus dos hijos Herenio y Hostiliano como Césares, a la espera de nombrarles Augustos (siempre ese reflejo dinástico), y para la administración eligió a Licinio Valeriano, el presidente del Senado. Una maniobra hábil. Decio, como hombre de guerra, quería demostrar que no iba a abusar de la situación. Había tomado la medida a las dificultades que asaltaban el Imperio. Penetrado de una fe religiosa y política que movía montañas, viendo el Imperio rodeado por la amenaza de los bárbaros, pensaba que la salvación de Roma residía en la unidad. Le hacía falta aglutinar las

conciencias y las voluntades en torno a su persona de jefe. Por eso quiso rodearse desde el principio de los votos unánimes y las plegarias de los ciudadanos del Imperio. Desde todos los lugares de culto público debía elevarse hacia los dioses una ferviente intercesión. En concreto, todo este programa dio lugar a un edicto de alcance general promulgado en el año 250 en el que se invita a todo el mundo a ejecutar sacrificios a los dioses con este espíritu. Los contraventores de la medida se exponían a sanciones que podían llegar incluso a la pena capital. Ese acto religioso era al mismo tiempo un acto de lealtad hacia Roma, el Imperio y el emperador.

Cuanto acabamos de contar nos hará sospechar ya que los cristianos fueron alcanzados en lo más vivo por esta medida, que les sorprendía en plena paz civil. Contrariamente a la imagen edulcorada que se insiste en ofrecer de los «primeros cristianos», este hecho supuso una verdadera desbandada de aquellas comunidades mal preparadas para semejante golpe. En realidad, muchos cristianos no encontraron dificultad alguna en cumplir su deber cívico y satisfacer las exigencias del edicto. Más aún, con un celo insospechado, según relata con amargura Cipriano, obispo de Cartago, fueron los primeros en acudir a los templos para recibir el testimonio de su sacrificio. ¿Con qué derecho los podemos juzgar? ¿Qué habríamos hecho nosotros en su lugar? Es muy fácil condenar a la gente al heroísmo cuando uno mismo no arriesga gran cosa. Desde luego, hubo algunos resistentes, pero su actuación no consiguió más que dividir con crueles resultados a las comunidades, dado que una vez pasada la persecución (y fue corta: un año), muchos de los llamados «confesores», que se habían negado a sacrificar, con el pretexto de su intransigencia pura y dura aprovecharon para hacer la vida

imposible a los obispos, sobre todo a san Cipriano. Apoyados en el valor que habían demostrado, se atribuyeron en el seno de la Iglesia una importancia y una autoridad de las que la jerarquía no estaba dispuesta a desprenderse. Como resultado se sucedieron una serie de desórdenes graves en las comunidades, cuya unidad se rompió. El edicto de Decio, en suma, había golpeado dos veces.

De hecho, el valeroso Decio tenía mucha necesidad de plegarias. En el frente de los Balcanes los godos habían aprovechado el desorden engendrado por todas aquellas luchas intestinas para invadir Mesia y Tracia. Decio reaccionó y a buen seguro habría acabado con los bárbaros, que estuvo a punto de aplastar en Dobruya, si el gobernador de Mesia en concreto, un tal Treboniano Galo, italiano de Perusia, no le hubiese secundado tan mal, por lo que parece, o incluso traicionado. Decio, que ya había perdido a su hijo Herenio en combate, murió él mismo en su puesto en junio de 251. Gran pérdida para Roma. Si alguien merecía la apoteosis que se le dedicó, era él.

No sabemos gran cosa de aquel Treboniano Galo que reemplazó a Decio en el momento oportuno. Se asoció con Hostiliano, el hijo superviviente de Decio, a quien hizo Augusto, aunque no por mucho tiempo, porque Hostiliano Augusto desapareció poco después sin que podamos asegurar si fue debido a la peste o más bien al veneno. Los acontecimientos iban de mal en peor. Los militares, siempre apegados a los beneficios que se sacan de cualquier tipo de guerra, no habían apreciado demasiado que Treboniano Galo hubiese firmado un tratado con los godos a raíz de su llegada al poder, donde les prometía subsidios regulares a cambio de la paz. Política del día a día, en verdad, y que no consiguió ni siquiera los frutos que se pretendían. En 253 hubo que guerrear otra vez con este enemi-

go y de ello resultaron nuevos problemas. Treboniano Galo, que había nombrado Augusto a su propio hijo, Volusiano, se dirigió a Mesia para combatir a aquellos famosos godos. Sin embargo, el gobernador de Mesia, un tal Emiliano, se distinguió tanto y tan bien en los combates contra los bárbaros, que a sus soldados les apeteció tenerle como emperador y, por tanto, así lo nombraron.

Treboniano Galo, desbordado, llamó entonces a Valeriano, a quien ya conocíamos como colaborador del llorado Decio. Valeriano no tuvo tiempo siquiera de llegar a Mesia: ¡ya de camino, sus soldados también decidieron nombrarle emperador!

Había, pues, cuatro Augustos, si no se me escapa ninguno, y todos ellos con la misma idea: llegar a Roma cuanto antes. El desastre estaba servido. Sin embargo, el azar de las batallas iba a encargarse de desempatar el *ex aequo*. Todos aquellos ejércitos, rivales antes que romanos, marchando a buen paso hacia la Villa eterna, acabaron por caer los unos sobre los otros en algún lugar de la Umbría. De su encontronazo resultó un combate feroz en el cual murieron Treboniano Galo y su hijo Volusiano. Poco después le tocó el turno a Emiliano. El Imperio, por fin, quedó en manos de uno solo, Valeriano, emperador en el año 253.

El lector que me ha seguido hasta este punto querrá perdonarme la fatigosa precisión que he aportado a este relato, dramático al mismo tiempo que demencial. Los hechos son así. ¿Cómo explicar de forma convincente el estado de anarquía en el que había acabado por caer de una manera tan brutal aquel Imperio, tan equilibrado e incluso armonioso en tiempos de los Antoninos? No era cuestión, al menos mientras durase aquella batalla campal, de bellos discursos sobre la realeza ideal, la

filantropía y demás cuestiones de este tipo. La ideología se había fundido con brusquedad en el fuego de las relaciones de fuerzas. Las tropas exigían botín, posibilidades de pillaje. Les gustaba la guerra fresca y alegre porque era rentable, y querían a su cabeza a jefes capaces de guiarles si no por el camino del honor (que a nadie preocupaba), al menos por el de las aventuras, cuyos riesgos valen la pena para quienes saben sacar partido. La ideología ya volvería. Florecería con vigor en la hora de la paz recuperada bajo algún puño de acero. Todavía, sin embargo, no había llegado el momento.

Tiempo de pruebas: Valeriano y Galieno

La incertidumbre estaba muy lejos de haber terminado. Con el reinado de Valeriano y de su hijo Galieno, que se agregó como colega suyo, Roma iba a conocer la época más dura de aquella interminable crisis. Valeriano Augusto era una bella figura de aristócrata romano. Presidente del Senado, inteligente, cultivado, daba a la alta asamblea la impresión tranquilizadora de ver de nuevo a uno de los suyos a la cabeza del Estado. Como no se hallaba en su primera juventud (tenía setenta años), había juzgado prudente compartir la púrpura con Galieno. El padre conservaría el poder sobre Oriente (¡ah, si hubiera sabido!) mientras que el hijo tomaría a su cargo Occidente. Visión penetrante, que no hacía, en suma, más que dar forma oficial a la estructura natural de aquel imperio desmesurado. Esa dicotomía tendería a imponerse a más de un emperador de los que siguieron. Sin embargo, proceder de esa forma en el gobierno del Imperio era como confesar que su bella unidad no era más que un recuerdo.

Los dos Augustos no tuvieron las cosas fáciles. Con más valor de lo que se ha admitido en ocasiones, lucharon contra los godos, que invadían sin problemas las regiones costeras de Asia Menor. Le habían tomado gusto a aquellas incursiones, que les procuraban más espacio, más placer y sobre todo más recursos. Se infiltraban en la región balcánica, en Dacia, en Mesia, en Tracia, en Macedonia incluso. Germanos y sajones amenazaban el litoral del mar del Norte y de la Mancha. En África, los bereberes se sublevaban en Numidia y en Mauritania. No obstante, lo peor era que los persas sasánidas, perfectamente al tanto de cuanto sucedía y que no ignoraban el desfile lamentable de emperadores que se daba en casa de su poderoso vecino, aprovecharon la oportunidad para realizar su viejo sueño expansionista. Ya habían invadido Armenia y Mesopotamia (territorios a dos pasos de su casa), pero también amenazaban Siria y se habían instalado por las buenas en Antioquía. Como Decio, parece que Valeriano quiso, en medio de tantos peligros, rehacer la unidad moral y religiosa de su desgraciado Imperio. De nuevo los cristianos, considerados poco seguros, conocieron la persecución: dos edictos fechados en 257 y 258 no les dejaban otra elección que abjurar o sufrir las peores sanciones, y en el caso de los eclesiásticos, la muerte. Según parece, esta vez la Iglesia se portó bien, ya que muchos fieles se negaron a acceder y se produjeron numerosas víctimas. El obispo de Roma, Sixto II, y Cipriano, obispo de Cartago, encontraron una muerte ejemplar. Ya he hablado bastante mal de las novelas «históricas», de modo que me permitiré una excepción: *Sanguis martyrum*, de Louis Bertrand, que fue buen conocedor del África cristiana. La gran figura del retor convertido en obispo de Cartago está caracterizada de forma muy interesante, aunque el punto de vista del autor es, a mi parecer, demasiado anti romano.

Dejando que Galieno defendiera el Imperio en el Rin, Valeriano decidió formar una expedición contra los persas sasánidas, cuya audacia quería castigar. Partió de Samosata en 259 y consiguió recuperar Antioquía. Después llegó la espantosa noticia: ¡el emperador había sido capturado en la región de Edesa! El potentado sasánida, con semejante proeza, obtenía una venganza particularmente humillante para el orgullo romano. Por primera vez un Augusto caía en las manos de los enemigos. Se han contado los peores horrores a propósito de Valeriano, y la propaganda cristiana no es ajena a ello. Lactancio pretende que como castigo de la persecución infligida a los cristianos, Valeriano fue desollado, y que su piel disecada y teñida de púrpura fue expuesta en un templo. Siempre el mismo principio que quiere que los malos perezcan de mala muerte..., pero, como ha demostrado de manera definitiva Jean Gagé, la realidad basta, tal como se explica con complacencia en el texto de las hazañas de Sapor I. Se puede pensar, en cualquier caso, que el rey supo extraer un feroz orgullo de la ostentación de las insignias imperiales arrancadas a su enemigo hereditario. Valeriano no volvió jamás, hecho que demuestra que Galieno fracasó en sus posibles intentos de negociar un rescate.

A partir de 260, Galieno Augusto tuvo que reinar solo en unos tiempos en que la inestabilidad era como un mal sueño. La captura de Valeriano, aunque impensable, no entristecía a todo el mundo. Incluso dio ideas a unos y otros, tanto bárbaros como romanos. Galieno distribuyó las responsabilidades. Sus dos hijos, Valeriano el Joven y Salonino, supervisarían las operaciones de Occidente. Para Oriente, el emperador se hizo secundar por Macriano y por un general de cuyo nombre se duda: ¿Balista? ¿Calisto? El organigrama estaba bien montado, pero los acontecimientos no tardarían en poner a prueba su soli-

dez. En el interior, la primera medida que adoptó Galieno, que compartía con su mujer Salonina una gran apertura de espíritu y una cultura refinada, fue poner fin a la absurda persecución contra los cristianos. El Imperio ya tenía bastantes enemigos sin necedidad de crearse otro más. Puesta a prueba con tanta dureza en tiempos de Decio y de Valeriano, la Iglesia aprovechó para recuperar su salud.

A pesar de las condiciones catastróficas de su reinado, Galieno puso mucho cuidado en promover reformas en el ejército y la administración. Sobre todo, reestructuró el dispositivo de defensa en las fronteras. Hasta el momento, en efecto, existía la tendencia a contentarse con una guerra de posiciones. Se contaba con una especie de «línea Maginot» que situaba el *limes* entre los territorios enemigos y las posiciones romanas. Galieno completó aquel dispositivo estático con potentes unidades de caballería pesada que permitían una guerra de movimiento, con ataques a los territorios enemigos. Respaldadas por las fortificaciones construidas a toda prisa en torno a los centros urbanos, esas *turmes* manejables facilitaban una defensa en profundidad. Sobre el terreno, las responsabilidades importantes se iban desplazando poco a poco desde las manos, distinguidas pero inexpertas, de los senadores, quienes sólo valían para hacer la guerra desde sus escaños, a aquellas otras mucho más aguerridas de los prefectos y los tribunos. De este modo, no se vulneraban las responsabilidades y las operaciones ganaban en seriedad. Por último, consciente del aislamiento de los emperadores en medio de tantas tropas, no siempre fiables, Galieno creó un cuerpo especializado encargado de su guardia personal y que podía utilizar para misiones urgentes. Esos *protectores*, seleccionados entre los oficiales más fieles tomados de todas las legiones, constituían el estado mayor personal del emperador. Dichos

oficiales de élite tenían ante sí interesantes y motivadoras posibilidades de carrera. Por otro lado, el ejército, cada vez más ilirio en su reclutamiento, reconocía en Galieno a un jefe capaz, pero no le perdonaba la doble tara que constituía a ojos de las tropas el hecho de proceder de la casta senatorial... y de no ser ilirio.

En el plano de la administración civil, Galieno había percibido a la perfección el peligro que representaba la doble ocupación de los senadores en el gobierno de las grandes provincias y el mando de las legiones que se encontraban como guarnición en ellas. Esta organización constituía, como es lógico, una fuente de usurpaciones, sin hablar de la incapacidad militar de esos señores. Sin embargo, hubiese sido arriesgado separar de manera demasiado abierta las dos funciones que la costumbre ya había unido. Hemos apuntado que sobre el terreno prefería, en lugar de esas personalidades de altos vuelos, a hombres menos titulados, pero más eficaces. Incluso en el plano del gobierno civil, durante su reinado muchas provincias son traspasadas con discreción a la dirección efectiva de gobernadores provisionales o suplentes, a menudo de rango ecuestre. Si el Senado mantenía así la fachada, perdía muchas de sus prerrogativas tradicionales. No es esto lo menos paradójico, porque la alta asamblea se veía desposeída de sus facultades por uno de los suyos... Sin embargo, Galieno mostraba con su comportamiento una capacidad poco común de adaptación a las nuevas condiciones del Imperio. Como contrapartida, le resultaba muy difícil hacer frente a la inflación galopante que estragaba lo poco que quedaba de actividad económica, con los efectos que podemos adivinar sobre los precios y la moneda. Sin embargo, tuvo éxito al llevar a cabo una discreta revaluación *in extremis*.

Este Augusto, que no merece todas las calumnias que le dedicaron los autores antiguos, hizo cuanto estuvo en su mano para conservar lo que era todavía defendible de la herencia recibida. Sin embargo, tuvo que evacuar en parte Dacia y, además, la doble usurpación de Ingenuo y Regaliano, dos generales oscuros, le obligó a desguarnecer la frontera renana en el peor de los momentos. De repente, francos y alamanos pudieron avanzar a su gusto en la Galia. Él mismo perdió a sus dos hijos en esta nueva aventura, que no fue la última, por otra parte. Ante el peligro de los bárbaros en la Galia, las tropas locales nombraron emperador a un tal Póstumo, y esa vez fue necesario tolerar al usurpador, ya que en la Galia brindaba un servicio que de momento no se podía pedir a otra persona: contener a los invasores... En Oriente, los dos hijos de Macriano, uno de los legados de Galieno, fueron proclamados también emperadores, pero su seudoreinado duró poco tiempo. A uno lo mataron en Iliria y el segundo fue eliminado por Odenato, un curioso personaje que volveremos a encontrar más adelante y que acababa de erigir Palmira, tierra romana, en reino independiente. Lo más raro de todo es que Odenato se puso a guerrear de forma notable contra los persas sasánidas, por lo que, de hecho, había un gran interés en dejarle actuar a sus anchas. No se perdía nada con ello.

A pesar del valor de Galieno, el Imperio se iba escapando poco a poco a su control y numerosas provincias encontraban en los golpistas una forma rápida de independencia. Galieno tuvo éxito, sin embargo, en el control de la frontera danubiana e italiana, batiendo a los alamanos en Milán en 262 y después a los godos en Tracia en 267 o 268. No obstante, el destino le era decididamente contrario. Un nuevo levantamiento proclamó emperador al jefe de la caballería, Aureolo, quien se instaló en

Milán. Galieno marchó contra él en el acto y estaba a punto de neutralizar al nuevo usurpador cuando una conspiración de oficiales le eliminó en el año 268. Galieno había sido merecedor de la apoteosis después de aquel viaje al fin de la noche. Roma iba a pasar a las manos de unos nuevos amos cuya fuerza se imponía ya: los emperadores ilirios.

El espíritu bajo las cenizas

Mientras se deshacían en el Imperio las grandes certezas que lo habían fundado y se dispersaban entre convulsiones irrisorias las energías necesarias, jamás, excepto quizá bajo Adriano, la corte había brillado tanto en saberes y espíritu. Galieno y Salonina constituyeron la última pareja filo-helenística, la última pareja imperial que amó Grecia, su cultura, su arte y su pensamiento. A decir verdad, la ilustración que aún subsistía procedía del Oriente helenizado. En Occidente sólo continuaba el impulso de la retórica, que enseña a escribir y a hablar. Textos como los de los cristianos Minucio Félix o Cipriano de Cartago, que honraron las letras latinas, demostraron que se mantenía a un nivel muy alto. Se leía a Cicerón, Séneca, Apuleyo, incluso a Lucrecio, mal visto, sin embargo, porque era epicúreo. Se cita con generosidad a los autores latinos o griegos, sin temer «copiar» de forma literal los manuales de la época, que sirven a todos los estudiantes. Si bien los autores saben escribir un latín equilibrado, con períodos quizás un poco demasiado retocados, estos autores argumentan, sí, pero no filosofan demasiado. Entre los cristianos, por otra parte, que habían asimilado en gran medida el estoicismo de última hornada, como demuestran los bellos trabajos de Michel Spanneut, en materia de pensamiento se atie-

nen a prudentes generalidades, ya que la revelación divina y las Santas Escrituras constituyen el fondo de la única *philosophia* que sirve para ganar el cielo. El resto no es más que charlatanería ociosa. El *Octavio* de Minucio Félix lo expresa en términos adecuados: «Menospreciamos el orgullo de los filósofos, que sabemos que son unos corruptores, unos falsarios, tiranos y picos de oro...». El cristianismo es, al menos en esos tiempos, una escuela de heroísmo y de santidad; nunca una escuela de filosofía, aunque a algunos cristianos les dé por filosofar. Lo que debemos observar, pues, es que en Occidente no se encuentra ya a nadie, entre los paganos, que tome el relevo.

En Oriente las cosas son muy distintas, ya que se piensa aún según las normas de los grandes autores como Platón o Aristóteles. Ya volveremos sobre ello. En la edificante biografía que consagrará más adelante a Plotino, su amado maestro, Porfirio (que tenía treinta años con Galieno) levanta acta de una carta de Longino, mayor que él, donde se evoca a una pléyade de pensadores. Los conoció a todos en el curso de sus viajes a través de Oriente y entre sus miembros había para todos los gustos: platónicos, aristotélicos, estoicos. Incluso se daban casos de algunos, y en esta ocasión Porfirio habla de su propia experiencia, que jugaban a ser filósofos, que se daban aires de serlo, actitud que demuestra también que la filosofía aportaba prestigio. Si seguimos de cerca esta biografía, descubrimos una vida intelectual intensa. Se agrupaban en escuelas y seguían las viejas tradiciones venerables: se celebraba cada año la fiesta de Platón y su discurso era de altos vuelos. Se disputaban las posiciones de éste o aquél, se intercambiaban correspondencias, se buscaban copias de autores inencontrables... Se producían controversias, incluso peleas a propósito de tal o cual punto de la doctrina, y se enfrentaban las interpretaciones. En resumen, una

vida universitaria que no tenía nada que envidiar a la de hoy en día (¡ni mucho menos!). Preciosas páginas las de Porfirio, que nos muestran, después de tanto tiempo, siquiera poco del espíritu de la época.

No obstante, la figura filosófica que sobrevuela la época es en concreto aquel Plotino cuya vida relató Porfirio, y que disfrutaba con Galieno y Salonina de un prestigio excepcional. La pareja imperial, en medio de tantas pruebas, encontró tiempo en ocasiones para seguir sus enseñanzas en Roma, Plotino era por voluntad propia silencioso sobre su vida, ya que ésta no era a sus ojos más que una manifestación fugaz del alma eterna en una carne perecedera, disimulaba con cuidado todo lo que pudiese darle importancia y rechazaba, sobre todo, dejarse retratar. ¿Para qué perpetuar el aspecto de una simple apariencia? Lo esencial estaba en otro sitio, en ese centro íntimo del alma accesible sólo a la mirada del espíritu. Cuando menos, Plotino no sufría del culto a la personalidad, no era ninguna «vedette». Se sabía apenas que nació en Licópolis, en Egipto, bajo el reinado de Séptimo Severo. Fue introducido en torno a la treintena por un misterioso Amonio Sakas, que enseñaba en Alejandría, gran centro intelectual, al secreto de la purificación del alma y de la unión a lo divino por encima de todos los dioses. Con la voluntad de profundizar en sus conocimientos sobre la espiritualidad de Oriente, encontró oportuno agregarse, poniendo en juego sus relaciones, a la gran expedición que Gordiano III y su padrastro habían montado en el año 242 contra los persas sasánidas, y que acabó de la manera que ya conocemos. El infortunado filósofo conoció en la triste batalla de Misiche el terror más grande de toda su vida, y debió su salvación a una huida desesperada a Antioquía. Le encontramos a continuación en Roma, donde enseñó bajo Galieno, llevando una

vida voluntariamente ascética, pues el cuerpo era sólo un obstáculo que se debía vencer, aunque sin apartarse de la buena sociedad, por otra parte. Disfrutó de la consideración general y, como he dicho, de la benevolencia de la pareja imperial.

No es éste el lugar para exponer con detalle el sistema de Plotino, increíblemente difícil. Yo mismo lo he explicado en otros lugares y en varias ocasiones. Digamos sin más que Plotino quería ser, con toda modestia, el exégeta de los grandes maestros del pasado. De hecho, proponía una relectura original de Platón, iluminada por las aportaciones de Aristóteles o de los estoicos. A partir de ahí, lo que construyó fue toda una visión del mundo y, de forma correlativa, un itinerario de sabiduría. Si el alma de cada uno cree que merece la pena deshacerse de las pesadeces que le impone su condición carnal, descubre que no es más que una parte de un alma mayor, universal: el Alma del Mundo, que anima el universo hasta el infinito. No obstante, esa Alma del Mundo está trabajada, a su vez, por una tendencia interna hacia su origen, que es el Espíritu absoluto. Allí se encuentra el arquetipo y el origen de todo lo que ha sido, es y será. En este nivel se sitúan los dioses. Coincidir con ese centro exige al alma un inmenso esfuerzo de purificación, de abstracción, necesario para desprenderse de los propios pensamientos, que no son más que la ciencia ordinaria de los sabios. Aun así, el espíritu absoluto tiende él solo, con toda su fuerza, hacia un término primero, original, hacia el polo en absoluto trascendente del cual procede todo: el Uno, más allá de cualquier forma de existencia. De ese Uno supremo sería ya demasiado decir que existe. La existencia no es más que una forma degradada de su presencia. Es decir, que el alma, toda ella devenida espiritual, no lo alcanza más que mediante el éxtasis de un instante y no se mantiene en él. Tal era, en

resumen, el itinerario que Plotino proponía a sus discípulos en la Roma de Galieno, y que seducía a más de uno entre las gentes de la alta cultura. Esa elevación en tres etapas rehace, en suma, como si se tratase de una ascensión, el camino descendente que toman las cosas del universo para aparecer. El Uno engendra al Espíritu, que engendra el Alma, que a su vez se dispersa en la Materia. A la inversa, el filósofo es un hombre que se convierte en Alma y que se hace Espíritu para alcanzar el Uno. El lector habrá pensado, si ha querido seguirme, en la Trinidad cristiana, que propone un Dios único en tres personas. Y tendrá razón y se equivocará al mismo tiempo. Se equivocará porque, en realidad, los dos esquemas no se pueden superponer, pero tendrá razón porque, a raíz de esta propuesta, algunos teólogos cristianos querrán inspirarse en este sistema para ofrecer a la revelación cristiana una formulación filosófica. Pretensión que conseguirán, como veremos más adelante, con más o menos acierto.

Esta predicación tan elevada tuvo en ocasiones efectos sorprendentes. Como cuenta Porfirio, un valiente senador, sobrealimentado y tan gotoso que sólo podía desplazarse en litera, fue tocado por la gracia de Plotino y de la noche a la mañana, abandonó sus funciones civiles. Se dedicó a seguir un régimen estricto y se retiró de manera definitiva a pensar. ¡Inconcebible en tiempos de Cicerón o de Augusto semejante suicidio político! Perfectamente imaginable, sin embargo, en aquel siglo III abierto a todas las experiencias, siempre que éstas propusieran un punto de contacto con el más allá. Esa gente no dejaría de sorprendernos nunca, ya se trate de éxtasis a la baja, a la manera de un Heliogábalo y sus fanáticos, o de éxtasis por todo lo alto, a la manera de Plotino. En cualquier caso, Porfirio añade que aquel excelente senador salió favorecido, porque

se le curó la gota. En resumen: ganó en salud lo que había perdido en sentido cívico.

Un último detalle, que va en la misma dirección. Por completo entregado a un ideal que vivía como una religión (la única que practicaba, además), Plotino acarició el proyecto de reconstruir las ruinas de una villa abandonada en Campania, sin duda a consecuencia de un seísmo. Quería establecer allí una ciudad de los filósofos, una especie de antecedente de un convento o falansterio, donde todos obedecerían las leyes de Platón... Si se trataba de las que se encuentran expuestas en las *Leyes* (no habría sido extraño) o en esa extraordinaria utopía que es la *República* (habría sido muy estrafalario), eso no lo sabrá nadie jamás. Plotino se lo confió al emperador, pero Galieno, circunspecto, le negó el permiso de construcción. Aquellos tiempos, cuyo ambiente acabamos de explicar, no eran demasiado propicios para semejante proyecto. El mundo romano no conoció, pues, lo que, según el pensamiento de Plotino, debía ser un escaparate del platonismo. Por poco que hayamos conocido a los filósofos, no podemos más que ponernos de parte de Galieno. ¡Ironías del destino! En el momento preciso en que periclitaba la ciudad terrestre, amenazada desde fuera, minada desde dentro, nacía el deseo inocente de una Ciudad Ideal que Platón mismo, en el libro IX de la *República*, había dado como sublime visión del espíritu, pero solamente del espíritu...

Desgastado por no se sabe qué enfermedad, Plotino acabó sus días justo en aquella Campania donde había querido alojar su sueño conmovedor e irrisorio. Los tiempos eran difíciles. Galieno había muerto. En Roma reinaba un espantoso clima de depuración. Plotino, sin embargo, se mantuvo allí durante dieciocho meses sin sentirse preocupado, circunstancia que demuestra que había tenido el sentido común de no compro-

meterse de ninguna forma. Eso certifica también que jamás fue consejero personal del emperador, como algunos han creído. La realidad es más sencilla. Ya conocemos el entusiasmo de la pareja imperial por todo lo griego y resulta comprensible, por tanto, que el prestigio de Plotino y su gran brillo en los medios senatoriales contribuyeran, en el espíritu del emperador, a la política cultural que deseaba desarrollar. Las iniciativas no fueron nunca demasiado lejos. Último testimonio en Roma del pensamiento griego, pensador de genio cuya estatura iguala a la de los más grandes, Plotino inspiraría en el curso de los siglos, sin ser demasiado comprendido nunca, a generaciones de filósofos y teólogos. Se extinguió de modo apacible en los primeros años de Claudio llamado el Gótico, el ilirio que acababa de suceder a Galieno, una vez asesinado éste. De esta forma, Roma entraba en una nueva era.

Capítulo 13

Los hijos del Danubio

Hacer frente. La gesta de los ilirios

A pesar del coraje y las capacidades de Galieno, cuando éste cayó víctima de una enésima conspiración, el Imperio parecía más bien un edificio en derribo. Desde el Rin hasta el Éufrates, los adversarios de Roma lo pasaban en grande. Los usurpadores o los rebeldes locales, o tal o cual general o «rey» autoproclamado luchaban cada uno en su rincón contra el invasor, constituyendo otras tantas soluciones provisionales. El peligro inmediato relegaba a un segundo plano, en el espíritu de los auténticos emperadores (salidos, ellos mismos, de algún golpe de estado), la unidad del Imperio. Se cerraban los ojos de manera provisional a la espera de días mejores, a falta de poder tomar las riendas de la situación en su conjunto.

La herencia de un caos semejante no era ninguna golosina para los emperadores ilirios, quienes a partir de entonces, y con raros y cortos intermedios, tendrían a su cargo los destinos del Imperio. De hecho, ¿por qué ellos? ¿Por qué Roma, la prestigiosa Roma, la capital del mundo, recurriría durante un siglo entero a unos balcánicos a los que antiguamente había sometido (gente de la ex Yugoslavia o de la Bulgaria de hoy en día) para restablecer la pujanza y la gloria de su pasado? La vieja cepa

italiana de César, Antonio, Octavio, Vespasiano y tantos otros, ¿estaba ya agotada? La antigua, la gloriosa, la predadora Italia, ¿se había hundido en el naufragio de la vejez? Hay que creerlo así, o más bien constatarlo. Por otra parte, subrayémoslo enseguida, no se trata de que esos «hijos del Danubio», como los llama Andreas Alföldi, concibieran alguna intención hegemónica sobre el mundo romano. No existió ninguna conspiración iliria, ningún vasto plan concertado. Las cosas se explican de una manera mucho más sencilla. La evolución de Italia, su agotamiento, su progresiva incapacidad de proporcionar hombres y jefes, habían creado lo que en paleontología se llama «un lugar vacío», y fueron los ilirios quienes lo ocuparon. Esas poblaciones sanas y rudas, y por otra parte bien asimiladas a la romanidad, constituían desde hacía mucho tiempo un vivero, una especie de cantera de vitalidad, de energía, a la cual se recurría sin cesar para reclutar unidades de choque. Su valor era legendario. De tal modo que aquellos campesinos del Danubio convertidos en soldados, y buenos soldados, poco a poco irían formando buenos oficiales, que a su vez darían buenos generales y, por tanto, buenos emperadores, al menos en lo que respecta a sus capacidades militares. Ya hemos visto un ejemplo con Maximino el Tracio. Ahora bien, ante un desastre semejante, lo primero era recuperarse; hay que hacer frente a la situación, intentar reconstruir lo que se deshacía a una velocidad inquietante. Cierto que aquellas gentes no eran flores de invernadero. No conjuraban a las musas, no tañían la lira tarareando poemas en griego. Tampoco se expresaban precisamente en la lengua de los dioses, ni se entretenían en consideraciones filosóficas. Su inteligencia estaba hecha a su propia imagen: un sentido común sólido, que juzga las situaciones y se adapta a ellas, pero que también sabe elevarse con tenacidad a una visión de

conjunto de la situación. Inteligencia aplicada siempre con fines prácticos, más en una época en que las comunicaciones eran mortales en su lentitud. Los emperadores ilirios hacían gala, además, de un patriotismo ferviente y sincero. Con todo el respeto debido a su memoria, me recuerdan en versión inteligente a aquellos *Volksdeutscher* de la última guerra, a aquellos alemanes de los Sudetes y otros irredentistas integrados por el III Reich de los que nosotros, como cautivos, temíamos el fanatismo pangermanista. Nacidos lejos del Foro, los ilirios ponían una conmovedora aplicación en afirmarse como romanos. Acuñaban sus monedas con la loba ancestral e hicieron más en cincuenta años por Roma y su imperio que muchos otros en siglos anteriores.

Cuando asesinaron a Galieno, le sucedió un tal Marco Aurelio Claudio (¡nada menos, qué romano!) nacido en Dalmacia y que dirigía entonces las operaciones de represión contra el usurpador Aureolo, atrincherado en Milán. Pasó a la historia con el nombre de Claudio el Gótico (y no «el Godo», metedura de pata que todavía encontré hace algunos años en un libro erudito). Ese sobrenombre de *Gothicus* le venía, según la tradición, de sus triunfos sobre los godos, como Eisenhower o incluso Joukov, se habrían podido apodar *Germanicus*...

Nunca se ha sabido muy bien qué pasó. El ejército, descontento con la conspiración que había eliminado a Galieno, vio aplacados sus rencores mediante un *donativum* de veinte piezas de oro por cabeza y, en su dimensión moral, mediante la seguridad de que se respetaría la elección que había hecho Galieno justo antes de morir. El primer cuidado de Claudio II fue, en todo caso, hacer votar la apoteosis para su predecesor, una forma como otra cualquiera de acallar los chismes. Mucho más tarde, en el siglo IV, el emperador Juliano, que

pretendía ser descendiente de Claudio el Gótico, insistiría mucho, quizá demasiado incluso, en ese «antepasado» llegado al poder «por una vía santa y justa»... Sin comentarios. A continuación, Aureolo, creyéndose fuera de peligro, se rindió al nuevo emperador y luego desapareció, sin que se sepa si Claudio dejó que lo liquidaran sus soldados o dio él mismo la orden expresa.

Contra todo pronóstico, el ilirio supo ganarse el favor del Senado, aunque fue, dadas las circunstancias, por el lado militar. Dejando a un lado de manera provisional la usurpación de Póstumo, «emperador» entre los galos, y la secesión de Palmira, se dedicó a lo más urgente: las invasiones germánicas. En cuanto entró en funciones, se desplazó al lago Garda, donde derrotó a los alamanos, y después marchó hacia los godos, en los Balcanes, y los derrotó en Naiso (Nish, en Serbia), de ahí su sobrenombre. En Oriente, la secesión de Palmira se extendía como una mancha de aceite, mientras el «rey» Odenato se apoderaba de forma sucesiva de todo Oriente, desde Asia Menor a Egipto. Ahora bien, ¿qué se podía hacer, por el momento? Hubiese sido muy imprudente dividir los esfuerzos y dejarse distraer del único asunto que en realidad importaba, la defensa de Occidente. Cuando el emperador, instalado en Sirmio (Sremska Mitrovica) se preparaba para una nueva campaña en el Danubio, por desgracia contrajo la peste y murió en 270, sin dejar más que lamentaciones por doquier. En este caso, su apoteosis no tenía segundas intenciones por parte del Senado. «Reunía», según dice la *Historia augusta*, «la virtud de Trajano, la piedad de Antonino, la moderación de Augusto», y si hubiese vivido ciento veinticinco años, asegura el cronista, aún habrían sido demasiado pocos. Es cierto que nos movemos en el campo de la ficción, aunque los hechos per-

manecen: en poco tiempo, Claudio había salvado de manera provisional la situación.

Apenas se puede hablar del reinado de Quintilio, el hermano de Claudio, que estaba muy lejos de valer lo mismo que él. Tanto es sí, que el ejército del Danubio lo excluyó después de diecinueve días en provecho de Aureliano, el segundo de Claudio. No sabremos nunca si Quintilio fue masacrado o si prefirió poner él mismo fin a sus días, pero sí que ese Lucio Domitio Aureliano es una figura muy distinta. Se cuenta que su madre era sacerdotisa del sol en un santuario de su Panonia natal y a la buena mujer se atribuían incluso dones de profecía, «hasta el punto», afirma la *Historia augusta*, «de que ella la tomaba a veces con la tontería de su marido, y le señalaba con el dedo diciendo: "¡y ése es el padre de un emperador!"...». ¿Qué no se contará de los vínculos del emperador con el culto solar? El futuro Augusto, al parecer, en su juventud fue adoptado por un sirviente de una capilla mitríaca (había más de una en la región) y se le describe en el santuario del *Sol invictus*, el dios-sol que no declina jamás, porque parte una y otra vez para emprender un nuevo recorrido cada 25 de diciembre. Si el nexo con el culto de Mitra, dios persa implantado en todo el mundo romano, no se halla establecido con claridad, como ha observado Robert Turcan, el mejor especialista, lo que sí es bien seguro es que bajo Aurelio y sus sucesores el culto del *Sol invictus*, que engloba de forma sincrética todos los cultos solares (de Siria y de cualquier parte) conocería un desarrollo prodigioso, recuperado para la política unitaria del Imperio. Nada mejor que una deidad que pudiera ser adorada por todos para unir las buenas voluntades dispersas. No perdamos en ningún momento de vista esta simbiosis de

lo político y lo sagrado constante en toda la antigüedad. En la época no existe la «laicidad», la separación del trono y de los múltiples altares, el sable y las aguas lustrales. El culto solar se le apareció a Aureliano como el factor de unidad religiosa y moral que necesitaba el Imperio. Si hacía falta una divinidad universal en la cual cada habitante, fuese romano, sirio, ilirio o egipcio, pudiera reconocer a sus propios dioses (Apolo, Helios, Mitra, Elagabal...), ¿no era una feliz coincidencia que ese dios único fuese precisamente el *Sol invictus* que él mismo adoraba? Además, toda una tradición iba en ese mismo sentido. Se trataba del dios solar de siempre, de todas partes, del cual el astro que está en el cielo es la manifestación sensible. Ya que, no nos equivoquemos, las gentes de aquellas épocas no eran más tontas que nosotros. Lo que adoraban, en efecto, no era la simple materialidad del sol empírico, el astro que uno ve cuando el tiempo es bueno, la fuente de luz y de calor que hace crecer las cosechas y, por tanto, da la vida. Era eso, desde luego, pero era más, infinitamente más. Desde hacía ya seis siglos, el sol estaba afectado de una dimensión metafísica de la que hoy en día no tenemos la menor idea, puesto que en la actualidad para nosotros es sinónimo sólo de vacaciones y de bronceado. Los propios filósofos inscribían en él sus especulaciones. Para Platón, el sol era la imagen de la idea suprema del bien. Para los estoicos, era la inteligencia rectora y como corazón del mundo, el símbolo de la divinidad eternamente productora de cuanto existe. En resumen, mientras los siglos sucedían a los siglos, el sol se había convertido «por absorción», según dice Bayet, en la figura del dios universal. Y por eso Aureliano colocó bajo la invocación del *Sol invictus* el inmenso esfuerzo de restauración que quiso imponerse en todos los frentes. Ahí encontraría el valor que necesitaba, en la devoción de sus antepasados.

Ya sabemos que la principal ocupación del emperador no era la liturgia. Decían de él que estaba *manu ad ferrum*, siempre con la mano en la espada. Tenía «el gatillo fácil», como tradujo en broma Paul Petit. Desde el inicio de su reino detuvo, no sin trabajo, a los bárbaros invasores de la Italia del Norte y que amenazaban Roma. Hecho esto, tuvo que conjurar unas dificultades interiores y, sobre todo, una violenta revuelta de los talleres de acuñación, sofocada con rapidez y sin reparar en gastos. Consciente del peligro que representaba a partir de entonces para la propia Villa la masa fluida de los bárbaros, siempre dispuestos a desbordar las fronteras, decidió hacia el año 274 proveer Roma de una muralla fortificada de 19 km de longitud. Esas fortificaciones, consolidadas un siglo y medio más tarde por Honorio, nos imponen todavía mucho hoy en día, con su mole rojiza que hay que contemplar al caer la noche. Esa muralla, cuyo trazado sacrificó de manera deliberada los barrios periféricos, manifestaba una voluntad de resistencia al mismo tiempo que desvelaba la fragilidad del Imperio. El muro de Aureliano... Desde sus orígenes, Roma había conocido la obsesión de la seguridad, haciendo retroceder hasta los confines del mundo las fronteras que preservaban el suelo sagrado. Y ese *limes* se mostraba concentrado en aquellas últimas murallas, último reducto donde se refugiaban los amos del mundo. Ese cuerpo que había ido creciendo de forma indefinida aparecía ahora vulnerable, y aquel formidable aparato de torres y de caminos de ronda preservaba un corazón que ahora se sentía amenazado. Esa construcción, de hecho, marca el principio del fin.

Aunque Aureliano había tomado aquella precaución, dictada por el realismo, no por ello pensaba rendirse. Se desvivía sin cesar. La frontera danubiana fue objeto de una serie de operaciones defensivas y el emperador obtuvo notables éxitos con-

tra los godos, los vándalos, los sármatas y otras tribus. Negoció con los vándalos el apreciable suministro de 2.000 jinetes. Después, yendo hacia el este, obtuvo la sumisión de otros pueblos mediante la atribución de tierras, que a partir de ese momento los bárbaros defenderían por sí mismos. Solución arriesgada, pero no había otra por el momento. Hubo que resignarse a la evacuación de la Dacia, cuya conquista había aportado tantas riquezas a Roma en los felices tiempos de Trajano. La frontera danubiana había quedado reducida y gracias a ello se liberaba a unidades de combatientes útiles para otras tareas, en las que ya era el momento de pensar.

Aureliano tampoco perdía de vista lo que había ocurrido en Oriente desde que, bajo Galieno, Odenato erigió Palmira como reino independiente. En ese momento, no sólo Roma no había podido reaccionar, sino que el supuesto reino, como ya hemos dicho, se había extendido de forma considerable aprovechándose de las dificultades que se experimentaban tanto en el norte como en la propia Italia. Una vez se había restablecido más o menos el orden, se podía pensar en una reconquista.

Odenato había muerto entre tanto y su mujer Zenobia había recogido la antorcha, ayudada por su hijo Vabalato. Esa reina semítica tenía personalidad, genio inclusive. Apasionada por las distintas religiones, abierta a influencias griegas y judías, filósofa por curiosidad del más allá, había realizado algo parecido a un reino helenístico a la moda de antaño, al que su deseo de una corte brillante atrajo a gente cultivada. Así fue como un filósofo platónico llamado Longino, que enseñaba en Roma y a quien conocía Plotino, cedió al prestigio de la reina y se instaló en su reino. Sin duda, esperaba encontrar junto a la peli-

grosa aventurera la plataforma política de que carecía en Roma. De hecho, se había convertido en una especie de ministro. ¡Si hubiese sabido...! En efecto, en el año 271, las cosas tomaron un aspecto muy feo para Roma. El hijo de Zenobia se proclamó «rey de reyes» y como sólo cuesta dar el primer paso, al año siguiente acabó haciéndose llamar «emperador romano». Aquello ya no se trataba, ni de lejos, de la travesura de un paranoico. Los habitantes de Palmira habían tomado la medida de la situación con toda precisión y recogiendo, quizá sin saberlo, el sueño dorado de Antonio, erigieron Oriente un Imperio romano separado de Occidente. Ante esa realidad, Aureliano, que ya podía permitírselo, decidió poner fin a una situación que se había vuelto intolerable. La campaña no se alargó demasiado, y al término de una rápida marcha hacia Oriente, Palmira padeció un asedio en toda regla. El socorro que Zenobia esperaba de los persas sasánidas se reveló inexistente y la ciudad cayó. La reina Zenobia fue hecha cautiva; figuraría en el triunfo de Aureliano que, sin embargo, la trató bien. Se dice incluso que demostró hacia ella muchas atenciones. El infortunado Longino no tuvo tanta suerte: Aureliano no le perdonó su crimen de colaboración y lo mandó ejecutar. Porfirio, a quien Longino habría querido arrastrar a aquella historia, había escapado de una buena...

Victoria de Roma, podríamos decir, puesto que Aureliano había recuperado el Oriente romano. Amarga victoria, sin embargo, porque tuvo que permitir que sus tropas saqueasen Palmira (había que concederles algunas satisfacciones sobre el terreno), pero el saqueo de un centro de negocios tan importante comprometería durante mucho tiempo todo el comercio con Oriente. En la Galia, la interminable usurpación de Póstumo, a quien habían sucedido varios generales, continuaba

aún. Por el momento, seguía bajo la dirección... de un senador romano, el gobernador de Aquitania, Tétrico. Allí también era necesario restablecer la situación. Una última batalla en Châlons-en-Champagne y el problema quedó resuelto. Tétrico se rindió al vencedor. Reinado terrible y emocionante el de Aureliano Augusto, quien bajo la invocación de *Sol invictus* había restaurado el Imperio en cada uno de los frentes. La unidad estaba restablecida en todas partes y las fronteras, reforzadas. Tampoco había dejado de lado la administración civil. Se intentó una puesta a punto monetaria, una reforma de los servicios de avituallamiento (terrible punto negro a poco que se desorganizasen los frágiles circuitos de los tiempos de paz) y también la reglamentación de las innumerables organizaciones profesionales. Estas últimas habían abundado siempre acompañadas de unos nombres rimbombantes que nunca hicieron reír a nadie. No obstante, fuera cual fuese su importancia, la Muy Augusta Unión de Pescadores o el Santo Colegio de los Tintoreros (Ramsay MacMullen nos regala algunos apelativos de este tipo) evocarían hoy en día al Club Rotario o al de Catadores de vino, más que a nuestras temibles centrales sindicales.

Con la satisfacción que podemos imaginar, y en verdad tenía de qué sentirse orgulloso, Aureliano celebró la dedicatoria solemne del templo del Sol Invicto, edificado sobre el Quirinal. Contenía los brillantes restos de Palmira y un sacerdocio particular lo servía con mucha mayor seriedad que los sacerdotes de Emesa, tan caros a Heliogábalo... Todo ser humano debe conocer en su vida un momento de triunfo. Para el divino Aureliano Augusto, ése fue el 25 de diciembre de 274, llamado *dies natalis Solis invicti*, día de nacimiento del sol invicto. Se comprende por qué a continuación los cristianos triunfantes situaron ese mismo día del solsticio de invierno el naci-

miento del Niño Dios, al tiempo que se dedicaron a trasponer el lenguaje de los antiguos adoradores del sol para hablar de Jesús-Dios en sus liturgias.

Ahora bien, ¿se instala uno acaso en la felicidad, aunque sea merecida? Preocupado por reconquistar Mesopotamia a los persas sasánidas, Aureliano reemprendió el camino de Oriente. Un oscuro chupatintas, por añadidura llamado Eros, que se hallaba implicado en un asunto muy subalterno de malversación y temía una investigación, tomó la delantera. Con el concurso de algunos oficiales montó una conspiración en la que la política, por una vez, no tenía nada que ver. Una estupidez en estado puro. Así murió asesinado, cerca de Bizancio, el emperador Aureliano. Ese día de diciembre de 275 caía una de las mayores figuras que conoció el Imperio, y también una de las últimas.

La sucesión de Aureliano creó un problema. Como el asesinato del emperador había sido una infamia absoluta, no había nadie preparado para reemplazarlo. Pretendientes no faltaban, desde luego, pero los generales, temiendo la confusión que amenazaba con reinar en una situación tan inestable, resolvieron dirigirse por una vez al Senado. Fue, por tanto, un viejo senador, Claudio Tácito, quien aceptó sin entusiasmo ocupar lo que, según todas las evidencias, no sería más que una suplencia. Ese Tácito, ¿tenía algún parentesco con el historiador? En cualquier caso, el buen hombre lo dejaba entrever, pues ordenó multiplicar las copias de las obras de su supuesto antepasado y las suministró a las bibliotecas. Una suerte para los historiadores, que no impidió, sin embargo, la desaparición, en el curso de los siglos, de fragmentos inestimables, aunque acaso sin el concurso de aquel emperador nos quedaría menos aún. Enseguida hizo proceder a la apoteosis (natural, me atrevería

a decir) de Aureliano. Multiplicó sus estatuas, una suerte más, en esta ocasión para los arqueólogos. Se decía incluso que proyectaba ofrecer un ejemplar a todo el mundo... El Senado, sorprendido al ver que volvía a hacerse cargo del gobierno, no anhelaba más que la eternización de aquella provisionalidad. Una moneda de Tácito lleva la inscripción: *aeternitas*. Se llamaba al emperador «Vuestra Eternidad». Una forma como otra cualquiera de conjurar la fluidez de un tiempo que no jugaba precisamente a favor de Roma, y menos aún de los sucesivos Augustos. Tácito, no obstante, había tomado bien las riendas de la situación. Nombró para la supervisión de Egipto y Siria al ilirio Probo, el mejor ayudante de Aureliano. Él mismo, sabedor de que los godos del mar Negro atacaban Asia Menor, resolvió trasladarse allí, a pesar de sus setenta y cinco años cumplidos. Le ayudaba su hermano Floriano, a quien había nombrado prefecto del pretorio. Tácito tuvo la satisfacción de ganar una victoria, pero le duró poco. Llegado a Tiana, en Capadocia, el pobre Tácito murió en 276, con toda probabilidad asesinado. El Senado reconoció de inmediato a Floriano como sucesor, pero al mismo tiempo los ejércitos habían proclamado a Probo. Floriano se mantuvo algunas semanas, pero al final fue asesinado en Tarso, en Cilicia, ahorrando así una batalla. Después de este intermedio senatorial de un año, el poder retornaba a los ilirios.

Otra estupenda figura de soldado ese tal Probo, nacido en Sirmio. Exigente consigo mismo y con los demás, ¿había imaginado acaso ocupar a los hombres, entre combate y combate, en trabajos de interés colectivo? Veremos más adelante lo que ocurrió. Un día que se le presentaba para su servicio personal un caballo del cual se alababa su excepcional rapidez, respondió: «En suma, ¡convendría más a un desertor que a un

emperador!». ¡Qué actividad! Bajo su reino, Egipto fue pacificado por legados bien escogidos. Se vivió una usurpación en Siria y otras dos surgidas en una Galia que se había vuelto frágil por culpa de las incursiones de francos y alamanos. Próculo se proclamó en Lyon, y Bonoso quería reinar en Colonia. Estas rebeliones se resolvieron con rapidez, pero en cada ocasión se debían desplazar tropas, trasladarlas por las provincias que continuaban saqueando a su paso... ¡Cuántas energías despilfarradas! El mismo Probo acudió en persona al Danubio, a luchar contra los resistentes sármatas (¡y ya habían pasado cien años desde Marco Aurelio!). Donde podía arrasaba, y donde no era posible, buscaba los convenios.

El estado penoso de la economía, maltratada por aquellos años terribles, le inspiró numerosas reformas parciales que acabarían por coger forma y que completaban la reforma de Aureliano. Las tierras que habían quedado baldías o abandonadas pasaron a ser responsabilidad de las ciudades, se previó un plan rural para mejorar el rendimiento agrícola y para atajar la caída demográfica, se haría un llamamiento a la mano de obra bárbara. Había que asumir algunos riesgos. Probo incluso (y eso interesaba en particular a la Galia) abolió el viejo edicto proteccionista de Domiciano y autorizó de nuevo la cultura vitícola en las provincias. La medida demuestra que la producción italiana no tenía más excedentes de los que deshacerse en el mundo...

Aquel ilirio apasionado, cuya moneda llevaba la Alegoría y el Zodíaco acompañados de la divisa *Annus Novus*, el año nuevo, ¿acariciaba acaso el sueño de un regreso imposible a la *pax romana*? La *Historia augusta,* texto tardío, es cierto, recoge una frase suya que nos hace creer algo semejante: «Pronto –predecía– no habrá ya necesidad de soldados...». ¿Lo pensaba real-

mente? Y el cronista, calculando la economía en vidas y en oro que permitiría esa supresión, añade, melancólico: «Era la promesa de la edad de oro. Ya no habría campamentos; en ninguna parte se oiría el son de las trompetas, ya no se fabricarían armas y la población de soldados que mantenían el Estado exhausto por las guerras civiles trabajaría, se dedicaría a los estudios, a las artes, navegaría. Nadie más moriría en la guerra. Ah, buenos dioses, que le quitasteis un príncipe semejante, ¿qué mal os había hecho Roma?». Ese texto, escrito al menos cien años después de Probo, hacía alusión a muchas otras guerras sobrevenidas entre tanto. El sueño que el cronista presta al excelente Probo es el de todos los siglos, y sigue siendo vano aún. Mientras tanto, los soldados de Probo, solicitados de mil maneras, encontraban que el emperador abusaba de ellos. Probo se disponía, una vez más, a enfrentarse a los sasánidas cuando en Sirmio, donde se preparaba la expedición, los soldados lo asesinaron. Fue un triste día de 282. Coincidencia: en Retia, las tropas acababan de proclamar a Caro, el prefecto del pretorio, que no deseaba aquel puesto ni había hecho nada para obtenerlo. Al anunciarle la muerte de Probo, se resignó a aceptar.

Marco Aurelio Caro, proclamado por los ilirios, por una vez no estuvo solo. Este narbonés de cincuenta y tres años se apresuró a hacer Césares y después Augustos a sus dos hijos, Carino y Numeriano. Poco a poco se daban cuenta de que un solo emperador no bastaba para todo. Dejando Occidente al cuidado de Carino, Caro se fue en diciembre de 282 hacia Oriente en compañía de Numeriano, con el fin de realizar la expedición preparada por Probo contra los persas sasánidas. Esta vez la operación alcanzó el éxito, quizá porque una vez muerto el viejo Sapor I, los persas habían perdido mucha de su agresividad. Las tropas llegaron incluso hasta Ctesifonte, pero allí

Caro desapareció en noviembre de 283 y en unas condiciones tan misteriosas, que se podía pensar con toda razón en un nuevo asesinato. Numeriano, endeble y veleidoso, no quiso aprovechar las ventajas de Roma y, sin duda, tampoco fue capaz, pues se contentó con llevar al ejército a las bases de Asia Menor. Allí cayó poco después bajo los golpes de su propio suegro, el prefecto del pretorio Aper, quien con probabilidad también tenía ganas de reinar. Sin embargo, Aper no había contado con la reacción del estado mayor y se tuvo que enfrentar a un consejo de guerra por aquel crimen. La audiencia fue agitada: el jefe de los *protectores*, las unidades de élite encargadas de la protección personal del emperador, Cayo Valerio Aureliano Diocles, le mató en plena sesión. Este espíritu tan decidido encantó a las legiones, que reconocieron al momento en él al emperador que les hacía falta. Por tanto, el 20 de noviembre de 284 fue aclamado en Nicomedia, no lejos del Bósforo, ese ilirio que se haría llamar Diocleciano.

Durante todo aquel tiempo, Carino, que se había quedado en Occidente como ya habíamos dicho, tuvo que hacer frente a la usurpación de un tal Juliano. Debía ocuparse de aquel nuevo competidor, de quien pensaba desembarazarse con tanta facilidad como del primero, así que se dirigió de inmediato a Oriente y parece ser que ganó el primer combate. No obstante, lo que siguió no dependía de él, ya que uno de sus oficiales le envió *ad patres* por motivos de orden personal, según se dice, pero es lícito suponer que siguiendo órdenes de Diocleciano, quien, favorecido por la suerte, quedó solo en su lugar. Una vez más llegó la oportunidad de Roma, para ser más exactos, del Imperio.

La luz interior

¡Menudo siglo, que alumbró y retiró a tantos maestros y que vio tambalearse aquello que imaginaba que debía durar por toda la eternidad! Podemos imaginar que en esos tiempos de guerras civiles y extranjeras continuas, la cultura no disponía apenas de las condiciones requeridas para su expansión. ¡Los valerosos ilirios tenían que haber reinado cien años antes! Sin embargo, si bien supieron arrancar de sus destinos adversos a aquella *Roma aeterna* de la cual tenían una idea tan elevada, es evidente que no se preocupaban ni del arte ni de la cultura más que en la estricta medida en que podían ver en ellos materia de propaganda. Sus convicciones religiosas, más fuertes que nunca en aquel siglo devoto, ancladas con profundidad en lo sobrenatural, no debían nada a las especulaciones de los filósofos. Ya no estaban por aquella labor. Una gente basta, como dice Jean Gagé. Esos hombres de los que dependía la supervivencia del Imperio no habían conocido jamás, en su juventud oscura, la dulzura de vivir en los grandes dominios italianos, adornados en profusión con estatuas y provistos de bibliotecas. Ignoraban el griego, no sabían nada de la retórica, ni tampoco del bello lenguaje. Estaban en alerta permanente. Apenas un siglo después de Herodes Ático y las doctas conversaciones de su círculo, en aquel paraíso del espíritu que había resultado ser la ciudad de Atenas, hizo falta que un intelectual, Dexipo, improvisara una defensa precipitada contra un ataque de los godos. ¡Los bárbaros en Atenas! Desde luego, las grandes familias no habían abandonado ni la pasión por las letras ni el gusto por las bellas artes. Sin embargo, aquellos tiempos no se prestaban ya a los viajes de estudios y uno se lo pensaba dos veces antes de autorizar a un hijo bien dotado a partir hacia Atenas. En cuanto a

las escuelas, antaño florecientes, habían sufrido, como todo el mundo, inseguridades y penurias. Más de una había tenido que cerrar sus puertas. Se vivía de las rentas, recurriendo de modo indefinido a las recopilaciones de fragmentos escogidos, elaboradas cuando todavía se buscaba filosofía, ciencia, cultura o simplemente curiosidades con las cuales uno pudiera entretenerse en la mesa. Los autores se enumeran con facilidad. Ya hemos visto antes lo que le pasó al pobre Longino, ese platónico poco hablador a quien se veía, según Eunapio de Sardes, como «una biblioteca viva, un museo ambulante». Al acudir a la Palmira insurgente a llamada de Zenobia, cometió la tontería más grande de su vida, y mucho antes de que comprendiera hasta qué punto lo era, se aburría de forma visible en aquel lugar, desde donde reclamaba que se le enviasen libros: «Los copistas son muy raros aquí...».

La única gran figura del siglo es, desde luego, Porfirio de Tiro, que ya he evocado antes como biógrafo del gran Plotino. Nacido bajo Severo Alejandro, alumno de Longino en Atenas, discípulo de Plotino en Roma, había recogido el testigo, viviendo de manera literal del recuerdo de aquel maestro que le había disuadido del suicidio y se lo había enseñado todo, aunque no fuera más que a soportarse a sí mismo. Se puede decir que Porfirio sabía cuanto se podía saber: gramática, retórica, astronomía, física y metafísica, matemáticas, mitos y religiones; que estudiaba con minuciosidad, anticipándose a los grandes racionalistas del siglo XIX. ¡Increíble! Adversario encarnizado del cristianismo, había desmenuzado sus dogmas con una sagacidad irónica y hosca, por lo que *Contra los cristianos* desapareció casi por completo en los autos de fe decretados por los cristianos una vez llegados al poder. Fue una labor hecha con tanta eficacia, que de la obra inmensa de Porfirio no nos quedan más

que algunos títulos. Citemos su edición de las *Eneadas* de Plotino, precedida de la famosa *Vida*; otra *Vida de Pitágoras*, un importante tratado sobre el vegetarianismo pitagórico y sus motivos; una *Filosofía de los oráculos*; también una carta a Marcela, su mujer, y algunos otros títulos. Lo más curioso es que de todos los comentarios que hizo de los grandes autores, el que tuvo más éxito de librería es la muy abstracta introducción a las *Categorías* de Aristóteles, la *Isagoge*. Un best-séller durante toda la Edad Media, que hasta el siglo XVII sería objeto de discusiones apasionadas. En él se encuentra, en efecto, material para disputas feroces sobre los «universales» (el género, la especie, la diferencia, etc.): ¿son esencias? ¿son palabras? Buen tema en el cual se deleitaron filósofos y teólogos. Estas cuestiones, a caballo entre la lógica pura y la metafísica, no son lo más fecundo del pensamiento de Porfirio, pero da igual. Sin embargo, las épocas se van sucediendo y cada uno se detiene, en el pensamiento de un autor, en aquel punto que responde a los intereses del momento. Desde los grandes trabajos de Pierre Hadot, de Jean Bouffartigue y de algunos otros, Porfirio recupera su verdadera estatura, la propia de su siglo. En un orden de ideas del todo distinto, es posible que la filosofía tuviese alguna influencia en el entorno de Diocleciano. Los cristianos dan a entender que las persecuciones que conocieron entonces no surgían de la nada. Ya volveremos sobre el tema.

No obstante, es sin duda el arte funerario lo que da la mejor idea de aquella época de desengaños y de gloria, en la cual el Imperio, quebrantado, estaba en vías de rehacerse. Esos maravillosos sarcófagos ornamentados, estudiados de manera magistral por Robert Turcan, son la auténtica joya del siglo III. Las

escenas, que testimonian una maestría consumada en la escultura, dan fe de la presencia siempre viva en la imaginación romana de los grandes mitos helénicos: la caza del león, los trabajos de Hércules, el amor y la muerte. Desde luego, abundan también las escenas de guerra. Entre la atmósfera de epopeya de la columna Trajana y la expresión seria, aplicada, que se observa en los rostros de la columna Aureliana, sabemos que habitaba ya toda la distancia que separa la conquista de la defensa. En los cenotafios de aquel siglo lo que se adivina es la lucha obstinada, el combate sagrado por la supervivencia. La certidumbre única (vencer) cincela los rasgos de los combatientes cuerpo a cuerpo, pero la victoria no admite duda, ya que está programada en el cielo. Uno de los ejemplos más expresivos es ese combate contra los bárbaros de Oriente que mataron a Decio y tomaron como prisionero a Valeriano y a los que había que exterminar. Se puede contemplar en Roma en el museo de las Termas, en el gran sarcófago de la colección Ludovisi. Un entrelazamiento sabio y racional de hombres y caballos, de cascos y de armaduras, con esos rostros que se dirían todos iluminados desde dentro. Su implacable serenidad es como una celebración de la muerte, un sacrificio eterno. Se les ve sonreír a veces como lo hacen los místicos, en una especie de estado alterado. Ese momento de fatiga y de gloria se inscribe en la eternidad de Roma, de la que nadie duda, de eso podemos estar seguros. Es una imagen insólita, alegre y fúnebre, de guerra santa. Ahí estamos muy lejos de esas enormes escenas importantes de los pintores de nuestros museos, tanto grandes como medianas, y de la grandilocuencia de los cuadros efectistas que nos hablan de Roma, ya sean de David, de Couture o de Tartempion. Ya que en esa instantaneidad de un realismo extraño, medimos de golpe la distancia infinita que separa dos imágenes: los romanos tal

y como se veían y los romanos tal y como los vemos nosotros, a través de los siglos y cada uno según su imaginario.

En esos sarcófagos del siglo III no sólo aparecen escenas de combate. También vemos procesiones consulares o fastos oficiales, ya que ahí todo dura y todo debe durar para la eternidad. Y también (y no es lo menos inquietante) la presencia significativa de la filosofía. Todo esto se extrae de los trabajos de Henri-Irénée Marrou y otros sabios, entre los cuales el libro monumental de Bernard Andreae, *L'Art de l'ancienne Rome*, ha sabido recoger lo mejor y hacerlo accesible al aficionado ilustrado. Un sarcófago de la segunda mitad del siglo que se puede ver en Roma, en el museo de las Termas también, muestra a dos filósofos discutiendo, con una mujer velada entre ambos; otro sarcófago con columnas, visible en el mismo museo, representa dos musas que encuadran a unos filósofos, entre ellos un cínico, que señala su bastón. En la cripta de la catedral de Palermo es posible contemplar desarrollado el mismo tema de una musa acompañando a unos cínicos. Se puede observar también la tumba de un tal Pulio Peregrino, un caballero muerto a los veintinueve años, que se encuentra en el museo de Torlonia. En esta pieza del último cuarto del siglo, la muerte figura en medio de los Siete Sabios de Grecia... a menos que se trate, sin más, de un grupo de cínicos y estoicos y de las Nueve Musas, con las cuales se supone que el difunto puede entretenerse durante tiempo indefinido. ¿Será en el más allá? ¿Será durante el tiempo de su vida muerta? De la misma época es asimismo un sarcófago expuesto en el museo de Nápoles, que representa a un cónsul romano revestido con su traje oficial. Curiosamente, se le ve sostener un diálogo con su propio yo, ya que el parecido no deja lugar a equívoco alguno. Nadie duda, sostiene Andreae, de que se trata de una conversación filosó-

fica, ya que la otra hipóstasis a la que se enfrenta el muerto va vestida a la manera tradicional de los filósofos. Con la mano derecha la imagen señala el rollo de pergamino que lleva en la otra mano. En resumen, el filósofo dicta al magistrado romano lo que debe hacer. En el centro se halla la fuente de la que extrae la fuerza para asumir la responsabilidad con la que se le ha investido... y esa fuente es la divina *philosophia*. En otro sarcófago procedente de Acilia y conservado en el museo de las Termas se ha esculpido una procesión consular, y son los filósofos los que escoltan al recién elegido.

Esas representaciones múltiples testimonian una atmósfera espiritual. Demuestran, en unos tiempos turbios, una presencia de la filosofía más profunda quizá que en los siglos precedentes, en los que reinaba la *pax romana*. El arte, en todo caso, no le otorgaba tanto espacio. Los especialistas han observado que la estatuaria del siglo III manifiesta algo parecido a un impresionismo que no carece de alcance filosófico. Todo sucede como si el artista cada vez hubiese querido atrapar al hombre en un gesto concreto, revelador del momento en que el alma, la luz interior, aflora y surge a la superficie del cuerpo mortal.

Así era, pues, como se pensaba, como se filosofaba en cualquier lugar del Imperio y en Roma misma, detrás de los contrafuertes seguros y siniestros de la muralla de Aureliano. En aquellos tiempos en que la paz civil y exterior no era percibida ya más que como una nostalgia o una esperanza que había que realizar al coste que fuera, en cada individuo se había construido un espacio y un tiempo íntimos (al menos entre los medios elevados) y la reflexión reinaba como ama y señora.

Esas tumbas en las que evolucionan liturgias civiles fastuosas (antaño tan tranquilizadoras) ahora atestiguan otras certezas, más difíciles de adquirir, quizá, pero menos vulnerables, menos

efímeras. Certezas que, al menos, pertenecen en propiedad a cada uno, inaccesibles a los vaivenes de la suerte, a los asesinos, a los bárbaros. La vida pública, que en el pasado se bastaba a sí misma y confería la tranquilidad un poco como un sacramento de la romanidad, esa vida oficial, se ha visto acompañada de una vida interior. Cada una de esas figuras esculpidas parecen iluminadas desde dentro y su mirada se halla absorta en algo que nosotros no vemos. Ese imperio interior sobre el cual no se pone el sol del pensamiento, ese espacio íntimo trazado por la *philosophia* y que en la actualidad sólo las piedras atestiguan en el Occidente romano, esa vida espiritual, en fin, de la que Cincinato o el viejo Catón no sabían nada, es un rasgo desgarrador de un tiempo en que las crisis se sucedían unas a otras. Detrás de las murallas de Aureliano todavía se creía en la eternidad de Roma, pero quizá ya, en aquel momento, bajo su forma ideal.

El Imperio remodelado: Diocleciano y la tetrarquía

Cuando Diocleciano llega al poder, tras la expeditiva venganza del asesinato de Numeriano que ya conocemos y después de verse desembarazado de Carino, en verdad, no partía del caos. Hacía casi veinte años que los emperadores ilirios se empeñaban en volver a tomar las riendas de un Imperio que se disgregaba bajo los embates de los bárbaros y los usurpadores. Las luchas de sus predecesores, que hacen pensar en la maldición de Sísifo en los infiernos, se volvían a reemprender sin cesar apenas acabadas. Ellos consiguieron conjurar el desastre, no sin dificultades, y sus reformas sectoriales iniciaron la reorganiza-

ción que querían imponer. No obstante, estaban condenados a no terminar nada. No habían pensado en el Imperio como hubiese sido necesario, es decir, en conjunto, a falta de genio, quizás, o en todo caso, a falta de tiempo. En efecto, si examinamos la serie de reinados sucesivos desde Claudio el Gótico, uno se da cuenta de que, debido a la fuerza de los acontecimientos, ninguno había pasado de los seis años. La refundición iba a ser obra de Diocleciano. Se puede decir que él rehízo el Imperio de pies a cabeza, a su gusto, ya que tuvo tanto los medios como el tiempo para llevarlo a cabo.

El hombre en sí había salido de la nada. Nació en Salona, no lejos de Split, en la actual Croacia, y era de origen muy modesto, acaso, como se decía procedía de esclavos. Oficial de élite, avezado al mando y las responsabilidades, su posición de jefe de los *protectores* le había permitido formarse una idea global de una situación que había llegado a ser trágica. En la Galia, una revuelta de los bagaudos; en Bretaña, la usurpación de un tal Carausio; en la frontera renano-danubiana, nuevas invasiones bárbaras; en Siria, ataques de los beduinos sarracenos; en Egipto, graves problemas... La verdad es que para solucionarlo el emperador habría tenido que desvivirse. Y en esos términos fue como planteó sus actos. Con anterioridad sus predecesores, bajo la presión de los acontecimientos, ya se hacían ayudar por sus hijos. Diocleciano convertiría ese reparto de la púrpura en una institución, actuación que en su mente respondía a una doble exigencia. Por una parte, era necesario que Roma estuviese presente en los puntos calientes del Imperio, pero por otra parte, convenía también que se pusiera fin al desorden de las usurpaciones en cadena, y para ello había que desanimar a los candidatos mostrándoles que todas las plazas estaban ocupadas. Imaginó, por tanto, un sistema muy ingenioso, que se reveló perfectamente adecuado, al menos durante

el tiempo en que él asumió la dirección efectiva. Éstas fueron sus disposiciones.

Diocleciano empezó por proveerse de un adjunto a tiempo completo en la persona de un oficial panonio llamado Marco Aurelio Maximiano, a quien llamaremos, como todo el mundo, Maximiano. Le nombró sucesivamente César y luego Augusto, con los títulos correspondientes a su dignidad, comprendido el de soberano pontífice. Hasta aquí ninguna novedad, puesto que ya se había procedido así con Balbino y Pupieno, Valeriano y Galieno, Caro y Carino. Lo que sí resultaba nuevo era que a cada uno de los dos Augustos Diocleciano adjuntó un César o viceemperador: Cayo Galerio Maximiano (Galerio) y Marco Flavio Constantio (Constancio, apodado Cloro por su tinte pálido tirando a verdoso). Todos eran ilirios, desde luego. El primero había nacido en Sardica, la actual Sofía, y el otro en las montañas de la Serbia de hoy en día. Segunda innovación, de gran calado: las residencias que adjudicó Diocleciano a los emperadores y subemperadores. Él mismo, primer Augusto, tendría su capital en Nicomedia, a dos pasos del Bósforo, y desde allí gobernaría con especial atención Oriente. Maximiano, segundo Augusto y encargado de Occidente, tendría su sede en Milán. En cuanto a los dos Césares, el primero, Galerio, residiría en Sirmio, en el Danubio, y el segundo, Constancio Cloro, se quedaría en Tréveris. Un simple vistazo al mapa nos indica las intenciones de Diocleciano. En los cuatro puntos calientes del Imperio habría, a partir de entonces, cuatro capitales o subcapitales, cada una provista de concentraciones de tropas dispuestas a intervenir en el sector sin tener que proceder a movimientos como los que, en el pasado, desvestían a un santo para vestir a otro. En las fronteras, las cuatro capitales esperaban. Nos preguntaremos: ¿y Roma? ¿Qué

pintará Roma en todo esto? Roma se convirtió en la idea de Roma, la capital nominal, honoraria de alguna manera, museo y conservatorio de glorias eternas. El presente se retiró de allí, porque donde más pesaba era en otros lugares. En el porvenir, los emperadores acudirían a veces de visita, y otros ni siquiera se molestarían en hacer el viaje.

Sin embargo, eso no era todo, ya que el organigrama imaginado por Diocleciano comportaba una tercera innovación: un dispositivo antiusurpación. Estaba muy bien pensado. Cada veinte años, los dos Augustos debían dejar de manera obligatoria su lugar a sus Césares, que se convertían a partir de entonces en emperadores a tiempo completo y debían designar de inmediato a dos nuevos Césares, llamados a sucederles veinte años más tarde. Y así sucesivamente. Tal es el sistema que la historia conoce como tetrarquía, que, no obstante, siguió siendo ambiguo. No debemos imaginar, en efecto, un Imperio romano partido en cuatro reinos autónomos. No era así como Diocleciano veía las cosas. Él quería seguir siendo, como Augusto, el número uno, el único jefe, disponiendo a su discreción del conjunto de la jurisdicción en el mundo entero. Los lotes que habían correspondido respectivamente al segundo emperador y a los dos subemperadores eran sólo sectores de operaciones, que comportaban un kilometraje preciso de fronteras a defender y una superficie bien delimitada de territorios que se debían administrar, pero siempre en dependencia del primero. Todos debían ejercer, dentro de los límites de su competencia, una autoridad romana de la cual Diocleciano y después de él cada uno de los primeros Augustos que vendrían, seguirían siendo depositarios absolutos.

Durante largo tiempo se ha repetido, siguiendo a los viejos autores, que Diocleciano llegó a la púrpura con un plan

en mente que había madurado desde hacía largo tiempo. De hecho no fue así en absoluto, y los trabajos de William Seston lo han demostrado a la perfección. En efecto, el escalonamiento de esta reforma estructural a lo largo de ocho años, de 285 a 293, demuestra que Diocleciano, que había empezado reinando solo, se dejó influir por la presión de las circunstancias y, por tanto, de una forma por completo empírica, llegó a elaborar aquel dispositivo. Otro detalle que tiene su importancia: Diocleciano sabía hasta qué punto la política y la religión estaban unidas, y qué provecho podía sacar la primera de la segunda. Así, emprendió la consolidación de la institución mediante su sacralización. Se decía que el primer Augusto reinaba en delegación de Júpiter (de ahí el apelativo de *Jovius*), mientras que el segundo debería contentarse con el patronazgo de Hércules (de ahí el calificativo de Herculius), hijo de Júpiter y, así pues, simple semidiós. La distancia jerárquica se apreciaba a simple vista. Como la tradición no conocía los cuartos de dios, los dos Césares sólo eran divinos por emanación. Añadamos a esto una etiqueta cortesana tomada de los potentados orientales hecha a base de prosternaciones y apelativos trascendentes, que concretaba lo sublime creando distancia y estimulando la imaginación. Además, entre los divinos personajes y el *vulgum pecus*, la multiplicación de una serie de intermediarios, cada vez más y más titulados y más importantes, engendraba un efecto de perspectiva. Sin duda, los emperadores eran de otro género, irreductible al humano. Aquello con lo que Calígula o Nerón habían soñado dos siglos y medio antes se había realizado, pero las circunstancias eran bien distintas y los espíritus habían cambiado. Lejos de escandalizarse por esa monarquía de derecho divino, reconforta-

ba verse en manos de aquellas emanaciones del cielo, y con ello volvía la confianza.

La reforma de Diocleciano no se limitaba solamente al personal imperial o a la localización de las capitales. Fue toda la organización territorial la que se vio remodelada. Las antiguas provincias sufrieron unas particiones que las hicieron pasar de cuarenta y ocho a un poco más de cien. Inclusive Egipto e Italia (aparte de Roma) fueron colocadas en el régimen común. Además, esas nuevas unidades territoriales se reagruparon, a semejanza de nuestras provincias, en las prefecturas llamadas «de región», en doce circunscripciones originales, las *dioceses*, término que la Iglesia católica romana ha conservado hasta nuestros días. Esas regiones administrativas estaban dirigidas por un alto funcionario de rango ecuestre que sólo dependía de los emperadores, el *vicario*... se sobreentiende que del prefecto del pretorio, a quien se pasa por encima de forma elegante, pero eficaz. La centralización se realiza, pues, poco a poco, con la ayuda de un formidable aparato administrativo y de vigilancia que se ponía en marcha de forma paralela. En su cumbre, el consejo imperial y las cinco grandes oficinas, que se ramifican según las cuatro residencias. No descansan ni un momento. En los códices que han pervivido hasta nosotros figuran más de 1.300 órdenes gubernativas que datan de la tetrarquía.

Ante la extensión de las necesidades de defensa, se reforzaron también los efectivos del ejército. Se pasó de treinta y nueve legiones a una sesentena, aunque aligeradas, de unos 450.000 hombres. Como el voluntariado y el alistamiento automático de los hijos de los soldados, sin contar con los auxiliares bárbaros, no bastaban, hubo que recurrir al suministro obli-

gatorio de reclutas por parte de los propietarios de tierras: el reclutamiento fiscal, de alguna manera, se añadía a las contribuciones exigidas por otros conceptos.

Adivinamos que todas estas reformas, ninguna de ellas inútil, pero daba igual, costaban muy caras y, por tanto, habría que aumentar la presión fiscal de forma proporcional. Al parecer, Diocleciano dio el giro más estricto del que tienen memoria los autores... Lo realizó justo a partir de una reforma que afectaba a la base imponible de los impuestos, si bien los especialistas dudan aún hoy en día de la naturaleza exacta de las remodelaciones. Por ello, aquí nos limitaremos a decir que combinaba la contribución personal por cabeza (impuesta al término de un censo general minucioso) y el impuesto territorial. Para distracción del lector citaré un texto fiscal de la época, recogido por A. H. M. Jones: «Nuestros benditos emperadores, los Augustos Diocleciano y Maximiano, y Constancio y Galerio, nobles Césares, habiendo constatado que los impuestos públicos se perciben de tal suerte que la carga es ligera para algunos y para otros aplastante, han decidido poner término a esa práctica perniciosa en extremo, en interés de sus propios provincianos, e instituir una regla saludable...». Y sigue la indicación del valor atribuido a cada campo sembrado y la contribución que debía pagar cada uno según su edad. Se precisa con amabilidad que «los provincianos, constatando los beneficios que les suponen estas medidas, están invitados a realizar sus pagos sin demora, según las directrices divinas (*sic*), sin esperar a que se les obligue a ello. Todos deben cumplir sus obligaciones con el máximo celo. Quien no obre así, a pesar de los grandes beneficios, será castigado. Firmado: Aristio Optato, prefecto de Egipto». Nada nuevo bajo el sol, salvo que el estilo de los recaudadores es más apagado.

Otro aspecto de las reformas de Diocleciano era la lucha contra una inflación muy pesada. Contenida durante un tiempo por Aureliano, había vuelto con más vigor aún con Probo. La depreciación de la moneda de plata, que contenía cada vez más cobre, y la desaparición del oro, del cual una gran parte había sido atesorado por particulares (hasta el punto de que se volvía en todas partes a una economía de trueque), llevó al emperador a la acuñación de nuevas piezas, sanas, de oro y de plata, con vistas a devolver el vigor a la economía monetaria en las grandes transacciones. Después de su revaluación, las menudas monedas de bronce y de cobre «bañado» de plata continuaron sirviendo mal que bien para las pequeñas compras corrientes. Al contrario de lo que el emperador esperaba de esa valiente y honrada reforma, no se tardó en comprobar que los precios subían de una forma tan inquietante, que Diocleciano tuvo que recurrir a una tasación autoritaria, conocida con el nombre de *edicto del máximo*. Ese texto, publicado en el año 301, fijaba sobre toda la extensión del Imperio un precio-techo para los comestibles y los servicios. Un largo preámbulo, apoyado de manera explícita en la autoridad divina, fustigaba el menosprecio del interés general en las prácticas comerciales, del que se alardeaba demasiado a menudo, y la deshonestidad insaciable de los negociantes y los prestadores de servicios. Se fijaba, pues, un precio «máximo», que convenía respetar. El texto precisaba en su conclusión: «Como siempre es el temor el que constituye la guía mejor para enseñar el deber, nos complace que el que contravenga las disposiciones del presente decreto sea condenado por su audacia a la pena capital... La misma sanción caerá también a quien quiera que, empujado por el deseo de comprar, se aproveche de la codicia del vendedor para conspirar con él contra la ley. Será igualmente sujeto de la mis-

ma pena quien, teniendo almacenados alimentos y objetos de primera necesidad, juzgue adecuado, después de nuestro decreto, retirarlos del mercado, ya que el castigo debe ser incluso más riguroso para el que cree la penuria que para el que la mantenga, burlando la ley». Todo estaba muy claro y brindaba motivos para la reflexión. La lista que sigue es de una precisión temible, al tiempo que los servicios administrativos no temen en ningún momento descender a los detalles. El historiador de hoy en día encuentra ahí un verdadero yacimiento de datos sobre el valor comparativo de los alimentos y los servicios de la época. Cada detalle está ahí: el precio de los distintos cereales, de los vinos de diferentes procedencias y calidades, de la carne de buey, cerdo y otros, y de las aves. El pavo real, un volátil de prestigio, vale diez veces más que un pollo (300 denarios contra 30); el precio del pescado difiere según la mercancía sea de primera calidad o (temblamos) de segunda categoría. El limón (24 denarios la pieza) vale él solo como diez docenas de ostras. Si pasamos a la retribución de los servicios, nos enteramos de que un pastor (el más bajo de la escala), alimentado, se paga por día a más de 20 denarios, el obrero agrícola, a 25 (un poco más caro que un limón), pero el albañil, en las mismas condiciones, cobra 50 denarios, o sea, tres veces menos que un artista pintor (150 denarios). El escriba calígrafo se retribuye a 25 denarios las cien líneas, pero el retor (enseñanza superior) percibe 250. Se indica de igual manera el precio de los transportes, en función de la distancia y del volumen de las mercancías. A veces, ciertas precisiones se nos escapan: el león de África (para los juegos) vale 150.000 denarios si es de primera calidad, y 125.000 solamente si es de segunda. Aunque es difícil de capturar asimismo, la leona es, sin embargo, más asequible: se puede conseguir una a partir de 100.000 denarios en gama baja, etc. Indi-

co en la bibliografía los textos a los cuales puede recurrir el lector interesado.

La pregunta que nos hacemos es, como es lógico, el resultado obtenido por los «muy benditos emperadores». Por lo que sabemos, el edicto no se aplicó durante demasiado tiempo. Lactancio pretende que, de hecho, condujo a la desaparición de los denarios y al mercado negro, eso a pesar de los riesgos que se corrían, pero Lactancio era cristiano y, por tanto, muy hostil a Diocleciano, ahora veremos por qué.

En efecto, éste es otro aspecto de esta política general de toma de las riendas emprendida por la tetrarquía. Diocleciano se mostraba en particular conservador en materia de religión. Muy «romano viejo», como sólo sabían serlo los ilirios, entendía que las creencias tradicionales, ligadas en su espíritu a la fortuna de Roma, debían respetarse de forma escrupulosa. Hostil a toda novedad en este terreno, había adoptado en 297 unas disposiciones draconianas con respecto a los maniqueos, es decir, los discípulos del mago persa Mani. «La vieja religión», precisa el edicto, «no debe ser corregida por una nueva». Entendemos el porqué. Haciendo profesión de su desprecio del mundo material, esos sectarios conducían a sus aceptos a tomar distancia con relación a los grupos sociales de base que constituían las ciudades en el mundo antiguo. Desestabilizar la ciudad era atentar contra la trama económica, social y política de la sociedad romana, que tan duramente se estaban esforzando por restaurar. Además, en unos tiempos en que tenían que entendérselas con los persas sasánidas, cuyas maquinaciones tendían a subvertir el Imperio en todas partes (en Egipto, en Armenia, en Siria, en África incluso), el maniqueísmo estaba asimilado de modo fatal

a la propaganda adversa. Hubo mártires entre las comunidades maniqueas.

No nos debe asombrar, pues, que los progresos fulminantes del cristianismo, otra religión oriental y, por tanto, sospechosa, preocupasen a Diocleciano. No es que él mismo se encarnizase de manera particular contra los cristianos, como reconoce el obispo Eusebio de Cesarea. También hay que reconocer que aprovechando un largo período de paz religiosa, los cristianos se habían multiplicado y se habían instalado con amplitud en todos los sectores de la sociedad romana. Ya no existía discriminación entre cristianos y no cristianos en la distribución de los altos empleos. Determinados cristianos incluso, según precisa Eusebio, vivían «en los palacios imperiales», donde, según cuenta, no siempre daban buen ejemplo, atrayendo así el castigo de Dios. Se inició de este modo una reacción, casi con seguridad a iniciativa del César Galerio, quien hizo ver ante los Augustos el peligro de subversión que representaba esta religión con vocación universalista, tan imbuida de sí misma que pretendía excluir a todas las demás. Es posible que los emperadores se vieran empujados a la represión por un pequeño grupo de filósofos, muy encarnizados en contra de esa secta de dogmas incompatibles con el pensamiento relacional que desde siempre enseñaba la *philosophia*. Ya he hablado antes de la hostilidad visceral de Porfirio con respecto al cristianismo, que entendía como una superstición fabricada con diversas piezas por impostores y charlatanes. A sus ojos, esa religión no sólo era una aberración intelectual fácil de desenmascarar, sino también un fermento de disgregación social y, quizá, hasta de subversión política. Ahora bien, ¿fue Porfirio uno de los instigadores directos de la represión anticristiana? Es dudoso. Lo que sí es bien seguro es que tuvo emuladores. Un alto funcionario

llamado Sosiano Hierocles, gobernador de Bitinia y después del Bajo Egipto, escritor en sus ratos libres, gestó en los años 307-310, es decir, en plena persecución, un panfleto bastante grotesco que resultó una verdadera provocación. Jesús se asimilaba en él a los numerosos agitadores que desde tiempo inmemorial turbaban la paz civil de Palestina. Era un malhechor que se había puesto a la cabeza de un ejército de novecientos maleantes y otras cosas por el estilo. Aun así, lo más molesto radicaba en que Hierocles era uno de los consejeros más escuchados de Diocleciano. No era el único de su entorno que se las daba de príncipe del espíritu y animaba al emperador a tomar medidas radicales. Maximiano, el segundo Augusto, no demandaba otra cosa. Sólo el César Constancio Cloro era, al parecer, más reservado... aunque quizá se le ha visto así con efectos retroactivos, porque fue el padre nada menos que del futuro Constantino. El caso es que en 303 aparecieron los edictos imperiales que prohibían de manera formal el cristianismo. Se dio orden de destruir las iglesias, de quemar los libros sagrados y de degradar a los funcionarios cristianos. Después, los fieles debían hacer sacrificios a los dioses o si no aceptar ser condenados a las minas o morir, a menudo de forma abominable. Esa página de la historia no glorifica precisamente a la tetrarquía.

Por su carácter sistemático y general y por su dilatación en el tiempo (dos años en Occidente y diez ininterrumpidos en Oriente), la persecución en esta ocasión causó numerosas víctimas. ¿Cuántas? Es difícil saberlo. Si los historiadores cristianos, por motivos de propaganda, hincharon de manera artificial el número de mártires, algunos estudiosos modernos, no queriendo contabilizar más que a los muertos recapitulados en los documentos administrativos, los han reducido de for-

ma desconsiderada. Esto último es así por dos motivos: se perdieron muchas pruebas y, además, el carácter expeditivo de los procesos incoados contra los cristianos más modestos socialmente (por ejemplo, los esclavos) dispensaba a la autoridad de todo registro. Parece razonable, siguiendo a los mejores especialistas, estimar en cinco mil el número de víctimas. La «gran persecución», que sobrepasó a todas las anteriores, sería también la última. Detalle iconográfico: bajo Diocleciano precisamente murió el oficial del ejército Sebastián, a quien se ve acribillado de flechas en todos los museos del mundo.

A pesar de estas atrocidades difíciles de olvidar, hay que reconocer, sin embargo, que la colosal reorganización del Imperio dejó un balance positivo. La colaboración de los cuatro soberanos, simbolizada por el famoso grupo de la plaza de San Marcos de Venecia que los muestra en un estrecho abrazo y en actitud alerta, aseguró con brillantez en unos pocos años la defensa del Imperio y su seguridad interna. Basta con comprobarlo. Maximiano redujo a los saqueadores bagaudos y saneó de forma duradera la frontera renana, el mar del Norte y la Mancha. La usurpación de un tal Carausio, que quiso trabajar por su cuenta en Bretaña y en las costas noroccidentales de la Galia, fue sofocada en el curso de unos combates que llevó a cabo Constancio Cloro, pacificador de las legiones agitadas. Maximiano defendió África contra las incursiones de los pueblos insumisos, moros y bereberes, y cerró a los francos el estrecho de Gibraltar. Si la frontera danubiana requirió menos esfuerzos, Diocleciano y Galerio tuvieron, sin embargo, que batallar contra sármatas, yazigos y otros pueblos episódicamente en guerra desde los tiempos lejanos de Marco Aurelio. Sobre este fren-

te reinó de nuevo la paz durante diez años. En Oriente la situación era muy complicada debido a las relaciones que mantenían de forma voluntaria poblaciones con el enemigo persa, y fue necesario reprimir varios levantamientos. Después, a iniciativa del nuevo rey de reyes, Narsés, el imperio sasánida pasó con brutalidad al ataque en el año 297. Los romanos conocieron las peores inquietudes y Galerio tuvo que replegarse de forma catastrófica hacia Antioquía. Se llegó a creer que habían vuelto los tiempos siniestros de Valeriano. No obstante, una campaña mejor preparada condujo, algunos meses más tarde, a un verdadero triunfo para Galerio, que había ido a reunirse con Diocleciano. Narsés fue obligado a pactar y se anexionaron vastos territorios en Mesopotamia más allá del Tigris. Con mucha astucia, la dirección se encomendó a sátrapas armenios sometidos a Roma. Del mismo modo, Armenia, punto en litigio en las relaciones con Persia como hemos constatado tan a menudo, era de nuevo reconocida como protectorado romano. En resumen, la región estaba segura.

Nos planteamos una última cuestión a propósito de los veinte años de reinado de los cuatro emperadores: ¿cómo fue apreciada la tetrarquía por los contemporáneos? En primer lugar, podemos interrogar a un cristiano, el obispo historiador Eusebio de Cesarea, autor de una importante *Historia eclesiástica*: «En lo que concierne a la administración de los romanos», escribe, «antes de la guerra emprendida contra nosotros, durante todo el tiempo que las disposiciones de los príncipes fueron amistosas y pacíficas con respecto a nosotros, ¿qué fecundidad, qué abundancia de riquezas no habremos constatado? ¿Qué discurso bastaría para relatarlo? Cuando los amos supremos del universo cumplieron el año décimo o vigésimo de su reinado, lo acabaron con esos goces, con panegíricos y banquetes brillan-

tes y festines alegres, en el seno de una paz entera y bien establecida. Su potencia, sin encontrar obstáculo alguno, aumentaba y se hacía cada vez mayor... cuando de repente rompieron la paz con nosotros y provocaron una guerra sin tregua...». Y entonces todo se estropeó. Vemos muy bien adónde quiere ir a parar el obispo, pero le es preciso dar al menos un *satisfecit* muy interesante, desde nuestro punto de vista. Más sospechoso de propaganda, pero tampoco despreciable en razón de su ambiente, es el discurso del panegirista Mamertino, un retor galo que pronunció en el año 291 el elogio de Maximiano en Tréveris y que relata el encuentro de los dos señores Augustos en Milán, adonde había ido Diocleciano: «¡Qué momentos, oh dioses! ¡Qué espectáculo ofreció vuestra piedad cuando, en el palacio de Milán, aparecisteis ambos ante aquellos que habían sido admitidos a adorar vuestros sagrados rostros, y cuando la aparición súbita de vuestra doble divinidad desconcertó los homenajes que no se dirigían, ordinariamente, más que a uno solo...! [*Observemos el estilo*]. Pero cuando, una vez pasado el umbral de la residencia, avanzasteis los dos en el mismo carro hacia el centro de la ciudad, las propias casas de la ciudad, según se dice, estuvieron casi a punto de moverse, mientras que todo el mundo, hombres, mujeres, niños, viejos, se arrojaba a las calles por las puertas, se inclinaban hacia vosotros en las ventanas de los pisos superiores. Todos gritaban de alegría, ya sin temor alguno de vosotros, y sin esconderse, os señalaban con la mano: "¿Ves a Diocleciano? ¿Ves a Maximiano? Ahí están los dos; van juntos. ¡Qué cerca se sientan el uno del otro! ¡Qué cordialidad en su conversación! ¡Qué rápido pasan!" A nadie le bastaban sus ojos para contemplaros; mientras se os admiraba ávidamente una y otra vez, no os podían contemplar lo suficiente. La propia soberana de las naciones, Roma, transporta-

da por un exceso de júbilo ante la idea de saberos tan cercanos, intentaba entreveros en lo alto de sus colinas, a fin de poder saciar su vista de mucho más cerca en vuestros rostros...». Bello fragmento, sí señor. Observemos al menos que Roma, soberana de las naciones, etc., se vería decepcionada en sus esperanzas, ya que Diocleciano no puso jamás los pies allí en tiempos de su reinado y ni siquiera se molestó en visitarla. El buen autor continuaba explayándose sobre las manos enlazadas de los dos Augustos, sus serias y agradables conversaciones, etc., y sobre la pena que debían de sentir al llegar cada uno a su residencia. Un tercer texto cuenta en el mismo tono el paso de Maximiano por Roma en 298. «En tu primera visita, el pueblo romano te ha acogido con una alegría y una afluencia tales que, deseando llevarte, aunque sólo fuera con la mirada, sobre las rodillas de Júpiter Capitolino, te permitió apenas por su amontonamiento llegar hasta las puertas de la Ciudad. Otra vez, en el vigésimo año de tu reinado, Roma misma quiso retenerte tanto entre sus brazos que presentía ya y temía lo que ocurrió [se sobreentiende: su dimisión].» Como culto a la personalidad es difícil que se pueda hacer mejor, y la fraseología oficial desborda a manos llenas. Sin embargo, y por artificial que sea este género, el panegirista debía al menos bordar sus frases sobre un fondo de verdad, so pena de desencadenar la hilaridad en el auditorio. Además, la propaganda imperial había sembrado desde hacía mucho tiempo en las mentes la idea de que la eternidad del Imperio era una virtud personal del emperador. Prevalecía el sentimiento, en cualquier caso, de que las cosas iban mejor desde que reinaban los tres santos Augustos. Una inscripción encontrada en Recia atestigua que Diocleciano es «el fundador de la paz eterna» y otra muy lejos de allí, en Tebaida, proclama que Diocleciano y Maximiano son «los restauradores del

mundo entero». La fórmula vale lo que vale; no dudamos, sin embargo, que corresponde a una realidad percibida con fervor por unas poblaciones puestas a prueba por tantas guerras y sufrimientos. Ese reinado terrible fue uno de los más grandes de Roma

Los últimos días de la Roma pagana

Todas las cosas, hasta las más bellas, tienen su fin. Una vez llegado el tiempo que se había fijado, Diocleciano abdicó, como se preveía, el 1 de mayo de 305, arrastrando en su dimisión a su colega Maximiano que, por su parte, se habría quedado mucho tiempo más. Galerio y Constancio Cloro se convirtieron entonces en Augustos, encargados respectivamente de Oriente y Occidente. No quedaba más que proclamar los dos nuevos Césares llamados a secundarles. Bella escena rodeada de solemnidad militar, que Lactancio, presente en Nicomedia, contó en detalle, ya que reservaba a algunos una gran decepción.

Para juzgar el hecho hay que volver un poco atrás. Cuando puso a punto su sistema tetrárquico, Diocleciano se preocupó de reforzar la unión de los cuatro soberanos mediante un lazo de familia. Había conseguido que Galerio se convirtiese en su yerno, mientras que Constancio Cloro lo sería de Maximiano. No obstante, es cierto que lo mejor es lo enemigo de lo bueno, y esa combinación se revelaría a la larga como una chapuza con consecuencias desastrosas. En efecto, cuando Diocleciano reclutó a Constancio Cloro como César, lo encontró viviendo con una tal Helena, servidora en una posada en Bitinia, y de la que tenía un hijo que respondía al nombre de Constantino. Constancio Cloro había tenido que poner fin

entonces a su relación con Helena para casarse con Teodora, princesa siria, que era la ahijada de Maximiano. Con ella tendría seis hijos. Nos imaginamos sin dificultad alguna el estado de ánimo de la mencionada Helena y del joven Constantino... Ahora bien, por otra parte, Maximiano tenía asimismo un hijo llamado Majencio, a quien no dejaba de prometerle todo tipo de cosas. No hay que ser un experto para adivinar que los dos jóvenes, Constantino y Majencio, tan ambiciosos el uno como el otro, se veían ya Césares en la segunda tetrarquía... Los soldados eran muy favorables a Constantino, a quien todo el mundo daba como favorito en aquella carrera por la púrpura. Sólo que no era así exactamente como Diocleciano, aconsejado por Galerio, había combinado los relevos. Volvamos al día solemne de la abdicación.

La escena tenía lugar en una montaña, según cuenta Lactancio, no lejos de Nicomedia. Se había elevado allí una columna con la estatua de Júpiter. Los dos Augustos dimisionarios se habían revestido de púrpura y los soldados esperaban, con ojos sólo para el joven Constantino. «El anciano [Diocleciano], entre lágrimas, tomó la palabra el primero. Dijo a los soldados que, ya sin fuerzas, aspiraba al reposo después de tantas fatigas y que transmitía el Imperio a príncipes más sólidos, eligiendo a nuevos Césares. Todos esperaban impacientes a ver a quién nombraba. Y entonces, de improviso, lanzó el nombre de los Césares: Severo y Maximino Daya. Todos quedaron estupefactos... De pronto, ante todo el mundo, Maximiano rechazó a Constantino y, con un gesto del brazo, hizo aparecer ante él a Maximino Daya, quien se encontraba detrás, y le hizo pasar delante, después de haberle quitado su hábito de hombre privado. Diocleciano se despojó de su púrpura y la arrojó sobre los hombros de Maximino Daya. Así fue como éste se con-

virtió en Diocles. A continuación bajó de la tribuna y el soberano dimisionario, atravesando la ciudad en un carro de tipo galo [es decir, un coche normal y corriente], fue trasladado hacia la lejanía y, como un veterano, devuelto a su hogar.»

Sí, una escena en verdad majestuosa, ya que fue el último de los emperadores romanos el que se alejó. Diocleciano, convertido en simple ciudadano, volvió a reencontrarse felizmente con las orillas adriáticas de su pobre juventud. Se encerró para siempre en el palacio que se había hecho construir, en cuyo recinto se inscribe hoy en día el centro de la ciudad de Split, en Croacia. ¿Se daba cuenta de que dejaba en el corazón mismo del Imperio un nido de víboras que no tardaría en cobrar vida? No obstante, digamos antes algunas palabras acerca de esos dos nuevos Césares. Severo era un oficial ilirio amigo de Galerio, y Maximino Daya, un sobrino suyo, y ambos fueron adoptados de inmediato siguiendo todas las reglas. En toda ley, no había nada que objetar: la segunda tetrarquía había quedado instituida. Sin embargo, aquellos nombramientos dolieron mucho en el corazón de Constantino y Majencio. Constantino, a quien Galerio había enviado con prudencia a supervisar la frontera danubiana, se apresuró a reunirse con su padre Constancio Cloro, quien guerreaba con éxito en Inglaterra. La idea no era mala, ya que el pobre Constancio, que jamás tuvo buena salud, murió de enfermedad en York en el año 306. Para Constantino aquél fue el momento de hacerse proclamar Augusto por las tropas de su padre... decisión que, si nos atenemos a las disposiciones de la tetrarquía, era una usurpación pura y simple. Por su lado, el joven Majencio tampoco perdía los ánimos. Encontrándose en Roma, había llamado al poder a su padre, el viejo Maxi-

miano, quien no deseaba otra cosa que reemprender el servicio. El asunto comenzaba a recordar de forma muy molesta a la anarquía militar del siglo precedente, justo aquello que Diocleciano había conseguido conjurar durante veinte años. Galerio, ahora ya primer Augusto, observando el giro que tomaban los acontecimientos, intentó recuperar el control. Para reemplazar al difunto Constancio Cloro elevó a Severo al rango de segundo Augusto y como medida de gracia, nombró César a Constantino, grado que el otro juzgaba, desde luego, insuficiente. Además, viendo Severo el peligro que existía, marchó sobre Roma para desalojar a Majencio y Maximiano, pero fue traicionado por sus propios soldados, que se pasaron a los usurpadores, fracasó y acabó asesinado. El viejo Maximiano y su hijo Majencio, tras calcular la relación de las fuerzas, decidieron parlamentar con Constantino y llegaron incluso a reconocerle su título de Augusto. Esa decisión no podía más que desagradar a Galerio, a quien ni siquiera habían consultado, y éste respondió nombrando emperador a otro ilirio llamado Licinio. Por su parte, Maximino Daya, que no deseaba quedarse rezagado, se hizo nombrar también Augusto. Eran ya demasiados emperadores, sin hablar de un tal Domicio Alexander que también había decidido probar suerte en África. La situación volvía a ser una verdadera locura. Sobrepasado por el desastre, Galerio quiso llamar a Diocleciano, el único capaz de volver a tomar las riendas. Sin embargo, no hubo nada que hacer: el anciano, que dejaba pasar de manera apacible los días de su retiro dedicado a la jardinería, no quiso saber nada y decidió que arreglasen todo aquel lío sin él. Se extinguió en 313. Sólo la guerra podía desempatar a los *ex aequo*.

La increíble sucesión de luchas que seguirían hace pensar en un juego de ajedrez o de damas. En un primer tiempo, el

viejo Maximiano, expulsado de Roma por su hijo Majencio, a quien comenzaba a molestar, se refugió junto a Constantino, pero poco después, de repente se enfadó con él y desapareció de la circulación en 310, sin que sepamos si fue liquidado o si puso fin a sus días por sí mismo. Desde luego, Constantino sí que lo sabía... Y va uno. Después le tocó el turno a Galerio, que murió en el año 311 a consecuencia de una larga enfermedad justo cuando acababa de promulgar un edicto de tolerancia a favor de los cristianos, a quienes Maximino Daya continuaba persiguiendo por su parte, realizando incluso unas actuaciones que prefiguraban a Oradour. Y van dos. Majencio y Constantino tenían las manos libres para pelearse a muerte, expectativa que no dejaron de cumplir. Contra todo pronóstico, fue Constantino quien ganó en Roma en 312 en la famosa batalla del puente Milvio, donde los cristianos creyeron ver la mano de Dios. Majencio se arrojó al Tíber y se ahogó. Y van tres. No quedaban en juego más que Constantino, Licinio y Maximino Daya. No tardó en ocurrírseles la idea de pelearse entre ellos. Vencido junto a Andrinopla, Daya huyó y desapareció de forma misteriosa en 313, con probabilidad envenenado, aunque a decir verdad no representó una gran pérdida. Y van cuatro.

En 313 ya no quedaban, pues, más que Constantino y Licinio, uno frente a otro. Como el segundo se había convertido entre tanto en hermano adoptivo del primero, se habría podido pensar que esos señores estaban en condiciones de compartir con sensatez las zonas de influencia, Oriente y Occidente, y vivir en buena inteligencia. Sin embargo, en 316 se produjo una corta lucha entre ambos por culpa de Licinio, quien fue vencido y se quedó tranquilo, al menos de momento. Siguió una paz relativa. Sin embargo, la naturaleza volvió por sus fue-

ros y después de diez años de una calma que debió de parecer estupenda a los pueblos del Imperio, ambos soñaban sólo con eliminarse el uno al otro. Acabaron por enfrentarse en 324. Fue Licinio quien de nuevo perdió. Aunque quedó a salvo en un primer momento, al poco se vio implicado en una conspiración, con razón o sin ella, y pereció asesinado por orden de Constantino. Y van cinco. Constantino había ganado. Quedó como único amo de lo que era otro Imperio, ya que la vieja Roma de Rómulo, de Catón, de Mario o de Sila, de Cicerón o de César, la Roma de Augusto y de los Césares, esa Roma ya no existía, porque había perdido a sus dioses. Sin ruido, acababa de aparecer otra Roma bajo otras enseñas, que adoraba ya a otro dios. Y la Roma eterna entró así en otros tiempos.

De un mundo interior a otro

¿Qué decir de las letras y las artes mientras se imponía por debajo del antiguo, y desde su interior, otro mundo? Nada más lento que la progresiva desaparición de una civilización milenaria. Las estructuras educativas son siempre las últimas en desaparecer, porque a las sociedades les repugna dejarse acosar de manera demasiado visible. En el Imperio, mientras se acababa el reino de los antiguos dioses y de los antiguos señores, estas instituciones no se movieron y durarían mucho tiempo aún, para la satisfacción de los consumidores de cultura. En aquella sociedad petrificada, el curso de los estudios, inalterado desde hacía siglos, se mantuvo igual a sí mismo. Los jóvenes de las buenas familias y los futuros cargos del Imperio se aprovisionaron siempre de elocuencia práctica en los grandes centros de distribución cultural: Roma, desde luego; Milán, cuya impor-

tancia crecería con el tiempo; las Galias. En Autun volvieron a abrirse las escuelas con la tetrarquía. En Oriente se trata de Alejandría, donde el museo atrae siempre a todo el mundo; Antioquía; Beirut, para el derecho y los estudios administrativos; Atenas, que se había repuesto ya de sus emociones y continuaba viviendo de su reputación incomparable, a la sazón ya un poco sobrestimada. Las letras griegas no perdían todavía su favor, al menos en los medios de la alta cultura, pero en Occidente se las veía declinar ya. En conjunto, como dice Henri-Irénée Marrou, se conservan «las costumbres de siempre». Jerónimo, Prudencio y los demás no tardaron en «llorar bajo la férula sonora», es decir, bajo las palizas de los maestros de escuela, como en los tiempos de Horacio, cuando castigaba el *plagosus Orbilius,* Orbilio «el Tortazo». Pulido, conociendo la gramática de memoria, el buen alumno se atiborrará, del mismo modo que sus camaradas, de Cicerón, Varro y Virgilio, igual que en los viejos tiempos. A continuación, los queridos maestros le transmitirán también lo que todo hombre cultivado debe saber y de lo cual ellos mismos viven: los famosos catálogos de los que hablamos antes, las doxografías, las selecciones de fragmentos escogidos. Ahí se encuentra todo lo que hace falta. El abogado, el funcionario, pronto el obispo incluso, frecuentan los mismos almacenes, cosa que explica el aire familiar de tantos textos de inspiración tan distinta. En filosofía, el gran Porfirio domina todavía la *intelligentsia,* pero no durará mucho, puesto que la nueva religión, que tanto y con tanta astucia combatió, pronto le expulsará de las aulas y de los salones. Con sus grandes libros, los cristianos harían bonitas hogueras. De momento, el amante del pensamiento todavía podía extraer provecho de ellos. También podía complacerse con los viejos sistemas ya probados: platonismo, aristotelismo, estoicismo, epicureísmo

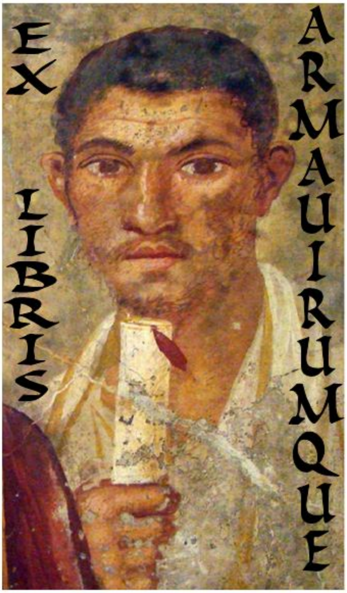
incluso. Todos disponían de una agenda de direcciones, los sitios donde cada cual podía avituallarse de conceptos y de dialéctica. Eusebio de Cesarea, un hombre culto, evocaba como de pasada la vida filosófica de su tiempo (por tanto, existía) y constatamos que cada hombre podía encontrar con facilidad un concesionario para todas las marcas de pensamiento. Sin duda, resultaba excepcional dar con algo de primera mano, pero todo podía servir aún, como veremos pronto. Los teólogos, a pesar de la novedad de lo que tienen que contar, se proveen también allí.

Aun así, el hecho notable es que los adeptos al cristianismo ya han empezado a tomar el relevo. Lactancio, un africano nacido bajo Galieno, nombrado retor con Diocleciano, se convirtió a la nueva religión, acción meritoria, ya que tuvo que abandonar su cátedra a raíz de la gran persecución y se encontró en la calle. Constantino le sacó de la miseria y le convirtió en preceptor de su hijo mayor, Crispo César. De lo que escribió el Lactancio pagano no queda casi nada. Por el contrario, se conocen sus dos obras cripto-cristianas. *Sobre la obra de Dios* (es decir, el ser humano) y las *Instituciones divinas*, en las que defiende el cristianismo contra los filósofos, pero sobre todo ese libro de tesis que es *La muerte de los persecutores*, publicado después de la muerte de Diocleciano. No se es nunca demasiado prudente... Sostiene en esa obra la visión tradicional de que las malas personas están abocadas a una muerte abominable; es decir, los «malos» emperadores, los persecutores, han conocido todos un fin particularmente espantoso. Galerio se ve tratado con especial mimo. El género es de lo más falso, ya que Lactancio no comenta nada acerca de las medidas anticristianas adoptadas por emperadores demasiado estimados por el público como para que se los pueda atacar: Trajano, Marco Aurelio, Séptimo Severo. También se guarda mucho de reconocer

todo rasgo positivo a Decio o a Diocleciano, quienes, sin embargo, fueron restauradores del Imperio. La apologética obliga. ¡Pero Lactancio escribía tan bien! «Hacía de Cicerón», y con ese título se convirtió en preferido de los autores del Renacimiento. Desde luego, como la época le ayudaba, Lactancio veía en Constantino, reinante en toda su gloria, al emperador ideal, que reconciliaba el pasado más venerable y el mensaje religioso más nuevo. A pesar de ello, cosa impensable hasta el momento, osó decir que Roma no era eterna. ¿Cómo iba a serlo, ya que sólo Dios lo es? De ese modo, un día iría a parar al museo de las civilizaciones, a unirse a los grandes imperios desaparecidos de Oriente y de Grecia. Amargo descubrimiento que sólo su fe hacía soportable a aquel romano paradójico y, sin embargo, auténtico.

En la escultura del tiempo, la abundancia trágica de los cuerpos que se enredaban en los costados de los sarcófagos adornados del siglo III ha dejado su lugar a un arte de la calma, del orden, del rigor incluso, algo que corresponde, rasgo por rasgo, a la gran restauración iliria. Lejos de buscar el detalle revelador de una personalidad, el arte bajo la tetrarquía se aplica a desindividualizar los rostros. El grupo de los tetrarcas de la plaza de San Marcos de Venecia no nos dice nada de cada uno de los emperadores, ni su carácter, ni sus sentimientos y mucho menos aún su intimidad. Sólo importa al artista la evocación de una certidumbre tan dura como la piedra en la que toma forma: la unidad de los cuatro soberanos enlazados, figurando en todas las partes del Imperio, y la vigilancia implacable de la que nadie escapa. Surja de donde surja, de fuera o de dentro, el enemigo no encontrará falla alguna, ninguna debilidad. En los bajorrelieves, las escenas tomadas de la tradición más antigua, las procesiones sacrificiales y cortejos, se aplanan de alguna mane-

ra, se simplifican, se depuran hasta no ser más que la manifestación absoluta de una idea. Es la Roma de siempre la que se afirma una última vez como eterna, tal como la había restaurado Diocleciano durante veinte años, y en la cual el cristiano Lactancio ya no cree. Esas figuras lineales, privadas de un modo deliberado de todo volumen y de toda vida concreta, hacen pensar, con extrañeza, en el arte abstracto. No obstante, como ha observado con profundidad Bernard Andreae, «el último paso hacia el arte abstracto, que sólo la visión técnica podía hacerles franquear, seguía prohibido a los artistas de aquel tiempo; llegaron hasta la linde más lejana de un campo nuevo que no les estaba permitido descubrir». Allí se acababa todo un mundo y otras figuras surgirían muy pronto.



Capítulo 14

Otra Roma: la dinastía constantiniana

Constantino el Apóstata

Debía de haber mucha afluencia en las calles de la vieja capital aquel final de octubre del año 312 para ver el desfile de un cortejo triunfal que nadie, a decir verdad, esperaba tan pronto. Desde hacía seis años, Roma vivía más bien tranquila bajo aquel Majencio hijo de Maximiano Augusto que se hacía llamar emperador. Si lo era legalmente o no, el pueblo no apreciaba la diferencia. Había embellecido mucho la ciudad, a expensas de los senadores y de las familias más ricas, a los que agobiaba a impuestos. Además, dejaba tranquilos a los cristianos, numerosos en Roma. De no ser por una grave penuria, que se debía a los recortes de las mercancías procedentes de Hispania y de África, y que había provocado motines sangrientos, no se habrían encontrado ni mejor ni peor que con cualquier otro príncipe. Sin embargo, se esperaba una guerra inminente, ya que se decía que las tropas de Constantino, el hijo de Constancio Cloro, marchaban sobre la capital. La lucha sería larga con seguridad, puesto que Majencio, atrincherado de la forma más sólida detrás de las murallas de Aureliano en una Roma bien defendida, no temía gran cosa, ya que gobernaba desde hacía mucho tiempo. Además, un oráculo le había aconsejado en ese sentido, advir-

tiéndole de que los dioses no respondían de nada si salía de la ciudad. Sin embargo, ¿qué mosca le debió de picar a Majencio? ¿Interpretó al revés el oráculo? Porque el caso es que el 28 de octubre de 312 cometió el error estratégico de ir al encuentro de Constantino, en los alrededores del puente Milvio. Ya sabemos lo que ocurrió a continuación: su ejército fue derrotado y Majencio mismo pereció ahogado en el Tíber, a semejanza del faraón que perseguía a los hebreos, engullido por el mar Rojo. La observación pertenece a Eusebio, que nunca dejaba escapar un simbolismo bíblico. Del lado de los vencedores se echaron las campanas al vuelo. En sus escudos los soldados llevaban un signo extraño, una X atravesada por una I, y quienes lo sabían aseguraban a los demás que aquél era el monograma de Cristus, el dios de los cristianos. Constantino tomó posesión de su conquista con una satisfacción que daba gusto ver y su reconocimiento hacia el dios cristiano, que le había dado la victoria, no tenía límites. Se rumoreaba que se lo cobraría al cabo de poco tiempo...

¡Y cuánta gente! «Las propias casas –escribe un panegirista– parecían desplazarse, y la altura de los tejados parecía aumentar por donde Tu Divinidad avanzaba, con el lento esfuerzo de tu carro, tan considerables eran la afluencia de gente y el cortejo del Senado que, a la vez, te propulsaban hacia delante y retardaban tu marcha. Los que estaban apartados envidiaban la suerte de aquellos que te contemplaban desde más cerca; aquellos ante los cuales pasabas lamentaban el lugar que habían ocupado. Todos corrían de aquí allá para aproximarse a ti o seguirte. Una multitud innumerable se agolpaba y ondulaba ante los empujones... Incluso se atrevían a pedirte que te detuvieras, lamentaban que hubieses alcanzado tan rápido el palacio y, cuando entraste, osaron no solamente seguirte con los

ojos, sino incluso franquear el umbral sagrado. Después, cuando la multitud se expandió por todas las calles, esperó tu salida, la acechó, la deseó, la esperó tanto, que parecía asediar a aquel que venía a liberarla del asedio...». Bonito efecto de retórica: el panegirista estaba bien enseñado... Allí se encontraba, en realidad, el ambiente de Milán durante la visita de los muy queridos Diocleciano y Maximiano. Los emperadores pasan, pero la adulación oficial permanece. La descripción continúa de forma indefinida en ese tono, añadiendo que en los juegos, en los gozos que celebraban el feliz acontecimiento, se contemplaba menos el espectáculo que la figura de Constantino.

El físico del ilirio, un buen mozo de veintidós años, a buen seguro impresionaba mucho, pero lo más interesante era que para rendir cuentas, el panegirista echa mano de las teorías filosóficas más gastadas: «No sin fundamento –prosigue–, eminentes filósofos enseñan que la naturaleza misma fija el domicilio de las grandes almas en cuerpos dignos de ellas, y que el rostro de un hombre y la gracia de su persona permiten concluir la nobleza del espíritu celeste que vino a habitarlo. Así, viendo tu paso, los soldados te admiran, te adoran, te siguen con la mirada, fijan su imagen en sus almas y creen obedecer a un dios, cuya prestancia es tan hermosa como cierta tu divinidad...». ¡Vamos, vamos! De hecho, lo que nos muestran de Constantino las medallas, monedas y estatuas no corresponde en absoluto a la idea que uno se hace de un dios. Ese cuerpo fornido y macizo, esos rasgos tallados a golpes de cincel hacen pensar más bien en un sargento subido en el carro de la trascendencia. No obstante, la ideología obliga, y todos sabemos que el rostro ideal acaba primando sobre el rostro real. Constantino era divino y, por tanto, debía ser bello. Subrayemos, de paso, que ese culto al monarca no debe nada al cristianismo. Constantino hubie-

se sido divino de todos modos y el estilo del panegirista habría sido con exactitud idéntica.

La pregunta que se planteaba todo el mundo aquel día era saber, ya que se le consideraba cristiano, por qué Constantino, adorador antes como Constancio Cloro, su padre, del *Sol invictus*, había apostatado del culto de sus antepasados para abrazar una religión que excluía, sin matiz alguno, al resto de dioses. Si aquello maravilló, sin duda, a los cristianos de Roma y de todo el Imperio, sobre todo en Oriente, donde eran muy numerosos, no sucedería lo mismo con los paganos. En verdad, la hostilidad del príncipe, que había prevalecido tanto tiempo contra los cristianos, se había atenuado, quizás en razón del valor que habían demostrado durante las persecuciones y también de la beneficencia que manifestaba con amplia generosidad la Iglesia hacia los más desheredados. Sin embargo, seguían existiendo aún muchas prevenciones y las gentes se preguntaban, no sin inquietud, qué resultaría de aquel hecho insólito, hasta entonces impensable: un emperador romano convertido al cristianismo.

La misma pregunta nos la seguimos haciendo todavía hoy en día, y las respuestas varían en función de las disposiciones que albergue cada uno no ya hacia el cristianismo, sino de manera más extensa hacia todo lo religioso, circunstancia que no contribuye lo que se dice la aclaración de los hechos. ¡Qué no se habrá contado sobre la «conversión» de Constantino, sobre la famosa visión o el sueño que, según Lactancio o Eusebio, disfrutó el joven Augusto justo antes de la batalla del puente Milvio! Dicen que vio el monograma de Cristo con la divisa «Con este signo obtendrás la victoria», aparición que lo llevó a la repro-

ducción en los escudos de sus hombres, como hoy en día llevamos una insignia. Además, había ganado, triunfo que demostraba el enorme poder del que disponía el dios cristiano, que sobrepasaba a todos los demás dioses e incluso los reducía a la nada. En resumen, se ha dicho y repetido que, a semejanza de san Pablo en el camino de Damasco, Constantino, después de esa visión, se convirtió al cristianismo de la noche a la mañana.

Sin embargo, olvidamos demasiado a menudo que una visión puede esconder otra, ya que en un texto de un panegirista anónimo, se señala que el mismo Constantino, dos años antes de la famosa batalla del puente Milvio, fue iluminado con una aparición de Apolo en un santuario galo, fenómeno que no tiene nada de sorprendente para un adorador del sol: «Puesto que, oh Constantino, tú viste a tu dios Apolo, acompañado de la Victoria, ofrecerte unas coronas de laurel... Viste al dios y te reconociste bajo los rasgos de aquel a quien los cantos divinos del poeta predijeron que estaba destinado a reinar sobre el mundo entero...». ¿Apolo entonces? ¿Cristo? ¿Los dos? ¿O de forma más sencilla un soberbio golpe político?

Creo que hay que enfocar el problema desde el ángulo adecuado. ¿Una operación política del tipo «París bien vale una misa»? Si la observamos de cerca, la interpretación no se sostiene, como ha demostrado muy bien Paul Petit. Al principio de aquel mismo siglo, el Imperio, en Occidente al menos, era todavía pagano en su mayoría, sobre todo allí donde se creaba la opinión: entre la aristocracia romana, entre los intelectuales y en el ejército, sobre todo el de la Galia. Si los cristianos se habían hecho mayoritarios en Oriente, ¿debía Constantino, para ganárselos, arriesgarse a perder el apoyo de los occidentales, que eran los que habían forjado su carrera? No tenía necesidad alguna de convertirse para ganar el Imperio. De todos modos lo

habría hecho, disponiendo de las fuerzas que fuese necesario para ello. Lo que hay que comprender, sin embargo, es que aquel ilirio sin gran cultura y sin grandes preocupaciones metafísicas estaba comprometido al cien por cien con las creencias de su siglo. Un siglo en el que ya declinaban, hay que recalcarlo bien, las viejas divinidades del panteón romano, a pesar de la restauración emprendida por Diocleciano y la tetrarquía, mientras que iban subiendo como la espuma otras devociones. Asistimos a la instalación en los espíritus del monoteísmo, solar o de otro tipo, del que ya hemos hablado. Es la gran época del dios Mitra, cuyas capillas se extendieron por todo el Imperio. Los soldados se encontraban allí codo con codo, en el calor fraternal de sus ceremonias secretas, durante las que uno se sentía protegido tanto en la tierra como en el cielo. También es, de manera paralela, la gran época del dios Cristo, cuyos adeptos se unen, ahora que ha cesado ya la persecución, para festejar por la mañana, después de una larga noche de vigilia, la resurrección del dios que se hizo hombre para que los hombres fuesen dioses.

Ahora bien, Constantino no era ningún teólogo ni tampoco un filósofo. Era un alma sencilla, cercana a la naturaleza, ávida de toda forma de vida dinámica, emergente, próxima también a los cielos, fuese cual fuese su presunto propietario. En el tema del «credo» no me parece que fuese demasiado mirado. Adepto antaño, como sus antepasados, del culto solar, no es del todo imposible que mezclase todas sus devociones. Hay que admitir que para una cabeza más bien cuadrada y un espíritu que consagraba poco tiempo a la reflexión, los fieles de Cristo y los del *Sol invictus* tenían en común muchas intuiciones. En el fondo, aquel dios supremo acompañado del Sol-Rey y aquel dios Padre acompañado de su hijo Cristo no se distinguían

demasiado, al menos a primer golpe de vista. Los propios cristianos no se molestaban si se representaba a Cristo bajo los rasgos de Apolo-Helios conduciendo su carro y su liturgia alababa también a Cristo como «luz del mundo», «sol de la justicia», «sol que no conoce el ocaso», etc. Sobre todo debemos suponer que aquella religión poseía algún fuerte atractivo, porque a pesar de los peligros que habían corrido, muchos fieles habían mantenido intacta, en los suplicios y en la muerte, su esperanza en una vida eterna. Qué discordantes eran, sin embargo, aquellos a los que Cristo unía y que tenían, además, todos los motivos para detestarse entre sí: campesinos, funcionarios, proletarios y gentes acomodadas, esclavos, ¡soldados incluso, a los que nadie quería! El cristianismo era la única fuerza que podía hacer de aquel mundo un mundo unido. ¿Superpuso acaso Constantino las distintas imágenes, e identificó con aquel Cristo la divinidad única a la cual se referían todos los sincretismos de la época, especie de foco trascendente del cual los demás dioses extraían sus existencias particulares? Es lo que me parece más probable para explicar una conversión que fue, sin duda, tan sincera como confusa.

Si hay algo cierto es que los responsables eclesiásticos se guardaron mucho de torcer el gesto ante aquel cristianismo algo burdo profesado por un neófito tan interesante. En ese punto, es donde se puede situar la dimensión política de todo ese asunto. Digamos que si Constantino se había convertido no había sido por política, pero al convertirse, lo hizo de modo que su acción sirviera a su política; al mismo tiempo, quienes le acogieron en la Iglesia se las apañaron para que les ayudara también a ellos. A partir de ahí empezó un juego sutil en el que

todo el mundo ganaba y perdía algo. En las circunstancias delicadas en las que le había tocado extender su poder personal y asentar la unidad del imperio, Constantino barruntaba el provecho que podría sacar del partido cristiano, en plena expansión. Rodeado por una camarilla de eclesiásticos, se comprometió, pues, de forma decidida en una política cada vez más favorable a la religión cristiana, sin romper de forma demasiado abierta, sin embargo, con los antiguos cultos, aún poderosos en los mejores medios. En los primeros tiempos consiguió nadar y guardar la ropa, conciliar, como ya he dicho en otros lugares, la Loba y el Cordero, y siguió siendo como en el pasado *Pontifex Maximus,* aunque favoreció la reconstrucción de los edificios cristianos destruidos con Diocleciano de tal modo que éstos subieron, según escribe Eusebio, hasta una enorme altura, adquiriendo un esplendor muy superior al que poseían antes. Infinitamente más importante fue la introducción en la legislación de nuevas disposiciones. Las iglesias, subvencionadas con suma generosidad, quedaron facultadas para recibir donativos y legados, y no se privaron de aplicar la medida. Las exenciones fiscales constituyeron otras tantas buenas sorpresas en un tiempo en que los impuestos se hacían sentir con enorme peso. Mejor aún: rompiendo el monopolio del Estado en materia de jurisdicción, el emperador autorizó la creación de tribunales eclesiásticos.

Con los años y a medida que su evolución personal seguía su curso, Constantino fue desmarcándose cada vez más del paganismo. Los emblemas cristianos se multiplicaron en las monedas, eclipsando las figuras solares; las celebraciones cristianas tomaron la delantera sobre las ceremonias venerables. Constantino llegó incluso a negarse a oficiar en el Capitolio como gran pontífice y prohibió a los arúspices que ejercieran su minis-

terio adivinatorio. Cosa inaudita, y que nos equivocaríamos si considerásemos una medida benévola, promulgó en el año 319 una ley que autorizaba a los paganos a seguir los ejercicios de su culto, derecho que, por otra parte, se sobreentendía... Era el mundo al revés: ahora, la libertad de los cultos tradicionales era la que tenía necesidad de verse garantizada mediante un texto administrativo. Hicieron falta, por tanto, siete años para que la tolerancia cambiase de sentido. ¡Ahora se otorgaba a los paganos! La enormidad de las ventajas consentidas a la Iglesia por Constantino hace suponer que el emperador había comprendido bien dónde estaba su interés. Todos esos favores prodigados a los cristianos habían tenido, en primer lugar, el efecto de inflar su número hasta el infinito. No es que ya uno no se arriesgaba a inscribirse en el partido de los mártires, sino que, por el contrario, se ganaban sustanciales ventajas en la promoción de su carrera. El Polieucto de Corneille, de volver sobre la tierra, habría sido promovido, sin duda, al grado superior de su escalafón y su antigüedad como cristiano se habría tenido en cuenta a su retirada. En resumen: aunque no podemos evitar una cierta tristeza al constatarlo si pensamos en el heroísmo de la generación anterior, hay que decir que las golosinas regaladas a los cristianos fueron una semilla tan eficaz como la sangre de los mártires. Jesús había predicado que su reino no era de este mundo, pero sus discípulos del siglo IV se decían que tampoco era desagradable pertenecer a ambos.

Algunos, sin embargo, husmeaban el peligro. En primer lugar, dado que el compromiso del emperador suscitó conversiones de última hora y de una calidad fácil de suponer, el cristianismo iba a convertirse en una religión de masas, circunstancia que modificaría en profundidad su primer estado. «Desde los apóstoles hasta nuestra época tan mancillada –escribiría san

Jerónimo unos años después–, la Iglesia se ha desarrollado y ha medrado mediante las persecuciones, ha sido coronada con el martirio y cuando llegó a los emperadores cristianos, su pujanza y su riqueza aumentaron, pero sus virtudes disminuyeron», tras lo que ofrece el ejemplo de algunos testimonios penosos. Aún había más. Subidos «al carro de Constantino», como apunta mi viejo amigo monseñor Tardif, los obispos a buen seguro sospechaban que aquella comodidad no iba a ser del todo gratuita. Los buenos modos del emperador no carecerían de contrapartida. Él esperaba de la Iglesia un apoyo franco y masivo a su política de unificación del Imperio, y cada vez le importaba menos ejercer en ese sentido un estrecho control de las instituciones eclesiásticas. Contemplando las asambleas de clérigos como otras tantas correas de transmisión, no tardó en mezclarse en cada apartado, interviniendo a su antojo en la gestión de los asuntos (actitud comprensible, ya que era él quien pagaba) e incluso en las cuestiones de dogma de las que no sabía nada, y con razón. Sí, decididamente, en ese complejo expediente del paso del Imperio al cristianismo no es fácil decir quién ganó o perdió más. Una sola cosa es cierta: los perdedores absolutos fueron, desde luego, los paganos, quienes bajo los sucesores de Constantino no tardarían en verse perseguidos a su vez.

No puedo dejar pasar en silencio la ocasión brindada a Constantino para afirmarse como tutor de la Iglesia: la controversia arriana. Ya he hablado en otros momentos de su asombrosa complejidad y, además, el carácter de la presente obra me obliga a la más estricta sobriedad. Digamos simplemente que a iniciativa de un sacerdote intelectual de Alejandría, Arrio, se había extendido en los años 320 por Oriente toda una corriente de

ideas, que suscitó adhesiones y oposiciones por igual apasionadas. Esas justas, que no sólo eran oratorias sino que desbordaban por las calles, giraban en torno a la idea que cada cual se hacía de la Trinidad. Arrio sostenía que el Hijo, ya que había sido engendrado por el Padre, le era inferior en dignidad y no resultaba, en suma, más que un brillante secundario. Otros respondían que no, que el Hijo valía tanto como el Padre, etc.

Como es lógico, hoy en día nos cuesta imaginar que alguien llegue a salir a la calle por algo así, y a pegarse incluso. Sin embargo, fue eso lo que pasó. Se hablaba de la cuestión en las tiendas. Los descargadores del muelle de Alejandría desfilaron lanzando consignas favorables a la posición de Arrio. Corrió la sangre. ¡Sí que se tomaban la religión en serio! De tal modo que Constantino, inquieto por la unidad del Imperio, envió a los obispos una circular furiosa: «Habría sido necesario –escribió–, empezar por no plantear cuestiones semejantes y por no responder a ellas...», y sobre todo, no delante de todo el mundo. Ésa fue una de las pocas muestras de sentido común que se vieron en el curso de toda esta historia, que emponzoñó la totalidad del siglo y creó durante mucho tiempo una escisión en la Iglesia y en el Imperio.

Ante el giro que tomaban los acontecimientos, Constantino convocó un concilio en Nicea en el año 325. Desde el punto de vista material, ese congreso de obispos, en su mayoría venidos de Oriente, fue un éxito. Por lo que se refiere al dogma, se encerró en la ortodoxia. En cuanto a la práctica, no arregló nada. En efecto, según proviniesen del Oriente griego o del Occidente latino, los obispos no daban a las mismas palabras el mismo sentido, circunstancia que no contribuía demasiado a la claridad de los debates. Ante la presión de los consejeros eclesiásticos del emperador y de los obispos occidentales, aca-

baron por entenderse con una fórmula aproximativa: el Hijo sería llamado consustancial al Padre, fórmula que debía imponerse a continuación en la Iglesia universal. Todavía cantamos o recitamos esa fórmula en el «credo» sin saber siempre de forma necesaria de dónde viene.

El caso es que los obispos, cada uno conservando su propia opinión, regresaron a sus casas... y el conflicto no tardó en iniciarse otra vez, provocando nuevos conflictos, nuevas intervenciones y un desorden duradero en todo el Imperio. Hasta en el seno de la familia imperial, entre los hijos de Constantino, quienes un día reinarían, tal cual estaba por Arrio y tal otro por la doctrina acordada en Nicea. Desde entonces, grandes extensiones de los territorios romanos se hallarían sometidas a una u otra manera de entender la cuestión, según las preferencias personales del príncipe que allí reinaba. Hubiera valido más, con seguridad, no aplicar a los misterios del cristianismo un encasillamiento conceptual que no había sido concebido para ellos, pero aquella intelectualización del dogma, que se impregnaba poco a poco de filosofía griega, es un hecho que debemos constatar. Los pensadores cristianos veían en aquella operación una especie de plusvalía para su religión. Imponiéndose como una *philosophia*, o mejor como la única, demostraban a ojos de los paganos su validez, su seriedad, puesto que era posible expresar el contenido de la fe con las mismas palabras que usaban los filósofos. Sin embargo, la crisis arria había demostrado que todo aquello no carecía de riesgos. Como resulta evidente, podemos interrogarnos acerca de la responsabilidad de Constantino en la cristianización final del Imperio: ¿se habría realizado sin él?, ¿habría costado más tiempo? Lo único que podemos afirmar es que los cristianos deben a Constantino la circunstancia de que su culto se convirtiese en religión de Esta-

do, con las ventajas que ello comporta, y ése es el motivo por el cual los cristianos de aquellos tiempos, olvidando los inconvenientes, le contemplaron como el mismísimo Dios misericordioso sobre la tierra. Basta con acercarse a Eusebio de Cesarea y a cuanto escribió a partir de entonces. Es muy probable que el número de fieles no hubiese bastado jamás por sí solo para convertir el Imperio romano en un Imperio cristiano. Jones tiene razón cuando opone el ejemplo de la Persia sasánida. Los cristianos allí eran numerosos, pero ningún rey sasánida de Persia se convirtió y, por tanto, siempre estuvieron en minoría. «Sin un emperador cristiano, la conversión del Imperio se habría aplazado de modo indefinido.» Para los paganos, por el contrario, Constantino fue aquel con el que llegó el escándalo, aquel que, según diría Libanio, «juzgó ventajoso para él reconocer a otro dios», con ello «entró en la vía de la impiedad» y, por tanto, se le debía considerar responsable de las desgracias que ocurriesen en el futuro. En resumen: para los ciudadanos fieles de la *romanitas*, para los hijos de la Loba, Constantino, adorador del Cordero, era un apóstata, como lo sería algunos años más tarde su sobrino nieto Juliano por haber regresado a la religión solar de sus padres. A cada uno lo suyo.

¿...o Constantino el Grande?

Hay que poner cada cosa en su lugar. Por importantes que fuesen la conversión de Constantino y sus repercusiones para el porvenir de la romanidad, que a raíz de este hecho cambió de naturaleza, éstas no deben ocultar la obra imperial del ilirio, considerable y desconcertante. Amiano Marcelino, un historiador pagano nacido bajo su reinado, afirmaría de él que fue

«el renovador y el denigrador de las antiguas leyes y costumbres recibidas en toda la Antigüedad». La definición traduce muy bien la sorpresa ante la amplitud de lo que se llevó a cabo, y el escándalo suscitado por las libertades que se permitió con la tradición.

En todos los dominios, Constantino se tomaba las cosas sin miramientos y nada le detenía. Ya hemos hablado antes del éxito de sus guerras sucesivas contra sus rivales, de su voluntad de poder. Haciendo del Imperio un asunto de familia, o más bien de clan, se mandó adjuntar como Césares a los hijos que había tenido de dos mujeres: Crispo como Constantino II a partir de 317, Constancio II en 324 y, por último, Constante en 333. Hacia el final de su reinado dotó también a sus sobrinos. Debemos observar, sin embargo, un accidente en esta trayectoria, tan misterioso como desagradable, ocurrido en 326. Un detalle que consigno aquí para dar ambiente. Se ha hablado de un complot aireado por Fausta, la segunda esposa de Constantino, que causó la pérdida del César Crispo, quien sería ejecutado. Bajo capa se contaba que, en realidad, el César y su joven madrastra se profesaban una amistad tan viva que resultó algo desviada, atracción que el emperador se tomó muy mal. ¡Quién sabe! Una cosa sí es segura: Dios llamó a su lado de manera prematura a los dos jóvenes. No sólo pagó Crispo, sino que también encontraron a Fausta sin vida en el suelo del cuarto de baño. Un accidente. Así era aquel hombre a quien un panegirista describía como de corazón afectuoso y que no se resignaba más que con gran pesar a la pérdida de los malos.

Además, circunstancia curiosa, Helena, convertida en emperatriz madre, corrió a Jerusalén en peregrinaje. Regresó cubierta de reliquias de la Vera Cruz que, según se dice, había encontrado en el emplazamiento del Gólgota. ¿Volvió ya aplacada?

Nadie supo jamás su opinión sobre aquella historia que causó la desaparición de Crispo y Fausta... y hasta de sus dos nombres en todas las inscripciones. La medida se justificaba en lo referente a Crispo, conspirador contra su padre, pero, ¿y Fausta, que era sólo la víctima de un accidente? ¿Qué papel había jugado Helena en todo aquello? ¿Había aprobado sin reservas a su augusto hijo o un fondo de humanidad o incluso de cristianismo sincero le había impedido adherirse del todo a la razón de estado? André Piganiol no anda desencaminado al encontrar en ese viaje a Tierra Santa cierto regusto de expiación.

De ese Imperio convertido en dinástico, Constantino fue el guardián incontestablemente vigilante. Soldado nato, no perdió jamás de vista el problema bárbaro, sin vacilar ante ninguna solución, por muy arriesgada que fuese, que sirviera para fortalecer a un ejército que tenía gran necesidad de ello a pesar de los logros de la tetrarquía. Aunque había unas unidades móviles que constituían la élite y a las que se podía desplazar con rapidez hacia cualquier punto que sufriera una repentina amenaza, el cordón fronterizo había perdido su calidad primigenia. Los soldados estacionados a lo largo del Rin, del Danubio y en la Galia se organizaban de modo local. Allí hacían su vida, al margen de sus actividades militares. Cada uno disponía de su pequeño «trabajo» aparte de su servicio: agricultor, traficante... Ese curioso dispositivo, como resulta evidente, quedaba lejos de ser fiable al cien por cien. Para respaldar al ejército romano Constantino abrió en gran medida las legiones a las tribus sumisas como habían hecho sus predecesores, pero de manera mucho más masiva. Sármatas que amenazaban a otros pobladores, vándalos expulsados por los godos, todos ellos se insta-

laban y explotaban por su cuenta las tierras fronterizas, y defendían a Roma defendiendo cada uno sus intereses particulares. Esos guerreros rudos, pero prudentes y valerosos, hacían maravillas como auxiliares en los golpes de mano, aunque proceder así era como encerrar al lobo en el corral, sobre todo en razón de la excepcional vitalidad de las comunidades integradas y de las complicidades de vecindad que podían mantener. En resumen: para oponerse a los bárbaros, Roma se entregaba a los bárbaros.

Ese ejército bastante variopinto, como vemos, pudo alcanzar bajo Constantino el medio millón de hombres (cifra que seguía siendo insuficiente en razón de las necesidades) comandados por oficiales de carrera. De hecho, se hace efectiva a partir de entonces, con rarísimas excepciones, la separación de carreras entre magistrados militares y magistrados civiles. Los últimos vestigios de la antigua concepción republicana, como el magistrado-general ocasional, etc., han desaparecido, puesto que la eficacia operativa prevalece desde hace tiempo sobre las consideraciones ideológicas. Ya no se experimenta siquiera la necesidad de llevar a cabo algo semejante. Como él mismo es un hombre de armas, Constantino dirige en persona los combates y no duda jamás en realizar un viaje relámpago (si podemos llamarlo así) entre dos frentes desmesuradamente alejados entre sí para ir a recomponer una situación. En el frente del Rin tuvo que combatir en varias ocasiones a los francos y los alamanes, y en el Danubio a los inevitable sármatas y godos. Ni él ni sus hijos escatimarían medios, jugando por turnos las bazas de la masacre, la deportación, la integración, incluso la cristianización en masa, que podía facilitar, en cierta medida, la asimilación. Algunos prelados de poderosa estatura ayudaron en varias ocasiones, evocando sólo muy de lejos al Jesús de los

Evangelios. No obstante, este último procedimiento creaba para el porvenir otras fuentes de dificultades, en razón de la disparidad de confesiones, arrianas o niceanas, que habían aparecido en el seno del cristianismo. Sin embargo, se ha de reconocer que ese arsenal de medidas neutralizó durante un largo período la amenaza bárbara. Para Constantino y su hijo, sólo contaba el resultado... y éste era positivo en lo global. En cuanto al imperio persa sasánida, que se había mantenido tranquilo treinta y seis años después de las derrotas infligidas por Diocleciano y Galerio, se había despertado con brusquedad a instancias del joven y emprendedor Sapor II, el nuevo Rey de Reyes. Adivinamos que todo partía, una vez más, del reino-protectorado de Armenia, donde Sapor II, un golpe clásico, acababa de deponer al rey sometido a Roma. Se encargó de las operaciones el César Constancio, así como un sobrino de Constantino, Anibaliano, al que enviaron a Capadocia provisto del título anti-persa de Rey de Reyes. Además, Sapor II se había puesto a perseguir a los cristianos de su imperio, acción que contrariaba la pretensión de Constantino de protegerlos en todo el mundo. En resumen, en el año 337 estalló una guerra que en el espíritu de Constantino debía tomar el aspecto de una cruzada contra los infieles. De hecho, la heredaría Constancio, puesto que la muerte de Constantino, sobrevenida aquel mismo año, perturbó los preparativos. Ese conflicto envenenaría el reinado de sus dos sucesores, acabando con un fracaso definitivo de las pretensiones romanas sobre la región.

En cuanto a la obra administrativa de Constantino, fue de una enorme amplitud. Insisto en el hecho de que hay que verla como procedente de la concepción teocrática puesta a punto por la tetrarquía, pero con las adaptaciones que imponía la conversión del emperador a la religión cristiana. Si ya no se

podía llamar de una forma razonable «dios» (ni siquiera en el sentido amplio del término), seguía siendo, sin embargo, «divino». Sencillamente, reinaba por delegación ya no de Júpiter, etc., sino del Padre, del Hijo y, con probabilidad, del Espíritu Santo. Eso otorgaba a sus decisiones administrativas y jurídicas el aspecto sagrado necesario, indispensable para suscitar la obediencia interior, al mismo tiempo que exterior. Nadie lo dudaba, al menos entre los cristianos. A raíz de la celebración en 335 de los treinta años de reinado del emperador, el obispo Eusebio pronunció un discurso muy sentido del cual resultaba que el reino de Constantino, rodeado de sus Césares, era la viva imagen del reino celestial, donde Dios reina asistido por sus ángeles. Mejor aún: se establecía una analogía entre Cristo, enviado por el Padre, y Constantino, enviado de Cristo.

Encontramos de nuevo sin gran sorpresa, traspuestas sin mayores complicaciones, las enseñanzas de aquellos viejos rasgos de *De la realeza*, que habían servido durante trescientos años para sacralizar el poder imperial. Cuanto habíamos observado en otros tiempos sobre los relieves del arco de Benevento (Trajano recibiendo del Olimpo el poder supremo) lo encontramos ahora en las monedas del reino: una mano que sale de las nubes e impone la diadema a Constantino. Que esa mano celestial fuese anónima presentaba la ventaja de que la podían admitir los paganos igual que los cristianos. Elemental precaución en una época de transición.

Seguro de ese modo sobre el origen de su trascendencia, Constantino se sentía tranquilo para promulgar sus reformas. La administración estaba más centralizada que nunca. Todo, nominaciones, comandos militares, edictos, circulares, convocatorias, absolutamente todo parte del hogar imperial como otros tantos rayos. Todo emana de la corte, fastuosa hasta la des-

mesura, y en el interior de la corte, de la cámara. Ese movimiento centrífugo se completa mediante un movimiento centrípeto muy adecuado, que reconduce hacia el príncipe los datos recogidos por un cuerpo especializado de informadores denominados con el vago nombre de *agentes in rebus*, «encargados de asuntos», que se forjarían en el Imperio cristiano una situación muy interesante. ¡Por fin el Imperio romano, que de forma tan estúpida se había tachado de policial, se dotó de un servicio de información conveniente! Añadamos a esto que Constantino confiaba mucho más en los hombres que en las estructuras, en las relaciones personales que en las instituciones. Adivinamos que el sistema mostraba algunos inconvenientes, debido a las intrigas, trapicheos y chanchullos que tendrían lugar de modo fatal en los diferentes escalones de aquella omnipresente burocracia.

Constantino transformó en profundidad la prefectura del pretorio. Ya no quería conservar junto a él a aquellos dos personajes demasiado importantes, quienes bajo Diocleciano servían de primeros ministros, podríamos decir, y de jefes del Estado mayor. Constantino, por tanto, instaló a unos cuantos «prefectos regionales» (entre tres y cinco) que serían otras tantas emanaciones del emperador en el plano jurisdiccional. Superiores a los vicarios de Diocleciano, a los gobernadores y a las autoridades de las ciudades, esos prefectos constituyeron una especie de alta instancia intermedia, a mitad de camino entre los centros inferiores de dirección y el centro supremo que era la corte. No obstante, es evidente que estos excelentísimos señores no brillaban más que con un resplandor artificial. El poder se delega, no se comparte.

La corte y sus esplendores, el ejército, el pesado aparato del Estado y después los juegos, las construcciones de prestigio por

todas partes, en Roma, en Tréveris, en Arles, en Tierra Santa... y para coronar esa obra, Constantinopla, nueva capital, el sueño de cualquier megalómano. Semejante proyecto costaba muy caro y requería sustanciosos ingresos. ¡Habría hecho falta, como en tiempos de Trajano, todo el oro de los dacios! Sin embargo, ya no había ninguna nueva Dacia que saquear, ningún oro más que el de los templos paganos que se requisaban y el oro atesorado por los particulares, que se hizo devolver. También se decidió que las contribuciones se pagarían en oro y en plata. A partir de las reservas así reconstituidas (para desesperación de los poseedores) y alimentadas de forma regular, Constantino pudo darse el gusto de hacer acuñar una soberbia pieza de 4,50 g de oro fino, el *solidus*, y una bella pieza de plata del mismo peso, el *miliarensis*. De hecho, el oro fue el que constituyó bajo su reinado la moneda de referencia, mientras que el vellón de bronce, chapado de plata o no, servía para las transacciones cotidianas y proliferaba sin medida. Así se llenaron las arcas imperiales, pero no por eso se saneó la economía. Entre los *tenuiores* (gente humilde) y los *potentes*, los poderosos poseedores del oro, la separación fue aumentando cada vez más. Un texto anónimo posterior da una idea interesante de lo que pasaba: «En el tiempo de Constantino, una excesiva prodigalidad asignó al oro, en lugar del bronce (hasta entonces muy apreciado), a los comercios viles, pero el origen de tal avidez es, según se cree, la siguiente. Cuando el oro, la plata y una gran cantidad de piedras preciosas, depositadas en los templos, fueron confiscados por el Estado, acrecentaron el apetito de posesión que tenían todos, y mientras la circulación del bronce parecía ya enorme, el ardor por ser generoso con el oro, metal tenido por más precioso, fue más excesivo aún, bajo el imperio de aquella locura. Debido a esa abundancia de oro, las

casas privadas más poderosas se enriquecieron más si cabe y aumentaron su nobleza en detrimento de los pobres, y los más débiles se encontraron, como es lógico, oprimidos por la violencia. Así pues, los pobres, en su aflicción, se encontraron también empujados a empresas criminales y no teniendo respeto por el derecho ni sentimiento alguno de piedad, confiaron su venganza al mal...». En este contexto es donde hay que situar las exhortaciones vehementes de los Padres de la Iglesia, consternados al ver a sus feligreses correr, como todos los demás, tras una riqueza material que, sin embargo, desaconsejaban los Evangelios. El clero mismo no era el último, por cierto, en embarcarse en esta carrera hacia el oro.

La legislación de Constantino, aunque menos importante que la de Diocleciano, no fue menos amplia. Sobre todo fue insólita. Considerándose cristiano, había otorgado, como ya hemos dicho, un lugar muy destacado a la religión cristiana, su aparato y sus ministros. Ya he señalado en su momento la increíble transferencia de soberanía a los obispos, a partir de entonces provistos de un poder de jurisdicción sin precedentes en toda la historia de Roma que menospreciaba así toda tradición. Los textos legislativos de Constantino se inspiraban a veces en un cierto espíritu evangélico, en un sentido positivo. Se abolió, por ejemplo, la costumbre abominable de marcar al hierro a los esclavos, se humanizaron las prisiones, etc. Ahora bien, en cuanto al resto, hoy en día hablaríamos más que nada de orden moral: una severidad a veces atroz con respecto a la mala conducta, como el adulterio o el concubinato... Piganiol no se equivoca cuando afirma que las leyes de la época parecen urdidas por unos exaltados. Algunos detalles nos sobrecogen y no guardan más que una relación muy lejana con el Sermón de la Montaña. No me parece bien que se hable de Imperio «cris-

tiano», ya que aún está por determinar lo que esa época había retenido de Jesucristo. Por otra parte, al ver operarse ese cambio radical de espíritu, incluso dudamos a la hora de hablar de Imperio «romano».

A medida que avanzaba el tiempo, Constantino pensaba en su sucesión. Como sabemos, le quedaban tres hijos: Constantino II, Constancio II y Constante, así como dos hijas, Constantina y Helena la Joven. Volveremos a encontrarnos más adelante con estas damas. A Constantino II atribuyó la Galia, Hispania y la actual Inglaterra. Constancio II, ya especializado en Oriente, recibió en el reparto Egipto y Asia Menor. A Constante irían a parar Italia, la Europa central y África. Sin embargo, Constantino se acordó también de los numerosos descendientes que había tenido Constancio Cloro, su padre, del segundo matrimonio impuesto por Diocleciano. Mientras había vivido Helena, la emperatriz madre, que les perseguía con su declarada hosquedad, Constantino mantuvo a sus hermanastras y hermanastros fuera de toda responsabilidad real. Algunos honores, títulos tan vagos como rimbombantes, nada más de lo exigible por la decencia. Preocupado por el porvenir del Imperio, pensó en utilizar al menos a los sobrinos. Ya había confiado el gobierno de Capadocia a Anibaliano al que había nombrado Rey de Reyes para hacer rabiar a Sapor II. Ese joven príncipe tenía un hermano, Delmacio César, a quien puso a la cabeza de Tracia y Macedonia. De este modo, todo quedaba bien ordenado, como en el despacho de un notario. La sucesión, según creía el emperador, debía ocurrir sin altercados. Sólo había que dar tiempo al tiempo. En el mes de mayo de 337 Constantino se puso enfermo y su salud empeoró. Pidió *in extremis* la gra-

cia del bautismo (que había diferido con astuta prudencia hasta aquel momento) y una vez asegurada la vida eterna, murió en paz el 22 de mayo, día de Pentecostés. ¿Esperaba encontrar en el cielo el impresionante cortejo de aquellos hombres y mujeres a los que había enviado allí de forma prematura? Ésa es otra historia...

Un largo e insólito reinado llegaba a su fin. Roma y su Imperio iban a hundirse en una época confusa. A decir verdad, ¿se trataba todavía de Roma? «Como dijo el oráculo y confirmó la realidad, el Imperio se mantuvo y los romanos continuaron teniendo bajo su dominio, por así decir, el universo entero, mientras todas las ceremonias se cumplían según los ritos. Por el contrario, cuando se descuidaron los juegos seculares después de la abdicación de Diocleciano, el Imperio se derrumbó poco a poco, sin ruido, y fue cayendo en gran medida en la barbarie, tal como nos demuestran los acontecimientos». Así lo contaría Zósimo un siglo más tarde, tras los pasos de lo dicho por Libanio y todos los viejos autores paganos, puesto que en el mundo antiguo las ciudades viven lo que viven sus dioses. Roma, por tanto, no tendría que haber sobrevivido a los suyos, ya dormidos en sus sudarios de púrpura. ¿Sostendremos nosotros también que Roma había muerto debido al cristianismo? No, la verdad. De modo más simple considero que si la vieja Roma, después de tres siglos de una pertinaz y cruel resistencia, si la antigua Roma había admitido de la noche a la mañana no el cristianismo, sino la instalación del cristianismo triunfante como religión de estado, es porque su alma ya se había extinguido. Sin duda, eso ocurrió aquella mañana de la que hablaba Lactancio en que un coche normal y corriente se llevó a Diocleciano a su retiro lejano. Constantino luchó con valor, sus hijos lucharían aún, y los sucesores de sus hijos, has-

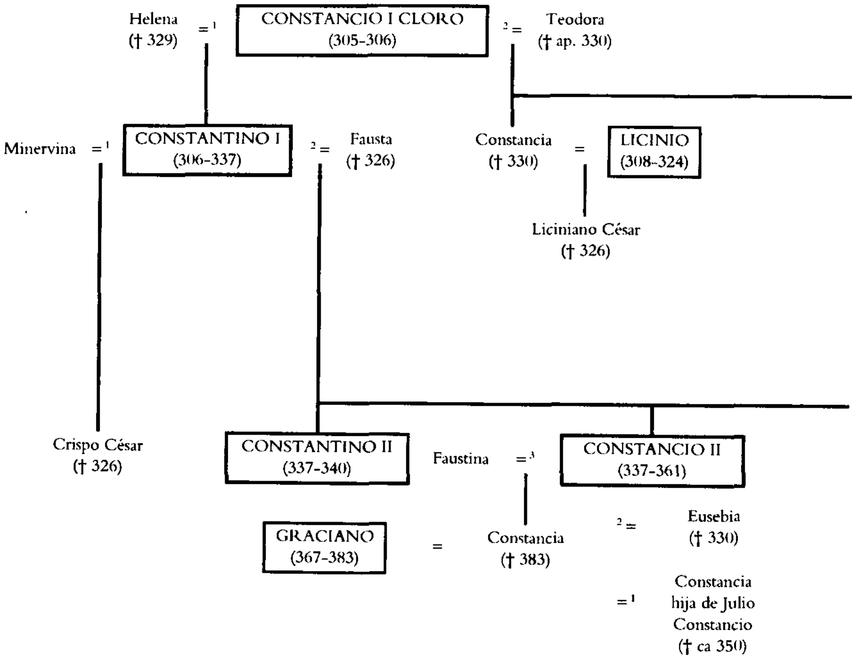
ta el agotamiento, pero para defender otro orden, otro mundo, nacido del antiguo. De la venerable ciudad que según se decía se remontaba a Eneas, hijo de Venus y Anquises, de la villa de Rómulo, que se había otorgado un imperio tan vasto, había nacido otra ciudad, porque sobre ella reinaba ya otro dios. Y esa otra Roma ni Régulo ni el viejo Catón ni Cicerón la habrían reconocido. Mario tampoco, ni Sila, ni Bruto, ni César, ni Octavio, ni Antonio, ninguno de ellos habría escrito en ella su destino. Quedaba todavía durante un tiempo, durante poco tiempo, el cuerpo inviolado de lo que había sido la Villa absoluta, pero sus miembros ya habían comenzado a disgregarse. Otra ciudad a orillas del Bósforo relucía ya bajo el sol de otro mundo, resplandeciente con sus mármoles polícromos y sus mosaicos donde brillarían los Cristos en toda su majestad. Pronto, para Occidente, llegaría la hora de los pueblos que venían del frío.

El clan de los cristianos

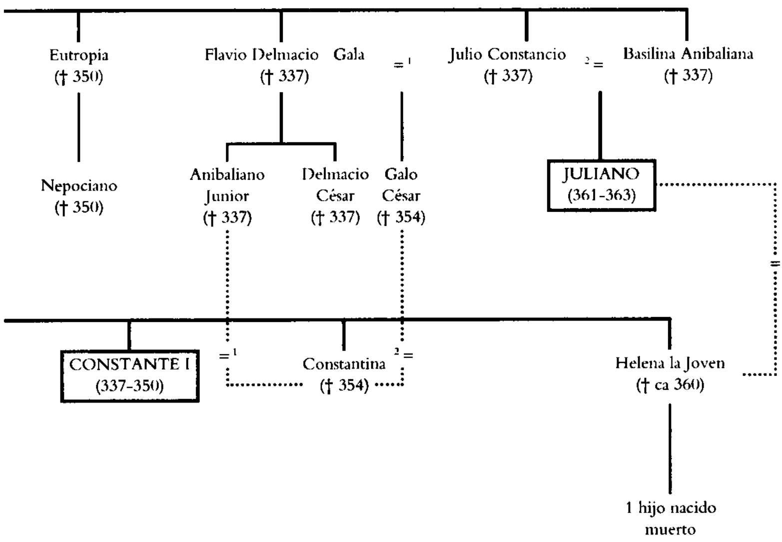
Una vez Constantino muerto y enterrado, su estatua en Helios, nimbada por los siete rayos del dios, irradiaba con extrañeza sobre Constantinopla la gloria del emperador cristiano. En Roma, otra estatua, monstruosa, aplastaba la memoria de los siglos. La cabeza sola medía 2,60 m. En el palacio de los Conservadores, en la corte, se ve a su lado una mano con el índice levantado, un pie desnudo como salido de una pesadilla. Sólo por el rostro vale la pena la visita: equino, con la frente baja, los rasgos fijos en un gesto en el que los historiadores del arte quieren reconocer la marca de la divinidad asumida. Bajo su fingida impasibilidad se observa un alma inquieta y una volun-

tad implacable. Pensamos en las palabras de Jesús: «Si no os volvéis como niños...». Si van a Roma, no dejen de visitarla.

Constantino, como ya habíamos dicho, había preparado metódicamente su sucesión, repartiendo los territorios del imperio entre sus tres hijos y sus dos sobrinos. Sólo había olvidado una cosa: la propensión de sus tres vástagos a echar el ojo a la parte de los sobrinos. Para el historiador se abre un agujero desagradable de tres meses durante los cuales no se sabe muy bien quién se encuentra dónde y haciendo qué. Desde el 22 de mayo al 9 de septiembre de 337, el Imperio se gobierna en nombre del difunto... De hecho, parecía que los tres hijos, cada uno de ellos a la espera de lo mejor, hubiesen simulado ratificar las últimas voluntades del padre. Después, de repente, todo se empezó a mover. Se despertaron las fieras. Los tres hermanos se reunieron en algún lugar del Danubio y en el curso de ese consejo restringido, decidieron, el 9 de septiembre, adoptar el título de Augustos, proclama que confirmó en su debida forma el Senado romano. No podían dejar de pensar en sus primos, el César Delmacio y el «Rey de Reyes» Anibaliano, que reinaba en Capadocia. Tras ellos estaba toda aquella familia paralela, los medio hermanos hasta entonces mantenidos al margen con algunos honores sin importancia. ¿Y si todas aquellas personas movilizaban a algunos partidarios? Los tres Augustos estaban pensativos. Después todo fue muy rápido. Se extendió un rumor increíble: al parecer, se acababa de encontrar un papel arrugado que Constantino, al expirar, tenía apretado en la mano. En él aseguraba que le habían envenenado sus medio hermanos, y ya podemos adivinar lo que aconsejaba a sus tres hijos... La historia, resulta evidente, era inventada de arriba abajo, pero les brindaba el pretexto perfecto. Así fue como en un gran impulso espontáneo, una tropa de soldados armados hizo irrup-



Los Segundos Flavios



(genealogía simplificada)

ción en palacio. Al término de la operación, Julio Constancio, Delmacio César y muchos otros relacionados de cerca con ellos yacían en el suelo. Incluso enviaron a liquidar a Cesarea al efímero «Rey de Reyes» Anibaliano. ¿Quince muertos? ¿Veinte? ¿Más? Peinaron el terreno a conciencia. Toda esta escena de caza se atribuye a Constancio II, quien se había apresurado en la adopción de una serie de medidas conservadoras en cuanto a los bienes personales de las víctimas. Genio y figura... Constancio II quedó demasiado bien situado después para que se le pueda mantener al margen de aquel ajuste de cuentas, dado que, además, mucho más tarde, según parece, hizo alarde de un diplomático arrepentimiento. Sólo habían escapado a la masacre, Dios sabe cómo, Galo, el futuro César, y Juliano, el futuro emperador. Los dos huérfanos fueron separados y enviados uno al lado de Éfeso, para que estudiara, y el otro a casa de su abuela materna, a Nicomedia, antes de ser asignados por Constancio en residencia vigilada a Macelo, un palacio fortificado junto a Cesarea de Capadocia. Volveremos a encontrarlos un poco más adelante. De este conjunto de incidentes podemos deducir que el Evangelio no parece haber mejorado de forma notable este bello mundo. Eso sí: los tres hijos ya tenían las manos libres.

Tres Augustos, sin embargo, eran demasiados. Entre los hermanos no tardaron en desatarse las luchas. En 340 Constante, el más pequeño, que se consideraba perjudicado en la partición y soportaba cada vez menos las pretensiones de Constantino II de reinar por doquier, inició una revuelta, obligando al Augusto mayor a moverse hacia Italia del Norte para hacerle entrar en razón. Sin embargo, Constantino II cayó junto a Aquilea en

una emboscada y halló la muerte. Se encontraron entonces en la situación clásica: un emperador en Occidente, Constante, que residía en Milán, y un emperador en Oriente, Constancio, que reinaba en Constantinopla. Era imaginable que cada uno de los dos augustos señores atacase al otro, pero se acomodaron a la situación durante los diez años siguientes. Curioso personaje, ese Constante. No carecía ni de capacidad militar ni de valor, y guerreó con valentía en los sempiternos frentes del Rin y del Danubio, aunque su estilo no tenía nada de agradable para sus residentes. Cristiano convencido, incluso fanático, pero de limitado alcance; disipado, siempre borracho, dado a los jóvenes demasiado simpáticos, y por eso mismo, atormentado por los remordimientos, estaba claro que no se encontraba a gusto consigo mismo. Realizaba, en suma, el *pecca fortiter* de Lutero sin que el *crede fortius* le hubiese mejorado mucho. Los paganos, que seguían integrando la aristocracia, no tardaron en sufrir las consecuencias. El odio que profesaba contra todo lo que no fuese cristiano (y además cristiano de tipo «niceano», ya que habían empezado a hacerse sentir las consecuencias del arrianismo) englobaba incluso a los judíos. Con un encarnizamiento enfermizo, prohibió toda forma de culto no cristiana y consolidó, a golpe de edictos vengativos, la posición hegemónica de la nueva religión.

Añadamos a este cuadro, ya de por sí bastante cargado, el hecho de que Constante había conseguido enemistarse no sólo con las poblaciones civiles, asfixiadas por los impuestos y las movilizaciones y maltratadas en sus costumbres religiosas, sino también con las propias legiones. De modo que se organizó una conspiración.

El 18 de enero de 350, aprovechando una partida de caza en la que el emperador de Occidente se relajaba junto a Autun,

los soldados proclamaron a un oficial llamado Magnencio, germano de origen, detalle que no le impedía mandar la guardia imperial. Sostenido por la población, el usurpador se hizo con rapidez amo del lugar. Constante, viendo que toda resistencia era inútil, huyó en dirección a los Pirineos, donde al poco le encontraron los rebeldes y le eliminaron. Nadie pareció llorar a aquel hombre que había fracasado tanto en la tierra como en el cielo. De inmediato, la rebelión se fue extendiendo cada vez más por todo Occidente. Sólo seguían siendo leales las tropas ilirias, que Constancio consiguió mantener dentro de la legalidad. En definitiva, en 350 el Imperio se encontraba partido entre Constancio y el falso emperador Magnencio. Se produjo otra usurpación en Roma, a iniciativa de un oscuro pariente de Constantino, Nepociano, pero no tuvo consecuencias apreciables. Por su parte, Magnencio iba a mantener ocupado a Constancio durante tres años, y en el peor momento.

Quizá recordemos que antes de morir, Constantino había puesto en marcha una expedición grandiosa contra los persas sasánidas, expedición que Constancio había heredado a pesar de tener entre manos una guerra civil y otra guerra extranjera. Es cierto que Su Eternidad Constancio, «Vencedor sobre la tierra y sobre el mar, Augusto para siempre», como se llamaba él mismo en una carta a Sapor II, disponía de recursos. El personaje no resultaba atractivo. Amiano Marcelino, el historiador oficial, nos ha dejado un retrato sin calor alguno, que hace pensar más bien en el expediente administrativo de un funcionario mal considerado: «espíritu limitado e influenciable», «inteligencia confusa», «todo lo llevaba a su terreno», o incluso: «no se distinguió por otra cosa que por las guerras civiles». Demasiado parcial. De hecho, se sabe que era cristiano y de tendencia arriana, a diferencia de Constante. Era piadoso, con-

vencido de que su cargo lo había recibido del Todopoderoso, de carácter retorcido, falso como él solo y, sin embargo, atesorando el recuerdo exacto de sus supuestas sinceridades. Si no había vencido jamás a nadie en un campo de batalla, estimando que ya tenía generales para ello, tampoco dejaba de dirigir el Imperio, tanto en lo militar y lo civil como en lo religioso, con la fría decisión de un gran patrón. Para él, la razón de Estado siempre era lo mejor.

Constancio, por otra parte, estaba secundado con eficacia por auxiliares poco tranquilizadores. Como todos los poderosos, se apoyaba en las informaciones. Vivía rodeado de esbirros, informadores y espías de todo pelaje. Tales eran los *agentes in rebus* y otros *curiosi* que, de manera literal, pulularon bajo su reinado. Algunos de esos funcionarios se hicieron famosos, por ejemplo un tal Eusebio, eunuco encargado de la casa civil, que, sin impedimento alguno, se subía a las barbas de su amo. Se acostumbraba a decir que si se quería obtener alguna cosa, valía más la pena acudir primero al emperador, ya que éste tenía mucha influencia sobre el eunuco... También estaba un tal Pablo llamado «Cadena», porque se le daba muy bien enredar a los desgraciados entre los eslabones de su dialéctica, con los resultados que ya podemos adivinar. Era cristiano y había hecho someter a tortura a unos paganos de Palestina convencidos de haber consultado a un oráculo. Por último, encontramos a Mercurio, un chupatintas persa a quien se apodaba el Conde de los Sueños, ya que se apresuraba, según se rumoreaba, a informar a su amo hasta de los sueños de los cortesanos de los que tenía conocimiento. Detalles de la historia mínima, desde luego, pero que nos aleccionan sobre el ambiente de un reino. Añadamos también que Constancio, casado tres veces, sufría por no tener un heredero, circunstancia que complicaba aún más su situación.

Atrapado entre la usurpación de Magnencio y la guerra contra los persas sasánidas, Constancio se hallaba muy agobiado. En un primer momento se dirigió a Naiso, villa estratégica junto al Danubio, y gracias al apoyo de Constantina, una de sus hermanas, consiguió retener a las tropas de Iliria y evitar que se sumaran a los insurgentes bajo la bandera de Magnencio. No obstante, una vez llegado a ese punto se preguntaba qué debía hacer a continuación. Si perdía de vista los asuntos de Oriente para ocuparse de Magnencio, los persas sasánidas no dudarían en aprovechar la ocasión. Si volvía a Constantinopla para enfrentarse con los persas sasánidas, con toda seguridad Magnencio, en Occidente, no se quedaría inactivo... Además, le hacía falta un segundo, y de su propia dinastía, para asegurar al elegido un máximo de legitimidad a los ojos de los soldados. ¿A quién elegir? Entonces fue cuando se acordó de quienes tanto había deseado hacer caer en el olvido: sus primos Galo y Juliano, recluidos desde la carnicería del año 337 en la que había desaparecido toda su familia. Juliano era demasiado joven aún, y se decía que débil, demasiado intelectual. Galo, por el contrario, adecuadamente sencillo, buen cristiano, excelente caballero, le pareció apto para constituir un César a su medida. En 351, pues, sacaron al joven de la fortaleza de Macelo, lo elevaron a la categoría de César, lo casaron con Constantina, hermana del emperador, y le enviaron a Antioquía para administrar Oriente mientras Constancio acababa con el usurpador.

No fue una tarea fácil, porque Magnencio era muy tenaz. Hubo que desguarnecer las fronteras, con el riesgo que suponía semejante operación. Constancio no retrocedió ante ningún medio a su alcance, como, por ejemplo, suscitar una invasión de los alamanes en la Galia, sobre la retaguardia de

Magnencio... Estos acuerdos paradójicos con los enemigos naturales de Roma tuvieron, si se piensa bien, unas consecuencias muy graves. Por fin, Magnencio fue batido en Mursa (Osijek, en Croacia), se replegó hacia Aquilea y, después, hacia la Galia. Sin poder pasar a Hispania gracias a un ardid de Constancio, fue vencido de manera definitiva junto a Gap. Aislado, se dirigió a Lyon donde se suicidó. Victoria pírrica para Constancio: quedaba, desde luego, como único amo del Imperio, pero la Galia permanecería de forma duradera en manos de los alamanes, a quienes había hecho entrar de forma tan astuta pero a quienes habría que expulsar un día... Pero, ¿quién se encargaría de ello, dado que había que ocuparse de los persas sasánidas?

En Oriente, mientras tanto, el César Galo y su esposa Constantina sumaban un error tras otro. El poder no les servía para nada. Aunque Galo obtuvo algunos éxitos militares y consiguió contener a los persas sasánidas en el frente oriental durante la ausencia del emperador, se portó de una forma muy torpe, tiránica. De ejecuciones capitales a destierros, de confiscaciones abusivas a escándalos, aquella pareja tan desacertada había acabado por enemistarse con todo el mundo en Antioquía. Y no digamos nada de su conducta. Imaginamos que el emperador era informado día a día de la forma de actuar de su César, así como de los riesgos que le hacía correr en el puesto que ocupaba. Ante la magnitud de los estragos, Constancio lo fue neutralizando de manera progresiva hasta aislarlo por completo y, al fin, hacerlo juzgar a puerta cerrada para mandarlo decapitar. Aquello pasó en el curso del invierno de 354. «Así murió prematuramente Galo, asqueado de su propia persona, en el vigésimo noveno año de su edad y el cuarto de su reinado.» Ese comentario desengañado de Amiano Marcelino da el último

toque a la carrera de un hombre bastante nefasto, propulsado sin transición ni miramientos desde la reclusión hasta la cima de todos los honores.

Debido a la torpeza de Galo César, Constancio se encontraba en idéntica situación de la de cuatro años antes, complicada, además, por una nueva usurpación. Vale la pena contar esta historia, ya que nos dice mucho sobre el ambiente dominante. Constancio había confiado a un general competente y leal, de nombre Silvano, el cuidado de las Galias, hundidas en el estado que ya conocemos. Ese oficial de origen franco cumplió a las mil maravillas su cometido, cuando un buen día supo que se decía que estaba encabezando una conspiración con vistas a hacerse con el poder. Él no sabía nada de todo aquello y ya los servicios secretos del emperador se habían puesto en marcha. De hecho, Silvano fue víctima de una maquinación montada pieza a pieza por su personal subalterno, interesado en verlo saltar. El pobre muchacho, que hasta entonces no había pretendido cosa alguna, y aún menos la púrpura, se vio perdido. Conocía bien a Constancio y sus servicios, y supo que jamás conseguiría convencerle de su inocencia. Entonces, ya puestos en situación, Silvano se dijo que si al menos usurpaba de verdad el poder, tendría una oportunidad de salir con vida. Condenado a una huida hacia delante, reunió a algunos jefes, arengó a sus tropas y gritó «¡Silvano Augusto!» en la mejor tradición. Constancio tomó aquel asunto como una cuestión personal, y el infortunado Silvano fue asesinado en Colonia poco después, sin que las cosas llegasen más lejos. Esta historia de locos había añadido más leña a los demás desastres, pues privaba a Roma del único jefe capaz de ocuparse de las Galias, donde la situación se agravaba día a día.

Pensando en aquella expedición contra los persas sasánidas de la que siempre se hablaba pero nunca se llevaba a cabo, Constancio designó como césar encargado de los asuntos de las Galias al hermanastro del difunto Galo, el joven Juliano. Desde el asesinato de su familia, aquel príncipe, del cual ya he relatado en otros lugares con todo detalle su asombroso destino, había pasado todo su tiempo estudiando. Letrado, filósofo o al menos apasionado por la filosofía, Juliano era lo que se suele llamar un hombre de conciencia. Nacido en un medio cristiano, instruido por un pedagogo que le había atiborrado de Homero y Hesíodo, había sufrido, como todo el mundo, el catecismo dispensado por los eclesiásticos arrianos, bastante discutibles, como un tal Jorge de Ancira, antiguo mercader de cerdos que había tomado las órdenes y que acabaría, mal que bien, como obispo de Alejandría. El espectáculo de la masacre de sus parientes más cercanos por las tropas de los muy cristianos emperadores a buen seguro no contribuyó a dar a aquel adolescente una imagen atractiva de la nueva religión. Sostengo que aquel joven a quien se apodó de forma tan malévola como el Apóstata no estaba más comprometido con el cristianismo que cualquier muchacho de hoy en día, cuya primera comunión es, a menudo, la última. Había aprovechado su reclusión en Macelo para empaparse de forma literal con autores de todo tipo que había encontrado, de modo algo paradójico, en la bella biblioteca del prelado Jorge de Ancira. De tal modo que, convertido en un experto en pensamiento griego, apasionado sobre todo por un cierto platonismo de estilo místico del cual hablaremos un poco más adelante, Juliano, dentro del mayor secreto, había renovado sus votos con el culto solar de sus antepasados ilirios. Aun conservando las formas externas del cristianismo, adoraba dentro de su corazón a los antiguos dioses del Imperio. Para

él, la religión cristiana era un desvío pasajero responsabilidad en gran medida de su tío Constantino, un paréntesis desgraciado en la historia de Roma. Esperaba, con un fervor de converso, que un día regresaría a los cultos tradicionales que habían conseguido la grandeza del Imperio.

¿Había burlado Juliano la vigilancia de Constancio? ¿El emperador, que tenía necesidad de él, había cerrado los ojos? El caso es que la emperatriz Eusebia se interesó por Juliano y, sobre todo, pretendió usarlo para sus propósitos. Ella fue en gran medida la que se ocupó de la promoción del joven príncipe. A finales del año 355 Juliano, de improviso y más bien a su pesar, fue nombrado César, casado contra su deseo con Helena la Joven, la otra hermana de Constancio, y, por último, propulsado hacia las Galias, donde las cosas no podían marchar peor. Los francos, los alamanes y los sajones se habían asegurado cuarenta villas fortificadas a lo largo del Rin y Colonia acababa de caer después de un asedio interminable. En el resto del territorio no iba mejor: los cuados y los sármatas devastaban las provincias danubianas, obligando a Constancio a intervenir.

En tales condiciones, ¿qué podía esperar Constancio de un César salido de las bibliotecas, ignorante por completo del arte de la guerra, carente de toda experiencia en materia de mando y de administración? Con probabilidad, que hiciese de mero comparsa. Mientras un equipo cuidadosamente escogido de oficiales de carrera, altos funcionarios e informadores trabajaba sobre el terreno, Juliano debía, según la idea que se hacía Constancio, pasear por todas partes la púrpura imperial y manifestar de modo simbólico, allí donde fuese necesario, la presencia del Imperio. Sin embargo, lo que Constancio no había

previsto era que Juliano, concienzudo como pocos en ese medio, iba a tomarse muy en serio su papel de César fantoche. ¿Que debía aprenderlo todo? ¡Qué importa! Para gran desesperación de los verdaderos generales, lo aprendió todo sobre el terreno: las maniobras elementales, el arte de disponer las unidades y hasta el oficio de administrador de provincias. Este propósito no se alcanzó sin problemas, desde luego, y Juliano se encontró más de una vez contrariado, de manera abierta o, más a menudo, de forma solapada, por los miembros de un equipo del cual no era jefe más que sobre el papel, quienes eran demasiado conscientes de ello y se sabían apoyados en su sorda resistencia por el propio Constancio. Sin embargo, durante los años 356 a 360 y a pesar del aislamiento, de la enfermedad, de los duelos y de la mala voluntad de su entorno, Juliano consiguió imponerse con amplitud y excelencia, y Constancio tuvo que resignarse, a regañadientes, a dejarle la dirección efectiva de las operaciones. Juliano había establecido su cuartel general en Lutecia, lugar que le gustó mucho, disfrutando del Sena, cuyas aguas, escribía, eran tan claras como sabrosas para beber... La verdad es que hizo maravillas, porque en 360, al término de numerosas campañas tanto en el Rin y más allá como en el interior de las tierras, la situación de las Galias estaba ya restablecida y los bárbaros calmados. Juliano se había ganado el Imperio.

Desde Constantinopla, que había conseguido recuperar al fin, Constancio observaba sin placer alguno el ascenso de su César a la cumbre. Escaldado por seis usurpaciones, se sentía autorizado para preguntarse si Juliano no prepararía una séptima. Por otra parte los persas sasánidas, tras comprobar que los romanos no se movían demasiado, acababan de apoderarse de la villa fortificada de Amida, capturando en el mismo golpe

de mano seis legiones romanas. No hubo reacción rápida y el prestigio militar sufrió un duro golpe. Ahora bien, ¿de dónde sacar las tropas bien entrenadas que había que oponer con urgencia a un Sapor II que prometía llevar a cabo hazañas aún más gloriosas? Entonces fue cuando Constancio pensó en matar dos pájaros de un tiro. Llamó a los excelentes efectivos de las Galias que acababan de tener éxito en su reconquista, pues así se dotaba de los medios de vencer a los persas sasánidas y al mismo tiempo abortaba la eventual usurpación cuyo proyecto podía haber acariciado Juliano... Dio órdenes en ese sentido, pues, pero entonces fue cuando se produjo lo imprevisto. Las tropas de Juliano, compuestas en su mayoría de galos y de bárbaros adscritos, y que se sentían muy unidas a su César, se negaron con obstinación al abandono de la Galia. ¡Tanto como había costado restablecer la situación y había que partir al otro extremo del mundo, dejando a sus familias a la merced de los bárbaros, dispuestos a volver en cualquier momento! Inconcebible. De modo que en el curso de una noche memorable de febrero de 360, Juliano fue aclamado contra su voluntad (o al menos eso fue lo que él dijo y repitió), mientras le gritaban con insistencia: «¡Juliano Augusto!» La grandiosa trama de Constancio había conducido, pues, a una séptima usurpación.

Pequeños y grandes espíritus

Desde los tiempos de Constantino y a pesar de dificultades de todo tipo, la vida intelectual, sobre todo en Oriente, estaba lejos de ser despreciable, aunque sus manifestaciones contienen un valor desigual. El gran Porfirio murió en 310, no dejando entre los paganos más que lamentaciones. Incluso estuvo a punto

de morir una segunda vez porque los cristianos, molestos por su tratado contra la nueva religión, se dedicaron a borrar todo rastro de sus obras en perjuicio de la posteridad. Mientras Eusebio de Cesarea no temía decir que Constantino era «el único verdadero filósofo» y el cristianismo la única y verdadera filosofía, el neoplatonismo de Porfirio y sus discípulos no estaba de moda. La antorcha había pasado a manos de uno de sus alumnos, Jámblico de Calcis, inmerecedor de ella, pero que también congregaba multitudes en sus conferencias. Según parece, aprovechó los últimos momentos de libertad de pensamiento y de palabra.

Nacido bajo Decio, ese sirio ya no era joven e inspiraba una gran confianza, circunstancia que explica su papel de director espiritual de la buena sociedad así como la vasta correspondencia que mantuvo y de la que Estobeo, por suerte, conservó algunos extractos. Se había formado en el medio alejandrino, en la encrucijada de todas las influencias. Matemático experto como cualquier pitagórico, había esbozado una teoría del alma a través de los enfoques y las realizaciones de las matemáticas, aunque descollaba más en filosofía. Inspirándose en un Platón releído por Plotino y, sobre todo, por Porfirio, había modificado el neoplatonismo en un sentido que, desde luego, habría inquietado a Plotino en otros tiempos. Una modificación muy determinada por el espíritu de la época. En efecto, ante los progresos fulgurantes del cristianismo que, como hemos dicho, empezaba a conceptualizar sus misterios para convertirlos en la base de una especie de filosofía, los intelectuales paganos se sentían obligados a responder de modo parecido. Intentaron realizar a su vez, por tanto, una lectura filosófica de la vieja mitología griega capaz de sostener a un tiempo el alma y el espíritu, la especulación y la piedad. Asimismo, les hacía

falta conferir a ese tesoro de sabiduría un alcance sacramental que hiciera sensible lo divino, y con este fin daban ahora en unas prácticas y unas manipulaciones que se consideraban capaces de hacer aparecer la divinidad como entidad inmanente a todo el cosmos. Si del lado de los cristianos Atanasio de Alejandría enseñaba que Dios se había hecho hombre a fin de que los hombres se hicieran dioses, del lado de los paganos Jámblico pretendía llegar al mismo resultado explotando los recursos ocultos de los misterios venerables de Egipto, las revelaciones de Hermes Trimegisto, etc. Bella espiritualidad la que Jámblico expone en sus *Misterios de Egipto*, felizmente conservados, pero de resultados prácticos discutibles, ya que el mago pretendía hacer milagros a imitación de los cristianos, que no se quedaban cortos en ese terreno: levitación, iluminación de su propio cuerpo, chorros de agua luminosa, estatuas animadas, puertas que se abrían solas, etc., todos esos prodigios atraían las almas en busca de lo maravilloso, que tanto apasionaba en la época. Lástima que las intuiciones de un pensamiento tan elevado (cuya expresión se aúna, hasta confundirse, con las fórmulas de los Padres de la Iglesia) se comprometiesen en unas chapuzas que, sin duda, debían mucho a los recursos de los tramoyistas de teatro... No obstante, recordemos una vez más que ése era el espíritu del tiempo, y que éste se consideraba tan sólido como el hierro. Además, aquel proceder a menudo funcionaba muy bien, como podemos constatar. Si Jámblico no conoció nunca problemas por parte de las autoridades civiles, sin duda es porque se mantuvo siempre alejado de la corte. No ocurrió lo mismo con su discípulo, Sopatros de Apamea, un filósofo sirio muy bien introducido en el entorno, puesto que a él correspondió pontificar, a lo pagano, con ocasión de la dedicatoria solemne de Constantinopla en el año 330. Sin embar-

go, Sopatros (y eso le perdió) pasaba por ser el hombre más sabio de su tiempo y, por tanto, dotado de poderes ocultos y muy extensos. El caso es que un capricho de la meteorología bloqueó los vientos de tal modo que los barcos de avituallamiento no podían atracar (¡la pesadilla de los gestores!) y se responsabilizó de ese sabotaje al infortunado filósofo, a quien Constantino mandó decapitar.

Poco más o menos en la misma época, un siciliano llamado Firmico Materno, nacido con el siglo, ejercía en Roma, sin gran relieve por otra parte, la profesión de abogado. Ferviente adorador del sol, había compuesto una *Mathesis* en siete tomos en la que divulgaba los secretos de la astrología con un espíritu a no dudar porfiriano. Tras apercibirse de que los cristianos estaban en el poder para largo tiempo, Firmico estimó urgente cambiar de chaqueta y, en consecuencia, se hizo cristiano. Le hacía falta entonces, sobre todo, como dice Robert Turcan, «rehabilitarse ante una militancia fanática» de su pasado de astrólogo neoplatónico y de sus nexos con los medios paganos. De ahí su tratado *Sobre los errores de las religiones paganas*, en el cual vuela en socorro de la victoria con la diligencia de los que tienen que recuperar su virginidad ideológica. En este panfleto, tan hosco como pobre, Firmico, sin la menor vergüenza, invoca sobre sus antiguos correligionarios los rigores del brazo secular. Lo más curioso (y Firmico Materno se tiraría de los pelos si lo supiera) es que ese auténtico panfleto provocador sigue constituyendo hoy en día uno de los mejores documentos conservados sobre los cultos antiguos, ya que para exorcizarlos mejor, se dedica a describirlos con todo lujo de detalles... La edición que preparó Robert Turcan constituye una verdadera delicia.

Un pensador de otra envergadura muy distinta, Temistio, nacido en Asia Menor bajo Constantino, permanecería duran-

te largos años al frente de la escena política, porque sería consejo de no menos de seis emperadores. Buen aristoteliano, fue descubierto un poco por azar por el propio Constancio II cuando vegetaba en Ancira. Con su nombramiento para la prestigiosa cátedra de Constantinopla, la primera del mundo en aquellos momentos, el emperador le había brindado su fortuna. Temistio se convirtió en pensador oficial y filósofo de moda, que almorzaba en ocasiones en palacio. Sabía vivir: en sus numerosos *Discursos* predicaría la famosa doctrina «de la realeza», a la cual he hecho alusión a menudo. En resumen, Temistio se desmarca de forma abierta de cuanto enseñaba dos siglos antes Dión de Prusia en la corte de Trajano. Lo más curioso es que Temistio no cediese al ambiente y permaneciese fiel al paganismo, muy tolerante por otra parte, de sus antepasados. Este adorador de los antiguos dioses sabría aconsejar a los fieles del nuevo con una notable inteligencia. Era la tolerancia hecha persona. «Al introducir la obligación –se atrevió a indicar ante el emperador Joviano–, se abole la libertad que Dios nos ha otorgado. Todos los corredores, en el estadio, se lanzan hacia el mismo árbitro, pero no todos hacen la misma carrera; el punto de partida es diferente para los unos y para los otros, y el vencido no está del todo privado de honor... La vía que conduce a Dios no es única, sino que todas convergen hacia ese único término.» Maravilloso Temistio, hoy en día tan poco conocido...

Otra gran figura del siglo fue el profesor Libanio, un retor nacido en Antioquía bajo Constantino. Había corrido mucho mundo, tal como cuenta en su *Autobiografía*, y a falta de haber encontrado plaza en otro lugar, fue a enseñar elocuencia en su villa natal. Pagano convencido, se apenaba mucho cuando comprobaba la pérdida de los valores religiosos y morales que

habían constituido la fuerza y la gloria del Imperio. Libanio tendría los discípulos más dispares desde el punto de vista ideológico: Juliano el emperador y pagano ferviente, y los futuros santos obispos Basilio y Juan Crisóstomo. Por suerte, la mayoría de su obra nos ha llegado bajo la forma de grandes *Discursos*, serie de piezas de circunstancias, apologías, elogios fúnebres y también *Cartas* (más de un millar) dirigidas a los corresponsales más diversos, emperadores, colegas, filósofos, incluso obispos. Sus escritos permiten hacerse una idea no ya de la vida universitaria de su tiempo sino también de las angustias de toda una época y de sus taras materiales y morales. Otros maestros reinaban sobre el mundo, que no era ya el de su juventud desaparecida, y esos hombres nuevos, que no le gustaban, mostraban una forma muy diferente de ver el bien y el mal, de juzgar los derechos y los deberes. Aquella transformación cogió a Libanio a contrapelo. Al leerle tomamos conciencia de la distancia que se va creando entre ambas civilizaciones, la pagana y la cristiana, y las dos sensibilidades, por desgracia irreconciliables, a pesar de los esfuerzos de los hombres de buena voluntad. Libanio se ve como el último defensor de una religión tan muerta como el mundo tan amado que ha dejado de animar. Desesperado, se extinguirá a final del siglo, en la más completa oscuridad. Ni siquiera sabemos nada de su fin.

En Roma, otro retor conoció también una carrera muy agitada, aunque la vía que eligió le dio al menos la paz de espíritu. Mario Victorino nació bajo la tetrarquía y ocupó la cátedra romana de retórica. Había llevado a cabo un trabajo considerable: comentarios de Cicerón y Virgilio, traducciones de autores griegos al latín (Porfirio, quizá Plotino) que ponía también al alcance de los estudiantes de Occidente, menos versados en aquel momento en el griego. Apegado a las costumbres

ancestrales, seguía siendo pagano sin beatería ni fanatismo alguno. Encontraba en el neoplatonismo un suplemento espiritual y lo convertía de buen grado en el clima de sus exégesis de Virgilio. ¿Por qué tenía que abandonar una religión que le aseguraba la paz de corazón y de espíritu, además del sentimiento de continuar una tradición venerable? Por lo demás, nadie le importunaba. Bajo el Imperio cristiano, los profesores paganos continuaron dando clase, si bien una cierta sospecha hacía escasear un tanto la audiencia. Victorino, por otra parte, era lo bastante generoso de ideas para abrirse a los textos sagrados de los cristianos: san Juan o san Pablo, en los que tenía la impresión de recuperar, bajo otra forma, las enseñanzas de su querido platonismo. De tal modo que su conversión en el año 357 no extrañó a nadie entre los cristianos: todo el mundo la esperaba. Continuó escribiendo, mezclando las dos espiritualidades sin demasiadas contemplaciones. Un teólogo de hoy en día, como es lógico, sentiría un sobresalto al verle comparar con plena tranquilidad Cristo a Hermes, o incluso establecer un paralelismo entre la metamorfosis de Hermes en pájaro y la encarnación del Verbo... ¡La época, siempre la época! No obstante, quiso la desgracia que, por exceso de celo, el emperador Juliano decidiese, contra la opinión de algunos de sus consejeros, incluso paganos, la expulsión de la enseñanza pública de los profesores cristianos. Sin decir ni palabra, Victorino abandonó su cátedra y se dedicó a comentar, hasta el fin de sus días, sólo los textos de las Santas Escrituras. Funesta medida que privó a la universidad de un gran espíritu. Más adelante volveremos sobre este asunto.

Poco más o menos contemporáneo de los trabajos de Victorino, pero situada en otro género por completo distinto, apareció en Oriente una *Exposición de las cosas y las gentes del*

mundo entero, curiosa compilación en la línea de las guías tipo Guide Bleu o Gault-et-Millau, ya que el autor, un pagano anónimo, describe con minuciosidad todas las naciones del mundo, sus curiosidades, sus especialidades gastronómicas... En ocasiones, ese trotamundos evoca sin complejo algunos parajes donde de manera manifiesta no ha puesto jamás los pies, aunque sólo sea porque no han existido más que en su imaginación. En estos casos, señala con gran desenvoltura las particularidades interesantes, como las lluvias cotidianas de pan características de la Camarindia (o sea, del país del Edén). Claro que el viejo Plinio ya daba cuenta de lugares donde llovía de todo: leche, sangre, miel, incluso chatarra, fenómeno que debía de plantear bastantes problemas a los pobres viandantes. Así era la ciencia de la época. Sin embargo, nos enteramos de que en Beirut se realizaban excelentes estudios de derecho y de administración pública, y que el Museo de Alejandría era muy frecuentado.

El historiador del siglo es Amiano Marcelino, nacido sin duda bajo Constantino en Antioquía. Oficial de la caballería bajo Constancio II, de quien sería uno de sus grandes seguidores, sirvió a las órdenes de Juliano, tomó parte en combates bajo diversos cielos y se retiró poco después de la desaparición de éste último. Entonces tuvo que exiliarse a Roma, donde las pasiones estaban más calmadas que en Oriente, y consagró sus últimos ocios a la redacción de una *Historia* que se centraba en los tres siglos transcurridos desde Nerva. De treinta y un libros con los que contaba en origen la obra se perdieron nada menos que trece. No disponemos más que de los que cubren el período final, desde los últimos años de Constancio hasta la

muerte de Valente. Enriquecida con su experiencia como testigo, escrita con un verbo satírico y a veces de una malevolencia irresistible, esta crónica a lo Saint-Simon exalta o destroza a los personajes según la admiración o el desprecio que les profesa el autor. Sin embargo, siempre es objetiva. Aquellos que le caen bien no reciben menos críticas y en cuanto a los que no le caen bien, consigue, al menos, que se les haga justicia. Juliano, a quien venera, tiene sus debilidades; Constancio, a quien detesta, sus cualidades. Se mantuvo también apartado del cristianismo, que observaba sin exceso de benevolencia, pero Amiano jamás fue sectario y llegó a lamentar los excesos de la reacción pagana bajo Juliano.

Señalemos, por último, el *Libro de los Césares*, historia resumida del Imperio desde Augusto hasta la fecha de su composición, en torno a 360, por el africano pagano Aurelio Víctor, gobernador de Panonia con Juliano. Si su estilo está inspirado de forma visible en Tácito y Suetonio, las fuentes parecen, sin embargo, más amplias. En el futuro, la historia de Roma estaría, con la *Historia nueva* de Zósimo, a cargo de Oriente. El Imperio de Occidente habrá desaparecido.

Esta serie de datos muestra bastante bien la permanencia, cuando menos por un tiempo aún, de la alta cultura en ese mundo que calificamos con demasiada comodidad de Bajo Imperio, al que acaso habría que llamar mejor, con Henri-Irénée Marrou, «antigüedad tardía». Continuamos estudiándolo así, y de la misma forma, aunque sea a veces otra cosa lo que estudiamos. Y de una cabeza a otra, pagana o cristiana, encontramos idénticas cadenas de razonamientos, los mismos autores de referencia: Cicerón, Virgilio, Varro, Plinio, que vuelven una y otra vez.

También el mismo estilo, de ahí ese aire familiar que poseen todos los textos de la época, más allá de las evidentes disparidades de cultos y de convicciones. Libio o Juliano pudieron indignarse: ¿no era un pillaje desvergonzado de los tesoros milenarios del paganismo? Sin embargo, Temistio se acomodó sin problemas. Veía más allá.

El emperador Juliano o el crepúsculo de los dioses

Habíamos dejado a Juliano César en Lutecia, convertido en Augusto a su pesar por la voluntad unánime de sus galos y de sus valientes auxiliares germanos. ¿A pesar suyo? ¡Ya lo veremos! Como hemos apuntado, era un hombre de fe. Persuadido en el curso de aquella famosa noche de febrero de 360 de su sublime vocación, podemos estar seguros de que leyó en los acontecimientos de Lutecia, acompañados de visiones celestiales, una señal de los dioses. Constancio no tardó en ser informado de lo que había pasado y su reacción fue, no lo dudamos, muy poco amistosa. A los emisarios que de modo cortés le había enviado Juliano, en la esperanza de llegar a un arreglo satisfactorio por las dos partes, respondió en esencia que urgía acabar de inmediato con aquella broma pesada. Inútil. Entre los dos hombres, como confesará Juliano, reinaba ya «una amistad de lobos».

Ambos se observaban, cada uno en su lado. Sopesaban los pros y los contras de un enfrentamiento. Constancio, más comprometido que nunca por la cuestión persa, no se apresuraba a abandonar Oriente. En cuanto a Juliano, vocación divina aparte, se daba cuenta de que tenía en su contra, según todas las estimaciones, a tres cuartas partes del Imperio. Aprovechó el año

360 y el principio de 361 para perfeccionar la pacificación de los galos, pero supo también que Constancio concentraba refuerzos por todas partes y se aseguraba puntos estratégicos. Querían encerrarle en su terreno para reducirle mejor. Peor aún: fiel al procedimiento que tan bien le había resultado con Magnencio, parecía que Constancio de nuevo mantenía relaciones con los bárbaros. De repente, Juliano se alarmó. Había que tomar la delantera con urgencia a las intenciones del emperador. En la primavera de 361, con sus veinticinco mil hombres (eran pocos) dispuestos en tres ejércitos, realizó un movimiento hacia Oriente, mientras Constancio se resignaba por fin a emprender el camino hacia Occidente. Una vez más Roma marchaba contra Roma.

Para el ejército de Juliano, aquella marcha fue, contra todo pronóstico, un paseo militar desde Viena hasta las Galias y el Danubio, y después una navegación fluvial de 1.280 km hasta la actual Bonostor, desde donde continuaron hasta Sirmio, la villa estratégica, clave de Oriente. Las guarniciones locales cedían y la población local se les unía, y a finales del verano de 361, Juliano había llegado a Naiso, cuna de su linaje. Ya estaba dispuesto para la acción. No obstante, a pesar de sus éxitos, su posición seguía siendo crítica. Se supo que Constancio, inquieto por el *Blitzkrieg* del usurpador, había requisado todos los vehículos disponibles para acercar a sus tropas hacia el frente de Tracia. Versión anticipada de los taxis del Marne... Se inició así una batalla decisiva de la que dependía la suerte del Imperio. Justo entonces llegó la noticia: el 3 de noviembre de 361 Constancio se había puesto enfermo de súbito y había muerto. *In extremis*, había designado a Juliano como sucesor. Por primera vez un usurpador se convertía en legítimo emperador. La guerra civil no tuvo lugar. El 11 de diciembre de aquel mismo año,

Juliano hacía una entrada triunfal en Constantinopla, su capital, y recibía el juramento de fidelidad de los soberanos aliados.

Cuando evocamos el reinado de Juliano como emperador pensamos, sobre todo, en la restauración de los cultos paganos que sus predecesores cristianos habían suprimido de forma tan brutal, y no hace falta más para que a los ojos de determinados historiadores, sometidos a los únicos textos de los Padres de la Iglesia como Gregorio Nacianceno o Cirilo de Alejandría, Juliano quede como un perseguidor. Hay que restituir a los acontecimientos sus verdaderas dimensiones. Es verdad que el primer acto administrativo de Juliano consistió en un edicto de tolerancia, promulgado en 361, donde restituía a cada uno la libertad de practicar, incluso en el seno mismo del cristianismo, el culto de su elección. Así, no sólo los adoradores de los antiguos dioses recuperaban la posibilidad de seguir los ejercicios de sus cultos, sino que los cristianos tampoco podrían ser objeto de persecución en razón de sus preferencias, sea por el dogma de Nicea, sea por el arrianismo. El emperador hasta se permitió el lujo de llamar desde el exilio a los obispos que sus correligionarios de la otra obediencia habían enviado allí. El reinado empezó, pues, bajo el signo de la tolerancia. Las dificultades surgieron cuando los cristianos, que se habían apoderado con demasiada facilidad de los tesoros de los cultos paganos y sus edificios, se vieron obligados a devolverlo todo. Algunos se negaron y se dedicaron a realizar unas provocaciones que Juliano tuvo que reprimir. Si hubo algunas víctimas, fue principalmente a manos de multitudes mal controladas que procedieron a ajustes de cuentas muy expeditivos, como sucedió en Alejandría. Sin embargo, como ya he dicho y repetido, Julia-

no jamás fue un perseguidor al estilo de Decio o de Diocleciano. Él mismo se preocupó mucho de subrayarlo. No quería forzar a los «galileos», como los llamaba, a la abjuración, sino que más bien deseaba convencerles mediante la dulzura y el razonamiento de que renunciasen a sus errores. En eso se hacía demasiadas ilusiones. Es evidente que dedicó un lugar quizá demasiado amplio en los cargos del Imperio a los funcionarios paganos, pero no practicó ninguna exclusión sistemática. Los cristianos más enconados contra él tuvieron que admitir que sus nombramientos fueron de alta calidad. La única mancha fue aquel edicto del 17 de junio de 362 prohibiendo a los profesores cristianos las funciones docentes y que se fundaba en el principio de que no sabrían explicar con dignidad unos textos mitológicos en los cuales no creían. El propio Amiano Marcelino, pagano convencido, deploraba aquel «radicalismo» político: «medida tiránica», escribe, «que habría que sepultar bajo un eterno silencio».

Como todos los hombres de fe y de convicciones, Juliano imaginaba que su forma de ver el mundo, surgida de la gran tradición filosófico-religiosa de Grecia y de Roma, debía ser compartida de manera universal. Había expuesto ya sus ideas en un tratado llamado *Contra los impíos galileos*, en el que retomaba los argumentos de sus predecesores sobre la materia (Porfirio, desde luego, pero también Celso), muy superiores a él. No hace falta decir que de ese panfleto apenas nos han llegado algunos fragmentos, recogidos el siglo pasado por Harnack, porque los cristianos se apresuraron a hacer desaparecer su rastro. Marcado por lo que había observado en su juventud cristiana, a Juliano se le metió en la cabeza fundar una especie de iglesia pagana que, poco a poco, fuese excluyendo a la otra, con un clero reformado, ferviente, de costumbres puras, que pre-

dicase desde sus cátedras la filosofía platónica y practicase la filantropía como los otros la caridad. Una especie de Auguste Comte cruzado con el monseñor Myriel de *Los miserables*. Al hacerlo así, cedía a su obsesión, y los más sorprendidos fueron los servidores de los templos, a quien nadie había soñado jamás en exigirles un compromiso semejante con la santidad.

En el fondo de todo aquello se encontraba un inmenso malentendido. Hay que dejar bien claro que Juliano estaba muy mal aconsejado. En lugar de inspirarse en un pagano ilustrado y razonable como Temistio, consejero de su predecesor y sus sucesores, pero a quien expulsó por oscuras divergencias en la interpretación de los textos sobre el ejercicio del poder, había ido a buscar a unos filósofos relativamente «locos por los dioses», discípulos de Jámblico y de su platonismo flamígero. Máximo, Prisco y otros ejercieron sobre el príncipe la peor de las influencias y agravaron aún más su tendencia desequilibrada y visionaria. Él mismo, muy devoto y muy constante celebrador de sacrificios, estaba imbuido por un exceso de filosofía. Nos quedan algunos tratados de una gran elevación de pensamiento, cierto, pero sin originalidad notable. Juliano, en realidad, no se había dado cuenta de la pérdida progresiva de audiencia de las religiones paganas y de la disminución de fervor entre sus adeptos, fenómenos unidos a las tradiciones más que al «fondo de la religión», como diría Pascal. Todo aquello olía a refrito y se había convertido ya, a los ojos de los propios paganos, en una reconstrucción histórica. No hay apenas necesidad de precisar que de aquella restauración no sobreviviría nada al restaurador. Sin embargo, para algunas almas fervientes como Libanio, aquel corto regreso de las queridas ceremonias de su infancia fue como un veranillo de San Martín antes del eterno invierno.

Aun así, no debemos obsesionarnos con la dimensión religiosa de aquel reinado, pues tuvo otras. Cuanto Juliano llevó a cabo como emperador, sus reformas, su legislación, fue valeroso. Hostil a los excesos de la burocracia y, sobre todo, a la hegemonía indiscreta de los *agentes in rebus* (esos espías de la época), practicó un deslastrado severo de los servicios administrativos y del personal pretórico colocado por la dinastía constantiniana. Buscó el retorno a un estilo más cercano a los Antoninos, a Marco Aurelio más que nadie, a quien había convertido en su modelo. Vigiló cualquier forma de «blanqueo» en la administración, volvió a examinar de cerca las rebajas abusivas de impuestos que sólo aprovechaban a los más favorecidos. Esas economías permitieron reducir de manera proporcional la fiscalidad, que se ingenió para repartir de forma equitativa. Su larga estancia en las Galias le había hecho descubrir la importancia de las ciudades, que constituirían la trama del Imperio, y de sus consejos de notables. En aquella época, muchos se exoneraban con demasiada facilidad de esos honores tan costosos que eran la gloria y la cruz de los ciudadanos con más elevado rango y fortuna. Esos títulos, esas magistraturas que se buscaban en tiempos de prosperidad, se vieron abandonados por sus titulares naturales, poco preocupados por dedicar al bien público un dinero que ahora les costaba mucho ganar y, sobre todo, conservar. Juliano reconstituyó con autoridad los consejos y reglamentó las exenciones. Por el contrario, hizo restituir a los presupuestos comunitarios los bienes que Constantino había expoliado de forma indebida. En suma, apasionado de la justicia, hizo acelerar los procedimientos. Sana política de gestión, de la que por desgracia no se pudieron apreciar los efectos a largo plazo, ya que para el emperador el tiempo estaba contado.

Recordemos que el problema persa había emponzoñado la vida entera de Constancio II, que murió sin haber podido concluir esa guerra heredada de Constantino. Juliano, perdido en sus sueños de una gloria recuperada al mismo tiempo que sus dioses, creyó llegado el momento de alcanzar una solución definitiva. En su descarga hay que decir que no había conocido hasta entonces más que éxitos: vencedor de los bárbaros desde Germania hasta la desembocadura del Danubio, vencedor incluso de los raros romanos que se habían opuesto a él, se veía como un elegido de los dioses. Sería el nuevo Alejandro (¡eterna fascinación!), reinando de un extremo del mundo al otro, y los pueblos subyugados se convertirían en masa al helenismo triunfante. Máximo, el filósofo-mago que le servía de primer consejero, se lo había revelado... y le aseguraba que lo había sabido por los mismos dioses, a quienes había consultado. Claro, siendo así...

Lo más curioso es que aquella guerra se habría podido evitar. Sapor II, informado de los éxitos fulminantes del nuevo Augusto de los romanos, se mostraba ahora menos decidido al enfrentamiento. Incluso había hecho algunas gestiones para negociar la paz. Sin embargo, Juliano, con un gesto muy suyo, había roto en pedazos la carta del persa y despedido a sus plenipotenciarios, advirtiéndoles que no tardaría en llevar él mismo la respuesta a su amo. Aquella actitud no carecía de gallardía, pero constituía una declaración de guerra. Sapor se resignó y el estado mayor romano, muy reservado en cuanto a su pronóstico, se dispuso lo mejor que pudo al enfrentamiento. Temistio había desaconsejado una aventura que el Imperio no tenía medios para sufragar; Máximo y otros empujaban en el sentido contrario con una perfecta inconsciencia, estimando que los dioses lo arreglarían todo.

El ejército de Juliano, que contaba con 65.000 hombres, abandonó, pues, Antioquía (con la que el emperador, por su celo pagano, había conseguido enemistarse) el 5 de mayo de 363, en dirección a los territorios persas sasánidas. Una flota equipada de modo magnífico transportó por el Éufrates el material de sitio y cuanto era necesario para la subsistencia. El itinerario de la expedición fue reconstruido con minuciosidad por François Paschoud en su edición del historiador Zósimo. La invasión adoptó primero el aspecto de un avance triunfal, aunque lento, debido al acoso de la caballería enemiga. Se tomaron algunas ciudades y se liberó a algunos prisioneros romanos capturados en operaciones precedentes. La región se iba devastando al paso de las tropas, ya que no se imaginaba ni por un instante la hipótesis de que fuese necesario un repliegue. El hallazgo de la tumba de Gordiano III, caído ciento veinte años antes en el desastre de Misiche, habría tenido que incitar a la prudencia, como todo lo demás en aquella absurda guerra. Los persas, aparte de algunos escuadrones de caballería, parecían hacer el vacío ante el ejército romano y resignarse a su avance. Todo iba demasiado bien. El ejército ganó incluso una hermosa victoria bajo Ctesifonte, la capital, que se debía haber tomado..., pero que no cayó. Instruidos por siglos de guerras con los romanos, los persas sasánidas la habían convertido en una ciudadela inexpugnable. Habría sido necesario un sitio en toda regla, pero los romanos no se podían entretener por tiempo indefinido a terreno descubierto, y mucho menos dado que de un momento a otro podía surgir el grueso de las fuerzas persas.

No había otra solución que replegarse hacia el norte, donde Juliano había dejado un contingente romano destinado, en principio, a servir de apoyo. La retirada se hizo en las peores condiciones materiales y morales. Herido de muerte en el alma,

Juliano tuvo que hacer incendiar la soberbia flota que había llevado hasta allí a costa de tantos esfuerzos para que no cayese en manos de los enemigos. El efecto psicológico sobre las tropas fue tal como nos podemos imaginar. El regreso se llevó a cabo entre el acoso de los persas: éstos se habían reservado con habilidad para el momento en que el ejército romano, agotado y desmoralizado, se aventurase a ciegas en regiones hostiles, bajo un sol de fuego. En aquella aventura lamentable no se salvó más que el honor. Después de una batalla dura para los persas, que les hizo huir de manera provisional, se impuso proseguir con la retirada. El 26 de junio de 363 el emperador Juliano, que se desvivía con un valor excepcional, murió en Samarra durante un combate de retaguardia. Nos gustaría estar seguros de que la jabalina que le abatió procedía de las líneas enemigas. Amiano, que estuvo allí, tenía sus dudas. Prefirió hacer constar que el tiro «partió no se sabe de dónde». Libanio también tenía su idea al respecto. Además, los persas jamás reivindicaron tan ilustre muerto, igual que tampoco se entretuvieron demasiado pregonando la captura de Valeriano. Como contrapartida, en el medio cristiano fue tomando cuerpo, poco a poco, una leyenda más o menos edificante que atribuía aquella traición tan saludable a un tal Mercurio, soldado cristiano, quien obró, según parece, por inspiración de la Virgen María. Al menos eso es lo que cuenta la *Leyenda dorada*. Nosotros ignoraremos siempre el final real de esa historia.

Una vez muerto Juliano, la epopeya acabó en un gran fracaso. Las tropas vacilaron durante un día entero y después aclamaron a un tal Joviano, de origen panonio y de religión cristiana, tan desprovisto de enemigos, afirma Paschoud, como de cualidades. El incoloro Joviano, le llama Jean Gagé. De hecho, a quien habían designado era a un síndico de quiebra, más que

un Augusto romano. La paz fue concluida con el abandono de una gran porción del Imperio en manos de los persas sasánidas. Las conquistas de Diocleciano y Galerio pasaron a ellos por completo y hubo que comprometerse a no intervenir jamás en Armenia. Sin contar con las reparaciones que se debían pagar. Joviano firmó cuanto quisieron. De todos modos, no tenía elección.

Los restos del emperador reposaron en Tarso, villa natal del apóstol Pablo, pero asimismo regado por el Digno, en otros tiempos santificado por el baño que allí había tomado Alejandro Magno, el inimitable modelo de todos los jefes romanos. Con Juliano se acababa el sueño de un helenismo restaurado, de una religión que renacía de sus cenizas a imitación del Fénix... y de una Roma conquistadora. Todo aquello había muerto. El pasado ya cambiaba de sentido en los recuerdos y los cristianos veían en la larga marcha de Roma la lejana preparación del Cristo reinante para toda la eternidad. De momento bajo el insignificante Joviano, habían recuperado su lugar, sus costumbres, su buena conciencia, que no era del todo evangélica. Quienes se habían cambiado de chaqueta estaban dispuestos a cambiársela de nuevo y hacer penitencia. Los torpes que se habían comprometido demasiado junto a Juliano pagaron su imprudencia: fue la clásica caza de brujas que todos los historiadores del mundo tienen costumbre de ver en cualquiera de los contextos. Los profesores cristianos regresaron al camino de las escuelas públicas después de casi dos años de ausencia, algo que no era más que justicia. Los filósofos y los sacerdotes de los templos paganos fueron perseguidos en unas condiciones a menudo atroces, y en eso la justicia no ganó nada. Esta vez, los dioses de Roma estaban muertos y bien muertos.

Capítulo 15

Los últimos días de la Roma antigua

Los pueblos que venían del frío

Nos equivocaríamos si hiciéramos caso de los tópicos que han corrido en exceso sobre el Bajo Imperio. Para la gente de la época aquello era el Imperio, que no era ni alto ni bajo, sino eterno. Sólo para nosotros, que estamos al corriente, ése fue el fin de los tiempos. Para el viajero que franqueaba las murallas, Roma aparecía en su innegable esplendor. Jamás, por otra parte, había sido tan bella, aunque hubiese pasado desde Constantino al rango de capital honoraria, de museo simbólico de las grandes glorias del pasado. La Villa tenía todavía ante sí algunos días hermosos (casi tres cuartos de siglo) y conservaría intacto el prestigio de su nombre. En el Bósforo resplandecía ya la nueva Roma, y el Imperio, aunque descentrado, parecía inmutable. Sin embargo, en todas partes, y sobre todo en las fronteras, la presión iba aumentando con extremo peligro. Las incursiones de los pueblos del norte no habían cesado, en verdad, desde hacía casi dos siglos. Tampoco en esto debemos ceder a las ideas preconcebidas. Se dice a menudo que los bárbaros están a las puertas y se imagina que esas puertas ceden de forma brusca bajo el peso de sus cuerpos numerosos, que las hordas penetran de pronto con gritos salvajes, mareas humanas ávidas de

carnicerías que no dejan tras de sí más que incendios y ruinas. Es cierto, no tardarían en llegar las invasiones definitivas (aunque nadie o casi nadie lo sabía aún), pero en cuanto al tema de las famosas puertas, ya hemos podido comprobar que no eran estancas en absoluto y que una enorme cantidad de bárbaros las habían franqueado ya sin demasiado trabajo, con armas, equipajes y familias. Hacía mucho tiempo que Roma los empleaba a todos los niveles para custodiar sus fronteras. Los bárbaros se habían convertido en soldados (buenos soldados) y en las altas esferas se encontraban ya generales y altos funcionarios que respondían a los nombres, muy romanos, no cabe duda, de Rurik, Bappo, Vadomar, Richomer, Nevitta, Charietto, Dagalaifo, Merobaudo, etcétera. Los bárbaros eran menos simiescos, menos hirsutos, menos rústicos de lo que nos figuramos por los cuadros y las películas. Poseían una industria, una metalurgia incluso superior a la de los romanos, un comercio que deseaban más activo y prometedor de días más agradables. De hecho, esos pueblos que venían del frío llevaban mucho tiempo sufriendo la fascinación del mundo romano y no deseaban otra cosa que integrarse en él. Más de un jefe de tribu había soñado con un grado de general en las legiones, y más de uno lo consiguió. Esos «condottieri», como es lógico, sufrían la tentación, como vamos a ver, de trabajar por su propia cuenta. Y como hemos llegado ya a una nueva era de Roma, debemos precisar que, entre esas gentes, muchos se habían convertido al cristianismo. Aunque no siempre se les había pedido su opinión.

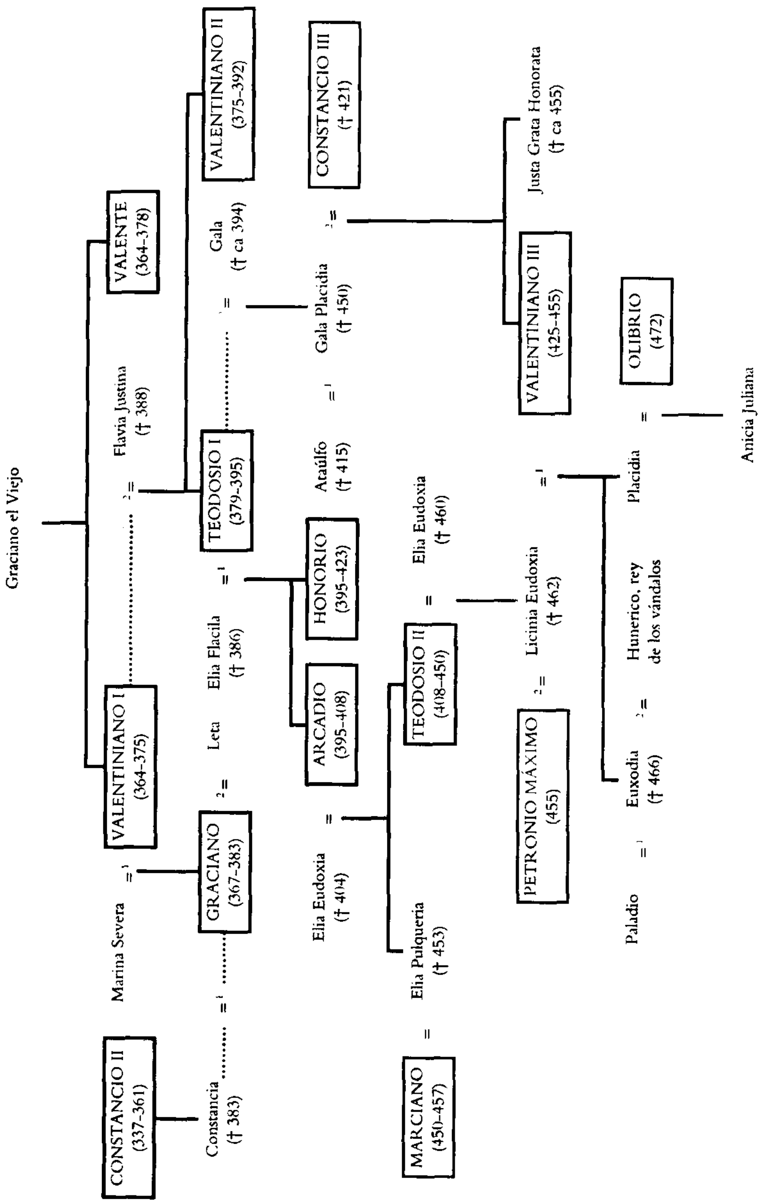
No obstante, detrás de éstos venían otros. Una reserva inagotable de humanidad que vivía en unos climas abominables y cultivaba unas tierras congeladas. Descendían en busca de una forma de vida mejor, de un sol un poco más cálido, de tierras menos rebeldes, de un comercio menos rudimentario. Los unos

empujaban a los otros ante sí. Gigantescas oleadas de población: los hunos empujaban a los alanos que empujaban a los visigodos y los ostrogodos, y los vándalos descendían de su lejana Silesia... y al día siguiente ya se vislumbraban a ojos de los habitantes más avispados del Imperio. Amiano Marcelino, Temistio... Aun así, no son muchos los que se estremecen al ver los primeros signos del gran desastre. En las ciudades continúan divirtiéndose, al menos los ricos. Se esperan los próximos juegos, se apasiona uno por las carreras y, si hay que creer a Salviano, los burdeles no se vacían nunca. En resumen, se vive. Amiano Marcelino deplora la ligereza reinante en la Roma en la que acaba sus días: «Unos ponen todo su honor en poseer coches más grandes que los de costumbre» (¡vaya!) y otros en vestiduras tan lujosas que sudan bajo ellas. A nadie parece que vaya a llegar al día siguiente el fin del mundo. Y sin embargo...

La última dinastía: los Valentinianos

La madrugada del 25 de febrero del año 364, en un oscuro pueblucho de Galacia, encontraron al emperador Joviano muerto en su tienda, donde se había retirado la noche anterior borracho como una cuba. Se otorgaron a aquel cristiano los honores de la apoteosis (negada a Juliano), resolución que demostraba con cuanta alegría se entremezclaban las culturas, y se le sepultó en la iglesia de los Santos Apóstoles de Constantinopla, donde reposaban ya Constantino y Constancio. Una vez cumplidas las exequias, buscaron un nuevo señor y el ejército proclamó a otro panonio, de nombre Valentiniano. Bastante feo, pero valeroso y patriota, hace pensar en Aureliano, del cual tenía la energía y la dureza sin matices. Los soldados le obli-

Los Valentinianos (genealogía simplificada)



garon a adjuntarse un colega y eligió a su hermano Valente, tan desagradable como su hermano mayor, pero menos inteligente y en lo militar menos eficaz. En el reparto, Valentiniano se quedaría Occidente y Valente, Oriente. El Imperio se volvía de manera abierta bicéfalo, y cada uno de los dos Augustos conservaba bajo su mando la mitad de los ejércitos.

Valentiniano remontó con rapidez las dificultades del momento, no dudando jamás en recurrir al terror a poco que la razón de Estado le pareciese que lo exigía. Se enemistó así con el Senado romano, enfrentamiento que le valió los cuidados de Amiano Marcelino. Su memoria se vería ennegrecida por los siglos de los siglos. Es cierto que no velaba más que por su entorno de panonios, unos nuevos ricos rústicos y expeditivos. La corrupción de los medios de la corte era la regla y si Amiano Marcelino dice de él, con amabilidad, que estaba «cerrado a todo sentimiento humano», se puede argüir que tenía la excusa de una situación que se debía sanear. Sólo se le puede alabar por haber tomado el partido de los *humiliores*, gente sencilla y campesinos a la que una ley de 368 puso bajo la protección de un nuevo tipo de funcionarios, los *defensores plebis*. Se trataba de colocar en cada ciudad una especie de mediador, dotado de poderes judiciales en las pequeñas causas y que debía proteger a sus residentes contra las exacciones de los *potentes*, de los poderosos, de quienes se creía que jamás tenían bastante. Por el contrario, el reino vio endurecerse el peso de la burocracia y la omnipotente discrecionalidad del ejército. Valentiniano, por otra parte, manifestaba la preocupación del prestigio intelectual de Roma. Quería convertirla en vivero de los administradores de Occidente, a quienes se daba la mejor formación. Ese cristiano sabía hacer las cosas bien, porque elegía de modo alternativo sus prefectos de la Villa entre paganos y

cristianos. Nos encontraremos con personalidades de gran envergadura, como Símaco, a quien el futuro san Agustín deberá su puesto oficial de retor, detalle que muestra su ausencia de sectarismo, o incluso Pretextato, otro pagano convencido, que monopolizaba los sacerdocios y los pontificados, y adoptó la figura de papa de la antigua religión.

Valentiniano no perdió de vista el peligro bárbaro y reforzó la frontera occidental con fortificaciones que hacían arriesgado todo intento de paso. No se contentó con taponar las brechas, sino que lanzó, según la ocasión, operaciones ofensivas contra los alamanos, sajones y bretones. Incluso consiguió restaurar el prestigio romano en África, donde puso fin a los abusos de los funcionarios, ¡pero a qué precio! Un reinado positivo, a pesar de una cierta brutalidad que le valió muchos enemigos. Valentiniano murió de forma súbita en noviembre de 375 en el Danubio, mientras recibía a una delegación de cuados. Furioso por la insolencia de los plenipotenciarios bárbaros, al parecer, sucumbió a una congestión, suceso que correspondería bastante a la naturaleza del personaje.

Menos dotado y menos afortunado que su hermano, Valente, el Augusto de Oriente, no podía alardear de tantos éxitos. Había visto producirse de forma sucesiva dos usurpaciones. Primero, la de Procopio, proclamado deprisa y corriendo con el pretexto de que tenía un vago parentesco con la familia constantiniana y que casi había conseguido expulsar a un emperador veleidoso y desanimado con demasiada rapidez. Después, Marcelo, pariente del primero. Por suerte, los generales velaban. Mal aconsejado, dejó que se persiguiera a los intelectuales paganos. El excelente Temistio, que había regresado de modo triunfal con

Joviano, tuvo que desvivirse con un discurso interminable, pero Valente no sabía una palabra de griego... Los filósofos fueron perseguidos de una manera odiosa y varios perdieron la vida en unas condiciones que son el deshonor del reinado. Aquella actuación se debía, como veremos, a las convicciones del príncipe.

Asistimos en Oriente a una subida brusca de los bárbaros, unos, como ya hemos dicho, empujando a los otros. Valentiniano, a buen seguro, se las hubiera arreglado mejor, pero Valente se vio muy sobrepasado por los acontecimientos. Se resignó a la entrada de los godos en Tracia, territorio imperial, unas doscientas mil personas de las que vagamente esperaba obtener refuerzos para el ejército. Más bien parecía como si los romanos hicieran todo lo posible para facilitar a aquellas hordas en desbandada el paso del Danubio, río frontera. Cuando se refiere a este asunto, Amiano Marcelino no se tranquiliza: «Despidieron a numerosos agentes con la misión de procurar a aquel pueblo salvaje medios de transporte. Se tomaron precauciones para que ninguno de los futuros destructores del Imperio romano, aunque estuviese atacado por una enfermedad mortal, se quedase al otro lado. Día y noche, en virtud de la autorización imperial, los godos, amontonados en barcas, balsas y troncos de árboles huecos, eran transferidos a esta parte del Danubio... ¡Todas aquellas prisas para conducir a la ruina del mundo romano!». Un poco más tarde, el 9 de agosto de 378, el ejército romano sufriría una espantosa derrota junto a Andrinópolis, la actual Edirne, en Turquía. Valente desapareció en medio del desastre y nadie encontró jamás sus restos.

La política religiosa de Valentiniano y Valente ilustraba bien la escisión en la Iglesia cristiana entre Occidente, de obediencia

niceana, y Oriente, donde dominaba el arrianismo. Valentiniano disponía de inteligencia suficiente para guardarse mucho de intervenir en los asuntos de conciencia. No veía interés alguno, más bien al contrario, en privar a los paganos de la libertad de culto. Con mayor motivo se prohibía toda intromisión en los asuntos de la Iglesia, salvo para reprimir los abusos financieros. Hay que decir que dicha actitud tenía un cierto mérito. Así fue como en 366, la elección del obispo de Roma enfrentó a dos competidores, Ursino y Damasio, y los partidarios de los dos eclesiásticos se mataron entre ellos con menosprecio de la moral evangélica. En un solo día, ciento treinta y siete cadáveres quedaron tendidos sobre las baldosas de la basílica del Sicinio. Ante el aspecto que tomaban las cosas, Damasio requirió contra los partidarios de Ursino a las fuerzas del orden, que cargaron y produjeron ciento sesenta muertos. Fue Damasio quien triunfó al final, un hombre muy letrado, por otra parte, y que versificaba de maravilla. Parece ser que a partir de este obispo, la sede romana tuvo la pretensión de regir a la Iglesia de todo el mundo, ya que dicha sede había sido la de Pedro, el príncipe de los apóstoles.

En Oriente, Valente no había imitado la largueza de espíritu de su hermano mayor. No sólo persiguió a muerte a los paganos, y en particular a la élite intelectual, sino que aquel arriano fanático persiguió a los cristianos niceanos que se encontraban en su territorio. Tan fuertes eran las convicciones de Valente que un día hizo apiñar a un número respetable de opositores cristianos a su credo personal en un barcucho y dio la orden de prenderle fuego cuando estaba en alta mar. Los ahogamientos de Nantes tienen en él un predecesor. Al menos el siniestro Carrier no se llamaba a sí mismo discípulo de Jesús. Temistio, consternado por tanta crueldad aliada a tanta estupi-

dez, protestó. Después de todo, el cristianismo podía conocer divergencias, porque el pensamiento pagano también manifestaba las suyas... ¡Qué valor el de ese filósofo que no escondió jamás sus preferencias por los dioses del Imperio!

Una vez muerto Valentiniano en el Danubio en las condiciones ya referidas, fue su hijo Graciano quien tomó a su cargo Occidente. Ya era Augusto desde 367, habiendo previsto su padre toda eventualidad. Era ese tipo de «buen muchacho» del cual un autor cristiano observa que era «más piadoso que útil para el Estado». En el plano intelectual se lo debía todo a Ausonio, un profesor bordelés a quien su padre había nombrado preceptor. El querido maestro, que no perdía de vista a su propia familia, hizo de carabina de forma muy útil a aquel jovencito de diecisiete años, de naturaleza bastante inconsistente. Merobaudo, un general franco convertido en cónsul, fue asimismo su consejero. Bajo estas influencias, Graciano supo reconciliar la función imperial y el Senado, donde su padre había efectuado grandes recortes. Incluso confirmó la posición de los estudiosos. Los paganos no se encontraron mal en ese reinado, al menos mientras el emperador no cayó en las manos de Damasio, obispo de Roma, y de su colega Ambrosio, un antiguo prefecto tocado por la gracia y convertido en obispo de Milán. Una semi usurpación, grotesca por otra parte, vino a complicar la vida de la corte: el ejército del difunto Valentiniano había proclamado Augusto, Dios sabe después de qué intrigas, al hermano pequeño de Graciano, llamado Valentiniano II, ¡un niño de cuatro años! El Imperio se desacreditaba a una velocidad sorprendente. Se reconoció el título y el niño fue puesto en tutela. Poco después, caía Valente, como se sabe, en la triste bata-

lla de Andrinópolis. Incapaz de reinar por sí mismo, Graciano designó como Augusto de Oriente, el 19 de enero de 379, a un español llamado Teodosio, de una envergadura muy diferente. Como era de esperar, Teodosio adquirió sobre su colega de Occidente un ascendente incontestable, de tal modo que incluso en vida de Graciano fue él quien dirigió el Imperio en su conjunto.

Teodosio «el Grande»... y algunos señores menores

Aunque no tenía nada de simpático, pues era un hombre raro, nervioso, versátil y fanático, Teodosio era todo un carácter. «El Dios visible», como decía con mucha amabilidad un panegirista oficial que se extendía también con generosidad sobre su belleza, algo natural, puesto que emanaba de manera directa del cielo. Temistio seguía allí, acreditando su gran idea, ya aceptada desde Trajano, de que entre el patrón y él (o los) dioses sólo existía una simple cuestión de grado.

En resumen, el Imperio cristiano se había instalado en el mismo alojamiento del otro y todo estaba dispuesto para la teocracia, con una nota añadida de universalismo que es aportación específica de Temistio, como han demostrado los trabajos de Gilbert Dagron: «En la imaginería cósmica tradicional, Temistio tiende a sustituir la imagen de un Imperio hecho de toda la tierra, de todo el mar, de todas las razas humanas, que confiere a su soberano la universalidad». Se adivina lo que pasará cuando el soberano se encuentre (cosa que no tardará en ocurrir) bajo la dominación de unos eclesiásticos conscientes de ser los verdaderos representantes de aquel dios hacia el cual debe mirar

con intensidad el amo del mundo para adoptar sus altas decisiones.

Teodosio y el pálido Graciano reinaron, cada uno en su lado y en buena armonía, hasta el año 383. En Occidente, Graciano guerreó sin oportunidad alguna en Retia y en los Balcanes, permitiendo a los bárbaros que entrasen en Panonia y se comportaran como si estuvieran en su propia casa. Las ciudades del Danubio fueron cayendo una tras otra, y serían los godos quienes hicieran guardia en el Rin. Por su parte, y a pesar de darse muchos aires, Teodosio seguía hacia los godos la misma política derrotista. Leemos no sin interés, de la pluma del godo Jordanes, un centenar de años más tarde, una mención elogiosa de Teodosio, «como un imán, tu paz y la nación de los godos»... Y Temistio seguía ahí, y no en vano. Para el consejero de los emperadores, la romanidad debe ser el alma de un nuevo mundo del cual los bárbaros constituyen las fuerzas nuevas, que hay que utilizar de modo oportuno por el bien del conjunto. Se trata ni más ni menos que de una transposición de la teoría platónica del alma, la que gobierna las pasiones que proceden del cuerpo... ¡Decididamente, se acercaban buenos momentos para los bárbaros! Esto se tradujo, en la práctica, en una paz negociada en 382, que instauró entre el Danubio y los Balcanes una especie de estado germánico aliado de Roma.

Para acabarlo de arreglar, el ejército de Bretaña aclamó al hispano Máximo, hombre enérgico y tan poco favorable como los emperadores legítimos a la integración de los bárbaros en el Imperio. Ya catastrófica, la situación se agravó aún más con esta usurpación. Nadie socorrió a Graciano, quien abandonado por sus tropas, decidió huir y salvarse. Atrapado de nuevo en Lyon, pereció allí asesinado. El joven Valentiniano II, flanqueado por su temible madre Justina, se convertía así en el más antiguo

en el grado más elevado, pero, ¿qué peso podía tener, en comparación con aquel Máximo tan motivado? Y más aún cuando el usurpador no era visto con malos ojos por Teodosio, a quien molestaba la insignificancia de Valentiniano II y quien desconfiaba muchísimo de Justina. De modo que, con ocasión de una campaña del mencionado Valentiniano II en Panonia, y bajo el pretexto de apoyar al joven emperador, que le había llamado pidiéndole refuerzos, Máximo invadió Italia por su cuenta y riesgo. De resultas del golpe, Valentiniano II y Justina tuvieron que huir y se refugiaron en Tesalónica.

La situación se hacía cada vez más peligrosa para Teodosio, empujado a una guerra que hubiese preferido evitar cien veces. Obligado a llevarla a cabo, la condujo con eficacia. Derrotado en varias ocasiones, Máximo acabó por ser hecho prisionero en Aquilea y fue asesinado por los soldados. Teodosio ya se sentía más libre: gobernaría solo desde 388 a 391. Abandonando Occidente, que cada vez contaba menos, en manos del triste Valentiniano II, colocado además bajo la tutela del general franco Arbogasto, Teodosio regresó a Constantinopla. En Occidente las consecuencias no se hicieron esperar. Arbogasto, que era el auténtico amo, se preparó para mantenerse en su puesto el mayor tiempo posible. Un buen día, encontraron muerto al pobre Valentiniano II. ¿Suicidio? ¿Asesinato? Poco importa, ya que el bárbaro ocupaba al fin el primer puesto y hablaba de igual a igual con Teodosio. Decepcionado por la poca diligencia de este último, creyó hábil suscitar la usurpación de un tal Eugenio, un intelectual insignificante al que apoyaba, por otra parte, el franco Richomer. Ya vemos el cariz que iba tomando la corte en Occidente... Incapaz de hacerse reconocer por Teodosio, el tal Eugenio quiso provocar en Roma una pequeña revolución y se apoyó en el partido pagano, siem-

pre seducido por la idea de una revancha imposible. Teodosio tuvo que intervenir una vez más. A la cabeza de un ejército formado en su mayoría por godos e incluso auxiliares hunos (perfectos en los combates cuerpo a cuerpo), pasó los Alpes y derrotó a Arbogasto y Eugenio, quienes desaparecieron en alguna batalla.

Entre tanto, Teodosio había caído bajo la influencia de los pontífices de la Iglesia cristiana. Graciano ya se había inclinado ante las exigencias de Damasio y a partir de entonces, la Iglesia podía requerir el poder secular. Teodosio lo hizo mejor. El 28 de febrero de 380 promulgó desde Tesalónica un famoso decreto cuyos términos no se prestaban a equívoco: «Todos los pueblos deben unirse a la fe transmitida a los romanos por el apóstol Pedro, a la que profesan el pontífice Damasio y el obispo Pedro de Alejandría, es decir, reconocer la Santísima Trinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». Con ello se entendía que los arrianos debían ser tenidos por herejes y tratados con infamia. El amable Teodosio añadía a continuación: «Dios se vengará de ellos. Y nosotros también». El cristianismo definido en el concilio de Nicea se convertía, pues, en religión de Estado. Aquellos que renunciaran al cristianismo precisado de tal modo serían privados de ciertas disposiciones civiles, como testar y ser legatarios. Imaginamos que los bienes así vacantes no se perderían para todo el mundo... En cuanto a los paganos, conservarían la facultad de ir a pasearse por las dependencias que habían sido sus templos, pero sólo para admirar allí las obras de arte. Ese hombre siniestro no carecía, sin embargo, de humor. De su reino data también la destrucción del venerable Serapeion de Alejandría, cuya importancia política había sido tan

grande en otros tiempos. Toda la legislación de Teodosio (y es muy voluminosa) va en ese sentido.

En un ambiente tan propicio, el obispo Ambrosio de Milán iba jugando sus cartas. Asistimos a la escalada de las exigencias del prelado, de modo inverso por parte de Teodosio, al descenso hasta el grado más bajo del servilismo. En 388 el obispo inflige al emperador una humillación sin precedentes. Algunos cristianos de Mesopotamia, excitados por unos monjes, habían incendiado una sinagoga. Teodosio reaccionaría al principio como convenía, obligando al obispo local a reconstruir el templo judío. Cuando tuvo conocimiento de esta decisión, Ambrosio se precipitó a su púlpito y ordenó al emperador, bajo pena de excomunión, la anulación de la medida y la absolución de los amotinados. Teodosio cometió la tontería de ceder.

Dos años después fue aún peor. Hay que decir que Teodosio, debido a su carácter brutal, se había colocado en una situación delicada. En Tesalónica, después de un motín popular en el circo (una absurda historia de una estrella condenada por homosexualidad), el general encargado de restablecer el orden fue linchado por la multitud. Era imprescindible reaccionar, desde luego. Sin embargo, Teodosio ignoraba las medias tintas: hizo reunir al pueblo en las gradas y dio la orden de liquidarlos a todos. Tres mil muertos. Un crimen y un grave error. Ambrosio, en verdad horrorizado, ordenó al emperador que hiciera penitencia, solicitud más que comprensible. Aquel hombre grosero a quien el cristianismo no había mejorado debía escuchar las reprimendas de uno de los pontífices de su religión, tanto más cuanto que ésta recomendaba el amor al prójimo. No obstante, lo cierto era que esas represalias, por innobles que fuesen, seguían a la masacre de un alto funcionario en el ejercicio de sus funciones. Teodosio tuvo la intuición de haberse

metido en un avispero. Intentó resistir el puño del obispo, pero su margen de maniobra era estrecho. O bien se humillaba, pero perdía la dignidad y la poca independencia que le restaba; o bien enviaba a paseo a Ambrosio y se enemistaba así con la formidable potencia de la Iglesia; o bien volvía a la antigua religión, como había hecho Juliano, y hacía meter en prisión al obispo, actuación que su conciencia, como es lógico, no le permitía. Teodosio eligió al final la sumisión, y así fue como en el curso de la noche de Navidad de 391 se vio al emperador prosternarse ante los pies del obispo, quien lo describiría como «lleno de temor de Dios». Imaginemos cien años antes a Diocleciano de rodillas ante el obispo de Nicomedia... Desde luego el Imperio, como he asegurado antes, había cambiado de naturaleza.

En este sentido, dicha escena exige reflexión, ya que más que un simple pulso entre Ambrosio y Teodosio se trata de una mutación de la mentalidad, que se atiene además a la lógica del cristianismo. En efecto, a diferencia de los antiguos cultos de Roma, dominados por rituales exteriores, la religión de Cristo compromete el plano de la conciencia personal, aspecto que entraña una novedad radical. Exige de sus adeptos, sea cual sea su condición o su papel en la sociedad civil, una adhesión interior a los requerimientos de las instancias espirituales que representan a Cristo en persona. Nadie podía sustraerse a ello, ya fuese esclavo encargado del mantenimiento de las escaleras, prefecto o emperador en ejercicio. De golpe, el emperador romano, como cualquier otro fiel, se encontraba «dentro» de la Iglesia, no por encima, aun en el ejercicio de algún cargo, fuese el que fuese. Una situación inédita. Trajano o Marco Aurelio eran *pontifex maximus* y, por lo tanto, jefes de los cultos romanos. Teodosio, en cambio, no lo es ya de ninguna religión (había rechaza-

do el título pagano) y menos aún del cristianismo. Su conciencia personal se encontraba, pues, sometida a partir de aquel instante a la autoridad de los pontífices cristianos, depositarios del derecho divino de las normas impuestas al conjunto de los fieles. Así, los viejos tratados *De la realeza*, cuya influencia ya he ido subrayando a lo largo de toda esta historia, encontraban en este punto un cumplimiento paradójico. En ellos se decía que el verdadero soberano era aquel que en el ejercicio de su cargo, conservaba siempre el ojo puesto en la divinidad y cuya alma era una con la ley. Esta unión se había conseguido, excepto que la ley moral estaba definida entonces por los representantes de Cristo sobre la tierra. El ejercicio de la autoridad civil en aquellos momentos debía tener en cuenta esa dimensión nueva, de naturaleza moral. Esta circunstancia podía tener en la práctica muy buenos resultados. El ejercicio de la autoridad imperial pasaba, a partir de ese preciso momento, por la obediencia *en conciencia* a la jerarquía de una religión que se decía la única verdadera, además de la única capaz de juzgar lo que estaba permitido y lo que estaba prohibido. «Se debe respeto, en primer lugar, a la Iglesia católica –precisaba Ambrosio–, y sólo después a las leyes...». El hombre santo no elegía al azar sus palabras. Sí, se trataba de un imperio muy distinto, y que no era romano más que de nombre. La *auctoritas* de los magistrados y del propio emperador, el resplandor universal de la Villa, habían pasado a manos de los lejanos sucesores de el pescador Simón, llamado Pedro, el primer discípulo del dios Chrestos.

Teodosio, llamado «el Grande» por la Iglesia, murió súbitamente en Milán el 17 de enero de 395, dejando el Imperio a sus dos hijos Honorio y Arcadio Augusto. A partir de aquel momen-

to el Imperio da la impresión de ir a la deriva, a merced de acontecimientos que no dependen ya de nadie: invasiones de bárbaros, insurrecciones de germanos federados, usurpaciones, guerras civiles. Empieza así lo que se ha dado en llamar «el espantoso siglo V». La gente se acostumbra a vivir entre el humo, el ruido, la sangre derramada, los enfrentamientos entre cristianos desunidos. Intentemos hacernos una idea de aquel embrollo en el cual los historiadores sólo avanzan con prudencia y pena. Intentar ver claro ya es toda una prueba.

Arcadio, el mayor de los dos Augustos, que había tenido a Temistio como tutor, iba a reinar sobre Oriente, y Honorio sobre Occidente. Como tenían respectivamente dieciocho y once años, su inexperiencia exigía un regente. Como señal de los tiempos, fue un vándalo quien asumió el cargo: el general Estilicón, hombre de gran valor, pero cuyos orígenes le hacían poco asimilable al personal de la corte. Ese pequeño mundo de cortesanos, de chupatintas, de eunucos, al final conseguiría vencer a fuerza de intrigas el coraje inteligente de un hombre que valía cien veces más que ellos. Además, tampoco disponía de los medios que hubiese necesitado oponer de forma masiva a las hordas germánicas y asiáticas, cuyo desplazamiento se acentuaba día a día. En 395 una fractura definitiva alejó entre sí para siempre a las dos partes del Imperio, en detrimento de la más elemental seguridad. Desde entonces todo se fue desmoronando. En África, las tribus moras no tardaron en conquistar su independencia. En 398, los refugiados que afluían a Roma procedentes de Corinto contaban que Alarico, el jefe de los visigodos, había hecho estragos en Tracia, franqueado el desfiladero hasta aquel día glorioso de las Termópilas y devastado Grecia. Atenas había caído, Corintio también y ahora era el Peloponeso el que estaba amenazado. Esa gente al menos ten-

dría el consuelo de decirse que habían sido invadidos por bárbaros cristianos... Bello destino el de Alarico, que primero encontró ventajosa la alianza con Roma, bendecida por Teodosio, quien le había confiado los ejércitos de Iliria, y luego empezó a actuar por su cuenta y riesgo. Rechazado al principio por Estilicón, se replegó al norte de los Balcanes y en 401 consiguió invadir Italia del norte, obligando a Honorio a hacer el equipaje y refugiarse en Rávena. Estilicón una vez más forzó al bárbaro a retroceder, después de haber vencido en Pollenza y luego en Verona. Como es lógico, habría sido necesario proseguir la guerra y acabar de una vez para siempre con ese ejército mal derrotado. Estilicón, sin embargo, prefirió la negociación. ¿Temía un golpe de mano de Alarico sobre Roma? ¿Tenía la idea de intervenir en los territorios del este? No obstante, un nuevo peligro amenazaba ya: otro jefe germánico, Radagaiso (esta vez un pagano), se había puesto en cabeza de una horda de ostrogodos y de alamanes, y se había propuesto invadir la región del Danubio y la Italia del norte. Todavía allí, Estilicón restableció la situación. El ejército de Radagaiso fue batido en Fiésole en 406 y su jefe decapitado. Aun así, la victoria esta vez les había costado demasiado cara. Hubo que desguarnecer la frontera renana y los bárbaros, aprovechándose de la superficie helada, pasaron con total tranquilidad el río y cubrieron una vasta porción del territorio galo. La invasión ya no se detendría.

Poco después de estos tristes acontecimientos, tomó cuerpo una reacción política en la corte de Rávena. Se había encontrado a Estilicón demasiado conciliador con Alarico y se le imputaban por este hecho intenciones ocultas de traición. No se trataba más que de un burdo pretexto para precipitar la caída de un hombre a quien nunca habían querido por su origen, y a quien

sus éxitos habían hecho detestable a los ojos de los celosos de todo pelaje. No les costó demasiado obtener de Honorio la cabeza de Estilicón. Una vez desaparecido, Roma estaba casi tomada.

Alarico, en efecto, no tardó en descubrirse en posición de fuerza. Había reemprendido su marcha sobre Roma y se había detenido a una buena distancia, a la espera del resultado de las negociaciones que dirigía sin exceso de clemencia. Roma debía entregar todo el oro y el dinero que tenía y liberar a los esclavos germanos que se encontraban empleados allí. «Y entonces –preguntaron los plenipotenciarios–, ¿qué les dejas a los romanos?». «La vida», respondió con sobriedad Alarico, aprovechó para añadir a la lista de sus exigencias algunas niñerías que le apetecían: cueros teñidos, sedas, pimienta, pues gustaba de la cocina especiada... Solicitudes, al parecer, subrayadas con enormes carcajadas. Mientas tanto la hambruna, las enfermedades y el pánico se habían instalado entre la población romana, de tal modo que accedieron a sus exigencias. No era más que un aplazamiento, ya que en 409 Alarico volvió a la carga, pero esta vez su precio había subido: requería además Venecia, Dalmacia, la Nórica... y el grado de jefe de la milicia. Bloqueadas por las vacilaciones de Rávena, las negociaciones se iban dilatando, de tal modo que el 24 de agosto de 410, Alarico entró en Roma como si estuviera en su casa, ya que la puerta Salaria había sido desguarnecida de toda defensa. Sin duda, el bárbaro disponía de sus cómplices en el lugar, con probabilidad de esclavos germanos y otros que veían en su entrada la ocasión de su vida. Así cayó la Villa de las villas, inviolada desde aquella lejana invasión de los galos que se remontaba ya a ocho siglos. Roma fue tomada sin verdadera resistencia por una banda de auxiliares godos, además de cristianos, ya que Alarico profesaba la fe arriana.

El saqueo duró tres días. Alarico había aleccionado a los suyos: debían reducir los asesinatos a lo estrictamente necesario, evitar en lo posible los incendios, las violencias inútiles, prohibido tocar las iglesias... Se dieron los inevitables errores; ya se sabe, es la guerra... Algunas santas mujeres fueron violadas, se prendió fuego aquí y allá. Una vez concluido el saqueo, los godos se fueron por donde habían venido, llevándose una buena cantidad de recuerdos, y bajaron hacia el sur. Alarico no quería arriesgarse a pasar hambre en un lugar tan mal abastecido. Un año más tarde moría en Constancia (Consenza). Su sucesor, Ataúlfo, negociaría la retirada de las tropas, que irían a extenderse por la Galia narbonesa antes de pasar a Hispania y a Aquitania. Aprovechando su estancia en el sur, Ataúlfo se casó con Gala Placidia, hija del difunto Teodosio, que se encontraba prisionera. Esta dama recuperaría la libertad en 415, cuando su marido la dejó viuda después de un desgraciado combate. Curiosamente, el jefe visigodo rindió el alma recomendando a su pueblo que conservara siempre la amistad con Roma... Y más curiosamente aún, Valia, el sucesor de Ataúlfo, devolvió a la princesa al emperador Honorio. A continuación, la casaron con un oficial de alto rango llamado Constancio, que Honorio asoció al gobierno del Imperio con el nombre de Constancio III. De esa unión nacería Valentiniano III, a quien volveremos a encontrar un poco más adelante.

La caída de Roma tuvo en el mundo un efecto deplorable, como una especie de junio de 1940, pero a escala mundial. Son comprensibles los largos gritos de desesperación de san Jerónimo, patriota como sólo se podía ser en Iliria, ya que el exégeta era nativo de Estridón. Desde Jerusalén, donde profundizó en el hebreo y tradujo la Biblia, escribió: «Un rumor terrorífico nos llega desde Occidente... Mi voz se estrangula,

los sollozos ahogan mis palabras mientras las dicto. Han tomado, pues, la Villa que tomó el universo entero...». Y en otro lugar: «¡Horror! El universo se derrumba...». Y era verdad: con Roma desaparecía la idea de una civilización que se creía eterna y que, sin embargo, no volvería más. San Agustín, que era africano, fue mucho más sobrio. Sólo experimentaba dolor. «Os extraña que el mundo perezca», exclamaba desde el púlpito, «es como si os extrañaseis de que el mundo envejece; es como el hombre: nace, crece, muere...». Así es la vida. Del lado de los paganos, el triunfo era amargo: ¡ya os lo habíamos advertido! Eso es lo que pasa cuando se abandona a los verdaderos dioses, protectores de Roma. Antes de vuestro Christus, éramos los amos del mundo. Ahora, ¡ya veis el resultado! Los cristianos respondían: ¡No, nada de eso! En primer lugar, vuestros dioses no merecían tanta confianza: Eneas tuvo que apartarlos del fuego en la toma de Troya... Y, por cierto, ¿no había sido tomada Roma ya antes por los galos? ¿Y Nerón, que la redujo a cenizas? Etcétera. En resumen, entre los partidarios de las dos comunidades las discusiones eran bastante simplonas. Justo con la intención de elevar el debate, san Agustín decidió dedicarse a un gran libro, a una filosofía de la historia cuyo proyecto tenía en la cabeza desde hacía tiempo. Sería *La ciudad de Dios*, que evocaremos más adelante.

En Oriente como en Occidente, las cosas iban empeorando. Estragada por tantas guerras, la economía manifestaba a su vez el final de todo un mundo. La medida de trigo que valía en Roma un denario con Augusto, valía ciento treinta a principios del siglo IV... ¿Y qué pasaba a principios del siglo V? El *solidus*, que costaba 400 dracmas en Alejandría en el año 300, alcanzaba ya los seis millones cuarenta años más tarde... y ciento ochenta millones en el año 400. Bonita tasa de inflación. Adi-

vinamos que la vida no era fácil en tales condiciones. Incluso los más ricos, agobiados por las obligaciones fiscales, las eludían cuanto podían, sobre todo las cargas de la curia que había intentado restablecer el emperador Juliano. ¡Y qué decir de los más modestos! Hay que leer lo que escribió Salviano, un sacerdote de Marsella. En su tratado *Del gobierno de Dios*, ve con claridad en las invasiones bárbaras un castigo divino para tanta ligereza y desenfreno entre los residentes en el Imperio, argumento muy en la línea de su fe. No obstante, lo que resulta más instructivo para nosotros es el juicio que tiene sobre los bárbaros. No son peores que nosotros, dice en resumen; serían mejores incluso, algo que explicaría que Dios se sirviera de ellos para limpiar los establos de Augias. Mirad, por ejemplo, observad las clases populares. ¿Tienen miedo acaso de los bárbaros? ¡En absoluto! ¡Esas pobres gentes están tan explotadas por los latifundistas, presionadas de tal modo por el fisco, que los bárbaros les parecen unos libertadores! Hasta van a su encuentro, hallando que no vienen lo bastante rápido para su gusto. «Los pobres que se refugian entre los bárbaros –escribe–, prefieren vivir libres bajo una apariencia de cautividad antes que cautivos bajo una apariencia de libertad». Y añade: «Pagar impuestos es, sin duda, pesado, pero lo sería menos si todos los ciudadanos tuvieran las mismas cargas. Lo que es intolerable es que todos no soportan la carga común: son los pobres los que pagan por los ricos. Más aún, son los ricos los que, de vez en cuando, deciden aumentar los impuestos..., pero son los pobres los que los pagan. ¡Ah, crimen escandaloso! ¡Una minoría de los *potentes* fija lo que debe pagar la masa de los *humiliores*! Decidme, en qué pueblo se ve un escándalo semejante... Entre los francos no, desde luego, ni tampoco entre los hunos, ni entre los godos o los vándalos... Una sola cosa me extraña, y es que todos los pobres no vayan

a unirse a los bárbaros. Desde luego, lo harían si pudieran llevarse con ellos sus familias y sus chozas...». Primera formulación, según observa René Martin, de un famoso adagio que asegura que los proletarios no tienen patria. ¿Se extrañaría alguien en estas condiciones, pues, del desafecto de las masas populares hacia un Imperio que no tenían motivo alguno para defender? ¿Qué motivación se podía invocar para resistir a la invasión de los bárbaros? El pueblo había perdido los valores de una sociedad que lo consideraba en nada. Los bárbaros habían vencido por anticipado.

Pronto las cosas se degradarían incluso al más alto nivel. Arcadio, el emperador de Oriente, no había tenido noticia de la toma de Roma, ya que había muerto en 408, reemplazado por su hijo Teodosio II, la insignificancia hecha emperador. Había crecido entre el prefecto del pretorio Antemio, un hombre de gran energía, y su hermana mayor Pulqueria, promovida como Augusta. Una vez casado con una cierta Eudocia, también Augusta, este simulacro de emperador se enemistaría con las dos mujeres rivales, quienes asumirían, en realidad, el poder junto con los patriarcas de Alejandría. Cirilo, sobre todo, tomaría el aspecto político de un faraón. Se desencadenaría el fanatismo anti pagano y también anti semita sobre un fondo de disensiones teológicas entre cristianos, demasiado complejas para narrarlas aquí. La institución imperial, sin embargo, era más sólida que en Occidente. La corte de Oriente contemplaba con consternación aquella degradación de la otra parte del mundo. En 423 Honorio había muerto a su vez y el vacío fue aprovechado por un burócrata llamado Juan, quien se había proclamado a sí mismo emperador, mientras que en África se

produjo una secesión de la mano de un general llamado Bonifacio. Ante aquel desastre, la corte de Constantinopla nombró Augusto de Occidente, en 425, al joven César Valentiniano III, aquel nieto de Teodosio cuyo nacimiento hemos consignado con anterioridad. Bajo su dirección simbólica, un ejército intentó restablecer algo semejante al orden. Cayó el falso emperador Juan y tras él, Bonifacio, pero nada de todo esto consiguió detener el declive.

En Oriente, Teodosio II había aceptado a partir del año 430 el pago a los hunos de una subvención anual de 350 libras de oro (la paz costaba cara), pero seis años más tarde los hunos doblaron el precio. De repente, la situación se convirtió en burlesca y trágica al mismo tiempo. «Asombrosa historia –escribe Piganiol–, que parece inventada por un poeta delirante». En efecto, la hermana pequeña de Valentiniano III, el emperador de Occidente, Justa Grata Honorata, escribió, no se sabe bajo qué inspiración, una carta a Atila donde proponía al jefe de los hunos... casarse con él. La negra reputación de aquel conquistador ha llegado hasta los niños de nuestros colegios: «Allá donde pisa mi caballo, no vuelve a crecer la hierba...». De hecho, ese personaje, que inspiró a Corneille una pieza innecesaria, era más cultivado de lo que nos han contado. Halagado, sin duda, por la proposición, pero sobre todo tentado por los beneficios que le podía producir, Atila se tomó al pie de la letra la descabellada oferta de la princesa y reclamó a la joven. La corte, que había previsto otra alianza, se empeñó en rehusar, por lo que Atila decidió invadir la Galia y después el norte de Italia. Tomó Aquilea y llegó ante Milán. Sería el papa León I el encargado de negociar su retirada, circunstancia que demuestra la importancia que tomaban los eclesiásticos en una y otra parte del Imperio. Es probable que esas conversaciones se desarrollasen

en unas condiciones menos espectaculares de lo que nos dan a entender los fantasmas de Rafael: soberbio cuadro en el museo del Vaticano, que plasma la idea del papa como defensor de la ciudad frente a los bárbaros.

A las invasiones se unían los ajustes de cuentas. Valentiniano III había hecho desaparecer a su ministro Aecio, cuya energía constituía para él un reproche ante su propia nulidad. Los amigos del difunto no dejaron de recordarlo, de modo que el emperador fue asesinado a la primera ocasión, en 455. El noble Petronio Máximo, un romano de edad avanzada, se hizo proclamar Augusto a base de sobornos, pero dos meses más tarde, como Genserico y sus vándalos anunciaban su presencia en la región, Petronio prefirió alejarse y nadie lo vio más. Fue el papa León I quien se dedicó a negociar con Genserico. Sin embargo, aquella medida que había resultado tan bien con los hunos fracasó ante los vándalos. Roma fue invadida de nuevo y esta vez el pillaje duró dos semanas. Genserico, por otra parte, no se detuvo ahí. Aprovechó la ocasión y pronunció la anexión de África, adonde se dirigió, llevándose a la emperatriz y a sus dos hijas.

En Occidente, como veremos, los emperadores se sucederían sin que ninguno consiguiese acabar con aquella anarquía galopante. Serían tan pronto esbirros de los visigodos como instrumentos de Constantinopla, donde a Teodosio II, asesinado por sus eunucos, sucedieron sin gloria alguna Marciano en 450, que instaló a los godos en Panonia; León en 457, que fue coronado emperador... por el patriarca de Constantinopla y procuró como pudo enfrentar a un bárbaro con otro; León II en 474, y, el mismo año, Zenón. Bajo los siguientes, Anastasio, Justino y Justiniano, el Imperio de Occidente ya no era más que un recuerdo.

Las últimas palabras del Occidente romano

Impresionante, sin embargo, es el fin del mundo occidental desde el punto de vista de las letras y del pensamiento. Ya hemos entrevisto la figura poderosa (demasiado, en cierto sentido) de Ambrosio, ese prefecto de Emilia y Liguria elegido obispo de Milán, capital del Imperio, quien supo doblegar con tanta efectividad a Teodosio. Su pensamiento filosófico, estudiado de cerca por Goulven Madec, no tiene, en verdad, nada de original, pero es interesante observar que Ambrosio experimenta la necesidad durante sus prédicas en la catedral, de desmarcar su pensamiento de los platónicos. Los había conocido en Roma mediante Mario Victorino, cuando el neoplatonismo le había parecido conveniente para expresar los misterios de la fe. También copia parrafadas enteras de las *Eneadas* de Plotino, que usa sin empacho en el sentido de aquello que quiere demostrar. «Ambrosio», observa Madec, «parece estar dotado de una aptitud extraordinaria y desconcertante para vaciar las fórmulas de su sustancia, para apropiárselas, en el sentido que le convenía o que estimaba verdadero». San Jerónimo, más riguroso, se complacerá en insistir en esta práctica del plagio en su colega eclesiástico. Del mismo modo, Ambrosio, nutrido de Cicerón, no dudaría en transformar el tratado *De los deberes* en un manual de cosecha propia que trataba *Los deberes del clero*... Aun así, como el ex prefecto conservaba el viejo espíritu romano de estoicismo, los estragos especulativos se encuentran reducidos al mínimo.

Por lo demás, en aquellos tiempos se daba en Milán, villa universitaria, una vida intelectual activa, un círculo de gente de elevada posición que formaban en torno al obispo una especie de parroquia universitaria. Se discutía mucho sobre los tex-

tos, traducidos al latín (ya que el griego se iba perdiendo), de Platón, de Plotino, del mismo Porfirio, y se acomodaba toda esta confrontación en un sentido que hubiese hecho estremecerse a los autores, porque se usaban sus ideas para servir a la expresión filosófica del cristianismo. Por entonces llegó el joven titular de la cátedra oficial de retórica, la primera de Occidente. Era un africano de Tagasta, nacido bajo Constancio II en 354. Se llamaba Aurelio Agustino: el futuro san Agustín. Nacido de un pagano y una madre cristiana, Agustín era uno de esos retoños de lo que hoy llamaríamos clase media, sin fortuna, pero sin problemas materiales, a quien los estudios proporcionaban una oportunidad de promoverse. Cuanto relata de su juventud en las *Confesiones* se debe comprender no como el propósito un poco narcisista de explicarse (que sería un contrasentido con el título), sino como un testimonio de las bondades de Dios hacia él a lo largo de toda su vida. Redactado entre 397 y 401, por tanto mucho después de los acontecimientos, el libro describe con la perspectiva de los años el itinerario que le condujo de la indiferencia metafísica a la filosofía; de la filosofía a la fe maniquea, en la cual creyó durante mucho tiempo encontrar la respuesta al problema del destino y del mal en el mundo; y después, por último, gracias al círculo de Milán, del maniqueísmo a la fe cristiana. Ambicioso al principio, con el sueño del ascenso social, Agustín se convirtió en 387, renunció a todos los honores, dejó su cátedra de retor y se comprometió con el sacerdocio cristiano. Sacerdote de Hipona, se convirtió en obispo y murió en 430, en el curso del sitio de la villa por los vándalos. Había desplegado durante su vida una intensa actividad y dejaba tras de sí una obra enorme (treinta y dos volúmenes de la gran edición Vivès) que constituiría durante siglos la base de la enseñanza filosófica y teológica del medio cristiano.

Se trata de un itinerario interesante, desde más de un punto de vista, para el historiador de la civilización romana. La primera parte del recorrido fue la de todos los jóvenes de su condición en la romanidad: poca cosa había cambiado desde los lejanos tiempos de Cicerón, Virgilio, Varro y otros autores con los que se sigue nutriendo, atiborrando incluso de forma imperturbable a niños y adolescentes. Es decir, se habían establecido de una vez por todas en una perspectiva eterna que contradice nuestro gusto por el progreso, o por decirlo de otro modo, nuestro escepticismo hacia toda verdad absoluta. Procedentes de semejante contexto, esas personas saben hablar, escribir y pensar, pero parecen todos salidos del mismo molde, fabricado cuatrocientos años antes en tiempos de las guerras civiles. Hoy en día no queda muy bien que un abogado estudie en Montaigne o en Bossuet el arte de presentar un alegato y que proceda, provisto de ese viático, a la defensa de un mafioso marsellés o de un hombre de negocios implicado en un fraude fiscal. No obstante, una vez más debemos guardarnos de atraer las capas cronológicas de la historia hacia la nuestra. Es más interesante, por el contrario, observar con Marrou que la formación de Agustín era la de un joven occidental de su tiempo. Ésta se desarrolló por completo, por causas de fuerza mayor, en la única zona occidental del Imperio. Agustín no se benefició jamás, por consiguiente, de la ampliación de perspectivas que constituía una estancia en Atenas, antaño tradicional, o incluso en Alejandría o en Antioquía. Eso mismo, debido a la dureza de los tiempos y al corte entre ambas partes del mundo, condenaba a Agustín y a sus congéneres a un trabajo arriesgado de autodidactismo. Agustín deberá arreglárselas a ciegas con el pensamiento griego (pues no conocerá nunca bien la lengua) a base de traducciones aproximadas. De este modo, tendrá que

reconstruir lo que falta a base de intuición, a riesgo de no ser siempre preciso. ¿Refinamientos de eruditos? No del todo, ya que la separación entre Oriente y Occidente tendrá graves consecuencias para el pensamiento occidental. La teología y también la filosofía se resentirán en los siglos venideros. Eso se observa de manera particular en la interpretación que da de los textos neoplatónicos, a los que despoja de su originalidad esencial. El Uno de Plotino, más allá del ser, se convierte en Agustín en ese Ser supremo que tan bien conocemos, ese Dios que coincide en el pensamiento religioso más corriente con las certezas banales que hacen referencia a «Aquel-que-está-por-encima» y no más allá. Se comprende que para el círculo de Milán el pensamiento neoplatónico, sujeto a la medida de la imaginación espontánea, pareciese conformarse de forma excelente con las enseñanzas de la Biblia judía ahora cristianizada. Sin identificarse con la intuición de Plotino, los Padres de Oriente estaban, al menos, bastante próximos a ella.

Sin embargo, lo que cautiva la atención del historiador de Roma son las consideraciones a las cuales se entrega san Agustín en *La ciudad de Dios* acerca del devenir de la romanidad en su conjunto. No se trata, como se ha dicho a menudo, de una obra de circunstancias que le inspirase el saco de Roma por Alarico en 410. De hecho, el proyecto maduraba en su espíritu desde bastante antes de finales del siglo, y el desastre de Roma sólo le proporcionó la ocasión de darle cuerpo. Empezada en 412 y acabada catorce años más tarde, *La ciudad de Dios* evoca y sobrepasa el acontecimiento, que Agustín sitúa en la perspectiva mucho más vasta de una reflexión sobre el ser humano. Dibuja la historia bajo la forma de dos ciudades que crecen mezcladas, la terrestre y la celestial, según la fórmula célebre que se lee en el capítulo XVIII del libro XIV: «Dos amores han

formado dos ciudades: el amor a sí mismos hasta menospreciar a Dios ha formado la ciudad terrestre; el amor de Dios hasta el menosprecio de sí mismo ha formado la ciudad celestial». Nos cuidaremos mucho de simplificar las cosas e identificar de manera sumaria la ciudad terrestre con el Imperio romano y la ciudad celestial con la Iglesia. Sería caer en la banalidad y casi seguro en el error, ya que, según san Agustín, el Imperio posee sus aspectos positivos, asumibles por el orden divino, y la Iglesia está lejos todavía de haber exorcizado todo pecado en su seno. De forma más profunda, es en la interioridad de todo hombre, pagano o cristiano, donde se oponen estas fuerzas antagónicas; en el corazón de la libertad es donde se desarrolla el combate de Cristo y del Diablo que simbolizan las dos ciudades de signo contrario. Se trata, en suma, de dos ideas, de dos arquetipos, o por decirlo como Kant, de dos categorías a priori bajo las cuales Agustín experimenta el devenir del mundo desde Adán y Eva en el Jardín del Edén hasta el día del Juicio Final. Obra de historiador, de filósofo, de visionario, es la aventura de la libertad humana, el combate de Jacob y del ángel... y su derrota es, en realidad, su victoria, porque se acaba en la coincidencia con la voluntad divina. Ahora bien, si una de las dos ciudades está destinada a la gloria, la otra está predestinada a las tinieblas, ya que no será a la hora del juicio más que un residuo inasimilable a la sustancia de Dios. Concluye, pues, con *La ciudad de Dios* el mito de la *Roma aeterna*, del cual nos ha hablado François Paschoud con tanta exactitud, la Roma eterna que en el curso de tantos siglos había suscitado tanto valor, ya sea oscuro o radiante. En los primeros años del siglo V vemos extinguirse el mito al mismo tiempo que zozobra la realidad de la cual era su proyección ideal. Roma, la inviolable, ha sido violada; la África romana que invaden los vándalos está muer-

ta y el propio Agustín no escapará de su villa asediada más que por lo alto, hacia los cielos. Así, todo cuanto debe concluir es corto y tiene un fin. Corta es la vida de los hombres y la vida de los imperios. La eternidad debe buscarse en otra dirección.

Sin embargo, esa enorme reflexión de un hombre iniciado en la filosofía resulta instructiva respecto a toda una visión del mundo, la de una época en que los cielos donde viven Dios y sus ángeles están muy próximos, y donde la tierra es teatro de maravillas que hoy en día nos sobresaltan. Paganos y cristianos saben que los aires están poblados de presencias invisibles, benéficas o maléficas. Se conocía que los demonios eran aéreos, ya que lo había dicho san Pablo. Agustín va más lejos aún y precisa que frecuentan las capas húmedas de la atmósfera, allí donde el aire, según él asegura, es más sutil. Se conocía desde el viejo Plinio que la naturaleza de las cosas está fijada de una vez para siempre y Agustín sólo aporta complementos que ha tomado en algún sitio: el diamante sólo puede ser vencido por la sangre de un macho cabrío; existen piedras que arden en la mano de aquel que las coge o monstruos de todo tipo surgidos de un bestiario que jamás ha examinado nadie de cerca, y con razón. Salamandras, unicornios, hircocervos, dragones, todo ello coexiste con los habitantes de las tierras adonde no se va nunca, pero de las que se habla en abundancia. Se trata de la naturaleza, donde pasan cosas sorprendentes. Testimonia este hecho el largo pasaje de Agustín sobre la carne de pavo real, que según se dice es imputrescible. Sin duda, no convenía que un ave de plumaje tan bello conociese la suerte lamentable de un muslo cualquiera de pollo olvidado en un rincón del aparador. Agustín, afirma, se ha asegurado de ello por sí mismo. No obstante, debemos notar que entre los paganos también observamos el mismo giro espiritual. Recordemos aquella *Exposición del mundo entero* de la que hablé antes, que proporcio-

naba muchos detalles de este tipo. Quien tenga la curiosidad de consultar el libro XXVIII del muy serio Amiano Marcelino tendrá la suerte de descubrir en él la apasionante historia de unos mangos de escoba que se habían encontrado floridos en los armarios del Senado. En ese fenómeno habían visto un presagio: gente de baja condición sería promovida, sin duda, a altas responsabilidades. Ignoro lo que pensaría un sindicalista de hoy en día. El caso es que un buscador bien dispuesto podría extraer una fenomenología o una epistemología, según su gusto, de lo que llamamos hoy en día credulidad, que no es más que una manera de estar en el mundo de la cual nosotros hemos perdido el secreto. Acaso lo más desconcertante, a los ojos de una persona moderna, es la mezcla: los rasgos fulgurantes, las visiones de una amplitud absolutamente genial, se codean sin la menor distancia, en Agustín, con detalles que nos dejan mudos. Pero es que todos eran así.

En cuanto a la historia romana vista en la época, se encuentra en una obra heterogénea, compuesta por una treintena de biografías imperiales que se conoce bajo el nombre de *Historia augusta*. La crónica cubre a los emperadores del siglo II y III, desde Adriano a Numeriano, y la tradición la ha atribuido durante largo tiempo a seis autores contemporáneos de Diocleciano y de Constantino. De hecho, la erudición moderna ha demostrado que se trata de un monumento de falsificaciones de todo tipo: son falsos los nombres de los autores, el número de personajes, la cronología, también falsos algunos datos, amañados con fines propagandísticos a favor de tal o cual soberano muy posterior. Si las recetas de la biografía clásica persisten en la obra, mediante una dosificación de lo auténtico y lo ficticio con unos fines que se podrían llamar ideológicos, el género ha evolucio-

nado. Se busca producir un efecto sin arredrarse ante la utilización de un aparato de textos amañados de forma manifiesta. Quieren «hacer la verdad». Ese conjunto de noticias no se podría considerar testimonio sin infinitas precauciones. Se adivina que la *Historia augusta* es la pesadilla, al mismo tiempo que la pasión, de los grandes eruditos de hoy en día. Uno de ellos, François Paschoud, planteaba no hace mucho la auténtica pregunta: «¿Con qué objetivo se realizó este engaño? Sólo en fecha reciente –añade–, sir Ronald Syme nos ha proporcionado una respuesta en verdad satisfactoria, si no irrefutable, a esta pregunta: la *Historia augusta* sería "la obra de un erudito que se divertía, sin otro propósito que divertirse y distraer a sus lectores, en redactar unas biografías donde mezcla sin cesar lo verdadero y lo falso, unas falsedades no inventadas, sino resultado de diversas transposiciones [...] y de parodias". En resumen, la *Historia augusta* –añade Paschoud–, se parecería bastante a una "broma" de un alumno superior del año 400, del cual sería un ejemplo aproximado *El emperador Alexis* de Jean d'Ormesson...». De cualquier modo, «dudamos de que jamás se pueda decir la última palabra sobre este enigma».

Estaremos pendientes.

A medida que pasan los años, los autores del siglo acusan con dureza la caída, sin perder, sin embargo, su amor. En unos tiempos tan poco seguros, uno desearía que al menos no se perdiese nada de aquello que tanto se ha amado. Con este objetivo preciso, el simpático Macrobio quiso renovar la tradición venerable de los «banquetes», esas conversaciones de sobremesa a la manera de Plutarco y de Aulo Gelio, a quienes había leído y plagiado un poco. El marco es flexible. Se puede meter en él, sin dema-

siado orden, cuanto se ha oído de interesante o divertido durante las comidas con amigos cultivados, con labia y buenos bebedores. Macrobio dedica a su hijo sus *Saturnales* para constituir, resume en su prefacio, una especie de despensa para su futuro. «Así, si un día tienes necesidad de recordar un tratado de historia perdido en el montón de libros públicos y por lo común ignorados (¡!) o bien palabras o actos memorables, los encontrarás aquí con facilidad y no tendrás más que cogerlo.» El bueno de Macrobio no perdió el tiempo: la Edad Media explotó muy bien ese yacimiento, y más de un buscador todavía encuentra en él su felicidad. Aun así, sigue siendo una mezcla. Sabrán, si no lo han experimentado ya, que mezclar vinos en la mesa es peligroso; sabrán que el limón constituye un matapolillas muy apreciado; descubrirán por qué y bajo qué influencias puede uno eructar... y, de pronto, encontrarán bellas palabras de Cicerón, análisis sabios sobre el patetismo y reflexiones sobre los filósofos antiguos y modernos o sobre el calendario modificado por César.

Roma pronto se convertiría en la Villa ideal, capital de todas las nostalgias. Rutilio Namaciano, ese galo que fue prefecto de Roma, volviendo en 417 hacia una Narbonense desfigurada por las invasiones, al abandonar el puerto de Ostia para siempre se lamenta con unos acentos que nos conmueven todavía. Mientras se aleja la nave, sigue oyendo los ruidos de la Villa bienamada: «Unos gritos golpean el aire que me los envía, ya sea que éstos me lleguen, ya que mi amor haga nacer la ilusión de ello... ¡Oh, Roma, tú has convertido en ciudad aquello que antaño era el universo...!». Sí, con Namaciano tenemos la sensación de contemplar por última vez un mundo que fue grande y que ahora se aleja en unos tiempos de incertidumbre.

Un poco más allá, el lionés Sidonio Apolinario, antiguo prefecto de Roma también y convertido ya en obispo de Cler-

mont, escribiría al conde de Trèves, Arbogasto, una carta muy interesante. El hombre no sale de su asombro al comprobar que el bárbaro sabe escribir en latín sin destrozarlo. Debe de ser una rareza: «Así, la gloria de la frase latina, mientras exista todavía en alguna parte, aunque fuese borrada hace siglos de las tierras de Bélgica y del Rin, encontró refugio en ti, donde las palabras no tropiezan, aunque hasta las leyes romanas perecieran en las fronteras del Imperio...». Sidonio, obispo un poco a su pesar y que nunca se convertiría en santo, se había procurado en las letras un jardín secreto. Mientras el mundo romano se desmorona, el prelado se empeña en cincelar unos versos de un gusto discutible y edifica en su imaginación templos de mármol a Venus o trenza guirnaldas para Apolo, en quien nadie cree ya, salvo quizás en las zonas más atrasadas del campo, donde no se leen versos. Quedan, al parecer, algunos filósofos, gentes «que buscan penetrar con su profunda inteligencia los secretos de la máquina celestial», pero, ¡Dios mío, qué vacía es la fórmula, cómo huele a ceremonia de entrega de premios! Entre el hombre de letras y la vida de cada día el divorcio está ya consumado. Lo que queda de alta cultura encontrará refugio en unos medios protegidos, y pronto, por una extraña disposición del destino, serán los monjes de Cristo quienes salvarán lo esencial. Esto será por muchas razones. Algunos continuarán interesándose por los textos paganos con una pasión un tanto culpable. Para muchos, los viejos libros continuarán proporcionando los modelos y una mina inagotable de datos que, de otro modo, se habrían perdido. A partir de ese instante se copiará todo aquello con o sin cambios más o menos voluntarios, errores, interpolaciones, fragmentos censurados u otros. Marouzeau explica estos avatares en su agradable *Introducción al latín*. No hay que retocar ni una línea desde hace sesenta años. Otros monjes,

en fin, como se ha comprobado en los palimpsestos, conservaron los textos sin hacerlo a propósito o, de hecho, a su pesar.

A la espera de aquellos días que ya se anunciaban, Sidonio no se consolaba al ver envejecer y afearse lo que tanto había amado. El dolor le arranca algunos rasgos geniales, los únicos de su obra, los últimos también de una lengua que, poco a poco, iría oscureciéndose y estropeándose mediante aportaciones bárbaras, antes de regresar, al final, a la jerga. Sidonio siguió de cerca la política. «Oh, Roma», escribía, «Roma, a quien unos príncipes niños han vuelto anciana...». Y de repente, con una prosopopeya resplandeciente, Roma, agobiada por los años, acuerda conceder al amo de los dioses la gracia de una nueva juventud, a fin de que vuelva a florecer una imposible primavera: «*Redde mea principia!* ¡Oh, Júpiter, devuélveme a mis inicios!».

La hora de las tinieblas

Mientras en Oriente, bajo el sol de otro mundo, quedaban todavía hermosos días para el pensamiento (aunque con riesgos y peligros, a menudo, para quienes se entregaban a ello según la tradición pagana), en Occidente se anunciaba el fin. Una vez desaparecido Petronio huyendo de Genserico, como vimos en 455, fue proclamado un general galo de nombre Avito. Reinó apenas un año sin llegar a vengar la humillación infligida a Roma por el vándalo. ¿Qué habría podido hacer sin el apoyo militar de Oriente? Se veía reducido a sus únicos efectivos, que comandaba Ricimer, un aventurero sin escrúpulos nacido de un suevo y una visigoda y que no tardó, además, en volverse contra él. En estas condiciones, Avito juzgó prudente, a menos que otro juzgara por él, abandonar su puesto y abdicó. Ricimer se

convirtió en el hombre fuerte, el jefe de los destinos del Imperio. Chiflado, como todos los advenedizos, por los cargos, los títulos y las distinciones, se hizo nombrar jefe de las milicias, patricio, cónsul, todo... «El invencible Ricimer, de quien depende la suerte del Estado», como dice con ironía Sidonio Apolinario. Y sí, él hacía y deshacía emperadores. Con su aval, Majoriano se alzó al trono en 456, quien, en verdad, hizo lo que pudo. Como la gente de su país natal, aquel ilirio no carecía ni de valor militar ni de capacidades administrativas. Se interesaba por la gente sencilla, conservó Italia bien custodiada, incluso inició la reconquista de las Galias y de Hispania. Al emprender tal empresa asombró mucho al parecer a los jefes bárbaros, desacostumbrados a tal decisión. Fue entonces cuando consintieron en 459 restablecer la alianza con Roma. ¿Era necesario, sin embargo, convertir a aquel Majoriano en un nuevo Alejandro, qué digo, en un héroe en comparación del cual Alejandro pareciese un indeciso? Al menos así era como lo veía el inefable Sidonio, en un panegírico que él mismo compuso. Quedaba por reconquistar África. ¡Ay! Genserico hundió la flota romana frente a Cartagena. Los vándalos, pues, conservaron África y las islas. En cuanto a Majoriano, acabó como era de esperar: en 461 Ricimer le envió a reunirse con sus antepasados. Sin más, el bárbaro disponía de otro candidato que colocar, un tal Livio Severo, proclamado Augusto el mismo año. Ricimer, que quería un emperador flexible, quedó bien servido. El nuevo Augusto se revelaba en ese punto tan lamentable que hasta desanimó a su protector.

Ricimer, en buena situación para saber de lo que eran capaces los bárbaros, se inquietaba vivamente por el peligro vándalo. Tras comprobar que no podría sacar nada de Livio Severo, se volvió hacia Constantinopla. Allí reinaba León, el empera-

dor a quien con tanta dignidad había coronado el patriarca. Entre tanto, el calamitoso Livio desapareció como por ensalmo en 465 y durante dos años el trono de Occidente siguió vacante. Al final, Constantinopla se decidió a enviar un poderoso cuerpo expedicionario comandado por Antemio, hombre de gran prestigio, aunque descendía lejanamente, según se decía, de un vendedor de salchichas. Un origen que no le impidió casarse con la hija del difunto emperador Marciano. Incluso es posible que su gran prestigio estuviese destinado a una misión lejana, larga y llena de riesgos. En resumen: Antemio se convirtió en emperador de Occidente en 467.

Nos imaginamos que entre Antemio y Ricimer la cohabitación no iba a carecer de dificultades. Ambos señores se dedicaban bonitos cumplidos uno a espaldas del otro. Antemio calificaba a Ricimer de «bárbaro vestido de pieles»; Ricimer trataba a Antemio de «gálata excitable». Por lo tanto, había que ponerse de acuerdo en los asuntos serios. Los dos ejércitos, el de Oriente y el de Occidente, prepararon, pues, en conjunto una vasta operación que se proponía la reconquista de África, caída en manos de los vándalos. Se invirtieron en la empresa 65.000 libras de oro y 700.000 de plata, armas, caballos y hombres en abundancia, señala el erudito bizantino Jean Lydus. Y resultó el mayor de los fracasos: la expedición acabó en desastre. Con frialdad, Ricimer se dispuso a asediar Roma, donde se había atrincherado Antemio. El bárbaro acabó por admitir para el trono de Oriente al candidato que impulsaba desde hacía tiempo el rey de los vándalos: el senador Anicio Olibrio, que llegó desde Constantinopla para hacerse aclamar ante Roma en 472 por los soldados de Ricimer. Por tercera vez en sesenta años, Roma fue invadida y las tropas saquearon con alegría lo poco que quedaba después del paso de Alarico y de Genserico. El infortu-

nado Antemio, que había huido disfrazado más o menos de vagabundo, fue reconocido y asesinado en 472.

En esta situación, Ricimer acabó por morir, dejando su plaza a su sobrino Gundebaldo. Olibrio no consiguió mantenerse más allá de noviembre de 472. En efecto, Gundebaldo no tardó en hacer proclamar emperador a un tal Glicerio, a quien León, el emperador de Oriente, opuso a Julio Nepote. León, que pensaba en todo, apoyó a su candidato con el envío de un ejército. En 474 Glicerio, tras calcular la relación de fuerzas, renunció a la púrpura. Hecho prisionero, tendría un final de carrera insólito para un emperador romano. Fue ordenado sacerdote sin que él tuviese el menor deseo de ello, y se le asignó de manera obligatoria la sede episcopal de Salona, al borde del Adriático, a dos pasos del mausoleo donde reposaba Diocleciano.

Julio Nepote, emperador desde 474, no se mantuvo en el puesto mucho tiempo. Un oficial panonio llamado Orestes, con el que él creía que podía contar, se rebeló contra él cuando llegó el momento y le expulsó en 475. El infortunado emperador, ya desposeído, se marchó también a Salona, donde acabó sus días bajo la jurisdicción episcopal de su antiguo colega. El astuto Orestes no se detuvo ahí. Deseoso de ejercer entre bastidores la realidad del poder, tuvo la idea de hacer aclamar en 475 a su propio hijo, un niño de doce años a quien se le prometía un año justo de reinado, puesto que en 476, cansadas de esperar de modo indefinido el pago de su salario, las tropas eligieron por jefe a su general, el bárbaro Odoacro. Éste se tituló a sí mismo, lleno de modestia, «rey de las naciones» y depuso al que sería el último de los emperadores de Occidente. Por ironías del destino, el niño destronado llevaba los dos nombres más cargados de símbolos de toda la historia de Roma: se lla-

maba Rómulo Augústulo. En verdad, las cosas más grandes acaban por su propia parodia.

⋆ ⋆ ⋆

Y así, la Roma antigua ya no existía. Sobreviviría mucho tiempo aún en Oriente, en Bizancio. Cierto, la Villa seguía existiendo, detrás del muro de Aureliano reconstruido por Honorio. No fue arrasada como Jerusalén con Adriano o como Cartago en tiempos del viejo Catón. Su sitio no se declaró maldito, nadie soñaba con ello siquiera entre los bárbaros y, además, sobre la tierra ya no quedaban divinidades maléficas. Sencillamente, su alma se fue con sus dioses y no quedó más que aquel cuerpo indiferente y grandioso, abandonado a la larga sucesión de generaciones por venir. Los templos, las basílicas, las columnas, antaño orgullo de Occidente, esos esplendores que se venían a contemplar desde el lejano Oriente, todo se iría deshaciendo con el tiempo, con el ruido de los picos y de los carros demasiado cargados de recuerdos rotos. Roma iría desapareciendo a trozos, como en el poema desencantado de Lucrecio, y de esos átomos de piedra se formarían otros templos para otro dios, otros palacios para otros señores. Se abrirían vías para nuevos triunfos, otras almas sostendrían sus formas renovadas de manera indefinida. Roma de la Edad Media, la Roma del Renacimiento, desmesura en la desmesura, medida en la desmesura, Roma en los tiempos modernos. Siempre la misma ciudad y, sin embargo, siempre extraña.

Sólo desafiarían a los siglos algunos vestigios gloriosos y blancos bajo el sol, olvidados durante largo tiempo entre las hierbas silvestres donde se echan los gatos, piedras muertas que se alzan al encuentro de nuestros recuerdos deslumbrados.

No es necesaria la conclusión

La verdad sigue siendo egocéntricamente nuestra.
PAUL VEYNE

¿Creerían los griegos en sus propios mitos?

No he hecho, como ven, más que contar una historia: la historia de una Roma que había salido de la nada, convertida en algo grande y que volvió a convertirse en nada, si no fuera por nuestros frágiles recuerdos. No se concluye nunca una historia, salvo si se quiere extraer «la moraleja»... algo que me guardaré mucho de hacer, y eso por diversos motivos.

En primer lugar, esta historia tan larga la he contado de una manera muy sencilla, tan sencilla que he tenido que dejar en la sombra demasiados datos, y datos demasiado complejos, como para que un relato de este tipo pudiera concluir con una reflexión global, totalizadora, sobre la Roma antigua y su destino. ¡Qué desmesura! Al final de la historia de rigor, en tres o cuatro volúmenes, todavía. Pero aquí no, ya que la desmesura se agravaría con una falta de pedagogía: no se debe dar jamás (ni darse) la ilusión de haberlo contado todo, sobre todo tan rápido. Ya que, a decir verdad, es en este preciso instante cuando

comienza para el lector la hora del auténtico trabajo, que es volver a retomar, profundizar, mirar esta historia de más cerca, procediendo como ya he dicho antes, del conjunto a los detalles y de los detalles al conjunto. La bibliografía que les facilito creo que ofrece algunas posibilidades en ese sentido: con esa idea he elegido los títulos. Poco a poco, en la mente del lector, las cosas irán tomando consistencia y observará cómo se complican hasta el infinito a medida que las preguntas se van suscitando sin fin cada vez que propone una respuesta. Es posible que entonces tampoco tenga muchas ganas de concluir ni de lanzarse a opiniones generales, cuyo carácter arriesgado aparecerá ante sus ojos, si no ha aparecido ya.

Sin embargo, si el corazón se lo pide, y a modo de diversión, siempre podrá consultar las conclusiones de los demás, sobre todo acerca de la caída del Imperio y sus causas. El único problema que encontrará será la elección, ya que cada cual, en el curso de los siglos, ha examinado el asunto según su criterio. Por lo demás, ya hemos visto iniciarse esa interminable partida de «causas y efectos»... puesto que, a fin de cuentas, ¿no se trata acaso de un juego, de un juego «cargado de realidad», para decirlo como el viejo Parménides en el diálogo platónico? Cada uno adelanta sus explicaciones como otros tantos peones, ya que siempre existe un adversario al que convencer, y en consecuencia vencer, y la partida durará tanto como subsista en la memoria el recuerdo de Roma. Recordemos. Para Zósimo, el pagano, el Imperio firmó su sentencia de muerte el día en que, una vez desaparecido Diocleciano, abandonó los juegos seculares: los dioses se vengaron. Para Jerónimo, el cristiano, la cosa está también muy clara: «Son nuestros pecados los que constituyen la fuerza de los bárbaros; son nuestros vicios los que han derrotado a nuestro ejército». Lo más curioso es que el pagano Amia-

no Marcelino piensa lo mismo; el ejército, el corazón de la romanidad, se había embotado: «El hombre de tropa tararea cancioncillas lánguidas en vez de lanzar gritos de guerra; la piedra que antaño le servía de almohada ha dejado su lugar a las plumas de un blando lecho; la copa que usa para beber es más pesada que su espada; despreciativo, se niega a contentarse con una escudilla de barro y pretende vivir en palacios de mármol. Feroz y rapaz con sus conciudadanos, es cobarde y blandengue en presencia del enemigo. El ocio y la generosidad le han transformado hasta el punto de convertirle en un experto en joyería...». Como es lógico, en estas condiciones... El sacerdote Salviano de Marsella, volviendo a recuperar el tono de los Gracos, se extrañaba de que después de tantas injusticias hacia quienes que nada tienen, los bárbaros no estuvieran ya por todas partes. Por el momento, como sabemos, será en otra ocasión. San Agustín no se priva tampoco de fustigar tanta ligereza y tanta languidez, aunque lo peor está todavía por llegar. Se escandalizaba de que un caballo se pagase más caro que un esclavo y una perla más que una sirvienta. Además, había visto desembarcar en una África todavía apacible a los refugiados de Roma. ¿Por qué se preocupaban esas personas? ¡Por el programa de los siguientes juegos! No obstante, en ese juego de causas y efectos, Agustín es mucho más sutil. Quizá, después de todo, el Imperio no muera. ¡Se han visto cosas peores! ¿Quién conoce la voluntad de Dios? Lo que es seguro es que la ciudad terrestre, hija de Caín, perecerá por haber querido bastarse a sí misma; morirá por no haberse abierto al único amor que vale la pena. Como todo en este mundo, Roma debe perderse para volver a encontrarse. Agustín va con varias jugadas de adelanto.

¿Castigo de los dioses? ¿O de Dios? ¿Sanción de un desmoronamiento general de la voluntad de vivir, de la volun-

tad de ganar? ¿Justa reciprocidad de las cosas? De todos modos, el daño ya estaba hecho, ¿verdad? Y el juego de las causas y los efectos continuaría en el curso de las edades, y sería siempre culpa de alguien. Gibbon, que escribía a finales del siglo XVIII, imputaba al cristianismo el fin de la romanidad y el triunfo de la barbarie. Otto Seeck se preguntará si no se trataba más bien del debilitamiento de las clases elevadas, muy tocadas por la política anti-elitista, en términos sociales, de los emperadores. De algún modo, ellos mismos habrían cortado la rama sobre la que habrían podido sentarse de manera indefinida sus sucesores. Rostovtseff, influido por el espectáculo reciente para él de la revolución de octubre, evocó los efectos perversos de la cultura cuando se difunde entre las masas ignorantes y envidiosas: desde los Severos, los emperadores empujaron a campesinos y soldados contra las élites urbanas. Los historiadores marxistas, inspirados durante un tiempo por Stalin, un genio en historia, como todo el mundo sabe, así como en lingüística y en filosofía, durante largo tiempo se adhirieron a la idea de una revolución de los esclavos que echó abajo el Imperio. En suma, un espartaquismo que habría tenido éxito, suceso que, ideológicamente hablando, resultaba apasionante... pero sólo ideológiscamente. Buscando bien, uno siempre encuentra algo.

Parece que en la actualidad nos sentimos menos tentados de adoptar ante la historia una visión totalizadora, es decir, situarnos en un punto de vista que, llevado al límite, sería el de Dios, o el de los dioses. Ahora estamos más atentos al número infinito de factores en juego (económicos, demográficos, sociológicos, religiosos, morales...) y a la complejidad de su interacción. Así, por ejemplo, Ramsay MacMullen ha sabido «descentralizar» el problema, contemplar la situación del Impe-

rio en declive en el ámbito de cada una de sus provincias. También ha examinado sin complacencia el funcionamiento de las instituciones, la práctica del poder, mostrando ante nuestros ojos, ya hastiados, sin embargo, una corrupción que no careció de consecuencias en el fin del mundo romano. En resumen, al observar mejor toda la situación, uno se resiste a las generalizaciones. Se intuye, al menos, que quizás en el futuro se sepan otras cosas que falsearán nuestras certezas presentes o, en el mejor de los casos, las relativizarán. Eso constituye un progreso con respecto a ese «pequeño racionalismo» del que advertía Merleau-Ponty. «Es un hecho que hemos soñado con un momento en que el espíritu, habiendo encerrado en una red de relaciones "la totalidad de lo real" y como en estado de saciedad, quede en adelante en reposo, entonces no tendremos más que extraer las consecuencias de un saber definitivo y parar, por alguna aplicación de los mismos principios, los últimos sobresaltos de lo imprevisible...». Ese «racionalismo» estaba, según dice Merleau-Ponty, lleno de mitos, justo porque se creía para siempre desembarazado de lo mítico.

Esta mayor prudencia y modestia da sus frutos. A medida que pasa el tiempo nos vamos desembarazando de explicaciones sumarias, de visiones parciales, de conceptos apresurados. Si tomamos sólo un ejemplo en historia romana, asistimos no hace mucho a la descalificación del concepto de decadencia generalizada que dio ocasión a discursos y retóricas de todo tipo. De este modo, la decadencia fue a unirse en el almacén de los tópicos con las orgías romanas, las grandes comilonas con toga, los cuadros pasmosos de Couture y de otros, todas ellas cuestiones interesantes porque resultan instructivas, pero no de la historia romana, sino de la historia de la historia romana. El examen más escrupuloso y, sobre todo, más modesto de la Anti-

güedad tardía parece demostrar un hecho: un tipo de mundo se extinguió con Diocleciano al alba del siglo IV; otro mundo estaba a punto de nacer, muy diferente, prometedor sin duda, aunque no podamos decir con exactitud de qué, puesto que la formidable intrusión de los bárbaros no le dejó en la práctica ninguna oportunidad. De hecho, ese aumento de la presión y esa invasión inesperada no fueron culpa de nadie. Ni siquiera de los bárbaros.

Ahora se sabe, como decía Rutilio Namaciano, que las ciudades también pueden morir, y las civilizaciones. Por descontado, nos gustaría saber de qué. Me pregunto a veces si las filosofías antiguas no estarían más acordes con esas evoluciones, que veían de una forma bastante más sencilla, pues constataban el azar, la necesidad. Hay que releer para ello a Lucrecio y Marco Aurelio. Quizá los viejos mitos todavía estaban más acordes, ya que hablaban del regreso del polvo y de la eternidad:

...Solvet saeculum in favilla
Teste David cum Sibylla...

¿Cómo solucionaremos nuestras preguntas si no es con palabras? Dejemos a los más prudentes (o más resistentes) el placer y la angustia de continuar la partida. Será muy apasionante. Lo mejor de la filosofía es la duda metódica, o dicho de otra manera, la posibilidad de retroceder un poco. Por tanto, observemos con interés por encima del hombro a los jugadores. ¡Qué hábiles son! Acabarán por explicarnos lo que le sucedió a Roma, lo que le ocurrió a Egipto, a los asirios, a los incas, lo que acaba por pasarle a todo el mundo. Nos dirán por qué se nace y se crece, por qué se envejece y se muere. Y entonces habremos adelantado mucho.

Anexos

Lista de los emperadores romanos y de los usurpadores

(Las fechas indicadas son las de los reinados.)

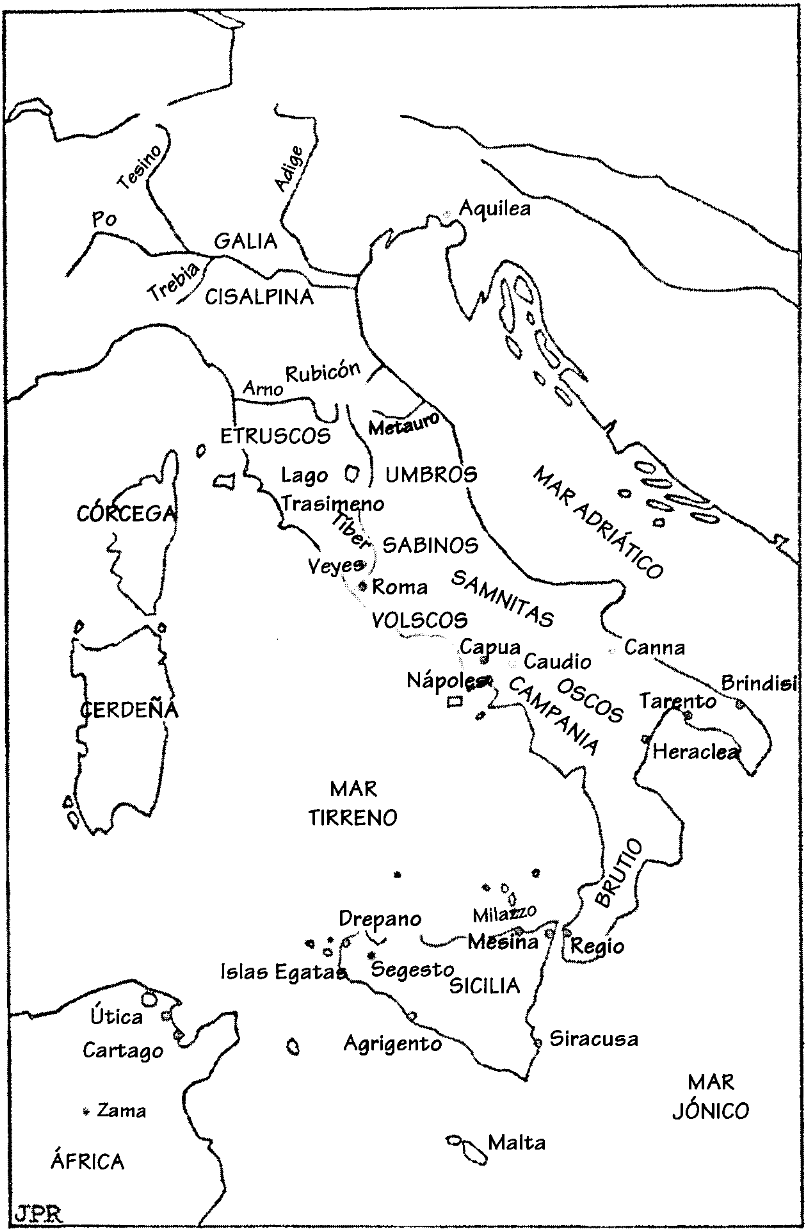
	EMPERADORES		USURPADORES	
JULIO-CLAUDIOS	Octavio Augusto 27 a. C.-14 d. C.			
	Tiberio	14-37		
	Calígula	37-41		
	Claudio	41-54		
	Nerón	54-68		
			Clodio Macer	68
FLAVIOS	Galba	68-69		
	Otón	69		
	Vitelio	69	Sabino	69-70
	Vespasiano	69-79		
	Tito	79-81		
	Domiciano	81-96		

ANTONINOS	Nerva	96-98		
	Trajano	98-117		
	Adriano	117-138		
	Antonino el Piadoso	138-161		
	Marco Aurelio	138-161		
	Lucio Vero	161-180	Avidio Casio	175
	Cómodo	180-192		
	Pertinax	193		
	Didio Juliano	193		
SEVEROS	Séptimo Severo	193-211	Pescenio Nígero	193-194
			Clodio Albino	193-197
	Caracalla	211-217		
	Geta	211-212		
	Macrino	217-218		
	Diadumeno	218		
	Heliogábalo	218-222		
	Severo Alejandro	222-235		
	Maximino el Tracio	235-238		
	Gordiano I	238		
	Gordiano II	238		
	Pupieno Máximo (Pupieno)	238		
	Balbino	238		
	Gordiano III	238-244	Jotapiano	248
			Pacatiano	248
	Filipo el Árabe	244-249		
	Decio	148-251		
	Treboniano Galo	251-253		
	Hostiliano	251		
	Volusiano	251-253		
	Emiliano	253		
	Valeriano	253-260	Ingenuo	258
			Regaliano	258
			Póstumo	258-268
	Galiano	253-268	Quieto	261
			Aureolo	268
			Victorino	268
	Claudio II el Gótico	268-270	Laeliano	269

			Mario	269
			Tétrico	268-273
	Quintilio	270		
	Aureliano	270-275		
	Tácito	275-276		
	Floriano	276		
	Probo	276-282	Bonoso	280-281
			Próculo	280-281
	Caro	282-283		
	Numeriano	283-284		
	Carino	283-285	Juliano 285	
	Diocleciano	284-305 (A)	Carausio	287-293
			Domicio	
			Domiciano	296-297
	Maximiano	286-305 (A)	Alecto	297
		+306-310 (A)		
	Galero	295-305 (C)		
		+305-311 (A)		
SEGUNDOS FLAVIOS	Constancio Cloro	293-305 (C)	Majencio	306-312
		+305-306 (A)		
	Severo II	306-307 (C)	Domicio Alejandro	
		+306-307 (A)		
	Maximino II Daya	305-307 (C)		
		+307-313 (A)		
	Constantino el Grande	306-307 (C)		
		+307-337 (A)		
	Licinio	308-324 (A)		
	Crispo César	317-326 (C)		
	Constantino II	337-340 (A)		
	Constante	337-350 (A)		
	Constancio II	337-361 (A)	Nepociano	350
	Galo César	351-354 (C)	Magnencio	350-353
			Silvano	355
	Juliano el Apóstata	355-361 (C)		
		+361-363 (A)		
	Joviano	363-364 (A)		

EMPERADORES DE OCCIDENTE		EMPERADORES DE ORIENTE		USURPADORES	
VALENTINIANOS					
Valentiniano	364-367	Valente	364-378	Firmo	372-375
				Procopio-Marcelo	
Graciano	375-383	Teodosio	379-395	Máximo	383-388
Valentiniano II	375-392			Eugenio	392-394
Honorio	395-423	Arcadio	395-408		
Constancio II	421				
Valentiniano III	423-455	Teodosio II	408-450	Atalo	409
				Juan	423
Petronio Máximo (Máximo Petronio)	455	Marciano	454-457		
Avito	455-456				
Majoriano	456-461	León	450-457		
Livio Severo	461-465				
Antemio	467-472				
Olibrio	472				
Glicerio	473-474				
Julio Nepote	474-475	León II	474		
Rómulo Augústulo	475-476	Zenón	474-491		
		Anastasio	491-518		
		Justino	518-527		
		Justiniano	527-565		

N.B.: En la lista de emperadores, A alude a los Augustos y C a los Césares. Para saber más sobre el sistema de la tetrarquía véanse las pp. 544 y siguientes.



La Italia de la conquista y de las guerras púnicas



El mundo romano un siglo



antes de Jesucristo



El Imperio romano en



su apogeo bajo Trajano (98-117)

Bibliografía orientativa*

Esta recopilación de títulos no es sino un complemento para el lector estudioso. En ella encontrará:

I. Obras generales.
II. Obras relativas a cada uno de los capítulos.
III. Estudios sobre algunos problemas particulares.
IV. Colecciones de textos de fácil consulta.

El orden que he elegido para la disposición de los títulos no es indiferente.

I. Obras generales

GAILLARD, Jacques, *Rome, le temps, les choses*, Actes Sud, 1995.

SALLES, Catherine, *L'Antiquité romaine, des origines à la chute de l'Empire*, Larousse-Bordas, 2000.

VV. AA., *Rome et nous*, A. & J. Picard, 1990².

CUNLIFFE, Barry, *Rome and her Empire*, McGraw Hill, Nueva York, 1978. Trad. francesa: Armand Colin, 1981. Nueva York, 1978.

PIGANIOL, André, *Histoire de Rome*, PUF, 1962⁵.

* Si no se especifica lo contrario, las obras están publicadas en París. *(N. de la T.)*

GRIMAL, Pierre, *Nous partons pour Rome*, PUF, 1997[3].

CORNELL T. y J. MATTHEWS, *Atlas cultural de Roma. Legado de un imperio*, Óptima, Barcelona, 2000.

COARELLI, Filippo, *Guide archéologique de Rome*, trad. francesa, Hachette, 1994.

HINARD, François (dir), *Histoire romaine. Des origines à Auguste*, Fayard, 2000.

DAVID, Jean-Michel, *La République romaine: de la deuxième guerre punique à la bataille d'Actium, 218-31*, Le Seuil, 2000.

LE ROUX, Patrick, *Le Haut-Empire romain en Occident: d'Auguste aux Sévères, 31 av. J.-C.-235 ap. J.-C.*, Le Seuil, 1998.

SARTRE, Maurice, *Le Haut-Empire romain: les provinces de Méditerranée orientale, d'Auguste aux Sévères, 31 av.J.-C.-235 apr. J.-C.*, Le Seuil, 1997.

CARRIÉ, Jean-Michel y Aline ROUSSELLE, *L'Empire romain en mutation: des Sévères à Constantin, 192-337*, Le Seuil, 1997.

II. OBRAS RELATIVAS A CADA UNO DE LOS CAPÍTULOS

1. Los orígenes. Mitos y realidades

BLOCH, Raymond, *Les Origines de Rome*, PUF, 1990[9], edición actualizada.

—, *Los etruscos*, Juventud, Barcelona, 1973.

—, «Rome et l'Italie, des origines aux guerres puniques», en *Encyclopédie de la Plêiade: Histoire universelle*, Gallimard, tomo I, 1956.

GRANDAZZI, Alexandre, *La Fondation de Rome*, prefacio de Pierre Grimal, Les Belles Lettres, 1991.

ROUGÉ, Jean, *Les Institutions romaines, de la Rome royale à la Rome*

chrétienne, Armand Colin, 1969. Cap. I, con los textos correspondientes.

TURCAN, Robert, *Rome et ses dieux*, Hachette, 1998.

BLOCH, Raymond, *Les Prodiges dans l'Antiquité classique*, PUF, 1963.

—, *La Divination dans l'Antiquité*, PUF, 1984.

GRIMAL, Pierre, *La vida en la Roma antigua*, Paidós, Barcelona, 1993.

GAGÉ, Jean, *Enquêtes sur les structures sociales et religieuses de la Rome primitive*, Latomus, Bruselas, 1977.

2. La aurora de la República o el tiempo de las convicciones

CLERCI, André y Antoine OLIVESI, *La République romaine*, PUF, 1968.

ROUGÉ, Jean, *Les Institutions romaines…, op. cit.;* caps. II y III, y textos.

NICOLET, Claude, *Les Idées politiques à Rome sous la République*, Armand Colin, 1964.

—, *L'Ordre équestre à l'époque républicaine (312-43 av. J.-C.)*, 2 vols., De Boccard, 1966-1974.

—, *Le Métier de citoyen dans la Rome républicaine*, Gallimard, 1976[2].

—, *Rome et la conquête du monde méditerranéen*, 2 vols., PUF, 1997-2001[10].

HEURGON, Jacques, *Rome et la Méditerranée occidentale jusqu'aux guerres puniques*, PUF, 1997[3].

BIANCHI-BANDINELLI, Ranuccio, *Roma, centro del poder,* Aguilar, Madrid, 1970.

VV. AA., «Les origines de la République romaine», *Entretiens sur l'Antiquité classique*, XIII (1966), Vandœuvres-Genève, Fondation Hardt.

3. El imperialismo republicano: Roma, Cartago y Oriente

COMBET-FARNOUX, Bernard, *Les Guerres puniques*, PUF, 1967.

CARCOPINO, Jérôme, *Les Étapes de l'impérialisme romain*, Hachette, 1961.

GRIMAL, Pierre, *Mundo mediterráneo en la edad antigua. T. 2. Helenismo y auge de Roma*, Siglo XXI, Madrid, 1990.

4. Después de la conquista: la nueva sociedad

GRIMAL, Pierre, *La vida en la Roma antigua...,op. cit.* cap. II.

VEYNE, Paul, *Le Pain et le Cirque, sociologie historique d'un pluralisme politique*, Le Seuil, 1976[2], cap. III: «L'oligarchie républicaine à Rome».

ANDRÉ, Jean-Marie, *L'*Otium *dans la vie morale et intellectuelle romaine: des origines à la Rome augustéenne*, PUF, 1966.

GRIMAL, Pierre, *La Littérature latine*, PUF, 1996.

—, *Le Théâtre antique*, PUF, 1978.

JERPHAGNON, Lucien, *Histoire de la pensée*, t. I: *Antiquité et Moyen Âge*, Tallandier, 1993[2].

5. La guerra civil de cien años - 6. Los últimos días de la República

NICOLET, Claude, *Les Gracques. Crises agraire et révolution à Rome*, Gallimard-Julliard, 1980[2].

CARCOPINO, Jérôme, *Autour des Gracques*, Les Belles Lettres, 1967[2].

HINARD, François, *Sylla*, Fayard, 1985. Importante bibliografía sobre el período.

SALLES, Catherine, *Spartacus*, Éd. Complexe, Bruselas, 1990.
GRIMAL, Pierre, *Cicéron*, Fayard, 1986.
CARCOPINO, Jérôme, *Jules César*, PUF, 1990⁶.
CARCOPINO, Jérôme, *Julio César: el proceso clásico de la concentración de poder*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2005.
CANFORA, Luciano, *Julio César: un dictador democrático*, Ariel, Barcelona, 2000.
GOUDINEAU, Christian, *César et la Gaule*, Errance, 1991. (reed.: Le Seuil, 2000, col. «Points Histoire»).
MARTIN, Paul-Marius, *Tuer César !*, Éd. Complexe, Bruselas, 1988.
—, *Antoine et Cléopâtre, la fin d'un rêve*, Albin Michel, 1990.
CHAMOUX, François, *Marco Antonio*, Caralt, Barcelona, 1990.
BOYANCÉ, Pierre, *Lucrèce et l'èpicurisme*, PUF, 1963.
ROUGÉ, Jean, *Les Institutions romaines..., op. cit.*, cap. IV y textos.
JAL, Paul, *La Guerre civile à Rome*, PUF, 1963.

7. La República bajo otra forma: el principado bajo Augusto

GAILLARD, Jacques (dir.), *Rome Iᵉʳ siècle av. J.-C.*; Autrement, 1995.
GRIMAL, Pierre, *El siglo de Augusto*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1996.
ÉTIENNE, Robert, *Le Siècle d'Auguste*, Armand Colin, 1999³.
ROUGÉ, Jean, *Les Institutions romaines..., op. cit.*, cap. V y textos.
ENGEL, Jean-Marie, *El imperio romano*, Oikos-Tau, Vilassar de Mar, 1978.
BÉRANGER, Jean, *Recherches sur l'aspect idéologique du principat*, Bâle, Reindhardt, 1953.

SYME, Sir Ronald, *La revolución romana,* Taurus, Madrid, 1989.

PETIT, Paul, *Histoire générale de l'Empire romain*, t. I: *Le Haut-Empire,* Le Seuil, 1974².

FRANÇOIS, Jacques y John SCHEID, *Rome et l'intégration de l'Empire: 44 av. J.-C.-260 ap. J.-C.; t. I: Les structures de l'Empire romain,* PUF, 1999³.

VV. AA., *L'Idéologie de l'impérialisme romain*, Les Belles Lettres, 1974.

GAGÉ, Jean, *Les Classes sociales dans l'Empire romain*, Payot, 1971².

MACMULLEN Ramsay, *Roman Social relations: 50 b.C. - to a.D. 284*, Yale University Press, New Haven, 1974. Trad. francesa, *Les Rapports entre les classes sociales dans l'Empire romain (50 av. J.-C.-284 ap. J.-C.),* Le Seuil, 1986.

GRIMAL, Pierre, *La vida en la Roma..., op. cit.*, cap. III.

JERPHAGNON, Lucien, *Le Divin César. Étude sur le pouvoir dans la Rome impériale*, Tallandier, 1991.

ANDRÉ, Jean-Marie, *Mécène*, Les Belles Lettres, 1967.

YAVETZ, Zvi, *La Plèbe et le Prince. Foule et politique sous le Haut-Empire romain*, trad. francesa, La Découverte, 1984.

CHARLES-PICARD, Gilbert y Jean ROUGÉ, *Textes et documents relatifs à la vie économique et sociale dans l'Empire romain (31 av. J.-C.-225 ap. J.-C.),* SEDES, 1969.

NICOLET, Claude, *L'Inventaire du monde. Géographie et politique aux origines de l'Empire romain*, Fayard, 1988.

8. Después de Augusto o los Julio-Claudios

GAILLARD, Jacques (dir), *Rome Ier siècle ap. J.-C.;* Autrement, 1995.

SALLES, Catherine, *Tibère. Le second César*, Robert Laffont, 1985.

AUGUET, Roland, *Caligula ou le pouvoir à vingt ans*, Payot, 1975.

NONY, Daniel, *Calígula: el tiempo del poder absoluto*, Edaf, Madrid, 1990.

CIZEK, Eugen, *Néron*, trad. francesa, Fayard, 1982.

CHARLES-PICARD, Gilbert, *Auguste et Néron. Les secrets de l'Empire*, Hachette, 1962.

GRIMAL, Pierre, *Sénèque ou la conscience de l'Empire*, Fayard, 1991[2].

DUPONT, Florence, *Le Plaisir et la Loi. Du Banquet de Platon au Satiricon*, Maspero, 1977.

SALLES, Catherine, «*Assem para et accipe auream fabulam*. Quelques remarques sur la littérature populaire et le répertoire des conteurs publiques dans le monde romain», *Latomus*, XL, 1, (1981), pp. 3-20.

ROUGÉ, Jean, *Les Institutions romaines*..., *op. cit.*, cap. VI y textos.

9. El Imperio normalizado: Roma bajo los Flavios

SALLES, Catherine, *La Rome des Flaviens*, Perrin, 2002.

SANCERY, Jacques, *Galba ou l'armée face au pouvoir*, Les Belles Lettres, 1983.

HOMO, León, *Vespasien. L'Empereur du bon sens*, Albin Michel, 1949.

GRIMAL, Pierre, *La vida en la Roma*..., *op. cit.*, cap. IV.

GÉRARD, Jean, *Juvénal et la réalité contemporaine*, Les Belles Lettres, 1976.

LENOBLE, Robert, *Histoire de l'idée de nature*, Albin Michel, 1969, cap. IV, «*L'Histoire naturelle* de Pline».

10. *Pax Romana:* La Roma de los Antoninos

ROCHETTE, Bruno, *Le Latin dans le monde grec*, Bruselas, Latomus, 1997.

PETIT, Paul, *La paz romana,* Editorial Labor, Barcelona, 1976.

MARTIN, Jean-Pierre, *Le Siècle des Antonins*, PUF, 1977. Con textos.

CARCOPINO, Jérôme, *Passion et politique chez les Césars*, Hachette, 1958.

PFLAUM, Hans-George, «Le règlement successoral d'Hadrien», en *Bonner Historia Augusta Colloquium 1963*, Bonn, 1964, pp. 95-122.

CLAVEL-LÉVÊQUE, Monique y Pierre LÉVÊQUE, *Villes et structures urbaines dans l'Occident romain*, Les Belles Lettres, 1984[2].

CARCOPINO, Jérôme, *La vida cotidiana en Roma en el apogeo del Imperio*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2004.

TURCAN, Robert, *Vivre à la cour des Césars d'Auguste à Dioclétien (Ier-IIe siècles ap. J.C.)*, Les Belles Lettres, 1987.

GRIMAL, Pierre, *Tacite*, Fayard, 1990.

–, *Marco Aurelio,* Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1997.

BEAUJEU, Jean, *La Politique religieuse des Antonins (96-192)*, Les Belles Lettres, 1955.

HADOT, Pierre, *La Citadelle intérieure. Introduction aux* Pensées *de Marc Aurèle*, Fayard, 1992.

PFLAUM, Hans-Georg, *Les Carrières procuratoriennes équestres sous le Haut-Empire romain*, Geuthner, 1960.

GAGÉ, Jean, «La mystique impériale et l'épreuve des jeux. Commode-Hercule et l'anthropologie herculéenne», en *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II.17.2. Berlín-Nueva York, Walter de Gruyter, 1981, pp. 663-683.

11. Roma a la hora de Oriente: la dinastía de los Severos

PETIT, Paul, *Histoire générale de l'Empire romain*, t. II: *La crise de l'Empire*, Le Seuil, 1974.

RÉMONDON, Roger, *La crisis del Imperio romano: de Aureliano a Anastasio*, Editorial Labor, Barcelona, 1984.

BABELON, Jean, *Les Impératrices syriennes*, Albin Michel, 1957.

TURCAN, Robert, *Héliogable et le sacre du soleil*, Albin Michel, 1985.

JARDÉ, Auguste, *Études critiques sur la vie et le règne de Sévère Alexandre*, De Boccard, 1925.

ÉTIENNE, Alexandre y Dominique O'MEARA, *La Philosophie épicurienne sur pierre. Les fragments de Diogène d'Oenoanda*, Friburgo, Éditions Universitaries, 1996.

DANIÉLOU, Jean, *L'Église des premiers temps, des origines à la fin du IIIe siècle*, Le Seuil, 1985.

—, *Romanité et Cité chrétienne, Mélanges en l'honneur d'Yvette Duval*, De Boccard, 2000.

HUTIN, Serge, *Les Gnostiques*, PUF, 1978.

GRANT, Robert M, *La Gnose et les origines chrétiennes*, trad. francesa, prefacio de Henri-Irénée MARROU, Le Seuil, 1964.

PUECH, Henri-Charles, *En torno a la gnosis,* Taurus, Madrid, 1982.

DODDS, Éric Robertson, *Paganos y cristianos en una época de angustia: algunos aspectos de la experiencia religiosa desde Marco Aurelio a Constantino,* Ediciones Cristiandad, Madrid, 1975.

MOREAU, Jacques, *La Persécution du christianisme dans l'Empire romain*, PUF, 1956.

GRÉGOIRE, Henri, *Les Persécutions dans l'Empire romain*, Palais des Académies, Bruselas, 1964.

BOWERSOCK, Glen Warren, *Martyrdom and Rome,* Cambridge University Press, 1995.

RAMBAUX, Claude, *Tertullien face aux morales des trois premiers siècles*, Les Belles Lettres, 1979.

12. El golpe de Estado permanente - 13. Los hijos del Danubio

ALFÖLDI, Andreas, «La grande crise du monde romain au IIIe siècle», *L'Antiquité classique*, 7 (1938), pp. 7-18.

GAGÉ, Jean, «Comment Sapor a-t-il "triomphé" de Valérien ?», *Styria*, 42, (1965), 3-4, Geuthner, 1965, pp. 343-388.

JERPHAGNON, Lucien, *Le Divin César…*, *op. cit.*, caps. VII y VIII.

SPANNEUT, Michel, *Le Stoïcisme des Pères de l'Église, de Clément de Rome à Clément d'Alexandrie*, Le Seuil, 1957.

HADOT, Pierre, *Plotin ou la simplicité du regard*, Études Augustiniennes, 1973[2].

PETIT, Paul, *Histoire générale de l'Empire romain*, t. III: *Le Bas-Empire*, Le Seuil, 1974.

BIDEZ, Joseph, *Vie de Porphyre, le philosophe néo-platonicien*, Univ. de Gantes, Facultad de Filosofía y Letras, Gantes-Leipzig, 43.

SESTON, William, *Dioclétien et la Tétrarchie*, De Boccard, 1946.

ROUGÉ, Jean, *Les Institutions romaines…*, *op. cit.*, cap. VIII y textos.

PALANQUE, Jean-Rémy, *Le Bas-Empire*, PUF, 1971.

CHASTAGNOL, André, *Le Bas-Empire*, Armand Colin, 1997[3]. Con textos. En él se encuentra un extracto importante del *Edicto del máximo* de Diocleciano.

LABRIOLLE, Pierre de, *La Réaction païenne, étude sur la polémique anti-chrétienne du Ier au VIe siècle*, L'Artisan du Livre, 1948[12].

14 Otra Roma: la dinastía constantiniana

Jones, Arnold Hugh Martin, *The Later Roman Empire 284-602: A social, economic and administrative survey*, Blackwell, Oxford, 1964 (2 vols.). Trad francesa: Sirley, 1970.

Pignaniol, André, *L'Empire chrétien*, PUF, 1972[2].

Marrou, Henri-Irénée, *¿Decadencia romana o antigüedad tardía?*, Ediciones Rialp, Madrid, 1980.

Dagron, Gilbert, *Naissance d'une capitale: Constantinople et ses institutions de 330 à 451*, PUF, 1958[2].

Zósimo, *Nueva historia*, Gredos, Madrid, 1992.

Paschoud François, «*Frumentarii, Agentes in rebus, Magistriani, Curiosi, Veredarii:* problèmes de terminologie», *Antiquitas*, 4. *Beiträge zur Historia-Augusta-Forschung*, 15, Bonn, Rudolf Habelt (1983), pp. 215-243.

Jerphagnon, Lucien, *Julien, dit l'Apostat*, Le Seuil, 1986. Con una bibliografía detallada.

Renucci, Pierre, *Les Idèes politiques et le gouvernement de l'empereur Julien*, Bruselas, Latomus, 2000.

15. Los últimos días de la Roma antigua

Riché, Pierre y Philippe Lemaître, *Les invasions barbares*, PUF, 1996[9].

—, *Invasions barbares, fin du IVe-VIIe siècle*, Armand Colin, 1968.

Chastagnol, Pierre, *La Fin du monde antique*, Nouvelles Éditions Latines, 1976.

Walter, Gérard, *Le Sac de Rome*, Albin Michel, 1964. Bibliografía importante.

Bouvier-Ajam, Maurice, *Le fléau de Dieu*, Tallandier, 1982.

BROWN, Peter, *Agustín de Hipona*, Acento Editorial, Madrid, 2001.

LANCEL, Serge, *Saint Augustin*, Fayard, 1999.

PASCHOUD, François, *Roma aeterna. Études sur le patriotisme romain dans l'Occident latin à l'époque des grandes invasions*, Attinger, Neuchâtel, 1967.

—, *Histoire Auguste*, edición bilingüe realizada por André Chastagnol, Robert Laffont, 1994. Se está preparando una edición en Belles Lettres, col. Guillaume Budé, de la que han aparecido 4 vols.

MAROUZEAU, Jules, *Introduction au latin*, Les Belles Lettres, 1954^2.

No es necesaria la conclusión

VEYNE, Paul, *Cómo se escribe la historia: Foucault revoluciona la historia,* Alianza Editorial, Madrid, 1994.

—, *Les Grecs ont-ils cru à leurs mythes?*, Le Seuil, 1983. Numerosas indicaciones epistemológicas.

BROWN, Peter, *El mundo de la antigüedad tardía: de Marco Aurelio a Mahoma*, Taurus, Madrid, 1991.

MACMULLEN, Ramsay, *Corruption and the Decline of Rome,* Yale University Press, New Haven, 1988. *Le Déclin de Rome et la corruption du pouvoir*, trad. francesa, Les Belles Lettres, 1991.

CHAUVOT, Alain, *Opinions romaines face aux Barbares au Ive siècle ap. J.-C.;* De Boccard, 1998.

III. SOBRE ALGUNAS CUESTIONES PARTICULARES

Economía y sociedad

LÉVY, Jean-Philippe, *L'Économie antique*, PUF, 1969.

VV. AA., *Les "Dévaluations" à Rome Époque républicaine et impériale*, De Boccard, 1980.

CHARLES-PICARD, Gilbert y Jean ROUGÉ, *Textes et documents relatifs à la vie économique dans l'Empire romain*, CDU-Sedes, 1995.

GAGÉ, Jean, *Les Classes sociales dans l'Empire romain*, Payot, 1971[2].

MACMULLEN, Ramsay, *Roman Social relations (50 b. J.-C. - to a.D. 284)*, Yale University Press, New Haven, 1974. Trad. francesa, Le Seuil, 1986.

ANDREAU, Jean, *La Vie financière dans le monde romain. Les métiers de manieurs d'argent (IVe siècle av J.-C.-IIIe siècle ap. J.-C.)*, De Boccard, 1987.

—, *La Banque et les Affaires dans le monde Romaní*, Le Seuil, 2001.

NICOLET, Claude, *Rendre à César. Économie et société dans le Rome antique*, Gallimard, 1988.

—, *Censeurs et publicains. Économie et fiscalité dans la Rome antique*, Fayard, 2000.

Ejército

HARMAND, Jacques, *L'Armée et le soldat à Rome, de 107 à 50 avant notre ère*, A. & J. Picard, 1967.

LE BOHEC, Yann, *El ejército romano: instrumento para la conquista de un imperio*, Ariel, Barcelona, 2004.

Religión

BAYET, Jean, *La religión romana: historia política y psicológica*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1985.

DUMÉZIL, Georges, *La Religion romaine archaïque*, Payot, 2000[2].
GRIMAL, Pierre, *Diccionario de mitología griega y romana,* Paidós, Barcelona, 1994.
JENSEN, Anne, *Femmes des premiers siècles chrétiens*, Berna, Peter Lang, 2002.
TURCAN, Robert, *Los cultos orientales en el mundo romano*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2001.
—, *Mithra et le mitriacisme*, Les Belles Lettres, 2000.
—, *Rome et ses dieux*, Hachette, 1998.
MACMULLEN, Ramsay, *Paganism in the Roman Empire,* Yale University Press, New Haven, 1981. Trad. francesa, PUF, 1987.
MESLIN, Michel, *Le Christianisme dans l'Empire romain*, PUF, 1970.
JERPHAGNON, Lucien, *Saint Agustin. Le pédagogue de Dieu*, Gallimard, 2002.

Urbanismo

GRIMAL, Pierre, *Las ciudades romanas,* Oikos-Tau, Vilassar de Mar, 1991.
CLAVEL-LÉVÊQUE, Monique y Pierre LÉVÊQUE, *Villes et structures urbaines dans l'Occident romain*, Les Belles Lettres, 1984[2].
MACAULAY, David, *Nacimiento de una ciudad romana*, Timun Mas, Barcelona, 1999. Ilustrado.

Vida cotidiana

GRIMAL, Pierre, *La vida en la Roma..., op. cit.*
DUPONT, Florence, *La Vie quotidienne du citoyen romain sous la République*, Hachette, 1989.

Vida privada

MIQUEL, Pierre, *En tiempos de los romanos,* Molino, Barcelona, 1979.

VEYNE, Paul y colaboradores, *Histoire de la vie privée*, t. I: *De l'Empire romain à l'an mil*, Le Seuil, 1986.

Educación

MARROU, Henri-Irénée:, *Historia de la educación en la antigüedad*, Akal, Madrid, 1985.

NÉRAUDAU, Jean-Pierre, *Être enfant à Rome*, Les Belles Lettres, 1987.

SALLES, Catherine, *Lire à Rome*, Les Belles Lettres, 1992.

Filosofía

JERPHAGNON, Lucien, *Histoire de la pensée*, t. I: *Antiquité et Moyen Âge*, Tallandier, 1993[2].

—, *Le Divin César. Étude sur le pouvoir dans la Rome impériale*, Tallandier, 1991.

Costumbres

GRIMAL, Pierre, *El amor en la Roma antigua*, Paidós Ibérica, Barcelona, 1999.

ROBERT, Jean-Noël, *Los placeres en Roma*, Edaf, Madrid, 1992.

VEYNE, Paul, *L'Élegie érotique romaine*, Le Seuil, 1983.

FAU, Guy, *L'Émancipation féminine dans la Rome antique*, Les Belles Lettres, 1978.

SALLES, Catherine, *Les Bas-fonds de l'Antiquité*, Robert Laffont, 1982.

—, *L'Art de vivre au temps de Julie, fille d'Auguste*, Nil, 2000.

Arte

TURCAN, Robert, *L'Art romain*, Flammarion, 2002.

ANDREAE, Bernard, *L'Art romain*, Citadelles & Mazenod, 1998.

GRIMAL, Pierre y Eustachy KOSSAKOWSKI, *Pompéi. Demures secrètes*, Imprimerie Nationale, 1992.

Medicina

ANDRÉ, Jacques, *Être médecin à Rome*, Les Belles Lettres, 1987.

MORAUX, Paul, *Galien de Pergame. Souvenirs d'un médecin*, Les Belles Lettres, 1987.

GOURÉVITCH, Danielle, *Le Mal d'être femme. La femme et la médecine à Rome*, Les Belles Lettres, 1987.

ELIO ARÍSTIDES, *Discursos sagrados: sobre la muerte de Peregrino; Alejandro o el falso profeta,* Ediciones Akal, Madrid, 1989.

Muerte

PRIEUR, Jean, *La Mort dans l'antiquité romaine*, Ouest-France, 1986.

GRISÉ, Yolande, *Le Suicide dans la Rome antique*, Montréal-París, Bellarmin-Les Belles Lettres, 1982.

IV. COLECCIONES DE TEXTOS

La mayoría de los textos de referencia están traducidos del griego o del latín a la lengua francesa, con introducciones y notas, en las colecciones siguientes:

«Collection des Universités de France, publiée sous le patronage de l'Association Guillaume Budé», Les Belles Lettres.

«Classiques Garnier» seguida por la colección «Garnier-Flammarion».

«Bibliothèque de la Pléiade», Gallimard.

Los textos de los Padres de la Iglesia están publicados por la colección «Sources chrétiennes» de Éditions du Cerf.

El libro de P. Claude MONDÉSERT, *Pour lire les Pères de l'Église dans la collection «Sources chrétiennes»*, Éd. du Cerf, 1988[2], resulta una introducción útil.

Se ha publicado una traducción francesa de las principales obras de san Agustín bajo la dirección de Lucien Jerphagnon en la «Bibliothèque de la Pléiade», Gallimard, 1998-2002, 3 vols.

En inglés han sido publicados en la Loeb Classical Library, y los que lean alemán podrán utilizar la Biblioteca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana, Leipzig.*

Por último, siempre resulta útil la consulta de *L'Anée philologique,* así como *Latomus* (Bruselas) y la *Revue belge de philologie et d'histoire* (Bruselas).

* En español existen traducciones de los autores clásicos griegos y latinos en la Biblioteca Clásica Gredos, la Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos (Alma Mater) del CSIC, Ediciones Clásicas S.A., Cátedra, Alianza, Akal, Porrúa, Círculo de Lectores (Biblioteca Universal, Clásicos Latinos), Universidad de Salamanca, Espasa (colección Austral), etc. (*N. de la T.)*

Índice de personajes antiguos

Nota: De forma deliberad, he dejado de lado algunos comparsas cuya importancia no justifica su mención aquí.

A

B

C

D

E

F

G

H

J

L

M

N

O

P

Q

R

S

T

Y

Z

Esta edición de *Historia de la Roma Antigua*,
de Lucien Jerphagnon,
se terminó de imprimir en Hurope, S.L.
el 25 de Julio de 2007